



*Chocolate
en tiempos de
Guerra*

Miriam Najm



©2018 MIRIAM NAJM

©2018 de la presente edición en castellano para todo el mundo: Ediciones Coral Romántica(Group Edition World)

Dirección: www.groupeditionworld.com

Primera Edición. Septiembre de 2018

Isbn Digital: 978-84-949353-5-0

Diseño portada: Ediciones K

Maquetación: EDICIONES CORAL

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la ley. Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, electrónico, actual o futuro-incluyendo las fotocopias o difusión a través de internet- y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo público sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes

*Chocolate
en tiempos de
Guerra*

Miriam Najm



SINOPSIS

Hamburgo 1939

Adella Kinderman, una joven chocolatera suiza de origen judío, emprende la aventura de su vida al desafiar a las normas alemanas para trabajar en una pequeña chocolatería que irá adquiriendo prestigio gracias a su don culinario.

Dicha fama atraerá la atención de numerosos amantes del chocolate, entre ellos, Friedrich Kießling, un oficial de las SS que no dudará en interesarse en ella desconociendo su verdadera identidad.

Pasa el tiempo, avanza la guerra y florece la relación entre el oficial y la chocolatera. Sin embargo, una serie de bélicos sucesos complicará sus vidas y la confesión de Adella desencadenará una auténtica lucha por destruir los prejuicios, el reconocimiento de la valía de las personas y la búsqueda de la libertad.

Mediante el chocolate, lazo de unión entre Friedrich y Adella, ambos jóvenes se encararán con los tiempos de guerra a fin de mostrar que no hay distinciones.

Ella no es judía, es mujer.

Él no es nazi, es hombre.

CHOCOLATE Y TÚ

Tú, que cambiaste por dulce mi amargo destino, que cuando calmas mis antojos no me importa nada más.

Tú que siempre has sido mi postre favorito y con tu aroma embriagador me conseguiste enamorar.

Por más que yo he buscado no he encontrado otro placer, ni lo encontraré, aunque

nunca dejase de buscar, como el de pasar contigo todas mis meriendas, quitarte el envoltorio y comerte sin parar.

Me has enseñado que no es relevante de donde se proceda, que da igual el género, el origen y lugar, que no importa si es blanco o si es negro, pues cualquier confitura se debe degustar.

Y cuando te tocan mis labios soy yo quien se derrite. Ojalá nadie me prive de ese delicioso manjar, pues ya lo que me da fuerzas en esta guerra es la esperanza de disfrutarte una vez más.

Rafa Cañamero Izquierdo

Basilea, Suiza. Verano de 2012.

Maldición. Ya me he perdido... Ha sido solo un momento. He soltado la mano de

Max y este ha desaparecido... Vale, intento mantener la calma. No puedo. Me desespero. ¡Demonios! Así no consigo nada, excepto ponerme peor. ¿Qué se le va a hacer? Yo aquí, sola, en mitad de largas callejuelas, rodeada de mil caras desconocidas... ¿A santo de qué vine yo a Suiza? ¡Ah sí! A conocer a la familia de mi novio.

Respiro hondo y empiezo a moverme. Me lamento pensando que no debería haber discutido con él. Ahora me veo completamente sola con los nervios a flor de piel. Apenas sé hablar alemán, muy poco, y no llegaré a nada. ¡Necesito calmarme ya!

Decido andar por la acera y buscar una cabeza rubia como el sol, pero hay demasiadas. ¿Por qué son todos rubios aquí? No encuentro a Max. También le busco por su altura, pero nada de nada; aquí son todos altos. Es difícil encontrarle, más aún si él comparte los mismos rasgos que la mayoría de los nórdicos. ¡Aarrgg! ¡Qué rabia! ¡No lo veo!

Comienzo a sentirme algo mareada entre el bullicio. Los turistas que han venido aquí este verano parecen estar locos. Hablan muy fuerte, lloran unos, ríen otros, corretean los niños... ¡Qué estrés! Lo único que consigo es un punzante dolor de cabeza. Sé que debo relajarme. No debo depender de nadie y he de ser fuerte. A cada paso que doy más segura me vuelvo y, poco a poco, me tranquilizo. Opto por sacar mi *Blackberry* para llamar a Max y preguntarle dónde demonios se ha metido. Pulso las teclas y descubro que no tengo saldo... Esto ya es lo que me faltaba... Tiro con violencia la *Blackberry* dentro del bolso y sigo caminando... Y es entonces cuando, a punto de ponerme a llorar, un aroma endulza mi malestar. ¿Qué es? Parece chocolate.

Una curiosa emoción me invade al olfatear el aire. Vuelvo a caminar con el fin de localizar la procedencia del perfume. Mi nariz me guía y el aroma se intensifica. Muero de hambre. ¡Qué delicia! Ese chocolate huele a paraíso. Me imagino un gran establecimiento y me sorprendo al encontrar frente a mí una pequeña chocolatería cuyo toldo redondo, a rayas rosas y blancas, es tan

llamativo como la fachada turquesa. Arriba, en los ladrillos del edificio, hay un cartel incrustado con letras doradas que pone: *Schokolade Gold*^[1].

Me acerco al escaparate repleto de bombones y babeo el cristal. Quiero entrar aunque no llevo dinero. Vuelvo a maldecir. Soy una irresponsable pero me da igual. Entro con el desparpajo propio de buena española que soy y abro el par de puertecitas doradas junto al escaparate. Lo hago despacio, parecen antiguas y siento que debo respetarlas.

¡Qué monada de sitio! Es la chocolatería más diminuta que he visto en mi vida. Es *cuquísima*. Me fijo en el suelo, en sus brillantes baldosas a rombos rosas y turquesas. Todo es muy *vintage* y, mire por donde mire, hay montones de platos y cestas repletas de tabletas de chocolate. Un mostrador blanco y alargado exhibe bandejas doradas con bombones. Detrás hay una estantería con varias batidoras y tarros que contienen canela, azúcar, cacao, avellanas... Apetitoso, pero ¿no hay nadie? Parece que no. Pues bien, yo sigo admirando la abarrocada estancia y, de repente, mis ojos se detienen en un enorme cuadro de marco dorado y tallado con motivos de enredaderas. Está en el centro de la pared izquierda, justo frente al mostrador, y enmarca una inmensa fotografía en blanco y negro de dos jóvenes abrazándose. Él la mira y ella mira directamente al espectador como diciendo soy más feliz que unas castañuelas. Por lo que veo es un matrimonio, ambos llevan el mismo anillo en el mismo dedo. Me aproximo para analizarles mejor. Aunque la foto no es a color, se nota que el chico es rubio con los ojos claros. La chica es el polo opuesto y me recuerda a mí. Su cabello, largo y oscuro, sobresale del blanco del fondo. También lo son sus ojos, y es igual de pálida como él. Los dos son guapos, pero ella tiene una mirada muy dulce, como la de Audrey Hepburn. La del él, en cambio, desprende un halo desafiante. Miro el borde inferior derecho y veo que hay una fecha inscrita: *Domingo, 22 de agosto de 1943*. La instantánea fue tomada en plena Segunda Guerra Mundial, interesante...

De repente, una voz me habla en alemán y me sorprende. Me giro y encuentro a una anciana arrugada como una pasa. Lleva un delantal atado a su vestido violeta. Debe ser simpática porque sonrío. Intento explicarle como puedo que no sé hablar casi alemán, que me defiendo como una reina con el inglés y, sobre todo, con el español, mi lengua madre. La anciana se apoya en el mostrador y me estudia con sus ojos chocolate. Su mirada se me hace familiar. Derrocha bondad. Me siento a gusto con ella e inesperadamente

comienza a hablarme en español. Me sirve un batido de cacao que parecía haber estado esperándome, pese a advertirle que no llevo mucho dinero, pero ella dice que me invita. ¡Genial! Es agradable encontrarse con gente así. Tomo un sorbo. ¡Dios bendito, qué sabor! Es incomparablemente delicioso. No me lo puedo creer. Es el mejor chocolate que he tomado en mi vida.

Mientras bebo, miro de nuevo la fotografía y la curiosidad me vence.

—Es muy bella la mujer del retrato, ¿quién era? —pregunto.

—Adella Kinderman —responde la viejita.

El apellido Kinderman me recuerda al tan famoso huevo de chocolate.

—¿Quién? —vuelvo a preguntar, ¿debería resultarme famoso ese nombre?

—Fue una empleada de una preciosa chocolatería ubicada en Hamburgo pero destruida durante la guerra... Adella era tan solo una chocolatera que, con mucho esfuerzo, pudo rehacer su vida y abrir su propia chocolatería aquí, en Suiza —me cuenta sonriendo.

Parece estar recordando algo porque sus ojos brillan mucho.

—¿Y el joven? —pregunto para distraerla, pero parece que la emocio más... Vaya.

—Su marido, Friedrich Kießling.

Deposito con fuerza la copa de batido sobre la mesa. Anda, ¡qué gracia! Ese apellido es el mismo que el de mi novio. Se lo hago saber para hacerla reír ante la casualidad y al decirlo me giro otra vez para mirar la imagen y centrarme en ese tal Friedrich, pero las risas de unas chicas entrando en la chocolatería me desconcentran. La anciana les habla en alemán y ellas resoplan. Interpreto aquello como que las está echando.

En cuanto las chicas se marchan, la anciana se apresura a cerrar las puertecitas acristaladas con llave para asegurarse de que no entre nadie más. El local está cerrado exclusivamente para mí. ¡Olé yo!

—¿Tienes un novio suizo? —me pregunta divertida.

Yo asiento.

—Sí, señora. Se llama Max, y es igual de guapo que el hombre de la foto —digo orgullosa.

La anciana se ríe con una melodía encantadora.

—¿Y dónde está?

Toma ya. Me ha hecho la pregunta del millón.

—Me he perdido y no sé dónde se ha metido —confieso ruborizándome.

Noto cómo una oleada me hace temblar al recordar su ausencia. La viejita

saca un pañuelo de tela del bolsillo de su delantal y me lo entrega. Solo entonces me doy cuenta de que estoy llorando.

—Seguro que aparece enseguida —me consuela. La creo; pero ¿cuándo?

—Me gustaría ser feliz como el matrimonio del cuadro —me quejo entre lágrimas. ¡Dios, pues sí que soy una sensibilera!

La anciana coge la copa vacía del batido y me prepara otro al instante. Mierda. No sé por qué estoy hablando de esto con una desconocida. El momento se me representa a la típica escena en la cual un alcohólico abatido bebe y cuenta sus penas en una sombría taberna. Respiro hondo. Me da igual. Necesito desahogarme con alguien, últimamente sufro constantes crisis con Max.

—¿No lo eres? —se extraña.

—Lo soy, pero a veces nos enfadamos y discutimos... —acabo por contarle.

—Si supieras cuánto mal tuvieron que soportar ellos, no te quejarías tanto —me recrimina mirando el retrato.

Paro mi llanto e intento escucharla. Me cuesta creerlo, en la imagen Friedrich y Adella lucen perfectos.

—Muchas veces, Friedrich y Adella tuvieron sus diferencias, pero su amor era tan fuerte que por mucho que intentasen alejarse el uno del otro, les resultaba imposible —sigue contándome.

La historia se pone interesante. Comienzo a beber mi segundo batido mientras la anciana me ofrece un cuenco de bombones.

—¿Qué diferencias? —Logro preguntar con la boca llena.

—Él era nazi y ella judía —suelta de golpe.

¿Qué? Me atraganto con un bombón. Toso. Abandono el batido y todos los dulces. Esta anciana se ha ganado mi absoluta atención.

—¿Qué pasó? ¿Se casaron? ¿A escondidas?

La anciana levanta una mano, indicándome que respire.

—Calma, calma —sugiere.

Pero no puedo, estoy como loca por saber más.

—Te será útil conocer esta historia para que dejes de lado las diferencias que puedas tener con Max —dice.

La miro fijamente. Vamos a ver, ni yo soy judía ni mucho menos mi chico es un nazi, pero lo que está linda ancianita quiere trasmitirme es que debo sacrificarme, tragarme el orgullo y evitar disputas que terminen en grandes malentendidos; como el idioma, la cultura, costumbres o tradiciones. En este

aspecto, además de ser él suizo y yo española, Max es judío y yo católica y, claro, queriéndolo o no, tenemos nuestras diferencias...

La anciana toma aire y comienza a hablar con lentitud. Entiendo que contar una historia así, y más en mi idioma, debe costar. Pero, de repente, siento que tengo todo el tiempo del mundo, llegándome a olvidar incluso de mi urgencia por encontrar a Max.

La historia escapa de sus labios y se inicia así...

Adella Kinderman nació en la bella ciudad suiza de Basilea durante la primavera de 1921, en el seno de una humilde familia judía. Huérfana de madre al nacer y de padre a temprana edad, fue criada por su único pariente vivo, Doris Kinderman, su abuela paterna.

Della, llamada cariñosamente así por todos, fue una niña audaz que creció rodeada de chocolate gracias a la profesión de su abuela como chocolatera, y como era de esperar, la niña de grandes ojos marrones y vivarachos desarrolló una profunda pasión por la profesión. Su abuela, feliz y orgullosa de ver el interés de su nieta por seguirle los pasos, le enseñó todo cuanto hubo aprendido con los maestros chocolateros.

Solía decirse que el chocolate preparado por manos suizas era el más deleitoso, puesto que los grandes maestros suizos conocían las recetas más secretas y delicadas a la hora de enamorar a su consumidor. Pronto, gracias a las enseñanzas de su abuela, Adella empezó a elaborar sus propias creaciones, descubriéndose con un don para la gastronomía, y entrada en la adolescencia, consciente de su talento, Adella decidió dedicarse profesionalmente al oficio.

Sin embargo, en 1938, justo cuando se proponía iniciar sus estudios gastronómicos, su abuela cayó gravemente enferma. Adella tan solo contaba con diecisiete años y pocos recursos capaces de costear el tratamiento. Viéndose apurada, la joven barajó numerosas posibilidades y pensó que, tal vez, marchándose del país, lograría encontrar un empleo lo suficientemente bien pagado con el que poder ofrecerle a su abuela una vida mejor.

Tras un acuerdo con una vecina para que cuidase de Doris mientras ella trabajase fuera, Adella prometió enviarles dinero a ambas, y fue así como con una extraña pero fuerte corazonada, Adella se vio envuelta en su propia aventura de desafiar al mundo. En su mente imperaba la idea de que las mujeres fuertes no dependían del permiso de nadie y, por ello, no dudó en

invertir sus pocos ahorros para tomar un tren que la dejase en las tierras más cercanas como el caso de las alemanas.

En un principio no tenía una ninguna preferencia por establecerse en alguna ciudad concreta, sin embargo, durante su trayecto a Berlín, un cadete de infantería le habló de una bien reputada chocolatería en Hamburgo. Adella, que previamente a su partida conocía la situación de los judíos en Alemania, ocultó su origen mediante una documentación falsa que le acreditaba una nacionalidad berlinesa y un apellido alemán entre otros datos esenciales que asegurarían su supervivencia.

Cuando llegó a Berlín y se despidió con coquetería del cadete, Adella no supo hacia dónde debía dirigirse. La capital le pareció un mundo frío, totalmente diferente a lo que ella conocía de su cálida y pequeña Basilea. Se acercó a un joven ataviado en una camisa parda y se fijó en el brazalete rojo que portaba en el brazo izquierdo. Adella reconocía aquella esvástica negra resaltante sobre un círculo blanco que lo enmarcaba. Sin duda alguna, aquel joven era un nacionalsocialista y mostraba su febril fidelidad a la ideología llevando aquel uniforme.

Adella respiró hondo un par de veces y, con soltura, le preguntó dónde podía conseguir un pasaje directo a Hamburgo. El joven miró a Adella con curiosidad y de inmediato se interesó en ella. La suiza, ya contagiada del acento alemán, se sintió tranquila. Estaba preparada para responder a toda clase de preguntas referente a su procedencia y, con una gran sonrisa, mintió recitando de memoria su falsa biografía. Tras decir que iba a visitar a una amiga en Hamburgo, el camisa parda la creyó de inmediato al ver su escaso equipaje, y le indicó dónde obtener el billete. Luego, tras desatender su puesto de vigilancia, la acompañó al andén correspondiente. Adella se sintió tan agradecida ante tanta amabilidad que, por un momento, creyó que los nazis no eran tan crueles como muchos aseguraban. Antes de que el tren partiera, la muchacha se despidió de él dándole un sonoro beso en la mejilla y, dejándole anonadado, se metió en su vagón con la satisfacción de haberse sabido desenvolver.

Pasadas varias horas, al anochecer, la joven aventurera llegó a su destino: Hamburgo. Feliz y orgullosa, Adella caminó con entusiasmo por la estación hasta salir a la calle. Vio como la luna recién se asomaba sobre la ciudad y pensó cuál sería su siguiente movimiento. Estaba claro que debía acudir lo antes posible a la chocolatería. Consciente de ello, comenzó a caminar entre

las nuevas calles repletas de charcos. Debía haber estado lloviendo y, un tanto aburrida, contempló su reflejo en el agua.

Sus ojos, marrones como el chocolate con leche, tenían un brillo burlón al igual que su tierna carita ovalada que, tan pálida como el chocolate blanco, irradiaba un dulce carisma. Se miró su proporcionada boca roja y su nariz de cordillera. Se hizo una mueca a sí misma y sacudió la cabeza, despeinándose así su larga cabellera oscura como el chocolate negro. Segundos después, recobró la compostura suficiente para andar fijándose en las calles en vez de en los charcos, y no tardó en descubrir que estaba perdida. Mirando a todas direcciones, los barrios le resultaron de lo más tranquilos. La estructura común a los edificios le pareció sencilla y a su vez elegante con las vigas de madera decorando cada fachada blanca.

Al final, viendo la noche presentarse como una nublosa, Adella se apresuró a preguntar a una pareja de viandantes por la ubicación de *Schokolade Gold*. Ellos, reconociendo al acto la chocolatería, le indicaron que no quedaba lejos de allí, exactamente a dos manzanas, y dándoles las gracias, Adella correteó siguiendo las indicaciones. A los pocos minutos se presentó en su campo de visión una diminuta chocolatería cuyo toldo redondo, a rayas rosas y blancas, llamaba la atención por sus vivos colores.

Se detuvo a mirarla con detenimiento. Estuvo así un rato hasta que una atronadora voz la sorprendió a su espalda. Nada más girar la cabeza, Adella se topó cara a cara con un hombre extremadamente serio cuyo uniforme oscuro relucía tenebrosidad. La joven esbozó media sonrisa y trató de mostrarse tranquila como había hecho en la estación, pero la presencia de aquel oficial nazi la intimidó demasiado. Trató de mentir con formalidad y luchó por parecer serena y caerle en gracia. Sin embargo, aquel hombre resultó inmune a sus encantos femeninos. Adella recitó su memorizado discurso y aseguró que iba a visitar a una amiga en Hamburgo. El oficial, un hombre maduro, de unos cuarenta y muchos años, de escaso pelo grisáceo, alto, con rostro triangular y afilado, llamado Bauer, estuvo a punto de pedirle su documentación de no haber sido por la ayuda del destino que irrumpió el incómodo momento. En cuanto Adella identificó a una joven de despampanantes cabellos anaranjados, salir de la chocolatería para barrer la acera, no dudó en llamarla amistosamente «*pelirroja mía*» y acercarse para abrazarla. Le pidió ayuda al oído y nada más apartarse de ella, se fijó en cómo iba vestida, teniendo así la certeza de que trabajaba en la chocolatería. En cuanto supo su nombre inscrito

en una pequeña placa en su blusa turquesa, no dudó en presentársela a Bauer como la amiga a la cual iba a ver. El oficial, viendo la efusividad de la forastera, y sus pocas ganas de buscarle cinco patas al gato aquella noche, decidió retirarse. Lo que ninguno de ambos sabía era que volverían a reencontrarse y, entonces, el gato tendría seis patas.

Pero aún quedaba para aquel futuro, y, como paso inicial, Adella ganó la simpatía de la chica pelirroja. Se llamaba Pauline Müller quien, nada más saber que buscaba trabajo, no dudó en conducirla al interior de la chocolatería.

Esa fue la primera vez que Adella pisó las baldosas a rombos. Tras soltarla de la mano, Pauline fue en busca del dueño del establecimiento dejándola sola y cohibida en mitad de la sala. Adella miraba fascinada a todos lados. La chocolatería era preciosa. Había cuatro mesas y varias sillas blancas y doradas junto al ventanal del escaparate de estética barroca. Siguió analizando a su alrededor y posó su vista en el lateral izquierdo junto a la entrada. A su parecer, aquella pared turquesa carecía de algo, estaba demasiado desnuda a diferencia del lateral opuesto donde una alargada barra blanca servía como mostrador en compañía de varias cestas repletas de bombones y chokolatinas, haciendo de la estancia una muy apetitosa. Detrás del mueble había estanterías en las que relucían numerosos tarros de cristal con cacao, azúcar, avellanas y más ingredientes. La joven aspiró el aire y sintió estar en el cielo.

A punto estaba de sentarse en uno de los altos taburetes rosas que rodeaban la barra, cuando las puertas de la cocina se abrieron y apareció un señor barrigón con mandil y toque sobre su cabeza morena. Adella se presentó en el acto, comentándole su situación y su necesidad por la que solicitaba trabajo como chocolatera. El hombre barrigón, presentándose como *Herr* Kesler, decidió ponerla a prueba al pedirle que preparase en el menor tiempo posible un batido de chocolate partiendo de los granos de cacao. La forastera tomó aquello como un desafío, aunque la tarea le resultó de lo más sencilla. En pocos minutos, tomándose la libertad de seleccionar los ingredientes adecuados, Adella demostró su desparpajo a la hora de combinar y crear el valioso líquido que le consiguió una oportunidad en Alemania. Con tan solo saborear una gota de aquel batido, tanto Pauline como *Herr* Kesler, supieron que la necesitaban. Asombrado por su estilo, *Herr* Kesler quiso saber dónde había aprendido y ella, dichosa, declaró que era suiza y que de manera innata llevaba en la sangre un gran ingenio gastronómico. Nada más saberlo, *Herr*

Kesler rio, y no supo si fue su simpatía o el hecho de que fuera suiza lo que le convenció para emplearla además de darle cobijo, puesto que la chocolatería se comunicaba con el piso de arriba en el cual servía de vivienda para él y Pauline.

Pocos días después de empezar a trabajar, *Herr* Kesler le regaló su uniforme: una falda por las rodillas rayada en rosa y blanco, un delantal blanco, una blusa turquesa de mangas cortas, una placa dorada con su nombre y el de la chocolatería, y unas bailarinas a juego. A Adella le hizo mucha ilusión. Se sintió oficialmente una más del equipo y, a raíz de aquel momento, comenzó a darse a conocer entre los clientes gracias a sus creaciones que hicieron florecer el negocio después de su llegada.

La rutina era maravillosa. Sin embargo, un día, mientras Adella vendía galletas a un grupo de niños, una mujer de aspecto turbado y demacrado entró pidiendo un vaso de leche. Adella la miró apenada y por su amarilla estrella bordada en su abrigo, supo que era judía. En parte se alegró de que fuera lo mismo que ella, es más, se sorprendió que hubiera entrado en la chocolatería ya que, desde hacía poco, corría la voz de que los judíos tenían denegado el acceso a cualquier establecimiento alemán. Era una de las nuevas normas y Adella se ponía de mal humor con tan solo recordarla. Aun así, se disponía a invitar a la mujer a una taza de chocolate caliente cuando la sombra del mismísimo diablo surgió por debajo de la puerta. Adella sabía de quién se trataba y no le gustaba en absoluto. Lo había visto en otras ocasiones ejercer su autoridad de forma violenta con los judíos por la calle.

El oficial Bauer entró en la chocolatería con una cínica sonrisa y le recordó a la mujer de la estrella que allí no podía estar, que solamente tenían acceso las personas y que ella no lo era. En cuanto Adella escuchó el comentario, sintió el impulso de tirarle el chocolate ardiente a la cara. Era tal su impotencia por no poder defender a la mujer judía, que mostró su indignación desafiando al oficial a un duelo de miradas. Bauer no ignoró aquel gesto. Reconocía a esa chica. Solía verla a través del cristal del escaparate cuando hacía guardia por las calles y, desde que la retuvo aquella primera vez en la calle, no le gustaba en absoluto. Era tal la antipatía que sentía hacia ella que, durante un buen tiempo, se negó a perder su valioso tiempo por interrogar a una vulgar chocolatera. Creía saber lo necesario: era una amiga de Pauline que, además de visitarla, había venido por trabajo. Mirándola fijamente a los ojos, Bauer tomó la taza de chocolate que ella acababa de preparar y se la

bebió de un trago, reconociéndose a sí mismo en secreto lo deliciosa que estaba. Luego, agarró con violencia a la mujer de la estrella y salió con ella dando un portazo. Adella contuvo el impulso de golpear la mesa y deseó que el chocolate hubiera estado envenenado.

Días después de aquel incidente, Bauer regresó a la chocolatería expresamente por Adella. Quería analizar a fondo su documentación y sorprenderla de improvisto. No obstante, la joven, audaz e ingeniosa, le presentó sus papeles en regla. En cuanto *Herr Kesler* vio lo que pasaba, no dudó en desatender la cocina para hablar con Bauer y testificar que su empleada no tenía motivos sospechosos para ser interrogada. Sin embargo, al hojear por encima sus documentos, *Herr Kesler* se puso pálido del susto y permitió que Adella hablase en todo momento.

Al finalizar el sondeo, Bauer le devolvió a Adella sus cartillas y, frunciendo el ceño tras darles el visto bueno, volvió a marcharse insatisfecho por carecer de motivos suficientes para detener a la joven de desafiantes ojos y cuyo descaro le ponía de los nervios.

Adella respiró hondo en cuanto Bauer se retiró, pero, disponiéndose a guardar sus papeles en su habitación, *Herr Kesler* le cerró el paso. Adella se sobresaltó. Supo entonces que tendría problemas. Comenzó a llorar en cuanto *Herr Kesler* le preguntó por qué sus papeles eran falsos. Fue inevitable. Un verdadero despiste haberle revelado que era suiza. No le quedó otra que confesarse y asimilar el castigo que recibiría por estafadora. Seguramente perdería su trabajo, sería denunciada y arrestada por Bauer. Milagrosamente, *Herr Kesler* se apiadó de ella. Le conmovió su situación y, pese a la norma de que ningún judío debía trabajar en ningún establecimiento alemán, decidió hacer la vista gorda.

Aquella tarde, conversando los tres en la cocina, Pauline se apiadó también de su amiga y juró no delatarla nunca. *Herr Kesler* prometió lo mismo con la condición de que Adella debía pasar el mayor tiempo posible en la cocina para prevenir ser vista y correr problemas.

Y la rutina dio un giro inesperado. Adella pasó meses viviendo prácticamente encerrada entre hornos y fogones, completamente ajena al mundo exterior. Sin embargo, a medida que pasaba el tiempo y la seguridad se adueñaba de ella, la joven aprovechaba las ausencias de *Herr Kesler* cuando se marchaba a comprar ingredientes, y aparecía en la recepción logrando así tener trato con los clientes, llevándoles a veces sus pedidos a domicilio. Con

su gracia natural, la joven suiza persuadía a la bonachona de Pauline con el argumento de que necesitaba salir, ya que, si permanecía todo el tiempo en la cocina, enloquecería. Ante eso, la pelirroja cedía, a regañadientes, permitiéndole tener un poco de libertad.

El año voló fugazmente, al igual que el inicio de 1939 hasta llegar a un otoño que marcaría la memoria colectiva, especialmente la de un joven que fue hipnotizado, no solo por el dulce aroma del chocolate, sino por un guiño de ojo sin complejos. Un gesto espontáneo que marcó el comienzo de una auténtica lucha por destruir los prejuicios, el reconocimiento de la valía de las personas y la búsqueda de la libertad.

Capítulo 1

La llegada de los tiempos de guerra y con ellos, el amor y la miseria

Hamburgo. Septiembre de 1939.

Todavía las calles mostraban su esplendor, hasta los más lúgubres rincones lucían bellos y acogedores. Los transeúntes paseaban por la avenida como cualquier otro día. Caminaban por las aceras los dignos de hacerlo y otros, en cambio, al ser despreciados, sellaban sus pasos por las calzadas. Era una de las normas, una de las tantas que ella, una despreciada en la sombra, desobedecía. Con paso acelerado y enérgico, la joven de la falda de rayas caminaba segura por la acera. Nadie podía sospechar su origen, ya que, con sus andares y gracia no mostraba ninguna característica que la delatara como judía asustadiza.

Adella Kinderman, la chocolatera, era una joven de origen suizo que ejercía un importante papel en la mejor chocolatería de Hamburgo y, tal vez, de toda Alemania. De acuerdo con la política y a las leyes del Estado, Adella no debía ejercer ninguna profesión dada su condición como judía, pero la joven de grandes ojos hipnotizadores poseía un extraordinario talento para elaborar chocolate. Un chocolate único, distinguido, exclusivo... Adella había conseguido con su desparpajo lo que pocos: mantenerse en su trabajo estando sana y salva. Había pasado más de un año desde que *Herr Kesler* la había contratado y durante ese tiempo supo que sin ella la chocolatería perdería prestigio, ya que gracias a sus creaciones las ventas habían aumentado. Toda la clientela anhelaba ese chocolate celestial en forma de tableta. Además, Adella irradiaba bondad, tenía ángel y la gente la quería, tanto que *Herr Kesler* obvió su origen y aprendió a verla con ojos de padre protector hacia una hija que jamás tuvo.

Adella regresaba rápidamente a *Schokolade Gold* tras haber entregado un pedido. Una bonita caja en forma de corazón repleta de bombones con sabor a caramelo y un toque de vainilla para el matrimonio Blumer. El hombre, escayolado de una pierna, lo había encargado para regalárselo a su reciente

esposa y Adella, como hábil mensajera, le había hecho el favor de llevárselo. La joven apresuró el paso. Con su uniforme rosa, blanco y turquesa, llamaba la atención sobre las calles grises y muchas miradas masculinas se posaban en ella. Con sus andares decididos, casi dando saltitos, resaltaba sobre las demás y eso, en el fondo, le gustaba. Estaba a punto de llegar a la chocolatería cuando unos pícaros silbidos resonaron a su espalda. Adella se giró un segundo e identificó a una cuadrilla de jóvenes camisas pardas. Inocentemente, la chocolatera le sacó la lengua a modo burlón y corrió mientras las risas masculinas la acompañaron hasta que entró en el local. Cuando miró al frente, vio a Pauline despachando a una señora con notorio sobrepeso. En cuanto la pelirroja la vio, abrió mucho los ojos y le puso una mueca de reproche por haber tardado tanto en llegar.

—¡Buenos días! —exclamó Adella con una gran sonrisa, ignorando la cara seria de su amiga.

—¿Dónde estabas? *Herr Kesler* lleva rato esperándote para hacer pasteles y al final he tenido que decirle que has salido —la reprendió Pauline llevándose ambas manos a la cintura.

Adella puso los ojos en blanco.

—Me entretuve hablando con el señor Blumer —comentó sin más.

Luego, para rebajar la tensión del momento, Adella se preguntó en voz alta desde cuándo se hacían tortas en la chocolatería.

—Desde hoy mismo, *Frau Lenz*, aquí presente, ha venido personalmente a sugerirlo y *Herr Kesler* cree que es una buena idea —respondió Pauline mientras señalaba con la barbilla a la obesa señora.

Frau Lenz se giró curiosa para mirar a Adella y no dudó en acercársele para felicitarla.

—Así que tú eres la famosa chocolatera de los bombones de caramelo y vainilla. Bendita seas hija, todas tus creaciones son un éxito en mi casa —le alabó.

—Ya veo —comentó admirando los grandes brazos de la mujer.

Se fijó más en ella. Tenía los ojos celestes y el cabello rubio muy corto pegado al cráneo, como la moda de la época lo imponía. Pauline carraspeó. Adella sacudió la cabeza y fingió no haber dicho nada.

—Le he sugerido a *Herr Kesler* que si preparase pasteles, independientemente a los bombones, chocolatinas y batidos, las ventas aumentarían —exclamó la señora muy convencida.

Pauline y Adella se sonrieron. *Frau Lenz* dio una vuelta alrededor de ella y, tomándola de improviso de las manos, volvió a elogiarla.

—Querida Dellita, haces virguerías con el chocolate.

La joven rio agradecida y, encogiéndose de hombros, respondió con modestia.

—No exagere, *Frau Lenz*, soy solo una simple chocolatera.

—De simple nada, tú tienes un don. Haces que el chocolate sepa a suizo, ¿quién te enseñó? —preguntó.

Pauline, que se mantenía en silencio limpiando copas con un trapo, se alarmó al ver que la curiosidad de *Frau Lenz* podría perjudicar a su amiga. Entonces, no vaciló a la hora de intervenir en la conversación.

—Su abuela.

—Pues su nieta adquirió un talento especial —insistió *Frau Lenz*.

—Sí, la verdad es que sí —musitó la pelirroja dirigiéndose a la cocina para avisar de que Adella había llegado y poner fin a la conversación.

Una vez a solas, la joven no pudo evitar sentirse conmovida por haber sido comparada con una suiza. Preguntó al respecto, queriendo saber cuál era su opinión acerca de ellos.

—*Frau Lenz*, ¿por qué dice que parece que mi chocolate sea suizo?

—Tan solo los suizos pueden elaborar un chocolate extremadamente exquisito. Los auténticos maestros chocolateros conocen la manera de hacer que su chocolate quede por encima de otro cualquiera y tú, querida Della, lo consigues. Créeme, hace años fui a Suiza y lo comprobé por mí misma.

Adella rio con moderación y mentalmente le dio la razón.

—Los suizos son los magos del chocolate y tú, aunque seas alemana, llevas magia suiza en las venas —prosiguió la señora entusiasmada.

Por un momento, Adella deseó abrazarla y confesarle su secreto, sin embargo, debía medir sus palabras. En aquellos momentos más que nunca debía ser prudente puesto que, pocos días atrás, Reino Unido y Francia habían declarado la guerra a Alemania, iniciándose así tiempos difíciles en los que era preferible pasar desapercibido.

—Cuando haya menos conflictos en Europa, te aconsejo que visites Suiza. Es un país precioso, estoy segura de que te encantará —le sugirió *Frau Lenz*.

—¿Qué ciudades visitó? —quiso saber Adella.

—Berna, Lucerna y Basilea.

¡Basilea! ¡Su ciudad natal! Adella sonrió de oreja a oreja y se alegró de

corazón que hubiera visitado su tierra. De pronto, los recuerdos la invadieron y una ola de nostalgia la atacó. Cuantísimo añoraba a su abuela, su hogar y a su mejor amiga Katharina. Recordó los bellos paisajes suizos, sus montañas y sus bosques en los que solía hacer senderismo con tres amigos suyos, tres hermanos, hijos de un leñador, que vivían en una antigua cabaña de madera en plena naturaleza. Recordaba el buen ambiente, los paseos y las risas que se perdieron en el aire cuando ella se marchó. Entonces, hizo un gran esfuerzo por no llorar frente a *Frau* Lenz y delatarse. Se tragó las lágrimas convenciéndose de que había llegado muy lejos y no valía la pena echarlo todo a perder por un comentario.

—Suiza es un buen país —concluyó *Frau* Lenz, mirando distraídamente los bombones de la nevera mostrador.

Adella asintió sin que la viera y, antes de que volviera a mencionar palabra, un joven pasando por el escaparate llamó su atención. Llevaba la camisa parda y Adella lo reconoció como uno de los soldados de la Sección de Asalto, conocidos como SA, que la habían piroleado. La joven no tembló en cuanto este entró en el local. Bien era cierto que mantenía cierto respeto y recelo hacia los soldados, pero no les tenía miedo. Siempre se mostraban atentos y formales, aunque aquellos modales solo los empleaban con quienes no llevaban el distintivo judío cosido en la ropa. Era otra de las normas que, al igual que las otras, Adella no cumplía.

La puerta se abrió con sutileza y el joven de ojos celestes y cabello castaño, pareció buscar a alguien.

—Madre, te dije que no salieras de casa —replicó mirando a *Frau* Lenz. Adella se estremeció. ¿*Frau* Lenz era la madre de un SA?

—Si lo hubiera hecho no hubiera podido venir aquí y comprar el chocolate que tanto te gusta, ¿no crees, querido? —reprochó *Frau* Lenz.

Adella miró de reojo cómo el soldado ponía los ojos en blanco y con lentitud se volvía para mirarla a ella. En cuanto la vio, le llevó una milésima de segundo identificarla. Sus ojos brillaron picardía y se deslizaron por toda su figura. Adella tragó saliva un tanto azorada y *Frau* Lenz no dudó en presentarles.

—Ella es Della, la chocolatera.

—¿Della? ¿La famosa Della del chocolate? No me lo puedo creer, nunca pensé que fueras tú. Soy Hans Lenz, mucho gusto —exclamó el camisa parda tuteándola mientras le estrechaba la mano.

Adella la tomó un tanto desconfiada, pero en cuanto vio la honestidad reflejada en sus ojos celestes como en los de su madre, se relajó. Él siguió admirándola con una gran sonrisa.

—Mi madre me ha habado de ti aunque no te conociese en persona, pero hoy por fin veo el rostro de la chica del chocolate. Felicidades, tus creaciones son espléndidas —exclamó sin soltar su mano.

Hubo un silencio por parte de los tres y una prolongación innecesaria de contacto. El mismo joven retiró su mano en cuanto *Frau* Lenz carraspeó con sutileza. Adella se sonrojó y, antes de pronunciar palabra, *Herr* Kesler salió a su rescate.

—Adella, ¿dónde estabas? Llevo media hora esperándote —intervino con su grave vozarrón.

Los presentes se sobresaltaron, recobrando así la compostura. La chocolatera se acercó a la cocina no sin antes recibir su habitual regañina matutina.

—Te he dicho miles de veces que no salgas a la calle, tu deber es estar en la cocina

—susurró *Herr* Kesler.

Adella puso una mueca de protesta, pero no articuló palabra alguna. Su jefe tenía toda la razón y ella tenía las de perder.

—He ido a entregar un pedido —se defendió pese a todo.

Al escuchar la conversación, *Frau* Lenz y su hijo no pudieron evitar intervenir.

—¡Genial! Si Adella es repartidora, me vendría muy bien que me trajese chocolate a casa, ya que mi propio hijo me prohíbe salir —dijo *Frau* Lenz mientras le lanzaba una mirada de reproche a Hans.

Este frunció el ceño y resopló.

—Madre, si digo que te quedes en casa es por tu seguridad. No se avecinan buenos tiempos —le recordó.

Frau Lenz hizo un gesto de fastidio y miró atentamente cómo *Herr* Kesler negaba con la cabeza. Finalmente respondió por Adella.

—Lo lamento *Frau* Lenz, pero Della no es ninguna repartidora. Lo que ha sucedido hoy fue un despiste mío que no volverá a repetirse —repuso mirándola a ella, luego, siguió excusándola—. Además, como bien dice su hijo, en estos tiempos lo mejor es pasar el menor tiempo posible en la calle —comentó dándole la razón al muchacho.

Hans agradeció el apoyo y sonrió orgulloso, en señal de que no era el único que pensaba aquello. Su idea se vio fortalecida por la de *Herr Kesler* y la glotona señora les miró un tanto molesta. Dispuesta a debatir, *Herr Kesler* empujó levemente a su empleada, y dio por finalizada la conversación.

—Lo siento, pero necesito a Della en la cocina.

—Ya voy, ya voy —musitó ella encaminándose hacia su reino.

Una vez más, rodeada de hornos y fogones, Adella se apoyó en la pared y vio sobre la mesa la bola de masa que *Herr Kesler* había comenzado a elaborar con el fin de crear la base de un pastel. Adella resopló. Fuera pudo apreciar la voz de *Frau Lenz* recordándole a su hijo que se retirase para hacer su guardia. Casi escuchó como el muchacho resoplaba, pero finalmente obedecía. Estaba educado para hacerlo. A los pocos minutos, se oyó la portezuela acristalada cerrarse. Madre e hijo se habían marchado y Adella contó mentalmente hasta tres, sabiendo de antemano lo que iba a pasar. Dio media vuelta y esperó fielmente a que *Herr Kesler*, con su característico ceño fruncido, abriese la puerta de la cocina para dar inicio a la discusión.

—No pongas esa cara *Fräulein Schulze*, ¿o debería decir *Kinderman*? Sabes perfectamente que tus paseos pueden costarte muy caros —le recordó seriamente.

Adella puso los ojos en blanco y trató de defender su postura al respecto.

—*Herr Kesler*, por favor, déjeme, lo tengo todo controlado. Además, yo sé cuidarme —replicó ingenuamente.

—¡De eso nada! Si supieras, no actuarías así. Pero eres demasiado inocente para comprender que andar sola por la calle en estos tiempos es un verdadero peligro —insistió.

La joven guardó silencio. Él prosiguió.

—No quiero ni imaginarlo, pero ahora más que nunca estás empezando a correr muchos riesgos. Si descubren quién eres...

—¿Quién soy? ¡Una chocolatera y de las mejores! Nada más —exclamó agitada, luchando por no derramar ni una sola lágrima.

Herr Kesler, viéndola en aquel estado, alzó las manos en señal de orden y paz, no queriendo incomodarla más.

—No te pongas nerviosa, bastantes nervios tengo que soportar yo cada vez que desobedeces las normas para... vosotros —dijo obviando el término *judíos*.

—Nadie sospechará de mí, se lo aseguro, estoy siendo precavida —insistió

la joven.

—Adella, en tiempos de guerra es muy difícil confiar en la gente. Se crean rumores, se expanden y luego, cuando es demasiado tarde, no hay opción de diálogo —musitó él con un fundamento que en un principio ella se negó a comprender.

—¿Y usted? ¿A caso tampoco puedo confiar en usted? —replicó.

—Yo soy un caso aparte. Tú y yo estamos unidos, yo soy tu cómplice y si tú caes, yo caigo detrás y adiós a mi negocio —gruñó *Herr Kesler*.

Adella tensó la mandíbula y posó sus ojos sobre la masa. Comenzó a darle forma a la harina y a calentar onzas de chocolate en la cazuela hasta crear una crema. Trató de trabajar, hacer caso omiso y evadirse de lo que acababa de suceder, pero no pudo. El destello de la tristeza se adueñó de sus ojos en forma de lágrimas. *Herr Kesler* la miró atentamente y en cuanto la escuchó sorberse la nariz, supo que estaba llorando.

—Sabes que digo esto por tu bien. Te quiero como si fueses de mi sangre y no quisiera verte envuelta en problemas —dijo con tono más dulce, dándole unas palmaditas en la espalda.

Adella hizo un mohín, se restregó su antebrazo por sus ojos y dejó de lloriquear. Agradeció a *Herr Kesler* su apoyo y entró en razón, volviendo a dedicarse plenamente en su trabajo.

Como ocurría cada atardecer, al salir de la escuela o del trabajo muchas jóvenes acudían a merendar a *Shokolade Gold*. Era el momento del día más intenso para Pauline y Adella. Luego, al anochecer, pese a estar agotadas, el consuelo de haber cumplido con su trabajo era la gran suma de dinero obtenido durante la tarde. La rutina era siempre la misma hasta que aquel día, la tarde nublada del jueves 7 de septiembre de 1939, las cosas comenzaron a cambiar abriendo paso a la barbarie. Mientras Pauline y *Herr Kesler* despachaban a una aglomeración de jóvenes adictas al chocolate, Adella, completamente sola y aburrida en la cocina, tuvo una ocurrencia que atrajo a la más peligrosa presencia. Fue una inocentada abrir la ventana, pero bastó para ser lo suficientemente provocativa para llamar al enemigo. Adella tarareaba y derretía más chocolate sin llegar a percatarse de que el bendito aroma escapaba e invadía rápidamente las calles de Hamburgo, atrayendo así a más gente, entre ellos, al SA Hans Lenz, y a un amigo suyo al que acaban de ascender al cuerpo de las SS, un tal Friedrich Kießling.

Capítulo 2

A punto de cumplir veinte años, Friedrich Kießling juró lealtad al *Führer*^[2] y a la nación uniéndose oficialmente al cuerpo de las Waffen-SS, las tan conocidas escuadras de protección que en su día, su propio tío, fiel miembro del Partido, también juró.

La misión del joven por aquel entonces había consistido en llevar su camisa parda y arrestar judíos para llevarlos ante sus superiores, de manera que fuesen estos quienes se ocupasen de transportarlos a su debido lugar. Un lugar que Friedrich desconocía por el mero hecho de que le traía sin cuidado, ya que no era su problema. Él solo obedecía órdenes, y en lo que llevaba de semana ascendido había resultado ser más que competente, un joven muy seguro de sí mismo y mañoso que si debía hacer uso de armas lo hacía sin compasión y sin reparos. Destruir al judío era su primordial orden, su tío siempre se lo recordaba y él cumplía febrilmente.

Desde su niñez, Friedrich había sido educado por Bauer, hermano de su difunta madre. No obstante, previamente a ser adoptado por Bauer, el pequeño de cuatro años pasó al cuidado de su padre tras la muerte de su madre, siendo este la primera persona a la que admiró. Padre e hijo siempre juntos, felices por tenerse el uno al otro. El pequeño siempre se mostró fascinado por él. Sereno y obediente, Friedrich quería mucho a su padre. Él le enseñó grandes lecciones de la vida, tratando siempre de imbuirle buenos valores y la esencia del respeto hacia todos los seres humanos por igual. Sin embargo, y catastróficamente, durante una noche berlinesa de neblina, a mediados de octubre, su padre fue asaltado en la calle y violentamente golpeado, quedándose solo, ensangrentado y desamparado en el frío suelo, para que, horas después, fuese hallado por un vecino que avisó a la policía. Entre ellos, como parte del cuerpo nacional, se hallaba el comisario Bauer, el tío de Friedrich, quien no dudó en hacerse cargo del niño mientras *Herr* Kießling se recuperaba. Durante su estancia, el pequeño Friedrich y Bauer, que poco se habían visto, trataron de convivir tranquilamente bajo el mismo techo. Sin embargo, no fue sencillo. El pequeño Friedrich solía lloriquear al ver a su tío

siempre tan gritón y exigente al teléfono, y ante su reacción, Bauer no perdió el tiempo. Se mostró lo más paciente posible con su sobrino y trató de imponerle en mente lo que su padre debía haberle inculcado para que tuviera constancia de cómo era la realidad que le rodeaba.

Le sumergió en una nueva doctrina totalmente opuesta a la que estaba acostumbrado y, mientras investigaba la identidad del agresor de *Herr Kießling*, Bauer aprovechó para repetirle constantemente a Friedrich que debía tener cuidado con la malévola astucia de los judíos, que eran unos cínicos materialistas y los causantes del mal del país.

En un principio, el niño le miraba sin llegar a comprender por qué decía aquello. Solo confiaba en su padre y él nunca le había hablado como lo hacía su tío. Bauer, viendo su cabezonería por no querer escucharle, habló severamente con su cuñado, tratando de convencerle para que le hablase al niño sobre la clase de mala peste que eran los judíos. *Herr Kießling*, indignado, se negó en rotundo a ceder, provocando en Bauer un gran enojo ya que este no acostumbraba a tratar con caracteres desobedientes. No obstante, y recurriendo al chantaje, Bauer se vio satisfecho al asegurarle que si no hacía, emplearía la violencia en Friedrich cada vez que hiciese algo inapropiado según su criterio. Ante eso, *Herr Kießling*, fiel opositor de los malos tratos, no pudo negarse y aquella misma noche, habló con su hijo de diez años, advirtiéndole de que debía obedecer a todo cuanto Bauer dijera si a él le pasaba algo. Friedrich lo escuchó atentamente. Cuando la conversación finalizó, el niño se retiró a dormir no sin antes desearle las buenas noches a su padre. Paralelamente, a sabiendas de que su salud empeoraba cada vez más hasta desembocar en su propia muerte, *Herr Kießling*, lejos de permitir que Bauer se saliese con la suya, logró levantarse del lecho y olvidó por un momento su dolencia para escribir una carta a su hijo bajo la tenue luz de las velas. Al terminarla, depositó la pluma sobre la mesa y caminó con dificultad hasta la puerta. Se apoyó en las paredes y, con extraordinario esfuerzo, llegó al dormitorio del niño. Sabía dónde depositar la carta para que esta nunca fuera hallada por Bauer pero sí por Friedrich. Cuando la ocultó entre las fotografías que atesoraba su hijo, *Herr Kießling* no pudo evitar entristecerse al recordar el pasado. Suspiró. Sabía que su hijo encontraría su legado moral en aquella carta y sabría qué hacer con ella. *Herr Kießling*, esperanzado en que todo saliera como deseaba, se acercó a Friedrich y le besó en la frente, luego, comenzando a convulsionarse por el dolor y la emoción de aquel momento,

cayó de bruces contra el suelo.

A raíz de aquel momento, todo sucedió muy rápido. Friedrich, que despertó atormentado, pasó a ser huérfano de la noche a la mañana y lloró desconsoladamente cuando vio cómo unos hombres se llevaban el cuerpo sin vida de su padre. Bauer, quien no se había separado de su sobrino, colocó la mano en su hombro y le consoló fríamente. Friedrich debía aprender a ser fuerte. «*El llanto no es más que el demonio de la debilidad*» le aseguró; Friedrich entendió el significado de sus rotundas palabras, y, viéndose solo en el mundo, no le quedó otra que endurecerse por dentro para evitar que el sentimiento tan puro como el amor pudiera llevarle al lado oscuro de la tristeza.

«Un alemán no se deja arrastrar por los sentimientos, un alemán no permite que estos le destruyan» se repetía para sí.

Poco después del fallecimiento, Bauer localizó al ladrón que había atracado a *Herr Kießling*. Resultó ser un judío. Al enterarse, Friedrich tuvo suficientes razones para confiar ciegamente en su tío, comprendiendo la gran razón que tenía y que en un principio se había negado a creer. Su lado consternado, impotente y frustrado, logró ensombrecer su bondad, congelando así toda clase de compasión y afecto hacia los demás. Su corazón se oscureció y su odio hacia los judíos aumentó, jurándose a sí mismo nunca dejarse herir por ellos, y sintió una coraza cubriendo su pesar. Obviaría sus recuerdos y se enfrentaría al futuro sin miedo. Bauer no tardó en felicitar su objetivo y darle la bienvenida por convertirse en un verdadero hombre alemán cuyo espíritu se componía de severidad, destreza y firmeza.

Consciente de ello, el alto ego de un joven que recién empezaba a serlo, le dominó de tal forma que no pudo evitar sentirse afortunado por ser quien era. La soberbia se apoderó de él y no tardó en mostrar altivez en sus gestos y palabras, tal cual Bauer hacía. Se sintió poderoso con él al lado y cuando este logró un ascenso y un traslado a otra ciudad, Friedrich no dudó en alegrarse por comenzar una nueva vida.

Hizo de buen agrado sus maletas, guardándose lo imprescindible y algo más que, por mucho que tratase de olvidar, sabía que no podría por mucho que lo deseara. Con cierta frustración, escondió entre sus ropas su tan preciada caja musical. Era el único recuerdo de sus padres; un viejo joyero verdoso con los bordes de oro. Por un momento, pensó en abrirlo y liberar la música

que vivía en su interior. Sin embargo, no lo hizo. No quería bajo ningún concepto impregnarse de los recuerdos pasados que pudieran debilitarle. Sabía que aquella melodía, apagada y gris, que su madre solía tararear, además de las fotografías con su padre, le traería mucho dolor. Consciente de ello y notando sus ojos grises humedecerse, decidió llevarse el joyero como amor eterno hacia sus padres, pero se juró no abrirlo nunca.

Cuando Friedrich Kießling dejó atrás su tanpreciado Berlín, quedó fascinado con la belleza de Hamburgo, su nueva ciudad que con el paso de los años le convertiría en un apuesto joven de aires garbosos e impávidos. Serio, formal y estratega, Friedrich no pasó desapercibido en la *Napola*^[3], donde recibió un excelente entrenamiento militar y un desarrollo voraz en el entendimiento y obediencia a la ideología de aquellos años.

Con el ascenso de Hitler al poder en 1933 y las nuevas propuestas para el popular Partido Nacionalsocialista, Bauer fue llamado para formar parte de la Gestapo durante un tiempo, para luego, tras sus méritos, pasar a ser miembro de las Waffen-SS. Por aquel entonces, Friedrich en plena adolescencia, anheló seguir sus pasos y ser alguien sumamente respetado.

Perteneciendo a la Sección de Asalto a mediados de la década, Friedrich y su excelente conducta, además de su immaculado origen genealógico acorde al credo establecido por el Partido, fue admitido rápidamente en la selecta élite de las Waffen-SS.

Desde entonces, y a pesar de cumplir diversas funciones, para él, todos los días eran iguales hasta que, en la nublosa tarde del jueves 7 de septiembre de 1939, todo cambió para siempre, no solo por la reciente guerra declarada, sino por la llegada de un inesperado sentimiento que le marcaría de por vida.

Friedrich Kießling, uno de los más jóvenes miembros de las SS que solía encerrarse en un pequeño despacho revisando centenares de documentos, había concluido su jornada y se dirigía a su morada para descansar y cambiar su uniforme por ropas mundanas ya que estaba demasiado arrugado y no le agradaba verlo en tal estado. Nada más llegar, Friedrich le ordenó a Marlis, la asistente del hogar, que planchara su indumentaria reglamentaria. Minutos después, el joven bajó a la calle para reencontrarse con un viejo amigo. Friedrich sonrió de oreja a oreja en cuanto vio a Hans Lenz.

—Supongo que debo felicitarte por tu ascenso, berlinés —exclamó Hans llamándole por su gentilicio mientras le palmeaba amistosamente la espalda.

—Supongo que algún día tú también lo serás, no berlinés, por supuesto, pero sí admitido en las Waffen —apostilló con cierta altanería.

Hans torció la cabeza, captando la soberbia amigable pero desafiante que se aspiraba entre ellos.

—¿Por qué no llevas tu nuevo uniforme?

—Estaba sucio y no pensaba llevarlo en ese estado. Ese uniforme representa a Alemania y merece una imagen impoluta —exclamó con aspereza.

—Bien pensado —murmuró Hans mirándose de arriba abajo su embarrado uniforme pardo.

Se sintió un tanto avergonzado, pero se desprendió de aquel estado en cuanto Friedrich comenzó a caminar por la calle, sin rumbo fijo, para contarle sus vivencias en el nuevo cuartel en el que había sido asignado. Después de un rato, tras diversas anécdotas milicianas relatadas, Hans presumió por haber detenido aquella mañana a un grupo de quince judíos y haberse enfrentado ferozmente a dos de ellos que habían querido rebelarse. Friedrich sonrió, y cuando Hans acabó de hablar, no dudó en detallarle cómo trabajaban los SS, cuyos métodos, mucho más violentos, eran más eficaces ya que en lo que llevaba de semana había sido partícipe del arresto a más de cien judíos.

—Impresionante, Fritz. Eres insuperable... De momento —le retó Hans.

Friedrich se encogió de hombros. Era consciente de que su esbelta constitución y fría forma de ser eran más destacables que las de su amigo y que, por mucho que este tratase de imitarle, nunca le igualaría. Aquello lo sabían ambos y aunque Hans le tuviera aprecio, no podía evitar sentir cierta envidia.

—Un inconveniente de tu nuevo rango es que dispones de menos tiempo libre —comenzó maliciosamente para provocarle.

Friedrich le miró atentamente. Meditó en esa pequeña consecuencia.

—Yo sí lo tengo, y gracias a eso hoy he conocido a una chica muy bonita —prosiguió meneando las cejas de arriba abajo.

Friedrich trató de parecer indiferente ante el comentario.

—El único inconveniente de tu gran tiempo libre es que no cobrarías lo suficiente para obsequiar a esa bonita chica, ¿me equivoco? —le refregó con astucia.

Hans frunció el ceño con demasiada exageración y Friedrich no pudo reprimir una sonora carcajada.

—Si no fueses mi amigo... —repuso Hans molesto.

Friedrich, lejos de abandonar sus intentos por hacerle rabiar, se colocó delante de él y le empujó.

—¿Qué? —le retó.

—¡Cobrarías una buena paliza con mis propias manos! —exclamó Hans devolviéndole el empujón.

Ambos parecieron entrar en un combate juguetón en plena calle, como si de niños traviosos se tratase, hasta que los ojos grises y los celestes comenzaron a mirar a su alrededor, analizando instintivamente a cada persona que rondaba cerca de ellos. Sabían que si se topaban con un judío sería él quien cobraría la paliza.

Friedrich no tardó en reparar en una mujer, apoyada en un portal, con la vista anclada al suelo. Era pálida, de rostro demacrado, y sin apartar su gélida mirada gris de ella, Friedrich tuvo la certeza de su origen.

—Ahí tenemos a una de ellos —le masculló a su amigo.

Hans se giró a mirarla y fue directo hacia ella para pedirle su documentación. La mujer, habiendo hecho el ademán de huir, no le quedó otra que mostrar su cartilla para que Hans descubriera su condición. Tal y como Friedrich previó, la mujer de mediana edad era judía.

—¿Por qué no llevas bordada tu ridícula estrella? ¡Responde! —gritó Hans, haciendo resonar su voz por todos los rincones de la calle, ganándose la atención del resto de transeúntes que caminaban por la acera.

El tiempo pareció paralizarse y, sin embargo, la gente no tardó en seguir andando y fingir no ver nada. La mujer agachó la cabeza y se encogió lentamente de hombros.

—No sé bordar... —susurró.

Hans resopló, perdiendo así su paciencia.

—¿Qué esperabas? No es más que una inútil —intervino Friedrich mostrándose adusto.

Hans agarró las delgadas manos de la mujer y la arrastró con violencia hacia la calzada donde la hizo sentarse en el asfalto. De repente, apareció un séquito de camisas pardas, compañeros de Hans.

—¡Lenz! Tenemos un furgón cargado con más de ellos, nosotros nos ocuparemos de llevárnosla —exclamó uno de ellos mientras se acercaba a la mujer judía.

Ella trató de zafarse, preguntando qué iban a hacer con ella e insistiendo con que la dejaran marchar, pero Friedrich y Hans permanecieron impasibles ante sus súplicas. Vieron como otro par de camisas pardas la agarraban de los brazos y la obligaban a caminar hasta un furgón oscuro situado al final de la calle. Siguieron contemplando la escena hasta que, de un fuerte empujón, metieron a la mujer dentro del vehículo y cerraron con fuerza las puertas. En cuanto el vehículo se perdió en el horizonte, pareció que nada podría suavizar el tenso ambiente surgido. Sin embargo, el destino no quiso que aquella incomodidad se prolongase por más tiempo. Hubo algo que sosegó a ambos jóvenes de manera inesperada. Un exquisito viento cuyo perfume era el más delicioso que nunca hubo existido. Friedrich aspiró con fuerza el aire, olvidándose por completo de lo que acababa de presenciar. Mágicamente, su odio se durmió hipnotizado y ningún sentimiento de vileza volvió a agitarle. Se sintió relajado, y comenzando a caminar, se preguntó de dónde provenía aquel aroma. Hans le imitó y ambos se guiaron de su olfato hasta llegar a una pequeña chocolatería llamada *Schokolade Gold*. Hans se alegró de volver a pasar por allí. Había mucha gente rodeando la zona. La chocolatería estaba en plena actividad y varias jóvenes salían del local con cajas de bombones. Hans le propuso a su amigo entrar a tomar algo, y la sugerencia resultó ser tan tentadora que Friedrich fue incapaz de resistirse, siendo él mismo el primero en abrir las puertecitas doradas. Lo hizo con cuidado, sintiendo que debía respetarlas.

—Mi madre compra mucho en *Schokolade Gold* y todo, incluidas las chocolateras, es una auténtica delicia, ¡entremos a celebrar tu ascenso!

Friedrich lo agradeció. Realmente el dulce aroma que se aspiraba por doquier le había despertado el apetito. Se abrieron paso entre la gente y no tardaron en darse cuenta de que eran los únicos forasteros. El uniforme de Hans levantó miradas femeninas y, por un momento, Friedrich deseó no haberse cambiado de ropa. Las muchachas saludaban tontamente a Hans, quien caminaba con lentitud detrás de su amigo para exhibirse mejor. Finalmente, ambos consiguieron sentarse en una de las mesas y Friedrich miró anonadado el lugar. Era sin duda un establecimiento confortable. Al momento de haberse acomodado, una joven de cabellos rojizos y vestimenta de colores pastel, se acercó para atenderles.

—Buenas tardes, *Herren*, ¿qué les gustaría tomar? —tartamudeó ella sonriente al volver a ver a Hans.

Friedrich se dispuso a flirtear con ella cuando su amigo se le adelantó.

—Quisiera un chocolate caliente, bombones de menta y una belleza llamada Pauline —pidió cortésmente ya conociendo su nombre.

La pelirroja sintió cómo sus mejillas se coloreaban al verse reflejada en aquellos brillantes ojos celestes y, tras asentir con timidez, dio media vuelta y se dirigió con torpeza hacia la barra para buscar dos tazas. Mientras se alejaba, Hans gesticuló un pequeño silbido silencioso al contemplar la espigada silueta de Pauline. Friedrich le miró un tanto molesto por haberle arrebatado el ligue, pero a los pocos segundos, el chirrido de una silla les llamó la atención y una muchacha de trenzas rubias y cara pecosa acercándose a ellos, le relajó.

—Perdone, soldado —dijo ella dirigiéndose a Hans.

Este sonrió a Friedrich de manera burlesca y posó sus ojos azules en los de ella.

—Mis amigas y yo nos preguntábamos si les gustaría acompañarnos —sugirió ella.

Hans y Friedrich giraron la cabeza y se encontraron a tres bellas muchachas rubias como el sol, ataviadas en uniformes de la Bund Deutscher Mädels, saludándoles efusivamente con la mano.

—Por supuesto —se apresuró a decir Hans maravillado.

La chica de las trenzas dio un leve saltito de alegría y se dirigió a sus compañeras con aire triunfal. Hans fue el primero en levantarse. Lo hizo con entusiasmo y, por un momento, olvidó a la pelirroja.

Saludó galante a las muchachas que ya tomaban sus respectivos batidos y se sentó en la única silla que quedaba libre. Friedrich puso los ojos en blanco. Otra vez el idiota de Hans se le adelantaba. Se acercó nuevamente a la anterior mesa para agarrar una de las sillas cuando vio que estas ya estaban ocupadas por otras dos jóvenes. ¡Increíble! El local no paraba de llenarse de gente. Con gesto de fastidio, Friedrich se vio obligado a acercarse a la barra. Buscó con la mirada a Pauline para indicarle el cambio de mesa y su necesidad por una silla más. La localizó en el extremo opuesto de la barra, despachando a más clientas. Bufó con impaciencia. Normalmente no acostumbraba a esperar. En su trabajo, todo lo que quería lo obtenía con rapidez. Miró a su alrededor para distraerse, fijándose así en el lado derecho de la barra blanca de madera repleta de cestas con tabletas de chocolate, y siguió el caminito hasta el final donde yacía una tranquila silueta. Fue entonces

cuando Friedrich Kießling posó por primera vez su vista en un divertido rostro ovalado cuyos ojos, grandes y marrones, le causaron curiosidad. Era una muchacha que parecía de su edad. La joven le miraba con gran descaro mientras sorbía con una pajita rosa una copa de batido de cacao. La analizó detenidamente y le pareció la criatura más hermosa que jamás había visto. La chica era morena y llevaba el cabello sujeto en una coleta alta. Sus ojos vivarachos fueron lo que más le cautivaron porque desprendían una etérea dulzura celestial. Toda ella radiaba inocencia y un haz angelical. Friedrich no tardó en percatarse de que su vestimenta era exactamente la misma a la de Pauline, por lo que dedujo que debía tratarse de otra camarera.

Adella sorbió otro trago más de su propio batido y siguió admirando al único hombre presente esperando ser atendido. Su presencia la había dejado un tanto anonadada desde su entrada y una vez se acercó a la barra, pudo observarlo detenidamente, reconociéndose a sí misma lo terriblemente apuesto que era. Alto, esbelto y delgado, y a juzgar por sus finas facciones, supuso que debía tener más o menos su edad. Sus ojos grises eran lo que más destacaban en su níveo rostro lampiño. Tenía el cabello color cenizo, medio rubio castaño, y lo llevaba perfectamente engominado. Adella, que se había fijado de que había venido acompañado por Hans Lenz, se extrañó al ver que ese hombre no llevase uniforme y, dándolo por sentado, creyó que no era un soldado. Relajándose al deducir aquella precipitada hipótesis, las comisuras de sus labios se curvaron, y al ver que él le devolvía la sonrisa como saludo, se atrevió a guiñarle el ojo, sorprendiéndole por completo. Parecía tímido y, creyéndolo, la muchacha se arrepintió de su gesto. ¿Cómo se había atrevido a guiñarle el ojo a un perfecto desconocido? ¿En qué pensaba? La voz de su conciencia la invadió a preguntas acusadoras, pero ella misma extrajo su respuesta: era la primera vez que un hombre le atraía.

Friedrich no se dio cuenta, pero también estaba sonriendo. Era lo mínimo que podía hacer por ella. No supo cómo o cuándo, si fue la sonrisa o el guiño, pero quedó fascinado. Se apartó de la barra y se dirigió a ella con decisión.

—¿Trabaja usted aquí? —fue lo primero que se le ocurrió preguntar, luego, ante la evidencia, se sintió estúpido.

Adella dejó de sorber su copa y asintió.

—Sí, señor.

—No parece que lo esté haciendo —comentó divertido.

Adella sonrió con ganas y miró hacia arriba, donde su altura quedaba. Debía de ser muy alto, el largo taburete rosa en el que estaba sentada no bastaba para alcanzar su estatura.

—Llevo todo el día trabajando, necesito un descanso —explicó con una entonación dramática.

—Comprendo, yo también llevo todo el día trabajando y necesito un descanso —exclamó él sin perder la sonrisa.

A ella le pareció encantadora.

—Le invito a un batido, los preparo yo —le ofreció enseguida al verle mirar su copa de chocolate.

Friedrich, un tanto aturdido, sacudió la cabeza y volvió en sí tras haber mirado embelesado sus labios humedecidos. Ignorando su impulso por besarla, rechazó sutilmente la invitación.

—En realidad estoy aquí para pedir una silla. Mi amigo y unas chicas me esperan —se excusó volteándose hacia Hans y las rubias.

Adella miró por encima de su hombro y, un tanto ofendida por haber sido rechazada, saltó del taburete para encarársele. Nada más pisar tierra firme pudo comprobar que el joven era mucho más alto de lo que pensaba, apenas le llegaba a la altura del pecho. En cuanto Friedrich se giró nuevamente hacia ella, se sorprendió ante su cercanía.

—Como quiera, pero le advierto que yo solo le invito a usted —repuso ella con gracia.

Y con ese comentario, Friedrich supo que se había prendado de su desparpajo. De forma imprevista, sintió latir su corazón mucho más deprisa de lo habitual. Ella pareció retarle a un duelo de miradas que no pudo ignorar. Los ojos grises se perdieron en los marrones y viceversa, estallando entre ellos una portentosa chispa.

—¡Adella! ¿Cuántas veces he de decírtelo? ¡No salgas de la cocina! —interrumpió un inoportuno vozarrón sacando a ambos jóvenes de la ensoñación.

Adella frunció el ceño, agarró su copa y terminó de beberse el resto del espumoso chocolate bajo la mirada de advertencia de *Herr Kesler*.

—Tengo que irme —anunció tras un resoplido.

Friedrich endureció su expresión, comprendiendo que no debía entretenerla. Pero aun así, tampoco quería dejarla ir. Nada más oír a *Herr Kesler* carraspear, lejos de dejarse acobardar, le miró duramente hasta lograr

intimidarle para que le dejase despedirse.

—Me llamo Friedrich Kießling —se presentó en cuanto volvieron a quedarse solos.

Cambió su semblante frío a uno más cálido y le tendió con galantería la mano. En cuanto ella la aceptó, no dudó en decirle su nombre aunque él, con su oído y vista atenta, lo había descubierto.

—Adella —contestó ahorrándose la mención de su apellido.

—Adella —repitió él fijándose en la placa de su blusa—. Bonito nombre para una chica como usted —agregó mirándola directamente a los ojos, haciéndola ruborizar.

—Señor, ¿precisa de algo? —interrumpió Pauline acercándose a ellos.

Friedrich pareció olvidar qué era lo que necesitaba hasta que reparó en su amigo.

—Una silla, *bitte* —repuso.

Pauline tardó escasos segundos en darse cuenta de que no había ninguna silla disponible, por lo que, el joven de ojos grises no tuvo más remedio que mantenerse en pie junto al escaparate donde Hans coqueteaba con las muchachas. Adella, desde la distancia, le sonreía un tanto apenada por su necesidad no cubierta. El joven simplemente se encogía de hombros, transmitiendo que no le importaba permanecer en pie ya que, estándolo, tenía más vistas del lugar y, en consecuencia, podía contemplar a Adella a su antojo cada vez que entraba y salía de la cocina con bandejas de bombones y pasteles para reponer las vitrinas.

Pauline sirvió lo que los hombres habían solicitado y luego regresó detrás del mostrador donde Adella, en un intento de rebeldía, había escapado de la cocina para quedarse afuera más tiempo del que debía.

—No te distraigas tanto, ve y saca los bizcochos del horno, a estas alturas deben estar listos —bisbiseó Pauline.

Poniendo los ojos en blanco, Adella tuvo que obedecer, y cuando volvió a salir de la cocina y vio a su amiga hablar con unas clientas, no vaciló a la hora de acercarse a la mesa de Hans y las chicas rubias bobaliconas para retirar las copas y las tazas. Caminó hacia ellos bajo la atenta mirada de Friedrich, quien era incapaz de quitarle los ojos de encima.

—Hola Della, cuánto tiempo sin verte —exclamó irónicamente Hans nada más verla.

Friedrich desvió rápidamente la mirada hacia su amigo y frunció

severamente el ceño, advirtiéndole que aquella chica morena no iba a ser para él como la pelirroja o las rubias.

—Demasiado —respondió ella con la misma ironía, mostrándose de lo más formal con él.

Friedrich dedujo al instante que Adella era la chica bonita a la que Hans había conocido en la mañana. Al retirarse con la bandeja, meneando con gracia sus caderas, Friedrich se fijó aún más en ella. La muchacha era fina, pequeña y posiblemente delicada. Sintió el deseo de protegerla. Tan solo las risas de las rubias y el gracioso de Hans contando sandeces lograron sacarle de su observación. Miró a su amigo un tanto aburrido y se acomodó en la pared manteniéndose lo más distante posible. No tenía ganas de hablar.

Por su parte, Adella comenzó a fregar las copas y las tazas en el pequeño lavadero junto al mostrador. En cuanto Pauline la vio, supo que se había acercado a la mesa de Hans, pero no dijo nada. Al fin y al cabo, Adella estaba trabajando. La chocolatera secó la vajilla y la depositó en la barra para que Pauline la colocara en el estante correspondiente. Cuando acabó, Adella levantó la mirada y se encontró con la de Friedrich. Rápidamente, desviaron sus miradas pero sonrieron al unísono.

Cuando el ocaso hizo acto de presencia a través del ventanal, las primeras en retirarse fueron las muchachas. Hans no dudó a la hora de acompañarlas hasta la puerta y besarlas en la mano como forma de despedida. Friedrich, en cambio, se despidió con menos pasión. Con una leve sonrisa, las jóvenes se dieron por satisfechas y en cuanto se retiraron, pareció que el resto de las clientas las siguieran. Eran casi las siete de la tarde y el local estaba a punto de cerrar sus puertas. Hans se acercó al mostrador y le pidió la cuenta a Pauline. La pelirroja pestañeó varias veces y, un tanto azorada bajo el embrujo de aquellos ojos celestes, le atendió. Paralelamente, y mientras aguardaba a su amigo, Friedrich se acercó con disimulo a la puerta de la cocina con la esperanza de volver a ver a Adella. La espera no se hizo de rogar. La puerta dorada se abrió de par en par y apareció la falda de rayas cargando varias cajas.

—Permítame ayudarla —se ofreció él inmediatamente, tomándose la libertad de agarrar más de la mitad de ellas.

—Gracias —dijo Adella sorprendida, indicándole con la cabeza dónde debía depositarlas.

—Quería decirle que ha sido un placer conocerla y que el chocolate

caliente estaba exquisito —comentó Friedrich con franqueza.

—Gracias, *Herr Kießling*, pero mi especialidad son los batidos fríos.

—Llámeme Friedrich —pidió él cortésmente.

—Friedrich —repitió ella volviéndole a dar la mano.

Él la aceptó enseguida y la estrechó con cuidado temiendo que fuera a romperse. Cuando sus pieles se estrecharon con más detenimiento, una peculiar electricidad agitó sus corazones.

—¿Me invitaría a tomar uno para comprobarlo? —preguntó.

—Siempre que quiera.

Con aquella contestación, Friedrich vio la posibilidad de entablar amistad con ella y la idea le agradó.

—Tal vez mañana —dijo afablemente.

Adella abrió mucho los ojos. Reconoció sentirse atraída ante la buena educación que Friedrich desprendía, pero también inquieta al ser intimidada por un hombre.

—¿Es esto una cita? —preguntó nerviosa.

—Llámelo como guste —respondió él sin más.

Adella se fijó en sus ojos grises. No había rastro de frialdad, sino más bien todo lo contrario. Aquello la convenció.

En cuanto Hans pagó la cuenta, llamó a su amigo para indicarle la retirada. Friedrich esbozó media sonrisa y, sin haber soltado la mano de Adella, la condujo hacia sus labios para besársela con caballerosidad. Adella se estremeció. Nada más sentir sus labios en el dorso de su mano, un fuerte latido la dejó sin respiración. Luego, cuando la soltó, pudo al fin recuperar la compostura.

—Buenas noches, *Fräuleins* —se despidió Hans mirándolas a ambas.

Pauline contuvo un suspiro y miró fijamente a ambos hombres dirigirse hacia la puerta. Cuando la abrieron, los dos amigos se giraron para mirarlas una vez más.

Sin embargo, hubo una diferencia. Sin que nadie lo viera, exceptuando la receptora, Friedrich le guiñó el ojo izquierdo, tal cual ella había hecho antes. Adella rio en silencio y, en cuanto la puerta se cerró, se giró satisfecha hacia la cocina, caminando con lentitud, saboreando la certeza de una cascada plateada bañándole la espalda. No necesitó volverse para comprobar que unos preciosos ojos plomizos seguían admirándola desde el cristal del escaparate hasta que desapareció tras la puerta dorada.

Capítulo 3

A la mañana siguiente, mientras *Herr Kesler* acudía a una antigua fábrica para cerrar un trato con uno de sus mejores proveedores, Adella dedicó toda su atención en la cocina. Estuvo muy concentrada hasta que sus dedos comenzaron a escocerle de tanto moldear onzas. Pauline, apoyada en la puerta, no podía evitar mirarla con curiosidad.

—Hoy estás muy seria, ¿qué traes entre manos? —preguntó divertida.

—¡Chocolate! —exclamó Adella— Hoy quiero que todo salga perfecto. Debo hacer suficiente chocolate para disponer de tiempo libre esta tarde — agregó bajando el tono de voz.

Pauline levantó una ceja y no tardó en sospechar lo que pasaba.

—Creo que ocurre algo que no me has contado y tiene que ver con un tal amigo de amigo —comentó comenzando a caminar a su alrededor.

Adella dio un respingo y Pauline apoyó sus manos en la mesa.

—Lo sabía —dijo dándolo por hecho.

—Se llama Friedrich Kießling —susurró Adella.

—Sé prudente. Friedrich es amigo de un... Y, bueno, tú... —comenzó a advertirle.

—Friedrich no es un soldado. Solo es amigo de un SA, nada más — aseveró.

Luego, rodó los ojos y le pareció que su afirmación era demasiado precipitada. Debía averiguarlo.

—Lo sabré esta tarde... Él vendrá... —tartamudeó y, azorada, bajó la mirada.

—¿Tienes una cita? —inquirió Pauline conteniendo una risita. Era la primera vez que su amiga tenía una.

—Calla, no digas nada —chistó Adella.

—Dime, ¿dónde va a tener lugar la cita del año? —se interesó Pauline con una bobalicona sonrisa.

Adella la miró seria durante unos segundos para luego cambiar radicalmente su expresión a una mucho más pícara.

—Aquí mismo, aprovechando que *Herr Kesler* no estará —confesó.
Pauline abrió aún más los ojos, alarmada.

—¿Aquí?

—Mejor aquí a que salga a la calle, ¿verdad? —repuso ella a la defensiva.
Pauline meditó la respuesta para acabar asintiendo con la cabeza, dándole la razón.

Al caer la tarde, Adella agradeció que *Herr Kesler* hubiera salido a las afueras de la ciudad para comprar ingredientes, de no haber sido así, sabía que hubiera puesto toda clase de impedimentos para que no pudiera reunirse con Friedrich. Sonrió satisfecha y se dirigió al lavabo anexado a la cocina para retocarse un poco. Volvió a peinarse, a hacerse una nueva coleta y se lavó la cara, ganando así un pulcro aspecto natural, simple, pero eficaz.

Friedrich también se sumergió durante unos instantes en el agua helada de la pila y, de un brusco movimiento, retiró su cabeza. Aquello le relajaba. Acababa de asearse después de un intenso día de trabajo.

Comenzaba de atardecer cuando Bauer regresó a la morada y, como solía ocurrir, venía de mal humor. Minutos después, Friedrich, vestido con ropa civil, se encontró cara a cara con su tío. Estaba entregándole a Marlis la oscura guerrera reglamentaria para que se lo planchara y cuando ella se retiró, Bauer vislumbró a su sobrino de pie junto a la puerta.

—Hola, Bauer —saludó Friedrich fríamente, llamándole directamente por su apellido, como siempre hacía.

—Hola, muchacho, ¿bien la mañana?

Friedrich asintió levemente.

—Esta mañana mi séquito y yo detuvimos a un grupo de contrabandistas judíos, unos proveedores que vivían ocultos en una fábrica.

—Te felicito, muchacho. También mi día ha sido agitado, mis hombres y yo localizamos a otro grupo de ratas judías oculto en un monasterio cerca de la frontera. ¿Puedes creerlo? Esa peste se expande por todos lados... —espetó Bauer —Pero tengo mejores noticias que darte. Hoy me han hablado muy bien de ti. El coronel Neumann está satisfecho contigo, muchacho, te ha visto entrenar y dice que eres espléndido. Posiblemente te ascienda a *Scharführer*^[4].

Friedrich asintió con una altiva sonrisa. Conocía a la perfección aquella asignación del listado de rangos de la Waffen-SS. En aquellos tiempos Friedrich había sido condecorado a sargento, un suboficial que, con su rendimiento, comenzaba a ganar suficientes méritos para ser ascendido a oficial, a teniente como su tío.

El joven era consciente de lo difícil que resultaría alcanzar el rango de Bauer, pero no era imposible. Con esa mentalidad, Friedrich se inclinó a ponerse los zapatos, dispuesto a encontrarse con la chocolatera. Pensar en ella le hacía olvidar lo demás y sorprendentemente eso le gustaba.

—Mañana a primera hora iremos al cuartel de Neumann. ¿A dónde vas? —preguntó Bauer al ver que su sobrino hacía oídos sordos.

—Tengo una cita —zanjó sin rodeos, siendo directo como buen alemán que era.

Su tío le miró perplejo. Hacía tiempo que Friedrich no había tenido una cita y, por un momento, temió que, como previamente había ocurrido, el muchacho se desconcentrase de sus funciones laborales.

—Deberías aplazarla, no te conviene desatender tu trabajo, mucho menos ahora —protestó.

Friedrich le dedicó una severa mirada de desacuerdo.

—Tan solo voy a salir un rato, necesito tiempo para mí—argumentó.

—Si empiezas a descuidar tu trabajo no obtendrás ascensos. ¿Cómo crees que llegó el *Führer* al poder? ¿Yéndose de citas y risitas con la primera guapa de turno que se le presentase? —reprochó enfureciéndose.

—Esta es diferente, Bauer. Además, puedo dar una vuelta y patrullar con una chica al lado. Sé hacer dos cosas a la vez —le recriminó Friedrich.

—Esto sí que es una novedad. Nunca te vi patrullar con tus noviecitas ni tampoco salir sin tu uniforme. ¿Por qué no lo llevas?

—Ninguna era lo bastante buena para mí —replicó—. Respecto a tu pregunta, la responderé haciéndote yo otra: ¿no crees que vestido de paisano puedo arrestar con más facilidad? Ningún judío se lo esperaría.

—Bien pensado, muchacho, bien pensado. Aprovecha la tarde y no hagas que me avergüence de ti —espetó Bauer dándole un leve codazo.

Friedrich dio un taconazo prusiano en señal de respeto, y salió rápidamente de la morada sin la intención de perder el tiempo patrullando y arrestando judíos aquella tarde. Su cita con la encantadora Adella era primordial. Miró

su dorado reloj de bolsillo y se dirigió a *Schokolade Gold*.

Sonrió nerviosa mientras miraba el reloj de cuco sobre la puerta de la entrada. Él estaba a punto de llegar. Pauline, con la mirada pícaro, miraba a su amiga a cada tanto. Adella lo notó y, frunciendo el ceño, se sentó en uno de los altos taburetes y esperó. Esperó hasta que, de pronto, una sombra alta apareció detrás de las cortinas del escaparate, haciéndola temblar como un flan. Segundos después, Friedrich atravesó el umbral.

—Buenas tardes, *Herr Kießling* —tartamudeó con ligereza.

Pauline, que servía chocolate caliente en una mesa con dos chismosas señoras, no pudo evitar observar el encuentro.

—Qué buen mozo, ¿quién es? —susurró una de ellas.

—El nuevo amigo de Della —bisbiseó Pauline meneando las cejas. Ambas clientas rieron divertidas y de inmediato se volvieron como fieles espectadoras.

—Buenas tardes, Adella —le saludó Friedrich tendiéndole la mano.

Con cierta torpeza, ella la aceptó de inmediato y él se la besó encantadoramente, haciéndola ruborizar.

Al ver que ninguno de ellos decía nada, Pauline decidió intervenir.

—Buenas tardes, *Herr Kießling*, ¿desea tomar algo comestible? Literalmente, quiero decir —preguntó bajando la voz a medida que la pregunta llegaba a su final.

Adella frunció el ceño de inmediato al ver a su amiga burlarse de aquella manera y no dudó en apartarla de un empujón.

—A *Herr Kießling* le sirvo yo. Tú ocúpate de su amigo —murmuró entre dientes.

Completamente ruborizada, Pauline dio un paso atrás, más cortada que el café, y regresó de nuevo junto a las señoras. Friedrich, sonriente, carraspeó con moderación, fingiendo no haber oído el descarado comentario.

—¿Recuerda mi nombre, Adella? —preguntó.

Ella se giró nuevamente hacia él y se perdió en el gris de sus ojos. Aturdida, asintió con la cabeza.

—Bien, llámeme Friedrich, o Fritz; como prefiera —insistió amablemente.

—Solo si usted me llama Della —dijo la chocolatera.

El joven sonrió de oreja a oreja y estuvo conforme con su petición. De repente, Adella dio media vuelta y correteó hasta el mostrador donde tomó dos copas. Luego, girándose nuevamente hacia él, le indicó que se sentara en uno de los taburetes rosas. Él, sin perder la sonrisa, obedeció. La chocolatera, con las manos temblándole por el entusiasmo, agarró una jarra de leche fría y llenó ambas copas frente a él para luego echar cacao, cacahuets y el dulce de leche que había preparado previamente. El resultado de la operación fue un éxito. Un perfume *achocolatado* inundó el ambiente y endulzó los todos rincones. Friedrich aspiró el aroma que desprendían las copas y le supo a gloria. Y justo cuando ella se disponía a sentarse en el taburete contiguo, cambió el rumbo y se dirigió a la cocina para traer una pequeña cestita de bombones. Friedrich no pudo evitar reírse al verla tan activa, se notaba que la chica estaba nerviosa. Aún no se había sentado en el taburete cuando, otra vez, se excusaba por haber olvidado traer algo más.

—Della, siéntese por favor —pidió Friedrich. Ella sonrió y, dócilmente, obedeció.

—Lo siento, son los nervios —repuso con sinceridad.

—No debería tenerlos, conmigo está a salvo, se lo garantizo —afirmó altivo, acercándose la copa a la boca.

Dio el primer sorbo y contuvo la respiración. Aquel chocolate era puro paraíso. Miró asombrado a la chocolatera. Ella sonreía con aires de triunfo. Era evidente que lo había impresionado.

—No hay mal que el chocolate no cure —exclamó Adella.

—Jamás había tomado semejante chocolate. La felicito, es sin duda más que delicioso —articuló devorándola a ella también con la mirada.

Adella se cruzó de brazos, dándose oficialmente por satisfecha.

—Me alegra saberlo *Herr K...* Friedrich... Gracias —se corrigió aún con una pizca de arrobo.

—No hay de qué A... Della —se corrigió él intencionadamente, haciéndola reír e impregnándose de esa melodía contagiosa.

Friedrich no recordaba haberse sentido cautivado por una risa, mucho menos por una mujer. Ella sin duda tenía algo especial, algo que la hacía diferente. Con ella podía desprenderse de sus enterrados, pero persistentes, sentimientos de soledad, y aquella sensación le apaciguaba plenamente el alma.

Adella también se sentía pletórica. Disfrutaba viendo a ese hombre de ojos

grises sonriendo con sus hoyuelos.

Nada más presentarse el ocaso por el reflejo del ventanal del escaparate, Friedrich y Adella descubrieron que los minutos se habían convertido en horas, y tras haber sentido una mutua confianza, comenzaron a tutearse.

—Háblame de ti, Della, ¿hace mucho que trabajas aquí?

—Año y medio.

—Me pregunto por qué no te habré visto nunca hasta ayer. Bueno, reconozco que nunca había entrado en esta chocolatería, es obvio que no podría haberte visto antes —bromeó.

—Aunque hubieras venido probablemente no me hubieras visto, paso demasiado tiempo encerrada en la cocina —agregó ella con cierta amargura.

—Debe gustarte mucho —puntualizó Friedrich.

—Sí, cuando llegué a Hamburgo me enamoré tanto de *Schokolade Gold* que decidí quedarme —dijo sin darse cuenta.

—Creí que eras de Hamburgo —comentó Friedrich atento a todo lo que ella decía.

Adella se arrepintió de haber dicho aquello. Resopló disimuladamente y se recordó a sí misma que debía pensar dos veces antes de hablar.

—¡Oh no! Yo no soy de aquí... Soy de Berlín —se apresuró a decir.

A Friedrich se le iluminó la cara.

—¿Berlinesa? ¡Qué casualidad, yo también soy de Berlín!

De todas las ciudades que había en Alemania, ¿por qué Friedrich tenía que ser de precisamente Berlín? Adella contuvo un bufido y fingió emoción.

—¿Dónde vivías? Sería escalofriante que hubiésemos sido vecinos, ¿lo imaginas? —bromeó él.

Adella rio por no ponerse a llorar de vergüenza. No recordaba el nombre de ninguna calle de la capital y ahora era demasiado tarde para echarse atrás. Si lo hacía quedaba como una perfecta mentirosa y no quería dar aquella imagen a Friedrich pese a estar ocultándole su verdadera identidad. Le miró a los ojos. Él aguardaba su respuesta.

—No me vas a creer pero... Ha pasado tanto tiempo sin ver esas preciosas calles, tan largas y limpias, que no lo recuerdo —exclamó entre risas, haciendo memoria a cómo eran las calles berlinesas.

—Bueno, tu descripción es perfecta. Berlín es la mejor ciudad de toda Alemania —comentó con soberbia, dándose por satisfecho.

Adella entrecerró los ojos, preguntándose cuánto habría tenido que sufrir para ser tan altivo. Por lo general, la arrogancia surgía como mecanismo de defensa.

—Y, dime, ¿cómo te apellidas? ¿Tu familia vive en Berlín? —preguntó Friedrich de repente.

Adella se atolondró.

—Me apellido Schulze y no tengo familia... Bueno, sí, mi abuela... Lo que quiero decir es que mis padres murieron cuando yo era una niña —explicó con cierta nostalgia. Friedrich captó enseguida su sentimiento de melancolía al ver sus ojos brillar y de inmediato se disculpó por haberla incomodado.

—Lo siento, pero ¿sabes qué? Mis padres también murieron cuando era niño y desde entonces he vivido con el ser más repelente de la tierra que puedas imaginar... Así que siéntete orgullosa de tener a tu abuela. Me juego mil marcos a que es mejor persona que mi tío —exclamó para animarla.

Y funcionó. Adella sonrió y las lágrimas retenidas en sus ojos se disolvieron como polvos de cacao en una jícara.

—¿De verdad?

—Definitivamente. Mi tío es un espécimen completamente austero. Créeme, convivir con él es una auténtica pesadilla —aseguró despectivamente.

Adella se sorprendió. Friedrich aborrecía a su propio tío. Aquello la intrigó, y viendo la perfecta excusa para preguntarle lo que desde hacía rato estaba deseando saber, no caviló.

—Parece que viva esposado al trabajo.

—Excelente observación, *Fräulein*. Mi tío solo vive por y para el trabajo —musitó él a cuentagotas.

Adella frunció el ceño, dispuesta a indagar más.

—Supongo que debe ser un oficio lo suficientemente importante para involucrarse tanto, ¿no es así?

Friedrich titubeó. No consideraba apropiado, y mucho menos en una primera cita, hablar de su tío.

—Digamos que ejerce de policía —reveló al fin.

Adella captó su indirecta. Él no quería hablar de aquel tema y, a juzgar por su entonación, pareció que detestase la profesión de su tío. Entonces, volvió a suponer que no tenía nada que ver con él. Sin embargo debía asegurarse, y tras preguntarle a qué se dedicaba él, Friedrich, con cierto recelo, decidió zanjar

aquel punto de la conversación respondiendo a la pregunta de ella.

—Me dedico al servicio de la nación, Della.

Adella entrecerró los ojos, no acabando de entender qué le estaba queriendo decir con exactitud. Friedrich, consciente, sonrió.

—Como buen burócrata, mantengo el orden público.

—Pero ¿eres un SA como Hans? —preguntó Adella muy seria, deseando que no lo fuera.

Friedrich negó con la cabeza, aliviándola. Adella no volvió a cuestionarle nada al respecto para evitar incomodarle más. Simplemente confió en que no corría ninguna clase de riesgo estando a su lado y, para celebrarlo, decidió invitarle a tomar otro batido al día siguiente.

—¿Otra cita? —preguntó Friedrich fingiendo alarmarse.

—Llámelo como guste —repitió ella con las mismas palabras que hubo empleado él la tarde anterior.

Friedrich la miró sonriente, completamente desarmado ante la dulzona picardía que ella desprendía.

—Me alegra divertirme —susurró ella.

—Y a mí que lo hagas —dijo él sonriéndole más con los ojos que con la boca. En aquel instante, quien se sintió desarmada y totalmente embelesada fue ella.

El joven se dispuso a decir algo, pero no llegó a articular palabra alguna. El chirrido de la puerta les interrumpió y ambos miraron cómo unas piernas gruesas, cuyo cuerpo ocultaban varias cajas superpuestas, caminaban con dificultad por la estancia.

—¡Pauline! ¡Adella! Ayudadme a clasificar todas estas botellas —exigió el vozarrón de *Herr Kesler*.

Friedrich miró un tanto indignado al inoportuno hombre y retiró de inmediato su mano antes de que Adella la viera acercársele. Pauline no tardó en salir de la cocina para ayudar a su jefe, y Adella, desconcertada por la interrupción, se levantó torpemente de la silla.

En cuanto *Herr Kesler* depositó la mitad de las cajas sobre la barra y vio a Adella junto a Friedrich, no pudo evitar alarmarse.

—*Herr Kesler*, permítame presentarle a Friedrich Kießling, un amigo —se apresuró a decir ella.

Casi al instante, el joven se colocó en pie junto a ella y le dedicó una fría

mirada.

—Nos volvemos a ver, *Herr Kesler* —dijo Friedrich, sin ni siquiera estrecharle la mano.

Su cambio brusco de actitud dejó a Adella estupefacta, con una sensación rara en el estómago. Si antes sentía los aleteos de las mariposas haciéndole cosquillas en su interior, ahora los aleteos parecían arañarla.

Herr Kesler no atinó a responder. En vez de eso, asintió únicamente con la cabeza como gesto de saludo y posó sus ojos oscuros en los de Adella.

—Ve a la cocina y ayuda a Pauline a guardar las botellas —le ordenó seriamente.

Adella obedeció al instante. Agarró dos de las cajas y se dispuso a entrar en la cocina cuando Friedrich, de manera hostil y autoritaria, le cerró el paso.

Ella dio un paso atrás, completamente atónita.

—Debería pedirle los certificados de origen de estas botellas —comentó secamente.

Adella miró de reojo a *Herr Kesler* sin comprender cuál era el problema y, de nuevo, trató sin éxito de dirigirse a la cocina. La rígida postura de Friedrich volvió a impedírselo, intimidándola mucho más.

—No será necesario, sargento Kießling. El incidente de esta mañana no volverá a suceder, puedo asegurarle que ya no comercio con... —hizo una pausa, buscando un término apropiado para no incomodar a Adella—... personas inadecuadas —acabó por decir.

Adella giró la cara para mirarle con asombro. ¿Sargento Kießling? ¿Qué quería decir con personas inadecuadas? ¿Qué diablos estaba ocurriendo? De repente, un presentimiento la hizo sospechar. *Herr Kesler* parecía hablar en clave.

—Personas... —repitió Friedrich con perfecto desdén, haciéndole saber que no era el término apropiado.

Herr Kesler se encogió de hombros, sintiéndose azorado al no saber qué decir para no incomodar a ninguno de los dos. Adella supo que debía intervenir.

—Fritz, me duelen los brazos —dijo, logrando disminuir parte del malhumor que se había instalado en él.

Friedrich miró a Adella con cierto arrepentimiento y le cedió el paso. Nada más cerrar la puerta de la cocina, la joven aguzó el oído y espió junto a Pauline la conversación de ambos hombres.

—Más le vale decirme la verdad, *Herr Kesler*, de lo contrario, ya sabe lo que podría pasarle. Dígale a Adella que volveré mañana a verla —dijo formalmente antes de marcharse.

En cuanto Adella le escuchó cerrar la puerta, tragó saliva y aguardó la reprimenda.

—¡Adella Kinderman! —exclamó *Herr Kesler* entrando en la cocina.

La aludida se atrevió a dar un paso al frente, arrepentida por haber cometido algo malo sin saberlo.

—¿Cómo has tenido la desfachatez de hacerte un amigo así?

—¿Lo conoce? —le preguntó.

—Ese desgraciado ha arruinado parte de mis negocios con mis proveedores. Por su culpa, parte de tus creaciones perderán calidad —expuso completamente encolerizado.

Pauline y Adella se miraron de reojo, tratando de adivinar cuál era la raíz del problema.

—¿Quieres saber por qué lo ha hecho? —preguntó furioso.

Adella asintió.

—Porque mis mejores proveedores eran judíos —reveló.

A Adella se le vino el mundo encima, descubriendo lo que aquello suponía, y, comenzando a brillarle los ojos, se negó por un momento a aceptarlo. ¿Por qué tenía que ser precisamente él uno de ellos?

—En efecto, Adella, ese nuevo amiguito tuyo es un *nazicito* que terminará por arruinar mi negocio. Él mismo ha sido quien ha descubierto esta mañana mi trato con los proveedores en la vieja fábrica donde estaba haciendo tanteando la zona con sus camaradas, y no ha dudado en sacar armas. Imagínate lo que podría hacernos si se entera de que tú eres judía y yo tu encubridor —exclamó enfadado.

Adella no pudo contener las lágrimas que habría querido retener y comenzó a sofocarse, a sentirse insignificante y no persona como él mismo había insinuado. Friedrich, aquel joven que radiaba bondad cada vez que le sonreía, albergaba maldad en su interior.

—Aléjate de él antes de que sea demasiado tarde, ¿me oyes? No te conviene en absoluto su compañía. Es un maldito SS que lo único que podrá causarte serán problemas —le advirtió *Herr Kesler* con cara de muy pocos amigos.

—Pero... él, yo... Ha sido amable, y yo... —balbuceó ella.

—¿Amable? ¿A caso le has contado quién eres realmente? —inquirió.

—No, señor... —musitó disgustada.

—Por tu propio bien, ni se te ocurra hacerlo —volvió a advertirle.

Adella asintió enseguida. Tragó saliva y se sintió desfallecer por culpa de sus nervios. Había vivido toda clase de emociones en una sola tarde y se sentía exhausta. Pauline la sujetó por los hombros y le susurró que debía calmarse. Tras un resoplido, la irritación de *Herr Kesler* comenzó a disiparse y, sin volver a pronunciarse al respecto, ordenó a Pauline y a Adella que se retirasen.

Una vez en su habitación compartida, Pauline cepilló el pelo a su amiga, sabía que eso la relajaba. Sin embargo, Adella no se sosegó en ningún momento. No podía dejar de pensar en Friedrich, en lo bien que la había tratado y cómo su gesto se torcía al ver a *Herr Kesler*. Parecía, sin duda, un ser con dos facetas antitéticas, capaces de espantar a cualquiera. Pero Adella, sin llegar a explicarse el motivo, seguía confiando en él. Le sentía diferente. Algo en el fuero interno de su mirada gris entristecida lo delataba.

—¿Estás bien? —preguntó Pauline abrazándola de repente. Adella volvió en sí.

—Estoy indecisa —murmuró.

Pauline le dio un leve tirón de pelo y le hizo girarse para que la mirara.

—¿Por qué? ¿No estarás pensando en volverle a ver, verdad Della? —preguntó con pavor.

—No lo sé...

La chocolatera desvió la mirada y Pauline la miró con desaprobación.

—¿No lo sabes? ¿Pero tú te estás oyendo? ¿No has escuchado a *Herr Kesler*? ¡No debes acercarte a Friedrich! Sois enemigos. ¿Un nazi y una judía? ¿Estás loca? —recriminó.

Adella se armó de valor para llevarle la contraria.

—Bueno, podríamos no ser enemigos si él no se entera, ¿no te parece? —dijo desafiante.

—¡Estás rematadamente loca! Estás jugando con fuego, ¡con el infierno entero! —insistió queriéndola hacer entrar en razón—. Si descubre tu farsa acabará literalmente contigo —dedujo aterrada.

Con testarudez y convicción de que él no le haría daño, la chocolatera trató

de restar tensión a la situación.

—No seas pelmaza, Pauline. No me pasará nada porque él no lo sabrá.

—No te confíes, insensata. Las SS están especializadas en descubrir esta clase de embustes.

Con un coraje inexplicable, la ingenua chocolatera, se dispuso a debatir la cuestión y entablar una seria discusión. Sin embargo, los gritos de una mujer y los feroces ladridos de un perro, las hicieron callar. Tanto Adella como Pauline sabían lo que pasaba. A esas horas, como solía suceder a menudo, algún civil judío trataba de huir de la autoridad tras ser descubierto.

Pauline apagó mediante un soplido la tenue luz que ofrecían las velas en el escritorio y se acostó en su cama, acurrucándose con angustia. Pese a ser alemana, tenía una sensibilidad legendaria que le permitía empatizar con el sufrimiento de los judíos. Lloró en silencio y cerró con fuerza los ojos, tratando de dormirse lo antes posible. Adella, en cambio, permaneció rígida, sentada en su cama, conteniendo las lágrimas que buscaban salir cuando, de pronto, un disparo acalló los gritos de la mujer para siempre. Solo entonces, no pudiéndose reprimir más, liberó sus lágrimas.

Capítulo 4

Como cada madrugada, Pauline despertaba a Adella tras oír el rugir del frío viento en el alféizar de la ventana durante el alba. Apenas se percibía el canto de los pájaros desde el comienzo de la guerra. Los periódicos y emisoras de radio no tardaron en hacer público lo que acontecía. Alemania se había visto enfrentada con nuevos países, y Adella estaba convencida de que el único culpable de la vorágine era el mismísimo *Führer*, a quien la inmensa sociedad alemana apoyaba. Bajo aquellos pensamientos matutinos, Adella se levantó aún somnolienta de la cama. Pauline fue, como de costumbre, la primera en arreglarse y bajar a la chocolatería donde *Herr Kesler* concluía su desayuno y se preparaba para salir a negociar con nuevos mercaderes. Poco después de su partida, Adella apareció en la estancia.

—*Herr Kesler* acaba de irse y quiere que prepares magdalenas de chocolate —dijo Pauline.

Adella asintió levemente y, sin decir palabra, fue directa a la cocina donde inició su rutina. Se paseó entre los estantes meditando con qué chocolate prepararía las magdalenas. No quedaba mucha crema. Otra vez tenía que ingeniárselas. Respiró hondo y optó por dar rienda suelta a su imaginación. Tras registrar los armarios, se detuvo frente al frigorífico y optó por hacer uso de la leche y los huevos que había guardados. Se contentó al encontrar varios yogures naturales y, sin dudar, optó por elaborar magdalenas con sabor a yogur y chocolate.

Transcurrida una hora, justo antes de abrir el local, un delicioso perfume tentó a Pauline a ir a la cocina.

—Magdalenas de yogur, ¡excelente idea! —la felicitó.

Adella sonrió mientras las depositaba en una bandeja. Pauline acercó su respingada nariz a una de ellas y percibió el aroma del chocolate en su interior. Se relamió los labios.

—¿Qué ingredientes has empleado? —se interesó.

—Además de chocolate, en el frigorífico había envases de yogur, leche y huevos.

Pauline se llevó la mano al frente y resopló.

—Lo que había en el frigorífico estaba reservado —comentó.

—¿Para quién? —se extrañó Adella apurada.

—Para nosotros tonta. *Herr Kesler* estaba guardando provisiones —le explicó Pauline.

—Tonta tú, con el dinero que ganemos podremos comprar más provisiones, no seas negativa.

—No soy negativa, soy realista; y en las guerras todo escasea —reprochó la pelirroja.

Ante eso, Adella no dijo nada. Al final, mordiéndose el labio, prosiguió mostrándose lo más optimista posible.

—Todo irá bien, Pauline, no nos faltará nada.

—Qué inocente eres, querida.

—Qué ingenua eres tú —exclamó ella sacándole la lengua.

Pauline la miró con los ojos entrecerrados y abrió la puerta de la entrada, liberando así el perfume de las magdalenas que pronto hizo reinar un bullicio de gente que entró al local, y, efectivamente, su amiga estaba en lo cierto. La operación *magdalénica* tuvo éxito y la caja no tardó en llenarse de monedas. *Herr Kesler* se daría por satisfecho.

Unas cuantas calles más allá, la satisfacción también se aspiraba en el aire. Friedrich terminó de engominarse su cabello cenizo a la vez que se pasaba el peine con fuerza, marcándose finas líneas similares a los arrozales recién arados. Dio por finalizado su aseo personal y en cuanto la colonia humedeció sus dedos, oyó un chasquido. Resopló al identificar el sonido; a Marlis se le había vuelto a caer la taza del té al suelo.

—¡No sé si es la vejez o que naciste estúpida, límpialo antes de que te caigas! —gruñó Bauer.

—Buenos días —intervino Friedrich entrando en el salón. Bauer cambió de inmediato su expresión y le sonrió.

—Sobre todo para ti, muchacho. Hoy ascenderás en escala. Neumann nos espera.

Friedrich sonrió con altivez, y Marlis, agachada en el suelo con un trapo, le dedicó, sin que se diera cuenta, una mueca de pena.

—¿A dónde iremos?

—A Neuengamme. Un chófer nos llevará hasta allí —le informó Bauer asomándose por la ventana para asegurarse de que el chófer cumplía con la hora programada.

Friedrich asintió con rigidez. Había oído hablar con anterioridad sobre aquel lugar. Inaugurado en diciembre del 38, Neuengamme era un distrito de Hamburgo situado cerca del río Elba. Habiéndose tratado de una antigua fábrica de ladrillos, las SS habían comprado el terreno a fin de convertirlo en un campo de trabajo para prisioneros, siendo estos la mano de obra para la reproducción de ladrillos y la construcción hidráulica en el río Elba mediante canalizaciones.

Friedrich estaba ansioso por comenzar su jornada como celador, sabía que su posición le brindaría experiencias enriquecedoras, y sonriendo con el propio entusiasmo juvenil que marcaba la ambición por ser alguien en la vida, dio inicio su aventura.

Partieron al alba, gozando el confort que el coche, un nuevo modelo Mercedes Benz con chófer incluido, les brindaba. Friedrich cerró la centellante y se sentó en la tapicería de cuero negro. Aquella carrocería representaba la innovación del sector automovilístico.

Durante el trayecto, la frialdad alemana se hizo notar. Ni tío, ni sobrino, ni chófer, se hablaron, limitándose únicamente a mirar por sus respectivas ventanillas, disfrutando la calma del paisaje hamburgués. El viaje no tardó en concluir. En cuanto el vehículo se detuvo, Bauer y Friedrich fueron recibidos por varios oficiales, compañeros del primero, que les condujeron al despacho del coronel Neumann.

Tal cual y como se hubo previsto, aquella misma mañana nublada, el joven Friedrich fue ascendido a sargento, y tras conocer en persona al extraordinario joven, el coronel Neumann quiso festejar su ascenso aquella misma tarde con un cóctel en la sala central del recinto. Sin embargo, Friedrich rechazó con diplomacia la invitación.

—¡Ni se te ocurra marcharte, Friedrich! ¿Qué diablos tienes que hacer para no asistir a tan considerado evento? —exigió saber Bauer.

—Limpiar un país —protestó tratando de escaquearse.

Bauer frunció el ceño y se dispuso a entablar un severo debate cuando Neumann les interrumpió.

—Teniente Bauer, permítame decirle que es un gesto muy responsable por parte de Friedrich —opinó, sin dejar de relucir su cuidada sonrisa.

Bauer se estremeció, dando un paso atrás y consintiendo la voluntad de su sobrino.

—Si lo desea puede retirarse —dijo Neumann alzando la mano—. No sin antes asegurarme que tendrá presente cómo piensa organizarse estas semanas. Próximamente tendrá grandes responsabilidades en Neuengamme.

Friedrich asintió con seguridad y el coronel Neumann le hizo entrega de su nuevo uniforme. Friedrich se sintió orgulloso con el obsequio y se marchó ante el descontento de Bauer.

Tomó el mismo coche con el que habían llegado y el joven fue trasladado hasta el centro de Hamburgo. Cuando bajó del Mercedes lo hizo con orgullo, y comenzó a caminar garbosamente por la acera. Todos los transeúntes le cedieron el paso. Aquel joven uniformado debía ser alguien importante.

Cuando Friedrich entró en la morada, Marlis se alarmó. Aún no había limpiado toda la casa y temió que Bauer se pusiera hecho una fiera, pero al ver que el muchacho había regresado solo, se relajó. Con un leve gesto de cabeza, Friedrich saludó a la mujer y subió a su habitación para cambiarse de ropa. Luego, se refrescó la cara en el lavabo, miró su reflejo en el espejo y pensó en sus futuros quehaceres y su monotonía. Todos los días al alba, a excepción del domingo, partiría a Neuengamme y, aunque se sintiese privilegiado por su cargo allí, la idea de alejarse del barrio y, en consecuencia, de la chocolatería, no le hacía gracia. Resopló y deseó disponer de tiempo libre para reunirse con Adella. Resopló. Adella le había llegado al corazón de una forma muy intensa, casi indescriptible. La joven había comenzado a trastocarle, a hacer que fuera capaz de dejar el trabajo en un segundo plano para centrarse únicamente en ella.

—Cuando *Herr* Kesler regrese saltará de alegría. Fíjate, eres la chocolatera de oro —canturreó Pauline admirando el dinero obtenido durante aquel día.

Adella, que la miraba divertida, se acomodó en su taburete rosa particular y miró instintivamente la hora. Por un momento creyó que su corazonada le fallaría. Se acercaba el momento del cierre y Friedrich no había aparecido. Pero todavía manteniendo la esperanza, Adella se acercó a la puerta y la abrió

despacio. Pauline, distraída contando los billetes y monedas, ni siquiera se percató.

Una vez en la calle, Adella se sentó en el borde de la acera con la última magdalenas en sus manos. La había guardado aposta para él. Miró hacia la derecha y luego a la izquierda. El joven no estaba por los alrededores. Suspiró un tanto abatida y miró fijamente al cielo. Atardecía de forma extraña. El ocaso estaba teñido de un gris rojizo un tanto peculiar. Había nubes espesas sobrevolando la ciudad. Parecía humo. De pronto, unos pasos acercándosele la sonsacaron de su observación celestial. Una esbelta silueta de caballero se posó a su lado.

—¡Hola Fritz! —le saludó Adella levantándose.

—Hola Della, ¿qué haces aquí sola? —preguntó con extrañeza.

—Te esperaba —dijo espontáneamente.

Friedrich levantó las comisuras de sus labios. Aquella contestación le acababa de hacer terriblemente feliz.

—Lamento la demora. Hoy ha sido un día muy largo —dijo encogiéndose de hombros.

—Oh, no importa, más vale tarde que nunca, ¿no? Te traigo esto. Las hice esta mañana y se vendieron enseguida, pero guardé una para ti —tartamudeó ella.

Sus ojos grises se abrieron más de lo habitual y observaron la hinchada magdalena dorada. Agradeció el detalle. Se sintió muy complacido por haber sido tenido en cuenta y aceptó el dulce regalo, reconociéndose que era muchísimo mejor que su uniforme nuevo. Sin perder la sonrisa, estiró el brazo y los dedos de ella rozaron su piel, desencadenando la corriente eléctrica. Adella, sobresaltada, apartó bruscamente su mano.

—Perdón —se disculpó.

—No ha sido nada —aseguró él.

Silencio. Friedrich aguardó a que ella le invitara a entrar. Sin embargo, pese a adivinar sus pensamientos, Adella se apresuró a decir que no sería buena idea puesto que el local se cerraría en breve. Entonces, Friedrich tuvo la idea de pasear por el parque más cercano para pasar algo de tiempo con ella, y Adella, gustosa, aceptó.

Anduvieron en silencio, mirando distraídamente al frente. Adella se mordió el labio. Si Pauline se enteraba de su paseo con Friedrich, no dudaría en

comunicárselo a *Herr* Kesler y vendrían los problemas. Sonrió como niña traviesa que sabe salirse con la suya pero, de pronto, enserió al sentirse observada. Redujo su paso y miró con detenimiento a su alrededor, temiendo encontrarse con su jefe.

—¿Della?

La chocolatera agitó la cabeza y, volviendo a sonreír, retomó la caminata. Friedrich levantó una ceja, dio media vuelta y caminó unos cuantos pasos lentos, esperando así a que ella volviera a situarse a su lado. Durante el corto camino, Adella no pudo evitar analizar la nueva perspectiva. Era sin duda la mejor que había visto en mucho tiempo. Sus mejillas volvieron a ruborizarse. La espalda ancha del joven la anonadaba, al igual que sus musculosos brazos cubiertos únicamente por una camisa blanca ajustada. La joven siguió estudiándole detenidamente hasta que fue descubierta por el rabillo del ojo de Friedrich. Divertido, el alemán fingió no darse cuenta de lo sucedido. En el fondo le gustaba que le mirase sin reservas.

Siguieron caminando en silencio hasta llegar frente a las altas columnas de piedra de *Planten un Blomen*, el mejor parque de la ciudad que atesoraba un hermoso lago y una flora espléndida. Ambos se adentraron por los senderos hasta que el joven se detuvo a admirar el lugar.

—Es un bello jardín, ¿no crees? —comentó.

—Oh, sí, desde luego. Ya de por sí, Hamburgo es una bella ciudad —respondió Adella al instante.

Friedrich ladeó la cabeza, demostrando no estar del todo de acuerdo.

—Creí que Berlín te parecería la mejor ciudad —comentó fingiendo una mueca de disgusto.

—Bueno, solo dije que Hamburgo es una bella ciudad, no la mejor —recalcó. Friedrich le dedicó media sonrisa y la miró de refilón. «*Para bella ya estás tú*», pensó.

—¿Vamos? —preguntó ella sacándole de sus cavilaciones.

—Claro —articuló retomando el paseo.

Al rato, con los últimos rayos del sol, ambos jóvenes optaron por sentarse a la sombra de un inmenso roble junto al gran lago rodeado de flores. El paisaje resultaba de lo más tentador para establecerse allí de por vida. Con galantería, Friedrich le ofreció a Adella la mitad de la magdalena.

—No, gracias. Es toda para ti —dijo ella.

Friedrich contempló a Adella. Aquellos pequeños hoyuelos que se le formaban al sonreír tampoco los había pasado por alto. La joven de ojos avellanados era indiscutiblemente preciosa. Su risa de cascabeles y su mirada tierna le hacían parecer un ángel en la tierra. ¡Cuantísimo le gustaba! Mordió la magdalena y al saborear la reliquia, degustó un fragmento del mismísimo cielo.

—¡Deliciosa! —exclamó engulléndola.

Adella volvió a reír al verle comer de aquella manera.

—Me alegra saberlo, han sido todo un éxito en la chocolatería —le contó.

—No me extraña, cocinas como los ángeles, ¿quién te enseñó? —le preguntó con verdadero interés, comparando las habilidosas manos de Adella con las de Marlis.

—Mi abuela —confesó ella un tanto nostálgica.

Friedrich notó cómo, al mencionarla, su sonrisa desaparecía. Por ello, sintiéndose culpable, alzó su mano y la colocó en la comisura de sus labios.

—Permíteme el atrevimiento, pero eres más bonita cuando sonríes — declaró acariciándola.

Adella se estremeció ante el acercamiento, pero enseguida se repuso e inició la conversación que tanto anhelaba oír de sus labios pese a saber la carrera de Friedrich.

—Eres muy aplicado en tu trabajo; además de joven, ¿cuántos años tienes? —preguntó curiosa.

Hasta aquel momento, no se le había ocurrido preguntarle algo tan básico como la edad. Friedrich dio el último mordisco al bizcocho y, tras digerirlo, carraspeó. Sacudió la cabeza y posó sus ojos grises en los marrones de ella.

—Diecinueve, ¿y tú? —respondió preguntándole lo mismo. Adella se asombró. Había creído que era más mayor.

—Dieciocho.

—De modo que nos llevamos un año. Déjame decirte que, con esa carita, pareces casi una niña; pero sabiendo tanto de cocina, parece que tengas cien años —bromeó.

Bien era cierto que el dulce rostro de Adella le otorgaba menos edad de la que tenía, sin embargo, Friedrich se contentó al saber que no era tan pequeña como parecía.

—Cocinas mejor que un adulto —aseguró.

—Bueno, soy casi adulta —aclaró ella agravando su voz.

—No tanto como yo —contraatacó.

—Entonces, supongo que cumplirás favorablemente tu trabajo, ¿verdad?

—Por supuesto —aseguró con altivez.

—Perdona mi curiosidad, pero ¿a qué dedicas exactamente? —preguntó ella finalmente.

Friedrich pareció meditar la respuesta, como si no supiera cómo responder. Por primera vez, no le entusiasmó hablar de su cargo y sintió cierta inseguridad. Luego, pensándolo mejor, supuso que ella, al igual que el resto de las mujeres con las que había frecuentado, sentiría admiración por su buena posición. Cobró su natural compostura y contestó sin tapujos.

—Como buen alemán trabajo para nuestra patria, y recientemente he sido nombrado *Scharführer*.

—¿Cómo? —preguntó extrañada al oír por primera vez aquel término.

—Sargento de las SS —le aclaró él con dulzura.

Adella frunció el ceño. No entendía de rangos, pero a juzgar por su altivez, supuso que era uno importante.

—Entonces eres un nazi... —se confirmó ella en voz alta, sin darse cuenta.

Friedrich levantó la ceja izquierda. ¿A caso no era evidente? Analizó su expresión y supo que no era precisamente de admiración. El joven se incorporó y la miró fijamente.

—Obviamente. Creo en la política e ideales del Partido, y colaboro en la evolución favorable del país. Al fin y al cabo, hay que entregarse al servicio de nuestra nación para evitar su decadencia, ¿no te parece?

Adella contuvo la respiración. Asintió lentamente y, con su semblante serio y mirada al suelo, no se atrevió a preguntar nada más. Viendo su reacción, Friedrich no pudo evitar sentirse confuso. Cualquier alemana hubiera idolatrado su labor pero, pensándolo detenidamente, Adella no parecía ser cualquier alemana. Consciente de ello, Friedrich no supo si embelesarse por su personalidad o preocuparse al pensar que, tal vez, ella no era lo que había creído.

—Adella, ¿afecta nuestra amistad el hecho de que yo sea nazi?

La pregunta la tomó de improviso.

—Sí, pero no —alternó.

Friedrich rompió a reír ante tal inesperada y absurda respuesta.

—¿Qué significa eso? —quiso saber, confiando en que bromeaba.

—Significa que no quiero hablar de trabajo, ni de guerra, ni de nada... Solo quiero estar aquí contigo, en paz —agregó cerrando los ojos y tumbándose en el césped.

Friedrich la imitó. Se tumbó a su lado y juntos admiraron el cielo.

—Opino lo mismo. Nuestros momentos deben ser para estar tranquilos —murmuró dando por finalizada la conversación.

Adella sonrió, dándose por satisfecha.

—Ojalá todas las tardes fueran así —comentó él admirando el cielo.

Adella abrió los ojos, manteniéndose en silencio y a la espera de que continuase hablando. Al instante, Friedrich la miró a ella.

—Tal vez te parecerá precipitado; pero, desde que te conozco no puedo evitar sentirme... libre. Desde que comenzó la guerra, uno no puede permitirse el lujo de sentirse así, créeme, pero estar a tu lado es... peligrosamente posible —manifestó con honestidad.

Adella lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿Peligrosamente posible? ¿Por qué? ¿Acaso no es bueno sentirse libre? —Se sobresaltó.

—Sí, claro que sí, pero no ahora, no en estos tiempos —argumentó él.

—Pues partiendo de esa teoría, me has metido en un buen lío —pensó ella en voz alta.

—¿Cómo dices?

—Tú me trasmites... —calló de golpe.

¿Qué debía decir? ¿Armonía? ¿Era eso lo que un nazi podía transmitirle a una judía? Desde luego, por mucho que se empeñase en creer que sí, la voz de su conciencia le recordaba que nada bueno podía aportarle alguien como él. Contuvo la respiración y vio como la sombra de Friedrich se movía por el suelo. Él seguía mirándola con insistencia, casi sin parpadear, esperando un cumplido equivalente a lo que él le había confesado.

—Sinceridad... —logró articular finalmente, encogiéndose de hombros.

Friedrich, sorprendido, curvó hacia arriba las comisuras de sus labios. Respiró hondo y saboreó la buena burbuja que creció entre ellos. Adella también la sentía, y justo cuando comenzaba a relajarse, la propia pompa de serenidad se rompió ante el duro aviso de la realidad.

—¡Friedrich! ¿Qué diablos haces aquí? —retumbó una escalofriante voz.

Tanto él como ella la reconocieron al acto. Friedrich se levantó enseguida, poniéndose firme como un palo. Adella le imitó y trató de colocarse detrás de él, queriéndose ocultar.

—Te he hecho una pregunta, muchacho, ¿qué haces aquí? —preguntó Bauer mientras se acercaba ferozmente a su sobrino.

—He... He estado patrullando —se apresuró a decir Friedrich con la misma frialdad.

—Y cómo no, de paisano. Debería darte vergüenza ahora que tienes ocasión de llevar tu nuevo uniforme y tus galones que, gracias a mí, has conseguido —replicó Bauer.

Friedrich torció el gesto. Detestaba que su tío pretendiera quedar por encima de él, como si todos sus logros personales dependieran de él, cosa que no era cierta. Tensó su mandíbula y cuando se dispuso a controvertirle, una helada ráfaga de aire envolvió todo a su paso, causando un estornudo por parte de la asustadiza muchacha oculta en su espalda.

—Vaya, vaya, vaya, ¿a quién tenemos aquí? No me lo puedo creer, pero si es la famosa chocolatera de Hamburgo. Cuánto tiempo sin verla, *Fräulein* Schulze —exclamó Bauer al percatarse de su presencia.

Adella levantó la cabeza. Un rubor de desagrado regó sus mejillas. Bauer aún no la había olvidado y eso la inquietaba. Friedrich arrugó la frente y, volviéndose hacia ella, le preguntó si ya se conocían. Ella asintió.

—La retuve en un par de ocasiones. Quería saber un poco más de ella y su origen —agregó Bauer.

—Es berlinesa y trabaja en Hamburgo —zanjó Friedrich a la defensiva. Bauer esbozó media sonrisa.

—Lo sé, no soy tan inepto como tú que has tardado año y medio en darte cuenta de su existencia —espetó hostilmente. Luego, modificó su expresión y, con una cínica sonrisa, se dirigió nuevamente a la muchacha—. Mucho gusto en volverla a ver, *Fräulein*. Supongo que Friedrich no le habrá hablado de mí, así que me presentaré formalmente. Soy Christoph Bauer, su tío —declaró con retintín, y ella se sorprendió. ¿Aquel horrible oficial era familiar de Friedrich? Sin duda Friedrich tenía razón cuando le habló mal de su tío.

Bauer tendió su mano hacia ella y, aún con la cínica sonrisa en el rostro para fastidiar a su sobrino e incomodar a la chocolatera, la agarró sin consentimiento para besársela de manera guasona.

—Lo mismo digo, *Herr* Bauer —susurró Adella.

—Teniente Bauer, preciosa —la corrigió con malicia.

Adella bajó la mirada. Trató de zafarse, pero Bauer lo impidió. Apretó con antipatía su mano. Adella contuvo un quejido hasta que no resistió más y liberó un gemido de dolor. Friedrich, al percatarse, no dudó en interponerse para apartar a Bauer.

Bauer le dedicó una frívola y cruel mirada.

Adella se mordió el labio. «*Si las miradas matasen, ambos ya estarían muertos* » pensó.

—Se está haciendo tarde y debo irme. Buenas noches, sargento Kießling, teniente Bauer —dijo deseando marcharse.

Dio un paso hacia atrás y, justo cuando se proponía a marcharse, Friedrich la de la mano y la retuvo a su lado.

—Permíteme acompañarte. No es apropiado que merodees sola a estas horas de la noche —exclamó con caballerosidad.

Adella asintió con resignación, y disfrutó el cálido contacto que aquella mano le brindaba, caminando así a su lado, e ignorando por completo a Bauer.

—¿Dónde está Della? Quiero felicitarla por las magdalenas. Han sido todo un éxito, me lo ha dicho toda la clientela que he visto hoy —comentó *Herr Kesler* nada más entrar en la chocolatería.

Pauline, que hasta en aquel momento se mantenía limpiando los fogones de la cocina, se inquietó instintivamente.

—Creí que estaba esperándole en la puerta.

—Pues no está, Pauline, ¡ya no está! —se alarmó *Herr Kesler* volviéndose a acercarse a la puerta.

La abrió con cierta brusquedad y miró atento a su alrededor. Primero a la derecha, luego a la izquierda y, finalmente, al frente donde tres siluetas se aproximaban.

—Mire, *Herr Kesler*, ¡ahí viene! —exclamó Pauline mirando por encima de su hombro.

Oyó claramente como *Herr Kesler* suspiraba aliviado, pero, segundo y medio después, la sonrisa se le borró de la cara en cuanto identificó a sus acompañantes. Al reconocerlos, pensó en lo peor. Contuvo el aliento y dejó de

respirar. El pánico estaba comenzando a adueñarse de su cuerpo cuando Adella levantó la mano para saludarle como una niña pequeña. Entonces se relajó. Todo había sido un susto, un horrible susto que no volvería a repetirse, se juró.

—Buenas noches, *Herr Kesler* —saludó Friedrich en cuanto llegaron.

Aún con la sonrisa de la niña que jamás rompe un plato, Adella correteó hasta ponerse a su lado. *Herr Kesler* la miró de reojo, esperando una explicación.

—No se preocupe, Adella está bien, ha estado conmigo esta tarde —le explicó Friedrich.

—¿Cómo? —preguntó asombrado.

Friedrich entrecerró los ojos, no comprendiendo porqué a *Herr Kesler* le resultaba tan molesto que Adella pasara su tiempo libre con él. Se dispuso a cuestionárselo cuando ella, adivinando sus intenciones, lo impidió.

—Lo siento mucho, *Herr Kesler*. Le estuve esperando en la calle cuando me encontré al sargento Kießling. Hemos estado hablando, dimos una vuelta por el barrio...

—Y fueron al parque a cazar mariposas y contar margaritas. *Herr Kesler*, me alegra verle —interrumpió Bauer, dispuesto a agregar con todo lujo de detalles lo que ese supuesto breve paseo era en realidad: una cita.

Friedrich sintió encolerizarse.

—Sí, también fuimos al parque, pero eso no tiene nada de malo —contraatacó Adella con fingida inocencia.

Friedrich estiró las comisuras. Sin lugar a duda, Adella era una mujer de armas tomar, ingeniosa y audaz, a la que no se le pisoteaba fácilmente. El teniente Bauer, ocultando su enojo, ignoró el comentario de la muchacha.

—Debería controlar más a su empleada, *Herr Kesler*. No es conveniente que una jovencita tan deslenguada ande sola por donde le venga en gana. *Fräulein Schulze* ha tenido suerte de encontrarse con mi sobrino pero ¿qué hubiera pasado si no hubiera sido así? En estos tiempos las mujeres no deben salir solas a la calle —expuso con malicia.

—No se preocupe, no volverá a suceder —prometió *Herr Kesler*.

Friedrich, colérico, miró con odio a su tío. Este volvió a sonreír con cinismo.

—Yo no me preocupo, quien debería hacerlo es ella —insistió.

Adella tragó saliva. Vio como Bauer se colocaba rectamente la visera de su gorra negra sobre la cabeza y, tras una mirada altanera, se giró sobre sus talones. Friedrich inclinó la cabeza como gesto de despedida y, al ver cómo *Herr Kesler* se metía en la chocolatería, aprovechó para tomar el brazo de Adella. La joven se estremeció en cuanto, aferrada a él, sintió los finos y ardientes labios del alemán pegarse a su oído.

—Nos veremos pronto —susurró con voz calmada, ronca, causándole un terremoto de emociones en el tímpano.

Ella asintió efusivamente. Y, tras unos segundos que parecieron deliciosamente eternos, Friedrich la soltó. Se miraron una última vez y ambos se separaron. Adella, por fin refugiada en la chocolatería, apoyó su espalda en la puerta dorada. Suspiró atolondradamente cuando un carraspeo la volvió a tensar. *Herr Kesler* y su característico ceño fruncido la hicieron temblar. El sermón estaba servido.

—Adella Kinderman, desde hoy quedan restringidas tus salidas de la chocolatería. He sido demasiado impasible contigo, pero te juro por lo que más quieras que tú no volverás a salir cuando te venga en gana.

—Yo...

—Tú nada, Adella, ¿no lo entiendes? No puedes llamar la atención. Friedrich es pariente de Bauer, ¿tienes idea de lo que podría hacerte Bauer si descubre tu secreto? O peor aún, ¿qué crees que Friedrich haría contigo? ¡Espabila! La vida no es de color rosa, ¡en estos tiempos todo es negro!

Pauline, callada junto al mostrador, no dudó en socorrer a su amiga.

—No se alborote, *Herr Kesler*, por favor, todo está controlado. No volverá a suceder lo de hoy —prometió.

—Esto no tiene que ver contigo, Pauline. Aquí quien más peligro corre es Adella, y después yo por encubrirla —espetó *Herr Kesler* mirándola unos instantes, luego, giró la cabeza y, con sus oscuros ojos, acobardó aún más a Adella —. Escúchame bien porque no te lo repetiré más veces, ya eres mayor y sabes de sobra cómo es la situación en este país con los judíos. Si descubren que tú eres judía, estarás muerta, literalmente.

—Basta, *Herr Kesler*, yo... —siseó Adella con la respiración truncada.

En sus ojos comenzaron a asomársele hinchados lagrimones que prometían el diluvio facial más grande de la historia.

—¡Las cosas son así! Solo te pido prudencia, sensatez. Un nazi no puede ser tu amigo, ¡sois ideológicamente enemigos!

—Lo siento... —Se avergonzó Adella rompiendo a llorar. Trató de pronunciarse más, pero sus nervios la traicionaron. Bajó la cabeza y trató de refugiarse en su cuarto. Corrió al piso de arriba donde pensó y repensó. Su cabeza estaba confusa, pero su corazón seguía empeñado en vivir en el peligro. Friedrich no podía ser tan malo... Pero, conociendo su secreto, ¿lo sería?

Nada más cerrar de un portazo e ingresar en la sombría morada, Bauer manifestó su cólera.

—Friedrich Kießling, a partir de hoy concluye tu osadía por desatender tu trabajo. ¿En qué diablos piensas? ¡No seas estúpido y abre los ojos! No debes andar con alguien tan rastrero —recriminó.

Friedrich, que hasta aquel minuto había estado callado e indiferente a los refunfuños de su tío, dejó de contener su ira.

—¡No pongas esa cara! Lo sabes perfectamente. ¿Qué futuro le espera a un oficial de rango si anda relacionándose con mujeres así? Una chocolatera... ¡Por el amor de Dios! ¿Quién será la siguiente? ¿Una barrendera? ¡Mereces algo mejor!

—Adella es alemana pese a todo.

—Perdona que lo dude —insistió Bauer, provocándole.

Ante eso, Friedrich no vaciló. Se enzarzó contra su tío agarrándolo firmemente por el hombro.

—No vuelvas a insinuar nada indeseable, ¿me oyes? Adella no es ninguna partisana, ni mucho menos es judía, así que deja a un lado tus estúpidas especulaciones porque te juro que...

—¿Qué? ¿Me juras qué? Maldito ingrato, ¡llevas toda tu vida formándote para ser alguien en el día de mañana y me niego a que una chiquilla como esa lo eche todo a perder! —arremetió Bauer apartándole de un empujón.

Tío y sobrino se miraron con odio. Friedrich quería defender su postura pero, a sabiendas de que tendría las de perder, ladeó la cabeza y se dejó caer en el diván isabelino del salón mientras Bauer seguía protestando. Friedrich se preguntó qué debía hacer exactamente. Su cabeza le recordaba una y otra vez que su deber primordial era trabajar, y, sin embargo, algo dentro de él, le exigía que hiciese lo contrario, que no debía ceñirse a cargas que pudieran

volverse en su contra y, en consecuencia, causarle la pérdida de quienes amaba. Friedrich resopló. No estaba dispuesto a perder a Adella.

—Mañana, a primera hora, vendrás conmigo a Neuengamme. Obedecerás todo cuanto Neumann encomiende y te implicarás al cien por cien en tu trabajo, ¿me has oído? —exclamó Bauer interrumpiendo sus pensamientos.

Friedrich asintió. No podía hacer otra cosa. No volvieron a entablar conversación aquella noche. Después de cenar en silencio y de leer algún que otro periódico, Friedrich se concienció de lo imposible que le resultaría sobrellevar sus días sin ver a la chica. Con tan sólo pensar en ella, se estremecía recordando el calor que desprendía, aquella viva y dulce energía. Friedrich respiró profundamente, tomando una decisión; iría a verla, siempre y cuando, Bauer no se enterase.

—¿Duermes? —preguntó Pauline.

Adella hizo un mohín y se enrolló más aún entre las sábanas.

—No. No duermes —siseó Pauline viendo su reacción. Se acercó a su cama y se sentó en uno de los bordes.

—No vengo a darte ningún sermón, no soy *Herr Kesler*, pero debes escucharme. Debes olvidarte de él cuanto antes... Ese sargento o lo que sea, no...

—Sargento...

—En cualquier caso sigue siendo un nazi —la interrumpió Pauline.

—Quería darle una oportunidad —justificó Adella asomando la cara de entre las sábanas.

—Della, por favor, sé realista. No debes darle una oportunidad a quien puede darte problemas —le advirtió Pauline.

—No todos son iguales... —replicó.

—Sí lo son, ¡por eso son nazis! —dijo convencida.

Adella arrugó el entrecejo y levantó la cara, dispuesta a debatir aquello.

—Creo que más de uno, lo es por obligación.

—¡Deja de decir sandeces! Tú misma has visto con tus propios ojos cómo degradan a los judíos —le recordó.

Adella guardó silencio ante aquella nefasta realidad.

—Pero Friedrich...

—Si ha sido ascendido a sargento será por algo, no todos logran ese rango —puntualizó Pauline.

Adella abrió la boca para llevarle la contraria pero, ante la carencia de argumentos que pudieran favorecer positivamente a Friedrich, permaneció callada.

—¿A quién pretendo engañar? Es cierto... —acabó asumiendo. Estaba defendiendo a alguien a quien no conocía lo suficiente. Saturada, Adella abrazó sus propias rodillas hasta parecer un ovillo y se acurrucó entre las sábanas—. Pero, hay algo en él que... Es como si fuese prisionero de sí mismo, como si no fuese él mismo... Es extraño, no sé cómo definirlo... —dijo convencida.

Pauline puso los ojos en blanco y, antes de que pudiera alegar algo más, la interrumpió.

—Deja de psicoanalizarle. Ni siquiera puedes juzgarlo con un rotundo fundamento, ¡y duérmete ya! Bastante nos has preocupado a *Herr Kesler* y a mí.

La pelirroja se levantó de la cama y apagó las pequeñas llamas que brillaban entre la cera de las velas. Luego, se acostó en su cama y fue la primera en dormirse a diferencia de Adella, que, aún con la sensación de sentirse conectada a él, tuvo difícil conciliar el sueño. Dio una, dos, hasta seis vueltas en la cama. Miró desde la distancia cómo dormía su amiga y la envidió. Ella no tenía de qué preocuparse puesto que no era considerada como un parásito con el distintivo estrellado en su ropa. Adella llegó a una conclusión; para juzgar a alguien había que conocerlo, y eso mismo haría con Friedrich cuando saliese con él a escondidas, sin que *Herr Kesler* y Pauline se enterasen. Una sonrisa traviesa se le asomó en la cara hasta que, acomodándose mejor en la cama, creyó dormirse cuando unos ladridos la desvelaron. Asustada, se atrevió a mirar por la ventana y vio a dos hombres huyendo despavoridamente de varios perros. Tras ellos, un séquito de soldados corría con las armas alzadas. Adella alcanzó a ver cómo uno de ellos disparaba con excelente puntería y tumbaba desde la distancia a uno de los hombres. Completamente aturullada, Adella contuvo la respiración al ver el cadáver bajo su ventana. Angustiada, se pegó a la pared y se deslizó por ella hasta sentarse en el suelo. Comenzó a fatigarse, a llorar en silencio, imaginándose que el disparo procedía de la pistola de Friedrich.

A unas cuantas calles de allí, un partisano corría sin dirección. Dobló varias esquinas hasta que se detuvo para tomar aliento, desconociendo al completo su fatídico destino. Un hombre apoyado en el alfeizar de la ventana para fumar un cigarrillo y disfrutar de la noche, escuchó unos ladridos y de inmediato visualizó al hombre que pretendía burlar a la autoridad. Sin cavilar, Friedrich tomó su pistola y aguardó el momento idóneo para disparar. En cuanto el infractor se detuvo cerca de su vivienda, apretó el gatillo e inmovilizó al fugitivo para siempre. Satisfecho con su acción, bajó el arma y dio una fuerte calada al cigarrillo que luego arrojó sin miramiento hacia el cuerpo. Segundos después llegaron los soldados quienes reconocieron al autor del disparo. Alzaron las manos en punta como saludo y le desearon las buenas noches al son de un *Heil Hitler*.

Capítulo 5

3 meses después. Diciembre de 1939.

La nieve se volvió más intensa a medida que el invierno imperaba en Hamburgo. A pesar del intento de distanciamiento, tanto Friedrich como Adella, supieron que aquella era una misión imposible. A escondidas de Bauer y Herr Kesler, la chocolatería fue el lugar acordado para sus encuentros.

La amistad entre ambos no tardó en fortalecerse hasta el punto de parecer inquebrantable y, sorprendentemente, aquello no supuso despistes en sus quehaceres cotidianos, sino todo lo contrario. Verse suponía una auténtica motivación para sobrellevar sus respectivas jornadas laborales. Friedrich permanecía en su despacho, organizando informes y firmando determinadas autorizaciones. Viendo su estratégico comportamiento, tanto Bauer como el coronel Neumann se sintieron satisfechos con su rendimiento. Lo que ninguno de los dos sabía era que, cuando el joven libraba, acudía a *Schokolade Gold* para pasar la tarde con Adella. Muchas veces, cuando apenas había gente, la chocolatera solía preparar una mesa para conversar tranquilamente con él, llegando incluso a festejar su vigésimo cumpleaños en noviembre.

Pauline, consciente de aquellas citas, decidió mantenerse al margen. ¿Qué podía decir o hacer? Friedrich era un cliente más que consumía en el local, y no podía echarle. La pelirroja resoplaba, sintiéndose un tanto frustrada. No obstante, a medida que el tiempo pasaba, vio en Friedrich un gran carisma y empezó a caerle bien. También las risas que liberaba Adella la ayudaron a aceptarlo, puesto que con él, ella era verdaderamente feliz y, no solo eso, su compañía era un incentivo que influía en sus magníficas creaciones culinarias. Todo parecía una cadena, como si cada cosa que hiciera Adella estuviera ligada con Friedrich. Ambos jóvenes, con sus respectivas obligaciones, lograban olvidar la guerra. Aquello les resultaba gratificante. Ignorar lo que ocurría alrededor por conseguir así minutos de paz y sosiego era un verdadero alivio que todo ser humano necesitaba sentir.

Pauline se apoyaba cada tarde en el mostrador y, en cuanto veía a Herr

Kesler salir a tramitar asuntos con sus proveedores, contaba con los dedos los segundos que tardaba Adella en salir de la cocina a esperar a su cliente favorito. Siempre era así. Adella aprovechaba las ausencias de *Herr Kesler* para darle la bienvenida a Friedrich, y ella siempre se preguntaba qué sucedería si Friedrich descubría su origen.

Durante un frío atardecer, mientras llovía estrepitosamente, y aprovechando la prolongada ausencia de *Herr Kesler* por ir a visitar a unos viejos amigos, Friedrich y Adella volvieron a citarse en *Schokolade Gold*. Con el ceño fruncido, Pauline giró la pequeña bobina de la diminuta radio junto al mostrador y deseó sintonizar una buena emisora. De lo contrario, se vería obligada a escuchar, por enésima vez, las ridículas anécdotas de *Fräulein Bohm*, la clienta más acaparadora del local. Era joven, pero, más que por los codos, hablaba por los brazos, haciendo que el adjetivo de charlatana resultase insuficiente. Ese era su peor defecto. Todos la llamaban Fulda porque, según ella, había nacido en aquel río y había sobrevivido.

Friedrich y Adella, sentados junto al ventanal, compadecían con tímidas sonrisas el sufrimiento de Pauline por hallar una señal radiofónica. Miraban de reojo la entretenida escena y luego, volvían a posar sus ojos en la ventana para disfrutar en silencio el sonido de las gotas golpeando el cristal.

—Las tormentas berlinesas solían ser más fuertes —recordó Friedrich. La joven suiza solo se limitó a sonreír y a asentir, dándole la razón.

—Aún no me has contado cómo era tu vida allí —replicó ella de buena gana.

—Me pasa algo parecido a ti, ya no me acuerdo... —bromeó evadiéndose de sus memorias.

Puso una mueca y miró fijamente a Adella. Ella no fue menos, clavó sus ojos en los de él y creyó sumergirse en un océano gris de dureza y dolor. No es que fuese especialista, pero era lo suficientemente observadora como para deducir cuando alguien estaba mal y, por mucho gesto hosco o arrogante, Friedrich no podía engañaba.

Adella sonrió, haciendo que él mismo se relajase y dulcificase su expresión.

—¿Nada de nada? —insistió por última vez.

—Viví en Berlín hasta los diez años. Luego, mi padre murió y pasé al cuidado de Bauer. El resto ya lo sabes.

—Yo también fui huérfana a temprana edad —comentó ella, recordándole aquel dato en común como si les vinculara de algún modo.

Ambos jóvenes permanecieron en silencio durante segundos.

—No quisiera ser descortés pero, ¿qué les pasó a tus padres?

Adella levantó las manos, en señal de calma.

—No, tranquilo, no pasa nada, ni siquiera les recuerdo. Mi madre murió poco después de nacer yo, y mi padre enfermó cuando yo tenía dos años. Desde entonces, mi abuela paterna se ocupó de mí... Y bueno, tú también sabes el resto, vine a Hamburgo y aquí estoy... contigo —dijo con cierta nostalgia.

Adella se sorbió disimuladamente la nariz, y Friedrich, notándolo, no dudó en tomarla de las manos.

—Por lo menos, viviste tranquila —opinó.

—¿Qué quieres decir?

Friedrich tensó su mandíbula, no quería seguir haciendo hincapié en su pasado, pero sabía que debía confortarla, ser más abierto con ella, tal cual ella lo era con él.

—Mi madre contrajo tuberculosis cuando yo tenía cuatro años... Y a mi padre le asesinaron —reveló, ganándose toda su atención.

Los ojos grises de Friedrich centellaron odio, pero ante todo impotencia. Respiró hondo y bajó la mirada, buscando la manera de calmarse. Adella se mantuvo callada. Con aquel dato, la suiza se hacía a la idea del calvario que supuso para un niño de diez años soportar la aciaga pérdida.

—Fue un maldito judío, un miserable malnacido —agregó consternado.

Adella liberó un diminuto quejido. Las grandes manos de Friedrich habían cobrado vida propia con el fin de destruir todo a su alcance y, como primeras víctimas, las manitas de Adella se vieron atacadas. Él, percatándose, la soltó.

—¿Un judío? —preguntó Adella con un hilo de voz.

—La peor criatura de la faz de la tierra. Por culpa de su existencia mi padre murió. Pero pronto toda esa escoria desaparecerá y Alemania volverá a ser un país limpio de judíos —espetó.

Adella se estremeció en la silla. No podía asimilar lo escuchado pero era su verdad, su ideal. Friedrich tenía sus razones para odiar a dicha comunidad. Pero, ¿qué clase de persona podía albergar sentimientos así? Si acaso se le podía calificar como persona...

—¿Qué haces con los judíos que encuentras? —preguntó ocultando su temor.

En vez de contestar, Friedrich arrugó nuevamente el entrecejo. Sus cejas no ayudaban a determinar si estaba enfadado o extrañado, o ambas cosas a la vez.

—No nos corresponde tratar ese tema —dijo al final.

—Lo sé, pero quiero saberlo porque... —Y mil gracias al cielo que Adella Kinderman nunca llegó a pronunciarse. Así lo quiso el destino. Un fuerte trueno, acompañado de un grito de Pauline, bastó para hacer que la pelirroja perdiese el equilibrio y la bandeja de copas vacías que traía consigo cayera al suelo, destrozándose en añicos.

— Pauline, ¿está usted bien? ¿Necesita ayuda? —se ofreció Friedrich inmediatamente, olvidando lo que Adella había comenzado a decir.

—No es nada... Ha sido el susto —tartamudeó Pauline ruborizándose.

Adella, sintiéndose también colorear por la frustración que sentía, se levantó rápidamente de su silla y se dirigió a la cocina. Agarró una escoba y barrió rápidamente los cristales rotos.

Fulda, al verla, emitió unas risitas burlonas desde el taburete y miró cómo Friedrich se acercaba a ella.

—Vaya, qué bien acompañada estás, Adellita.

—¡Cállate! —exclamó la aludida.

Si algo había que Adella detestaba a más no poder era a la gente entrometida y sobre todo si se llamaban Fulda. Los mofletes pecosos de la joven de cabello corto, negro y enrulado se hincharon, delatando así su rabieta. Saltó del taburete, dispuesta a molestar a la chocolatera, como siempre hacía cuando tenía oportunidad.

—Soy Fulda Bohm, amiga de Adella, mucho gusto en conocerle *Herr...*

—Friedrich Kießling, también amigo de Adella que hoy tiene una cita con ella pero, no se apure, puedo tener otra con usted —expresó con galantería socarrona.

—Oh, qué caballero, ¿lo dice en serio? —preguntó Fulda entusiasmada.

—Por supuesto que soy amigo de Adella. Respecto a la cita, no sé qué decirle, depende de Adella —respondió juguetón.

Tanto Fulda como Adella abrieron los ojos, sumamente atentas, mirándose con rivalidad.

—¿De mí? —murmuró la chocolatera entre dientes. Friedrich volteó la

cabeza y la miró divertido.

—Sí, de usted, ¿me concedería permiso para salir con...? —Calló de golpe y volvió a mirar a la muchacha pecosa—. ¿Cómo dijo que se llama?

—Fulda —se apresuró a responder ruborizada.

—¡No! —exclamó Adella tajante.

Friedrich rio por lo bajinis y dio un paso hacia atrás.

—En ese caso, me temo que no podré salir con usted, *Fräulein* Bohm.

Era tal la ofensa que Fulda sentía, que sus mejillas ardieron. Los miró a ambos con desafío y, antes de abrir la portezuela dorada, estiró el cuello para parecer más alta y, con una mirada feroz de sus ojos oliva, denostó a la pareja.

—Por mí no se lamente *Herr* Kießling, hágalo por ella. Si no fuera por su cara bonita y su manera de hacer chocolate, la muy inútil no serviría para nada. Buenas tardes —exclamó dando un portazo.

Adella apretó con fuerza los puños y luchó consigo misma para no salir a la calle y tirarla de los pelos. Lo había deseado muchas veces. Friedrich, al ver su expresión enfurruñada, no pudo contener una sonora carcajada.

—Sois malas, ¿eh? Las mujeres al mando de la guerra seríais más temerarias que los hombres.

—¿Te río la gracia ahora o luego? —masculló encolerizada.

Pauline se mordió el labio al escuchar a su amiga hablar así, no era nada propio de ella, pero Fulda conseguía muy bien sacarla de quicio y, para colmo, las risas de Friedrich fomentaban su indignación.

—No sé quién tiene peor genio, si tú o yo —bromeó—. Ven, tomemos un batido, ¿no decías que no hay mal que el chocolate no cure?

Ante el comentario, la rabieta de Adella desapareció. Pauline sonrió aliviada. Con una ágil maniobra, les sacó un par de copas y las llenó de chocolate líquido. Tras servirles, Pauline les concedió algo de intimidad. La paz no tardó en fluir. Adella se mantuvo callada, escuchando con atención las anécdotas de un pequeño Friedrich en la cocina queriendo inventar platos para su tío. Todas eran graciosas, al menos así lo parecían por la manera de ser relatadas por él. Su anécdota favorita era cuando explotó una enorme olla llena de sopa de repollo y su tío, que leía tranquilamente en el salón de la morada recién comprada, se sobresaltaba y caía del sillón, lesionándose un tobillo. Adella rio al imaginarse a Bauer en el suelo, asustado por culpa de una olla, y a un niño travieso de ojos grises sonriendo. Friedrich, al oír las

dulces campanillas que producía su risa, sonrió satisfecho al causarle un efecto divertido la historia cuando en realidad no tenía nada de graciosa. Miró de reojo su antebrazo izquierdo y vio el araño. Todavía conservaba aquella pequeña cicatriz adquirida después de que Bauer le propinase una paliza tras el incidente. Obviando contar aquella parte, Friedrich buscó hundirse en la cálida mirada de ella, olvidándose del lado oscuro de la anécdota. A cada segundo que pasaba, encontraba a Adella más risueña, desenfadada, virtudes que le reconfortaba. Su porte angelical y su espontaneidad delataban en ella un rasgo poco común en la mayoría de las mujeres y, tal vez por ello, Friedrich se sentía terriblemente atraído a ella. A medida que disfrutaba de su presencia, veía claramente en ella una magia capaz de arrancarle del pecho el amargo sentimiento de melancolía que siempre le acompañaba, un sentimiento que, sumado a la soledad, no había hecho más que aumentar desde el inicio de la guerra.

De manera inconsciente, Friedrich anheló vivir sin presiones ni órdenes. Miró fijamente la lluvia tras la ventana y añoró aquellos tiempos de paz y sol en los que era feliz sin tener nada trágico que recordar.

—Parece que dejará de llover pronto —comentó tratando de distraerse.

—Lo parece, pero, ¿quién sabe? —puntualizó ella con el fin de prolongar la cita.

Friedrich captó la indirecta y sonrió de oreja a oreja. Tras mirarle furtivamente, Adella pensó en centenares de temas de los cuales podría ser capaz de retener al joven, no obstante, su mente se quedó en blanco. Estaba claro que no iba a preguntarle nada más sobre judíos. Por nada del mundo quería alterarle aunque la culpabilidad rebosó sobre ella al no querer prolongar su mentira por mucho más tiempo.

—Creí que ya no estabas malhumorada —comentó Friedrich ajeno a su dilema moral.

Adella meneó la cabeza y fingió normalidad.

—No lo estoy, nunca lo he estado —aseguró.

—Entonces, ¿fueron celos lo que sentiste mientras hablaba con tu amiga Fulda? —preguntó él para hacerla rabiar.

Adella puso una mueca de enfado, como si de una niña sin golosina se tratase, y arrugando su frente, miró cómo Friedrich sonreía.

—Punto uno, esa no es mi amiga, y dos, no, no sentí celos —refunfuñó cruzándose de brazos.

—¿Ni siquiera un poquito? —insistió él.

—¡Ni un mililitro! —exclamó ella arrugando la nariz.

—Lástima —siseó Friedrich con cierta altivez.

Ambos jóvenes se miraron desafiantes. Adella se centró mejor en los ojos grises que tenía en frente y vio, otra vez, su gran carencia de afecto. A los pocos segundos, un rayo iluminó con la estancia y Adella se estremeció. Bajo aquella efímera y eléctrica luz, Friedrich vio en ella la criatura más irresistible y mimosa de todas, y dejándose guiar por los impulsos del corazón, condujo una mano hasta la suya. Tomándola con cierta fuerza, la levantó de la silla para que pudiera ver con todo lujo de detalles el paisaje lluvioso que enmarcaba el ventanal.

—No tengas miedo. Es solo una tormenta —la tranquilizó.

—Y acabará... como la guerra —murmuró ella mirando al frente.

Friedrich respiró hondo sin apartar la vista del tétrico paisaje urbano. No había pensado en el final de la contienda. Tan solo se limitaba a vivir el momento, y lo único que sabía con total certeza era que quería estar para siempre a su lado. Enternecido, observó por el rabillo del ojo a la chica ruborizarse mientras miraba sus respectivas manos unidas. Y reinó el silencio hasta ser interrumpido por un feroz trueno que se llevó la luz. La oscuridad duró unos segundos, luego, tras un relámpago, la luz regresó al igual que la corpulenta sombra de alguien irónicamente oportuno. Adella se asustó y, como acto reflejo, se colocó detrás de Friedrich.

—¿Sargento Kießling? ¿Qué hace usted aquí? —preguntó alarmado *Herr Kesler*.

El joven no supo qué responder. Adella le había advertido que bajo ningún concepto *Herr Kesler* debía enterarse de sus visitas, pero ante tal sepulcral e incómodo silencio, este intuyó lo peor y se cruzó de brazos. Carraspeó con fuerza en cuanto descubrió a la muchacha queriendo fingir ser invisible.

—Adella, ¿qué estás haciendo? —inquirió *Herr Kesler*.

La joven, con media sonrisa y un brillo pícaro en sus ojos, dio un paso hacia delante.

—Estaba atendiendo al sargento Kießling, vino a comprar bombones.

—Y se quedó con nosotras cuando empezó la tormenta —prosiguió Pauline, saliendo de la cocina y socorriendo a su amiga.

Herr Kesler miró a Pauline sin llegar a comprender. La pelirroja esbozó

una de sus mejores sonrisas y perfiló la mentira.

—Yo misma le pedí que lo hiciera, me daban miedo los truenos —añadió.

Adella miró agradecida a su amiga y Friedrich se relajó completamente del mal trago que le suponía no tener argumentos para intimidar a *Herr Kesler*.

—No era para tanto, además, ya estoy aquí —bufó a modo indirecta para que Friedrich se marchara.

Tras entrecerrar sus ojos grises, el alemán frunció sus labios hasta formar una fina línea, y se dispuso a salir por la puerta cuando *Herr Kesler* le puso en evidencia.

—¿Y los bombones? —preguntó con retintín.

—¡Aquí están! Bombones de chocolate blanco con fresa, como usted pidió —se apresuró a decir Adella mientras salía de la cocina con una cajita rosa entre sus manos.

Friedrich sonrió. La audacia de la muchacha era espléndida. Más aún le encantó el hecho de que ella simularse no tener suficiente confianza para tutearle.

—Gracias, *Fräulein*.

Y ante el cortés trato que Friedrich y Adella se profesaban, *Herr Kesler*, a regañadientes, se retiró al piso de arriba a secar su ropa. En cuanto desapareció, los tres jóvenes resoplaron.

—Esta es la última vez que te cubro las espaldas, ¿me oyes? ¡La última! —la recriminó Pauline.

Adella solo pudo encogerse de hombros y abrazar a su amiga antes de que esta también se retirase. Otra vez a solas, Adella resopló.

—Debería ser yo quien te regalase bombones —bromeó Friedrich.

—Deberías irte antes de que la cosa se ponga fea —agregó ella ignorando el comentario. Friedrich torció el gesto.

—¿Lo dices por la tormenta o por el gordinflón?

Adella enserió mientras retiraba las bandejas de pastelitos del escaparate.

—Lo digo por los tiroteos nocturnos, cada noche se cometen crímenes —dijo sin más.

Friedrich frunció el ceño, estiró el cuello y la dureza salió disparada de su boca.

—No son crímenes, Adella. Son actos favorables para la patria.

—¿De verdad te parece heroico arrebatarse vidas inocentes? —preguntó ella

sin darse cuenta, y al instante se arrepintió.

—Así es la guerra, no respeta a nada ni a nadie —afirmó con frialdad.

—Eso no justifica el arremeter contra la dignidad humana —reprochó ella.

—¿Qué entiendes tú por dignidad humana? —quiso saber él.

Adella meditó su respuesta. Temía hablar más de la cuenta pero aun así, se arriesgó.

—No todos quieren esta lucha, al igual que los judíos no son alimañas.

Los ojos grises de Friedrich brillaron sorprendidos. ¿Por qué tenía que sublevarse de semejante manera? Permaneció rígido, sin llegar a comprender su actitud.

—En tiempos de guerra cada acción es justificativa. Todo está causado por alguna razón nos guste o no, y el principal objetivo es la supervivencia y la permanencia del fuerte sobre el débil, ¿entiendes? —expuso él.

Adella contuvo la respiración. Le resultaba increíble que Friedrich pensase aquello, pero era el vital credo de su régimen. Adella pestañeó varias veces seguidas. Tenía ganas de contradecirle en todo cuanto decía, pero no sintió el suficiente valor para hacerlo. Por otra parte, Friedrich comenzó a llegar a altos niveles de incomodidad. Hablar de su ideología con alguien que la rechazaba era algo que le hacía perder los estribos; y por nada en el mundo quería tener problemas con Adella.

—Cada persona es distinta y no por ello inferior —dijo ella de repente, queriendo dar un simple pero vital fundamento de paz y hermandad.

—A mí no me enseñaron eso... Siendo racialmente seleccionado como naturaleza de espíritu puro, me instruyeron a fin de combatir lo negativo que priva a nuestra nación de su grandeza, independientemente a tu... Especulación, por decirlo de alguna forma... En tiempos de guerra solo podemos defendernos para sobrevivir —contestó él con acidez.

—Te educaron mal —dijo ella desafiándolo, consiguiendo intimidarle durante unos segundos.

—¿Qué propones hacer al respecto? —preguntó él despectivo, sin dejar de mirarla a los ojos.

—Demostrarte que todo fue un error. Vivimos en una época difícil, pero obviando la política, su corrupción y la inflexibilidad de una dictadura, debes abrir los ojos. Vosotros creéis que es vuestro todo lo que pisáis, que tenéis derecho a colonizar tierras ajenas, poniendo fin a una cultura, a vidas

inocentes sin pensar un instante en su valor, ¿por qué? ¿Por venganza? Es lo más probable. Lo he escuchado alguna vez, pero lo que nadie se atreve a decir es que pretendéis limpiar vuestra reputación como nación cuando fue enlodada por vosotros mismos. Cuando te oigo hablar así, determinando quien es hombre y quien no, siento que fuiste elegido para seguir órdenes sinsentido y representar el mal absoluto en la tierra... Pero eso no es lo peor. Lo peor es que te privas de tu propia decisión por tu incapacidad de ver la verdad latente. Todo ser en este mundo tiene alma, raíces, una historia... Una vida... Y nadie es quien para arrebatársela —respondió Adella, tajante, destronándole.

Friedrich la miró atónito. ¿De verdad había escuchado aquello? Completamente escandalizado, Friedrich tuvo suficientes motivos para arrestarla ahí mismo, pero, embelesado por la firmeza de sus palabras y su mirada franca, sintió que algo en él se desquebrajaría si lo hacía. Sin saber muy bien cómo, aquella mujer había puesto su carrera en duda, y lo más desconcertante era que, en lo más profundo de él, algo le decía que ella tenía razón.

—Ilumíname —exigió desafiante.

Adella volvió a profundizar en sus ojos grises, delatadores de su soledad. Él era especial, y su sexto sentido no le permitió errar.

—¿Qué hay bajo la máscara? —preguntó de repente, acariciándole la cara. Friedrich cerró los ojos y, por un momento, tembló ante el contacto.

En cuanto los abrió, y sin decir palabra, Friedrich se inclinó lentamente a ella sin dejar de mirarla. Sus rostros no tardaron en quedarse a escasos centímetros. Se mantuvieron en silencio, olvidándose de todo cuanto les rodeaba. Ella, azorada, contuvo la respiración y saboreó el extraordinario morbo de la prohibición. Nunca había estado tan cerca de él y la sensación le producía insólitos escalofríos. Los ojos grises de Friedrich centellaron más que de costumbre y la chocolatera descubrió que, vistos desde tan cerca, eran mucho más hermosos. Intimidada conforme estaba, trató de bajar la mirada cuando él la sostuvo del mentón, obligándole a no apartarla. Y siguiendo la reacción más portentosa entre hombre y mujer, Friedrich estrelló sus labios en los de Adella con extrema contundencia, besándolos con posesión y vehemencia. Había estado esperando ese momento desde la primera vez que la vio y ella, pese a tener ciertas reservas, también lo había deseado. Manteniéndose unidos por boca durante unos segundos que simulaban ser eternos, llegó inesperadamente la desgracia para los pasteles. La bandeja

dorada que había estado sosteniendo en sus temblorosas manos cayó al suelo. Adella, azorada, reaccionó al acto. Se apartó de él y miró apenada cómo sus creaciones habían sido esparcidas por las baldosas. Friedrich, en cambio, hizo caso omiso y volvió a atrapar sus labios, besándoselos con más lujuria hasta hacérselos latir como si tuviesen un corazón propio, pero, otra vez, en cuestión segundos, ella volvió a apartarle y él se vio en la obligación de desistir.

—Se ha hecho tarde, debes irte ya —exclamó ella.

Aún atolondrado por el acercamiento, Friedrich la tomó de la mano y se la besó con galantería, deseándole las buenas noches. Ella se ruborizó y le acompañó a la puerta. Nada más salir de la chocolatería, Adella correteó rumbo a la ventana para verle marchar. Apenas llovía pero el cabello del joven no tardó en oscurecer, ¡y por Dios qué guapo estaba sonriéndole bajo la lluvia!

—¿Le has besado? —increpó Pauline de repente.

Adella, sobresaltada, se giró y negó con la cabeza.

—¿Yo? No... —mintió inútilmente.

Pauline se exasperó. Se acercó a Adella y se arrodilló para ayudarla a limpiar. Adella se mordió el labio, sintiéndolo latir desmesuradamente.

—A mí no me engañas, ¡le has besado! —acusó escandalizada.

Adella alzó sus manos en señal de orden y paz, pero el acontecimiento era demasiado perturbador para asimilarlo.

—¿Te has vuelto loca?

—¡Ssshhh, déjalo ya Pauline, no ha sido para tanto! —masculló Adella.

—¡Maldita sea, Della! ¿Es que no piensas? ¡Estás en peligro!

—Si no supieras que soy judía, no me dirías eso —espetó enojándose.

—Por supuesto que no, ni siquiera lo pensaría porque estaría viviendo en una gran mentira al igual que él. Adella, reacciona, abre los ojos. Ese hombre se interesa en ti porque cree que eres de su categoría, una alemana sumisa que acepta los ideales que imponen ellos... Ahora atrévete a decirle que eres judía y ya veremos qué hace contigo.

Adella entrecerró los ojos, sintiéndose mortalmente herida. Respiró hondo y no se percató de que lloraba hasta que Pauline la abrazó y le secó las lágrimas con su pañuelo de tela.

—Las cosas no son tan sencillas como parecen. Debes ser más juiciosa. Sabes que lo digo por tu bien.

—¿Se puede saber a qué viene tanto alboroto? —interrumpió el vozarrón de *Herr Kesler*.

—A Della se le cayó la bandeja... —explicó únicamente Pauline.

—¿Tanto escándalo por eso? Id a dormir, hoy ha sido un día muy largo. Ya me ocuparé yo de recogerlo todo —gruñó mientras iba a la cocina en busca de paños.

Al salir, miró a ambas jóvenes que seguían inmóviles sobre las baldosas de rombos y les dedicó media sonrisa para indicarles que se retirasen, al menos la pelirroja.

—Espera, Adella, quédate un momento —pidió.

Adella se acercó desanimadamente a *Herr Kesler*, aguardando una nueva reprimenda.

Pauline le dedicó una mirada de apoyo y subió a la habitación.

—No quiero volver a ver a ese nazi en mi chocolatería —comenzó.

—Es solo un cliente, señor —apostilló Adella.

—Es algo más para ti. Lo veo en tu mirada, y no debes enamorarte de él, malnacido, ¿lo entiendes?

Adella asintió lentamente con la cabeza, pese a ser demasiado tarde.

—Sí, señor —contestó afligida.

Al ver que no agregaba ningún argumento para llevarle la contraria, *Herr Kesler*, consciente de su abatimiento, se compadeció.

—Eres muy joven, Adella. Te falta mucho por aprender, y es normal que quieras amar y ser amada, no te juzgo por ello, tan solo te pido prudencia. Una relación de esa naturaleza te llevaría al desastre —insistió con delicadeza.

Adella se limitó únicamente a asentir repetidas veces.

—Ve a dormir, es tarde... Y recuerda, esto no es una reprimenda, sino una advertencia —dijo *Herr Kesler*.

Tras desearle las buenas noches, Adella corrió escaleras arriba y cerró con fuerza la puerta. Tenía muchas ganas de llorar.

—¿Cómo ha ido? —se interesó Pauline.

Adella se apoyó en la puerta, consiguió tragarse el nudo en su garganta y fingió indiferencia.

—Me ha advertido... como tú —respondió sentándose en su cama. Agarró un cepillo, deshizo la trenza de Pauline y comenzó a cepillar su cabello calabaza con el fin de distraerse.

—Prométeme que no te acercará más a ese hombre —le pidió Pauline.

—No puedo prometerlo...

—Te costará, pero acabarás haciéndolo. En cuanto descubra tu secreto le acabarás dejando...

—¡Oh, Pauline!

—Seamos realistas, ¿crees que haría la vista gorda si se entera?

—No hará nada si no sabe nada —argumentó Adella.

—Entonces, ¿le harás vivir una mentira durante el resto de su vida? ¿Sabes qué pienso? Que si él te amase de verdad, le importaría un bledo que fueses judía —exclamó Pauline, sobresaltándose ante un tirón de pelo.

—¿Quién dice que le va a importar?

—¡Es un criminal, Adella! ¡Un sargento de las SS! ¿Crees que su rango se debe por cazar mariposas en el campo? ¡Piensa! ¿De verdad crees que le condecoran por ser el militar más guapo? Ese monstruo, al igual que sus camaradas, es un criminal. Mira, yo no soy judía, soy alemana, una simple ciudadana, y aun siéndolo siento mucha vergüenza por lo que se está llevando a cabo. Me arrestarían por pensar así, y en eso *Herr Kesler* y yo nos parecemos a ti.

—¿Crees que estoy feliz con la situación? ¿Crees que me gusta el peligro? ¡Nunca me ha gustado! Siempre he tenido cautela pero esto me supera y no puedo evitarlo... Le quiero... —se lamentó rompiendo a llorar.

Pauline resopló con fuerza y agarró a su amiga por los hombros.

—Duérmete y no vuelvas a decir estas cosas. Lo mejor es que te olvides de él.

El corazón de Adella volcó violentamente, como si necesitase bombear latidos más potentes de lo normal para sobrellevar la tensión. Su dilema moral la agitó. Entonces, era inevitable no sentir los cortes y tajos por toda el alma.

Con el ceño fruncido y las lágrimas absorbiéndose en su piel, Adella desató su coletero liberando así su buena mata de cabello casi negro. Pauline la miraba insistente, esperando ver algún tipo de reacción que revelase sus pensamientos. Pero aquella noche Adella parecía lo suficientemente opaca.

—Buenas noches, Pauline —se limitó a decir con frialdad.

—Buenas noches, Della —respondió Pauline soplando las velas que iluminaban la habitación.

Adella se tumbó con desgana en su cama, dándole la espalda a su amiga, y

por un momento quiso ser ella. Cerró los ojos angustiada y, nada más hacerlo, comenzó a oír numerosos disparos rompiendo el silencio de la calle. Pauline, al igual que Adella, se mantuvo callada, muy quieta en la cama. Fue entonces cuando, bajo aquel ruin espectáculo de balas, miles de lágrimas por fin se desbordaron hasta caer por las mejillas de Adella Kinderman.

Friedrich, absorto, permaneció apoyado en la fachada de la morada. Dio una fuerte calada al cigarrillo entre sus labios y pensó en lo que ellos mismos habían degustado minutos antes. Había dejado de llover y la ventisca fresca de la noche invitaba a disfrutar la humedad. Miró la calle desierta, iluminada por la tenue luz de las farolas, y volvió a dar una calada sin dejar de pensar en lo vivido con Adella cuando unos pasos lo sobresaltaron, haciéndole volver al presente.

—Buenas noches, sobrino —le saludó Bauer de buena manera, algo extraño en él.

—¿Puedo saber por qué regresas tan tarde hoy? —preguntó Friedrich arrojando la colilla al suelo.

—Adivina —le retó su tío colocándose a su lado.

Friedrich tragó saliva un tanto apurado y se encogió de hombros, temiendo que Bauer pudiera haberle estado espiado.

—Mi séquito y yo hemos localizado un barrio infectado de ratas —explicó refiriéndose en clave varias familias judías escondidas.

Friedrich, aliviado, asintió con cierta pasividad.

—Me voy a dormir —anunció inesperadamente.

Su tío, extrañado al verle desganado, le cerró el paso.

—¿Por qué no vienes conmigo? Mis hombres aguardan mi orden de asalto, además, he venido a buscarte para que formes parte de esta gran noche.

—Buenas noches, Bauer —zanjó Friedrich, rotundo.

—¿Qué diablos te pasa? Como futuro teniente deberías venir conmigo.

—Mañana me espera mucho trabajo y quiero descansar —gruñó Friedrich.

—Haz lo que quieras. Me parece bien que te implique en tus funciones, pero no te canses tanto —le recriminó Bauer dándole una fuerte palmada al hombro.

Friedrich captó el odio que ocultaba aquel golpe y, con un mismo haz de

hostilidad, le dedicó a su tío la más fría de sus miradas.

Al entrar y encontrarse la casa a oscuras, el joven resopló aturdido. Estaba cansado, pero no físicamente, sino mentalmente por toda la presión del ambiente que le rodeaba. Se desvistió a toda velocidad y se acostó en su cama. Se sentía diferente aquella noche. Ni siquiera lograba descifrar por qué no había querido ir con su tío. Desde la turbia conversación de Adella, se sentía distante, apático y reacio consigo mismo. Pensó en el beso dado, en cómo ese contacto de labios le había afectado. Al final, confuso, trató de zafarse de aquellos pensamientos, de Adella misma, recriminándose que, en tiempos como aquellos, toda su atención debía centrarse en la guerra. Friedrich resopló. Dio varias vueltas en la cama y volvió a pensar en ella. Su corazón se removió abrumado bajo su pecho y Friedrich se asustó, llegando a hacerlo más de sus propios latidos que de los disparos oídos aquella fría noche de invierno.

Capítulo 6

Febrero de 1940

Tras varias semanas manteniéndose distante con Adella, viéndola en escasas ocasiones, Friedrich, arrepentido, temió haber dañado su amistad. Ella, a su vez, tratando de no defraudar *Herr Kesler* ni a *Pauline*, fue muy circunspecta en las pocas citas que tuvo con él tras aquel beso. En su última cita, ella misma le había pedido distancia, y él, respetando su decisión, obedeció. Pero, poco después, sintiendo remordimiento por permitir que la relación se enfriase, decidió que era hora de tomar las riendas de la situación.

La misma mañana a mediados de enero, cuando fue ascendido a *Untersturmführer*^[5], Friedrich decidió romper la barrera que le había mantenido distanciado de Adella. No podía soportarlo más, y al abandonar la oficina central de Neuengamme y cambiar su uniforme, Friedrich fue directo a *Shokolade Gold*, donde encontró a Adella barriendo la entrada. Ella, distraída, no había reparado en su presencia, y antes de que pudiera hacerlo, él la sorprendió al estampar sus labios en los de ella. Adella, creyendo por un momento que se trataba de una persona ajena, reaccionó de mala manera. Ni siquiera el contacto duró milésimas de segundos, cuando ella misma se apartó dispuesta a propinarle una bofetada. Sin embargo, su mano enfurecida fue a parar en su mejilla a modo caricia al reconocerle. A raíz de aquel día, la joven, que lo había ansiado mucho, le advirtió a Friedrich que no podrían verse en la chocolatería, pero sí podían reunirse a escondidas. Al unísono, pensaron en *Planten un Blomen* como el lugar idóneo de sus encuentros, y a medida que los días pasaban, las flores se marchitaban y la nieve cubría al completo el lago, Friedrich y Adella pudieron verse dos o tres veces por semana, siempre y cuando, ambos dispusieran de tiempo para ellos. Sin embargo, y a diferencia de Friedrich, la chocolatera vivía entre la espada y la

pared dada su dependencia a Pauline y *Herr Kesler*, aunque al final, entre piadosas mentiras e ingeniosas ideas, aprovechando las ausencias de su patrono y chantajeando a Pauline, Adella lograba salirse con la suya. Por su parte, Friedrich también se las ingeniaba para retirarse antes de tiempo del cuartel, y en cuanto Bauer supo de sus repentinas y casi continuas marchas, comenzó a sospechar. El coronel Neumann, siempre pendiente de tío y sobrino, disfrutaba viendo el peculiar contraste familiar. Mientras que el viejo Bauer vivía por y para el trabajo, el joven Friedrich buscaba entretenimiento, y lo cierto es que los incentivos que se daba le ayudaban a rendir favorablemente en la oficina. Sin lugar a duda, Neumann consideraba a Kießling como alguien astuto, con gran capacidad y destreza a la hora de dirigir a los soldados más jóvenes de Neuengamme y su esmerada dedicación para elaborar informes de ingresos y mantenimiento del campo además de liderar el trazo de zonas cercanas a registrar junto a varios de sus camaradas.

En una de esas noches de patrulla, en unos almacenes abandonados, Friedrich se reencontró con Hans. Este lucía un nuevo uniforme y estaba más corpulento. En cuanto se vieron, se estrecharon de las manos. Hans le comentó que había conseguido un ascenso a *Rottenführer*^[6] y Friedrich también le habló de su nuevo rango y de algo que nadie más sabía. Estaba saliendo a escondidas con la chocolatera.

—¡Picaron! Y encima a las espaldas de Bauer. No debe ser fácil tener secretos para él —exclamó burlón antes de perder la sonrisa.

Los gritos de unos jóvenes interrumpieron su conversación y los soldados comenzaron a empujarlos al interior de los furgones negros. El barullo fue tan escandaloso, que Friedrich y Hans se vieron en la obligación de imponer orden mediante la fuerza.

Al finalizar la misión, Friedrich se retiró con ganas a la morada y al alba despertó todavía cansado, era evidente que el trabajo le iba consumiendo por dentro. Adella lo percibió en una de las tardes que se vieron en el parque, a principios de febrero.

—Apenas duermo por las noches y durante la mañana tengo mucho trabajo —explicó él a cuentagotas en cuanto ella le preguntó al respecto.

—¿Qué haces para no dormir? —insistió ella mientras se tumbaba en su pecho.

Friedrich respiró hondo y se mantuvo en silencio durante unos segundos. Fingió distraerse mientras le acariciaba la cabeza.

—Localizo y arresto judíos para llevarlos a un campo de trabajo —explicó cortante.

Adella se quedó pensativa. Había oído rumores acerca de aquellos campos y sentía la necesidad de saber qué se hacía exactamente allí. Se acomodó mejor sobre él y pensó en si debía o no pedirle más detalles. Ajeno a su cavilación, Friedrich sonrió al percibir los acelerados latidos.

—Tu corazón late muy deprisa, dime que soy el culpable —ronroneó acariciando sus mejillas.

Sí, desde luego que lo era... Pero no de forma positiva en aquel instante. Adella palideció ante la idea de que fuese él el causante de los tiroteos nocturnos.

—¿A dónde los llevas? —preguntó ignorando el insinuante comentario del joven.

Miró fijamente sus ojos grises y aguardó una respuesta. Él, frunciendo el ceño ante su inagotable curiosidad, se incorporó levemente y la obligó a recostarse en su regazo. Permanecieron en silencio, apoyados en el roble, oyendo a los pájaros trinar y al viento rugir sobre el lago helado.

—A Neuengamme —confesó.

—¿Neuengamme?

—Es un distrito situado a quince kilómetros al sureste de Hamburgo, yo trabajo allí —le contó dándose por vencido.

—Cerca del río Elba —puntualizó ella.

Friedrich ladeó la cabeza y asintió con una gran sonrisa.

—Así es.

—¿Qué más haces allí?

—Dirijo una parcela del sector administrativo, ¿alguna pregunta más? —preguntó con retintín.

—Sí, ¿qué son los truenos que se oyen algunas veces? Sé que no son tormentas porque después nunca llueve —dijo de repente, logrando eliminar la media sonrisa de Friedrich.

El prolongado silencio bastó para que ella dedujera que él sabía algo y, dispuesta a sonsacárselo, le miró fijamente hasta intimidarlo.

—Esos ruidos son... —Y calló de golpe. Friedrich no quería asustarla y

sabía que de una manera u otra lo haría, no por él mismo, sino por la realidad que les rodeaba. Carraspeó con ligereza y decidió ser franco —. Bombas, Adella, son bombas, pero siempre caen a las afueras de Hamburgo, no hay de qué preocuparse.

—¿No hay de qué preocuparse?! ¡Oh Friedrich! Un bombardeo es peligroso, ¡la ciudad entera puede ser destruida! ¿Qué podemos hacer? —Se alborotó Adella revolviéndose en sus brazos.

Friedrich tensó la mandíbula y la agarró con firmeza.

—Tener fe, además, si nuestros enemigos planeasen destruir Hamburgo, el ejército alemán lo evitaría, créeme. Somos el mejor del mundo —exclamó en un intento por calmarla.

—¿Qué será lo siguiente? ¿Qué será de Suiza? —pensó ella en voz alta.

—¿Suiza? ¿Qué tiene Suiza que te interese tanto? —se extrañó Friedrich.

—Es territorio neutral, y no dejo de preguntarme qué sucedería si fuese atacado —dijo ella al acto.

Friedrich lo meditó. Aquella cuestión era muy interesante.

—Bueno, como bien dices, Suiza es territorio neutral, no puede ser atacada a menos que forme parte de algún bando beligerante.

—Pero Suiza tiene cierta simpatía por Alemania, ¿verdad? —inquirió preocupada.

—Sí, e independientemente, su neutralidad nos favorece. Suiza es, por así decirlo, el puente necesario para las transacciones financieras e intermediaciones diplomáticas... Es un tema complejo Della, no entiendo cómo puede llamarte tanto la atención —observó Friedrich.

Ella, lejos de sentirse cohibida, se levantó de un salto y abrió como platos sus expresivos ojos chocolates. Se llevó las manos a las caderas y, resaltando su diminuta cintura, le hizo reír.

—Tú mismo lo has dicho, por ser un tema complejo.

Friedrich también se levantó, y colocándose frente a ella, le acarició las mejillas bajo el resplandor del atardecer. Mantuvieron un duelo de miradas y en cuanto Adella pestañeó, él se arrimó más.

—Tú eres muy, muy, difícil —susurró con voz melosa, impropia de él.

Adella sonrió de oreja a oreja, tomándose aquel calificativo como un cumplido. Pero el efecto duró segundos. Más que difícil, ella era para él, y

viceversa, sumamente imposible. Los fantasmas volvieron. Él nazi, ella judía y el mundo en guerra... Incapaz de camuflar una lágrima, Adella cerró los ojos y se abrazó de improviso a él. Friedrich, desconociendo su inquietud, la envolvió estrechamente en sus brazos.

—¿Qué sucede, *chocolatita*? —preguntó.

—Te quiero tanto que duele —gimoteó ella aferrándose más a su pecho, percibiendo los latidos del alemán agitarse.

—¿Sabes que me dolería a mí? —preguntó él de repente.

La chocolatera le miró con ojos lagrimosos.

—Que nunca más dijeras lo que acabas de decir —dijo melancólico.

Agarrándolo por el cuello de su camisa, Adella lo acercó a escasos milímetros de sus labios.

—Creo que te querré siempre.

—¿Crees? —preguntó ante el titubeo.

—¿Tú lo harías? —deseó saber ella, a sabiendas de que dijese lo que dijese en aquel instante podría ser en vano.

Sin poder comprender por qué dudaba de sus sentimientos, Friedrich la abrazó con fuerza y hundió la cabeza en sus cabellos. Aspiró su piel. Olía a chocolate.

Adella se estremeció en cuanto los arrolladores labios del alemán mordisquearon juguetonamente su cuello. Conteniendo la respiración, Adella cerró los ojos y se deleitó de la magia dulce de aquel momento. El perfume masculino la estremeció, la tensa espalda la turbó, y entre sus entrenados brazos, cada vez enredándose más fuerte a su cuerpo, se maravilló. Era la primera vez que deseaba siendo y adoró la sensación. Friedrich, jadeando, apoyó su frente sobre la de ella y, en silencio, todavía devorándola con la mirada, le aseguró que por siempre la amaría sellando su promesa con un brutal beso, casi haciéndole sangrar. Él era así, primero lento e insistente, luego, intenso y ardiente. Estuvieron así, abrazados hasta que el toque de queda les obligó a separarse.

Días después, a finales de febrero, una nevada tiñó completamente de blanco cada rincón de las calles de Hamburgo, obligando a muchos viandantes a permanecer en sus hogares.

Friedrich, dichoso por disponer de un día libre para él, se levantó de buen

humor y bajó al salón a ultimar algunos detalles de los informes que Neumann le había encomendado. Sabía que cuanto antes terminase, antes vería a Adella, y a diferencia de él, Bauer despertó de mala manera. Tras ordenarle a Marlis que le preparase un té, se dirigió al salón donde encontró a Friedrich entre montañas de papeles.

—Ya veo que sabes organizarte solo —murmuró irónico.

—¿Lo dudabas? —espetó arrogante.

Dispuesto a malhumorarle, Bauer le miró con malicia.

—Tan solo falta saber si tus informes están decentemente estructurados.

—Te aseguro que lo están, de lo contrario, hubiera sido degradado —replicó entrando en su juego.

—Tranquilo muchacho, doy fe de ello. Solo espero que no te distraigas.

—Descuida, no lo haré. En poco tiempo seré condecorado y me convertiré en tu propia competencia. Dos tenientes en una oficina tan pequeña son demasiados —le retó Friedrich.

Bauer le miró seriamente. Aquel desafío socarrón no le había hecho ni la más mínima gracia. Leyendo su mente, Friedrich no pudo evitar carcajearse, y tras señalarse con el dedo su reloj de muñeca, le recordó que debía marcharse. Bauer, interiormente indignado por no tener el día libre, se marchó malhumorado.

Pasado el mediodía, cuando Friedrich concluía sus labores, Bauer regresó antes de lo previsto con un gigante y peludo regalo.

—¿Y ese perro? —preguntó Friedrich sorprendido.

—¿Te gusta? Se llama Laska y tiene año y medio. Será tu compañera canina a partir de ahora. Es una hembra de pastor alemán de pura raza, el verdadero orgullo militar referente a mascotas —le presentó Bauer tirando de la correa para que el animal se acercase.

—En serio, ¿por qué la has traído? —Quiso saber. Bauer no era detallista y no regalaba nada sin una razón.

—¿No es evidente? Da prestigio ver a un miembro de las SS acompañado de un perro como este.

Friedrich asintió ante esa superficial lógica.

—Solo hay un problema —dijo Bauer.

—¿Cuál? —preguntó Friedrich mientras se inclinaba para examinar al

animal.

No parecía estar enfermo, cojo o herido, sino todo lo contrario. Acarició la frente peluda de su nueva compañera y Laska, tras olfatear su mano, se lanzó a lamerle la cara como signo de estima. Friedrich cayó al suelo y no pudo reprimir una risa.

—Vaya, ¡qué simpática!

—Ese es justo el problema. Es demasiado mansa. Su anterior dueño, uno de los cabos de Neuengamme, iba a sacrificarla por inutilidad, suerte que pude impedirlo. Le aseguré que tú la entrenarías hasta hacer de ella lo que se espera: un ejemplar agresivo para la caza —exclamó Bauer.

—Un monstruo —susurró sin entusiasmo.

—Exacto... ¡No! ¡En un monstruo no, idiota! —vociferó Bauer al percibir su desgana, y, agarrando con violencia el collar del animal, exclamó:

—¡Este chuchó debe aprender lo que es debido y tú te encargarás de entrenarla para que sus colmillos degüellen cuellos judíos! —espetó agitando a Laska antes de soltarla.

Una vez libre, la criatura dejó de menear la cola y, entre gemidos, se refugió bajo de la mesa del salón. Miró asustada cómo aquel hombre de escaso pelo y voz punzante se encaraba con el alto y esbelto hasta levantar su mano y propinarle una bofetada. Friedrich no se quejó en ningún momento, es más, se mantuvo rígido como una roca, y a raíz de aquel momento, Laska le tomó manía a Bauer, tanta que, se aseguró de gruñirle cada vez que lo veía, haciéndole creer que su agresividad se debía al falso entrenamiento de Friedrich.

—Si sales a la calle, no olvides ponerte el uniforme. Como no lo hagas, yo mismo quemaré el resto de tu ropa—espetó Bauer al ver que su sobrino se disponía a salir.

Friedrich resopló. No le quedó más remedio que obedecer. Salió uniformado con Laska y con el ceño muy arrugado, maldiciendo de todas las formas posibles a Bauer. Respiró hondo y miró furioso al frente. Poco después, Laska debió percibir algo lo suficientemente excepcional para arrastrar prácticamente a Friedrich de la correa. Tratando de doblegar al animal, Friedrich vio cómo la gente se volteaba al verle pasar. Asqueado por no querer dar impresión de desgarbado, el joven trató de detener al animal. Sin embargo, al levantar la vista y reconocer la fachada turquesa, su expresión

tensa se dulcificó. Se acercó a la puerta.

—No lo haces tan mal —le siseó a Laska por haberle guiado hasta allí.

Ilusionado por ver la reacción de Adella cuando le viese con el uniforme, Friedrich atravesó las puertas doradas. En cuanto las clientas le vieron, le cedieron el paso, dedicándole numerosas sonrisas. Friedrich, tocando su gorra de plato, las saludó cortésmente con una leve inclinación de cabeza, y sin dedicarles mucha más atención, se dirigió a la barra con decisión, donde esperó ver a Adella.

Pauline, al cargo de la chocolatería aquella tarde dada la ausencia de *Herr* Kesler por reunirse con sus proveedores, se dirigió a él sin saber quién era realmente para indicarle que los perros no podían entrar en el establecimiento. En cuanto Friedrich se quitó su gorra oscura, Pauline, impresionada, tartamudeó azorada.

—*Herr* Kießling, no le había reconocido...

Friedrich se disculpó por haber entrado al local con Laska y le aseguró que no tardaría en marcharse, pero que necesitaba hablar con Adella antes. Pauline frunció el ceño.

—Lo lamento, Adella no está, salió a hacer unos recados —dijo nerviosa.

—Entonces, cuando regrese, dígame que la estaré esperando junto al roble como siempre —dijo dando por sentado que aquella información era de lo más trivial.

Pauline le miró con los ojos desorbitados, descubriendo así que Adella había estado viéndose a escondidas con él muchas más veces de las que creía, y a saber qué cosas bochornosas habría llevado a cabo. No quería ni imaginarlo. La pelirroja tragó saliva y, apurada conforme estaba, asintió como si nada.

En cuanto Friedrich se marchó, la clientela comenzó a elogiar sus correctas maneras.

—¡Della es muy afortunada! Ya quisiera yo que un hombre como ese viniese a buscarme —dijo una.

—Y que lo digas. ¿Habéis visto los galones de su uniforme? Debe ser un alto cargo —supuso otra.

—A mí lo que me ha gustado han sido sus ojos. ¿Os habéis fijado? Esa mirada petrifica a cualquier mujer —declaró otra.

—¿Qué mujer? ¿Vosotras? Disculpadme pero no sois más que una panda de chiquillas atolondradas —exclamó Fulda.

—Mira quién fue a hablar —espetaron todas a la vez.

Fulda les sacó la lengua y siguió bebiendo su rico batido de cacao con cacahuetes y dulce de leche hasta que salió a Adella de la cocina. La joven llevaba en sus manos una bandeja dorada repleta de galletas recién horneadas y la depositó cuidadosamente sobre la barra. Pauline, que seguía absorta en sus propias cavilaciones, no vio a su amiga y, en consecuencia, no pudo encubrir su propia mentira.

—¿Qué haces aquí? ¿No estabas haciendo unos recados? —preguntó Fulda.

Adella la miró sin comprender, luego, observó a Pauline ruborizarse y de inmediato aguardó una explicación. La pelirroja, recuperando la compostura, se abalanzó sobre ella, tomándola por los hombros.

—Hola Della, ¿entraste por la puerta trasera, verdad? ¡No te vi llegar! Qué bueno que estés aquí, necesito que me ayudes un momento en la cocina —disimuló.

La chocolatera miró extrañada a la pelirroja. En la cocina no había ninguna puerta trasera, ¿por qué diantres Pauline mentía? A punto estaba de cuestionarle qué sucedía cuando Fulda intervino en la conversación.

—Si hubieras entrado por la delantera te hubieras encontrado cara a cara con tu bomboncito de ojos grises.

Nada más apreciar la referencia a Friedrich, Adella se interesó inmediatamente por lo que simulaba ser un hecho reciente.

—¿Friedrich ha estado aquí? ¿Cuándo? —preguntó con el corazón en un puño. Pauline le dedicó una mirada asesina a Fulda, y esta, lejos de dejarse intimidar, prosiguió hablando.

—Hace poco menos de cinco minutos.

—Supongo que os habíais citado como muy de costumbre, ¿no es así? —inquirió la pelirroja con retintín, desenmascarándola.

Adella contuvo la respiración. Demasiadas veces, cuando la chocolatería estaba cerrada, había fingido estar en su habitación leyendo cuando *Herr Kesler* en compañía de Pauline habían salido a comprar sustento, y ahora, dijese lo que dijese, quedaría como perfecta mentirosa.

—¿No es obvio, Pauline? El mismo Friedrich dijo que la esperaría junto al roble, supongo que se refería al de *Planten un Blomen* —exclamó Fulda entrometiéndose nuevamente en la conversación.

Pauline volvió a fulminarla mirada. Segundos después, Adella hizo el

ademán de retirarse.

—¡Ni lo sueñes! ¡Tú no te mueves de aquí! —exclamó Pauline en cuanto vio sus intenciones. Y antes de que se desabrochase el delantal, la tomó fuertemente por las muñecas y la llevó a la cocina.

Una vez a solas, Pauline se enfrentó a ella.

—Se ha presentado con su uniforme, y déjame decirte que no es uno cualquiera, ¡es de los importantes! ¿Sabes lo que eso significa? —preguntó zarandeándola por los hombros.

—Que destaca en su trabajo...

—¡Es un criminal! ¡Adella, por Dios! ¡Razona! ¡Abre los ojos antes de que él te los cierre! —se exasperó Pauline.

Los ojos de Adella comenzaron a brillar. Todavía se empeñaba en no creer en sus palabras.

—Tu relación es tan inaceptable como ridícula. ¿Crees que él te aceptará cuando sepa lo que eres? —la increpó con dureza.

—¿Y qué soy Pauline? ¿Qué soy? ¿Una alimaña? ¡Me importa una mierda mi condición! Yo tengo corazón, manos y cabeza. ¡Soy humana! ¡Soy mujer! —se defendió Adella a punto de desbordarse en lágrimas.

—Quien no es humano es él, ¡es un monstruo!

—¡No! ¡No lo es! ¡No le conoces! —gritó echando a correr.

—¡Adella! —gritó Pauline en cuanto su amiga salió a lágrima viva de la chocolatería.

Al verla, la clientela la miró muy sorprendida, comenzando a murmurar que algo malo estaba pasando, y Fulda, tan cotilla como siempre, juró enterarse antes que nadie. Pauline hizo el ademán de seguirla pero, consciente de que no podía desatender la chocolatería, se vio obligada a cerrar los puños y a encerrarse en la cocina. Aturdida, se sentó en el suelo y comenzó a llorar. Algo grave iba a pasar, y tenía miedo. Mucho miedo.

Capítulo 7

Pasadas tres manzanas de carrera, Adella se detuvo en seco para recuperar el aliento. Se apoyó en los ladrillos de un edificio y respiró profundamente. Al hacerlo, percibió un olor similar a la leña quemada. Adella miró al cielo y visualizó rastros de humo. Debía tratarse de algún incendio cercano. Instintivamente, comenzó a tantear el terreno, y al doblar la esquina de la calle, poco antes de llegar al parque, descubrió un camión de bomberos y el esqueleto de una vivienda. Manteniendo cierta distancia, Adella miró asombrada como el séquito de bomberos apagaba con grandes mangueras las últimas llamas mientras un séquito de soldados, entre los que reconoció a Hans Lenz, rebuscaban algo entre los escombros. Cerca de ellos, una mujer entrada en años, le contaba detalladamente todo lo que había ocurrido. Adella puso el oído en la conversación.

—¡Han sido unos judíos! Vivían en la azotea y han sido los culpables del incendio. Los he visto salir —afirmaba.

—¿Cuántos eran? —preguntó Hans.

—Vi a dos, un hombre con un niño pequeño, supongo que se trataba de su hijo, ambos llevaban la estrella —especificó la señora.

—¡Aquí hay una mujer calcinada! —interrumpió uno de los soldados señalando una zona.

—Debía de tratarse de una familia... Tanteemos el terreno. Ese hombre y el niño no deben andar muy lejos. ¡Hay que detenerles! —exclamó Hans.

Adella, oculta tras unos coches, tragó saliva, compadeciéndose ante la trágica muerte de aquella mujer. Luego, sin ser vista, emprendió su camino y trató sin éxito de olvidar lo ocurrido. Se preocupó pensando qué les sucedería a aquel padre con su hijo si eran encontrados. Anduvo cabizbaja hasta llegar a la entrada del parque donde, topándose con el destello de unas relucientes botas negras, alzó la mirada y descubrió apoyado en una de las columnas de piedra a un joven uniformado de semblante frío y porte atractivo. Era sin duda la imagen modélica de las SS. Un escalofrío acompañado de respeto recorrió la espalda de Adella. El SS se mantenía impassible, mirando fijamente al

horizonte. Tan solo el ladrido del perro que lo acompañaba le devolvió la movilidad. Giró la cabeza y al clavar sus ojos grises en los de ella, la muchacha le reconoció... Friedrich...

Había permanecido indiferente a todo cuanto acontecía a su alrededor para mirar al vacío cuando sintió la presencia de alguien a su lado. Laska ladró con fuerza y lo trajo de vuelta a la realidad. Miró a la intrusa y la identificó al acto... Adella...

Cambiando radicalmente su apático semblante por uno encantador, Friedrich se inclinó para besarla apasionadamente en los labios. La había echado de menos. En cuanto la tuvo lo bastante cerca, descubrió los restos de lágrimas.

—¿Qué ocurre Della? ¿Por qué has llorado? ¿Alguien te ha hecho daño? — preguntó serio, pasando de la preocupación a la indignación.

Adella lo sintió amenazante y dispuesta a rebajar tensión, se puso de puntillas para tirarle del cuello de su oscuro chaquetón. Friedrich recibió otro beso, tan dulce como amargo.

—¿Qué ocurre, *chocolatita*? — insistió él llamándola por el particular apodo cariñoso que empleaba cuando estaban a solas.

Adella no sabía qué decir. Se sentía muy angustiada al no saber cómo solucionar su dilema sin herir a nadie, mucho menos a él.

—Ven, demos un paseo —la animó Friedrich.

La tomó de la mano y, tras besarle suavemente los labios, los ojos de Adella se humedecieron. Consciente del detalle, Friedrich la besó con ternura en la cabeza y le pasó el brazo por su hombro. Caminaron abrazados por el parque, como una pareja más... Aunque ellos dos llamaron la atención de los viandantes. Por todos era bien sabido que mientras un oficial alemán estuviese de servicio, debía abstenerse de encuentros personales, y aun así, Friedrich se mostró indiferente.

Nada más llegar bajo la sombra del roble, Friedrich le quitó a Laska la correa y permitió que el animal corriese libremente por las pequeñas lomas que rodeaban el lago, el cual, ya helado, resaltaba entre la vegetación nevada. Adella lo miró fijamente hasta que él se colocó frente a ella, obstaculizándole la visión, entonces, bajó la mirada. Él, con el gesto serio, llevó su mano izquierda a su mentón y la obligó a mirarle.

—Quiero saber qué sucede Adella, y como no me lo digas vamos a tener un

serio problema —dijo con recelo.

«*Problema*» Aquella palabra retumbó en su mente causándole un terrible eco. Si él supiera... Con el corazón latiéndole a mil por segundo, Adella le miró con arrobo. Sabía que debía pronunciarse, hablarle de su malestar, ya que de no hacerlo le haría padecer. No obstante, revelar su secreto desataría un terrible sufrimiento para ambos. Adella se sintió acorralada. Parecía que ambos estuvieran condenados al dolor.

—Creo que es mejor que no volvamos a vernos... —murmuró finalmente.

Friedrich analizó palabra por palabra, como si lo que acabase de escuchar no tuviese sentido alguno.

—¿Por qué? —preguntó alterado.

Adella contuvo la respiración, y tragándose una vez más su propio pesar, contestó:

—No soy lo bastante buena para ti.

Friedrich, crispado, estiró el cuello, ganando así más altura, y acorralándola contra el tronco del viejo roble, le dedicó una torva mirada.

—¿Cómo te atreves a decir eso? ¿Por qué no crees en mí? ¿Qué debo hacer para convencerte de que te quiero más que a nada en el mundo? —preguntó ofendido.

Al ver que ella no decía nada, Friedrich perdió la paciencia y tomó su rostro con cierta violencia.

—Mírame —le exigió, y ella no tuvo otra opción—. Estoy enamorado de ti, y si piensas que por llevar este uniforme soy mejor que tú, te equivocas. Tengo mis debilidades, como todos, y la mía eres tú, Adella. ¡Te quiero! —exclamó con una mezcla de dureza y fascinación, en un intento de retenerla a su lado.

Ella vaciló. El remordimiento la estaba martirizando y los nervios no ayudaban a que simulase que nada grave estaba pasando. Friedrich lo percibió, ella le estaba ocultando algo. Resopló. Optó por mostrarse más sereno a fin de ganarse su total confianza. Dedujo que si no le había contado antes lo que diablos fuese que ocultaba, era porque tenía miedo, y ante eso, él la iba a apoyar, a salir adelante. Acarició sus mejillas.

—Es porque no podemos vernos en la chocolatería, ¿verdad? —trató de adivinar, y al ver que ella seguía callada, prosiguió—. No sé qué problema tiene *Herr Kesler* contra nosotros, pero si tú me lo pides, me ocuparé de arrestarlo y...

—¡No! No se trata de *Herr Kesler*, él solo quiere... protegerme — exclamó, no queriendo meter en problemas a su jefe.

—¿Protegerte de qué? —preguntó Friedrich con extrañeza, no dando crédito a lo que oía.

Adella bajó la mirada. Respiró hondo y una fría brisa le heló todo el cuerpo. La joven se armó de valor y alzó la cabeza, encontrándose con dos hermosos ojos plateados queriéndole traspasar los suyos, como si al hacerlo, pudiera leerle la mente.

—De ti —dijo al fin.

Friedrich la miró asombrado. Habría esperado cualquier otra respuesta excepto aquella. Instintivamente, Friedrich barajó al acto la posibilidad de que tanto Adella como *Herr Kesler* formasen parte de alguna organización opositora al régimen. Friedrich conocía bien esos casos; alemanes locos, aliándose en resistencias clandestinas para atentar contra los credos del Partido, impugnándolo, mancillándolo... Una auténtica panda de traidores a la patria cuya penalización era la muerte.

Friedrich miró temeroso a Adella. Ella no parecía dar aquel perfil, ¿o sí? Ella había manifestado su disconformidad respecto a la política del país. La cabeza de Friedrich comenzó a dar vueltas. Encontró el respirar una tarea difícil. ¿Y si Adella era...? No. Definitivamente no podía ser...

—Todo es peligroso, Fritz. Tú más que nadie lo sabes. El mundo está en guerra, no hay ninguna garantía de supervivencia... Y tengo miedo —comentó ella, irrumpiendo en sus pensamientos mientras le abrazaba .

Al oír aquello, sus sospechas desaparecieron. Adella acababa de demostrarle que no era ninguna revolucionaria ni mucho menos una judía, sino más bien una pobre niña asustada. Enternecido, Friedrich le rodeó la cintura y, atrayéndola más a él, la besó en la frente, queriéndole transmitir la máxima seguridad posible.

—No debes temer, *mein Schatz*, yo estoy aquí y siempre te protegeré. Eres mi dulce *chocolatita*, y te quiero más que a nada en este mundo. Nunca te abandonaré —le susurró ñoñamente al oído, haciéndola reír nerviosamente durante unos segundos.

—Nunca digas nunca —susurró ella todavía con lágrimas en los ojos.

Friedrich frunció el ceño, volviéndose a tensar. Apretó la mandíbula y con el orgullo en parte herido, contraatacó su premisa.

—Hay casos en los que decir nunca es para siempre. Pocos son, lo confieso, pero este es uno de ellos. Nunca te abandonaré, Adella, nunca te haré daño y nunca permitiré que te lo hagan. Te lo prometo.

Adella quiso tragarse sus lágrimas y sonreír, pero ninguno de los músculos de sus comisuras cedió a su voluntad. La muchacha respiró hondo, agarrando con fuerza las manos de Friedrich. Las observó detenidamente, tan blancas como la nieve, tan grandes como el sol. Con cuidado, las llevó su boca y las besó con cariño. Nunca se había sentido tanpreciada por nadie y se amedrentó por el propio sentimiento. Él le juraba protección, lealtad además de amor eterno, pero aquel juramento se lo hacía a Adella Schulze, la alemana de Berlín... Consciente de aquello, Adella Kinderman, suiza y judía de nacimiento, se estremecía con el remordimiento en crescendo.

—Desde hace tiempo quiero proponerte algo, pero también quisiera hablarlo con *Herr* Kesler —comentó él, interrumpiendo sus pensamientos.

Adella le miró atentamente.

—¿Por qué?

Friedrich le dedicó una pícaro sonrisa, y, dándole la vuelta, la aferró sensualmente a él para hablarle en la oreja. Adella se mordió los labios. El susurro de su voz le supuso una tremenda convulsión. Sus piernas flaquearon. Tener sus labios con su cálido aliento en la oreja y su cuerpo rozándole la espalda la enloquecía.

—Adivínalo —le retó.

—¿Cuál es mi recompensa si acierto? —preguntó ella siguiéndole el juego.

—Yo, obviamente —respondió altivo.

—Entonces no quiero arriesgarme.

—¿A qué?

—A perderte.

—Me vas a tener de todas las formas posibles... e imposibles —aseguró insinuante, deslizando una de sus manos hasta el dobladillo de su falda rallada.

Nada más sentir sus dedos levantar la tela para tocarle los muslos, reaccionó rápidamente, avergonzándose por si alguien los veía. Dio un paso hacia delante mientras él reía. Intimidarla era una verdadera excitación. Adella se pegó al roble, mirándole escandalizada, y él, sin dejar de sonreír, se acercó a ella. Condujo sus brazos a cada extremo del tronco y colocó una de

sus piernas entre las de ella para evitar su escape. Solo entonces, se inclinó para besarla apasionadamente en los labios, haciéndola palpitar por arriba y por abajo.

—Lo nuestro va más allá que la amistad... Y lo sabes —susurró entre beso y beso.

—Sí... —gimió ella.

—Quisiera estar siempre aquí, o en cualquier lugar donde fueses siempre mía —murmuró con la voz ronca, cargada de deseo.

Deslizó cuidadosamente su rodilla hacia arriba y la rozó contra su entrepierna cubierta por unas finas braguitas. Ella, descentrada de su propio dilema para sentir la dura rótula entre sus piernas, sintió la más fiera excitación.

—Te deseo tanto, Adella... Eres lo mejor que me ha podido pasar —ronroneó el alemán, propulsando con más intensidad su rodilla en ella.

Ella suspiró extasiada, comenzando a friccionarse involuntariamente contra él. Lanzó un suspiro, acercó su rostro a la oscura casaca que tenía enfrente y trató de mordisquearla a fin de tapar los gemidos que su boca comenzaba a profesar.

—Hazlo más fuerte. Respírame... Tú me lo das todo con solo respirar —susurró él levantando clavándole su rodilla con más fuerza.

A Adella aquellas palabras le desconcertaron. Se sintió tan extasiada que olvidó todo cuanto le rodeaba. El tiempo pareció detenerse. Solo existían él, ella y el roble centenario. Y justo cuando una descontrolada electricidad comenzaba a intensificar las cosquillas en su entrepierna, Friedrich se retiró, dejándola a ella turbada. Él volvió a reírse ante la mueca molesta de Adella y le recordó que estaban en un espacio público. Adella maldijo en silencio. Friedrich había sido un verdadero canalla.

—Sé que quieres a *Herr* Kesler como si fuese tu padre, y yo soy un hombre de bien, mis intenciones son serias hacia ti y... —dijo entrecortadamente, mirándola a los ojos con intensidad.

Adella pestañeó varias veces seguidas, respirando con fatiga. Contuvo el aliento. Friedrich seguía devorándola con los ojos y, por primera vez, fue él quien se ruborizó en su presencia. Ella le miró sin decir palabra, intuyendo qué era lo que quería decirle. Los ojos chocolate se volvieron humedecer. Sin dejar de mirarla con ternura, Friedrich acarició sus manos y, tras entrelazar los dedos con los suyos, comenzó a arrodillarse ante ella.

—Durante todo este tiempo que te conozco, me he dado cuenta de que te quiero demasiado para dejarte ir. Me has embrujado, Adella, tal vez fue el chocolate, pero sé que quiero estar contigo para el resto de mi vida. Adella Schulze, ¿aceptarías ser mi...?

Pero ella dejó de escuchar en cuanto los potentes ladridos de Laska resonaron por el parque. El animal había detectado a un intruso acercarse al lago. Ignorando a Friedrich por completo, Adella se apartó de él y se acercó al lago donde, tras unos arbustos, identificó a un niño muy pequeño tirado en la nieve. Laska, rodeándole, comenzaba a olfatearle cuando el crío, completamente atemorizado, comenzó a llorar. Rápidamente, Adella se acercó a él y se arrodilló a su lado. Lo ayudó a levantarse. El niño, con la cara cubierta de cenizas y lágrimas, la miró fijamente con sus ojos azules y, por un momento, dejó de llorar. Adella, con dulzura, le limpió la suciedad de su rostro y le sacudió la nieve en su dorada cabellera. Fue entonces cuando una gran polvareda de cenizas brotó también de su cabeza. Adella miró extrañada al pequeño. Había dejado de llorar pero su deteriorado aspecto y su rostro demacrado, reflejaban la impropia infelicidad de un niño tan pequeño. Entonces, fijándose en su vestimenta, descubrió la estrella. Boquiabierta, supo que aquel niño era el que había sobrevivido al incendio.

Desde la distancia, Friedrich miró un tanto molesto como Adella se había alejado de él en aquel preciso momento. Sin embargo, la frustración fue remplazada por extrema ternura. Ver a Adella tan maternal le enamoró aún más e incluso imaginó que aquel niño era el suyo propio después de haberse casado con ella. Friedrich no pudo evitar sentirse efímeramente orgulloso. Un orgullo que no tardó en ofuscarse por culpa de los prejuicios. Sin poder remediarlo, algo en aquel niño, hijo de la guerra, llamó su atención. No era la suciedad que traía consigo, sino el distintivo. Endureciendo su expresión, la cólera de Friedrich se adueñó de su razón y el demonio que habitaba en su interior despertó.

—¡Apártate de ese niño, Adella! ¡Apártate inmediatamente! —bramó desenfundando su *Parabellum P08*^[7].

—¿Qué vas a hacer? ¡Es un niño! —exclamó muy sorprendida ella, poniéndose delante de él como instinto protector. Nunca había visto a Friedrich con esa actitud tan déspota y dura. No se parecía en lo más mínimo al hombre que acababa de besarla y acariciarla con tanta desmesura. Sin

permitir que su valentía disminuyera, Adella desafió al gélido SS.

—Es un judío y no tiene nada que ver contigo, ¡apártate! —le ordenó agresivo. Adella tragó saliva. ¿Quién era ese monstruo uniformado y qué había hecho con Friedrich Kießling?

—Fritz, por favor, baja el arma —rogó ella.

De manera hostil, Friedrich se acercó a ella y la empujó con violencia, apartándola del niño indefenso que lloraba a mares. A punto de apretar el gatillo, Adella se abalanzó imprevistamente sobre Friedrich, perjudicando su puntería.

—Por favor, no lo hagas, es solo un niño, no tiene culpa de nada, ¡por favor!

—No me lo pongas difícil, Adella, es mi deber —gruñó él desquitándose de ella.

Y alzando nuevamente el arma, alguien irrumpió en la orilla del lago.

—¡Konradin! —intervino una tercera voz.

Friedrich y Adella miraron como el pequeño reconocía al intruso. Este corría desesperadamente hacia el niño, abriéndole los brazos. Era un hombre no muy mayor, y, al igual que el niño, estaba cubierto de cenizas y polvo. También relucía el distintivo amarillo en el abrigo, y Adella lo identificó al acto como el padre del crío.

—Márchate, no quiero que veas esto —exclamó Friedrich.

Lejos de hacerle caso, Adella negó repetidas veces con la cabeza.

—¡He dicho que te marches! ¡Ahora! —le ordenó con rudeza.

Aterrorizada ante aquella abominable faceta, la chocolatera dio un paso atrás sin dejar de mirarle con ojos llorosos. Visualizó como Friedrich permanecía cegado, absorto en su propia locura. Alzó nuevamente el arma, y antes de encañonar a los dos judíos, acarició el gatillo con la yema del dedo.

—¿Es tu hijo? —preguntó hoscamente.

—Sí, señor. Se llama Konradin y tan solo tiene tres años —tartamudeó el hombre en un intento por suplicarle compasión.

—Me apena que un niño de tan solo tres años llamado Konradin vaya a quedarse sin padre, me apena mucho —dijo con frívolo sarcasmo.

—Por favor, mi esposa acaba de morir en un incendio y mi hijo mayor ha desaparecido, se lo ruego, déjenos marchar a nosotros...

Y con el temible estruendo en forma de bala traspasando su cabeza, la voz

del hombre que suplicaba clemencia fue silenciada para siempre. El niño, que seguía entre los brazos de su padre, ya tendido en la nieve, comenzó a llorar más fuerte, y Friedrich, mirándole con indiferencia, volvió a acariciar el gatillo.

Al ver lo que pretendía hacer, Adella no se contuvo más. Corrió hasta el cadáver y tomó ágilmente al niño en brazos.

—¿Qué es lo que tienes en la cabeza?! ¡Maldito nazi! —gritó ella fuera de sí, entre lágrimas.

Friedrich quiso pensar que su alborotado estado se debía a que nunca había presenciado de primera mano un fusilamiento y por ello se había conmocionado. Friedrich contuvo la respiración al verla llorar y bajó de inmediato la pistola, manteniéndose rígido, clavado en la nieve junto al cadáver. Adella dejó de sollozar. Recuperó parte de compostura y acunó al niño.

—¡No sé quién te crees que eres pero no viviré al lado de un monstruo! —exclamó con todo el desprecio del que fue capaz, sabiendo que le estaba hiriendo. Pero no importaba. Ya nada importaba.

—Adella, cálmate, entiende que...

—¡No! ¡Entiéndeme tú! ¿Cómo quieres que me calme si estoy expuesta ante un asesino?

—¡Adella! —gritó indignado.

Dio un paso adelante, con las piernas temblándole. Aquella extraña perplejidad que le suponía escuchar de ella semejantes palabras le había trastocado. Completamente arrepentido, trató de retenerla a su lado.

—Te juro que no le haré nada al crío, pero debes entregármelo —prometió ansioso mientras enfundaba el arma y la tomaba por el brazo.

—¡Que te lo has creído! Tal vez tú no le harás nada, pero tus camaradas nazis sí —espetó ella sacándole el codo de un tirón.

Le miró duramente durante unos instantes, y antes de que tuviera el impulso de arrancarle el niño de los brazos, la chocolatera giró sobre sus talones y echó a correr dejándole solo. Mientras corría, tapó la estrella del niño para evitar problemas, y se dirigió a la chocolatería.

Una bomba de agua helada le congeló el alma. ¿Qué acababa de suceder y por qué? ¿Qué había hecho? Su cabeza iba a estallar. Orgullo, prejuicio, arrepentimiento... Había espantado Adella, y ahora él se sentía despreciable.

Miró al cadáver y contuvo el aliento. Un viento helado pareció repetirle mediante susurros las palabras que ella había empleado para repudiarle.

«... *Asesino... Nazi...*» Aquellos términos le habían marcado como nunca y, por primera vez, todas sus enseñanzas, las teorías raciales impuestas y grabadas a flor de piel en su mente, se presentaron ante él como una auténtica locura aberrante sinsentido.

—Véanlo, caballeros, el futuro teniente Kießling, tan diligente y audaz como siempre, ha encontrado a *Herr Steinman* —exclamó una voz familiar.

Friedrich, reconociéndola al instante, se giró enseguida. Miró un tanto abatido a Hans Lenz y al séquito de soldados que lo acompañaban.

Su amigo se mostraba contento, y tras palmearle amistosamente por la espalda, pateó el cuerpo hasta ponerlo boca arriba.

—Justo en el centro, excelente puntería, berlinés —dijo al ver el boquete ensangrentado.

—¿Lo buscabais? —quiso saber Friedrich ignorando la ovación.

—En efecto. Vivía oculto con su mujer e hijos en la buhardilla de un edificio que ha sido incendiado esta mañana. La mujer falleció entre las llamas y no hay constancia del paradero del hijo mayor. Creemos que no estaba presente en el momento del incendio. Una testigo afirmó ver solamente al padre con el hijo pequeño huyendo del fuego... Y bueno, por lo que veo, ha aparecido uno de ellos, ahora falta encontrar al crío —exclamó Hans mientras le mostraba las cartillas de identificación.

Friedrich las hojeó poniéndose pálido del susto. El niño que Adella se había llevado era el niño buscado... ¿Qué diablos se suponía que debía hacer ahora? ¿Delatarla? ¿Hacer la vista gorda? Friedrich tragó saliva, sintiéndose contra la espada y la pared.

—¿Ha visto usted al niño, *Untersturmführer*? —preguntó uno de los soldados.

—¿Qué clase de pregunta ridícula es esa, soldado? Si lo hubiera visto estaría aquí muerto junto a su padre —exclamó Hans con irritación.

Friedrich fingió una sonrisa y negó con la cabeza.

—Rastread la zona, ese crío no debe andar lejos ¡Deprisa! —exigió Hans mirando a su alrededor.

Los soldados asintieron al unísono y se pusieron manos a la obra. En cuanto se quedaron solos, Friedrich sacó su cajetilla y le ofreció un cigarrillo a su

amigo.

—¿Va todo bien? Te noto extraño —observó este.

Exasperado y sin habla, Friedrich se encogió de hombros.

—¿Problemas con Bauer? —trató de adivinar Hans. Friedrich negó con la cabeza.

—Peor... Con una mujer —dijo casi para sí.

—Hablas de la chocolatera, ¿verdad? ¿Qué ha ocurrido? Ella besaba la tierra que tú pisabas.

—Nuestra relación es más complicada de lo que podría haber imaginado —apostilló Friedrich.

—¿Por qué? —se interesó Hans.

—No sabría explicarlo, pero cuando estoy con ella siento que todos mis méritos son insignificantes...

—No debes permitir que una mujer influya de esa manera en tu vida. Sabes tan bien como yo que cumplimos con nuestro deber, como se espera de nosotros —le animó su amigo.

Friedrich respiró con fuerza y optó por darle la razón. Después de todo, Hans era de los pocos que podía darle buenos consejos.

—Seguramente me transfieran al mismo frente... Todavía no está claro, pero se avecinan cambios en mi vida, y espero regresar —comentó mientras apagaba la colilla con su bota.

—No seas fatalista, Hans. Volveremos a vernos —reprendió Friedrich.

Tras apagar de un pisotón su cigarrillo rubio, ambos se despidieron tomando direcciones opuestas. Friedrich, saturado, respiró entrecortadamente, debatiéndose entre el deber y el querer. Había encubierto a Adella. Había mentido por evitar que ella se metiera en graves problemas y eso, a su manera de ver las cosas, le pareció una forma de compensación al disgusto que le había causado.

Capítulo 8

—Pauline, ¿puedes explicarme por qué nuestra fantástica Adella no está aquí? —quiso saber *Herr Kesler* nada más entrar en la cocina.

La pelirroja, que había sido incapaz de salir de allí, permaneció rígida, con la vista clavada en el suelo. Ya no lloraba, pero era evidente que lo había hecho y *Herr Kesler* lo descubrió.

—¿Qué ha pasado?

—Adella y yo hemos discutido... —alcanzó a decir Pauline.

—¿Por qué?

El prolongado silencio de Pauline le hizo presagiar lo peor.

—Dime que no han venido a buscarla. ¡Dime que no ha pasado! —exclamó ansioso.

—¡No! Nada de eso *Herr Kesler*, pero...

—¿Pero qué? ¿Qué diablos sucede, Pauline? —exigió saber, impacientándose, tomándola por los hombros y zarandeándola para hacerla hablar.

—Ella...

—¡Necesito ayuda! —imploró la voz de Adella abriendo de repente la puerta.

Nada más verla, *Herr Kesler* y Pauline se sobresaltaron, no por su cara teñida de amargura, sino por la criatura en sus brazos.

—¿De dónde has sacado a ese niño? ¡Es judío! ¿Estás loca? ¿Cómo se te ocurre traerlo aquí? —Se escandalizó el *Herr Kesler*.

Los ojos esmeraldas de la pelirroja miraron asombrados el gesto duro de Adella. Era evidente que algo muy grave había pasado.

—¿Y a dónde quiere que lo lleve? ¿A manos de un asesino como Friedrich? —espetó consternada.

—¿Te refieres al sargento Kießling? —exclamó *Herr Kesler*, indignándose nada más oír ese nombre.

—Él ha matado al padre de Konradin y yo no puedo dejarlo solo, mírelo,

¡es tan solo un niño! —explicó Adella luchando por no romper a llorar.

—¿Qué hacías tú con él? —exigió saber con irritación.

—Yo... —balbuceó Adella, dándole a entender que no era la primera vez que le veía.

—No puede ser verdad, ¡maldita niña insolente! ¡¿En qué pensabas?!

—¡En el amor! Por favor, cometí un error y estoy tan arrepentida que he roto mi relación con él, ¡se lo juro! —se defendió ella, no pudiendo retener por más tiempo las lágrimas.

Pauline miró desconcertada a su amiga, luego, contempló cómo *Herr Kesler* golpeaba con fuerza la mesa de la cocina, completamente furioso por su descaro. Tomó aire, como si se preparase para echar fuego por la boca.

—¿Has dicho relación? ¡No me digas que has estado de noviecita con ese nazi! ¡No me digas que has tenido la desfachatez de estar viéndote a escondidas con él como una buscona!

—¿Cree usted que me entregaría así como así a alguien que desconoce quién soy realmente? —exclamó ella ofendiéndose.

Pauline se llevó las manos a la boca por tal contundente contestación. Fue tal la sorpresa que, por segundos, temió que *Herr Kesler*, inmune a sus argumentos y poco racional para asimilar los acontecimientos, la llevase frente a la Gestapo. Sin embargo, nada de eso ocurrió. En vez de eso, *Herr Kesler* se dejó caer en una de las sillas y, con la palma de su mano, ocultó su cara enrojecida, preso de los nervios e impotencia.

—Ahora entiendo, ¡tú aprovechabas mis ausencias para verle! ¡Cielo santo! ¿Cómo no pude darme cuenta antes? ¡Podría haber evitado toda esta parodia! Pero claro, la señorita solo aprende con sus propios ojos. Ya puedes ingeniártelas tú solita con el crío porque aquí no se quedará, ¿o qué esperas? ¿Que venga él a disculparse? Si viene será para llevarse al niño, arrestarte a ti por encubrirlo, ¡y a mí por permitirlo! ¡Maldita sea, Adella, maldita sea! —gruñó llevándose las manos a su cabello negro para arrancarse varios pelos.

Adella y Pauline se miraron en silencio y luego observaron a *Herr Kesler*. Ninguna sabía qué decir ni tampoco qué hacer. El pequeño que Adella sostenía en brazos había dejado de llorar pero no de gimotear. Con tan solo escucharle, *Herr Kesler* sintió el corazón rompérsele ante semejante criatura inocente. Adella tenía razón. Era solo un niño. ¿Qué culpa tenía del embrollo que presidía en el país?

—¿Sabe él que el niño está contigo? —preguntó de repente.

—Sí, señor, yo misma lo rescaté cuando iba a matarle —respondió Adella, exasperándole otra vez.

—¡Dios bendito, dame fuerza y paciencia! Debería despedirte y dejarte a tu suerte, Adella Kinderman. Desde que comenzó la guerra no has hecho más que causarme problemas.

—Señor, le recuerdo que Adella juega un papel muy importante en la chocolatería, sin ella, nada sería lo mismo —intervino Pauline en un intento de auxilio a su amiga.

—¡Por supuesto que no sería lo mismo! ¡Por supuesto que no tendría que verme obligado a sucumbir y soportar cada una de sus ocurrencias! Por supuesto que... Nada sería tan especial sin ella... —terminó por decir antes de apaciguarse.

Adella, que había cerrado los ojos para soportar otra reprimenda, los abrió de golpe. *Herr Kesler* tenía los ojos llorosos y se había levantado de la silla. Permaneció en pie, inmóvil, junto a Pauline. No atinaba a descifrar el código de su mirada.

—Mientras pensamos qué hacer, lo esconderemos aquí —aceptó al final.

—¡Gracias, *Herr Kesler*, muchas gracias! —exclamó Adella recuperando media sonrisa.

Herr Kesler levantó su dedo índice, indicándole callar, aún no había terminado de sentenciar.

—Pero tú nunca más volverás a salir de aquí sin mi permiso, bajo ningún concepto. De lo contrario, y esto te lo digo muy en serio, te despediré. Sí, Adella, has escuchado bien. Es tu última oportunidad. Si queremos que todo salga bien, cada uno debe poner de su parte.

—Sí, señor, se lo prometo —aseguró.

—No solo a él, sino también a nosotros —puntualizó *Herr Kesler* señalándose a sí mismo y a Pauline.

Adella asintió. El rostro de *Herr Kesler* se relajó.

—Y ahora, será mejor darle un baño a este pequeño ceniciento antes de que enferme —comentó estirando los brazos.

Adella le entregó al crío y, cuando el niño de ojos vidriosos y claros fue acunado por el hombretón de divertido toque en su cabeza y delicioso aroma a chocolate, pareció olvidar su infelicidad. *Herr Kesler*, cariñoso con los

infantes, no tardó en hacerse con el papel de abuelo para Konradin.

Mientras *Herr Kesler* y *Pauline* lo bañaban y aseaban, *Adella* iba facilitándoles la poca información que sabía de él: se llamaba Konradin, tenía tres años y había sobrevivido junto a su padre a un incendio del edificio donde se ocultaba, en la calle *Feldstraße*. Después él y su padre habían llegado a *Planten un Blomen* donde *Friedrich* le había matado. A medida que se lo relataba, *Herr Kesler* maldecía en voz baja, detestando más que nunca a *Friedrich*. Frunció el ceño y trató de pensar en una biografía creíble para cuando el crío fuera visto por las clientas, ninguna sospechase de su origen.

Después del baño, Konradin lucía un aspecto saludable, como si nada malo le hubiese pasado. Las cenizas que cubrían su traslúcida piel blanca no habían hecho más que darle un toque marchito que, habiendo desaparecido con el agua, pudo al fin recuperar la lozanía. *Pauline* fue quien se ocupó de secarle y vestirle con jirones de tela hasta que le confeccionase ropa adecuada. *Adella*, en cambio, se deshizo del mugriento atuendo que le había acompañado durante, muy posiblemente, demasiados días. No obstante, en el último momento, decidió conservar su abrigo en lo más profundo de un cajón del escritorio de su dormitorio. Su confección de piel era de muy buena calidad y bastaba con descoserle el distintivo para que el niño pudiera lucirlo.

Con la cabeza hecha un embrollo, *Adella* pensó en todo lo que estaba haciendo. Se sentía orgullosa habiendo rescatado a Konradin, pero al mismo tiempo estaba dolida por haberlo hecho del hombre al que amaba. Hizo un esfuerzo por no derramar ni una sola lágrima. *Friedrich* no las merecía. Él no la había escuchado, había preferido perder la cordura para cometer tan vil acción. Entonces, comenzó a preguntarse qué haría al respecto. ¿La denunciaría? ¿La arrestaría él mismo? *Adella* tragó saliva, tratando así de calmarse. Quiso pensar que *Friedrich* no emprendería acciones perjudiciales hacia ella. Le había prometido que nunca le haría daño, aunque ya no estaba tan segura. Sin embargo, pese a la incertidumbre, sabía que él aún la amaba. *Adella* miró al vacío, a la oscuridad que se formaba a su alrededor. *Adella* odió a *Bauer*, al sistema. Sabía que habían sido los causantes de la demencia de *Friedrich*. Exhausta, la chocolatera se apoyó en la pared y miró a través de la ventana de su dormitorio. El cielo oscurecía y se presentaba sin estrellas, pero con el emerger de una luna lo suficientemente blanca como para iluminar el caos que imperaba en la ciudad.

Friedrich caminó a grandes zancadas seguido por su asustadiza mascota. Tenía ganas de llegar a la morada. Nada más subir los escalones del porche, y entrar al oscuro salón liberó a Laska de su correa, y se sentó con el corazón herido en uno de los sillones. Volvió a sacar su cajetilla plateada y fumó todos los cigarrillos que esta contenía. Necesitaba relajarse, aclarar sus pensamientos y organizar sus turbados sentimientos. Estaba claro que la causante de todo era Adella, el ángel capaz de llevarle de cabeza. Resopló apabullado sin saber qué hacer. Había encubierto a Adella en algo inadmisibles, pero no quería delatarla. Meditando su dilema, Friedrich no fue consciente de que no estaba solo hasta que Laska, furiosa, gruñó a una sombra que se movió por el salón.

—Buen trabajo muchacho. He visto a Lenz y me ha comentado lo que ha sucedido en *Planten un Blomen*. Lástima que no encontraseis al mocoso —dijo Bauer encendiendo la luz.

Friedrich entrecerró sus ojos y se incorporó lentamente del sillón a fin de retirarse.

—Estúpida perra, no debería gruñirme; pero me alegro de que lo haga. Te felicito Fritz, estás haciendo las cosas bien.

—¿Los señores precisan de mí antes de acostarse? —preguntó de repente Marlis, la asistente del hogar, apareciendo también en el salón.

—No, querida, ve a descansar, es tarde. Buenas noches —respondió Bauer indicándole con la mirada que quería estar a solas con su sobrino.

Friedrich envidió secretamente a Marlis por poder marcharse. Bauer cerró las puertas del salón y se detuvo frente a la pequeña vitrina repleta de vinos. Sacó una copa y se sirvió coñac. Tras dar un trago y ver cómo su sobrino permanecía rígido, le ofreció otra copa a la espera de que él la aceptase. Sin embargo, no lo hizo, y el gesto de rechazo crispó a Bauer.

—¿Por qué traes esa cara? Deberías estar orgulloso de tus hazañas.

« *¿Orgulloso de hazañas que la única mujer que quiero rechaza?* » Quiso decirle. Bauer dio un paso hacia él aún con la copa en mano y se fijó en el cenicero que había en el sillón.

—Vaya, cinco cigarrillos en una sentada, ¿se puede saber qué te inquieta tanto?

—Nada —mintió.

Bauer emitió una sarcástica carcajada, intuyendo al acto lo que pasaba.

—Es por una mujer, ¿verdad? Déjame adivinar, ¿la chocolatera?

El silencio de Friedrich se lo confirmó.

—Esa insignificante niña es menos de lo que tú necesitas. No entiendo cómo has podido encapricharte de ella —exclamó con desdén, avivando en Friedrich la ira.

—¡Esa niña a la que calificas como insignificante se llama Adella Schulze y quiero casarme con ella! —estalló.

—¿Qué? ¿Casarte? ¡Ni siquiera la conoces! —gruñó Bauer.

—¡Sí la conozco! Llevo mucho tiempo citándome con ella y puedo asegurarte de que es la mujer que cualquier hombre querría tener —confesó Friedrich desafiante.

Bauer dio un paso atrás, completamente estupefacto.

—¿Cómo puedes ser tan idiota? ¿Cómo has podido permitir que esa estúpida se haya interpuesto entre tu trabajo y tú? ¿Has perdido el juicio? ¡Eres patético!

—¡Esta guerra sí es patética! —bramó Friedrich por primera vez, sintiéndose completamente harto de su vida y de la bélica y conflictiva situación que le envolvía.

Bauer le miró encolerizado. No daba crédito a lo que estaba escuchando, pero la realidad era muy clara. La dichosa chocolatera le había estado influyendo hasta el punto de hacerle dudar de sus credenciales. Bauer apretó los puños tratando de contenerse, pero su cólera desembocó cobrando forma de puño. Friedrich perdió el equilibrio nada más recibir el puñetazo en la cara y cayó de mala manera contra la mesa, abriéndose una pequeña brecha en la cabeza.

—¡Te prohíbo volverla a ver! ¡Si vuelves a hacerlo, yo mismo la arrestaré y la enviaré a Ravensbrück! ¡¿Me has oído?! —vociferó con fiereza, inclinándose para levantarle de un empujón.

Friedrich, sangrando por la frente y la nariz, miró con todo el desprecio del que fue capaz a su tío, deseándole lo peor.

—Recuerda quién eres. ¡Recuerda tu juramento! ¡Eres un alemán! —le echó en cara.

Y al ver que no decía nada, decidió retirarse no sin antes mirar a Laska. El animal le mostraba sus colmillos, agazapándose cada vez más para saltar sobre él en defensa de Friedrich. Sin embargo, el temible Bauer reaccionó con

más agilidad y derribó al can de una patada. Luego, mirando a Friedrich, le espetó:

—No hagas que me avergüence de ti —y dicho aquello abrió las puertas del salón y desapareció.

Friedrich reptó por el suelo hasta que apoyó sus temblorosas manos en el diván isabelino. Respiró con dificultad. Se incorporó con lentitud hasta sentarse. Laska se acercó cojeando. Friedrich volvió a maldecir a Bauer mientras acariciaba el sedoso pelaje dorado de su amiga canina. Mientras lo hacía, sintió un ligero mareo. Todavía percibía cómo brotaba de su frente un pequeño torrente de sangre. ¿Por qué su vida era compleja? ¿Por qué tenía que soportar tantas degradaciones o desilusiones? Inconscientemente, pensó en Adella y, al hacerlo, reconoció que pese a ser ella en parte la causante de todo no podía dejar de desearla ni tan solo un segundo. Ella podía recomfortarle al disipar su melancolía, impulsándole a creer que, pese a todo, no estaba solo. Todavía había algo por lo que luchar.

Cerró los ojos y ahogó sus lágrimas. Nunca supo cuánto rato estuvo a solas, consigo mismo, con sus remordimientos y malestares, y al final, levantándose y limpiándose sus heridas, se fijó detenidamente en el espejo, viendo por primera vez un monstruo. Estaba muy arrepentido, completamente avergonzado por todo lo que había pasado. Lo peor de todo era que la había perdido... Respiró fuerte, clamando a su propia suerte el poder recuperarla.

Capítulo 9

Marzo de 1940.

Cada mañana, Friedrich se levantaba con parsimonia. En la calle, un mayestático Mercedes, con chófer incluido, le aguardaba a él y a su tío.

Desde que hubo comenzado el mes, Friedrich se había dedicado íntegramente a la redacción de múltiples informes además de la supervisión de los reos de nuevo ingreso. La mayoría de ellos eran opositores políticos, y, pese a dedicar su atención en mantener el orden entre ellos, su pensamiento primordial secreto era Adella. Hacía semanas que no la veía y aquello le contrariaba cada día más. ¿Qué habría sido de ella y el crío? Vivir sin noticias era un verdadero calvario.

A mediados de mes, con la nieve cubriendo cada parte del perímetro, supo que no soportaría aquel pesar un día más. Aquella tarde de sol aguado y viento suave, Friedrich se las ingenió para marcharse antes de hora de la oficina para regresar al centro hamburgués. El vehículo oscuro le dejó junto a la morada y, nada más desaparecieron las ruedas por la esquina, Friedrich giró sobre sus talones y anduvo precipitadamente hasta *Schokolade Gold*. Estaba a escasos metros de llegar cuando sus propios nervios le traicionaron. ¿Estaría haciendo bien? ¿A caso ella aún le amaba? Sus temores le quebraron el pensamiento hasta hacerle creer a sí mismo que había sido mala idea ir a visitarla. Si Bauer o Neumann se enteraban de su escapada, se vería envuelto en serios problemas y no estaba por la labor de aguantar ningún tipo de recriminación.

A punto de desistir, Friedrich se encontró con *Frau* Lenz saliendo de la chocolatería. Traía consigo una caja rosa de cartón, la misma que Adella utilizaba para atesorar los dulces.

—¡Hola, Fritz! —le saludó la mujer nada más verlo.

Friedrich tuvo el impulso de simular no haberla visto y seguir con su plan de retirada, cuando comprendió que era demasiado tarde para ignorarla. *Frau* Lenz no merecía semejante desaire. Se volvió sonriente hacia la madre de su

mejor amigo y la saludó.

—Buenas tardes, *Frau* Lenz, demasiado tiempo sin verla, ¿cómo está?

—Bien hijo, bien, pero tú estás más delgado, ¿se portan bien contigo en Neuengamme? —se interesó con una graciosa mueca mientras le agarraba por el brazo.

Friedrich ladeo la cabeza, encogiéndose de hombros.

—Sí, señora. Mis camaradas me tratan bien, aunque estos tiempos de guerra son agotadores para cualquiera. ¿Sabe algo de Hans? Hace tiempo me comentó que sería destinado al frente, pero no tengo noticias tuyas —preguntó curioso.

—Supuestamente ha de regresar el mes que viene, es lo único que sé. Sus regentes apenas me facilitan información y mi Hans ni siquiera responde a las cartas que le envío, ¿qué te parece? ¡Tan solo soy una madre preocupada! —se quejó *Frau* Lenz.

Friedrich esbozó una media sonrisa, compadeciéndola en silencio. Trató de consolarla al decirle que, si tenía poca información, era porque todo seguía igual y Hans estaba bien. Aquel argumento pareció convencer a la mujer, quien decidió detallarle su día a día sin Hans en casa. Un tanto agobiado por el exceso de información en menos de medio minuto, Friedrich decidió hacer una oportuna intromisión con la finalidad de trasladar la conversación hacia donde él quería.

—Veo que su consuelo para sobrellevar los días son los dulces, ¿cierto? —inquirió con picardía.

—¡Oh, sí! Desde luego, deberías probar los pasteles de chocolate blanco con canela, fresa y manzana ¡son una maravilla! —exclamó *Frau* Lenz cambiando radicalmente su fruncida expresión a una muy golosa.

—Suenan apetitosos —opinó, esperando a que la señora agregase algo más.

—Es lo que tiene ser ocurrente. Adella es un genio en la cocina —exclamó pronunciando su nombre.

« ¡Por fin! » Pensó Friedrich con la sonrisa de oreja a oreja.

—¿Adella? —preguntó un tanto extrañado, como si no la recordase.

Frau Lenz le miró perpleja, de arriba abajo, como si no esperase aquella reacción.

—Parece mentira que lo dudes. Ella es la mejor chocolatera de todas y Hans me contó que os llevabais muy bien —comentó con complicidad,

guiñándole un ojo.

Friedrich se mantuvo en silencio. *Frau* Lenz soltó una carcajada y lo tomó más fuerte del brazo.

—No finjas conmigo querido, se nota que ella te gusta, se te ve en la mirada, y Adellita también siente algo por ti. Pero sé que ambos estáis plenamente involucrados en vuestros trabajos, es comprensible, especialmente ella. Está bastante ocupada ahora que tiene un niño al que cuidar —dijo bajando cada vez más la voz, como si le estuviera contando el comadreo más polémico del vecindario.

Friedrich se hizo el sorprendido, fingiendo pleno asombro ante la mención del crío. Arrugó el entrecejo y trató de averiguar qué historial se habría inventado Adella para ocultar el origen del crío.

—¿Un niño?

—Sí. Se llama Konradin, es berlinés y huérfano. Sus padres murieron no hace mucho y ha pasado al cuidado de Adella ya que, independientemente de ser primos, ella es su único pariente vivo —le informó.

—¿Primos?! —Se escandalizó Friedrich.

Desde luego, aquella chocolatera estaba loca de remate. ¿A quién se le ocurría semejante idea? Friedrich arrugó la nariz como gesto de desaprobación, pero reconoció que aquella patraña podía ser perfectamente creíble.

—Ella nunca lo comentó, pero tenía parientes en Berlín.

—A ella le gusta ser discreta —la justificó Friedrich con sorna.

—Me da lástima el crío, es tan pequeño. Necesita un padre y tú hacías tan buena pareja con Della —opinó *Frau* Lenz.

Friedrich se sintió ruborizar.

«*Menudo disparate, ¿yo, siendo padre de un judío? ¡Y un cuerno!*» Friedrich carraspeó sutilmente, no pudiendo asimilar aquella idea. Trató de sonreír y ocultar su incomodidad.

—¿Por qué no vas a verla? La chocolatería todavía está abierta y seguro que ella se alegra de verte —sugirió *Frau* Lenz.

—Tal vez en otra ocasión —rechazó.

—¿En otra ocasión? A mí no me engañas Fritz, ¿qué ha pasado entre vosotros? Mira, no soy nadie para entrometerme, pero esa chica merece a alguien que la haga feliz y antes lo era. Desde que cuida a ese niño echa en

falta algo y, si mi intuición no falla, ese algo eres tú —dijo *Frau Lenz*, convenciéndole.

Friedrich vaciló.

—No sé... Hace semanas que...

—¡Déjate de pavadas y soluciona las cosas! Desconozco qué habrá ocurrido entre vosotros, pero es evidente que os necesitáis —exclamó.

A Friedrich se le iluminó la cara. Sin duda tenía que verla lo antes posible pero debía preparar su aparición. Se le ocurrió casi al instante una genuina idea, la cual, *Frau Lenz* apoyó.

—Pásate mañana a primera hora por mi casa, tengo unas preciosas rosas rosas en mi jardín que le encantarán.

—No será necesario *Frau Lenz*, puedo comprarlas en...

—¡Quiero ayudarte, querido! —insistió la mujer. Friedrich sucumbió.

Tras despedirse, Friedrich se dirigió a la morada ansioso por lo que acontecería el día siguiente.

Entrada la medianoche, un viento helado y bravío agitó los cristales de cada ventanal. Friedrich abrió los ojos al acto. Todavía era de noche pero su fino oído, entrenado para apreciar posibles amenazas, le impidió conciliar el sueño al identificar el sonido de unos motores en el cielo. Friedrich se levantó de la cama y se asomó por la ventana. Miró el cielo ennegrecido y divisó pequeños puntos luminosos. Se trataba de una bandada de planeadores alemanes sobrevolando la ciudad. Regresó a la cama y se animó al pensar que, cuando amaneciera, disfrutaría de aquel domingo. Adoraba aquel día por ser el único de la semana en el que libraba de trabajar, y aquel domingo iba a ser muy especial.

Cuando volvió a abrir los ojos, el día asomaba por el horizonte al igual que las alondras posándose en las ramas de los árboles más cercanos de la morada. No aguardó más. Comenzó a prepararse con inquieto entusiasmo. Se duchó y se vistió de uniforme para evitar disputas con Bauer a su regreso, y, aprovechando que todavía roncaba en su habitación, salió sin decir palabra. Tomó a Laska por la correa. Ella sería su perfecta estrategia, su idónea excusa. Bauer creería que había ido a entrenar al animal cuando en realidad se proponía ir a recoger rosas rosas para su enamorada. Solo pensar en ella los nervios le hacían palidecer. En cuanto hubo reunido las flores, *Frau Lenz*, pendiente del acontecimiento, se empeñó en asistir al reencuentro.

—Es un rubito precioso —comentó una clienta mientras pagaba la cuenta a Pauline.

—¡Una auténtica ricura! —intervino *Frau* Lenz entrando sola a la chocolatería.

Se dirigió a una de las mesas y, sin dejar de sonreír con picardía a Adella, se sentó en una de las sillas. La chocolatera, ajena a lo que se traía entre manos, le devolvió el gesto y posó su mirada en el pequeño Konradin, que gateaba absorto en su mundo con su pequeño cochecito de madera, su bien máspreciado.

—A *Herr* Kesler le vuelve loco, fíjense que hasta quiere que le llame *Opa* —comentó Pauline como anécdota.

—Bueno, podría ser perfectamente su abuelo, y tú la tía —agregó Adella.

—Y tú la mamá —añadió Pauline.

—¿Y el papá? ¿Dónde está el papá? —quiso saber una niña que merendaba en la chocolatería junto a su madre.

Frau Lenz disimuló unas risitas mientras veía a Adella sonrojarse ante tan inocua, pero desconcertante, cuestión. Algunas de las miradas del resto de la clientela se centraron en su respuesta.

—Algunas veces la mamá cuida de su hijo sin el papá —contestó Adella escuetamente.

La niña se dio por satisfecha y volvió a atacar la cestita de pastelitos de chocolate y crema que su madre le había comprado. No obstante, su respuesta no había pasado desapercibida para el resto de mujeres, especialmente para una.

—No creo que esta pueda ser una de esas veces, aunque, quién sabe, tal vez el oficial de ojos plateados no era lo bastante bueno para soportar dos cargas... ¿Cómo se llamaba? ¿Friedrich? —preguntó Fulda con malicia.

Pauline abrió mucho los ojos, temiendo por la reacción de su amiga, pero Adella se mantuvo serena, ignorando el descortés comentario. Sin embargo, Fulda insistió hasta desquiciarla.

—Siempre lo supe, una *chocolaterita* no estaría a su altura, mucho menos con un crío a su cargo...

Pauline trató de agarrar a su enfurecida amiga cuando comprendió que la

hora de que Fulda aprendiese la lección había llegado, y decidiendo mantenerse al margen del conflicto, miró expectante a ambas contrincantes. Sin preámbulos, Adella se abalanzó sobre Fulda y la agarró de sus trenzas, estampándola y acorralándola contra la puerta.

—¡Estúpida chismosa! ¿Cuándo aprenderás a tener la boca cerrada?

—¡Oh, vamos, sabes que tengo razón! ¡Cualquiera sería mejor que tú! ¡No eres más que una niña caprichosa! —gritó Fulda empujándola.

Adella, consternada como una fiera, clavó las uñas en los brazos de Fulda, y la volvió a acorralar.

—¿Cómo te atreves? ¿Caprichosa yo?

—¡Eso es lo que he dicho! ¡Has tratado de tener lo que no podías y ahora estás sola! Eso te pasa por estúpida —increpó sin reparos.

Adella sintió ruborizarse de rabia, y con un ágil movimiento, abrió la puerta de la entrada, haciendo que su adversaria perdiese el equilibrio. Fulda cayó de espaldas al suelo y Adella, sentándose a horcajadas sobre ella, la abofeteó con fuerza. Bajo los gritos de la clientela, ambas comenzaron a rodar por la acera. Fulda condujo su mano hasta la cabeza de Adella y comenzó a arrancarle mechones de pelo. Por su parte, Adella le rompió la nariz de un sonoro puñetazo, haciéndola sangrar.

—¡Maldita seas! ¡Eres más despreciable que una judía! ¡Deberían arrestarte! Es más, ¡debería hacerlo tu querido oficial para que viera la clase de miserable que eres! —chilló Fulda tapándose la nariz. Y aprovechando un descuido de Adella, la tiró al suelo y comenzó a patearla.

Adella sintió un nudo en su garganta. Quería llorar. Esas palabras tenían más significado del que Fulda creía. Su vista se nubló a causa de las lágrimas y trató de levantarse cuando, de pronto, Fulda se arrodilló en el suelo y la agarró del talón, haciéndola caer de bruces contra el bordillo de la acera. Como acto reflejo, Adella cerró los ojos y aguardó al brutal golpe que jamás llegó. Unas grandes y fuertes manos la salvaron del impacto. Adella tembló. Reconocía ese olor, esa esencia, esa piel. Se mantuvo rígida con los ojos cerrados hasta que se vio totalmente rodeada por los musculosos brazos. Reprimió las lágrimas y cedió paso al enfado.

Con un brusco movimiento, la chocolatera hizo un esfuerzo sobrehumano por apartar a Friedrich de su lado. ¿Qué estaba haciendo allí? Su pregunta sin respuesta le llevó a pensar en lo peor. ¡Friedrich iba a llevarse niño! No lo

consentiría, ¡por encima de su cadáver! Aun conteniendo las lágrimas, Adella entró rápidamente en la chocolatería.

Friedrich dejó de respirar, tratando de retener en sus fosas nasales el dulce perfume *achocolatado* de ella. Su corazón latió muy deprisa, todo había sucedido muy rápido pero había conseguido verla y tenerla entre sus brazos. Había sido testigo de una pelea de gatas. Laska, a su lado, empezó a ladrar a la muchacha rígida y ensangrentada que permanecía atónita en el suelo.

—¡Oficial Kießling! ¡Mire lo que me ha hecho Adella! —gritó furiosa.

—Debería darle vergüenza alterar el orden público de esta manera —le echó en cara él.

Fulda se levantó con cierta torpeza y mantuvo sus manos en los orificios nasales, completamente hinchados. Las gotas no tardaron en teñir de rojo su vestido amarillo y, a pesar de ello, Fulda permaneció firme.

—¿Y esas rosas? —increpó ignorando el comentario.

Al ver que no hablaba, Fulda comprendió lo que pasaba. Siguió escrutando el rostro de Friedrich y, en cuanto le sintió un tanto intimidado, le atacó.

—No me lo puedo creer, ¡el mundo se ha vuelto loco! Me acusa a mí de ser escandalosa cuando ha sido la misma Adella quien ha alborotado todo, y usted viene a traerle rosas, ¡debería ser menos pasional y más racional! —incriminó.

Friedrich frunció el ceño, sintiéndose ofendido. Se acercó a Fulda con paso firme y la miró de arriba abajo, desafiándola con la mirada. No estaba dispuesto a tolerar que alguien como Fulda le hablase de ese modo y mucho menos que se metiese en sus asuntos.

—Y usted debería ser más prudente a la hora de hablar, si no quiere meterse en serios problemas. No sabe con quién está hablando —espetó.

Fulda lanzó una exclamación, haciéndose la víctima. Trató de reír sarcásticamente cuando decidió, por última vez, enfrentarle con su repelente descaro.

—¿Me está amenazando, oficial?

—Le estoy advirtiendo, *Fräulein* —replicó.

Fulda entrecerró los ojos, comenzando a sentirse cohibida. La joven no se había percatado de la fría tenebrosidad de la mirada de Friedrich hasta aquel instante.

—Está sangrando demasiado, pero le está bien empleado. Acuda al

consultorio, no queda lejos de aquí. Eso sí, permítame decirle que si vuelve a agredir a Adella, yo mismo la arrestaré a usted, ¿queda claro? Ella no es una miserable como usted —dijo severo.

Fulda torció la cabeza y, aunque deseaba hablar y defenderse, comprendió que frente al hostil semblante varonil, tenía las de perder. Dándose por vencida, giró sobre sus talones y comenzó a caminar desgarbadamente con la cabeza bien alta.

Friedrich resopló. Bajó la mirada y sintió su corazón volverse a alterar cuando Laska le sobresaltó al tirar de la correa y conducirlo a la apetitosa chocolatería. Friedrich sabía que había llegado el momento. Ató la correa a una farola, y Laska se sentó para mirar el siguiente movimiento de su dueño.

Friedrich alzó una mano y empujó con sutileza la puerta. Adentro reinaba el absoluto silencio. Todas las clientas, incluida *Frau* Lenz, miraban expectantes su aparición. Le llevó cuestión de segundos localizar a una Della despeinada junto a la barra, con el pequeño en brazos. La agitación se acentuó. Friedrich esbozó media sonrisa y le mostró las rosas rosas que le había traído. Adella, por su parte, permaneció inmóvil, aterrada al verle con el uniforme.

—Adella —musitó él dando un paso al frente. Ella dio uno hacia atrás.

—Escúchame al menos un minuto, ¡por Dios! —rogó agónico, contemplando cómo sus ojos oscuros reflejaban terror. Detestó aquello a más no poder. Le dolía con locura ver a la mujer que amaba asustarse de él—. Por favor —insistió con una mezcla de orden y desesperación.

Adella tragó saliva. Todas las miradas estaban posadas en ellos. Pauline se acercó a su amiga y, solo cuando cargó con Konradin en brazos, Adella recuperó parte de su fortaleza para enfrentarle.

—¿Por qué has venido? —preguntó directamente, ignorando las rosas.

Su apático gesto le desagradó.

—Por ti —respondió él también sin ambages.

Su firme contestación bastó para intimidarla, y al ver que ella no decía nada, prosiguió a fin de ablandarla.

—Te hubiera traído los mejores bombones también, pero tendría que comprarlos aquí y sería absurdo regalarte algo que has hecho tú —bromeó todavía con el semblante serio.

Adella aceptó las rosas. Sonrió en silencio y volvió a ruborizarse. En cuanto las manos de Friedrich rozaron las suyas, se agitó, sintiendo a más de

mil mariposas cosquillearle el estómago. Tragó saliva, apurada, sabiendo que, en el fondo, aunque tratase de evitarlo, disfrutaba de aquella sensación. Así era la magia incontrolable del amor.

—Gracias —musitó únicamente, sin apartar los ojos de los suyos.

—De nada —contestó él fijándose más en ella.

Era una niña después de todo. Una dulce e impulsiva niña bonita que luchaba por mantener distancia y comportarse como una frívola mujer adulta, hecha y derecha, debía hacer. Sin embargo, tras analizar su orgullosa mirada dolida, Friedrich supo que interiormente, ella moría por volver a su lado. Acentuó la curvatura de sus comisuras y alzó finalmente la mano para acomodar un mechón de pelo rebelde sobre su frente. Adella se estremeció ante el contacto. Solo entonces, Friedrich tuvo la absoluta certeza de que ella no tardaría en caer en sus brazos y, sabiéndolo, no pudo dejar de sonreírle. Lentamente, se inclinó para abrazarla.

—Te he echado mucho de menos —le susurró al oído, inspirando su perfume de chocolate.

Adella alzó la cara y se encontró con aquellos ojos grises que tanto le cohibían. A escasos centímetros de fundir sus labios para la emoción del público que presenciaba la tierna escena, una voz atronadora irrumpió.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó *Herr Kesler*.

Nada más verle, Friedrich torció el gesto, incomodándose ante su presencia.

No obstante, con el orgullo a flor de piel y la mirada de Adella apaciguándole el alma, el joven optó por mantenerse sereno y dar rienda suelta a sus sentimientos.

—He venido a pedir perdón —explicó mirando a la chocolatera —. Lo que ocurrió hace semanas fue... inevitable. Yo solo cumplía con mi deber, y estoy más que arrepentido por ello —dijo evitando mencionar lo sucedido.

Friedrich tensó los labios hasta convertirlos en una fina línea. Todas las miradas, incluida la de Adella, se clavaron en él.

—Lamento no haber sido un buen novio, Adella... Debí aceptar desde el principio que cuidarías de este... pequeño... —contestó con diplomacia, evitando menospreciar al crío.

El corazón de Adella se conmocionó al ver su esfuerzo por una oportunidad.

—No quería herirte y estoy dispuesto a todo con tal de no perderte otra vez. Aceptaré al niño como parte de ti y volveremos a ser felices.

El silencio se prolongó. Todos se mantuvieron expectantes, especialmente *Herr Kesler* y *Pauline* que sabían horrorizados cómo las cosas volverían a complicarse.

—Confía en mí, no volveré a herirte. Lo que pasó no volverá a ocurrir —murmuró *Friedrich* dando un paso hacia ella. La tomó con cuidado del mentón y la obligó a que le mirase. *Adella* permaneció rígida, sin palabras, dejándose convencer.

—Pero es parte de su trabajo, ¿cómo está tan seguro de ello? —reprochó *Herr Kesler* en clave, confirmándole que estaba al tanto del trágico suceso.

—Que se encarguen otros, si es por ella juro que me desentiendo —repuso *Friedrich* frunciendo el ceño.

Herr Kesler levantó una ceja, ¿ese alemán estaba loco! Sin embargo, *Friedrich* mostraba firmeza en sus palabras, disponiéndose a cumplir con lo que aseguraba, pero ¿seguiría haciéndolo si supiera toda la verdad?

—¡Dale una oportunidad! La merece —exclamó la clientela interrumpiendo sus pensamientos.

—Es un buen hombre, y además te ha traído unas rosas preciosas —apoyó *Frau Lenz* para el alivio de *Friedrich*.

—Yo... Necesito tiempo para pensar... —articuló ella dando un paso hacia atrás.

Las clientas abuchearon. La chocolatera bajó la mirada y trató de refugiarse en la cocina cuando las grandes manos de *Friedrich* la rodearon por la espalda. *Adella*, azorada, levantó la mirada.

—El amor no precisa de tiempo para pensarse, se siente o no se siente. Tú sabes lo que yo siento y yo sé lo que tú sientes. Mírame, no tengo reparos en demostrártelo aquí y ahora. He dejado pasar mucho tiempo pero no puedo esperar más —manifestó con honestidad.

—Yo... —Y sintió ahogarse en ese brillo de plata y en sus caricias.

Reprimió un sollozo, contuvo el aliento, y, mirando a *Herr Kesler*, *Adella* enserió, sentenciando así su destino. Finalmente rompió su silencio.

—Te amo mucho más del te amo que te digo —declaró.

Friedrich estiró sus comisuras como nunca había hecho y, sosteniéndola de la cintura, la besó intensamente en los labios. Aun con el ramo de rosas en la mano, *Adella* se las ingenió para que no se le cayeran de las manos mientras le

abrazaba. El júbilo de la clientela se manifestó mediante efusivos aplausos que exasperaron a *Herr Kesler*. Cuando se separaron, Adella le tomó de la mano y, con la excusa de que la acompañase a buscar un jarrón para las rosas, lo llevó a la cocina donde, por fin a solas, le empuñó por el cuello de su camisa blanca y, desvistiéndole de la guerrera negra de su uniforme, la arrojó al suelo y le besó con frenesí. Friedrich respondió al ataque gustoso, y, arrebatándole las rosas con brusquedad, las arrojó sobre la encimera mientras la cargaba en sus brazos apasionadamente. Tras sentarla sobre una mesa de madera, Adella desfalleció en medio de aquellos fogosos besos, disfrutando el momento en su máxima plenitud.

—Quiero creer que sí... Que lo soy... —susurró jadeante.

—¿El qué? —preguntó Friedrich.

—Correspondida... —suspiró mientras cerraba los ojos.

De pronto, los brazos de Friedrich se tensaron.

—Nunca vuelvas a dudarlo —dijo con la voz ronca.

Ella caviló, planteándose si era el idóneo momento para contarle su secreto. Friedrich, ajeno a sus temores e incapaz de quedar saciado por los arrumacos, volvió a alzar a la chocolatera en brazos y la aprisionó contra la pared. Y la besó. La besó y besó con delirio y vehemencia. Pronto, la muchacha advirtió su virilidad y aquello la asustó. Era la primera vez que sentía a un hombre.

—Della... —susurró él tras un receso de besos. Miró fijamente a la azorada joven con el cabello despeinado, y solo pudo sentirse más desquiciado por ella. Con la intención de encontrar su corazón, Friedrich llevó con cierta torpeza una de sus manos bajo su blusa turquesa. Adella contuvo la respiración.

—Late muy fuerte —observó él con la voz queda, palpándole el pecho, luego, llevando su mano hasta la de ella, la condujo hasta a su pectoral izquierdo.

—El tuyo también —susurró Adella maravillada.

—¿Crees que el corazón no se alegra cuando se sabe correspondido? Esta es la manera de demostrarlo —afirmó melosamente.

En un acto reflejo de extrema necesidad, dejándose llevar por la emoción del momento, ambos volvieron a estrellarse en los labios del otro.

—Deberíamos parar... —musitó la chocolatera segundos después.

—Deberíamos... —repitió el oficial con picardía.

—No es buen momento.

—Contigo siempre son buenos... Déjame demostrártelo... —rogó apoyando su frente en la de ella.

Adella reprimió un gemido en cuanto Friedrich la sostuvo con una ferocidad desconocida, deslizándose su correosa mano izquierda hasta llegar a la falda rayada donde, con inesperada rudeza, levantó el dobladillo para aferrarse a sus tiernas nalgas. Adella emitió un quejido en cuanto los hábiles dedos rozaron su entrada. Jadeó extasiada. Nunca nadie la había tocado de aquella manera. Él siguió palpándola con precisión, impregnándose de su derrame, cuando ella, sofocada, se convulsionó, frotándose instintivamente contra los dedos, hallando más placer. A medida que la excitación aumentaba, Adella cobró la valía de llevar su mano derecha hasta su bragueta, dispuesta a complacerle de la misma manera.

—¿Adella? ¡Perdón! Yo... Konradin está llorando —exclamó Pauline interrumpiéndoles.

Friedrich reaccionó con agilidad. Se apartó de la chocolatera despeinada, se ajustó la cremallera del pantalón, y, mientras luchaba por su respiración, recogió su guerrera del suelo. Adella le imitó. Se acomodó la blusa turquesa y trató de recobrar la compostura. Pauline, a paso vacilante con el crío en brazos, se acercó a ella.

—Creo que tiene hambre —comentó únicamente, sonrojándose.

—Vale... Yo me ocupo, gracias... —dijo Adella avergonzada mientras tomaba al niño en brazos.

—Estaré fuera, pero dudo que *Herr Kesler* lo esté por mucho tiempo... —advirtió Pauline.

—En efecto, no iba a estarlo mucho más —intervino de repente al oír a Pauline.

Ambas amigas se miraron de reojo y, en cuanto la pelirroja se retiró de la cocina, la morena supo a qué había venido.

—Ahora que estamos los tres a solas y sabemos el origen del niño, ¿qué piensa hacer, oficial Kießling? —preguntó *Herr Kesler*.

Friedrich respiró hondo. Observó al niño. Este gimoteaba mientras Adella lo acunaba en brazos, y a pesar de sus prejuicios, supo lo que debía hacer.

—No denunciaré a Adella y no me llevaré al niño... —dijo bajo la sonrisa triunfal de ella—. Pero impongo una condición a cambio. Quiero que

permanezcas siempre a mi lado —agregó mirándola con recelo.

—Lo estaré —prometió.

—¿Lo estarás?! ¡Por el amor del cielo, Adella! ¿Ya empezamos? —protestó *Herr Kesler* alzando las manos.

Friedrich, harto de su actitud, dio un paso desafiante hacia él, dispuesto a enfrentársele.

—¿Puede decirme qué tiene contra nosotros? Creo haber dejado claro que la quiero y mis intenciones hacia ella son las más formales y serias, ¿por qué se opone a nuestra relación?

Herr Kesler no respondió, ¿qué debía decir? En vez de eso, prefirió el mutismo. Permanecieron así, rígidos, mirándose en silencio hasta que el llanto de Konradin se hizo más notorio.

—Acompáñalo a la salida, yo ocuparé del niño —ordenó *Herr Kesler* sin ni siquiera mirar a Adella.

Ella asintió al momento y le entregó al crío. Luego, tomando a Friedrich de la mano, se dispuso a salir de la cocina.

—Espero que cuando volvamos a vernos, usted muestre más respeto por nosotros; de lo contrario, daré parte de usted —dijo Friedrich antes de irse.

Herr Kesler rio con sorna.

—Ahórrese la molestia. Intentaré respetarles, pero no por usted, sino por verla a ella feliz —respondió señalando a Adella con la barbilla. La joven, totalmente incomodada, aceleró el paso.

—Me gustaría entender por qué se opone a nosotros —comentó Friedrich una vez en la calle.

—Es un viejo cascarrabias. Como si de un padre protector se tratase... Él teme que me hagas daño... —confesó ella.

—¿Por qué? ¿Qué diablos puedo hacer para demostrar que nunca lo haría? ¡Adella, te quiero! Y debemos confiar el uno en el otro para que esto funcione. Yo estoy dispuesto a todo por ti —recalcó sintiéndose ofendido.

Adella no supo qué decir, y mientras Friedrich desataba a su mascota de la farola, le miró fijamente. Laska meneó felizmente la cola al olfatear el delicioso aroma de la joven. Adella tragó saliva... Aquel perro, aquella raza... No era la primera vez que veía a Laska, pero mirándola desde tan cerca y concienciándose de lo que ese tipo de animal hacía por las noches, la agitaba.

—Es inofensiva. Bauer me la regaló para que hiciera de ella una bestia... Pero no pienso hacerlo. Así que acaríciala siempre que quieras, no te morderá, Laska solo ataca a Bauer —le contó Friedrich al ver su expresión.

Tras un incómodo silencio, Friedrich volvió a tomar la palabra.

—No dudes de mí, *mein Schatz*. Siempre estaré a tu lado y no dejaré que nada malo te ocurra, ¿me oyes? —aseveró tomándola de la mano.

—¿Me lo prometes?

—Te lo juro infinitas veces —respondió tajante.

Adella contuvo las lágrimas. El remordimiento volvía a devorarla hasta destrozarle las entrañas. Pestañeó varias veces seguidas y, justo cuando estaba a punto de dejar caer una pareja de lágrimas, él las disipó de su lagrimal con las yemas de los dedos.

—Fíjate, eres hermosa hasta cuando lloras, pero preferiría que no lo hicieras —murmuró.

Las comisuras de Adella se agrandaron, logrando que sus ojos se estirasen hasta formarse su tan distinguida y traviesa expresión de dulzura. Friedrich no pudo resistirse a ella y la besó con ternura.

—Te quiero —susurró ella con los ojos cerrados, oyéndole sonreír a él también.

—Yo te quiero más —siseó Friedrich.

—Gracias por aceptar a Konradin...

Al oír aquello, Friedrich se apartó de Adella y asintió en silencio. Se notaba que estaba haciendo un terrible esfuerzo por no dejarse influir por sus prejuicios. Se mantuvo callado, reflexionando lo que supondría consentir aquello. El niño estaba en busca y captura, y ocultarlo causaría un terrible alboroto si sus superiores se enteraban.

—Haría lo imposible con tal de tenerte a mi lado... Cualquier cosa sin restricción, aunque mi vida corra peligro —declaró con firmeza.

—Nadie tiene por qué saberlo... —dijo ella a modo consuelo—. Además, piensa que esto se trata de una mentira piadosa, estamos protegiendo la vida de un niño —agregó.

Friedrich levantó una ceja.

—Bueno... —Trató de contraponer.

—Aunque sea judío sigue siendo un niño, Fritz—repuso molesta.

—Sí, un fantástico niño que puede causarme muchos problemas —dijo con

ironía.

—No tiene por qué dártelos si controlas la situación —inistió Adella.

Friedrich se sintió derrotado. No tenía ganas ni espíritu de mantener una regañina con ella.

—Está oscureciendo. Deberías marcharte, es la hora del toque de queda —comentó Adella.

—Eso ni me afecta ni me importa. Puedo quedarme donde quiera durante el tiempo y con quien quiera —interrumpió con altanería, exhibiendo su autoridad.

—Lástima que yo no tenga tanta suerte. *Herr Kesler* me espera —musitó.

—Que espere un poco más. Bésame —exigió acercándose a ella.

Adella sonrió. Se puso de puntillas y, a punto complacerle, una suave voz femenina truncó el momento.

—Lamento interrumpiros jóvenes, pero me retiro. Me alegra ver que por fin hayáis solucionado vuestras diferencias —exclamó *Frau Lenz* saliendo por la puerta.

Adella inclinó la cabeza y retrocedió unos pasos de Friedrich. Este, un tanto frustrado por las constantes interrupciones que recibían, asintió levemente con la cabeza.

—No teníamos muchas —dijo orgulloso.

Adella se sintió nuevamente culpable. Otra vez, los fantasmas asediaron su cabeza. La única y vital diferencia que tenían podía sentenciar el fin o el inicio de la relación.

Frau Lenz sonrió de oreja a oreja y acarició a Laska en la cabeza mientras Friedrich le agradecía toda su atención. Luego, volviéndose a la chocolatera, comprendió que debía despedirse de ella. Tras lanzarle un fogoso beso con los ojos, la vio atravesar las puertecitas doradas que componían la entrada de *Schokolade Gold*. Una vez a solas, *Frau Lenz* sorprendió al joven tomándolo por el brazo.

—Esa chica merece lo mejor Friedrich, no vuelvas a hacerla sufrir.

—No pienso hacerlo —aseguró.

Frau Lenz, dándose por satisfecha, se despidió de él con una gran sonrisa.

A paso ligero y triunfal, Friedrich se encaminó rumbo a la morada. Era consciente de que Bauer le estaría esperando con el ceño marcadamente fruncido, pero no le importó. Todo lo que él necesitaba lo había conseguido. El perdón de Adella era mil veces superior al humor de Bauer.

—Espero que tengas cuidado con lo que hagas a partir de ahora. Si ese *nazicito* se entera de tu secretito no querrá matarte precisamente a besitos — repuso *Herr Kesler* con feroz sarcasmo.

Adella arrugó el entrecejo y permaneció muda, aguardando más palabrerío, pero *Herr Kesler* no agregó nada más.

Los días transcurrieron y con ellos la relación volvió a florecer al igual que la guerra. Adella había decidido guardar silencio sobre su origen cada vez que se citaba con Friedrich. Confiaba en que era lo mejor. Aquella mentira piadosa salvaría la relación pensaba para apoyarse y no sentir remordimiento... Y él, ajeno a sus cavilaciones, cada día la sorprendía con obsequios y mimos, tratando siempre de escapar de sus quehaceres para verla. En un principio, Adella sobrellevó maravillada los detalles de Friedrich. Le contentaba ver la altiva faceta acallada por su esencia más sentimental. Él mismo percibía su propio cambio y no podía remediarlo, con ella al lado podía sentirse libre, sin ataduras, algo impensable para un oficial de rango como él. La chocolatera le reconfortaba, le brindaba luz, color, le hacía ver el sentido más puro y liviano de las cosas, remarcándole así esperanza y alegría de vivir pese a la contienda. Sin embargo, aquella melosa situación que les envolvía no tardó en torcerse. Los secretos no duraban eternamente si la conciencia machacaba el alma en vida, y Adella lo sabía perfectamente.

Capítulo 10

Abril de 1940.

Abril había levantado temibles tempestades y Adella no resistió más. Cada vez se sentía peor en presencia de Friedrich y la bochornosa sensación la quemaba por dentro hasta carbonizarle el alma. No quería ser una traidora, tampoco una impostora, y sin embargo lo era. Le parecía extremadamente injusto no sincerarse, cuando él lo hacía en todo momento.

Cada tarde, mientras Laska mordisqueaba la correa tratando de soltarse de la farola, el oficial se reunía con la chocolatera en *Schokolade Gold* y le entregaba miles de rosas rosas hasta hacer de la chocolatería una floristería. Herr Kesler no daba crédito a lo que veía, e incapaz de bajar la guardia, controlaba en todo momento no dejar a Friedrich a solas con Adella. Pero llegó el día en el que la gota del silencio colmó el vaso para que Adella se derrumbase. Ocurrió la noche anterior a la desgracia mientras barría la entrada. La noche era helada y se presentó con vientos fantasmagóricos, trayendo consigo un mal presagio. La tarde anterior, Adella había cumplido diecinueve años y Friedrich no había ido a verla. El hecho no la extrañó puesto que sabía que Friedrich tenía mucho trabajo en Neuengamme. Comenzó a barrer completamente ensimismada en sus pensamientos hasta que unos agresivos ladridos la sacaron de ellos. Asustada, Adella se escondió tras la puerta de la chocolatería y descubrió horrorizada a una pareja corriendo por la acera de enfrente. Tanto él y ella llevaban el distintivo amarillo y cargaban un saco. Adella se estremeció en cuanto visualizó de quiénes trataban de escapar. Una cuadrilla de las SS les perseguía a la par que abrían fuego con las Luger. Iban acompañados por una jauría de pastores alemanes que ladraban escandalosamente excepto uno. Adella contuvo la respiración al reconocer a al animal.

—¡Alto! —bramó una terrible voz familiar.

Adella sintió su vista nublársele. De pronto, un único disparo turbó sus sentidos y una muda exclamación la estremeció de espanto. Miró a su

alrededor con la prudencia de no ser descubierta y vio al hombre desplomado sobre la acera. Con su extraordinaria precisión, Friedrich había atinado un tiro perfecto desde la distancia.

A la velocidad de la luz, el resto de suboficiales rodearon a sus víctimas y, quitarles los sacos que portaban, comenzaron a agredir al hombre en el suelo hasta matarlo. La mujer, que se había arrodillado junto a él, trató de huir, pero los perros se abalanzaron sobre ella y desgarraron parte de su piel con fiereza. Adella, angustiada, analizó cada movimiento de los alemanes y descubrió horrorizada cómo uno de ellos, su favorito, se acercaba a la mujer. Exigiéndole silencio, la zarandó violentamente mientras la abofeteaba. Adella se llevó las manos a la boca, dejando caer la escoba. El sonido hueco no pasó desapercibido. Los alemanes uniformados de negro miraron directamente la procedencia y localizaron a la chocolatera. No obstante, ninguno hizo el ademán por acercarse. Todos y cada uno de ellos debían proseguir con su maquiavélica misión. Friedrich, en cambio, soltó a la mujer en cuanto reconoció la avenida. Una extraña sensación le hizo desocuparse de su acción al descubrir a una Della sumamente aterrorizada. Se apartó de la mujer y esta, un tanto asombrada por su cambio de actitud, trató de salir corriendo cuando nuevamente fue detenida por el resto de suboficiales al cargo de Friedrich. Este, apabullado, se alejó de sutilmente de ellos, y cuando sus camaradas se percataron, comenzaron a instarle para que fuera él mismo quien diera punto y final a la misión. Friedrich caviló.

—*Bitte, Untersturmführer* —exclamó uno de sus hombres mientras le tendía su propia Luger.

Friedrich tomó el arma y acarició el gatillo. Pero no se atrevió a apretarlo, no con ella presenciando la ejecución. Permaneció inmóvil hasta que no pudo prolongar más el momento. Debía enfrentar la situación. No podía, ni debía, mostrarse compasivo frente a su escuadra, de lo contrario, tendría serios problemas. Al final, desprendiéndose de su dilema personal, apretó el gatillo.

—*Guter Schuss!* —le felicitó uno de sus compañeros.

Friedrich tragó saliva, apurado. Miró instintivamente la chocolatería y se afligió al ver como la puerta se cerraba de un portazo. Le había vuelto a hacer daño. Con la respiración entrecortada y el corazón en un puño, Friedrich endureció su expresión. Lanzó con furia la Luger al suelo bajo el asombro de sus compañeros.

—¡Vámonos! —ordenó como capataz.

Cuadrándose, el resto de suboficiales obedecieron al acto, dejando que los soldados que patrullaban las calles al amanecer se los llevarasen.

Adella apagó rápidamente todas las luces y corrió hacia el lavabo donde, arrodillándose junto al retrete, vomitó su agonía. Se sintió desfallecer, cayendo en un oscuro abismo de miedo y soledad. El fusilamiento la había vuelto a colapsar. Era increíble como Friedrich podía desenmascarar su oscura faceta. Con tan solo pensarlo, volvió a retorcerse. Con los nervios a flor de piel, la chocolatera se desplomó.

Horas después, el dolor corporal la despertó. Ni siquiera había abierto los ojos cuando escuchó la asustada voz de Pauline gritar su nombre.

—¡Adella! ¿Qué ha pasado? ¿Qué tienes? ¡Despierta! —exclamó incorporándola.

Lo único que obtuvo de ella fue un adolorido quejido. Pauline la escrutó

—¿Qué está ocurriendo aquí? —interrumpió *Herr Kesler*. En cuanto vio a la joven en medio desmayada en los brazos de Pauline, se arrodilló rápidamente junto a ellas.

—¿Qué sucede? ¡Adella! ¡Reacciona!

Herr Kesler cacheteó ligeramente las blancas mejillas de Adella y aguardó impaciente a que recuperara el habla.

—El cansancio me venció aquí —logró decir.

Sin embargo, Pauline y su sexto sentido le advirtieron que Friedrich tenía algo que ver, e intuyéndolo, prefirió guardar silencio para no turbar aún más las cosas. Adella se levantó lentamente con su ayuda y se apoyó en la pared. Al verla tan cansada, *Herr Kesler* la obligó a reposar en cama. Ella obedeció sin rechistar. Subió a la habitación con la ayuda de Pauline y, con lágrimas en los ojos, se acostó.

Al cabo de un rato, unos ruiditos a su lado la despertaron. Adella abrió de golpe los párpados y descubrió a Konradin, instalado en una caja de madera que servía como cuna, removiéndose inquieto. Adella se levantó lentamente y tomó a la criatura en brazos. Konradin sonrió. Ella se enterneció. Se llevó al niño a su cama y le durmió entre mimos. Luego, permaneció pensativa, rígida. Respiró hondo y solo cuando se sintió con el suficiente valor, acomodó a Konradin entre las sábanas y se dirigió a la cajonera. El abrigo de Konradin permanecía intacto, con el distintivo en la solapa izquierda. Adella no caviló a

la hora de apropiarse de la estrella.

El viento helado rugió en el alféizar de la ventana de su despacho. Friedrich Kießling había estado abstraído durante aquella mañana. La repentina muerte de Walter Eisfeld, principal directivo de Neuengamme desde 1938, lo había dejado un tanto descolocado. Se avecinaba una nueva dinastía con la llegada del nuevo comandante y aquello le inquietaba. Incapaz de concentrarse en sus informes de aquella mañana, se levantó de la silla y permaneció inmóvil junto la ventana, observando a los reos. Ellos, con sus sucios pijamas de rayas blancas y azules, se esforzaban en cavar fosas pese a sus deterioradas aptitudes físicas. Friedrich resopló a desgana, comenzando así a recordar en el percance la noche anterior. Tomó un cigarrillo de su pitillera plateada y comenzó a fumar dando fuertes caladas.

—No deberías perjudicar tu salud fumando tanto —le recriminó Bauer a su espalda, depositando sobre el escritorio unas carpetas.

Friedrich se encogió de hombros.

—Tú también lo haces —le echó en cara.

—No continuamente... Cuando acabes, ocúpate de clasificar estas fichas de ingreso. Y date prisa —observó Bauer mirando la otra torre de papeles que su sobrino tenía sobre la mesa.

Friedrich apagó su cigarrillo y regresó la mesa con gesto de fastidio.

Al cabo de una hora, Friedrich concluyó sus quehaceres y volvió a encenderse otro cigarrillo mientras se tomaba la libertad de pensar detenidamente en Adella. De manera inconsciente, condujo su mano izquierda hacia el bolsillo de su guerrera para acariciar la cajita roja de cuero. Friedrich cerró los ojos. Tenía que verla cuanto antes. Debía entregarle el preciado anillo de oro que pocos días atrás había adquirido en la mejor joyería de Hamburgo. Resopló. Era consciente de, previamente a pedirle matrimonio, necesitaba el consentimiento de los altos mandos. Pertenecer a las Waffen-SS era un privilegio el cual no muchos podían disfrutar, ya que solo los mejores exponentes, aquellos que hasta la extenuación habían sido seleccionados como portadores de material genético superior, formaban parte del maquiavélico gremio. Y Friedrich era parte de él. Como ario de los pies a la cabeza, sus relaciones más su descendencia, debían controlarse a fin de no menoscabar la sangre. Aquello suponía una notable restricción. Para poder

casarse, Friedrich debía mostrar la procedencia aria de Adella siendo necesaria una pureza en su árbol genealógico hasta comienzos del siglo XIX, y dada la complejidad de coincidir con alguien que careciera de mácula en su historial traspasado los cien años, Friedrich vaciló ante el temor de un infortunado origen que anulase su solicitud matrimonial. Notoriamente azarado, Friedrich se planteó el sentido de aquella ley porque, si bien era cierto que defendía la pureza de la sangre, sus sentimientos por Adella eran mucho más fuertes.

Cuando el sol resbaló por el horizonte, Friedrich se relajó en la silla. Su jornada laboral en la oficina del campo había concluido. Se levantó con solemnidad. Aquella tarde era la elegida. No le importaba la autorización matrimonial de sus superiores, sino el consentimiento de Adella. Se abrigó con su gabardina de piel, y tras ponerse su gorra negra de plato, salió del su despacho. En el pasillo, Bauer parecía aguardarle con el ceño fruncido.

—¿A dónde vas?

—No te importa —espetó con sorna.

Bauer le miró con cara de pocos amigos y apoyó el brazo en la pared, bloqueándole el paso.

—Si crees que vas a irte de rositas con esa chocolatera, vas listo. ¿Crees que soy idiota? ¡Te dije que no volvieras a verla! —gruñó Bauer.

Friedrich, abriendo mucho los ojos, sintió todo su cuerpo tensarse. Afortunadamente, alguien interrumpió el indicio de la disputa apaciguando así la situación.

—Buenas tardes, caballeros, ¿todo bien?

Nada más identificar a su superior, Bauer y Friedrich se pusieron firmes, haciendo resonar un perfecto taconazo prusiano. El coronel Neumann los miró con curiosidad y, tras ver por la ventana del pasillo el despacho de Friedrich sumamente ordenado, le felicitó de inmediato. Luego, dedicándole una mirada de desaprobación a Bauer, le hizo entender que debía dejarle marchar. Friedrich se despidió con un entusiasmado *Heil Hitler*.

—Su sobrino efectúa debidamente su deber. Estoy barajando la posibilidad de ascenderle a teniente, como usted —comentó Neumann.

Bauer se mantuvo callado,

—Es magnífico. Uno de los mejores oficiales que he visto en mis años de servicio, ¡y ni siquiera supera los veinticinco! —agregó.

—Podría serlo más —replicó Bauer. El coronel torció el gesto.

—Recuerde que, pese a todo, sigue siendo un crío. Que sea casi una eminencia no implica que deba ser presionado. Roma no se hizo en un día y Friedrich no debe, convertirse en mariscal en cuestión de segundos. Tenga paciencia, *Obersturmführer*^[8] —repuso con fundamento.

—Me preocupa que su reputación se vea dañada por culpa de una mujer —reveló.

El coronel Neumann esbozó media sonrisa y le restó importancia al asunto.

—Jóvenes de hoy en día. Déjele tranquilo, merece la compañía de nuestras bellas alemanas. Además, el hombre que sabe llevar a cabo su deber de excelente manera sabe escoger a la mujer correcta.

—Precisamente no estoy convencido de que una chocolatera sea apropiada para él... Hay algo en ella que no me gusta —recalcó Bauer.

—No debe pensar así. Confíe en Friedrich. Si le ha echado el ojo a esa chica es porque es buena.

—No sé... Ella no me gusta —insistió Bauer.

—Pero le tiene que gustar a su sobrino, no a usted, ¡faltaría más! —rio Neumann mientras le palmeaba amistosamente la espalda.

Bauer se sobresaltó ante el contacto y trató de convencerse. Tal vez estaba tomándose la situación muy en serio. Sin embargo, por mucho que tratase de aceptar a la chica, no podía parar de recordar el día que la vio por primera vez.

—Mis hombres y yo festejaremos esta noche el favorable incremento del campo. ¡Venga con nosotros! Degustaremos los mejores vinos del Rin. Tal vez encuentre a la mujer de su vida usted también —exclamó Neumann animado.

Bauer puso una mueca, completamente disgustado por el comentario. Las mujeres le ponían nervioso de mala manera porque sentía que entorpecían el trabajo. Las mujeres eran la decadencia, se repetía para sí, y en el fondo era su única excusa para justificar y consolar su propia desgracia. Miró con sus ojos claros el melancólico paisaje nublado que enmarcaban las ventanas del edificio. Entonces la recordó. Parecía ayer cuando todavía vivía y que nada malo ocurría, sin embargo, su orgullo y codicia terminaron por desencadenar su terrible desdicha. Nunca la olvidaría. Ella había sido el amor de su vida y nunca más volvería... Y él, en el fondo, se sabía culpable.

Carraspeando ligeramente, Bauer torció el gesto, y aceptó a regañadientes

la invitación del coronel para evitar darle un desplante.

Después de bajar del vehículo, Friedrich no tardó en llegar a *Schokolade Gold* y, cuando abrió las puertas doradas, Pauline se sorprendió. Su oscuro uniforme llamaba demasiado la atención. La pelirroja, a sabiendas de que querría ver a Adella, se acercó rápidamente a él y entre bisbiseos le comentó lo que había pasado.

—Ha pasado muy mala noche. Necesita descansar.

Friedrich no desistió.

—Necesito verla ahora mismo.

—Está dormida —aseveró Pauline a fin de que se retirase.

Friedrich entrecerró los ojos y meditó alguna posible táctica para poder verla.

—Avísela cuando despierte, por favor, es urgente. Dígale que la estaré esperándola junto al roble —insistió tratando de ser lo más afable en cuanto a entonación.

La pelirroja le miró sin saber qué decir.

—¿No fue en ese parque donde sucedió tal imprevisto? —preguntó con cierto retintín.

Friedrich carraspeó con ligereza.

—*Herr Kesler* no quiere que Adella salga a la calle. Puede ser peligroso —agregó.

—Le garantizo que no ocurrirá nada malo mientras ella esté conmigo, recuerde que mi deber es proteger —repuso él molesto ante los impedimentos que la pelirroja le exponía.

—Como también matar —susurró Pauline.

El oficial la miró crispado. Aquel comentario no le había agradado en absoluto. No obstante, sabía que debía ser paciente con ella.

—Debería saber de lo que habla, *Fräulein*. Estamos en guerra y mi función es proteger a la madre patria del enemigo.

Pauline se mordió la lengua. ¡Él mismo era el enemigo! ¡Él y Adella lo eran! La colorada rodó los ojos por la estancia, completamente abrumada. Lejos de adivinar sus pensamientos, Friedrich creyó que tanto Pauline como Adella, temían que, siendo él parte del ejército, corriese demasiados riesgos. Y sí, él mismo lo reconoció. Así era su vida. No solo podría obtener victorias, sino también derrotas. El joven se mantuvo callado, pensativo, sintiéndose atado a obligaciones que, independientemente de méritos, podrían ocasionarle

incluso la muerte. El agobio no tardó en recaer sobre sus hombros.

—Me educaron para el servicio de la nación. Si desertase sería un perfecto traidor... Pero tampoco puedo dejar ir a Adella. ¿Sabe? Por raro que le parezca, yo también tengo sentimientos. También quiero casarme, formar una familia y tener mi propia vida sin ataduras ni conflictos bélicos de por medio. No se imagina lo difícil que es tener todo esto hoy en día... Pero por ella estaría dispuesto a todo, absolutamente todo.

Pauline se asombró. Nunca creyó que alguien como Friedrich, pudiera albergar tales deseos.

—Comprendo que deteste la guerra. A mí también me repele, pero no podemos hacer nada para evitarla, excepto defendernos para sobrevivir —prosiguió.

Pauline le miró atónita, viendo por primera vez el sufrimiento en sus ojos, la remarcada humanidad y honestidad que Adella siempre defendía de él. De repente, unas mujeres acompañadas de sus hijos pequeños entraron al local, poniendo punto y final a la conversación.

—Hablaré con Della en otra ocasión —musitó abatido.

Pauline contuvo la respiración al ver su cambio de actitud. Hizo el amago de decirle que esperase, pero las clientas reclamaron toda su atención. Sin embargo, poco después de que el oficial saliera del local, la chocolatera apareció.

—¡Te lo dije! ¡Él es diferente!

—¿Has estado espiándonos? ¡Adella! ¡Espera! —exclamó Pauline.

Pero Adella ya no escuchaba. Luciendo su abrigo marrón sobre una chaquetilla color crema que cubría su fino y entallado vestidito de flores del mismo tono, salió precipitadamente a la calle. La pelirroja, sintiéndose extraña por una repentina corazonada, trató de retenerla sin éxito. La clientela la contuvo y para colmo, *Herr Kesler*, absorto en la cocina con la sensual voz de Marlene Dietrich a todo volumen en la radio, desencadenaron el inicio de la tragedia.

—¡Fritz! —le llamó alegremente Adella, correteando por la avenida hasta alcanzar la amada espalda.

El oficial, asombrado, no dudó en voltearse y encontrarse cara a cara con la mujer más bella del mundo. Ella no dudó en tomar impulso y saltar en sus brazos como leona sobre su presa. Él, con extraordinarios reflejos, la atrapó

al vuelo.

—¡Della! ¿Cómo estás? Creí que estabas dormida —dijo entre risas, cambiando su semblante hosco por uno dulce mientras ella le besuqueaba toda la cara.

—Ya he despertado. Vayamos al parque, ¿tenemos mucho de qué hablar!

Friedrich la miró de arriba abajo, volviéndose a fascinar ante su desparpajo. Caminaron tomados de la mano, en silencio, disfrutando de la blancura nevada ofrecida por el paisaje y con sus corazones latiendo desmesuradamente. Cuando se adentraron en uno de los senderos de Planten un Blomen, Adella le soltó la mano y se abrió paso entre los setos hasta llegar a la sombra del roble junto al lago. Allí, meses atrás, había sido testigo de un asesinato. Solo de pensarlo, volvía a sentirse mal. Suspiró con fuerza y finalmente se sentó en el césped. Él, también incomodado al recordar el incidente, se sentó a su lado sin decir palabra, logrando acrecentar la cohibición. Finalmente, al ver que no hablaba, Friedrich, trató de sonreír ante el tímido rubor que ella manifestó. En silencio y al compás de la bajada de los rayos del sol, Friedrich se acercó a ella y besó una de sus mejillas sonrosadas. Ella disfrutó aquel contacto.

—Eres tan hermosa —ronroneó él antes de besarla en los labios —. Te amo, Adella Schulze y quisiera demostrártelo cada día de mi vida. Permíteme hacerlo, eres lo más grande que ha podido pasarme —confesó él, y Adella se agitó todavía más.

Consciente del daño que no tardaría en hacerle, quiso llorar y suplicarle perdón pero se ahogó en un suspiro en cuanto Friedrich la acorraló contra el roble, obligándola a apoyar su espalda contra el tronco. Luego, sabiéndola a su completa merced, comenzó a recostarla lentamente sobre la nieve. Cuando tuvo la certeza de haberse posicionado debidamente sobre ella, la besó con delirio. No podía cansarse de esos labios con sabor a chocolate. Y ella, con los nervios a flor de piel nada más sentir su virilidad, se revolvió en sus brazos a fin de apartarse. No lo tuvo fácil. Friedrich perdía el control a medida que los segundos transcurrían y una palpable ola de calor había comenzado a estremecerles. Tanto el cuerpo de ella como el de él exigían ser uno. Con una mano, el oficial hizo el amago de aflojar la cremallera de su pantalón mientras que con la otra levantaba la falda del vestido de Adella. Ella, alerta ante cualquier movimiento desmesurado, capturó sus manos, impidiéndole hacer. Friedrich respiró hondo y se inclinó para aspirar su

cabello también con aroma de chocolate. Aprovechando una fugaz distracción, Adella le hizo rodar a su lado y ambos se miraron exaltados, adoloridos por un ardiente deseo que les prendía a fuego vivo.

—Fritz... —susurró ella tratando de sosegar su respiración.

Él la miró anonadado. Se incorporó con lentitud y disculpó su atrevimiento.

—Tenemos que hablar... —añadió seriamente.

Friedrich asintió sonriente. Se acomodó los pantalones y aguardó a que ella misma iniciara la conversación.

—Si lo deseas puedo comenzar yo primero —se ofreció al ver que no hablaba.

Adella, bloqueada, le cedió la palabra, y Friedrich inició un discurso sobre el amor. Probablemente magnífico, romántico, poético... pero eso Adella nunca lo supo. Pese a oír su melosa voz, la muchacha no escuchaba. Tan solo se limitaba a pensar en su siguiente movimiento. Y en cuanto le vio depositar su Luger en el suelo, supo que era el momento. Adella ignoró la cajita roja que Friedrich le mostraba para levantarse. Él calló al instante. La miró de arriba abajo, expectante al ver como ella dejaba caer su abrigo marrón, dejando visible su cuerpo esbelto. Friedrich, embelesado, se fijó detenidamente en las curvaturas que tantas veces había deseado admirar pero que, por no ir contra el decoro y las buenas costumbres, había evitado hacer. Pese a su aniñada carita, Adella era una mujer muy atractiva... Una mujer atractiva con una marca prohibida... Tardó segundos en identificar el distintivo, pero cuando lo hizo, Friedrich cambió radicalmente su anonadado semblante por uno colérico, no pudiendo entender por qué diablos Adella llevaba bordada en su chaqueta la estrella. En cuanto la joven volvió a sentarse a su lado, le miró fijamente, y sin más rodeos, declaró lo que tanto había deseado decirle.

—Soy judía —confesó.

Friedrich la miró boquiabierto y, al ver que no articulaba palabra alguna, Adella se armó de valor al descubrirle su deje suizo.

—Mi verdadero nombre es Adella Kinderman y soy suiza, de Basilea.

¿Qué? ¿Cómo? ¿A caso no entendía bien aquel extraño alemán? ¿Por qué ese acento era tan raro? Friedrich la miró escandalizado, perplejo, no pudiendo asimilar la confesión.

—Vivía con mi abuela, eso que te dije es verdad, pero cuando enfermó, decidí emigrar a Alemania a fin de ganar más dinero para mantenerla lo mejor posible... Llegué en el treinta y ocho, y de haber sabido que comenzaría un

año después la guerra no hubiera venido... Pero aquí estoy, contigo, algo que jamás podría decir si me hubiese quedado en Suiza...

—Estás mintiendo... No puede ser cierto —repuso él incrédulo.

Adella se mordió el labio.

—¡No puede serlo! —insistió.

Al ver la amargura que el rostro de Adella emanaba, la furia estalló en alma. De manera imprevista, no pudiendo reprimir su consternación al verse doblemente herido por ella, el oficial guardó la cajita roja dentro del bolsillo de su abrigo y se abalanzó sobre ella. Ella, acorralada nuevamente contra el roble, trató de apaciguar la situación, pero, consciente de que aquello estaba fuera de su alcance, apretó los labios y miró con lágrimas a aquel hombre extraño de mirada monstruosa.

—No, ¡tú no! —exclamó mientras analizaba detenidamente sus rasgos, buscando y hallando lo que en su día fue incapaz de ver.

Agarró su rostro por el mentón y escrutó su oscura cabellera, la leve nariz aguileña, los lóbulos de las orejas y sus inmensos y atemorizados ojos chocolate... Unos preciosos ojos que habían logrado hipnotizarle hasta el punto de cegarle. ¿Cómo no había podido percatarse antes?!

—Sí, ¡yo sí! —aclaró ella, comenzando a llorar.

Sintiéndose traicionado, sus dedos se deslizaron hasta enroscarse en el cuello del floreado de su vestido.

—¿Cómo pudiste mentirme?! —vociferó.

—En tiempos de guerra solo podemos defendernos para sobrevivir, y ocultarme fue mi única opción —recalcó ella, repitiendo lo que en su día, poco después de conocerse, él hubo pronunciado.

—¡Maldita descarada! ¡Desgraciada! Nunca debí rebajarme a mirarte, no eres más que una vulgar judía, ¡lo único que puedes causarme son problemas! —gritó desolado, con auténtica desazón.

Con las manos temblándole, Friedrich estampó rudamente a Adella contra el árbol. Luego, en un costoso intento por recuperar la serenidad, la soltó con tanto ímpetu que logró tirarla al suelo. Ella lanzó un quejido. Los ojos grises del oficial comenzaron a aguarse, percibiendo así como su promesa por no derrumbarse se rompía. Deseó morir. ¿Qué estaba haciendo? ¿Iba a derramar lágrimas por una miserable judía? Friedrich respiró con dificultad, dando un paso hacia atrás. Se sentía tan defraudado como traicionado, y la

sensación era tan desgarradora que ni siquiera cien mil cuchillos de fuego bastaban para romperle el corazón como ella había hecho al pronunciar aquellas dos palabras.

Adella, por su parte, tendida en la nieve, se sintió una perfecta pérfida. ¿Cómo había podido permitir que la situación llegase a aquel extremo? Había querido obrar lo mejor posible y todo se le había ido de las manos.

—Todo esto es culpa mía. Debí darme cuenta antes... —se lamentó él.

—Lo siento mucho... Yo no quería mentirte... —balbuceó ella entre lágrimas.

—El mocoso... Por eso lo adoptaste, ¡por eso rebatías siempre mis credenciales! —increpó rudamente.

—Por favor Fritz, yo...

—¡No digas mi nombre! ¡Ni siquiera te atrevas a mirarme!

Y sin pensarlo más, Friedrich sacó de su bolsillo la cajita roja de cuero y con desprecio la arrojó al suelo. Adella gimió al ver aquel gesto, y Friedrich, pese a escuchar su lamento, la ignoró al completo. Dirigió su vista a la nieve y contuvo su amago por golpearla.

—Tú solo puedes darme problemas —repitió rabioso.

—Tú si puedes darme más que problemas, ¡nazi de mierda! —gritó ella pasando de la amargura a la consternación.

Friedrich frunció el ceño, sintiendo por primera vez que la conversación con ella no tenía sentido. Su relación estaba condenada y, por mucho que quisiese, no podría hacer nada para salvarla. Con los ojos más vidriosos que nunca, el oficial comenzó a temblar preso de la rabia. Nunca creyó que nadie, muchísimo menos ella, fuera capaz de provocarle el mayor de todos los males... No pudiéndolo remediar más, rasgó por su mejilla la primera lágrima cautiva. Y antes de que ella se diera cuenta, Friedrich se enjugó los ojos a diferencia de Adella, quien seguía encogida en el suelo con miles de lágrimas bañando su rostro. La entonación que había usado él para llamarla judía la había destrozado. Viniendo de sus labios, Adella se sintió verdaderamente repulsiva, alguien totalmente ilícito e inferior. Por un momento, llegó a repudiar su condición, a maldecirse por ser quien era y a preguntarse por qué diantres no podía ser tan solo una mujer interesada en un hombre.

Friedrich, por su parte, y siendo honesto consigo mismo, reconoció que tono con el que ella había empleado la palabra nazi hacia él le había dolido.

No quería ser llamado como tal. Tampoco quería cargar con una culpa que ni siquiera él mismo consideraba como tal. Por un momento aborreció ser quien era y más detestó no ser quien verdaderamente quería ser: un hombre interesado en una mujer.

El rugido del fuerte vendaval fue lo único que escuchó hasta que Friedrich y Adella, siguiendo su compás, cobraron el movimiento. Ella se levantó con torpeza y él la aprisionó nuevamente. Adella le miró atemorizada, desconociendo qué sucedería. Friedrich tampoco lo sabía. Solo sabía que, pese al dolor, seguía necesiéndola. Suspiró con fuerza y descendió su cabeza hasta quedar a la altura de la de ella. La chocolatera contuvo el aliento en cuanto el oficial llevó su mano izquierda a la mejilla derecha de ella para aplastar las lágrimas con sus yemas. Luego, descendió la mano hasta su pecho. Tocó el distintivo y percibió el agitado palpitar del corazón de Adella. Contuvo la respiración y, sin dejar de tocar la estrella, se planteó qué debía hacer en aquella situación. Al final, acercándose más a ella, se detuvo a escasos centímetros de rozar sus labios con los suyos.

—No puedo... ¡No puedo hacerlo! —exclamó apartándose.

Adella hizo el ademán de acercársele y besarle a la fuerza. No obstante, Friedrich la detuvo.

—No puedo ir contra mí mismo. ¡Tú y yo no tenemos nada en común!

—¡Sí lo tenemos! —interrumpió ella.

Alzó sus manos y atrapó de manera inesperada las de él. El oficial la miró abochornado. Y más se asombró al ver lo que pretendía hacer. Las manos de la chocolatera condujeron las suyas hasta su propio pecho y luego, las llevó hacia el suyo, haciéndole sentir el frenético ritmo de sus corazones.

—Siéntelos. Los dos laten por ellos. El mío por ti y el tuyo por mí. ¡Son correspondidos! ¡Tú mismo lo dijiste! —le echó en cara.

—¡Aquello se lo dije a Adella Schulze! ¡La alemana de Berlín! —espetó rencoroso.

—¡Sigo siendo yo! ¡Mírame! Sigo siendo persona, tengo sentimientos, y te quiero —trató de convencerle.

—Tú ya no eres nada para mí —manifestó Friedrich, apartándola de un emujón.

Adella, con el corazón hecho añicos, liberó un fuerte sollozo mientras que él se inclinaba para buscar algo en la nieve, algo que Adella identificó como

sinónimo de muerte. Al reparar en la pistola, el horror se instaló en su cara y, como reflejo, salió corriendo de allí como alma que el diablo se llevaba. Debía actuar deprisa, ¡Herr Kesler y Pauline también corrían peligro! Y ella tenía toda la culpa.

Solo, ahogado de deseo y pesar, Friedrich creyó enloquecer ante un nuevo mundo de contradicciones e incertidumbres. Recogió el anillo del suelo y lo miró fijamente. Adella había escapado al creer que iba a recoger su pistola y dispararla. Aquello lo torturó. En ningún momento habría querido matarla, pero no lograba asimilar la confesión. Amaba y deseaba a Adella pero también la odiaba y repudiaba al mismo tiempo. Respiró profundamente, indeciso, sin saber qué hacer. Lo único que tenía claro, era que bajo ningún concepto nadie debía enterarse de su secreto, nadie podía saber que él, oficial nazi de rango, había mantenido un amorío con la chocolatera judía, de lo contrario sería degradado e incluso fusilado. ¿Cómo había podido ser tan estúpido? ¿Cómo había seguido los ridículos impulsos del corazón? Reprochó su razón. Se acercó al roble y de un puñetazo partió parte de la madera, haciéndose sangrar los nudillos, pero no le importó. Estaba tan abatido que era inmune al dolor físico. Susurró su nombre, pronunció su verdadero apellido y recordó su precioso acento suizo. No podía negarlo, las horas vividas con ella lo habían trastocado, reconfortado. Bajó la cabeza y reflexionó en lo vivido a su lado. Fue entonces cuando un trueno lo sonsacó de sus pensamientos y una mácula marrón sobre el blanco suelo le devolvió a la realidad. « *Scheiße!* » Dijo en voz alta al identificar el abrigo olvidado. Con el distintivo visible, Adella corría grave peligro.

Capítulo 11

Había dejado de correr. Le dolían las piernas, y caminando con aflicción, veía como el cielo oscurecía. Siguió caminando cabizbaja hasta que un eco de sonoras carcajadas la sobresaltó.

El coronel Neumann había catado la colección completa de los morapios que el Nagel, su restaurante favorito frente a la Estación Central de Hamburgo, ofrecía. Inaugurado hacía más de noventa años, y muy concurrido debido a los exquisitos manjares de la cocina alemana y los espléndidos licores de los mejores viñedos del país, Neumann solía frecuentarlo con sus camaradas más allegados.

Al salir del local, trastabillando y riendo eufórico por la acera, su comitiva le siguió fielmente los talones, igualando la intensidad de las carcajadas. Todos estaban de buen humor excepto uno. El sobrio Bauer caminaba taciturno cuando, de repente, el grito de uno de ellos le azaró, pero más le alarmó reconocer a la joven solitaria que caminaba desdichada.

—¡Eh, tú! ¡Preciosa! ¡Ven con nosotros! La noche es joven, ¡te divertirás!

Adella se detuvo presa del terror al ser descubierta por cinco oficiales uniformados como Friedrich. Se llevó instintivamente la mano al pecho a fin de ocultar la estrella cuando comprendió que era demasiado tarde.

—¡Una judía! —ululó otro, advirtiendo al resto.

Todas las miradas se centraron en ella y la más clara, escalofriante y atroz, la desenmascaró.

—¡Tú eres Adella, la chocolatera! Pero ¿qué diablos? ¿Dónde está Friedrich? —exigió saber con la cara de muy pocos amigos.

Adella se mordió el labio, dando un paso hacia atrás. Miró de reojo a su alrededor, calculando cuántas opciones tenía para huir. Ninguna. Por muy ebrios que aquellos hombres pudiesen estar, eran cinco e iban armados.

—¿Es ella la chocolatera? Así que su sobrino pretende a una judía, ¡no me lo puedo creer! —relacionó Neumann al recordar vagamente lo que Bauer había comentado en el cuartel.

Al escuchar tal desfachatez, el resto de la comitiva comenzó a reír,

denotando así que, en sus carcajadas bañadas de alcohol y tabaco, ninguno estaba en sus cabales a excepción de Bauer. Este apretó los puños y tensó su mandíbula. Repudió a su sobrino y lo maldijo infinitas veces. Lo que Friedrich había cometido era imperdonable y le costaría muy caro. Consciente de lo que aquel escándalo supondría, Bauer comprendió que él también saldría perjudicado.

Adella también apretó los puños. Quería desaparecer, ser tragada por la tierra y nunca más volver. La situación le causaba tanto dolor que ni siquiera tuvo tiempo de reaccionar. Uno de los oficiales, el que la había identificado como judía, aprovechó el desconcierto de Bauer para acorralarla contra un muro cercano. Adella miró hacia arriba, a donde la altura de aquel hombre quedaba. Apeataba a alcohol y a nicotina, la mezcla del descontrol. Apurada y sin salida, pestañeó varias veces seguidas. Comenzó a llorar. Sabía a la perfección qué iba a sucederle y, solo con pensarlo, una arcada le sacudió las entrañas.

—No le culpo, Kießling tiene buen gusto, ¿quién no se comería semejante bombón? —la piropeó el oficial.

Llevó sus pegajosas manos a las mejillas de ella y las acarició con torpeza hasta que las bajó hacia sus pechos. Adella lanzó un gemido, suplicando con la mirada ser liberada.

—Lástima que esta estrella estropee tu envoltorio, habrá que quitártelo — exclamó excitado.

Adella puso una mueca de asco y trató de zafarse aun sabiendo que tenía las de perder. El robusto oficial la empujó con fuerza en el muro y siguió manoseándola. Luego, como si de una enredadera se tratase, dirigió sus manos a su espalda y le palmeó las nalgas mientras le subía la falda. Adella gritó con apuro. Miró a todos lados con la esperanza de recibir ayuda, pero ¿quién iba a socorrer a una judía como ella en medio de una jauría de nazis? Estaba perdida.

—¿Por qué tanto egoísmo, Wagner? Yo también quiero probar este bomboncito — intervino otro de los oficiales riéndose con malicia mientras se aproximaba a ellos.

Adella contempló horrorizada como el segundo oficial, igual de hosco y corpulento que Wagner, hundía sus manos en sus caderas y la aferraba a su sexo, mientras que Wagner, sujetándola por las muñecas, se colocaba detrás de

ella. La joven cerró los ojos y reprimió una arcada al sentir las dos erecciones. Sabiéndose inmovilizada, aguardó a lo peor, y pese a ello, trató de zafarse. Desgraciadamente sus movimientos fueron en vano, y Wagner pegando sus labios a su oído, la sujetó con más fuerza y le susurró humillantes groserías. El llanto de Adella se intensificó en cuanto el segundo oficial desgarraba su vestido, dejándola en bragas y acentuando las carcajadas y ovaciones por parte de Neumann y un tercer oficial que presenciaba la agresión. Bauer, distante y serio, les miraba fijamente rogándole al cielo que la resaca les jugase la mala pasada de la amnesia.

—¡Dejadme marchar! —exclamó ella recuperando el deje alemán.

Wagner, con los ojos desquiciados por el morbo autoritario, le apretó más fuerte de las muñecas hasta retorcérselas. Adella gritó de dolor. En un último intento, aprovechó un despiste del segundo oficial que la sujetaba de las caderas para propinarle una patada en la entrepierna hinchada. Luego, ante la sorpresa de Wagner, la joven se abalanzó sobre él y trató de morderle el brazo.

—¡Maldita zorra judía! —bramó Wagner, estrellándole la culata de la Luger en la cabeza.

Sumamente adolorida, Adella perdió el equilibrio y cayó al suelo, golpeándose la frente contra bordillo de la acera. La joven reprimió un sollozo al sentir un cálido torrente de sangre caerle por la frente.

—¿Qué te parece si te despojo de la cara de niña que tienes? —ululó el segundo oficial nada más reponerse.

La agarró por el pelo y, obligándola a yacer bocarriba, se sentó a horcajadas sobre ella. Adella gritó nada más sentir su peso sobre ella y, completamente inmovilizada, claudicó ante su fatídico destino.

—¡¡¡Alto!!!

Una atronadora voz pudo al fin acallar toda clase de risas y gritos. Entre la niebla, bajo la tenue luz de las farolas, otro oficial de porte más fiero, emergía.

—¡Esa judía es mía! ¡Trabaja para mí! —declaró Friedrich Kießling encarándose contra los oficiales.

De un violento puñetazo, Friedrich apartó al oficial de Adella y luego, fulminando a Wagner con la mirada, logró que este, por propia voluntad, también se apartase de ella. Vehemente, déspota y ruin, Adella vio como

Friedrich miraba furiosamente a todos los presentes sin importarle sus rangos. Reinó incómodo silencio durante unos instantes hasta que Adella se levantó y Bauer, lejos de dejarse abrumar, se enzarzó con su propio sobrino.

—Supongo que eres consciente de su condición.

—Por supuesto —respondió tajante.

Con una mueca sarcástica, Bauer sonrió maliciosamente.

—Si piensas que puedes hacer esto, estás completamente equivocado. No consentiré tener una judía bajo mi techo —murmuró.

—Adella es joven y será más útil que Marlis, ¿no crees? —bisbiseó Friedrich.

Bauer observó con fiereza a su sobrino.

—Ya hablaremos luego... ¡Caballeros! Les pido disculpas por este incidente. Al parecer, nuestra sierva intentaba quebrantar el toque de queda —exclamó Bauer con una cínica sonrisa.

—Pero, ¿no es chocolatera? —inquirió Neumann.

—Era, ahora trabaja para nosotros —respondió Friedrich.

Adella frunció el ceño, odiándose a sí misma por haber salido de la chocolatería, y sobretodo por haber confesado su secreto. Comenzó a temblar abruptamente. Friedrich, de pie a su lado, jugándose su propia vida por defenderla, se compadeció de ella en secreto.

Con gesto hosco llamó a su tío, quien se despidió cortésmente del grupo de oficiales. Una vez se alejó de ellos, Friedrich agarró firmemente a Adella por el brazo, levantándola del suelo y obligándola a caminar junto ellos. Nada más doblar la esquina, Friedrich se relajó, disminuyendo la fuerza con la que la sujetaba. Llevó su mano a su herida y trató de limpiársela con un pañuelo. Ella, sorprendida ante el contacto, contuvo la respiración.

—Si no llega a ser por la ridícula borrachera de Neumann y los demás, tú y la judía estaríais muertos. ¡Maldita sea, Friedrich! ¿Cómo te atreves? —bufó Bauer encarándose a su sobrino.

—Nada ha salido como yo esperaba, ¿de acuerdo? Solo límitate a ayudarme —espetó.

—Y encima tienes la desvergüenza de hablarme con exigencias, ¡te estoy ayudando! ¿A caso no lo ves? Pero ni pienses que lo hago por ti, es por mí. ¡Si tú caes yo voy detrás!

«*Honestidad puramente alemana*», pensó Adella al ver la animadversión entre dos hombres del mismo linaje.

—No sé si tu jefe, nuestro querido *Herr* Kesler, conoce tu secretito, pero esta misma noche lo averiguaremos—dijo Bauer dirigiéndose a ella.

Adella sintió ponerse pálida del susto.

—¡No! Yo... Es tarde y... él no sabe... —tartamudeó.

—¿Me contradices? Estúpida judía insolente, nunca me has gustado y he aquí el motivo, ¡eres una puta judía! —gritó Bauer dándole una sonora bofetada que la hizo tambalear.

—¡Basta! —intervino Friedrich sosteniéndola en sus brazos para evitar su caída.

Adella se derrumbó. Su mundo oscureció en cuanto supo que su vida, feliz y tranquila bajo las doradas marquesinas de la chocolatería concluiría. Consciente, lloró sin recato en el pecho de quien un día hubo sido su amado.

—No será necesario —insistió Friedrich, tratando de apaciguar la tensión.

Miró durante unos segundos cómo ella se limitaba a llorar y aquella imagen le desarmó. Él también quiso llorar. Él también deseó huir de todo. Nunca se había sentido así. Su cabeza iba a estallar y, antes de mostrar su disconformidad, un rabioso impulso le sacudió las entrañas, devolviéndole a la realidad. Él, ario y alemán, no debía dejarse acobardar.

—Ya lo creo que será necesario, ¿no crees que *Herr* Kesler se preocupará al no tener a la chocolatera de oro de vuelta en su negocio? ¡Por favor! Estamos hablando de Adella, todos tienen derecho a saber lo que esta impostora es en realidad —exclamó Bauer, agarrándola del codo y arrebatándosela a Friedrich.

Adella cayó nuevamente de bruces contra el suelo, con la cara ensangrentada. Friedrich trató de desviar la mirada.

—¿Qué pasa? ¿Ahora no te atreves ni a mirarla? Te dije que te abstuvieras de distracciones y problemas, ahora asume las consecuencias. Te doy a elegir, o le vuelas la cabeza o sigues mis pautas.

—¿Qué clase de pautas? —preguntó desconfiado.

Bauer sonrió con frialdad a sabiendas de poderle manipular.

—Cumplirás absolutamente todo lo que ordene sin cuestionarlo y no volverás a hacer nada por tu cuenta sin consultarme —expuso con dureza.

Friedrich contuvo la respiración. Resignado, se vio en la obligación de aceptar.

—Vamos a la chocolatería —dijo finalmente.

Bauer sonrió para sus adentros, e inclinándose hacia Adella, la tomó por el brazo y la levantó de un empujón. Adella, nuevamente adolorida, lanzó una exclamación. Comenzó a tiritar de frío, y Friedrich, afligido, hizo el ademán de tenderle su abrigo.

—Ni se te ocurra —le ordenó Bauer al ver su intención.

Friedrich apretó la mandíbula, sintiéndose impotente. No le quedó más remedio que caminar hacia el frente, desentendiéndose de Adella. Mientras caminaba, no pudo evitar preguntarse por qué su vida tenía que ser tan desgraciada. Adella, sin embargo, se sintió encolerizar.

Ella, que tanto le había deseado, que tanto le pudo haber dado, ahora le miraba con ojos de odio y espanto.

Conteniendo la respiración, Adella aceptó su destino y miró apenas la fachada turquesa de la chocolatería.

—Háganos el honor, *Fräulein* —requirió Bauer con cinismo, señalando con la mirada la puerta.

Adella le miró con odio antes de tocar repetidas veces a la puerta. Segundos después, *Herr Kesler*, muy asustado, abrió.

—¡Della! ¿Dónde has estado? ¿Qué ha pasado? —le preguntó en cuanto vio su cara ensangrentada y a Bauer a su lado.

A punto estuvo de responderle cuando el mismo oficial dio un paso al frente, impidiéndola hablar.

—Buenas noches, *Herr Kesler*, aunque no tan buenas para ella —recalcó Bauer entrando sin permiso.

El rostro de *Herr Kesler* se volvió diáfano, tan pálido como un espectro. Contuvo el aliento y miró a la chocolatera, confirmando así sus sospechas. Ella tenía el distintivo medio roto bordado en su chaqueta. *Herr Kesler* cerró los ojos, maldiciéndose a sí mismo. *Schokolade Gold* tenía las horas contadas. Su negocio quebraría y él sería arrestado y condenado a muerte por haber encubierto a Adella.

—He sabido recientemente, gracias a Friedrich... —comenzó Bauer volteándose hacia su cohibido sobrino—... que su chocolatera es judía. ¿Qué le parece? Se burló en mis narices enseñándome una falsa documentación. ¿Puedo decir que he sido la única, además del imbécil de mi sobrino, víctima del embuste? —preguntó con sorna.

—¡No! ¡No lo ha sido! —se anticipó en responder Adella, armándose de

valor por defender a *Herr Kesler*—. Os he engañado a todos, os he estafado y he sobrevivido a costa de mentiras. Ni siquiera soy alemana, soy suiza, y ya no tengo reparos en confesar la verdad, pagaré mi condena de todos modos. ¡Mátame y acabe con esto, teniente Bauer! ¡Vamos! Lo está deseando. ¡Acabe conmigo! —se rebeló en su propio acento.

Friedrich la miró desde la sombra, con total desaprobación. « *¿Qué diablos pretendía aquella suiza chiflada?* » Se preguntó.

—¡¿Una suiza?! ¡Judía de mierda! ¡¿Cómo te atreves?! —barbulló Bauer.

La pelirroja, alarmada por el griterío, salió con curiosidad de la cocina con Konradin en brazos cuando se arrepintió al instante al verse cara a cara con el horror. Tan atónita se quedó que, incapaz moverse, permaneció anclada en su posición con el pequeño mirando la escena.

—De eso se encargará tu amorcito. ¡Friedrich! —le llamó Bauer.

Friedrich también fue incapaz de moverse.

—Cumple su voluntad como buen novio que eres —recriminó Bauer sin aprensión.

Friedrich dejó de respirar. Tragó saliva y con los ojos rojos de un inexistente llanto queriendo brotar, se llevó la mano al bolsillo de su abrigo. Adella le miró con suma intensidad, creciéndose en compostura para aceptar la muerte. Friedrich posó sus ojos plateados en los marrones de ella y ambos se sostuvieron la mirada, retándose con exaltación y fascinación. Ninguno de ellos bajó la vista, como tampoco prestaron atención a los sutiles carraspeos de Bauer o a los sollozos de Pauline. Al final, tras insinuarle una altiva sonrisa, el oficial sacó su mano izquierda vacía, muy seguro de lo que hacía.

—He olvidado mi Luger en el parque —mintió.

El corazón de Adella se agitó. Friedrich seguía queriéndola salvar. No obstante, aquella efímera felicidad se esfumó en cuanto Bauer, exasperado, sacó su pistola.

—Ten la mía, somos familia, ¿no? Lo mío también es tuyo —dijo con sorna. Friedrich se vio nuevamente en un aprieto al no contar con aquel gesto.

Sin embargo, la presión del momento no bastó para disipar su ingenio.

—Matarte sería demasiado fácil. Mereces sufrir lo que me has hecho sufrir a mí —articuló dirigiéndose directamente a ella.

Silencio. Nadie esperaba aquella respuesta, especialmente Adella. El primero en reaccionar fue Bauer. De una discreta pero potente carcajada le arrebató a Friedrich la Luger y miró a *Herr Kesler*.

—Aún no me ha contestado, *Herr Kesler*, ¿era usted consciente de la farsa?

—No, teniente...

—Será mejor que diga la verdad, o de lo contrario, deseará no haber nacido —le amenazó.

Herr Kesler miró de reojo a Adella. Ella, luciendo un aspecto tan serio como agónico, le devolvió la mirada y se atrevió a guiñarle el ojo. Era su señal. *Herr Kesler* descifró la indirecta. Sin embargo, el receptor no fue el único en darse cuenta del plan improvisado. Friedrich, incapaz de quitarle los ojos de encima, resopló para sus adentros al ver la clase de lianta que era Adella.

—No tenía constancia de su condición, teniente. La documentación que Adella le mostró fue la misma que me enseñó a mí —dijo secamente.

—¿Quiere alegar más algo para que termine de creerle? —insistió Bauer.

—Pauline y yo somos alemanes honrados que han sufrido un terrible embuste, somos unas víctimas —agregó.

—¿Y el mocoso? —quiso saber refiriéndose a Konradin.

Antes de que alguien pudiera decir algo al respecto, Pauline, muy asustada, trató de salir corriendo cuando Bauer alzó su arma y la amenazó.

—Este mocoso es también judío, ¿verdad? ¿Lleva tu sangre, zorra? —puntualizó Bauer mirando a Adella.

Ella asintió. Luego, el teniente posó su vista en el pequeño y finalmente en Pauline.

—Entréguenos a ese niño, *Fräulein*.

—Por favor, es solo un niño, él no tiene culpa de nada —sollozó Pauline.

—Es despreciable. Niños como él simbolizan el futuro de la decadencia.

Tanto Adella como Pauline y *Herr Kesler* lanzaron una exclamación, temiendo el trágico desenlace del crío.

—Escúcheme bien, *Fräulein*, quiero que coloque al niño en el suelo y se aparte, no querrá que su bonito vestido se manche, ¿verdad? —preguntó Bauer con su cínica sonrisa.

Pauline, aterrada, fue incapaz de obedecer.

—Bauer, no creo que... —intervino Friedrich.

—Yo no creo que a ti te convenga hablar —le advirtió Bauer interrumpiéndole.

—Podemos buscarle utilidad —repuso Friedrich, tratando de salvar la vida

del niño.

Tras una pequeña carcajada, Bauer bajó el arma y miró a su sobrino.

—Dame una razón, solo una, por la que este mocoso merezca ver un amanecer más.

La razón no tardó en llegar.

—Te daré dos; la primera, fíjate en sus diminutas manos, ideales para limpiar toda clase de vajilla —comenzó.

—¿Y la segunda?

—¿Desperdiciarías una bala en alguien como él?

—Es judío pese a todo —objetó Bauer.

—No creo que un niño de tres años pueda atentar contra nosotros —exclamó.

Bauer abrió los ojos. Le llevó unos instantes recapacitar la certeza del criterio de Friedrich.

—De acuerdo, alarguemos la existencia de la pequeña sanguijuela, pero en cuanto cause un problema, ¡solo uno! Seré yo mismo quien le vuele la cabeza —bufó con hostilidad.

Herr Kesler, que hasta el momento se había mantenido en silencio, comenzó a desesperarse. La ansiedad se fundió de ruin manera en su sangre y el corazón, presa del miedo, se agitó bruscamente bajo su pecho. Temió sufrir un infarto. Respiró entrecortadamente y se pasó la mano por la frente cubierta sudor.

—Tienes cinco minutos para recoger tus cosas y las del mocoso. ¡Date prisa! —le gritó Bauer a Adella.

Ella tragó saliva. Miró a *Herr Kesler* y, sin esperar su consentimiento, subió rápidamente a su habitación. Pauline, no dudó en seguirla con el niño todavía en sus brazos.

—Tal vez podríamos llegar a un acuerdo —sugirió *Herr Kesler* quedándose a solas con los oficiales.

Friedrich se tensó al oírle decir aquello. Bauer, por el contrario, disfrutó su desesperación.

—¿A caso nos está usted sobornando, *Herr Kesler*?

—Solo quiero que Adella esté bien. Puedo ofrecerle una prima considerable a cambio de que se quede aquí. ¿Qué le parece ofrezco cien marcos?

—¿Es eso lo que vale ella para usted? ¿Cien míseros marcos? —preguntó Bauer cruzándose de brazos.

Herr Kesler no supo qué responder. Bauer esbozó media sonrisa. Caminó a su alrededor, incomodándole, deleitándose con el aroma de la chocolatería.

—¿Qué alemán en su sano juicio querría mantener a una sucia judía rastrera en su negocio? No aceptaré el dinero, *Herr Kesler*.

—Es una magnífica chocolatera, sin ella...

—Todo será mejor. Hágame caso antes de que me arrepienta de no dar parte. Su intento de soborno podría costarle la vida, *Herr Kesler* —argumentó.

Herr Kesler se mantuvo rígido, y al ver que no decía nada, Bauer comprobó la hora.

—Ve a buscar a tu bomboncito, Friedrich, se retrasa un minuto y no me gusta esperar —pidió con ironía.

—Ella no es nada para mí —espetó Friedrich.

Luego, al caer en el detalle de la presencia de *Herr Kesler*, se arrepintió. Él había sido testigo de su declaración, y ahora, ¿qué había pasado? Con pesar, Friedrich se dirigió hacia las escaleras.

Nada más desinfectar sus heridas, Adella empacó a una velocidad sobrehumana las pocas pertenencias que tenía. Añoraría demasiado aquel cuarto alimonado tan bien decorado con flores, velas y cuadros. Pauline, luchando por no romper a llorar, le ayudó con el equipaje de Konradin.

—Estaré bien, Pauline, al menos no me llevan a ningún campo de trabajo —comentó Adella con optimismo.

—¿Cómo puedes decir que estarás bien? Estarás viviendo bajo el techo de dos monstruos —exclamó Pauline entre lágrimas.

—Lo sé, Pauline, pero este es el precio que he de pagar.

—Maldita seas, ¡maldita seas! ¿Por qué has tenido que contárselo? ¿Por qué has tenido que estropearlo todo? ¡Él no tenía por qué saberlo! —atacó Pauline estrellando su puño contra el escritorio.

—No podía soportarlo más. No podía seguir viviendo en una mentira, ¡él debía saberlo! —justificó ella también rompiendo a llorar.

—¿Por qué lo has hecho?!

—¡Porque le quiero!

Ante el reconocimiento, tan claro y sincero, Adella Kinderman se dejó caer en el suelo y ocultó su rostro entre sus rodillas. Pauline, al verla, le abrazó con

fuerza hasta que alguien llamó a la puerta.

—Adella... Tenemos que irnos ya...—susurró la agónica voz de Friedrich.

Al no obtener respuesta, Friedrich abrió la puerta. El momento le supo extraño. No sabía cómo tratarla tras haberla escuchado.

—Es la hora —recalcó.

La joven no se hizo de rogar. Se levantó del suelo y se enjugó las lágrimas. Agarró su maleta y el saco del crío, y se dirigió a la puerta sin levantar la vista del suelo. Pauline, cohibida, la siguió con el pequeño en brazos.

—Despídete porque no volverás a este lugar —le informó Bauer nada más verla.

Adella contuvo la respiración y sus ganas por volver a llorar.

—Adiós —musitó abatida, no queriendo prolongar el momento.

Herr Kesler y Pauline también contuvieron las lágrimas. Pauline depositó a Konradin en el suelo, y el niño, sonriente en su bendita ignorancia, se aferró a la falda del vestido nuevo de Adella. Y sin más preámbulos, tras una última mirada de pena y fuerza para que siguieran adelante, salió de *Schokolade Gold*.

La primera vez que Adella Kinderman entró en la sombría morada de la Feldstraße, sintió un descomunal escalofrío treparle por la espalda. No supo hacia qué dirección debía dirigirse. Aquella casa era demasiado grande, demasiado lúgubre. Adella percibió cómo entre aquellas austeras paredes se acentuaba la dureza de ambos oficiales. Tampoco olvidaría nunca su primera noche en la estancia. El recuerdo de haber sido encerrada por Bauer en un cuchitril bajo las escaleras, la abrumó mucho más de lo que podría haber imaginado. Aquel trastero oscuro, húmedo y pequeño sería su refugio, y Konradin, presa del miedo, no tardó en ponerse a llorar. Adella lo cogió en brazos y le besó en la cabeza a fin de tranquilizarlo. Nada más vislumbrar las formas de los estantes y de la fregona y escoba junto a una de las paredes, descubrió un tablón sobre el suelo. Aquello fue sin duda lo más similar que había a una cama. Sin dudar, la joven se las ingenió para idear un lecho decente. Guiándose del sentido del tacto, Adella dio con dos cubos repletos de paños y esponjas, y comenzó a olerlas y palparlas asegurándose de que estuvieran medianamente limpias. Luego, bajo la atenta mirada de Konradin, que ya se había adaptado a débil claridad en la oscuridad, comenzó a limpiar el tablón. Transcurrido un rato, Adella se enorgulleció al ver el resultado. Había conseguido adecentar el tablón de manera que pareciese una cama.

Dichosa, miró a Konradin. El pequeño había descubierto el cubo de esponjas y se entretenía jugando con ellas.

—Al menos uno de los dos se divierte —susurró.

El pequeño prosiguió ensimismado apretando las esponjas hasta que Adella lo tomó en brazos y lo acomodó sobre los paños. En un principio, el niño quiso rebelarse a modo de llanto cuando Adella se arrodilló a su lado y, colmándole de besos y abrazos, consiguió dormirlo bajo el embrujo del calor materno. A ella, en cambio, le llevó más rato conciliar el sueño. Pese a tener los ojos cerrados, no podía dejar de pensar. Vagó en su pasado, en sus recuerdos, en todo lo vivido, añorado y experimentado. Había llegado lejos, había logrado grandes cosas en poco tiempo y había ganado una familia. *Herr* Kesler y Pauline siempre estarían presentes en su corazón. Y, sin embargo, cuando pensaba en Friedrich, notaba cómo su corazón se descarriaba. ¿Por qué de los cientos de miles de hombres que podía haber en el mundo se había tenido que fijar en él? Atormentándose en sus propios agotadores pensamientos, Adella cayó extenuada en un profundo sueño en el que se vio sola, en medio de un tétrico callejón sin salida donde la niebla de la noche, tan gris como los ojos del oficial que se acercaba a ella, se disipaba lentamente, permitiéndole ver como este la encañonaba mientras acariciaba el gatillo.

En otra habitación, mucho más grande, impoluta y perfumada, otro joven sufrió de pesadillas. En ellas, se veía a sí mismo, en blanco y negro, luciendo su oscuro uniforme por una avenida. Creyó estar solo hasta que oyó unos acelerados pasos aproximarse a él. Y entonces, la vio. Ella era, con su falda a rayas blancas y rosas y su busa turquesa, el único punto de color en su campo de visión. Sin embargo, presentaba un aspecto deplorable y traía consigo una caja de bombones. Friedrich se acercó a ella con la intención de consolarla cuando ella, con una actitud esquiva, le señaló la estrella tatuada en su brazo, indicándole así que nunca tendrían un futuro juntos, y luego, abriendo la caja de bombones, extrajo una Luger y se asestó a sí misma un tiro, dejándole oficialmente solo para siempre.

Jadeante, Friedrich Kießling se revolvió en su lecho. Abrió los ojos abruptamente y se llevó la mano izquierda a la frente untada en sudor frío. Se apartó los cortos mechones que le caían y analizó detenidamente todo lo que había pasado. Se sentía extremadamente abrumado. Se había comportado

como un idiota y, por si fuera poco, no sabía cómo debía controlar la situación. Aún amaba y deseaba a Adella, pero su orgullo había sido brutalmente herido. Llegó a una conclusión. Debía mantener las distancias. Y tratando de dormirse, no pudo evitar vagar en sus más preciados recuerdos como los mejores de su vida junto a ella. Adella Kinderman... Aquel era un bonito apellido, incluso más que Schulze pensó Friedrich.

Atormentado conforme estaba, bajó al salón y se dirigió a la vitrina para servirse una copa de coñac. Y sin embargo, Friedrich bebió más de lo debido y, antes de darse cuenta, cayó en la embriaguez frente a la puerta del cuchitril. Rabioso, arrojó la copa al suelo.

—No puedes obligarme a cambiar —susurró apoyándose en la puerta.

Llevó su mano al pomo y lo rozó. Cerró los ojos y escuchó atento. Casi juró haberla oído respirar, pero un barullo callejero le sonsacó de su observación. El maquiavélico ritual nocturno se repetía de nuevo. Adella también oyó el jaleo. Ella había estado escuchando lo que afuera acontecía desde que unos pasos desacompañados se acercaron a la puerta. Y ella, aguzando el oído, oyó el chasquido y el suspiro.

—Tan solo te quiero ayudar... —respondió ella con una voz casi inexistente.

Y después de decir aquello, el tiroteo la obligó a callar.

Capítulo 12

Los primeros meses en la casa fueron más que lamentables. Pronto la suiza se vio envuelta en una agitada monotonía de silencio y sumisión. Bauer disfrutaba como un niño exigiéndole múltiples tareas como la constante limpieza y, por si fuera poco, el déspota teniente se ocupó de difundir el secreto de Adella, haciéndole ver a la clientela que había sido víctima de su embuste. La mayor parte de ella, al conocer la noticia, dejaron de ver con buenos ojos la chocolatería, causándole pérdidas al negocio.

Intuyendo lo mal que lo debían estar pasando *Herr Kesler* y *Pauline*, Adella pensó en cómo podría comunicarse con ellos. Y sin dar con una buena idea, la joven acabó frustrándose hasta los tuétanos. Fue entonces cuando pensó en fugarse de la morada. Pero descartó de inmediato la descabellada idea debido a la estricta vigilancia a la que estaba sometida. *Marlis*, la otra asistente, una mujer entrada en años, era los ojos de Bauer cuando este no estaba. A pesar de todo lo malo, Adella halló consuelo en la cocina, donde se entregó en cuerpo y alma a la repostería, logrando satisfacer el apetito de Bauer, quien reconociendo su talento, la obligó a permanecer en la cocina.

—Esa judía va a resultar más valiosa de lo que creía... Pero todo lo bueno llega a su fin —le decía el cínico Bauer a su sobrino.

Friedrich jamás respondía ante él, sino que prefería llevar a cabo su campaña personal del distanciamiento. No le hablaba y ni siquiera la miraba a la cara, haciendo incluso todo lo posible por permanecer lejos de la morada, refugiándose así en su despacho en *Neuengamme*.

El coronel *Neumann*, incapaz de recordar lo que semanas atrás hubo sucedido, no reparó en el deplorable estado del joven hasta que, durante una de sus reuniones con algunos de los soldados que velaban por la seguridad del campo, lo descubrió con el porte agónico, desinteresado en el tema que se estaba tratando, y a solas con él, el coronel indagó en su estado.

—Le noto extraño, *Kießling*. ¿Va todo bien?

—Sí, mi coronel, todo va bien —aseguró.

Pero *Neumann*, que no carecía de experiencia, sabía que algo atormentaba

al joven Friedrich, y compadeciéndose de él, creyó que su estado de agotamiento se debía a la bochornosa monotonía del campo. Por ello, dispuesto a incentivarle, tuvo una idea.

—Bueno es saberlo, porque precisaré de su buena disposición para una nueva misión.

—¿Qué clase de misión, señor? —preguntó Friedrich curioso.

—Necesito que alguien eficaz verifique y dirija el desempeño de nuestras tropas una vez sean transferidas a la frontera de Gartz, ya sabe como son la mayoría de cadetes que entrenamos aquí, jóvenes extremadamente impulsivos —expuso Neumann.

Friedrich frunció el ceño.

—Supongo que querrá que sea yo quien los supervise.

—Muy agudo, Kießling, ¿quién mejor que usted podría hacerlo? Prepárese. Partirá en unos días. Considero que un respiro en campo abierto le sentará bien. Además, a su regreso, si todo ha ido como es debido, será condecorado con un merecido ascenso. ¿Qué le parece, Kießling? —alentó el coronel.

Bajo la leve y cuidada sonrisa de Friedrich, habitaba la euforia. La propuesta de Neumann le pareció de lo más tentadora, especialmente por gozar de más privilegios que el rango de teniente concedía.

Adella se enteró de la noticia aquella misma noche, cuando Friedrich regresó a la morada. Obedeciendo la orden de no salir de la cocina, la joven permaneció expectante tras la puerta espionando la conversación de tío y sobrino a pocos metros de ella. *Irse... Partir...* Para Adella, aquella noticia le supuso una gran amargura. Sin él en la casa, se sentía menos segura. Con tan solo pensar en la situación, se desconcertaba. Sin embargo, no era la única que albergaba aquel sentimiento. Friedrich, en un lugar oculto de su conciencia, estaba intranquilo al dejar sola a Adella, y la noche antes de su partida, Friedrich vio fue víctima del embrujo que tanto del que tanto había deseado escapar. A escasas horas de la cena, Adella había optado por elaborar un plato de su país natal, y cuando Marlis lo sirvió, Bauer se desquició al menospreciarlo.

—¿Qué es esto? —le preguntó a Marlis.

—Su cena, señor —respondió ella cabizbaja.

—¡Ya sé que es mi cena! Diablos, no sé quién es más estúpida, si tú por vieja o la judía por serlo, ¡dile que venga inmediatamente! —exigió Bauer.

Marlis temió un duro enfrentamiento. A pesar de no haber entablado una sólida relación con la muchacha, se compadecía de ella por verla tan ingenua y tierna. Nada más entrar en la cocina y verla dándole la cena al niño que siempre la acompañaba, le dijo que acudiera a la llamada.

—Pero *Herr* Bauer si ni siquiera quiere que salga de la cocina cuando...

—Limítate a obedecer y, por tu bien, no cuestiones nada. No te preocupes por el crío. Me ocuparé de él hasta que vuelvas —se apresuró a decir.

Adella accedió. Y tras entregarle a Konradin, salió temerosa de la cocina desconociendo qué podía estar ocurriendo para que Bauer la hubiera llamado. Cuando entró en el salón lo encontró con el gesto torcido. Sin duda iba a ser una mala noche.

—¿Puedes explicarme qué mierda es esto? —preguntó con rudeza.

Adella abrió la boca para responder pero al ver por el rabillo del ojo como Friedrich negaba discretamente con la cabeza con el fin de advertirle que no se pronunciara, ahogó su voz.

—Te lo preguntaré una vez más antes de restregarte esta bazofia por tu maldita cara judía, ¿qué es esto?! —insistió.

—Älplermagronen, señor —contestó ella al final.

—¿Qué? —preguntó Bauer poniendo una mueca repulsiva.

—Es un plato típico en mi país, señor —aclaró ella comenzando a indignarse.

Friedrich se llevó la mano a la frente. Bauer, en cambio, abrió mucho los ojos, fingiendo asombro absoluto cuando en realidad su expresión era el vivo retrato del cinismo.

—Ni siquiera estás allí. Estás bajo mi techo y estándolo debes acatar ciertas reglas. La primera, nunca fomentes una gastronomía ajena —masculló Bauer.

No obstante, lejos de dejarse intimidar, Adella permaneció firme y desafiante al mirarle fijamente a los ojos. Ya se había acostumbrado a su trato y, con Friedrich delante, no le temía tanto. Frunció el ceño y, con su espontáneo descaro, le rebatió.

—Lamento decirle, señor, que no estoy de acuerdo con usted —manifestó articulando cada una de sus palabras a fin de exagerar su deje suizo.

Bauer, escandalizado ante su osadía, se levantó de la mesa enseguida y trató de lanzarle el plato de pasta a la cara. Adella, ágil en reflejos, flexionó

automáticamente sus rodillas y esquivó el ataque, acrecentando el enfado de Bauer quien, lejos de desistir, se dirigió a ella y la tomó violentamente por la coleta, estrellándola contra el suelo.

—¡Maldita zorra judía! ¿Cómo te atreves? ¡Ni se te ocurra hablarme con ese acento o te arranco la lengua! —bramó.

Adella emitió un grito ensordecedor en cuanto Bauer le propinó una tanda de puñetazos por todo el cuerpo. Friedrich, sin pensárselo dos veces, saltó de su silla y se encaró a su tío, apartándole de un fuerte empujón.

—¡Ya es suficiente!

—¿Qué entiendes tú por suficiente?! Esto no es nada en comparación a lo que tú mismo podrías hacerle, ¿o ya te has olvidado de cómo ascendiste a las Waffen? ¡Antes de conocer a esta puta no eras tan idiota! Y mírate ahora, ¿en qué te has convertido? ¿En cobarde? Porque si es así, yo mismo acabaré contigo.

A Friedrich aquellas palabras le sentaron como un balde de agua helada. Inclino la cabeza y miró furtivamente cómo unos ojos, teñidos de sufrimiento, le lloraban desde el suelo. Taciturno e incapaz de consolarla, dio media vuelta y se retiró del salón. Bauer sonrió satisfecho ante aquel gesto.

—Dime, *suicita*, ¿a qué esperas para limpiar todo esto? —vociferó imitando su acento mientras la agarraba nuevamente de la coleta y la estampaba contra el suelo.

Adella se golpeó la cabeza con la pata de la mesa y sintió su pequeña cicatriz en la frente abrísele al percibir una fina línea ardiente brotarle de ella.

—Gracias a ti, ¡nadie cenará en esta casa! —expuso Bauer antes de dejarla sola en el salón.

Jamás supo el tiempo que estuvo encogida en el suelo, lamentando todo lo que había ocurrido. Comenzó a cuestionarse si verdaderamente merecía la pena vivir un día más. Sabía que tenía un límite, y una fuerza de voluntad limitada.

Rato después, todavía encogida en el suelo, sintió unas manos limpiarle la herida de la frente.

—Niña, despierta, vamos, despierta —le decía Marlis.

Adella abrió los ojos lentamente, sintiéndose por un momento desorientada.

—Ya pasó todo, tranquila. No te preocupes por este desastre, yo lo

limpiaré.

—He de hacerlo yo... Ha sido mi culpa —susurró ella.

—No estás en condiciones. Lávate la cara y acuéstate, necesitas mucho reposo. Konradin está durmiendo en mi cama... Te esperan días difíciles —dijo Marlis.

—Todos mis días son así —refunfuñó.

—Y cada vez irán a peor si desobedeces y causas alborotos. Por tu acento eres... ¿Suiza? —detectó Marlis al oírla hablar con un notorio deje más melódico al dialecto alemán que ellos hablaban.

—Sí —confirmó ella.

—Eso explica muchas cosas —susurró Marlis.

Adella arrugó con lentitud el ceño, pensando en si tomarse el comentario como una ofensa. Al ver su expresión apática, la mujer se apresuró a aclarar el malentendido.

—Lo decía por los postres que preparas. Sabes hacer un chocolate delicioso.

Adella sintió relajarse y esbozó una tímida sonrisa.

Nada más acostarse en el improvisado camastro de madera cubierto por varios cojines y sábanas limpias, cortesía de Marlis, Adella volvió a preguntarse cuánto tiempo más podría sobrevivir a su desgracia. A punto de dejarse vencer por el sueño, escuchó el chirrido de la puerta vieja al abrirse. Abrió instintivamente los ojos y se sobresaltó al encontrarse con los de plata, brillantes y frívolos. ¿Qué estaba haciendo allí? Ni él mismo lo sabía. Supuso que, pese a tratar de obviarlo, no podía desquitarse de su remordimiento. Tras arrodillarse junto al camastro, Friedrich se dejó cautivar por aquellos ojos chocolate que tanto había anhelado admirar con total libertad. Al hacerlo, un dolor le atravesó el pecho. La necesitaba, y antes de darse cuenta, unió sus labios a los de ella, degustando así la dulzura ardiente de aquel beso. Ella, conmocionada, también se deleitó con aquellos labios que tanto había añorado. Y juntos, lograron disipar todo el mal que sintieron por mucho tiempo. Todo el rencor, todo el disgusto, quedó en el olvido. Tomándola en brazos y sin dejar de besarla, Friedrich sacó a Adella del cuchitril y la depositó en el aterciopelado diván isabelino. A sabiendas de su virginidad, la acomodó lo mejor posible mientras la desvestía con cuidado. En cuanto sus cuerpos volvieron a estrecharse, la locura se desató con un tórrido beso. Agarrando firmemente sus muñecas, Adella sintió un inmenso cosquilleo en su

interior ante la faceta dominante de Friedrich, quien apoyando la cabeza en su hombro descubierto, aspiró su fragancia de mujer hambrienta. A raíz de aquel momento, todo sucedió muy rápido.

Subiendo las manos hacia el respaldo del diván, Friedrich se llevó consigo las manos de ella, y ya por fin, mano con mano, piel contra piel, corazón junto a corazón, Friedrich irrumpió en ella en un íntimo tris concedido por la suerte del destino. Adella gimió de dolor y placer, deleitándose en aquella adictiva y peligrosa sensación. ¿Qué haría con ese amor loco? Adella apretó sus labios en un intento por no gritar y él, prudente, aminoró el frenético ritmo de sus bamboleos hasta dejarse ir. Cayó rendido sobre el pecho de Adella y se maravilló al oír el palpar melódico de su extático corazón.

Horas después, sin pronunciar palabra y con lágrimas en sus ojos, Friedrich se apartó de ella y comenzó a vestirse. Adella le imitó. Bauer no tardaría en despertar. Una vez vestidos bajo los tímidos rayos del sol, Friedrich abrió las ventanas para disipar el aroma del sexo, y cuando se volvió a ella, la encontró frente al diván. Él siguió la trayectoria de su mirada y vislumbró un vital detalle que podría acarrear terribles consecuencias. Conmovido al ver el recuerdo de lo que había sido el obsequio más casto y bello, Friedrich observó enternecido la mota roja sobre la tela, y tomándola de la mano, la besó en la frente bajo su estremecimiento.

—Volveré —musitó tras mucho tiempo habiéndole negado la palabra.

Adella asintió con los ojos brillantes. Se quedaron en silencio, mirándose fijamente.

—¿Te duele? —preguntó acariciándole la entrepierna.

«*El alma es lo que duele*» deseó responder ella, pero se conformó con negar repetidas veces con la cabeza. Al verla tan cohibida, Friedrich comprendió que debían despedirse. Ella captó el mensaje a través de sus ojos y, dando media vuelta, desapareció como estrella fugaz en el firmamento.

Una vez a solas, Friedrich también se dirigió a su habitación. Allí, en el sofisticado aseo, se duchó con agua helada y luego se atavió en su uniforme negro. Mientras lo hacía, deseó haber podido prolongar más aquel encuentro clandestino.

Cuando bajó al salón, lo hizo más serio que de costumbre a fin de no mostrar ni un apéndice de añoranza. Marlis ya había despertado, así lo evidenciaba el olor a tostadas. Consciente del detalle, Friedrich aprovechó

para pedirle ayuda en cuanto a la eliminación de la mancha. Había pensado en alguna excusa, pero considerando que no tenía porqué darle explicaciones, se dirigió a la cocina cuando su tío lo abordó por la espalda, sorprendiéndole. Friedrich acudió a su encuentro temiendo lo peor. Bauer, a medio vestir y con un cigarrillo en la mano, lo miraba con cara de ningún amigo y, tras hacerle un gesto con la cabeza para que le siguiera, lo llevó al salón.

—¿Puedes explicarme qué es esto? —preguntó señalando la mancha sobre el diván.

—Parece sangre —opinó secamente.

—Lo es, sobrino, lo es. Lo que quiero saber es por qué diablos hay sangre en mi sofá.

—¿Cómo quieres que lo sepa? Acabo de llegar —exclamó indignado.

—Buenos días, señores —intervino la inesperada voz de Adella apareciendo tras la puerta.

Los ojos grises de Friedrich se posaron rápidamente en ella, encontrándola más hermosa que de costumbre, con la mirada ojerosa, pero con un reconfortante halo de paz en sus pupilas y en su traviesa sonrisa.

—No para ti. Estás horrible —espetó Bauer.

Adella ignoró el comentario y posó su mirada en la mancha.

—La sangre es de Laska, señor —aseguró.

—¿Qué? —preguntó incrédulo.

—Está menstruando. Anoche manchó el suelo de la cocina, pero ya lo he limpiado —expuso rápidamente para evitar reprimendas.

—Esto nunca había sucedido —objetó.

—Siempre hay una primera vez, señor, pero no se altere, ahora mismo limpiaré la tela de su diván —dijo ella sumisamente mientras se acercaba a este con una esponja en la mano y un cubo de agua y jabón en la otra.

A medida que frotó la esponja contra la tela azulada y la mancha desaparecía, el mal humor de Bauer fue disipándose. Luego, para su sorpresa, Adella sorprendió a ambos oficiales al ofrecerles dos tazas de chocolate caliente para desayunar, una prohibición que había sido quebrantada. Bauer, consciente de que a un hombre se le conquistaba principalmente por el estómago, había querido evitar a toda costa que su sobrino volviera a sucumbir a ella, y por ello, y secretamente por no verse él mismo cayendo en una adicción por el extraordinario chocolate que elaboraba ella, le había

vedado hacerlo. Pero aquel día, Bauer no arremetió contra Adella, sino que, tomándose la partida de Friedrich como una ocasión especial, consintió que el extraordinario chocolate les endulzara el paladar.

Y como era de esperar, una oleada de calor le recorrió hizo vibrar a Friedrich ante exquisito manjar. Tratando de no dejarse llevar por la excitación que le suponía igualar el chocolate a la piel de Adella, Friedrich mantuvo el semblante firme, apaciguando la electricidad en sus pantalones.

Nada más concluir el desayuno, Adella, bajo la atenta mirada de Marlis, se acercó a la mesa y comenzó a retirar los platos y tazas. La anciana mujer había descubierto a Friedrich respirar entrecortadamente mientras miraba de reojo a la joven que había permanecido en pie junto a ellos, detalle que, junto con el de la mancha en el diván isabelino, no pasó por alto. Su intuición le decía que algo había pasado entre Friedrich y Adella.

Minutos antes de que Bauer acompañase a Friedrich al punto de partida, cerca de Neuengamme, Adella aprovechó para descansar unos minutos a solas en el rellano. Pese a aparentar lo contrario, había pasado muchos nervios durante aquella mañana. De repente, unos pasos la volvieron a poner en alerta. Friedrich bajó rápidamente por las escaleras. En su mano izquierda, llevaba una mediana maleta. Nada más verse, y sin decir nada, ambos, desprendiéndose de sus respectivas cavilaciones, se abrazaron y besaron con vehemencia.

—Volveré —volvió a susurrar él.

—Te esperaré —aseveró ella.

Luego, con una mirada teñida de melancolía, se separaron. Adella permaneció en el rellano, viendo como Friedrich desaparecía tras la puerta con Bauer pisándole los talones. Rogó al cielo que allá a dónde fuera estuviera siempre a salvo. También que regresase pronto. Desde el acercamiento, Adella tenía la plena consciencia de que las cosas serían diferentes. Friedrich había cambiado y aquello era un hecho irrefutable. Suspiró.

De regreso a la cocina, Marlis terminaba de darle el desayuno a Konradin. Cuando la vio, le dedicó una mirada inquisidora. Adella, incómoda, esbozó una tímida sonrisa.

—Me alegra que Friedrich se haya llevado a la perra. Es un alivio no tener

que limpiar todo lo que ensucia —dijo Marlis encendiéndose un cigarrillo. Adella la miró sorprendida. Nunca la había visto fumar.

—Sin embargo, su menstruación no le toca hasta dentro de dos meses.

Adella se sobresaltó, y dejando caer unos paños al suelo, se quedó paralizada. Marlis, atenta a sus gestos, hizo el ademán de recogerlos, pero Adella, respetuosa como siempre, lo impidió.

—No se moleste, yo los recogeré —Y dicho aquello, se inclinó bruscamente encontrándose con un punzante dolor abdominal.

—Niña, ¿estás bien? —preguntó Marlis al oírla gemir.

—Sí, es solo que...

—Nunca lo habías hecho —interrumpió.

Completamente ruborizada, Adella miró perpleja a Marlis. Esta la miraba condescendiente.

—Conmigo no tienes por qué esconderte. No soy como Bauer —comentó.

—No sé de qué me habla —dijo Adella a la defensiva, incorporándose del suelo.

—Conozco a Friedrich desde que tenía diez años. Siempre fue un niño aplicado en sus estudios y entrenamientos, una conducta modélica que se mantuvo en su línea hasta que te conoció a ti, Adella la judía, lo que él más necesita en su vida.

Adella, azorada, no supo qué responder. En vez de eso, permaneció quieta, mirando como las caladas de Marlis inundaban de humo la cocina. Tosió. Trató de reponerse, pero Marlis, apagando el cigarrillo en una jícara de madera, alzó con solemnidad la mano.

—No hace falta que digas nada, querida. Soy los ojos de esta casa, especialmente si del rellano se trata —agregó.

Adella se llevó las manos a la boca, dejando caer nuevamente los paños al suelo. ¡Aquella mujer era un búho! Marlis sonrió efusivamente mientras se apresuraba a recogerlos.

—De ahora en adelante, actúa con prudencia. Los ojos de Bauer pueden resultar letales. Adella asintió, y a sabiendas de que ya no tenía que ocultar frente a ella sus inquietudes, le preguntó por el regreso de Friedrich. Pero Marlis se encogió de hombros y Adella tuvo que aprender a sobrellevar los días.

Capítulo 13

Otoño de 1940.

Tuvieron que transcurrir varias semanas para que Adella tuviera noticias de Friedrich, y en todo ese tiempo, la joven se vio envuelta en una serie de vivencias que terminaron por deteriorar su ánimo, llevándola a la decadencia.

La insípida y dura rutina de estrés melló gravemente en ella. Pese a agradecer que Bauer, hostil como de costumbre, se mantuviera absorto en sus quehaceres como teniente en su cuartel, le supuso un alivio. Sin embargo, aunque hallase consuelo, este no tardó en fusionarse con su cruel nostalgia, la cual, no tardó en dañarla. Marlis, consciente de sus ánimos, vio en ella un notorio declive que desembocó en la enfermedad de la pena. Adella había perdido el apetito, la energía e incluso el deseo por la vida.

No fue hasta mediados de noviembre cuando Marlis verdaderamente se asustó por ella. La joven llevaba días indispuesta, sin apenas salir del cuchitril. Marlis, agradeciéndole al cielo que Bauer no regresase hasta la noche, procuró facilitarle a la joven todo cuanto precisase, pero sus esfuerzos se vieron en vano en cuanto vio que Adella apenas probaba bocado, invocando así a una severa anemia, la cual se agravó el mismo día que Adella entró por primera vez en la habitación de Friedrich. Con las manos temblorosas y el corazón latiéndole a un ritmo acelerado, la joven se atrevió a tantear el habitáculo a fin de impregnarse de la estela de Friedrich. Lo necesitaba. Lo echaba de menos. Al entrar en la habitación, pulcramente limpia y ordenada, Adella percibió los vestigios. Pudo cerrar los ojos e imaginarse que él estaba allí, que la guerra había acabado, y que por fin eran libres. Respiró profundo. Adella relacionó a Friedrich con el perfume del otoño; a tierra húmeda por la lluvia y a hojas frescas por la misma. Un inefable olor. Volvió a respirar profundo, dejándose caer en su cama. Al despertar, se encontró a Marlis con la expresión preocupada. La anciana mujer le secada el sudor de la frente con un pañuelo. Adella sonrió con su cabeza dándole muchas vueltas. Entonces, cuando Marlis trató de levantarla, Adella

volvió a cerrar los ojos.

—Ya sabía yo que con el tiempo prescindiríamos de ella —espetó Bauer.

Adella recobró el sentido y se encontró a sí misma en el camastro del cuchitril, cubierta de paños mojados. Aguzó el oído. Bauer y Marlis hablaban al otro lado de la puerta.

—Es joven, *Herr* Bauer, con un sencillo tratamiento se repondrá —la defendía Marlis.

—No pienso costearle nada a una sucia judía, ¿entiendes? Si no puede trabajar, que no nos de a nosotros faena, y que se.

Y tras un fuerte golpe en la puerta, Adella escuchó los pasos del teniente alejarse. Con los ojos bañados en lágrimas, Adella vio como su anciana amiga abría la puerta y se sentaba a su lado para medirle la fiebre. Marlis resopló insatisfecha.

—Buscaré una solución. Esto no se quedará así, te lo prometo —aseveró.

Y al día siguiente, tal cual se lo prometió, Marlis aprovechó la ausencia de Bauer para contactar con un viejo amigo suyo.

El doctor Daniel Gerber se personó en la morada aquella misma tarde, sorprendiéndose ante la presencia del niño, a quien Marlis presentó como el primo de la nueva asistenta de mantenimiento. En cuanto el doctor Gerber vio a Adella pensó que nunca había dado con una criatura tan tierna y bella. Tras auscultarla y analizarla, el doctor Gerber confirmó las sospechas de Marlis al declarar que lo que Adella padecía era una aguda anemia. Sin embargo, también percibió que había otro dolor. Un dolor infinitamente mayor. Un dolor del alma. Posiblemente los desórdenes del amor. Y sin que nadie le dijera nada, el doctor Gerber intuyó lo que pasaba. Habiendo sido el pediatra de Friedrich, conocía al joven a la perfección, y viendo la mirada melancólica de Adella, dedujo su mal mayor. Debía ser un tormento para alguien sensible como ella vivir enamorada del garboso galán que hacía la guerra. Marlis, prudente al insidioso interrogatorio que Gerber trató de llevar a cabo justo cuando desalojaron el cuchitril, se cuidó de proporcionarle la parte latente de la historia. El hecho de que, además de ser una criada enamorada, era una judía suspirando por los besos de un nazi, no era la idónea revelación en aquellos tiempos. El doctor Gerber, respetando su silencio, regresó al día siguiente con dos cajas de pastillas y vitaminas para combatir la desnutrición de Adella. Y prometiendo que pronto volvería para comprobar su estado de salud, el doctor Gerber pensó detenidamente en la actitud afligida de la joven.

No supo la razón exacta, pero, sintiéndola una buena chica, quería ayudarla, labor que Bauer no estaba dispuesto a cumplir. Aquello le hizo saber que había gato encerrado respecto a la joven puesto que, Marlis alegó que sería ella quien costeara su tratamiento. Y no solo aquel detalle le hizo suponerlo, sino que teniendo muy en cuenta el hecho de que Marlis le hiciese venir cuando Bauer no estaba en la vivienda, le confirmó sus sospechas. Algo pasaba con Adella.

Capítulo 14

Diciembre de 1940.

Aquel miércoles 11 de diciembre, el *Führer* dictaminó el plan de la invasión a Grecia, desencadenando nuevos conflictos de guerra, y Adella, a escondidas, lidió con su propia guerra. El sin vivir de la incertidumbre que tanto daño le había causado semanas atrás parecía haber menguado. Con la dieta proteica, Adella había recuperado parte de sus fuerzas. Ya se la veía más activa en los quehaceres de la cocina además de atreverse a salir del cuchitril, con Bauer en la morada, a fin de tener noticias de Friedrich. Aprovechando las horas de sueño de Bauer, acudía al salón para leer detenidamente cada uno de los rotativos que el teniente traía consigo, como el periódico oficial del Partido, el *Völkischer Beobachter*, además del semanario de las SS, *Das Schwarze Korps*, que coleccionaba. Desgraciadamente, ningún artículo resultó alentador. La mayoría de las crónicas se centraban en describir la situación internacional, relatándose únicamente sucesos de asaltos y represalias entre los países beligerantes. Aquella información, pese a no aportarle ninguna posible noticia de Friedrich en el frente, no la pasó por alto. Adella, muy preocupada, se concienció de la evolución de la guerra. Cerró con violencia las amarillentas páginas del *Das Reich*, y, dando por concluida su investigación, regresaba al cuchitril.

Marlis, pendiente de ella en todo momento, se aseguró de que no recayera, y Adella, complacida, le agradecía su dedicación, y no solo hacia ella, sino también hacia Konradin. El pequeño, un poco más alto, se le veía risueño, tranquilo, con una consciencia de la realidad algo impropia para un niño de su edad, ya que, sabiendo cuando era el momento de jugar libremente por toda la casa, nunca aparecía frente a Bauer cuando este se personaba. Lo que Adella

envidiaba del niño, era su inocencia, su permanente desenfado, pero al abrazarle, sentía contagiarse durante un rato de aquel estado. Sin embargo, y sin saberlo, el golpe de la felicidad no aplacó su malestar hasta semanas después, cuando Adella recayó. El doctor Gerber, habiendo entablado cierta confianza con la joven, no dudó en ir a visitarla casi todos los días de la semana. La nefasta humedad del cuchitril la había resfriado. Adella tosía muchísimo y la fiebre se mantenía. Apurada por la escasez de dinero en su propio bolsillo, Marlis se comprometió a pagar las nuevas medicinas nada más Friedrich regresase. Con ese pacto, el doctor Gerber tuvo la certeza de que no solo Adella sufría por amor, sino que el mismo Friedrich se sumaba al club de los enamorados desdichados. Aquello le hizo compadecerse más, obviando las posiciones sociales de cada uno. Y en sumo secreto, el doctor Gerber prosiguió con las revisiones a Adella hasta el día de la Nochebuena. Aquel martes 24 de diciembre nevaba ligeramente sobre Hamburgo, resaltando así su belleza, especialmente en el puerto. Friedrich Kießling había obtenido su tan ansiado permiso tras tres intensos meses supervisando el rendimiento de tropas en la frontera de Gartz. Poco después del alba, partió en tren a Hamburgo. Laska, tumbada entre sus botas, descansaba tranquila después de una agitada estancia. A medida que el paisaje rural iba transformándose en uno urbano, Friedrich sonreía con más entusiasmo. A cada segundo que transcurría, más cerca estaba de Adella... Adella... Cuantísimo la había extrañado. En aquel margen de tiempo, Friedrich había reflexionado, llegando a la conclusión de que ya nada del pasado importaba. La fuerza del amor se había apoderado de cada rincón recóndito de su alma, impulsándolo al legedario abismo de lucha y delirio por combatir cualquier obstáculo. Nada volvería a ser lo mismo. Aquella vigorosa fuerza que purificaba a la humanidad, desatándola de prejuicios, y concediéndole la libertad, fue la que le hizo despertar de la hipnosis de aquella infame sociedad. Amaba a Adella Kinderman y volvería por ella una, mil, e infinitas veces más.

Cuando tío y sobrino se reencontraron, se estrecharon firmemente de las manos. Una vez instalados en el suntuoso Mercedes, Bauer le fue informado de las mejoras llevadas a cabo en el campo Neuengamme durante su ausencia.

Friedrich asentía de vez en cuando, algunas veces interesado en la conversación, y otras no tanto. Solo se limitaba a asentir en silencio. Luego, tras una pausa, el joven supo que era su momento, y de manera concisa, le fue relatando su experiencia en Gartz. Bauer, se dio por satisfecho al saber que su

labor allí había sido un éxito.

En cuanto el coche aparcó frente al número 24 de la Feldstraße, Friedrich, extasiado, bajó del coche seguido por Laska. Por fin, frente a él, la morada. Bauer, percatándose de su notorio recelo por entrar, frunció el ceño.

—Supongo que te estarás preguntando por tu zorra judía. La muy inútil ha sido un problema —espetó.

Friedrich, torciendo el gesto, reprimió el impulso por no entrar en cólera. Guardó silencio y aguardó paciente a que su tío añadiera algo más. Y muy atento también, Gustav Krupp, el chófer que se ocupó de llevar el equipaje del joven oficial, no perdió deralle de la conversación. « *¿Friedrich Kießling ha mantenido un idilio con una judía?* » se preguntó escandalizado, no pudiendo asimilar que un modélico oficial como él, hubiese consentido la relación.

—Bueno, es judía, ¿qué esperabas? —se apresuró a decir Friedrich, salvando las apariencias frente a Gustav Krupp.

Aquella respuesta desconcertó a Bauer. Se giró a mirar a su sobrino y lo analizó detenidamente. Friedrich se mantenía apático, impassible, y, ante aquel frío comportamiento, Bauer creyó que su experiencia en Gartz le había ayudado desprenderse del aquel inestable y turbulento sentimiento llamado *amor*. Pensar aquello le calmó. Gustav Krupp, en cambio, se sintió amohinado al perder la oportunidad de desterrar a Friedrich de su reputación. Gustav, que nunca había entablado conversación con el joven, se fijaba mucho en sus movimientos, en cómo con gracia y soltura, lograba mértios y buena fama entre el resto de miembros destacados de las Waffen en el campo. No podía evitar sentir envidia. En su caso, por mucho que se hubiese esforzado, Gustav Krupp no había gozado del reconocimiento que sentía que merecía, convirtiéndose en un simple transportista. El hombre torció el gesto. Debía aguardar el momento idóneo para obrar como camorrista y frenarle los pies al arrogante oficial que tantas veces le había mirado por encima del hombro. Sí, sin duda, algún día Friedrich Kießling pagaría la factura de su soberbia.

Antes de acercar las llaves a cerradura, la puerta se abrió de par en par, apareciendo inesperadamente el doctor Gerber en compañía de Marlis quienes, al ver a Bauer y Friedrich, sintieron ponerse pálidos del susto, especialmente Marlis.

—Doctor Gerber, qué agradable sorpresa, ¿qué hace usted aquí? —preguntó Bauer con extrañeza.

Friedrich, al verlo, tuvo un mal presentimiento.

—Marlis me llamó.

—Sí *Herr Bauer*, yo le llamé. Ayer me di un golpe en la mano y hoy me dolía bastante —mintió sin pensar.

—Y por eso no llevas moretones ni vendas, ¿crees que soy idiota? ¿Qué ha pasado con la judía? ¿Ha hecho el favor de morirse ya? —preguntó directamente.

Atónito por lo recién sabido, el doctor Gerber miró de soslayo a Marlis. Sus sospechas acababan de ser rotundamente confirmadas. Adella era judía y por eso su vieja amiga actuaba a escondidas, refugiándose en mentiras. Estupefacto, el doctor Gerber observó detenidamente a Friedrich. Él se mantenía rígido, ocultando el espanto. Sintió compasión. El niño Fritz se había metido en un grave problema al enamorarse de Adella. Dejando de lado los prejuicios, Gerber sintió lástima por la relación.

—Todo está en orden, *Herr Bauer*. Marlis tenía un pequeño hinchazón en la muñeca derecha, pero afortunadamente sanó al rato con una de mis eficaces pomadas —se apresuró a decir a fin de socorrer a su amiga.

Bauer lo miró con una ceja levantada, desconfiado.

—Le agradezco su consideración, doctor, es todo un detalle —repuso con una sonrisa sarcástica, luego, mirando a Marlis, cambió el gesto —. Y tú, la próxima vez que te pase alguna absurdez, no tengas el descaro de actuar por tu propia cuenta sin consultarme antes a mí.

—Lo lamento, *Herr Bauer*, así lo haré —se disculpó la anciana, sintiéndose interiormente feliz por ver a su amigo cubrirle las espaldas.

Al ver que nadie alegaba nada más, y no soportando un minuto más, Friedrich le arrancó prácticamente a Gustav Krupp su equipaje y entró en la casa. Le pareció mucho más limpia y sombría de lo que recordaba. Aprovechando que su tío seguía en el porche junto a Marlis y Gerber, Friedrich arrojó su maleta a un lado y se dirigió directamente al rellano. El corazón de comenzó a acelerársele. Temía por el estado de la joven, por todo lo que habría sufrido en su ausencia. Tomó aire antes de entrar en el cuchitril, y cuando se disponía a abrir la puerta de madera, Konradin le sorprendió.

—Hola... niño... —saludó Friedrich con incomodidad.

—¿Laska? —preguntó directamente él, incapaz de captar el tono despectivo con el que Friedrich se dirigía a él.

—En el jardín. Ve a jugar con ella —le invitó, contento al ver la oportunidad de quedarse a solas con Adella.

—No —rechazó el pequeño pese a sus ganas, acercándose repentinamente a la puerta.

Friedrich, irritado, contuvo la respiración.

—¿Por qué?

—Yo cuido a Della —logró explicarle.

Con aquella contestación, el hosco semblante de Friedrich se borró. El ingenuo comentario del crío le había preocupado definitivamente. ¿Tan mal estaba ella? Haciendo caso omiso a su recelo por el crío, se agachó y le miró detenidamente. Konradin podía pasar perfectamente por alemán, su dorada cabecita y sus profundos ojos color cielo le otorgaban la tan preciada apariencia aria.

—Yo también tengo que cuidarla —le dijo acariciándole la cabeza, sorprendiéndose a sí mismo por otorgarle aquel mimo. Recordó entonces lo ocurrido con su verdadero padre y, por primera vez, se sintió un miserable, un auténtico asesino. Tragó saliva, abrumado. Konradin también le observaba detenidamente, asombrándose al ver a aquel hombre uniformado, que tanto temor solía infundirle, le gustase acariciar a la gente. El pequeño entrecerró sus ojos. Recordaba muy vagamente un triste episodio en la nieve, cuando él lloraba tras oír unos desgarradores gritos, y un fuerte estruendo desembocando en terrible silencio. Y sangre... Mucha sangre... Veía el rostro de aquel que ahora le miraba, cubierto de sangre en su memoria, y sin embargo, en vez de asustarse, la presencia de Friedrich lo mantuvo sereno, algo distante. Queriendo confiar en que cumpliría con lo que había pronunciado, el pequeño dio giró sobre sus talones y se retiró en busca de su amiga de cuatro patas.

Friedrich, azorado por la breve conversación que había mantenido con el niño, deseó por poseer su misma inocencia... Si tan solo volviese a ser niño... no meditaría a fondo hasta encontrar el dolor de las cosas. Resopló desquitándose de tales pensamientos y se centró en aquel ansiado presente. Friedrich abrió la puerta e identificó al acto a la figura amada yacer en el camastro.

Adormecida, Adella percibió la brusca estela de la luz y comprendió que alguien había entrado en el cuchitril. Abriendo lentamente los ojos, su corazón se detuvo en cuanto reconoció a Friedrich, arrodillado junto al lecho.

—He vuelto, *chocolatita*, ya he vuelto —murmuró él llevando sus manos a las sonrojadas mejillas de ella.

Adella, feliz al oír el dulce y ñoño apelativo que él usaba expresamente para ella, supo que Friedrich, su tierno y amoroso Friedrich, también había vuelto, sin prejuicios, sin rencores ni suplicios. Incorporándose con cierta dificultad, se vio rodeada por los brazos del alemán. Friedrich la miró con cariño, encontrándola más delgada y demacrada, pero no por ello menos hermosa. La besó en los labios, despacio, ardiente, deleitándose con aquellos labios, y dispuesto a recuperar el tiempo perdido.

—Te he echado tanto de menos y tenía tanto miedo —gimió ella.

Friedrich, enternecido, se acomodó a su lado y la estrechó contra su pecho.

—Yo también, *chocolatita*, no puedes imaginarte cuánto... Pero ya estamos juntos... Te quiero Adella, siempre lo he hecho —confesó.

Adella, pese al dolorido cansancio físico, se sintió como en una nube al saber que él la quería y estaba dispuesto a todo por conservar el vínculo que les unía.

—No he dejado de pensar en ti, en nosotros... Me haces sentir como nunca nadie había hecho y como sé que nadie más podrá hacerlo —prosiguió.

Adella se estremeció al sentirle tan pasional, entregado a la demencia de quien ama con toda el alma. Levantó la cara y le mantuvo la mirada. Adella creyó por un momento que había lágrimas en aquellos centellantes ojos plata.

—He de irme ahora antes de que Bauer nos descubra... Pero volveré, esta noche...—susurró antes de besarla.

—Veo que no pierdes el tiempo. Sube a tu habitación, ¡rápido! Bauer no tardará en buscarte —le advirtió Marlis nada más verlo salir del cuchitril.

—¿Qué ha pasado en mi ausencia, Marlis? —quiso saber él.

—Adella enfermó después de tu partida. Yo y Gerber la cuidamos sin que Bauer lo supiera.

—Entonces... Lo de tu muñeca... —dedujo.

—Una argucia. Adella necesitaba un tratamiento... Y espero que, como responsable de ella, me ayudes a costearlo —musitó inquieta.

—Me ocuparé personalmente de ello... Gracias por todo, Marlis, ella... ella es muy importante para mí... —confesó agradecido.

La anciana mujer le sonrió con dulzura al verlo por primera vez en muchos años, verdaderamente conmovido.

—¡Marlis! ¡¿Dónde estás?! —interrumpió de repente una atronadora voz de Bauer.

Tanto Friedrich como la aludida se sobresaltaron.

—Gerber acaba de irse y lo ha hecho muy preocupado. ¿De verdad crees que soy imbécil como para no darme cuenta de lo que pasa? Sé que Gerber y tú os habéis aliado, ¿acaso no dejé bien claro que no quería que nadie viese a la maldita judía? —vociferó.

—No, señor, le aseguro que...

—¡Una mentira más y no volverás a ver la luz de otro día! ¿Cómo has podido desobedecerme después de tantos años a mi servicio? No me digas que esa zorra judía también te ha manipulado —barbulló.

—No, señor, perdóneme, pero...

—¡Cállate! ¡Nada va a justificarte! Debería despedirte ahora mismo, pero es Nochebuena y tengo hambre, así que haz la cena en vez de causar disturbios —exigió.

—Sí hay algo que la justifica, Bauer. Yo mismo le pedí que cuidase de Adella —intervino Friedrich con un tono de voz sumamente tranquilo.

Bauer, al igual que Marlis, quedó completamente estupefacto.

—Esto es inaudito, ¡inadmisible! ¿Puedes decirme cuáles son tus verdaderas intenciones? ¿Qué quieres de ella? Porque si es algo afectivo, juro por tu padre que ahora mismo os vuelo la cabeza a los dos, ¡no pienso tolerar el desmadre en esta casa! —bramó dándole un brusco empujón. Friedrich dio un trompicon pero mantuvo el equilibrio, y dispuesto a devolverle el empujón, se encaró a su tío.

—No entiendes nada. Me propuse acabar con su vida y eso estoy haciendo. Te dije que moriría lentamente para que saborease lo que es el dolor. ¿Quieres arruinar mi castigo? Porque si eso es lo que pretendes, puedes acabar con ella ahora mismo, ¡adelante! ¡Hazlo! —le desafió con extrema fiereza.

—Eres patético, Friedrich, ni siquiera sabes a qué juegas y con esto demuestras que sigues enamorado de ella. Eres igual de estúpido que tu padre —le echó en cara.

La ira de Friedrich aumentó y, con extraordinaria agilidad, agarró a su tío por el cuello de su camisa y le amenazó.

—¡Si vuelves a arremeter contra la memoria de mi padre desearás no haber nacido!

—¡Friedrich, detente, por favor, es Navidad! —intervino Marlis con muy asustada, mencionando la festividad como evocación a tiempos de armonía y paz.

El joven oficial, apretó los puños, resopló y finalmente soltó a Bauer de un violento empujón que casi le hizo caer al suelo.

—Agradécele a la bella Navidad que no sea yo quien arremeta contra ti, no eres más que un mierda —espetó Bauer.

Friedrich, consternado, se encerró en su habitación y fumó hasta agotar su munición de nicotina. Posteriormente, una ducha de agua helada disipó buena parte de su rabia.

Después del incidente, al atardecer, Marlis terminó de preparar una magnífica cena navideña compuesta por unos exquisitos entrantes de paté casero a la pimienta verde y panceta ahumada con dátiles. Luego, como primer y segundo plato; sopa de pescado y cordero al horno con patatas asadas. Todo aquello acompañado de un buen vino, y de postre, lo más destacado, un extraordinario pastel de chocolate negro con nueces y adornado con gajos de naranja, que Adella hubo preparado el día anterior.

La cena transcurrió de manera tensa. Bauer no se pronunció en ningún momento y Friedrich se mantuvo absorto en sus propias cavilaciones mientras devoraba con entusiasmo el pastel de Adella. Marlene, presente en el salón en todo momento por si alguno de los hombres precisaba de algo, agradeció el silencio, y minutos antes de concluir la cena, Friedrich le hizo una disimulada seña para que fuera al cuchitril de Adella. La joven había estado encerrada allí con el niño por orden expresa de Bauer. Marlis, apenada por ellos, les llevó en un plato con la comida que había sobrado. Adella y Konradin lo agradecieron. Después de varias horas sin comer, estaban terriblemente hambrientos.

Cuando el reloj marcó la medianoche, Bauer cerró las páginas del *Das Reich* y sin decirle nada a nadie, se retiró a su dormitorio. Minutos después, tras comprobar que todo estaba en orden, Marlis fue a buscar a Friedrich.

—Adella sigue despierta. Está un poco nerviosa. Si quieres verla, te aconsejo que aguardes hasta que Bauer se duerma.

—Gracias, Marlis... Buenas noches —dijo el joven, levantando la vista de otro de los rotativos sobre la mesa.

Tras un asentimiento de cabeza, Marlis desapareció del salón, dejándole solo con Laska en sus pies. El animal dormía profundamente, degustando del

calor que las llamaradas en la chimenea ofrecían. Mentalmente, Friedrich comenzó a contar los minutos, y cuando tuvo la certeza de que su tío dormía, se levantó del sillón a fin de reencontrarse con ella.

Capítulo 15

Apunto estaba de dejarse vencer por el sueño cuando una luz cegadora volvió a sorprenderla. Revolviéndose con lentitud sobre el camastro para no despertar a Konradin, se incorporó llevándose las manos a los ojos.

—Ven conmigo —susurró Friedrich, tendiéndole la mano.

Adella tragó saliva. Deseaba a Friedrich, pero tras oír la fuerte querella con Bauer, se había quedado desconcertada. Friedrich había dicho cosas muy hirientes hacia su persona, y, pese a saber que lo hacía por protección, la situación le afectaba demasiado.

—Por favor —insistió.

Adella rechazó su mano, prefiriendo levantarse ella misma. En cuanto estuvo lo bastante cerca de él, pareció perder el habla. Friedrich también permaneció sin saber qué decir, tan solo le tendió nuevamente la mano como grito a su anhelo por tenerla a su lado. Al final, la aceptó, y él, cerrando los ojos, degustó durante unos segundos aquel contacto. Ambos salieron sigilosamente del cuchitril, y, con extrema cautela, subieron por las escaleras. Tras asegurarse de que los ronquidos de Bauer eran lo suficientemente fuertes como para no oír ni siquiera la puerta del dormitorio de Friedrich cerrarse, ambos jóvenes, tomados de la mano, entraron. Él le sonrió con picardía, y ella, con el corazón en el puño, contuvo la respiración al verle acercarse. Nada más sentir sus labios sobre los suyos, tembló con la total certeza de lo que ocurriría aquella noche de Navidad del 40. Saberlo le otorgaba cierta confianza en sí misma ya que no era la primera vez que se entregaba a él, pero sí la primera en la que lo haría con sabio detenimiento.

—¿Estás bien? —preguntó Friedrich al sentirla nerviosa.

—Creo que sí... —susurró ella.

Friedrich, que hasta el momento la retenía en sus brazos, la encaminó delicadamente hacia su cama donde la sentó con cariño. Luego, colocándose a su lado, le acarició las mejillas.

—Todo lo que digo es para protegernos, ni te imaginas cuánto odio tener que escondernos —le aseguró con rabia.

—Lo sé... Y temo lo que pueda ocurrirnos. Por mucho que queramos evitarlo, somos enemigos —musitó apenada.

—No vuelvas a decir eso. Si fuese cierto, ni siquiera te dirigiría la palabra... Y lo intenté, sabes que traté de esquivarte todos estos meses, pero no puedo dejar de pensar en ti ni un solo instante; al igual que no puedo aceptar la idea de estar sin ti. Te quiero Adella Kinderman, te quiero solo a ti —confesó con la mayor franqueza de la que fue capaz.

Aquellas palabras agitaron a Adella que, tan sensible conforme estaba, no dudó dejar paso a las lágrimas. Friedrich, atento, la sostuvo con firmeza y la tumbó en la cama donde siguió acariciándola hasta calmarla.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó ella con voz queda.

—En este instante, estamos aquí, juntos. Intenta dormir, estás cansada.

—Lo siento, yo... Yo también te quiero —gimoteó al ver la notoria desilusión del joven por no llevarse a cabo lo que había planeado.

Sin embargo, aquella corta pero sutil frase bastó para que Friedrich se diese por satisfecho.

—¿Qué harás conmigo? —se atrevió ella a preguntar tras un silencio. Friedrich, acariciándole el pelo, la miró serio.

—¿Que qué haré?

—Bauer ha dicho que tú... —comenzó a decir.

—Bauer puede irse a la mismísima mierda, ¿me oyes? No podrá separarnos —interrumpió él, comenzando a molestarse.

Adella percibió como toda su musculatura se tensaba.

—Pero sabes que dice la verdad. Yo ni siquiera debería estar aquí, ni siquiera debí haber nacido —gimió.

El comentario alteró a Friedrich. Cerró las manos y se apretó a sí mismo los puños, clavándose las uñas. No soportaba verla en aquel estado. Con un brusco movimiento, la zarandó y la sostuvo firmemente por los hombros, obligándola a yacer sobre él.

—Yo también digo la verdad. Créeme que si no estuvieras aquí, mi vida no tendría ningún sentido, y, lo más triste, es que ni siquiera me daría cuenta. Viviría por y para el trabajo, exactamente como Bauer, y yo no querría eso —protestó alzando la voz.

Adella miró nerviosa hacia la puerta, temiendo que Bauer despertase, y como acto reflejo, rodeó el cuello de Friedrich con sus brazos y le besó para

acallarle.

—¿Sabes qué haremos? —preguntó él desafiante tras separarse. Adella aguardó su estrategia—. Bauer no tolerará nuestra relación, pero yo no toleraré que dirija mi vida y mucho menos la tuya cuando ni siquiera le pertenece... Tú, Adella Kinderman, eres solo mía... —gruñó con una mezcla de furia y pasión mientras se quitaba la camisa.

E inesperadamente, Friedrich tomó el control de la situación al abalanzarse sobre ella y ubicarla bajo su cuerpo. La muchacha se asombró ante aquella faceta autoritaria. Supuso que así sería en su trabajo: firme y exigente. Reprimió un gemido de excitación cuando él la aferró con más fuerza, haciendo estallar su deseo como la viva imagen de una llama. Friedrich arrancó medio camisón de Adella, dejándola en bragas. Ella, azorada ante la vehemencia de su acción, quiso gritar extasiada cuando fue silenciada por sus labios. Y tras rasgar la última prenda, Friedrich clavó con violencia su potente erección hasta lo más hondo de ella. Conteniendo un grito de dolor por la hosca embestida, Adella clavó sus dientes en el hombro desnudo de Friedrich, e impregnándose de su esencia, él degustó la sabrosa piel erizada sin dejar de embestir contra ella. Transcurrido un rato, Adella, familiarizada con el frenético ritmo del bamboleo masculino, gimió entrecortadamente de placer en su oído mientras deslizaba las manos por su ancha espalda y le clavaba las uñas hasta sentirle la piel latir. Y tras una fuerte y mutua contracción, ambos estallaron en un tórrido orgasmo.

Unos sonidos estruendosos al albor despertaron a Friedrich, quien reposaba dichoso sobre el blando pecho de Adella. Aguzó el oído y, dejando de escuchar la preciada melodía que su corazón le dedicaba, identificó los estruendos como simples truenos. Se alivió. Lo que menos hubiera deseado era un bombardeo en pleno centro hamburgués destrozando las pocas ilusiones y esperanzas que mucha gente albergaba en aquellos tiempos.

—Feliz Navidad y felices lluvias, *mein Schatz* —susurró melosamente en el oído de Adella.

La joven emitió un gruñido. Friedrich sonrió y mordisqueó juguetón su oreja a fin de despertarla.

—Todavía es pronto, pero será mejor que nos levantemos. Me aseguraré de que Bauer sigue durmiendo y cuando yo te diga, volverás a tu cubículo. Luego, en cuanto pueda, volveré por ti —dijo insinuante, besándola en la frente.

Habiéndole dicho aquello, se levantó de la cama y comenzó a vestirse bajo la somnolienta pero pícaro mirada de Adella.

La joven se vio en la obligación de imitarle. Se levantó con cierto esfuerzo y se cubrió el cuerpo con el trozo de tela que aún podía servirle como camisón. Cuando recogió sus bragas, Friedrich le dedicó una insinuante mirada y salió de la habitación sigilosamente. Adella aprovechó aquellos instantes de soledad para admirar aquella estancia. De colores fríos, la habitación de Friedrich lucía muy ordenada. Adella sintió prendarse de la librería repleta de libros, y fijándose más en ella, descubrió en el anaquel más alto una extraordinaria pieza metálica que llamó su atención. Adella se acercó y descubrió lo que era; un joyero verde con bordes dorados. Se preguntó que atesoraría en su interior. Dispuesta a saberlo, la joven se subió a la silla junto al escritorio y atrapó la caja bañada en polvo. Parecía que había pasado mucho tiempo desde la última vez que la hubieron abierto. Tras soplar sobre la cubierta y expandir el polvo, Adella acarició la cerradura oxidada. En cuanto se bajó de la silla, pudo al fin abrir el cofre, liberando la triste melodía que había permanecido cautiva por tantos años. Valiéndose del débil sonido, Adella creyó poder inspeccionar su contenido sin que la melodía pudiera molestar. Ahí dentro, había numerosas fotografías en color sepia. Adella las miró detenidamente. Un matrimonio sostenía a un niño muy pequeño. Adella sonrió al reconocerlo. Era Friedrich junto a sus padres cuando vivía en Berlín. Consumida por la felicidad de haber encontrado aquella reliquia, Adella se enterneció al ver el gran parentesco que Friedrich guardaba con su padre. De repente, de entre las instantáneas, un sobre amarillento con olor a antigüedad apareció. Adella, curiosa, se dio cuenta de que este jamás había sido abierto y ni siquiera había un nombre en el anverso. Permaneció mirando fijamente el sobre cuando una atronadora voz a su espalda la sobresaltó.

—¿Qué crees que estás haciendo?! ¡Nunca toques eso! —exclamó Friedrich encolerizado. Adella, asustada, bajó la cubierta del joyero y permaneció inmóvil hasta que Friedrich se lo arrancó de las manos —. Escúchame bien, judía entrometida, nunca vuelvas a tocar mis cosas, ¡nunca!

—Lo siento —se disculpó ella azorada.

—Lárgate. Bauer estará despertándose ahora mismo por tu culpa, ¡vete! —exclamó él fríamente.

Adella salió rápidamente de la habitación. Al cerrar la puerta, Friedrich

suspiró abatido. Odió tratarla de aquel modo, y más odió llamarla judía en aquel tono despectivo. ¿Qué estaba haciendo? Cuando creía que había vencido sus prejuicios, la atacaba con la palabra. Friedrich se maldijo. No podía remediarlo. Aquel joyero era su pasado oscuro, y la melodía un calvario, la esfera de demolición capaz de matar al rígido espíritu que había conseguido crear. Acarició la vieja cerradura antes de depositarlo en lo alto de la estantería.

«Me propuse acabar con su vida y eso estoy haciendo. Te dije que moriría lentamente para que saborease lo que es el dolor»... Aquellas palabras pronunciadas de su boca resonaron en su cabeza mientras bajaba las escaleras. ¿A quién pretendía engañar? Todavía una parte de Friedrich seguía aferrada a sus prejuicios.

Nada más llegar al rellano, Adella descansó unos instantes junto a la barandilla. Su cabeza iba a estallar. Amaba a Friedrich y creía en su protección, pero temía que se doble juego al que andaban jugando se les escapase de las manos.

—¡Adella! ¿Qué haces ahí? Te dije que te andaras con cuidado —exclamó Marlis.

Adella se sobresaltó al verla.

—¿A qué estás esperando? Entra inmediatamente, vamos —le ordenó mientras abría la puerta del cuchitril.

Adella obedeció y la anciana cerró la puerta tras de sí.

—Venía a traeros leche y fruta para desayunar, pero ya veo que tú ya has desayunado —comentó Marlis con una mueca al verle el camión rajado y deshilado.

Adella se sonrojó nada más oír las risitas de Konradin, quien recién se despertaba. Marlis negó repetidas veces con la cabeza antes de depositar sobre el camastro la bolsita que llevaba consigo.

—Reza a quien quiera que reces para no quedarte embarazada... Jóvenes... ¿No te das cuenta del peligro? —la reprendió.

Adella, avergonzada, bajó la cabeza.

—Lávate. Te proporcionaré ropa limpia.

Y dicho aquello, la joven se dirigió al pequeño lavabo situado junto al cuchitril y se aseó a toda velocidad.

Horas más tarde, radiante pero seria, Adella pasó parte del día encerrada

en la cocina. Se encontraba mucho mejor.

Paralelamente, Bauer, aprovechando sus días libres, se mantuvo durante toda la mañana pegado a la radio del salón, sintonizando todas las emisoras existentes a fin de conocer nuevos partes de guerra, a diferencia de Friedrich, quien, arrepentido conforme estaba por el incidente ocurrido en la mañana, no dejó de buscar a Adella con la mirada ni un solo instante, buscando algún tipo complicidad o gesto afectivo. Sin embargo, ella se mantuvo firme, distante, evitándole en todo momento.

Al anoecer, cuando Bauer se adormeció mientras leía una de sus revistas semanales, Friedrich se armó de coraje nada más ver como Marlis se llevaba al niño para lavarlo, y dirigió a la cocina, donde sabía que encontraría a Adella.

Ella permanecía absorta mirando por la ventana cuando, de pronto, sintió unas grandes manos rodear su cintura.

—Bauer tenía razón, sigo enamorado de ti —ronroneó Friedrich en su oído.

—Fritz... —susurró ella, todavía dolida.

En cuanto percibió sus brazos envolverla con más fuerza, Adella se giró a mirarle.

En silencio, él apoyó la frente en la suya.

—Perdóname, Della, yo solo...

—Déjalo, Fritz, la culpa es mía. No debí curiosear nada tuyo —se apresuró a decir ella a fin de zanjar el tema.

El alemán resopló.

—No debí llamarte judía —dijo enfrentando lo inevitable.

—Es lo que soy —arguyó ella con extraña tranquilidad. Friedrich entrecerró los ojos.

—Sí, es lo que eres, pero sigues siendo mía —replicó altivo.

Se observaron en silencio, desafiantes. Y así estuvieron, perdiéndose en los ojos del otro hasta que Marlis.

—Lamento la intrusión, venía a decirle a Adella que Konradin ya está durmiendo, y aprovechando que estáis los dos aquí, recordaros que debéis tener mucho cuidado, sobre todo tú, Friedrich —recriminó la sabia mujer. Y al ver que ninguno decía nada, prosiguió —. Me pregunto si has pensado qué hacer en caso de que Adella pueda quedarse embarazada.

—Han sido solo dos veces —aclaró el joven con cierta incomodidad.

—Más que suficiente —aseguró Marlis con el ceño fruncido.

Friedrich apartó la mirada un tanto intimidado. Adella, en cambio, la mantuvo.

—Tendremos más cuidado a partir de ahora —se apresuró a decir—. Usaremos anticonceptivos —añadió bajo el sorprendido semblante de Friedrich y Marlis.

Ambos abrieron mucho los ojos, no pudiendo creer que ella misma hubiese tenido la osadía de hablar abiertamente de aquel tema considerado como tabú para la época. Friedrich entrecerró los ojos, pensativo. Sabía que la venta de profilácticos era ilegal puesto que tal medida impedía la expansión de la raza superior. Resopló para sus adentros. Conseguir tal método sería complicado, pero no imposible. Estaba claro que debían tomar medidas, o de lo contrario, un embarazo terminaría por arruinarlo todo. Sí. Debían tener mucho cuidado. Y a la semana siguiente, valiéndose del beneficio que su nueva graduación como teniente le otorgaba, a Friedrich no le costó coseguir todo aquello que pudiera beneficiarle.

Capítulo 16

Invierno de 1941.

A medida que los primeros días del año transcurrieron, Friedrich Kießling adoptó una actitud displicente. Demasiadas decisiones como teniente dependían de él y la presión por no cometer una infracción, lo obligaba a implicarse totalmente en Neuengamme. Adella, al tanto, se mantuvo expectante, no queriendo entorpecer su exhaustivo rendimiento. Desde su regreso a la central del campo, Neumann no había dudado en interesarse en él, llegándole a decir incluso lo que le causaba tanto interés. Días antes, Gustav Krupp, uno de los chóferes, había insinuado un idilio entre él y una criada judía alojada en su domicilio. Friedrich, molesto con aquella intromisión, negó los hechos y se juró rendirle cuentas a Krupp.

—Me constan ciertos rumores intolerables para un oficial de rango como usted... Pero independientemente a ellos, recuerdo que hace cierto tiempo usted mencionó que contaba con dos empleadas del hogar, una de ellas judía, ¿me equivoco? —inquirió Neumann.

—No se equivoca, mi coronel —respondió a cuentagotas.

—¿No considera que sea preferible dar empleo a una alemana? —inquirió quisquilloso.

Friedrich, con el gesto torcido, decidió ser tajante a fin de zanjar el asunto.

—Permítame decirle, sin ánimo alguno de cuestionarle, mi coronel, que en este campo trabajan judíos para nosotros, ¿por qué no iba a emplear a otra rata más?

Neumann esbozó media sonrisa. Con la mirada cargada de cinismo, se levantó del sillón de piel de su despacho y caminó alrededor de él.

—¿Rata o zorra? No se confunda teniente. Puede que disponga de ratas a su servicio, pero una zorra a su más primitiva merced es una aberración imperdonable.

—¿Qué insinúa? ¿Cómo se atreve a inculparme así? —se alteró Friedrich con excesiva rigidez, logrando intimidar a Neumann.

El coronel, ocultando su sorpresa al ver su reacción, dio por concluida la

conversación y Friedrich, al notarlo, no dudó en reprochar la conducta de Gustav Krupp calificándola como la de un correveidile. Neumann, un tanto avergonzado, le aseguró que hablaría personalmente con Krupp. Friedrich, por su parte, también se encargó de dejarle las cosas claras. Aquella tarde y durante las siguientes, de camino a Neuengamme desde casa y viceversa, reinó la tensión entre ambos. Gustav Krupp no se atrevía a mirar a Friedrich a la cara tras la reprimenda con puñetazo incluido. Pero, lejos de dejarse acobardar, Gustav Krupp sabía que había gato encerrado y, en cuanto supiera la verdad, no dudaría en volver a arremeter contra él.

Después de aquel incidente, Friedrich se mantuvo distante con Adella. Estaba preocupado por si ella se quedaba embarazada. Por ello, sin querer arriesgarse, decidió evitar los encuentros. Adella se sintió impotente. Notaba a su alemán cada vez más preocupado, no solo por ella, sino por lo que acontecía a su alrededor. Por lo poco que pudo saber gracias a las disputas de Bauer al teléfono con algunos de sus camaradas, era que había demasiados contratiempos, además de enfrentamientos entre los congregantes del campo debido al nefasto mandato de Martin Weiss, el nuevo comandante desde la muerte de su predecesor, Walter Eisfeld.

No obstante, cuando comenzaba a perder la esperanza de recuperar plenamente su cariño, algo horrible sucedió. Aquella fatídica tarde nublada del jueves 13 de marzo de 1941, mientras Bauer permanecía en Neuengamme, Friedrich se arrellenaba en el uno de los sillones del salón mientras leía con detenimiento informes de la comandancia. Adella, por el contrario, se mantenía absorta cocinando.

Al atardecer, cuando Marlis salió a comprar algunos alimentos en los comercios más cercanos, Friedrich decidió tomarse un descanso. Detuvo su minuciosa lectura y se asomó por la ventana bajo la atenta mirada de Laska que parecía gruñirle por fumar. Ni siquiera fue consciente de lo que estaba por acontecer a diferencia de Adella quien, habiendo concluido sus labores en la cocina, detectó desde el ventanal trasero de la casa una serie de luces en el cielo. Entrecerró los ojos. Aquellas amarillentas luces circulares no eran relámpagos, sino avionetas, las cuales, portaban el peligro. Adella se asustó. La alarma no había sonado, el ataque había sido totalmente imprevisible y, aunque no podía salir para protegerse en el refugio subterráneo del barrio, agarró a Konradin y se dispuso a encontrar un lugar seguro en la misma casa. De repente, la tardía y aguda sirena resonó intensamente por las avenidas.

Segundos después, la primera bomba cayó sobre el centro hamburgués.

Como inmediata reacción de protección, Friedrich Kießling lanzó la colilla por la ventana y corrió en busca de Adella. Nada más verla, la tomó con violencia de los brazos y la condujo hacia su pecho cuando nuevos estallidos hicieron retumbar el suelo. Ayudándose mutuamente a mantener el equilibrio, la pareja y el crío lograron subir las escaleras. Una vez en el primer piso, Konradin comenzó a llorar. Friedrich condujo a sus protegidos a su dormitorio y los ubicó bajo el escritorio. Laska en cambio, incapaz mantener quietud, correteó por la casa y ladró con ahínco. Temblando de puro miedo, Adella ocultó la cabeza en el cuello de Friedrich mientras abrazaba con fuerza al niño. Friedrich miró como el pequeño lloraba y aquello le revolvió las entrañas. Se aferró más a ellos, envolviéndolos mejor con sus brazos. Los estallidos estaban intensificándose cada vez más. Sus oídos comenzaron a pitar, y de pronto, el suelo temblequeó, y tanto Friedrich como Adella, temieron lo peor. De pronto, una nueva explosión reventó la ventana del dormitorio, rompiéndola en añicos. Adella gritó aterrada. Y otra vez, los temblores en el suelo. Afortunadamente, el ruido propio de los motores de las avionetas aminoró. Minutos después, expectantes, la alarma de alerta irrumpió el silencio, indicando la retirada del enemigo. Friedrich cerró los ojos y resopló. Ella, en cambio, comenzó a sollozar. Habían tenido suerte al sobrevivir al ataque pero ¿por cuánto tiempo más?

—Ya está, *mein Schatz*... Terminó... —susurró Friedrich.

Luego, el joven se incorporó del suelo y se asomó por el hueco del ventanal destrozado. Contempló consternado los edificios siniestrados.

—Ingleses de mierda —exclamó furioso.

Completamente embravecido, rodó los ojos hasta ella y el niño. Los analizó detenidamente y comprobó que estaban ilesos. Konradin había dejado de llorar pero tenía el espanto incrustado en lo más profundo de sus pupilas.

—¡Marlis ha salido a comprar! ¡Tenemos que encontrarla! —se agitó Adella al reparar en ella.

—Saldré a buscarla. Tú y el niño quedaos aquí y ni se os ocurra moveros. Regresaré lo antes posible —exclamó Friedrich.

Un haz de preocupación le envolvió mientras salía de la morada, y una vez en el exterior, localizó al momento a la anciana. Marlis había conseguido llegar a la entrada del jardín de la casa, pero yacía muerta entre las plantas. No muy lejos de ella, un inmenso agujero, producido por un proyectil, seguía

liberando humo. Friedrich comprendió que, justo cuando su ventana se desplomaba, la vida de Marlis se quebraba.

Ajena a lo sucedido, Adella permaneció bajo el escritorio de Friedrich con Konradin en su regazo, tarareándole canciones mientras le borraba los restos de lágrimas. Laska, también superviviente al ataque, no tardó en arrimarse a ellos para recibir caricias de amparo. Permanecieron inmóviles hasta que Friedrich entró en la casa. Inmediatamente, Adella fue a su encuentro.

—¡Dios mío! ¡Marlis! —gritó al ver cómo la anciana yacía ensangrentada en los brazos de Friedrich.

Aquella estampa impresionó mucho a Adella y Konradin que, sin poder obviar sus sentimientos, comenzaron a lamentar la pérdida.

—Es demasiado tarde —aseveró él con dureza.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —logró preguntar ella entre lágrimas.

Friedrich depositó el cuerpo de Marlis sobre la mesa del salón y tomó una vela de un estante para iluminar la sala.

—No hay corriente eléctrica, no puedo avisar a Gerber... Tenemos que esperar hasta mañana —comentó.

—¿Y Bauer?

—En Neuengamme debe haber barullo tras el ataque, no regresará esta noche.

Después de un tenso silencio, Adella y Konradin le miraron fijamente. Friedrich trató de mantener la calma.

—Vayamos a dormir, descansar es lo mejor que podemos hacer en estos momentos.

—No sé tú, pero yo soy incapaz de descansar en esta casa y en este maldito país. ¡Tengo miedo! —protestó Adella pasando del pesar a la furia.

—¿Crees que no lo sé?! No eres la única, ¡aunque no lo parezca yo también tengo miedo! Por ti, por nosotros, pero debemos resistir hasta el final.

—¿Qué final? ¿El de Marlis? Yo no quiero esperar a eso, Friedrich, ¡no quiero estar aquí! —reprochó Adella perdiendo los nervios.

Friedrich, al notar el acento suizo, comprendió que ella había perdido la compostura.

—Quiero volver a casa... —gimió.

Adella nunca había pronunciado semejantes palabras, rara vez había pensado en desistir y regresar a Basilea, pero, tal y como se presentaban las

cosas, el miedo y sufrimiento iban en aumento. ¿Cuándo tiempo más soportaría? Y la pregunta que más le dolía, ¿qué haría cuando traspasase el límite? Friedrich sintió el corazón partírsele al verla tan asustada, tan alicaída y nostálgica.

—Confía en mí. Saldremos adelante, de alguna parte vendrá el cambio —la animó. Adella asintió lentamente con la cabeza, entrando en razón—. Mañana me ocuparé de solucionarlo todo —insistió abrazándola.

Poco antes del resurgimiento del alba, Friedrich abrió sistemáticamente los párpados. En realidad no había dormido en toda la noche. Había pasado las horas de descanso, en el dormitorio de Marlis, acariciando a Adella. Ella en cambio, sí había logrado concebir el sueño con Konradin entre sus brazos. Friedrich los miraba con ternura, y, con cierta somnolencia, se levantó y se dirigió a su dormitorio. Se asomó por el hueco de la ventana y respiró el gélido viento cargado de aroma a fuego. « *¿A dónde llegarían?* » Se preguntó para sí. De pronto, la idea de huir a Suiza le traspasó la mente. No. Aquello no podía ser, la descartó al momento, conociendo las represalias en cuanto lo encontrasen. Friedrich trató de pensar con calma. Estaba claro que en algún momento, por su propia supervivencia y la de Adella, debería tomar una decisión. De repente, se escuchó el chirriar de una puerta y pasos en el piso de abajo. Bauer había regresado.

—¡Friedrich! —llamó consternado. El aludido bajó rápidamente por las escaleras y se reencontró con su malhumorado tío—. ¡Ingleses, ellos otra vez! Pero esto no se quedará así. Neumann asegura que vas a tomarse severas medidas contra... ¡Marlis! —se interrumpió al reconocer el cuerpo de la mujer sobre la mesa.

—Salió justo cuando empezó el bombardeo —explicó Friedrich—. La encontré muerta en el jardín —agregó con pesar.

Bauer, lejos de sentirse conmovido, se sintió rabioso por lo sucedido.

—Debió haber salido tu zorra judía.

Friedrich tensó la mandíbula, apretó los puños y se abstuvo de contestar.

Bauer miró el cuerpo de Marlis. Luego, giró sobre sus talones y, sacando su cajetilla plateada de su abrigo, declaró:

—Llamaré a Gerber... Tú y yo tenemos pendiente una conversación.

—¿Sobre qué?

Pero Bauer, encendiéndose un cigarrillo, no respondió.

Capítulo 17

Desde la muerte de Marlis, Friedrich se mantuvo inquieto, expectante a cada minuto que pasaba. Se avecinaban cambios, e intuyéndolos, sabía que no eran nada buenos. La atmósfera en la metrópoli era más lúgubre que de costumbre. Ya nadie se sentía seguro.

Friedrich se esforzó esmeradamente por mantener siempre la calma y la disciplina en la central del campo, a pesar de tener a Adella presente en sus pensamientos. Sabía que ella corría extremo peligro y no podría protegerla por mucho más tiempo. Aquello lo atormentaba y la tensión no tardó en acrecentarse cuando el coronel Neumann, siguiendo el acuerdo de algunos de los camaradas de más renombre junto al comandante, seleccionó a algunos de sus mejores hombres para repartirlos a otros campos de concentración que requerían más operarios. Entre tales sujetos, y para la felicidad de Friedrich, se hallaba Bauer.

Sabiéndolo desde hacía algún tiempo, y pocos días antes de su partida a Polonia, Bauer obligó a Friedrich a sentarse frente a él. Tenían una tensa conversación pendiente.

—¿Qué piensas hacer? —comenzó yendo directo al meollo del asunto. Friedrich frunció el ceño, comprendiendo al acto a lo que se refería.

—Deshacerme de ella en cuanto deje de ser útil.

Bauer sonrió de oreja a oreja, mirándole con cierta soberbia.

—¿Cuándo crees que dejará de serlo, cuando le destroces el coño?

—Por Dios, ¿de verdad crees que se me ocurriría hacer algo así? —se alteró Friedrich con una mueca repulsiva, avergonzándose de la descortesía de su tío.

—No te hagas el inocente conmigo. Sabes que más de una vez has deseado meterle mano a esa judía —insistió provocándole.

—¡Yo no sabía que lo era! —justificó a la defensiva.

—Antes de mi partida, quiero que me demuéstrame que ya no tienes interés en ella. La has defendido demasiadas veces.

—No sé de qué me hablas —replicó exasperándole.

—Por supuesto que lo sabes. Esa zorra podría haber muerto hace meses, ¡pero tú lo has estado impidiendo!

—Matarla sería demasiado fácil —espetó Friedrich recurriendo al viejo pretexto. Bauer puso los ojos en blanco. Se inclinó hacia su sobrino con una fiera mirada.

—Se acabaron los juegos, muchacho. Te doy veinticuatro horas para que acabes con ella y el mocoso, de lo contrario, yo mismo les volaré la cabeza.

Tras devolverle la misma mirada de ferocidad, Friedrich salió airoso del salón, dispuesto a salirse con la suya.

Al anochecer, viendo a Bauer roncar escandalosamente en el sillón con un nuevo rotativo entre manos, aprovechó la ocasión para iniciar su estrategia. Habiéndose uniformado con el más absoluto sigilo, recorrió rápidamente las oscuras callejuelas hasta llegar a la Kampstraße número 9, donde quedaba el apartamento de los Lenz.

Frau Lenz, muy sorprendida de su visita, se dejó persuadir para que acogiese a Adella y al niño un par de días. En un principio, la mujer quiso negarse. Había oído polémicos rumores acerca de la chocolatera. Friedrich, abrumado ante sus comentarios, y obviándolos, trató de ser lo más justo posible al proponerle una considerable prima en compensación si accedía. *Frau* Lenz, pasando penalidades sin su hijo en casa, acabó aceptando el trato.

Cuando Friedrich regresó a la morada despertó de inmediato a la muchacha. Ella, nada más conocer lo que pretendía llevar a cabo, le miró escandalizada, sintiéndose muy preocupada. ¿Con qué cara debía mirar a *Frau* Lenz? Ante tal incomodidad, quedó intranquila. Sería la primera vez que saldría de la morada tras el descubrimiento de su secreto. Friedrich, viendo su apocado estado, la animó al recordarle que estaría sana y salva, que tan solo estarían separados un par de días y cuando regresase, estarían solos sin Bauer estorbándoles.

Pese a alegrarse de saber aquello, Adella no terminó de apaciguar sus nervios.

El reencuentro con *Frau* Lenz le supo extraño. No obstante, lejos de querer turbar más las cosas, *Frau* Lenz le facilitó una buena convivencia. Y aunque apenas entablaron conversación, Adella agradeció lo que estaba haciendo por el niño y ella. Después de aquella ágil e improvisada operación, Friedrich regresó a la morada al amanecer, justo cuando Bauer despertaba. Este, al detectar la ausencia de la judía y el niño, se interesó de inmediato en lo que

habría ocurrido. Friedrich, astuto, agradeciéndole al cielo la insólita coincidencia, se aprovechó de la permanencia del camión urbano que se ocupaba de llevarse a los judíos, vivos o muertos, de la ciudad.

—Dijiste veinticuatro horas y he cumplido en menos tiempo. No volverás a verla. Adella y el mocoso están muertos —repuso Friedrich con el gesto sombrío mientras señalaba el camión por la ventana.

Bauer esbozó una escalofriante sonrisa de felicidad y, tras ver el camión, se volvió hacia su sobrino. Le palmeó la espalda. Después del ufano gesto, Bauer terminó de preparar su equipaje y, al anochecer, se despidió de Friedrich.

—Estaré pendiente de noticias tuyas, muchacho. No me defraudes —le dijo únicamente como forma de despido.

«*Lo mismo digo, no me defraudes y no vuelvas nunca más*», hubiera querido decirle; pero tan solo asintió con el ceño fruncido.

Al amanecer siguiente, domingo, día de descanso, y además sin tío, Friedrich despertó creyendo vivir en un mundo de paz. Se levantó con una sonrisa triunfante y miró a través del recién instalado cristal en su habitación. Contempló el sombrío paisaje. Hamburgo envejecía, se agrietaba, dejando entrever su elegancia antes de la guerra, en otra época. Sin poder esperar más, y a sabiendas que por fin podría tenerla a su total meced, Friedrich fue a buscar a Adella.

Cuanto *Frau* Lenz abrió la puerta con Adella pegada a su espalda, Friedrich estiró sus brazos. Adella, con la sonrisa de oreja a oreja, saltó a él. Y tras cumplir su parte del trato, la pareja y el niño regresaron a la morada donde, nada más ver a su compañero de juegos favorito, Laska se apresuró a lamerle toda la cara. Friedrich, aprovechando el entretenimiento que el animal suponía para Konradin, sonrió con malicia y se llevó a Adella a su habitación.

—¿Qué haremos cuando regrese Bauer? —preguntó la joven.

—Ya pensaremos en algo. Lo importante es que ahora estamos solos —interrumpió Friedrich llevando uno de sus dedos a la boca de ella con intención de acallarla.

—No puedo estar tranquila, Fritz. Aunque Bauer se haya ido, estamos en guerra.

—Entiendo perfectamente lo que dices, pero no creo que sea buena idea estropear este momento —repuso él.

Adella resopló y miró en silencio a su alrededor. Friedrich frunció el ceño

sin dejar de analizarla. Al borde de cumplir la veintena, Adella había perdido pate de su ingenuidad. Apretó su mano. En cuanto ella se volvió, Friedrich la besó en la frente y respetó su decisión al salir de la habitación.

Durante las primeras semanas de convivencia, Friedrich se implicó cien por cien en su trabajo y en las necesidades de Adella, escuchando cada día los nuevos partes de guerra y viendo como ella cada vez, se comportaba de manera más arisca. A Friedrich le desagradaba aquella actitud. Añoraba a la tierna Adella de años atrás, pero no podía culparla. En aquellos tiempos, todos estaban agitados, especialmente Adella ya que, dada su condición, las cosas no eran fáciles. Comenzó a plantearse muy seriamente la posibilidad de sacarla del país. Suiza, además de ser su tierra natal, era uno de los pocos países europeos que mantenía su neutralidad frente a la guerra, convirtiéndose entonces en la única alternativa de supervivencia para Adella mientras durase la contienda. Sin embargo, corría muchos riesgos. Ante aquella inseguridad, el teniente se vio por primera vez muy desanimado a la hora de trazar un plan de escape.

A finales de abril de 1941, en Neuengamme tuvo lugar un repentino traslado de un importante cargo de las SS que había residido previamente en el campo de Buchenwald, a las afueras de Weimar. Se trataba de un reputado traductor y destacado oficial de rango cuya repentina misión consistía en la supervisión administrativa de Neuengamme mientras su única hija, Emilie von Garten, una espigada y atractiva joven de cabello negro y ojos claros y fríos como témpanos de hielo, se recuperaba en un prestigioso hospital de Hamburgo tras haber sido afectada de amnesia. Independientemente de la llegada del oficial von Garten, centenares de judíos comenzaron a instalarse en Neuengamme, haciendo de la convivencia una muy difícil. Y pese a implicarse en exhaustivos controles a los prisioneros, Friedrich no descuidó a la chocolatera. Aquel mismo mes, trajo un acontecimiento especial. Adella cumplía veinte años y Friedrich se ocupó personalmente de hacerla muy feliz aquel día de lluvia.

Llegó tarde aquella noche. Konradin, ya dormido en la antigua alcoba de Marlis, dormía plácidamente mientras Adella, ligeramente con el ceño fruncido, creyendo que habría olvidado aquel día, aguardaba a Friedrich en el diván isabelino. Cuando el tintineo de las llaves se hizo notar, se levantó furiosa. Nada más verlo entrar, con su uniforme negro mojado por la lluvia, un pequeño ramo de rosas rosas y su pícaro sonrisa, su enfado desapareció. En

cuanto Adella se acercó, Friedrich la hizo girar y le colocó frente al espejo del recibidor, un precioso colgante con un corazón de oro en cuyo centro estaban grabadas y entrelazadas las iniciales de sus nombres. Deseándole un feliz cumpleaños, Adella le besó con auténtica pasión bajo el aroma fresco de las rosas.

—Temo que esta paz acabe pronto y no volvamos a vernos —susurró ella.

—Sabes que no lo permitiría.

—Gracias por todo, Fritz —musitó ella volviendo a buscar sus labios.

Viéndose colmado de afecto, Friedrich estrechó a Adella contra su cuerpo, y comenzando a estremecerse, la condujo hacia el salón donde el diván isabelino fue nuevamente testigo de aquel desenfrenado amor. Olvidándose del mundo, ambos se adentraron en el suyo propio. Las llamaradas en la chimenea no tardaron en avivarse ante el calor que irradiaban sus cuerpos desnudos. Besando cada secreto, Friedrich formó enrojecidos senderos a medida que sus labios se deslizaban por la piel de Adella, buscando sentir hasta el delirio el sabor de su esencia. Ella, admirándole con auténtica pasión, le acarició el alma con la mirada, y tras un fogoso arrebató, le tomó de la nuca y le hizo rodar sobre el diván, obligándolo a yacer bocarriba. Permanecieron así toda la noche; abrazados, fundidos, extasiados. Ella sobre él, con los alborotados y ennegrecidos cabellos cubriéndole la espalda, y rodeada de unos fuertes brazos que la estrecharon firmemente hasta el orgasmo.

A la mañana siguiente, Adella despertó en la cama de Friedrich. Ni siquiera recordaba cómo había llegado hasta allí. Miró a su lado y comprobó para su disgusto que Friedrich ya se había marchado.

Y las semanas fueron pasando, y con ellas, la llegada del verano con el ingreso de miles de prisioneros en Neuengamme. Friedrich hizo cálculos. En aquel mes de julio, el número de internos se incrementó por encima de los cinco mil. Ocultando su escandalizado asombro, Friedrich ejerció su autoridad como teniente frente a los prisioneros y a sus camaradas de menor rango, imponiéndoles el valor del orden por una estancia tranquila que facilitase la convivencia en aquel nefasto ambiente. Con cada tanda de nuevo ingreso, Friedrich se aseguraba de que no hubiese alborotos que pudieran interferir en la política del campo, y tras supervisar los registros, se ocupaba de dar la orden de desinfección acorde al protocolo. Primeramente, los prisioneros eran despojados de sus pertenencias, incluidas las ropas que traían puestas, para ser rapados al cero y duchados con agua helada. Posteriormente, Friedrich era

testigo de cómo se les hacía entrega de la raída y desgastada indumentaria a rayas azules y blancas de trabajo. Era similar a un pijama con la remarcada diferencia de que en la parte izquierda del pecho, un parche con un número de identificación los convertía en esclavos del Reich.

Viendo su ejemplar rendimiento, el coronel Neumann no tardó en proponerle a Friedrich la posibilidad de adquirir una villa cerca del campo. Una tentadora propuesta que el joven rechazó por la seguridad de Adella. Neumann, ligeramente extrañado por su decisión, la respetó. Friedrich lo agradeció.

Capítulo 18

Otoño de 1941.

Dando la última calada a su cigarrillo rubio, Friedrich lo arrojó al suelo antes de entrar en la morada. Estaba muy cansado. El verano había llegado a su fin y con la caída de las hojas, grandes responsabilidades comenzaron a encomendársele.

Para Adella, la rutina de Friedrich suponía un tormento ya que, pasando tanto tiempo sola, encerrada en la morada, por momentos creía que acabaría enloqueciendo. Añoraba mucho a Pauline y a *Herr Kesler*, añoraba aquellos tiempos en los que nadie sabía su secreto, y como forma de distracción, Adella se involucró en la educación del pequeño. En pocas semanas, Konradin aprendió a leer, a garabatear con una irregular caligrafía, e incluso a imitar el acento suizo. Aquel detalle entusiasmaba a Adella, quien viendo la inagotable energía del niño, sintió contagiarse. Konradin, de tres años y medio, se había convertido en un soporte que, junto a Friedrich, la fortalecía. Y agradecida por los cuidados que su enamorado le procuraba, Adella decidió sorprenderle con una romántica cena bajo el brillar de las velas. La fecha escogida fue la del jueves siguiente, 16 de octubre de 1941. Sin embargo, la mañana, no solo trajo la característica tempestad del otoño alemán, sino la llegada de los primeros mil prisioneros de guerra rusos que, bajo la exigencia del comandante Martin Weiss, debían establecerse en un área apartada del campo. Friedrich debió cumplir su función como dirigente a la hora de organizar a sus cooperadores. Aquella actividad se realizó durante todo el día y, al anochecer, antes de concluir su jornada, el joven teniente se dejó caer en su silla de piel para tomarse la libertad de degustar un ansiado cigarro. Neumann, sabiéndolo en su despacho, entró sin avisar y se sentó en una de las sillas frente a él. Casi de inmediato, Friedrich abandonó su incentivo en un pequeño cenicero para atender debidamente a su superior.

—Excelente labor la de hoy, Kießling, sin duda tiene buen dote de mando
—dijo Neumann.

—Es mi deber, mi coronel —exclamó Friedrich con frialdad. Neumann sonrió.

—Bauer se enorgullecerá —comentó únicamente, ganándose toda su atención.

—¿Sabe algo de él? No tengo noticias tuyas desde el verano.

—He venido expresamente para comunicárselas, teniente. Su tío ejerce de lugarteniente en Auschwitz, un campo polaco cuya reputación está haciéndose notar sobre el resto. Dudo que volvamos a verle por aquí.

Friedrich no pudo evitar sonreír al saber que el éxito de su tío en Polonia significaba una permanente estancia. Estuvo conversando con Neumann hasta fallecer el día en el ocaso, y cuando se marchó de Neuengamme, lo hizo satisfecho. Quería festejar la noticia con Adella. Pasaban de las nueve de la noche cuando regresó a la morada. Cuando se asomó al salón, quedó maravillado ante los restos de lo que parecía haber sido, horas antes, una hermosa mesa bien adornada con velas cuyos cilíndricos cuerpos ya se habían derretido. Sintióse culpable, el teniente Kießling se dispuso a disculparse. Subió las escaleras y buscó a la joven, esperando encontrarla en la habitación del niño. Abrió con cuidado la puerta y se llevó la sorpresa de su ausencia. Tan solo el pequeño Konradin descansaba en la cama. Enternecido, Friedrich se acercó al niño. Este le transmitió sosiego. No pudo evitar compungirse ante la viva imagen de la inocencia. Konradin era un alma inocente. Él, como afirmaba Adella año y medio atrás, no tenía culpa de las desgracias de aquellos tiempos, y Friedrich, consciente, se sintió mal consigo mismo, repudiándose por haber acabado con la vida de su padre. Suspiró afligido por aquel irreparable error cometido. Cerró suavemente la puerta cuando la triste y lánguida melodía, volvió a alterarlo.

Adella había pasado todo el día confeccionando un menú muy laborioso para la cena. Su razón era la gratitud sincera y el profundo amor que sentía por él. Sin embargo, al ver que pasaba de la hora habitual, maldijo al destino y a la casualidad. Se sentó en la silla tras haber acostado al niño y no se movió hasta que las velas en la mesa se hubieron marchitado. Entonces sintió que estaba comportándose de forma estúpida. Se levantó a regañadientes y se ocupó de guardar debidamente la sopa de calabaza y los filetes de pescado con alcaparras y patatas de guarnición, sin dejar de preguntarse qué habría podido suceder para que Friedrich no hubiera llegado. Respiró hondo y

decidió aguardarle con paciencia en el salón... Pero la paciencia se le agotó pronto. El chisporrotear de las velas fue llegando a su fin como sus esperanzas. Frustrada, la joven decidió ir en busca de más velas. Se dirigió a la habitación de Friedrich y rebuscó en los cajones y en los anaqueles de la librería. A punto estaba de desistir cuando la curiosidad la hizo volver a sucumbir.

—Es precioso —susurró para sí mientras tomaba el joyero de Friedrich entre sus manos.

Luego, con cuidado, volvió a toquetear la cerradura algo rota y esta se abrió, liberando la suave melodía en residente en su interior. Adella la escuchó con atención. Era una romántica y lúgubre melodía que guardaba cierta similitud a las clásicas piezas de los grandes maestros. Trató de inventar una letra acorde al ritmo, pero justo cuando recién comenzaba a tararear, la puerta de la habitación se abrió con violencia y un oficial de oscuro uniforme y hosca actitud emergió.

—¡Te dije que no tocases esa caja! —bramó Friedrich.

—Lo siento —se disculpó ella inmediatamente, cerrándola de golpe.

En cuanto la melodía quedó nuevamente aprisionada, Friedrich se aproximó a ella sin dejar de mirarla con rabia. Adella, arrepentida y asustada, tragó saliva apurada.

—Fritz... Perdóname, yo...

—¡Cállate, judía entrometida! Te pedí que no tocases mis cosas y me has desobedecido —gruñó arrancándole el joyero de las manos.

Adella contuvo la respiración. Detestaba ver a Friedrich tan déspota. De pronto, la aferró por la hombrera de su vestido y la miró ferozmente. Adella emitió un gemido. Al ver su mueca de dolor, Friedrich la soltó con cierta violencia, y ella, disgustada, huyó despavoridamente de la habitación. Bajó las escaleras y se refugió en el cuchitril. ¿Por qué había tenido que fisgonear en lo que él le había prohibido? ¿Por qué había sido tan indómita? Se sentó en el suelo y comenzó a llorar.

Mientras tanto, sentado también en el suelo, Friedrich miraba consternado su joyero, recordando lo que quería olvidar. Durante unos instantes meditó la posibilidad de abrirlo y enfrentarse a los oscuros fantasmas del pasado. No obstante, rechazó la idea. Resopló con fuerza, sintiéndose un miserable. Al cabo de varios minutos, se levantó del suelo. Su primordial propósito era ir

con ella antes de amargarse en tétrico abismo de soledad de sus fatídicos recuerdos.

Con acelerado palpitar, Friedrich bajó las escaleras. Sabía dónde encontrarla y, cuando trató de abrir la puerta, descubrió el pestillo corrido. Respiró hondo y golpeó con sutileza la madera, aguardando una respuesta. La oyó llorar. Aquello le partió el alma. ¿Por qué había tenido que ser tan agresivo? ¿Por qué no se había contenido?

—Della, por favor, abre la puerta —rogó afligido.

—¿Para qué? ¿Para ver la cara de judía entrometida que tengo? —exclamó ella pasando del dolor al enojo.

—Deberíamos tranquilizarnos y hablar —opinó Friedrich en un intento por estabilizar la situación.

—No es buen momento, ¡vete y déjame en paz, nazi bipolar! —gritó ella con la intención de mostrarle lo mucho que dolían aquellos calificativos.

—No vuelvas a llamarme nazi, ¿crees que estoy de acuerdo con todo esto? ¡Ábreme!

—¡No!

—No te lo repetiré más veces, Adella, ¡abre la puta puerta!

—¿Es una orden? —le enfrentó.

—¡Es más que eso! ¡Ábreme o la echaré la puerta abajo!

—¡Hazlo! —retó Adella.

Completamente encolerizado ante la cabezonería de Adella, el teniente Kießling no caviló a la hora de hacer uso de su fuerza. Comenzó a propinar puñetazos a la puerta hasta hacerse sangrar los nudillos. Luego, sintiéndose imbécil por prolongar el momento, desenfundó su revólver.

—¡Apártate! ¡Voy a disparar! —advirtió.

Adella, que hasta el momento se había mantenido pálida del susto al oírle aporrear la puerta, se alejó rápidamente de ella. Nada más el disparo quebró el pomo, gritó horrorizada. Expectante, permaneció inmóvil junto a la pared y vio cómo Friedrich culminaba su violenta acción con un brusco empujón contra la puerta, tirándola abajo y rompiéndola en pedazos. Una profusión de polvo se levantó del suelo, dando así paso al imponente teniente de impávidos andares y mirada fiera. Adella se mordió los labios, se deslizó hasta el suelo y, quedándose allí, ocultó la cabeza entre sus piernas. Ver a Friedrich tan amenazante, con el oscuro uniforme, la desconcertó.

—Te dije que echaría la puerta abajo, así que no te sorprendas —recalcó él.

—¡Déjame sola!

—¡No!

Atónita, Adella giró su cuerpo, dándole la espalda. Friedrich, furioso, se dirigió firmemente a ella y la sostuvo por los hombros.

—¡Mírame! Esto es por ti, ¿ves la sangre? ¿La ves? ¡Es por ti! Si no me importases no derramaría ni una sola gota, ¡ni una! ¡Y aquí estoy! ¡Mírame! —exigió al ver sus intentos por zafarse—. Quiero dejarte algo muy claro, para mí es difícil ir contra mis principios, pero más difícil me resulta atentar contra ti —agregó mientras la aprisionaba contra la pared.

Adella sintió sus ojos humedecerse nuevamente y, antes de romper en llanto, los cerró en un intento de rebeldía por ignorarle.

—¡He dicho que me mires! —repitió él con ira.

Entonces, ella entró en razón. Abrió los ojos y ambos se miraron intensamente sin ni siquiera pestañear. Y el silencio reinó delatando sus agitadas respiraciones. Sin esperar la más mínima aprobación, el oficial la agarró violentamente con sus fuertes brazos y la estampó en la pared. Sabiéndose sin escapatoria alguna, Adella no opuso resistencia. Friedrich analizó cada uno de sus gestos. Ella le imitó y, con una magnífica sincronización, los dedos de ella y los ensangrentados de él se entrelazaron entre sí, y sellaron su perdón con un arrollador beso.

—Todavía estoy enfadada contigo —se atrevió a susurrar Adella con su acento suizo.

El alemán, al oírla hablar en aquel encantador modo, se aferró más a ella.

—Yo también lo estoy —gruñó en su oído.

Adella miró de reojo sus manos ensangrentadas y se las llevó a su boca donde comenzó a lamer y besar cada nudillo herido.

Friedrich cerró los ojos, completamente excitado. Adella continuó besándole los dedos hasta que él, impaciente, la tumbó en el suelo con un ágil movimiento propio de su entrenamiento. Ella suspiró extasiada. Sentirle con la respiración turbada y el cuerpo ardiente, le suponía su propia perdición y, antes de percatarse, la falda de su vestido había sido desgarrada junto a sus bragas. Él, a horcajadas sobre ella y con la mano izquierda en la zona afrodisíaca, alteró caricias y pellizcos, para segundos después, sintiéndola

húmeda, entrar en ella. Adella reprimió un grito cuando él eyaculó llevándola nuevamente a las estrellas. Suspiró complacida, y él, descansando sobre ella, se reconoció a sí mismo que hacerlo sin el uso del preservativo era la más gloriosa de las sensaciones.

—¿Cómo te sientes? —preguntó antes de incorporarse.

—Muy bien —musitó ella con la respiración entrecortada.

—¿Sigues enfadada? —quiso saber con malicia, esperando compensar con su asalto su descontento.

—No tanto... —susurró.

—Más me has herido tú al desobedecerme. ¿Por qué no puedes estarte quieta? —la regañó con dulzura, tratando de restar dureza a sus palabras.

—He estado esperándote toda la tarde, pero no venías... Estaba muy preocupada. Friedrich desvió la mirada, volviendo a la dura realidad.

—Della... —siseó él.

—¿Qué ocurre?

—Demasiadas cosas —contestó a cuentagotas, apartándose de ella.

Adella le miró aguardando una explicación.

—Mi responsabilidad en Neuengamme se intensifica... La guerra está volviéndose cada vez más turbulenta.

—Siempre ha sido así y, como siempre, saldremos adelante —le animó.

Nada vestirse con nuevas prendas, se acercó a Friedrich y le acarició las mejillas. Él se mantuvo inmóvil, con sus ojos platinos clavados en los avellanas.

—Quiero que esta vez las cosas sean diferentes.

—¿Qué pretendes hacer?

Pero no hubo respuesta. En vez de eso, Friedrich sonrió divertido ante su gesto de extrañeza. Volvieron a declararse un duelo de miradas cuando él interrumpió el silencio.

—¿Quién iba a decir que yo, oficial alemán, estuviese a los pies de una chocolatera judía? Hemos tenido muchas diferencias, y las seguiremos teniendo, pero ninguna podrá separarme de ti, Adella —manifestó con los ojos muy brillantes—. Pedir perdón por todo el mal que te he causado es insuficiente... pero, por ti estoy dispuesto a todo.

Y repentinamente, Friedrich se arrodilló. Adella sintió que su corazón, preso de la emoción, dejaba de latir.

—Solía deberme a mi patria, pero desde que te conozco, mi única y verdadera prioridad ha sido tu bienestar —prosiguió él con honestidad—. Adella Kinderman, juro solemnemente amarte y respetarte todos los días de mi vida. Prometo estar a tu lado pase lo que pase, protegiéndote, estando siempre contigo hasta el fin de los tiempos y más allá de ellos mismos... Ahora mismo no dispongo de ningún anillo pero... ¿quieres casarte conmigo?

—¡Sí! ¡Sí! ¡Síííí!

Adella saltó a los brazos de su alemán y se propuso destrozarle los labios con miles de besos. Friedrich la recibió con los brazos abiertos y, ambos en el suelo, dejaron de reírse en cuanto unos ladridos interrumpieron su momento. Segundos después, el timbre de la puerta de la entrada sonó. Adella se acomodó al acto su vestido y miró a Friedrich con espanto. Una visita a aquellas horas no podía ser nada bueno, y Friedrich, prudente, se incorporó del suelo.

—Coge a Konradin y escondeos. No hagáis ni un ruido, ¿entendido?

Adella asintió automáticamente y subió rápidamente por las escaleras mientras Friedrich se acicalaba el cuello de su camisa. Segundos después, silbó a su mascota para que le siguiera.

—¿*Obersturmführer* Friedrich Kießling? —preguntó uno de los dos hombres nada más abrir la puerta.

—¿La *OrPo*^[9]? —identificó el aludido al ver sus uniformes verdes.

Ambos agentes, uno rubio y otro moreno, asintieron una sola vez y escrutaron con recelo al teniente. Sabiéndoles cohibidos, Friedrich relajó su semblante y aprovechó su autoridad para hacerles marchar.

—Sois muy jóvenes para serlo —comentó en primer lugar, y, al ver que no decían nada, sonrió con malicia y prosiguió con su plan—. Supongo que habrán venido por el alboroto que he causado hace unos minutos. Lo lamento. No tengo paciencia con los animales —se excusó señalando a Laska con la barbilla.

El animal, viéndose en el punto de mira, se mantuvo a la defensiva gruñendo hasta que Friedrich, con un ágil movimiento, le golpeó el hocico con la mano para ahuyentarla. Luego, volviéndose hacia la pareja de agentes, los miró con el ceño fruncido al ver que no se movían.

—Como ven, se trata de un simple incidente. Aprecio su interés por el orden público, pero todo está bajo control —dijo a modo de despedida.

Sin embargo, ambos agentes, contradijeron sus intenciones.

—Me temo que esto no termina aquí, *Obersturmführer*. Hemos recibido varios avisos de algunos de sus vecinos en los que aseguraban que usted ha estado gritándole a una mujer —acusó el moreno.

Friedrich sintió quedarse sin respiración y, esforzándose por mantener su fría compostura, contraatacó.

—Eso no es posible, vivo solo.

—Por eso mismo hemos para verificarlo —intervino el agente rubio—. Usted tiene popularidad en el vecindario, es un respetado teniente y sus vecinos se han alarmado cuando le han oído disparar.

—Eso es absurdo, no he disparado a nadie, ¡vivo solo! —insistió.

—¿Le importa si echamos un vistazo? —solicitó el moreno mirando el interior de la casa por encima del hombro de Friedrich.

—¡Por supuesto que sí! ¿Con quién creen que están hablando? ¡No tienen derecho a cuestionar mi palabra! —gritó apretando los puños, tal cual Bauer hacía cuando se alteraba.

Los agentes, atónitos ante la reacción de Friedrich, fruncieron el ceño y se miraron entre ellos sin saber muy bien qué hacer. Eran jóvenes, mucho más que Friedrich, y carecientes de experiencia.

—Nosotros solo cumplimos órdenes, y...

—¡Cumplid la mía y lárguense de aquí! Ya les he explicado lo que ha ocurrido —interrumpió Friedrich.

—¿Se rebela contra la autoridad? —exclamó el rubio enervándose.

—¡Yo soy la autoridad! ¡Yo tengo más poder que vosotros dos juntos! —espetó Friedrich.

—¿Se da cuenta de que nos está dando motivos para dar parte a su superior? Usted nos califica de ineptos, pero ni siquiera colabora con el orden público —expuso con calma y respeto el moreno.

Ante eso, Friedrich no pudo hacer nada, y, completamente resignado, cedió.

—Pasad, no tengo nada que ocultar, pero haceos a la idea de que tenéis los días contados en vuestra unidad —apostilló, haciéndose a un lado para cederles el paso.

—¿Es esto una amenaza, *Obersturmführer*?

—Es una advertencia. No tolero que nadie me cuestione y mucho menos la OrPo —gruñó.

Ambos agentes, sintiendo impotencia por no poder obviar el alto rango de aquel soberbio oficial, se limitaron a echar un rápido vistazo a la morada, deseosos por marcharse de allí.

Friedrich, muy nervioso, deseó que no entrasen en el cuchitril del rellano. Sin embargo, para muy a su pesar, aquel era el único lugar de la casa que más llamaba la atención. En cuanto los agentes vieron la puerta rota en el suelo, no dudaron ni un instante en acercarse al cuartucho.

—¿Es así como adiestra a su perro? ¿Rompiendo puertas? —preguntó con sorna el agente rubio.

—Encienda la luz —exigió el otro adentrándose en la oscuridad. Friedrich caminó con dilación y pulsó el interruptor. La débil bombilla iluminó el vacío.

—Despejado —declaró el rubio.

—Ya se lo he dicho. Vivo solo —repitió Friedrich con tranquilidad.

Insatisfecho por no poder llevarle más la contraria, el agente rubio, en un último intento por descubrirle, volvió a arremeter contra él.

—Permítame comprobar que en piso superior tampoco hay nadie, *Obersturmführer*.

Friedrich tragó saliva. Pequeñas gotas de sudor comenzaron a humedecer su frente. Respiró profundamente y le cedió nuevamente el paso. Con el oído atento a cualquier señal delatora, Friedrich percibió el sonido de las botas del agente rubio subiendo los peldaños. Segundos después, sus pasos crujieron por la madera del suelo hasta que, finalmente, los chirridos de todas las puertas abriéndose le hicieron estremecerse. Tras varios minutos de silencio, el agente regresó con una mueca de desazón.

—Tenga cuidado la próxima vez, *Obersturmführer*. Si vuelve a causar un alboroto, se tomarán medidas legales. Hay un protocolo de orden urbano y usted, como alemán, debe respetarlo —repuso.

—Gracias por la recomendación, la tendré presente —dijo Friedrich despectivamente mientras les acompañaba a la salida de la casa.

En cuanto abandonaron la vivienda, Friedrich cerró con fuerza la puerta. Resopló angustiado. Sintió sus manos sudorosas, escocidas, toda su piel ardía. Miró nervioso por la mirilla y permaneció inmóvil hasta que los vio desaparecer en su vehículo. Tras unos minutos en silencio, Friedrich comprendió lo que nunca pudo haberse imaginado. La desesperación por proteger a un ser amado no podía medirse con el ínfimo afán materialista por ser representado mediante una victoria política. El amor traspasaba aquel

codiciante deseo que cegaba dañinamente a la moral de la mayoría de los combatientes. Friedrich creyó enloquecer, reconociéndose a sí mismo como una víctima del Estado. Había invertido los mejores años de su juventud en algo que terminaría por destruirle. Debía hacer algo para impedirlo. Consternado y pensativo, el joven caminó sin rumbo fijo, nervioso por encontrar a Adella. Tenían que empezar una nueva vida.

La encontró dentro de un pequeño armario, apenas respirando junto a Konradin. Friedrich les ayudó a salir y los abrazó con fuerza, jurándoles nunca más volverles a hacer pasar por la severa inquietud de una inspección.

—Tenemos que irnos cuanto antes.

—Pero Fritz, has dicho que tu trabajo está intensificándose. Si tus superiores se enteran...

—Sé lo que he dicho y también lo que estoy diciendo ahora. No podemos esperar más tiempo —alegó.

—Estoy de acuerdo, yo soy la primera que quiere irse; pero no creo que sea el momento adecuado... Tenemos que planearlo antes muy bien. Cualquier error nos privará de una segunda oportunidad —dijo ella con fundamento, convenciéndole.

Tras un incómodo silencio, Friedrich, pensativo, creyó dar con la mejor solución.

—Me aseguraré de tenerlo todo bajo control y ahorraré suficiente dinero... Tú y el niño saldréis os iréis antes —decidió al final.

—¿Y qué pasa contigo?

—Nos reencontraremos en Suiza.

—No quiero dejarte solo, ¿y si no consigues salir de Alemania? —se atormentó ella.

—Adella, escúchame, aprovechando que nadie tiene constancia de tu existencia en esta casa, quiero que te marches antes. Obviamente yo deberé cambiar mi identidad para entrar en Suiza.

Adella, al oír semejante estrategia e imaginar cuanto tiempo pasaría para poder llevarla a cabo, se estremeció.

—Haré lo imposible por sacarte de aquí —aseguró Friedrich—. Salvaré tu vida como tú hiciste con la mía —añadió.

—¿Yo?

—Tú me abriste los ojos, Adella, me has hecho sentir lo que nunca creí ser

capaz de percibir. Mira a nuestro alrededor, todo está siendo destruido, todo está costando miles de vidas inocentes... Tal vez yo sea un cobarde o un egoísta, pero no me importa. Lo único que quiero es elegir mi propio camino —manifestó Friedrich con los ojos brillantes.

Adella lo miró atónita. La confesión de Friedrich era poderosa, incitante a la esperanza.

—¿Cuándo partiría? —preguntó sin darse cuenta.

Friedrich sonrió.

—En cuestión de semanas, meses tal vez, en cuanto reúna la documentación pertinente. Pero tranquila, cuentas con la ventaja de estar prometida con un oficial de las SS.

—Pero yo soy suiza, debería poder acceder sin problemas a mi país —exclamó.

—Las cosas no funcionan así. Estando en territorio del Reich, debes acatar las leyes... De todos los países europeos, ¿por qué tuviste que venir a este precisamente? Debiste quedarte con tu abuela; al menos ahora estarías a salvo... —resopló Friedrich apesadumbrado.

—Alemania era el más cercano... Pero aún habiéndome ido a otro sitio, hubiera corrido el mismo peligro, y lo que es peor, nunca te hubiera conocido —argumentó ella con espontaneidad.

Él la miró con cariño, y dándole un tierno beso en los labios le susurró al oído:

—Desearía haberte conocido en otro tiempo, en otro lugar...

—¿Te arrepientes de mí?

—Jamás.

Adella sonrió.

—¿Qué haremos con Konradin?

—Le conseguiré papeles, y luego, cuando estemos en Suiza, seremos una familia normal y corriente.

—¿Estarías dispuesto a ser un padre para él? Esto es... extraordinario... ¿lo harías por mí?

—En realidad lo haría por él y mi conciencia. Yo maté a su padre, y eso es algo que jamás me perdonaré... Resulta tan insólita la situación, pero acepto las consecuencias y asumo cualquier responsabilidad —aseveró.

Adella le miró con ternura, percibiendo su esfuerzo por equilibrar las

cosas. No pudo sentir otra cosa que admiración por la fuerza del amor capaz de desafiar a toda fuerza que osara dañarlo. La situación, como él calificaba, era extraña pero no por ello malévolas, sino todo lo contrario. Los ojos plateados de Friedrich se posaron en Konradin. El crío le miraba un tanto somnoliento, y el oficial, con reparo, lo tomó en sus brazos. Contuvo las lágrimas mientras lo abrazaba, sintiendo la vergüenza teñir sus ojos y sus mejillas de rojo. Había cometido un gran error y no estaba seguro si aquel daño podría ser algún día perdonado.

—Es lo mínimo que puedo hacer... Salvar su vida y la de su descendencia —susurró.

—Ya lo haces, Fritz. Eres bueno y yo lo sé... Has sido una víctima más... Pero ahora sabes quién eres y qué es lo que verdaderamente quieres.

—Un hombre libre... —concluyó él mirándola fijamente.

—Y yo tu mujer. Te amo Friedrich Kießling, te amo ahora y para siempre.

E impregnándose íntegramente de aquella invencible y extraordinaria fuerza, Friedrich Kießling se juró que no fallaría. Pasase lo que pasase, nunca dejaría de intentarlo hasta lograrlo.

Capítulo 19

Diciembre de 1941.

A medida que el frío invierno helaba Hamburgo, los planes que Friedrich había comenzado a trazar se vieron abruptamente truncados.

Una epidemia de tifus se expandió en Neuengamme hasta el punto de hacer creer a los mismos operarios del campo que ni siquiera ellos podrían sobrellevarla. Sin embargo, se tomaron medidas preventivas al respecto, declarándose todo el perímetro en cuarentena. Desde su despacho, Friedrich contemplaba cómo la mano de obra, prisioneros políticos y judíos, trabajaban en nefastas condiciones, conviviendo pésimamente en los deteriorados barracones. Abrumado por los acontecimientos que presenciaba, el joven teniente no tardó en sucumbir a la presión en forma de enfermedad: la gripe, otra patología que podía ser letal.

El coronel Neumann fue quien se ocupó de dar parte de su estado de manera que Friedrich quedase exento de su labor en el campo. El mismo día que fue trasladado al hospital general de Hamburgo para una recuperación rápida y eficaz, coincidió con Alemania e Italia declarando la guerra a los Estados Unidos, y lejos inquietarse por la reciente noticia, Friedrich se limitó a emplear sus fuerzas contra la gripe en la concurrida sala sanitaria donde, conviviendo con muchos otros soldados, pasó al cuidado de varias enfermeras que le obligaron a tomar repulsivos jarabes y sopas de eucalipto además de té al limón, el cual comenzó a odiar con locura. El doctor Gerber, pendiente del joven, no olvidó a Adella, y, consciente de lo mal que lo estaría pasando, no dudó en correr el riesgo de ocultarla en su apartamento hasta que Friedrich recibiese el alta.

La primera semana en el hospital fue la peor para Friedrich quien, pese a hallar consuelo en la memoria de su último cumpleaños en los labios de Adella, acababa maldiciendo su descontrolada tos y los intensos escalofríos de dolor. Gerber, atento, trató de proporcionarle los medicamentos pertinentes,

y cuando llegaba al apartamento, Adella, preocupada, no cesaba en preguntar por su salud. Desafortunadamente, la respuesta solía ser siempre la misma:

—Todavía tiene mucha fiebre. La falta de medicinas no ayuda, pero está muy bien atendido. Estoy convencido de que en pocas semanas se habrá repuesto. Él es fuerte —le animaba el doctor.

Y efectivamente, tuvo que transcurrir una semana y media para que las cosas cambiaran. La fiebre comenzó a ceder al igual que la tos y los espasmos. A los pocos días, Friedrich había recuperado la lucidez y el apetito. Cumplidas tres semanas de reposo, el doctor Gerber, dichoso, estampó el cuño azul sobre el papel que acreditaba el alta del joven.

Cuando la chocolatera se reencontró con el oficial, no pudo evitar estrecharle fuertemente. Lo encontró más delgado y pálido, pero perfectamente repuesto. Friedrich y Adella le agradecieron a Gerber toda su dedicación, asegurando que jamás olvidarían lo que había hecho por ellos.

El regreso de Friedrich a la morada fue sin duda el mayor de los regalos que Adella Kinderman pudo recibir en aquellas sombrías Navidades de 1941. Ambos trataron de festejar de la mejor manera posible lo que las fechas simbolizaban: unión, paz y armonía. Sentimientos rasgados una vez declarada la guerra. No obstante, teniéndose el uno al otro, permanecían impasibles a la melancolía colectiva que se aspiraba en cada avenida, y, teniendo muy en cuenta al pequeño Konradin, decidieron señalar su cumpleaños el mismo día de la Navidad, simbolizando así que aquel niño de cuatro años recién cumplidos, había sido un regalo en sus vidas.

Enero de 1942.

Poco después de empezar el año nuevo, Friedrich se incorporó en Neuengamme en el momento exacto en el que, por orden del comandante, comenzaron a probarse en los laboratorios del lugar las primeras inyecciones letales para aquellos reos seleccionados como inaptos para el trabajo. Y aquello no fue todo. Cuando Friedrich se reinstaló en su despacho, contempló como la única vista que la ventana ofrecía era ahora la más escalofriante de todas. A varios metros de distancia, varios de sus camaradas supervisaban los prisioneros mientras estos arrojaban en una fosa común los cadáveres esqueléticos de sus compañeros.

—Espero que no le moleste el olor, teniente, no es agradable; pero si mantiene la ventana cerrada, no percibirá nada —le sorprendió Neumann a su espalda.

—Coronel Neumann —saludó con frialdad.

Neumann, con su característico bigote blanquecino y sus arrugas en la frente cada vez que sonreía o se enfadaba, caminó hacia el joven y lo acompañó en su contemplación del patio.

—¿Qué será lo siguiente? ¿Crematorios? —preguntó Friedrich al azar.

—*Jawohl, Kießling!* Hemos barajando varias medidas, y hemos considerado que la más eficaz es la inauguración de una sala crematoria para la reducción de cuerpos y esparcir así los restos por terrenos colindantes.

Friedrich, escandalizado, contuvo una arcada al pensar que el campo no tardaría en convertirse en un verdadero estercolero.

—Aprovecharemos también la extensión del perímetro para la mejora de instalaciones —agregó Neumann mientras se encaminaba hacia la puerta. Antes de retirarse, miró al teniente.

Friedrich, que seguía inmóvil contemplando los cadáveres en la fosa común, giró el rostro nada más apreciar su carraspeo.

—Me alegra verle repuesto, Kießling. Bienvenido a Neuengamme.

—Gracias, mi coronel —contestó Friedrich un tanto tenso.

A sabiendas de ir con un mes de retraso en su plan de escape, Friedrich maldijo la hora en la que hubo enfermado. Alerta y precavido, dedicó todo el tiempo posible en trazar la mejor estrategia para sacar a Adella y Konradin del país. Previamente, sabía que debía conseguir documentación falsa. Trabajó detenidamente todo el papeleo, siendo lo más cuidadoso posible porque, consciente del peligro que corría, no podía permitirse ni un solo fallo. Pensar en eso le ponía muy nervioso, especialmente porque estaba solo contra un sinfín de peligros. No podía confiar en nadie. Ni siquiera se atrevió a contar con Hans, a quien hacía meses que no veía y con quien temía que su relación se hubiese deteriorado a causa de su idilio con Adella... Adella... su único apoyo fue ella. Cada noche, al regresar, la pareja debatía las opciones de partida, y, aunque ella le instaba a dejarlo todo e irse con ella, él se removía muy inquieto en la silla.

—Ya hemos tenido esta conversación, Adella. Debo dejarlo todo bajo control, yo no puedo desertar así de repente, correría muchos riesgos.

—Lo harás de todos modos —replicaba ella.

—Pero ahora estoy en el punto de mira y...

—¡Siempre lo estarás si no actuamos ya! ¿A qué estamos esperando, Friedrich? ¡Vámonos!

—¿Tienes idea de lo que cuesta conseguir papeles falsos cien por cien creíbles? ¿Tienes idea de la suma de dinero que debo tener ahorrada? ¡No puedo cubrirlo todo de golpe! ¡Entiéndelo! Estoy igual, o incluso más desesperado que tú por salir de este maldito país. Sé razonable, Adella, he de hacer las cosas bien para evitar problemas; pero te juro que, sea como sea, nos iremos a Suiza antes de que acabe la guerra —exclamó.

Adella contuvo la respiración y bajó la mirada. Él tenía razón. Lo oyó suspirar.

—Conseguiremos escapar, confía en mí, lo conseguiremos y viviremos en paz.

Febrero de 1942.

Las fechorías en Neuengamme iban en aumento. La apertura de diversas factorías de munición y armamento obligó a centenares de reos a trabajar hasta la extenuación. Observando a los cautivos desde su ventana, Friedrich contenía el aliento al ver los homicidios a mano armada por parte de sus camaradas. Comenzó a sentirse culpable. Pensó en sus logros y condecoraciones. Todo lo había logrado por obra de la estricta educación recibida, la misma educación que le había cegado hasta el punto de impedirle pensar por sí mismo. Conocer a Adella le había supuesto una ruptura a encadenamiento, y ahora, siendo testigo de la degradación al pueblo judío, no podía sentir otra cosa que vergüenza y remordimiento.

Semanas después, el joven logró cumplir su cometido personal. Fue a finales de febrero cuando, al llegar a la morada, tendió sobre la mesa los pasaportes. Adella admiró fascinada las cartillas. Observó cada cuño, cada estampa, cada dibujo del águila. Ahí, entre esas páginas figuraba el ficticio historial de ella y el del niño que les acreditaba como madre e hijo.

—Es asombroso... ¿Y qué harás tú? —preguntó expectante.

—Reunir suficiente dinero sin llamar la atención. Tenemos que estar preparados ante cualquier imprevisto.

—¿Qué podría suceder?

—Cualquier cosa, retraso de trenes, cancelación de billetes... Por eso es importante el dinero, nunca sabes cuándo puedes prescindir de una buena prima —expuso encogiéndose de hombros.

—¿A caso te refieres a...?

—Así es, el soborno es una táctica muy factible para conseguir ciertas cosas aparentemente prohibitivas en estos tiempos —interrumpió.

—Pero ese tipo de trato puede ser muy peligroso —Se espantó llevándose las manos a la cabeza.

—Más peligroso es que pasen por encima de ti cuando sabes que podrías

ser tú quien pasase por encima de ellos, ¿no crees? A esto se le llama supervivencia. Solo digo que es muy importante disponer de dinero cuando no hay opción de jugar limpio... Todo esto lo hago por prevención. Konradin y tú tenéis ya vuestro pasaporte y vuestras cartillas de identificación, ahora es cuestión de esperar unos días más para que tenga listo tu itinerario.

—¿Mi itinerario?

—Quiero que hagas el menor número de transbordos posibles.

—Pero Fritz, puedo cuidarme yo sola, mi documentación está en regla y...

—¿Qué pretendes? ¿Hacer vida en una estación hasta que otro tren te acerque a la frontera? Pueden pasar días e incluso semanas. Me niego rotundamente a que estés más tiempo en territorio alemán si y o no estoy contigo.

—Pero yo...

Adella calló de golpe nada más sentir la mano izquierda de Friedrich sobre sus labios.

—Trazaré el mejor itinerario para que llegues lo antes posible a Basilea. Te lo prometo —aseguró con toda la sinceridad de la que fue capaz.

Ella creyó en su palabra, en sus brazos y en su manera de hacer las cosas. Con él se sentía segura.

—¿Podrás vivir en Suiza sin problemas?

—Por supuesto. Empezaremos desde cero, nos casaremos y seremos una familia como otra cualquiera —aseveró.

Adella palideció, temiendo que pudiese ocurrir lo contrario.

—¿Y si...? —comenzó

—¿Y si dejas de ser negativa? Yo siempre consigo lo que quiero —exclamó él altivo, comenzando a exasperarse.

Ella lo notó y trató de apaciguarle al besarle de improviso. Friedrich respondió enseguida rodeándole la cintura, y dispuestos a dirigirse al preciado diván isabelino, vieron su fuego apagado por unos fuertes disparos. Adella miró asustada a Friedrich. Este, sin decir palabra y con el semblante tan frío como serio, la tomó de la mano y la llevó junto al niño.

—Pase lo que pase, sea donde sea, sobreviviremos —le susurró al oído.

Capítulo 20

Meses después. Abril de 1942.

El reflejo volvió a revelar su demacrado rostro. Desde hacía semanas se observaba detenidamente en el espejo, al igual que se preguntaba qué les depararía el destino puesto que nada de lo previsto había sucedido. Los constantes bombardeos en Hamburgo, más las laboriosas funciones de Friedrich en el campo, habían retrasando todo avance en cuanto a su plan se refería. Y aquella mañana, la última de abril, creyendo que sería un monótono e insulso día más, ocurrió lo inesperado.

Friedrich ya había partido hacia Neuengamme, Adella, limitándose a ser lo más silenciosa posible en sus quehaceres domésticos, no pudo evitar volverse a mirar en el espejo. Desde hacía tiempo se notaba cambiada, distinta, algo más pálida, con vértigos y náuseas. Un malestar que no la inquietaba demasiado ya que creía que todo aquello era el resultado del estrés acumulado. Sin embargo, ese mismo día, poco antes del regreso de Friedrich, la joven se sumió en una extrema ansiedad. Había despertado de la siesta con una inusual hambre atroz. Aprovechando que Konradin se mantenía absorto dibujando en un cuaderno, fue directa a la despensa donde se dejó llevar por su instinto. Tenía el paladar sediento de dulces, de chocolate. Comenzó a comer toda clase de galletas a su alcance. El azúcar y el aroma de la canela en aquellas delicias le supieron a gloria. Engulló sin detenerse a degustar el verdadero sabor hasta que, casi atragantándose, se detuvo de golpe, sintiendo haber vivido en una terrible mentira. La canela, lejos de ser adictiva, le supo de lo más amarga y repulsiva. Escupió el acopio de la masa de las galletas al suelo y se quedó muy quieta, saboreando los restos entre sus dientes cuando una ácida arcada le subió a la garganta. Instintivamente corrió al baño donde vomitó bruscamente. Una ola de calor le hizo sentir un mareo y Adella descansó unos minutos sobre el retrete. Al levantarse, volvió a sufrir una nueva arcada. Y otra vez, vomitó. Transcurrido un rato, la joven sintió reponerse, y tras lavarse el sudor de la cara con agua helada, pensó en qué podría estar pasándole. Tal vez estaba enfermando. Se llevó la mano a la

frente y descubrió la ausencia de fiebre. Tal vez un empacho, pero, pensándolo mejor, no podía tratarse de eso puesto que era muy cuidadosa con los excesos. Entonces, instintivamente, realizó los cálculos y dio con el resultado.

¡Aquello no podía estar pasando! La fecha de su período había pasado y nada había ocurrido. Ni un dolor, ni una gota de sangre... Nada. Adella se contorneó el vientre, percatándose así del pequeño hinchazón. Solo entonces estuvo segura. Estaba embarazada. Miles de preguntas sin respuesta rondaron por su cabeza. Un embarazo en aquellos tiempos no vaticinaba nada bueno, y sin embargo, Adella quería a ese fruto que se gestaba en sus entrañas, ese fruto que era la irrefutable prueba de que sí era posible de que en mitad de la guerra, un nazi y una judía pudieran romper las reglas enfrentando al odio con el arma más poderosa de todas: el amor.

Pasados algunos días, teniendo la absoluta certeza de que estaba embarazada, Adella aguardó al momento idóneo después de la cena, cuando el niño ya dormía y Friedrich cerraba el *Das Reich*, concluyendo así su lectura.

—¿Sabes? Hoy tuve que encubrir al camarada Koenig, adivina lo que hizo esta vez. El muy insensato se había traído una prostituta a su despacho, como lo oyes... Fue una verdadera odisea conseguir que la chica saliera sin ser vista por Neumann. Algún día de estos, Koenig va a meterse en serios problemas —comentó Friedrich divertido, relatándole la nueva aventura de uno de los hombres a su cargo.

Adella esbozó media sonrisa. Le resultaba grato oír las imprudencias de aquel soldado.

—Koenig es el del pelo tan brillante, ¿verdad? ¿Ya se lo ha cortado? —bromeó.

—No, y créeme que Neumann está calentito con ese asunto. Le ha obligado a usar casco, pero Koenig no obedece. Tendrías que verlo pasear por la oficina, su pelo es un fenómeno.

Y era la verdad. El cabello rubio del recluta Koenig era extraordinario, casi mágico, brillando con extrema intensidad bajo el sol, era el rival de sus mismismos rayos.

Adella asintió sin perder la sonrisa, luego, bajo la mirada risueña de Friedrich, se apoyó en el marco de la puerta y le miró fijamente.

—Hoy estás muy callada. ¿Te ha pasado algo? —preguntó él sin perder la sonrisa.

—Estoy embarazada —declaró tajante, rotunda, sabiendo que era lo mejor.

Atónito ante la inesperada noticia, Friedrich contuvo la respiración, y, por un momento, no entendió lo recién sabido, como si las dos palabras que acababa de pronunciar careciesen de sentido. Ella, con el gesto preocupado, temió su reacción.

—¿Cómo dices?

—Estoy embarazada —repitió con arrobo.

—Yo... ¡Voy a ser padre! —exclamó con gran entusiasmo mientras se levantaba del sillón.

Adella, aliviada al verle tomar la noticia de buen agrado, se apresuró a abrazarle.

—*Mein Schatz*, mi *chocolatita*, esto es uno de los mejores regalos que puedes darme, ¡te quiero tanto! —dijo Friedrich melosamente, besándola por toda la cara.

—¿Complicará mi estado mucho las cosas? —se atrevió a preguntar.

—No, Adella, todo irá bien —aseguró sin parar de besarla.

Ella le miró con grata devoción, con pura fascinación.

—Mañana mismo le comunicaré la buena noticia a Gerber, y de seguro querrá verte y controlar que todo va bien —exclamó Friedrich.

—Pero, ¿cuánto tiempo más necesitarás para tenerlo todo bajo control? Creía que pronto nos iríamos a Suiza... Aunque bueno, llevo pensando eso desde hace meses... —replicó ella.

Friedrich frunció el ceño.

—Nuestro hijo nacerá al margen de la guerra, Adella, te lo prometo —dijo un tanto a la defensiva.

Resoplando, Friedrich se apartó de ella con su porte serio. Adella, arrepentida por haber hecho aquel comentario se mordió los labios.

—Ve a dormir, necesitas descansar —dijo él de repente.

—Tú también —se apresuró a decir ella tendiéndole la mano.

—Déjame solo... Por favor —agregó, dándole la espalda mientras se dirigía hacia la ventana.

¿Qué había sucedido? ¿Por qué tanta hostilidad de repente? Adella también le miró con el ceño fruncido, y, frustrada, salió del salón. Friedrich, también frustrado, resopló abatido. La noticia del embarazo le había maravillado, pero también había turbado sus expectativas, y por si fuera poco, la presión a la que estaba sometido todos los días, no ayudaba que pudiera sentirse reconfortado.

Sacó un cigarrillo de su cajetilla plateada y comenzó a fumar mientras miraba por la ventana. Al acabar, un poco más repuesto, decidió ir a hablar con ella.

—Adella, lo siento. Estoy muy feliz por la noticia pero también nervioso... Quiero que sepas que estoy haciendo todo cuanto está en mi mano para que puedas irte cuanto antes —le aseguró nada más entrar en su habitación.

—Yo también lo siento... Sé que estás muy agitado en Neuengamme y lo último que quiero es presionarte yo también... —dijo ella desde la cama. Friedrich se tumbó a su lado. Se mantuvieron en silencio durante minutos, disfrutando de la cercanía del otro, respirándose, ella como esencia de chocolate y él de otoño.

—Estaremos bien... Como hasta ahora, y Gerber nos ayudará también en lo que pueda... Estaremos bien... —dijo antes de dormirse.

—Así es *chocolatita*, te quiero —susurró él besándola en el pelo, facilitándole el sueño. Adella sonrió y, sintiéndose muy relajada, a Friedrich se durmió abrazada.

Mayo de 1942.

A la mañana siguiente, el sol brillaba en el cielo, indicando que la primavera había llegado definitivamente. Tal y como Friedrich le hubo prometido, el doctor Gerber acudió a primera hora de la tarde, pulcro, impecable, con su maletín viejo y bata blanca en mano. Saludó amistosamente al joven Friedrich y este, no sabiendo si debía ser él quien le diera la noticia, se limitó a sonreír y a guiarle hasta su dormitorio donde Adella seguía en cama tras haber amanecido con náuseas. Nada más verla, Gerber supo lo que pasaba.

—Espero que esto no empeore las cosas. Un embarazo en estos tiempos puede ser peligroso, más aún en vuestra situación —comentó.

Auscultó a Adella con detenimiento y le tomó la tensión..

—Padeces los primeros malestares del embarazo. No obstante, te extraeré un poco de sangre para asegurarme de que todo está bien.

—Gracias, doctor Gerber —dijo ella.

—No se merecen, es mi trabajo y vocación, cualquier cosa que necesitéis, no dudéis en avisarme.

—Lo cierto es que tengo una duda. Creo que me quedé hace dos meses aproximadamente, y me preguntaba el motivo... —dijo de repente Adella, ruborizándose.

—Bueno, no es difícil dar con la respuesta —sonrió Gerber.

—Creí que no sería sencillo...

—Es cierto que debido al estrés, una mujer puede tener dificultad para quedarse embarazada, pero no hay que considerar ese estado de agitación como un tipo de anticoncepción —explicó Gerber—. Lo que me gustaría saber es si habíais planeado esto, porque, sinceramente, no es un buen

momento que vosotros dos tengáis un hijo.

—Simplemente ha ocurrido —dijo Friedrich.

—Solíamos tomar precauciones, éramos conscientes de que un embarazo complicaría las cosas, pero aun así, bienvenido sea —agregó ella con contundencia.

Aquel talante, franco y directo, bastó para conmover a ambos hombres, quienes veían en ella la ejemplificación de una mujer brava, dispuesta a mantener el coraje para seguir adelante.

—También me gustaría comentar algo... Algo que me inquieta, y es que... Yo nací de un embarazo complicado. Mi madre murió poco después de dar a luz, sé que padecía de algo, y temo que pueda pasarme lo mismo —reveló ante el semblante asustado de Friedrich.

Gerber, lejos de abrumarse como el joven, levantó con cuidado la mano e hizo una seña de calma. Se acomodó mejor sus anteojos dorados y trató de disipar la recién tensión que se había sembrado en la habitación. Extrajo una diminuta jeringuilla y, antes de tomar su brazo izquierdo, le dijo:

—No tiene por qué ocurrirte lo mismo, Adella, depende de la patología, pero te haré una analítica para descartar cualquier problema. No te preocupes, seré muy discreto. De momento solo puedo pedirte que reposes mucho y sigas una dieta especial. —Y tras extraerle unos mililitros de sangre, sacó un papel amarillento de su maletín y una pluma púrpura.

Con la agilidad propia de un médico recentando un tratamiento, Gerber no tardó ni siquiera un minuto en redactar la lista de los alimentos que podía y no debía consumir en su estado. Al acabar, le entregó el escrito y aguardó paciente a responder nuevas dudas.

Adella volvió a agradecer su atención y, a partir de aquel día, actuó muy prudente a la hora de seleccionar sus comidas. Sin embargo, no tardó en mostrarse reacia a ingerir cualquier alimento. Con el paso de los días, las náuseas se intensificaron. Friedrich, alerta ante cualquier detalle, no cesó a la hora de cuidarla en todo momento. Se levantaba más temprano para ocuparse personalmente de preparar cada comida y de asegurarse de que Adella se alimentase. En su despacho, cuando y a ni siquiera le quedaban cigarrillos, comenzaba a morderse las uñas, a exasperarse por no poder desatender su estúpido puesto y a maldecir en silencio. Actuando en la más absoluta discreción, Friedrich comenzó a preparar los documentos restantes para formalizar su huida limpia, llegando a encontrar con varias dificultades que

volvieron a retrasar aquel delicado proceso.

En las oficinas de Neuengamme reinaba la más pura de las presiones, y nada más concluir su jornada, el teniente Kießling salía rápidamente por la puerta y se dirigía al patio principal donde centenares de ojos se clavaban en él. Se trataba de los prisioneros que, tras reconocerlo como uno de los oficiales más influyentes del campo, presentaban con impotencia y a regañadientes sus respetos, agilizando pues sus movimientos a la hora de trabajar. Friedrich, perturbado al apreciar su esfuerzo por demostrar buenas aptitudes físicas, miraba cabizbajo el suelo. Se sentía avergonzado cuando se exponía ante ellos, negándoles la mirada la mayoría de las veces. Ellos le desolaban. ¿Qué podía hacer para liberarles de aquel sufrimiento? Nada. ¿Qué debía hacer para detener aquello sin morir en el intento? Nada. Él también era una víctima del campo, a su manera, con sus propias circunstancias, pero lo era. Impotente, clavó su vista en el frente, serio, rotundo, aparentando aquel haz de soberbia que tanto le había caracterizado en el pasado. Subió al coche donde Gustav Krupp le aguardaba y, como siempre ocurría durante el trayecto, ninguno de ellos pronunció palabra alguna.

En ocasiones, Gustav Krupp analizaba disimuladamente al teniente a través del retrovisor, encontrándolo cada vez más abstraído, y deduciendo que su mente estaba a kilómetros de allí. ¿Qué podía atormentarle tanto? Gustav sabía que no era solo su trabajo. Había algo más. Ajeno a sus intenciones por descubrirlo, el teniente Kießling descendía del coche sin ni siquiera despedirse, recalcando nuevamente su animadversión hacia Krupp. Luego, tras desaparecer por la puerta de la mayestática morada, respiraba aliviado por haber regresado junto a ella pero, al mismo tiempo, la frustración que albergaba en su interior delataba su alegría incompleta. Otro día más, sin noticias nuevas del plan que ambos tanto ansiaban por concluir al llegar a Suiza. Adella tampoco estaba muy contenta al respecto. Tal y como se había diagnosticado a sí misma, su embarazo daba incicios de ser uno difícil. Sin apenas apetito, pasaba muchas horas en la cama con terribles dolores de cabeza. Cada mañana, al despertar, a sabiendas de que Friedrich no estaba, se levantaba con una fuerte molestia en el vientre, la cual ingoraba durante los minutos que tardaba en darle el desayuno a Konradin. El pequeño, por su parte, al enterarse del embarazo, pretendió convertirse en su cuidador, y Adella muy dichosa, le agradecía su genuina atención llevándolo al dormitorio de Marlis para contarle cuentos antes de quedarse los dos dormidos.

Parecía que la rutina no cambiaría pero, en una de las tardes, tras haber conseguido que Adella por fin se acabase de comer toda la cena, Friedrich telefoneó a Gerber. Ni siquiera habían transcurrido dos semanas desde la primera visita pero sentía que debía hacer algo. Adella, lejos de engordar, adelgazaba cada vez más, y Friedrich temía por su salud. El doctor Gerber llegó horas después de la llamada de Friedrich con los resultados de la analítica. Parecía no haber indicio de ninguna patología, pero Gerber, muy consciente de su elevada presión arterial, comenzó a sospechar la posibilidad de que Adella pudiera desarrollar una preeclampsia, terrible patología hereditaria, mortal en su mayoría de casos. Sin pruebas suficientes, el médico guardó silencio al respecto a fin de no preocuparles más de lo que estaban. Aún así no dejaría de controlar la evolución de la futura madre.

En presencia de Friedrich, Gerber mantuvo una seria conversación con Adella, advirtiéndole de que debía poner de su parte para reponer fuerzas. Ella, un tanto azorada por la reprimenda, aceptó su responsabilidad.

—Es común la pérdida de apetito, pero transcurrido el cuarto mes, las hormonas se estabilizan y la gestación se vuelve granítica, causando que el apetito aumente. Puede parecer un proceso lento, pero no debes dejar de comer estos primeros meses, de lo contrario, el feto podría presentar problemas de desnutrición, ¿entendido? —aseveró Gerber.

Friedrich, mucho más involucrado en la conversación, asintió repetidas veces antes de mirar a Adella. Esta, resignada, asentía con menos pasión.

—Si todo sigue su ciclo natural, el bebé nacerá a finales de diciembre o, como muy tarde, a principios de enero —determinó Gerber.

Friedrich frunció el ceño y, sin necesidad de decirle nada a nadie, pensó exactamente lo mismo que Adella. ¿Dónde y cómo estarían en aquellas fechas?

Capítulo 21

El humo blanquecino era expulsado con gracia de entre sus labios al unísono que el ennegrecido humo que emergía de la alta chimenea enladrillada. Ni siquiera había transcurrido un mes desde la inauguración de aquel maquiavélico plan en Neuengamme. El primer crematorio estaba en funcionamiento y más de cien víctimas habían sido escogidas para probarlo una vez habían sido fusiladas. Mirando compungido la quema cuyo fin era eliminar los restos, Friedrich se estremeció en su despacho. En cuanto terminó su colilla, contempló detenidamente el diminuto mapa del Reich que guardaba en un cajón. Ahí estaban señaladas todas las comarcas por las que debería atravesar hasta llegar a Suiza. Trazó con su alargado dedo índice izquierdo el recorrido. De norte a sur, de oeste a sudeste. Sería un largo viaje y Friedrich temía por el embarazo de Adella.

Aprovechándose de los privilegios que su rango le otorgaba, y a la sombra, el teniente Kießling logró conocer con semanas de antelación los horarios pertinentes de los convoyes que Adella debería tomar junto al niño. Todos aquellos trenes tenían en común su descenso al sur del país. Por un momento, Friedrich pensó en volverse a asegurar de que no había ningún tren con destinación directa a Suiza desde Hamburgo. La búsqueda dio nuevamente resultados negativos. La distancia entre Hamburgo y Basiela era demasiado extensa para un combustible que comenzaba a escasear. Pensar en eso le ponía de mal humor puesto que temía que las cosas pudieran torcerse. Sin embargo, se consolaba al pensar que con los buenos papeles que portaría, nadie la detendría.

Inquieto, volvió a tomar su cajetilla. Comenzó a fumar. ¿Quién iba a decirle años atrás que él mismo se vería implicado en la falsificación documental de una judía para salvarle la vida? Desde luego, quién se lo hubiera dicho, Friedrich hubiera pensado que estaba loco de remate.

A los dos meses y medio del embarazo, Adella pudo al fin recuperar el color y el apetito. Se la veía animada, feliz, justo la antítesis del preocupado y

ansioso estado de Friedrich.

—En unas semanas tendré listos vuestros últimos papeles... ¿Crees que lo lograréis? —titubeó Friedrich.

Adella lo miró ofendida. Se llevó las manos a la cintura y frunció el ceño hasta dibujarse casi cien arrugas en la frente. Friedrich, al verla, contuvo una risa nerviosa.

—¿Cómo te atreves a dudarlo? Si conseguí entrar en Alemania podré salir perfectamente —bufó convencida.

—Viniste antes de la guerra, eso cambia las cosas —repuso él.

Adella puso los ojos en blanco. No le llevó ni siquiera cinco segundos en contraatacarle.

—¿Acaso no es más seguro viajar con la documentación sellada por las SS que con una simple cartilla como la que traje yo cuando llegué a Hamburgo? Esta vez tengo una gran ventaja —dijo desarmándole.

—Ven aquí, niña traviesa —exclamó Friedrich dejándose llevar por la emoción.

Sostuvo a Adella de las mejillas y mordisqueó juguetón sus labios. Ella, como de costumbre, acababa de brindarle optimismo para sobrellevar la presión de maniobrar contra sus superiores.

A final de mes consiguió toda la documentación legal de Adella y Konradin. Una madre alemana partirían a Suiza con su hijo para visistar a unos familiares. La argucia era perfecta. No obstante, Friedrich no dejaba de sentirse intranquilo. El primer destino de Adella sería Núremberg donde, desde allí y en ese mismo día, tomaría un nuevo tren con dirección a Stuttgart. Al día siguiente, al atardecer, estaría sana y salva en Basilea. Sin embargo, el plan volvió a truncarse. Lo que a su vez podía otorgarle ciertas ventajas como teniente, también podía acarrearle inconvenientes, especialmente en los momentos menos esperados.

Ocurrió a vísperas de junio. Friedrich recibió un comunicado urgente del coronel Neumann. Una nueva misión por abordar.

—¿Brandeburgo? —se extrañó Friedrich.

—Así es, Kießling, usted estará al mando de la deportación de 348 prisioneros rusos a Sachsenhausen, siendo su responsable y estableciéndose allí hasta nuevo aviso —expuso Neumann.

Friedrich contuvo la respiración mientras le miraba fijamente, aguardando

más detalles. Neumann depositó sobre la mesa varios informes confidenciales.

—Se precisan jóvenes eficientes como usted, Kießling. Al fin y al cabo, los jóvenes sois el futuro del Reich.

—Por supuesto, mi coronel. Permítame preguntarle, ¿cuándo seré transferido?

—En junio.

—Pero... Eso es en dos días... —susurró con nerviosismo.

Neumann sonrió cínicamente.

—Tenga listo su equipaje... A propósito, yo me ocuparé de Laska en su ausencia —le dijo antes de hacerle una seña para que se retirase.

Y Friedrich asintió, no queriendo prolongar más la conversación. Maldijo para sus adentros. Su plan de escape se iba al garete dado que, al no haber adquirido los pasajes todavía, ella no podría regresar a Suiza.

Al atardecer, nada más enterarse de su inminente partida, Adella comenzó a sofocarse. Friedrich, sujetándola entre sus brazos, trató de buscar una rápida solución. Adella, angustiada, hizo un sobreesfuerzo por dominar la agitada sensación que le estremecía de dolor por dentro. Él era un SS pese a todo, él sabría como actuar frente a los percances.

—¿Hasta cuándo? —Se atrevió a preguntar una vez consiguió apaciguar su sensación de ahogo. Friedrich, sentado a su lado en el diván, frunció el ceño.

—No soy yo quien lo determina.

—Lo sabía... ¡Lo sabía! —espetó furiosa, levantándose bruscamente. Caminó unos pasos dándole la espalda y luego, tras un resoplido, se giró —. Temo que tardes meses en volver como cuando te fuiste a Gartz ... —añadió. Friedrich, indignándose, también se levantó.

—Puede que no tenga poder para decidir mis destinos ni mi estancia en ellos, pero puedo influir en las decisiones de mis superiores.

—¡Lo que dices es absurdo!

—Tengo nombre. No olvides que pese a todo soy teniente.

—Interesante, un teniente que no puede desobedecer órdenes de sus superiores pero a su vez es capaz de persuadirles según lo que le convenga, ¡eso no tiene sentido! —exclamó rabiosa.

—Mi posición me otorga ciertas ventajas pese a todo, pero hay órdenes que no puedo obviar. De hacerlo sería arrestado, ¡y tú no quieres eso! ¿O sí? ¿Quieres que desierte justo ahora para que me fusilen por traición? ¡Responde!

¿Quieres echarlo todo a perder? —bramó Friedrich zarandeándola fuertemente por los hombros, olvidándose por un momento del embarazo.

Adella contuvo el aliento. Miró directamente a aquellos furiosos ojos grises. Sabía que le estaba agobiando, sabía que le estaba presionando más de lo que ya estaba y, ante ello, su sentimiento de culpabilidad fue en aumento. Bajó la mirada en señal de arrepentimiento. Entonces, también afligido por su rudo comportamiento, el oficial la soltó.

—Te esperaré... —susurró ella al final.

Friedrich suspiró por la paciencia y confianza que ella seguía depositando pese a todo en él. Alzó los brazos y, acariciándole con sutileza por la espalda, la llevó hacia él para abrazarla. Adella, cerrando los ojos, reclinó la cabeza en el pecho masculino y sollozó. Friedrich trató de recomfortarla.

—Sé que lo harás, pero no será aquí. Negociaré con *Frau* Lenz para que...

—¿Negociar? Ni hablar, no quiero quedarme con ella —protestó.

—No es cuestión de querer, Adella, es de deber, ¿acaso conoces otro lugar para estar a salvo sin mí? —replicó él sujetándola por el mentón.

—No creo que quedándome con *Frau* Lenz, la convivencia sea buena hasta tu regreso. No sé si soportaré durante los próximos meses, porque eso es lo que tardarás en volver, ¿verdad? ¡Meses! —exclamó nuevamente con fastidio.

—¡Ya basta! No vamos a discutir más por esto. ¡Dime! ¿Dónde diablos quieres estar hasta mi regreso en meses? —recalcó irónico mientras agudizaba su voz para imitar la de ella.

—En *Schokolade Gold* —dijo sin más.

Friedrich frunció más el ceño, rechazando la proposición.

—No es un lugar seguro.

—¿Entonces, para qué me preguntas a dónde quiero ir? ¿Dónde quieres que me esconda? ¡Porque te recuerdo que nada es seguro para mí! —exclamó irritada, y tras respirar hondo, giró sobre sus talones y salió del salón cerrando violentamente la puerta tras de sí.

—¡Tampoco para mí! —bramó Friedrich.

Rabioso conforme estaba, el oficial cerró sus puños con fuerza en un vano intento por calmarse y, al final, con la cólera contenida, pataleó una de las sillas con tanta fuerza que acabó por romperle una pata. Exasperado, se dirigió a la vitrina donde, además de alcohol, guardaba tabaco. Comenzó a fumar. Se sentía hastiado, agotado. Su paciencia estaba rozando el límite y por segundos

creyó que perdería definitivamente la cordura. Se sentó en uno de los sillones. Laska, su fiel mascota, que había permanecido a la sombra, se acercó lentamente hasta su amo y se sentó a dos patas frente a él, como si de alguna forma u otra estuviera entablando una conversación con él. Friedrich pestañeó varias veces, aún con el ceño fruncido, y trató de apartarla con el pie. Laska ladró en total desacuerdo y Friedrich rodó los ojos. Sabía lo que tenía que hacer. Dejando a un lado su orgullo, apagó el cigarro y se levantó. En cuanto Laska le vio abrir la puerta del salón, salió apresuradamente dirigiéndose al cuchitril donde sabía que estaba Adella. Friedrich, siguiéndola, no pasó por alto los sollozos de la joven. Avergonzado por como la había tratado, atravesó el hueco roto de la puerta que él mismo hubo destrozado tiempo atrás. La imagen de ella arrodillada en un rincón, cubriéndose con los brazos el voluminoso estómago, le dejó completamente atribulado. Sin decir palabra, Friedrich se arrodilló a su lado y la abrazó. Transcurrido un rato, él pronunció las anheladas palabras y ella pudo al fin tranquilizarse.

—Tal vez sea buena idea que regreses a la chocolatería... Ha pasado demasiado tiempo. Mañana visitaré a *Herr* Kesler y le informaré de nuestra situación. Él te protegerá durante mi ausencia.

—Lo hará, ten por seguro que lo hará —aseveró.

—No dudo de ello, no es la primera vez...

Enjugándose los restos de lágrimas, Adella se incorporó y le sonrió tímidamente. Friedrich la imitó. Volvieron a abrazarse. Adella aspiró una vez más el perfume varonil. Otoño. Sin duda iba a echarle de menos. Levantó la cabeza y, atrayéndolo con la mirada, tomó su apolíneo rostro entre sus manos para besarlo.

—Te quiero hasta el final de los tiempos y más allá de ellos mismos— susurró Friedrich llevando sus manos al vientre de Adella donde una vida se gestaba en medio de la guerra, demostrando que pese a los tiempos oscuros, siempre habría una luz de esperanza.

Capítulo 22

Junio de 1942.

Dos años y dos meses habían tenido que pasar para que Adella se reencontrase con *Herr Kesler* y *Pauline*.

Cuando su mejor amiga la vio, corrió escaleras abajo en cuanto oyó a *Herr Kesler* exclamar el nombre de Adella. El alba ni siquiera había nacido cuando unos leves, pero insistentes, golpecitos en la puerta llamaron la atención de *Herr Kesler*.

Adella miró con los ojos vidriosos toda la estancia, no pudiendo creer por un momento que verdaderamente estuviera allí, pisando las baldosas turquesas y rosas. Se sintió volver al pasado. Todo seguía igual a excepción de los rostros más delgados y un tanto demacrados de *Herr Kesler* y *Pauline*.

Nada más verse, *Pauline* y Adella se abrazaron, llorándose de felicidad al oído, expresándose la añoranza que habían sentido. *Herr Kesler* también se sumó al abrazo, mientras que *Friedrich*, un tanto distante para dejar que Adella se deleitase con el reencuentro, se mantuvo expectante con *Konradin* a su lado. En cuanto *Herr Kesler* se volvió hacia ellos, con la sonrisa de oreja a oreja y los brazos abiertos, *Konradin* le reconoció al instante. Apartándose de *Friedrich*, corrió a abrazarle, rememorando el delicioso aroma que *Herr Kesler* desprendía a chocolate. También abrazó a *Pauline*, recordándola como su mejor aliada cuando le daba onzas de chocolate a escondidas. Viéndoles disfrutar del niño, Adella se acercó a *Friedrich* y le tomó de la mano, acariciándosela, agradeciéndole con la mirada el haber sido el autor de tan feliz acontecimiento. Él también sonrió, contagiándose de la serenidad que ella transmitía, reconociéndose a sí mismo, una vez más, lo mucho que valía la pena ser acreedor de sus sonrisas.

—¡Estás embarazada! —advirtió *Pauline*.

Herr Kesler dejó de elevar a *Konradin* entre sus brazos y, atónito, posó sus

ojos en el vientre de Adella, descubriendo la evidencia.

—Si sus superiores se enteran...—puntualizó mirando a Friedrich.

—Eso no sucederá —repuso él con fiereza.

Completamente abrumado, *Herr Kesler*, se quitó su toque blanco y se abanicó con él.

—Estoy muy feliz de verte, Adella, pero creo que tu relación con el alemán se te ha ido de las manos —comentó.

—Le agradecería que no hablase como si yo no estuviera presente —intervino Friedrich ofendiéndose.

Herr Kesler le dedicó una mirada fría, tan seria como la suya.

—Estoy tratando de controlar la compleja situación en la que vivo desde que estoy con ella —expuso Friedrich.

—Lo sé, teniente, lo sé muy bien al igual que usted sabe que no es el único —dijo *Herr Kesler*.

—Mañana partiré a Brandeburgo y quisiera que, durante mi ausencia, usted proteja a Adella.

Herr Kesler, que había comenzado a sospechar el motivo de la visita en cuanto vio las dos maletas que llevaba Friedrich, comenzó a preocuparse ante el temor de una posible inspección de la Gestapo.

—Todos corremos riesgos, *Herr Kesler*, yo el que más —comentó Friedrich, intuyendo sus pensamientos.

—¿Qué opina *Herr Bauer* de todo esto? —preguntó Pauline de repente.

—Bauer cree que Adella está muerta, además, él ni siquiera está en país —contestó Friedrich.

—Entonces son ciertos los rumores, ¿Bauer está en el frente?

—¿En el frente? No, fue transferido a un campo de trabajo en Polonia.

Sabiéndolo con certeza, *Herr Kesler* y Pauline se sintieron aliviados.

—Está bien. Cuidaremos de Adella, la Gestapo no tiene porqué volver a investigarnos. Desde hace año y medio, nadie sabe nada del paradero de Adella. Eso es una gran ventaja... —dictaminó *Herr Kesler*—. Pero exijo una condición... —añadió mirando a la pareja, ganándose toda su atención—. Bajo ningún concepto, deberás salir de tu habitación. Este es el trato. Nadie, absolutamente nadie, debe saber que estás aquí —prosiguió mirando a Adella. Ella asintió rápidamente con la cabeza.

—Se lo prometo, *Herr Kesler*, no haré nada que pueda perjudicarnos.

—En ese caso, puedes subir a tu habitación —la invitó *Herr Kesler* con una pequeña sonrisa. Se la veía claramente sincera, más madura y serena. Nada en comparación con aquella joven impulsiva que tantos estragos le había causado en el pasado.

—Gracias, *Herr Kesler* —dijo Friedrich antes de ayudar a Adella a subir su equipaje.

Al entrar en la sencilla habitación que había compartido con Pauline desde su llegada a Hamburgo, Adella, conmovida, lanzó una alegre exclamación. Todo estaba como la última vez. La pintura, alimonada, hacía de la estancia una muy acogedora que, junto a las flores, las velas y los cuadros de antiguas fotografías de Hamburgo, le hacían recordar tiempos de paz. Se acercó a la cama del lateral izquierdo bajo la pequeña ventana. Su cama... Se sentó en ella. Se tumbó entre risas. Aspiró el ambiente. La madera de los muebles la hizo sentir pletórica. Friedrich, apoyado en el marco de la puerta, sonreía con fascinación mientras la miraba.

—En una hora abriré... Os dejaré un rato a solas mientras le preparo a Konradin un buen batido para desayunar —dijo *Herr Kesler* irrumpiendo en la habitación —. Si necesitáis algo, estaré abajo —agregó antes de cerrar la puerta y marcharse.

—Espero que al quedarte aquí, no sufras tanto por mi partida —comentó Friedrich con depositando las maletas junto a la cama de Adella.

—Bueno... Quería estar aquí... Y te voy a echar de menos igualmente.

Friedrich asintió en silencio. Luego, cambiando su semblante por uno serio, se sentó en uno de los bordes de la cama y miró a Adella fijamente.

—No quiero que hagas nada indebido, ¿me oyes? Nada —recalcó

—Lo único que haré será respirar e ir al baño, que está en este mismo piso... Tranquilo Fritz, nadie sabrá que estoy aquí —le aseguró.

—Haré todo cuanto esté en mi mano para regresar a Hamburgo lo antes posible, y cuando llegue, tú te irás a Suiza —reiteró.

—Lo sé... Y antes de que te vayas me gustaría que... —se interrumpió de golpe.

Friedrich esperó a que prosiguiera pero, en vez eso, Adella, tratando de endulzar la despedida, se abrió un poco de piernas, incitándole a entrar en ella. Friedrich bajó la mirada y rechazó la propuesta.

—Si me tumbo no me levantaré —se exusó tontamente.

—Entonces, quédate conmigo —repuso ella haciendo un mohín,

acariciando su costado con la pierna izquierda.

Friedrich sintió una fuerte pulsión de deseo, y tras dejar su chaqueta civil sobre la mesa junto a la cama, hizo el ademán de acercarse a Adella para besarla.

—Solo un ratito, ya has oído al...

—¡Si, Friedrich! ¡Ya lo he oído! En una hora comenzará a venir gente pero podemos aprovechar el poco tiempo que tenemos, ¿no crees? —protestó ella.

Friedrich, un tanto cohibido, actuó sin más dilación, tal cual ella esperaba de él. Descalzándose y quitándose su camisa, se ubicó cuidadosamente sobre ella mientras le desabotonaba el vestido. Miró sorprendido su pálido estómago, ligeramente henchido. Entonces, como instinto, su hábil mano izquierda lo contorneó despacio, acariciándolo. Adella, con la piel erizada, se humedeció los labios. Instantes después, Friedrich deslizó su mano hacia sus finas braguitas de algodón y, con sabia lentitud, se las quitó para así tocarla de una manera excitantemente indecorosa.

Adella gimió complacida, deleitándose del pasional momento el cual sabía que no se repetiría en mucho tiempo. Aquella certeza la desoló, sintiendo entonces la frustración y el febril deseo por tenerle ya de vuelta. Cerró los ojos, liberando varias lágrimas. Friedrich se detuvo.

—¿Es así como quieres arruinar nuestros últimos minutos? Sabes que volveremos a estar juntos para empezar de cero —susurró animándola.

Adella entró en razón. Sorbió con fuerza su nariz y, sin dejar de acariciarle, fue besándole por el cuello hasta subir a sus labios, sintiendo entonces como el palpitar de su corazón se aceleraba más. Él, avivándole los sentidos de igual manera, siguió tocándola como nunca nadie más podría hacer hasta que Adella, conteniendo abruptamente la respiración y friccionándose más fuerte a su mano, sintió miles de mariposas cosquillearle con sus alas lo más hondo de sus entrañas. Entonces, sabiéndola completamente encharcada, Friedrich se aflojó la cremallera y penetró intensamente en ella, abrazándola cada vez con más fuerza, aspirando con ansia su esencia, impregnándose de ella y llevándose así su huella a lo más extraordinario de su recuerdo, al alma de su propia alma, donde nadie nunca podría usurpar el amor que sentía.

—Eres lo más importante que me ha pasado en la vida... —susurró él tras el orgasmo, llevándose los dedos húmedos de su mano a la boca—... y lo más

delicioso —alegó saboreándola.

A medida que comenzaba a vestirse, Adella respiró profundo, llevándose también a lo extraordinario de su recuerdo el aroma que Friedirch emanaba. Otoño... Hojas caídas, atardeceres, vientos cargados de sensaciones, melancolía... Cuantísimo lo iba a añorar y cuantísimo lo estaba añorando inclusive en aquel instante teniéndolo a su lado. Dejándose absorber por aquella indiscriptible atmósfera de bienestar, Adella se durmió con la consciencia de que cuando volviera a abrir los ojos, se enfrentaría a tiempos difíciles de soledad, pero por él, los volvería a superar

Friedrich jamás olvidaría su última caricia en la mejilla amada ni su beso a sus largos cabellos negros como tampoco el agridulce aroma a sexo y chocolate que ella desprendía. La miró con devoción antes de salir de la habitación.

Tras asearse en el lavabo y bajar al piso de abajo, *Herr Kesler* le retuvo unos minutos dentro de la cocina.

—No se preocupe, no habrá ningún problema. He hablado con ella y nos hemos entendido.

—Bueno es saberlo... Yo quisiera preguntarle algo, ¿cómo va el embarazo? —preguntó.

—De momento todo va bien, pero, si se presentasen problemas, por favor, no dude en contactar el doctor Daniel Gerber. Es un amigo mío de fiar. Él está al tanto de la situación y apoya nuestra relación —comentó Friedrich mientras sacaba del bolsillo un trozo de papel y un lápiz y anotaba los datos del médico.

Herr Kesler asintió.

—Quisiera pensar que no será necesario contactar con él, pero si se diera el caso, sepa que así lo haré —dijo guardándose la nota en el bolsillo de su mandil.

Friedrich le estrechó la mano con fuerza, manifestando así su gratitud.

—Le deseo suerte, teniente.

—Gracias, *Herr Kesler*, también yo a usted se la deseo.

Ambos se miraron durante unos instantes en silencio, percibiendo entre ellos que, pese a haberse profesado cierta antipatía por el pasado, nunca habían dejado de estar unidos por proteger a Adella, y aquello, indudablemente, les unía. Con una minúscula sonrisa, Friedrich dio un ligero taconazo, mostrándole sus más sinceros respetos, desapareció con las últimas

sombras de la madrugada.

Cuando Adella abrió los ojos, sintió una hiriente sensación de vacío al saber que él se había ido. Trató de no abrumarse y solo halló momentos de sosiego cuando *Herr Kesler* o Pauline iban a verla.

—¿Cuánto he dormido? —preguntó Adella a Pauline en una de las primeras calurosas tardes que llevaba allí. Desde su llegada, lo que Adella más hacía era dormir, a veces tanto, que llegaba a perder la noción del tiempo, haciendo sonreír tiernamente a Pauline.

—El suficiente para que pueda subir a verte tranquilamente. Hemos cerrado ya, y mira, te he preparado un caldo y dos tostadas de mantequilla con polvos de cacao, como tú misma te las hacías para desayunar, ¿te acuerdas? Sé que no es mucho, pero la comida escasea últimamente por aquí...

—Gracias, Pauline, no te preocupes, para mí es más que suficiente.

—Tienes que contarme tantas cosas... ¿Cómo has estado? ¿Cómo te han tratado? Estuve muy preocupada por ti, e incluso una vez pensé en ir a verte, pero supuse que habría sido peor... —exclamó Pauline sentándose en el borde de la cama. Adella, incorporándose lentamente de la cama, asintió, y mientras esperaba a que el caldo se enfriase, comenzó a relatarle cómo había sido su día a día durante aquellos dos años y dos meses de cautiverio. Le contó con todo lujo de detalles cómo era la estancia y cuál su misión en ella. Le explicó que el trato con Bauer había sido catastrófico. También le contó acerca de la actitud distante de Friedrich los primeros meses, y las discusiones que este tenía con Bauer la mayoría de las veces. Con lágrimas en los ojos, le habló de su única amiga allí, la buena de Marlis, de cómo ella se había ocupado de ayudarla, e incluso arriesgar su vida, cuando enfermaba. En definitiva, había visto y sufrido mucho durante aquel tiempo y, sin embargo, ese mismo tiempo había sido el detonante en hacer florecer su relación con Friedrich, prueba de ello, el corazón de oro que colgaba de su cuello.

Pauline la escuchó boquiabierta, incrédula y maravillada al saber que su amiga había salido victoriosa pese a lo malo en aquella casa. La tomó de las manos con amparo y cariño, queriéndole transmitir que ese mal había pasado y ya no estaba sola.

Cuando Adella acabó de comer, Pauline se tumbó junto a ella y le relató lo que había sufrido ella durante su ausencia. Le habló de las miradas acusadoras de los vecinos por la calle, de los chismes y comentarios de la clientela que

terminaron por deteriorar la popularidad de la chocolatería y, en consecuencia, sus ingresos.

Estuvieron hablando hasta el anochecer, cuando *Herr Kesler*, tras haber estado enseñando a Konradin algunas lecciones básicas de cocina, regresó al dormitorio. Konradin, entrecerrando continuamente los ojos, no tardó en dormirse junto a Adella.

Y tanto Adella como Friedrich, desde la distancia, en sus respectivas lechos, se dedicaban sus más afectivos pensamientos en los momentos que disponían de calma tras la vileza de la realidad que los rodeaba, especialmente a él.

¿Cuántas horas más harían falta para concluir su estancia? La incertidumbre le mantenía en vilo, en constante desgana. Las primeras semanas asentado en su nueva estancia le causaron malos estragos.

Tras los duros días en los que duró la deportación en tren, Friedrich llegó a Sachsenhausen a mediados de junio, en un insoportable día de calor que por poco le causó una insolación. Ubicado al norte de su Berlín natal, el campo de Sachsenhausen tenía una extensión aproximada a la de Neuengamme. Siempre recordaría los instantes previos al ingreso como uno de los momentos más duros de su vida. Frente a él, el casón central, de color blanco y austero, de dos plantas sosteniendo un centrado mirador de guardia conocido como la *Torre A*. Abajo, un cobertizo cuya imponente cancela metálica daba acceso al patio principal mediante una puerta que enmarcaba un estremecedor epígrafe: *Arbeit Macht Frei*^[10].

Tras habérsele asignado un cuarto propio en las barracas para la guardia, Friedrich se vio envuelto en todo tipo de lujos y comodidades por petición expresa de Hans Loriz, el comandante, un hombre maduro y orejón de adusto pero vivaz talante, quien habiendo oído hablar del eminente teniente, no dudó en recibirle, mostrándole él mismo las instalaciones del campo, empezando por la zona administrativa donde le fue detallando el protocolo. A Friedrich nada de lo escuchado le resultó novedoso puesto que el ritmo de trabajo en las oficinas era como el de Neuengamme. Sin embargo, aquel campo tenía un estilo de convivencia mucho más violento. Friedrich lo descubrió en cuanto salieron de la zona administrativa para adentrarse en el campo, concretamente en el Appellplatz, el patio principal donde se llevaban a cabo las selecciones y los pases de revista a los prisioneros. Fue allí donde presencié la ejecución

de un grupo de más de diez reos en uno de los patíbulos que componían la plaza. Completamente apabullado, Friedrich sintió un palmeo en la espalda como gesto de congenio por parte del comandante, quien, haciéndole un gesto con la cabeza, lo condujo hasta una parcela separada del resto del campo por un muro de ladrillos. Allí, recientemente inaugurada, se ubicaba una barraca de piedra con una sobresaliente chimenea. Friedrich no necesitó preguntar qué era aquella estancia, pero si preguntó porqué la llamaban «*Estación Z*».

—Pronto lo descubrirá, teniente, pronto lo descubrirá... —contestó con una misteriosa y espeluznate sonrisa, y haciendo un gesto con la mano, retomaron la marcha —.Venga por aquí. Como le iba diciendo, festejaremos el sexto aniversario de Sachsenhausen el próximo mes y será grato tenerlo entre nosotros. Sachsenhausen es un campo muypreciado, está considerado como el campo modélico para construcciones posteriores, de hecho, Neuengamme pertenecía a uno de sus subcampos, ¿sabe? Luego pasó a ser un campo independiente, hace dos años, *nicht wahr?* —expuso con orgullo.

— *Jawohl, Herr Kommandant!*

—Me gustaría visitarlo algún día. Sé que Neuengamme también cuenta con un sector de entrenamiento para jóvenes reclutas, además de la disposición de numerosas fábricas de productos sintéticos y explosivos en los subcampos anexados.

—Así es, concretamente en Wittenberte, donde también nos ocupamos de la renovación de uniformes alemanes dañados en el frente —añadió Friedrich.

—Espléndido, espléndido —alabó el comandante, y luego, mirándolo fijamente, le preguntó si él mismo había adquirido su formación allí, a lo que Friedrich, rotundo, lo negó.

—En realidad fui directamente convocado para trabajar. Recibí mi formación en una Napola a las afueras de Köslin, antes de mi ingreso en las SA y mi posterior admisión en las Waffen- SS.

Loritz, asintiendo notoriamente impresionado por su trayectoria, elogió su talento.

—En su juventud está el futuro de la victoria, no lo olvide —le dijo luego.

Y Friedrich sintió ahogarse en aquella frase. Todavía guardaba cierto temor por su futuro, por lo que el destino le deparaba cuando llevase a cabo lo que planeaba. Pero él tenía bien arraigado su propósito; ser un hombre libre, capaz de elegir su camino sin ninguna clase de organismo interfiriendo en él. Con aquellas cavilaciones, Friedrich dejó de escuchar la verborrea alardeante del

comandante sobre su carrera, y clavó sus penetrantes ojos grises al frente. Conocía por de antemano todo lo que debía saber y sabía que debía actuar como se esperaba de él.

—A partir de mañana será el dirigente las escuadras supervisoras de la mano de obra, y se asegurará de que no haya ninguna irregularidad, *alles klar?*

—*Natürlich, Herr Kommandant!* —exclamó Friedrich con firmeza mientras golpeaba con fuerza sus talones.

—Espero que su estancia en Sachenhausen le sirva para fortalecer su carrera. Tengo buenas referencias de usted, y gracias a ellas, hoy está aquí, formando parte de lo que algún día será la historia de nuestra victoria, *Heil Hitler!* —exclamó Loritz alzando el brazo derecho.

Friedrich, automáticamente, respondió con el mismo gesto, y sabiéndose por fin solo, se dirigió al exterior del campo donde quedaban las barracas para la guardia. Quería aprovechar las pocas horas libres que tenía para él, alejándose de lo que le supondría una auténtica pesadilla. Respiró profundo. Se sentía terriblemente solo.

Días después, habiéndolo meditado mucho, Friedrich se decidió. Librando los fines de semana, el joven partió con el corazón en el puño a la capital de Alemania. Volver le suponía una experiencia agria y sombría, pero, con el corazón impulsándole a impregnarse de los recuerdos felices que casi tenía olvidados, finalmente se concedió lo que estaba anhelando. Llegó a las doce del mediodía, por obra de uno de los chóferes a disposición del comandante. Agradecido ante su cortesía, Friedrich le indicó al transportista que lo recogiera a las nueve en el Reichstag. Una vez solo en medio de las mayestáticas avenidas, se sintió extraño. Aquella tierra le sabía extraña. Caminó lentamente, buscando encontrar el encanto de lo que había sido su hogar de cuna, pero nada de nada. Berlín le sabía extraña. Para él acababa de dejar de ser la ciudad más bonita de Alemania, y pese al constante mantenimiento por seguir conservando su solemnidad, se notaba claramente como la guerra había deteriorado su encanto. Siguió caminando solo, flemáticamente en su uniforme negro, ignorando la expresión intimidada de los transeúntes al verle pasar, y contemplando un tanto despectivo como las rojas banderas del Partido eran las únicas que teñían de color las calles grises.

Al cabo de un rato, una larga y silenciosa calle de viviendas blancas cuyas fachadas tenían una estética antigua, le resultó familiar. Reconocía a esa calle, la *Prizenstraße*, como el barrio que le vio crecer. De repente, un nudo en su

garganta comenzó a bajarle hasta las entrañas. Caminó un tanto desgarrado, con ligeros temblores en las piernas. No había nadie a su alrededor, pero sí miseria y desolación. Algunas casas de vecinos que todavía recordaba, habían sido derrumbadas, otras, en cambio, conservaban su planta pero presentaban deterioros a causa de los bombardeos. Localizó la número 8 y comprobó, para su alivio, que seguía en pie, intacta. Se detuvo en la entrada careciente de puerta del jardín destartado, y miró el inmueble detenidamente. Una parte del tejado estaba rota al igual que la mayoría de las ventanas. Era evidente que no solo los bombardeos la habían dañado, a juzgar por las roturas de algunos cristales, debieron de haberla saqueado en varias ocasiones. Friedrich, desenfundando su Luger, se aproximó cautelosamente a la que un día hubo sido la casa junto a sus padres. Tras un empujón, consiguió abrir la puerta, y atento a cualquier peligro, entró sin bajar el arma. El suelo crujía bajo sus pies y las interminables telarañas sobre su cabeza le concedían al lugar un toque siniestro. El talante impertérrito y frío del teniente no tardó en disiparse en cuanto las lágrimas nublaron su vista, sintiendo ser asestado por duras puñaladas de melancolía en su alma. En lo alto de las escaleras, se visualizó a sí mismo de niño cuando tenía cinco años, luciendo un pantalón corto de color marrón con tirantes a juego, y una camisa blanca recién planchada. Oyó la voz de su padre, llamándole...

“¡Fritz! ¡Tengo una sorpresa!”

Y desalojé al instante mi habitación. Mi padre me llamaba. Por un momento creí que el Schnitzel con patatas asadas me esperaba sobre la mesa. Me paralicé en lo alto de la escalera en cuanto comprendí qué, o mejor dicho, quién, la sorpresa. Le recordaba desde que recordaba que podía recordar, era el hermano mayor de mi madre, el tío Bauer, un hombre muy serio que, desde que mamá se fue al cielo, le había dicho a mi padre que ya nada le vinculaba a nosotros, y sin embargo ahí estaba, todavía visitándonos. Supuse que quería supervisar que papá me cuidaba bien, aunque el tío Bauer siempre se quejaba.

“Mira quien ha venido a vernos” exclamó mi padre en el recibidor.

Yo me mantuve quieto, analizando al sujeto.

“Hola Fritz, ¿no bajas a saludarme?”

Lo medité, pero entonces la vi a ella. Nunca recordaba su nombre porque era muy raro, pero sabía que era la mujer más simpática de todo Berlín,

alguien dulce como para acceder a ser la prometida de tipos duros como el tío Bauer. Sonriéndola, bajé corriendo las escaleras. Y tropecé... Tropecé y caí de bruces contra el suelo, y me hice mucho daño en la mano izquierda y en la cabeza. Comencé a llorar. Mi padre se acercó de inmediato. Se aseguró de que no me había roto nada y luego me aseguró que no pasaba nada. La novia de Bauer hizo lo mismo... Pero él... Él se limitó a mirarme sombríamente.

“Männer weinen nicht, Fritz”

Y mi padre y la novia de Bauer le miraron seriamente. Yo también.

“Los muertos no lloran, Fritz, y tú estás vivo, ¡así que llora y ríe!” exclamó mi padre alzándome entre sus brazos. Y yo le hice caso. Lloré y reí y me sentí vivo.”

Conmocionado por revivir aquel momento, Friedrich subió por las escaleras. A cada paso que daba, sentimientos encontrados se amontonaban en su pecho, haciéndolo sentir, como bien decía su padre, un hombre vivo. Respiró hondo antes de entrar en su habitación al final del pasillo. Su vello se erizó en cuanto descubrió que no todo seguía estando como lo dejó. Su cama había desaparecido, y su armario de madera estaba roto. Miró afligido la estantería frente a él. Ni rastro de sus libros como tampoco de su colección de peonzas. Lo único que encontró en un rincón fue su viejo balón pinchado cubierto de polvo. No se equivocó. La casa de sus padres había sido saqueada. Compugnido, salió de allí, y mientras bajaba nuevamente las escaleras, recordó la última vez que lo hizo siendo un niño de diez años que acababa de perder a su padre.

“No tenía palabras para describir todo el dolor que sentía por dentro. La noche anterior había sido la más horrible de mi vida. Un golpe, un gemido, y un letal herido. Abrí los ojos y vi a mi padre inconsciente, tendido en el suelo. Le llamé. Le llamé muy fuerte. Repetidas veces. No me contestó. Entonces me arrodillé a su lado y como pude lo subí a mi cama. Apenas podía ver nada. Lloraba tanto que por un momento creí quedarme ciego. Papá no se despertaba, yo no entendía qué pasaba, hasta que, al ver que él ni lloraba, ni reía, tampoco respiraba. Estaba muerto. Me asusté muchísimo, como nunca. Aún así, traté de doblegar mis nervios. Fui a su dormitorio, donde estaba el teléfono, y llamé a la única persona que me quedaba.

El tío Bauer no tardó en presentarse. Lo hizo acompañado de varios agentes de la policía. Se llevaron a mi padre. Se lo llevaron para siempre.

“El llanto no es más que el demonio de la debilidad” me aseguró Bauer.

Yo comprendí el verdadero significado de aquellas palabras. Llorar era sinónimo de expresión, y a su vez la expresión era sinónimo del corazón, un corazón inestable y perturbador que podía jugarle malas pasadas a la razón. Yo no quería eso. Yo no quería sucumbir al dolor. Yo estaba solo en el mundo, y, teniéndome a mí mismo, debía ser fuerte absteniéndome de sentimientos tan agitables que pudieran debilitarme. El amor se convirtió en mi mayor enemigo.

“Un alemán no se deja arrastrar por los sentimientos, un alemán no permite que estos le destruyan” me dijo Bauer al oído. Y tenía razón. Yo no debía dejarme destruir por mi propio corazón.

Lo peor vino después, cuando, viviendo con mi tío, supe lo que me hizo desprenderme los últimos restos de candor que habitaban en mi interior. Mi padre, aquel hombre a quien adoré, a quien más admiré, había muerto por un judío que, días atrás, le hubo asaltado en la calle. Y los odié... Y los odié tanto que el mismo sentimiento me hizo odiar mi odio tan intenso, porque verdaderamente hacía daño, pero más daño me había hecho el pueblo judío. Me las pagarían. Todos y cada uno de ellos morirían algún día...”

Tenía solo diez años cuando todo empezó. Empezar... Aquella palabra hizo eco en su cabeza. Partiendo de aquel momento de su vida, todo había girado drásticamente hasta llevarle a la deriva, a ser alguien monstruoso, alguien que no supo que era hasta que, irónicamente, una judía le había hecho ser capaz de extraerse la venda implantada en sus ojos, una venda que le había impedido ver la realidad.

Atormentado pero a su vez recomfortado por su efímera visita a la que fue su casa, Friedrich salió a la avenida, caminando sofocado por sentir el uniforme quemándole la piel. Deseó deshacerse de él. Pero sabía que todavía debía ser paciente. Pronto la pesadilla acabaría y regresaría junto a Adella, su amada chocolatera.

Capítulo 23

Verano de 1942.

Las primeras semanas fueron lamentables. Adella Kinderman se convirtió en el blanco de ella misma y nada podía aplacarla. Su constante cambio de humor y los malestares propios del embarazo iban cada día de mal en peor. El clima tampoco ayudó. Pese a las breves tormentas de verano más los rayos del sol filtrándose por las ventanas, Adella, más sensible que nunca, podía sentir con más intensidad los cambios. Todas las noches se despertaba llamando a Friedrich, presa de terribles pesadillas. Tendida la mayor parte del tiempo en la cama, la joven se sentía cohibida, abstraída de todo cuanto al rodeaba. Ni siquiera recordaba con exactitud cuántas semanas llevaba oculta en *Shokolade Gold* y, pese a disfrutar con la compañía de *Herr Kesler* y *Pauline*, por momentos, irritada, exigía soledad.

Pauline era quien más sufría al verla en tan deplorable estado, pero tampoco podía hacer nada para remediarlo. La situación de Adella era delicada y, cuando alcanzó el límite, *Herr Kesler* se vio obligado a tomar medidas. En un principio vaciló a la hora de contactar con *Gerber*, el doctor que *Friedrich* le había recomendado; pero, comprendiendo que no le quedaba otra y la salud de Adella empeoraba, contactó con él.

Y cuando el doctor *Gerber* pisó por primera vez la chocolatería, lo hizo en asombrado, admirando la belleza del establecimiento. Nada más identificar al propietario, le estrechó cordialmente la mano, agradeciéndole que le hubiera llamado.

Adella se relajó en cuanto vio a *Gerber*. Este la trató con esmero, como siempre hacía, y, tras analizar su estado, no detectó nada fuera de lo normal, sino que su cuerpo estaba experimentando cambios hormonales, los cuales detonaban en abruptos cambios de humor. Independientemente, la ausencia de *Friedrich* no ayudaba. Aquello resultó ser bien sabido por todos, poco podían hacer para animarla. Tan solo mostrarse optimistas afirmando que pronto, su mal desaparecería y él volvería. Sin embargo, y pese a ver los esfuerzos por ayudarla, tanto Adella como ellos mismos sabían que era en vano, que en

aquellos tiempos nada había que garantizase que todo saldría bien.

—No estás sola, Della, nosotros estamos a tu lado y te ayudaremos a salir adelante, pero debes poner de tu parte —le decía Pauline agarrándola de las manos.

Y Adella, con lágrimas en los ojos, asentía.

—Debes comer más, Adella. Has de fortalecerte por el bien del bebé cuando nazca. No querrás que nada malo le pase, ¿verdad? —reprendía el doctor Gerber.

Y Adella negaba, llevándose las manos al vientre.

—No te preocupes por tu oficial, siempre vuelve muy a mi pesar —bromeaba *Herr Kesler*. Y Adella, sonriendo, se reía.

—Piensa que Friedrich no está en el frente. Eso es un alivio. Volverás a verlo, es cuestión de paciencia —le recordaba entonces Pauline.

Y Adella, consciente, lograba evadirse de sus pesadillas.

La mitad del verano había pasado. Mientras que Adella pasaba las horas en soledad, oculta en la chocolatería, aprendiendo a convivir con su embarazo; Friedrich, en Sachsenhausen, como supervisor y dirigente de futuras unidades que serían condecoradas al final de su instrucción como nuevos celadores y transferidos a distintas bases de concentración, vivía bajo más presión de la que hubo imaginado. Habiéndose adaptado a la política del campo, Friedrich veía en su rutina una monotonía infernal. Ya conocía a la perfección cada rincón de Sachsenhausen, desde las barracas de los reos en su interior como la zona industrial en su exterior, donde en los talleres de las SS, los presos eran sometidos a la fabricación de calzado e incluso armamento y municiones para la Wehrmacht.

Sachsenhausen había sido construido para albergar principalmente a prisioneros políticos, y, sin embargo, con el paso del tiempo, había pasado a albergar miles de judíos y polacos, además de militares soviéticos capturados y republicanos españoles exiliados. Todos ellos, sometidos a las más duras condiciones, eran víctimas de la hambruna, las enfermedades, y las torturas que los celadores impartían como represalias a las malas conductas.

Friedrich, testigo de todo aquello, comenzó a sentirse enloquecer por serlo y por no poder evitar aquella inhumana devastación. Era tal su impotencia que, en más de una ocasión, a escondidas, corría riesgos por llevarles algo de

comida extra a los presos. Estos, atónios, le miraban expectantes, recelosos, como si temiesen que se tratase de algún tipo de cínica trampa que pudiera desatar su desgracia. Pero no era así. Sin ni siquiera hablarles, Friedrich les hacía entrega a los más famélicos, pequeños paños con chuscos de pan negro que él mismo requisaba de la cocina del campo. Una cocina que jamás olvidaría por los dibujos que los prisioneros pintarrajeaban en las paredes y que, pese a ello y curiosamente, no recibían castigos por parte de los carceleros. El dibujo que más le llamaba la atención era el de las zanahorias. Aún estaba por acabar, pero se veía en qué terminaría aquel boceto. Nunca supo quién lo había iniciado, pero siempre recordaría el mensaje. Se trataba de un corro de seis zanahorias con rasgos faciales, propios de una ilustración de tebeo, contemplando con horror cómo una de ellas, situada en el centro, tenía una herida en su espalda, razón por la que era escrutada por otras tres zanahorias, más gruesas, y de tonalidad más verdosa. Solo cuando estuvo acabado, juzgó la obra sin reparos, muy significativa y conmovedora a sus ojos. Era una crítica a los nazis. Las seis zanahorias agrupadas más la que estaba en el centro con la herida en su espalda, simbolizaban a los aterrados prisioneros, mientras que las zanahorias verdes de mirada hostil, más otra un tanto apartada del séquito, con mirada cínica mientras afilaba un cuchillo, representaban a los oficiales. Friedrich se sintió mucho más que despreciable.

Atormentado, evitó formar parte de las agresiones o ejecuciones, llegando a ganar entre los reos el apodo de: el Patrón de Sachsenhausen, por era el único oficial nazi que más miramiento mostraba por ellos. Sin embargo, hubo ocasiones en las que, viéndose en el punto de mira por sus propios camaradas, tuvo que recurrir a la violencia para imponer el orden. Actos ruines de los que luego, en su soledad, se arrepentía, sintiendo entonces su cabeza estallar, y hallando consuelo era la bebida.

Desde la distancia, en dirección a Hamburgo, una joven de cabellos y ojos como el chocolate, lidiaba con su propia situación. Adella, muy alicaída, solía apoyarse junto al marco de la pequeña ventana del dormitorio, y ocultándose tras la cortina, invertía horas mirando a los viandantes, llegando a imaginar cómo eran sus vidas.

—¿Crees que será niño o niña? —le preguntó un día Pauline.

—Niño o niña, me gustaría que se pareciera a Friedrich —declaraba ella.

—Pues a mí me gustaría que fuera una niña, ¡una pequeña Adellita! Tan

tierna y testaruda como tú, ¿lo imaginas?

—A Fritz le daría algo, si ya tiene bastante conmigo, imagínate a otra Adella —bromaba imaginándose la situación.

Una hija. Una joven de igual carácter al ella, regresando tarde a casa tras haberse visto con su ardiente prometido, tal cual Adella hacía cuando *Herr* Kesler desconocía su relación con el oficial. Entonces visualizaba a Friedrich como un padre sobreprotector, y sonriendo mientras imaginaba aquello, Adella se llevaba las manos al vientre, lo acariciaba, comenzando a hablarle así a la criatura. Le contaba acerca de ella, de su vida, de Suiza y sus paisajes, y de Friedrich. Cuando Konradin la oía, no dudaba en acercarse al estómago de ella para alegar que Friedrich solía enfadarse muchas veces pero que, en realidad, era bueno.

—A ti no te conoce porque no te ha visto, pero cuando salgas te querrá mucho —concluía. Y Adella, enternecida, le abrazada enseguida.

Pauline los miraba con cierta nostalgia. Estaba muy feliz al ver a su amiga tan tranquila. Era sin duda un verdadero ejemplo a seguir. Entonces dejaba de cuestionarse si estaba haciendo bien al esperar a Hans Lenz. Desde hacía mucho tiempo, Hans se había convertido en alguien importante en su vida. Nunca hablaba de sus amoríos, ni siquiera con Adella, pero cuando se sentía abatida al no tener novedades de él, se refugiaba en la figura de su amiga hallando algo de consuelo. Luego, sonreía, y de un soplido apagaba la luz de la vela.

El comandante Loritz, por el contrario, tenía suficientes motivos para ordenar a sus sirvientas que encendiesen cada vela de la residencia. La noche había caído, y el frescor propio del desenlace del verano había surgido. Dos meses después de la conmemoración del sexto aniversario del campo de Sachsenhausen, el próspero rendimiento del mismo tentó Loritz a organizar otra velada por todo lo alto. Varios miembros influyentes se unieron al jolgorio de aquella noche de agosto, en la suntuosa villa del comandante. Numerosos cuadros realistas de elegantes paisajes rurales, similares a las pinturas de Werner Peiner, decoraban toda la estancia, y Friedrich, en sus mejores galas, admiraba fascinado aquellos óleos. Unas carcajadas lo desconcentraron de su observación. En medio del salón, tres oficiales, dos capitanes y un mayor, compartían opiniones de los últimos partes de guerra antes de sentarse a la mesa donde unos magníficos entrantes les aguardaban. Friedrich sonrió en cuanto le tendieron el primer cigarro, y fumando junto a

varios de sus superiores, se animó a conversar con ellos. Él también tenía derecho a festejar, pero no por la evolución de la guerra. Aquella misma mañana, había recibido el comunicado de Loritz. Al mes siguiente, regresaría a Hamburgo. Dichoso, cada vez que pensaba en la buena noticia, Friedrich daba un trago al Riesling, degustando su agrio pero exquisito sabor. Y mientras bebía y comía, fumaba y reía, comprendió a través de sus superiores el motivo por el cual la «*Estación Z*», aquella aislada barraca de piedra de imponente chimenea, era llamada como tal. Friedrich sabía que se trataba de un crematorio, el primero en funcionamiento desde el pasado mayo, y cuyo nombre era motivo de bromas entre los oficiales hacia los prisioneros ya que si bien estos bien llegaban en tren hasta la *Torre A*, por donde ingresaban al campo, salían de este reducidos a cenizas a través de la chimenea, llamada mordazmente como «*Estación Z*».

En cuanto lo supo, se atragantó con el vino y permaneció malhumorado durante el resto de la velada, ni siquiera las señoritas que Loritz había hecho llamar para amenizar la ocasión pudieron distraerle. Incomodado ante la presencia de las bellas prostitutas, Friedrich se excusó a sus superiores y se dispuso a retirarse.

—¿Tan pronto, *Obersturmführer*? La noche es joven como usted y las *Fräuleins*. Quédese, es una orden —exclamó Loritz, profundamente ebrio, riéndose escandalosamente mientras una de las chicas le agarraba de la corbata y lo conducía hacia el sofá.

Friedrich, aprovechando su ebriedad y la descontrolada juerga genérica, denegó la propuesta mientras salía de la estancia al son de alegres compases al piano de algunos himnos milicianos.

Caminó en el silencio de la noche, en la oscuridad, repitiéndose a sí mismo que tan solo faltaba un mes.

Capítulo 24

Hamburgo. Septiembre de 1942.

Ocurrió la última semana de septiembre, cuando el otoño había cubierto de hojas marchitas toda la ciudad. Tres años habían pasado desde el inicio de la guerra. Tres años de calamidades y miserias, especialmente en la vida de Adella.

Desde hacía semanas, unos punzantes dolores abdominales la habían asediado, y la ausencia del doctor Gerber en Hamburgo la había inquietado. Afortunadamente, las manzanillas de *Herr Kesler* resultaron ser un remedio eficiente para disminuir sus dolores.

En una noche estrellada, mientras *Herr Kesler* hacía cuentas en su pequeño despacho de la cocina y Pauline terminaba de bañar a Konradin, Adella estaba a punto de dormirse. Con los ojos cerrados, la joven rememoró todo el tiempo pasado, siendo consciente, en sus sueños, de que había pasado todo el verano y ninguna noticia había tenido. De repente, comenzó a agitarse, a sudar, y otra vez los dolores abdominales la volvieron a despertar. Llevándose las manos al vientre embarazado de cinco meses, trató de respirar hondo, de relajarse, de doblegar aquel dolor. Sin embargo, unos golpes asestados en las puertas doradas de *Shokolade Gold* acrecentaron su malestar. Una visita a aquellas horas no podía ser nada bueno. Adella, con el corazón en un puño, temió que pudiera tratarse de la Gestapo. Asustada, se levantó de la cama, y no supo qué hacer. Permaneció inmóvil, con el sudor empapando su frente. De repente, se apreciaron pasos. Luego, el chirriar de las puertas. Adella contuvo la respiración, alerta ante la posible amenaza. Pensó en esconderse, pero entonces *Herr Kesler* pronunció el nombre amado. ¡Friedrich había regresado!

Su añoranza, angustia y miedo desaparecieron en cuanto lo vio entrar en la estancia, con sus ojos plata, tan brillantes que deslumbraban. Antes de que volviera a pestañear, él ya estaba a su lado, abrazándola, besándola sin parar. Tras un receso de besos, ambos se miraron. Él había cambiado. Estaba más delgado y tenía un aspecto macilento, pero a sus ojos seguía siendo

terriblemente apuesto. Y ella también estaba distinta, un tanto ojerosa, y con un estómago más voluminoso que la hacía irremediablemente atractiva. Se volvieron a besar y al separarse, él le prometió no volverla a dejar por tanto tiempo. La espera había sido interminable, y a pesar del dolor que tuvieron que soportar había valido la pena con tal de volverse a encontrar.

Cuando Konradin vio a Friedrich, él tampoco dudó en darle un abrazo, conmocionándole hasta los tuétanos por aquel gesto tan puro, inocente y sincero. Friedrich lo observó. Konradin estaba un poco más alto y notoriamente sano, nada en comparación con el niño que recordaba en la morada. Mirándole a sus ojos claros, un estremecimiento le hizo sentir escalofríos al recordar su trágico pasado. Le acarició la cabeza con cariño, no pudiendo evitar sentirse nuevamente un miserable. La pregunta de cómo reaccionaría cuando supiera de su origen, le helaba las venas. Tragó saliva. Obvió la pena. Aquel momento de feliz reencuentro debía ser disfrutado.

—¿Y bien? —preguntó *Herr Kesler* en un momento en el que pudo quedarse a solas con Friedrich. Este le miró serio, intuyendo a donde quería llevar la conversación.

—Todavía no es el momento, cuando el tiempo...

—Mire, joven, ni Adella ni usted están en condiciones de dejarse depender por el tiempo. Cuanto antes haya soluciones y os marchéis de Alemania, mucho mejor para todos —espetó contundente, interrumpiéndole.

Friedrich, molesto, le enfrentó.

—¿Cree que no lo sé? Sé perfectamente que cuanto antes nos marchemos, más posibilidades de sobrevivir tendremos. Ahora bien, sea usted consciente que hablar es demasiado fácil y actuar demasiado peligroso. Estoy tomando las mejores medidas y, tal cual le prometí a ella, mi hijo nacerá al margen de la guerra —aclaró tajantemente.

Herr Kesler, sin ánimo de entablar una discusión con Friedrich, se limitó a asentir en silencio y a retirarse de la cocina, dejándolo solo. Friedrich se quedó pensativo. Minutos después, subió al dormitorio donde Pauline y Konradin ya dormían a diferencia de Adella, quien sin dejar de mirarle sumamente emocionada, le hacía hueco para que se tumbase en su cama.

—¿Qué pasará con tu trabajo? ¿Vas a volver a Neuengamme? —preguntó de repente.

—Sí pero, desde mañana mismo, dispongo de una semana de permiso —

comentó él.

Adella hizo cálculos. Sonrió al saber que hasta que el día 5 de octubre llegara, tenían tiempo para estar a solas, tranquilos. Se acomodó mejor en la cama y colocó la cabeza sobre su pecho. Oír su corazón le supuso la mejor de las medicinas.

—Te he echado mucho de menos.

—Yo también, *chocolatita*, no te imaginas cuánto...

Y así, entre susurros, Friedrich y Adella, pudieron conversar acerca de lo que habían vivido. Quien más habló fue él, aunque sin dejar de lado la prudencia, siendo así siempre escueto. No quería detallar las atrocidades de Sachsenhausen para no turbarla. Lo único que Adella sabía era que en aquel recinto habían confinados prisioneros políticos alemanes, militares soviéticos, polacos y judíos cuya función era ser la mano de obra en factorías de armamento o de calzado. También le relató de cómo, pese a ir contra las normas, él había simpatizado con algunos de los internos, llegándoles a brindar comida en secreto. Adella le escuchaba con atención, analizaba cada uno de sus gestos, y por su forma de hablar, pero ante todo lo que su mirada reflejaba: vergüenza, ira e impotencia, supo que, pese a su compasivo gesto hacia los prisioneros, sus camaradas desempeñaban torturas aberrantes. Solo con pensar en ello, Adella sentía como se le erizaba todo el vello. Y no era la única. Acariciándole a él, Adella notaba como su piel también se erizaba cuando hacía un receso. Decidió que no le preguntaría al respecto.

Despedirse de *Herr Kesler* y *Pauline* al día siguiente, le resultó difícil ya que, albergando un sentimiento de culpabilidad por no haber disfrutado mejor la convivencia durante las primeras semanas, temió no que algo pasara y no volviera a verlos. Ante ese miedo, a Adella le invadía una sensación de sofoco por todo el cuerpo. No obstante, *Herr Kesler*, *Pauline* y *Friedrich* le aseguraron que volverían a reencontrarse, que nada malo sucedería. Adella sabía que hablaban por hablar, puesto que en sus miradas también se reflejaba el espanto frente a la incertidumbre. Aún así, la joven quería cooperar, poner de su parte para que no sufrieran más de lo que ya hacían. Con una triste sonrisa, Adella y *Konradin* subieron al ajado y viejo furgón de *Herr Kesler* quien, ofreciéndose a llevarles a la morada para evitar que fueran vistos, estacionó junto al número 24 de la *Feldstraße*. *Friedrich* le agradeció el detalle estrechándole de la mano cuando de pronto, notó como *Herr Kesler* le apretaba más de lo habitual. Ambos se miraron intensamente a los ojos.

Friedrich captó el mensaje: no debía dejar pasar demasiado el tiempo.

Una vez se retiró Herr Kesler, la pareja y el niño caminaron rápidamente hacia el umbral cuando, de proto, se detuvieron. Los ventanales inferiores de la morada presentaban roturas. Friedrich se tensó de golpe y, desenfundando su revólver, se acercó al porche, descubriendo que el pomo de la puerta había sido quemado. Con extrema cautela, Friedrich empujó ligeramente la puerta y esta se abrió con un chirriante sonido. Adella contuvo el aliento. Tras unos rápidos segundos meditando en qué debía hacer, Friedrich optó por que Adella y Konradin entrasen con él a la casa, a fin de que nadie pudiera verlos. Dentro, todo estaba oscuro y tranquilo, y nada más Friedrich encendió una lámpara del salón, descubrió horrorizado el desorden. Era evidente lo ocurrido. Habían saqueado el inmueble. Completamente furioso, Friedrich comenzó a caminar por la estancia a fin de verificar lo que ya no estaba. Pidiéndole que aguardase en el salón con Konradin, Friedrich inspeccionó la planta baja, agradeciendo a la fortuna que ni Adella ni el niño hubiesen estado presentes durante el saqueo. Pensar en lo que podría haberles pasado lo desasosegaba de tal manera que sentía caer en el abismo de la demencia. Tras asegurarse de que no había nadie escondido, subió al primer piso y comprobó horrorizado que todas las habitaciones estaban desordenadas a un nivel caótico jamás visto, especialmente la suya. La cajonera había sido abierta, sus cosas y su ropa revuelta al igual que la de su armario, y montones de papeles esaban esparcidos en su escritorio y en el suelo. Era evidente que quien hubiera entrado, sabía claramente a lo que venía, y todo apuntaba a que el objetivo era Friedrich. Completamente aturrullado, Friedrich se arrodilló y comenzó a recoger y a mirar qué papeles conservaba y cuáles había perdido. No creyó echar en falta ninguno cuando cayó en la cuenta de que, estando la mayoría de sus libros por el suelo, su biblioteca había sido registrada. Miró hacia arriba, descubriendo como el último anaquel brillaba por la ausencia de su reliquia.

—*Scheiße!* —gritó dando una fuerte patada a su escritorio.

—¡Friedrich! —exclamó Adella asomándose con el niño por la puerta.

Automáticamente se llevó la mano a la boca, sumamente horrorizada ante el desconcertante desorden. Instintivamente, posó su vista en el estante y luego en el suelo, tratando de localizar lo más rápido posible el joyero.

—¡Ahí está! —exclamó.

Friedrich siguió la trayectoria de su dedo índice. Pudo al fin verlo. Su

joyero musical, con su contenido esparcido por el suelo y sin música en un rincón. Se acercó al acto con incontenibles lágrimas en los ojos, y lo tomó entre sus manos. El joyero estaba abollado, con su fina lámina de metal partida por la mitad. Dentro seguían estando algunas de las antiguas fotografías que conservaba de sus padres y de él cuando era un bebé. Completamente disgustado, Friedrich cerró el pequeño cofre con cuidado y volvió a abrirlo, realizando los mismos movimientos repetidas veces hasta que, milagrosamente, pudo revivir la sinfonía en su interior.

—Mi madre tarareaba siempre esa melodía... —confesó con la voz rota.

Adella y Konradin le miraron fijamente, especialmente ella, que no se atrevió a decir palabra.

—Me encantaba... Y nunca quería que terminase... Pero, cuando mi padre murió, me juré no volver a escucharla nunca... No quería recordar mi pasado, no quería volver...—reveló con dureza, no pudiendo creer que realmente estuviera hablando de eso con ella.

—Pero Fritz, es lo más bonito que puedes hacer, recordar los buenos momentos que viviste con tu familia. Tu padre y tu madre te querían mucho y, desde donde quiera que estén, lo seguirán haciendo... Tuviste mucha suerte. Tienes un pasado, recuerdos... yo no tengo nada.

Friedrich resopló. La miró compungido.

—¿Suerte? ¿De verdad crees que tuve suerte? Es mejor no recordar nada. Cuando no recuerdas, no sufres.

—Entiendo lo que quieres decir, pero no puedes obviar tu origen ni tus raíces. Eras muy pequeño cuando murió tu madre, pero conociste a tu padre, conviviste con él y aprendiste de él. Sé que heredaste su nobleza, y, aunque te duela, no debes rehuir de ella como tampoco debes obviar tus recuerdos. Tu padre no querría eso, y tú, en el fondo, tampoco —dijo rotunda, desarmándole.

Friedrich la miró fascinado, extremadamente conmovido. Sin dejar de llorar depositó el joyero sobre la mesa y, acercándose a ella, buscó como un niño desamparado su consuelo. Adella le besó repetidas veces en los labios mientras sus brazos rodeaban su espalda. Él, apoyando su cabeza sobre la de ella, con la vista en el suelo, identificó un misterioso sobre amarillento. Entrecerró los ojos al mismo tiempo que luchaba por controlar los espasmos de su respiración. Se apartó lentamente de Adella e inclinándose al suelo, tomó el sobre entre sus manos. Se extrañó al ver que no había remitente. ¿Por

qué no sabía nada acerca de la existencia de aquella carta? Bajo la atenta mirada de Adella y Konradin, quien se había sentado tímidamente en la cama de Friedrich, el joven rasgó con cierta impaciencia el sobre y ahogó al acto un sollozo. Reconocía aquella caligrafía como la palma de su mano. Cada letra dibujada, cada palabra grabada, era la voz muerta de su padre, diciéndole lo que no pudo decirle en su día, rogándole lo que nadie debía arrebatarse nunca: La libertad.

Berlín, 26 de octubre de 1931

Querido Friedrich,

Cuando leas esto, yo ya no estaré aquí y por ello te pido discreción. Debes prometerme que una vez leído mi legado, jamás lo mostrarás a nadie y destruirás esta carta.

Detesto dejarte bajo la mala influencia que tu tío Christoph ejercerá sobre ti. Sin embargo, deberás aceptarlo hasta que crezcas y seas consciente de cómo es la realidad que te rodea, teniendo entonces tu propio criterio a la hora de tomar decisiones.

Me resulta difícil explicar en tan pocas líneas la situación que Alemania atraviesa y que, probablemente, se agravará. No pretendo asustarte, sino advertirte. Deberás ser fuerte y valiente. Se prevén tiempos difíciles. Desde la Gran Guerra, nuestro país ha sufrido constantes crisis y la política de nuestros días acusa principalmente al pueblo judío de ello. Debes saber que Christoph apoya esta doctrina y por ello se afilió al Partido Nacionalsocialista cuyos credos antisemitas son opuestos a mi pensamiento.

Todavía eres pequeño para comprenderlo, pero con todo mi corazón desearía que hicieras lo que hicieras, fuese por tu voluntad, luchando por tus principios, y manteniéndote fiel al diálogo y reacio a las manos.

El amor es el sentimiento más puro y poderoso de todos, y yo, desde donde esté, siempre te protegeré.

Nunca renuncies a tu moral, lucha por ella. Si lo haces, llegará el día en el que ganes tu propia batalla en la que la paciencia será la clave y la libertad tu recompensa.

Recuerda quién eres. Eres mi hijo, un hombre.

*Te quiere,
Dominik K.*

Adella, expectante, se dejó impregnar por la conmoción que aquella mirada de plata. Friedrich permanecía rígido, con lágrimas cayéndole a borbotones por sus mejillas. Aguardó impaciente a que reaccionase, y cuando así lo hizo, la miró.

—Le defraudé sin saberlo... Pero no repetiré el mismo error contigo... Juro por el honor de mi padre que antes de que acabe el año, viviremos en paz, al margen de la guerra. Me casaré contigo, y si es necesario me convertiré al judaísmo. Formaremos nuestra familia y seremos libres para siempre... Te lo prometo Adella Kinderman, te lo prometo... —aseguró tomándola de las manos.

Los ojos de Adella nunca habían brillado tanto. Ni siquiera sus oídos habían escuchado palabras tan preciadas, bañadas de pura fuerza y sacrificio, pero sobre todo teñidas de amor verdadero. Adella le abrazó también con lágrimas en los ojos y a punto de unir sus labios, un estruendo hizo tambalear el suelo. Adella gritó asustada aferrándose a él como acto reflejo a su casi caída. Friedrich la sujetó entre sus brazos y miró hacia la ventana. Al cabo de unos instantes, sonaron las alarmas.

—¡Konradin! —gritó Friedrich.

El niño saltó de la cama y acudió a la llamada. En un abrir y cerrar de ojos, Friedrich los condujo a la vieja habitación de Bauer. Una vez allí, se refugiaron dentro del inmenso armario. Adella respiraba con dificultad a medida que los estruendos se intensificaban, rodeando como instinto protector sus brazos al vientre. Friedrich, sin soltar a Konradin, pasó su brazo derecho por el hombro de Adella, y los tres permanecieron durante más de media hora abrazados. Cuando el ataque concluyó, Friedrich aguzó el oído. Cuando supo que no había peligro, se levantó despacio y abrió la puerta del armario. Konradin fue el primero en salir. Friedrich lo miró detenidamente. El pequeño no había sufrido ningún daño. Sin embargo, cuando se volvió para ayudar a Adella a levantarse, vio que ella estaba inmóvil, muy pálida, con los ojos

ligeramente hinchados y cerrados. Friedrich la zarandó suavemente y comprobó espantado que Adella se había desmayado.

Capítulo 45

Amanecía cuando Adella recuperó la conciencia. Friedrich se mantenía rígido, fumando junto a la ventana, pero no fue el amargo olor de la nicotina lo que la despertó, sino un pinchazo en el brazo derecho. Adella abrió lentamente los ojos y descubrió que su visión emborronaba todo cuanto tenía a su alrededor. Parpadeó varias veces a la espera de una mejoría ocular, pero el punzante dolor de su cabeza parecía deteriorar más su visión. Alterándose, trató de incorporarse sin éxito. Una mano se lo impidió.

—Fritz... —logró articular.

Nada más oírla, Friedrich arrojó la colilla por la ventana y se acercó.

—Estoy aquí —le aseguró sentándose en un extremo de la cama.

—El bebé... —sollozó.

—Has sufrido un ataque de ansiedad, Adella, pero el bebé está bien —intervino la voz del doctor Gerber—. Te he inyectado un ansiolítico para aliviar tu dolor —agregó.

Adella asintió levemente. Su malestar pareció disminuir, pero el extraño vértigo en su cabeza persistía, causándole cada vez una peor visión.

—Todo está muy borroso... —se quejó.

Friedrich tensó de inmediato la mandíbula y miró seriamente al doctor Gerber, exigiéndole una explicación. Gerber ignoró su impaciencia y colocó su mano derecha sobre la frente de Adella. Esta ardía notoriamente. La fiebre no había bajado. Volvió a auscultarla detenidamente cuando Adella volvió a desvanecerse.

—¿Qué sucede? —preguntó Friedrich.

—La gestación puede alterar a los sentidos.

—¿Eso es todo lo que tiene que decir?! —exclamó perdiendo los nervios.

—No puedo aseverar nada sin los resultados de una analítica, Friedrich —respondió Gerber un tanto arisco.

Tiró de la cremallera de su maletín y sacó un pequeño monitor de presión con una cinta aislante un tanto desgarrada. La enredó en el brazo de Adella y comenzó a apretar el pulsador, haciendo tensar la goma. Friedrich miró

expectante la operación.

—Tiene la tensión muy elevada. Su visión es achacosa por esta razón —
reveló tras un silencio.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Friedrich en un intento por mantener
la calma.

—Le he inyectado una dosis de ansiolítico, por ahora no podemos hacer
más.

Friedrich deseó rebatir aquello, pero, reconociéndose que no era él el
médico, asintió resignado y volvió a acercarse a la ventana. Gerber le miró
furtivamente. Se le veía claramente nervioso. Entonces, sacó una finísima
aguja medicinal, la enroscó en una jeringa, y, tras desinfectar con un
antiséptico el brazo izquierdo de Adella, incrustó la aguja en la arteria.
Comenzó a extraer sangre y, al obtener la cantidad precisada, retiró la aguja
mientras cubría la zona de punción con un algodón.

—Ya está —anunció Gerber, logrando llamar la atención de Friedrich—.
En pocos días sabremos el resultado.

—Gracias, doctor... Gracias —dijo Friedrich con el semblante frío.

Y a diferencia de él, Adella durmió sí pudo dormir tranquila aquella
noche. Al despertar, lo hizo de buen humor. Ya podía ver con nitidez. Sin
embargo, las náuseas y los vértigos persistieron con el transcurso de los días,
y a pocos de reincorporarse a su jornada laboral en Neuengamme, Friedrich
trató de cuidar de Adella lo mejor posible.

Había decidido no denunciar el allanamiento a su vivienda. En vez de eso,
habiéndose asegurado de que nada había desaparecido, comenzó a trazar su
propio plan para desenmascarar al intruso. Algo en él le advertía de que el
asalto no había sido casual. Un ladrón normal y corriente, se hubiera llevado
todo lo que hubiera hallado de valor en una casa suntuosa como la suya, como
por ejemplo la lámpara araña de diamantes que pendía del techo del salón, o
los marcos de oro que enmarcaban fotografías del Berlín antiguo. Friedrich
comenzó a sospechar que tal vez su asaltante hubiera sido enviado por algún
organismo superior, siendo entonces un espía. Pero, ¿por qué querrían
investigarlo? No había dado ningún motivo de sospecha, ¿o sí? Sí.
Definitivamente lo había dado. ¿Habrían descubierto la existencia de Adella?
Descartó aquella hipótesis, no era realista. De haber sido así, tanto ella como
él habrían sido arrestados. Debía ponerse en acción. Retomar seriamente su
estrategia por enviarla a Suiza cuanto antes.

En sus momentos de lucidez, Adella, recordando el asunto del allanamiento en la morada, comenzaba a ponerse muy nerviosa. Se incorporaba lentamente de la cama e iba en busca de Friedrich. Este, consciente de su preocupación, la sentaba en su regazo como si de una niña pequeña se tratase, y, colocándole alborotados mechones negros detrás de la oreja, la animaba.

—Todo irá bien, *chocolatita*. Antes de que nazca nuestro hijo, tú y Konradin estaréis a salvo en Suiza —susurraba.

—Estaremos —alegaba ella, incluyéndole en la estrategia.

—Estaremos... —repetía él para autoconvencerse, aunque nunca llegaba a hacerlo.

Y Adella, creyendo lo contrario, se acurrucaba contra su pecho, sintiéndose segura en sus brazos. Sin embargo, un dolor disipó la cálida atmósfera creada por ellos. Una arcada quemó la garganta de Adella, quien, llevándose la mano a la boca, se apartó de Friedrich y corrió directa hacia el lavabo.

—Adella, ¿cómo te va? ¿Qué te duele? ¡Voy a llamar a Gerber! —Se alteró él.

—Estoy bien. Es solo el embarazo. Es lo típico, ya sabes... Las náuseas... Nada más... —exclamó ella en un intento por mantener la calma. Abrió el grifo de la pila y, sintiendo el agua fresca aliviar su sofoco, se lavó rápidamente los dientes. En cuanto salió, se encontró cara a cara con Friedrich. Este la miraba fijamente, asegurándose de que seguía teniendo brazos y piernas. Adella le sacó la lengua, burlándose de su preocupación. Friedrich resopló. Era evidente que el cuerpo femenino era mucho más complejo. Finalmente, la condujo de vuelta a su habitación para que reposara.

—¿Alertarás a la Gestapo por el allanamiento? —le preguntó Adella una vez se tumbó en la cama.

Friedrich meditó durante unos instantes la respuesta.

—No creo que sea conveniente, además, no se han llevado nada. No quiero contactar con la Gestapo. Cualquier transgresión, especialmente denunciada por mí, es materia de constante investigación. No puedo llamar la atención.

Adella asintió ante la lógica.

—¿Dónde está Konradin? —preguntó ella cambiando de tema.

—Durmiendo en la habitación de Marlis. Está bien, no te preocupes por

él, Della. Ahora debes descansar —repuso tumbándose a su lado. Adella esbozó una tímida sonrisa.

—Gracias por todo lo que estás haciendo.

—No se merecen. Es mi deber.

—Es más que eso, es tu voluntad. Siempre te estaré agradecida —ronroneó con su melodioso acento mientras le besaba por el cuello.

Friedrich se estremeció ante la sutil insinuación. Carraspeó ligeramente y trató de zafarse.

—Debes descansar. Empiezas a tener fiebre —advirtió.

Adella trató de negar aquel hecho, de ignorar el ligero dolor de cabeza. Si tenía fiebre, era por el deseo ardiente que comenzaba a sentir.

—Te quiero tanto...

—Yo también te quiero, Della, pero debes descansar —insistió él.

—No estoy cansada —mintió con descaro.

—Entonces quédate aquí sola hasta que te canses, porque no vamos a hacerlo —exclamó él seriamente mientras se incorporaba.

Ella, su intención por marcharse, le agarró por el brazo.

—Quédate, por favor. Te necesito.

—Sé razonable Adella, tienes que descansar.

Adella iba a pronunciarse, a protestar y asegurarle que podía mantener cualquier tipo de relación, con o sin fiebre. Pero él, firme y estricto, la interrumpió con una frívola y enfurecida mirada. Adella, con el ceño fruncido, decidió desistir porque, poco después, su visión comenzó a nublársele otra vez. Abrumada por la sensación, la joven cerró los ojos y el sueño no tardó en vencerla.

Al tercer día de decadencia, un miércoles lluvioso que despedía el mes de septiembre, Adella despertó con mucha fiebre. Friedrich bajó a la cocina y regresó con paños mojados con agua fría. Era un antiguo remedio. Humedeció el rostro y la nuca de Adella, y al cabo de un rato, la fiebre remitió un poco, pero Adella, con vértigos, se adormeció. Friedrich se mantuvo muy pendiente de ella en todo momento. Horas después, Adella despertó, mirando desorientada a todos lados y sintiendo que había perdido la noción del tiempo cuando un punzante dolor de cabeza la envolvió sin ningún tipo de piedad. Fatigándose, notó cómo su sabor ácido en el paladar. Seguidamente, una violenta arcada procedente de sus entrañas subió hasta su garganta. Como acto reflejo, se levantó con rapidez de la cama y corrió hasta el lavabo donde

vomitó todo su malestar. Friedrich, asustado al oírlo toser, aguardó impaciente a que saliera. Cuando así lo hizo, descubrió en ella una cara roja e hinchada.

—No te preocupes por mí, me encuentro mejor... Ocúpate de Konradin, te necesita más que yo.

—Adella —comenzó él.

—De verdad, estoy bien. Solo necesito dormir un poco más.

Tómandola de la mano, Friedrich la llevó de vuelta a la habitación donde ella, en cama, permaneció el resto del día.

No obstante, y para su desgracia, Adella sufrió un cólico al anocheecer. A cada lapso de diez minutos, se despertaba con una terrible angustia, y Friedrich la cogía en brazos y la llevaba rápidamente hasta el baño donde, sujetándole por cabello y por el estómago, la sostenía mientras vomitaba. Minutos, el sofoco de Adella se disipaba. Transcurridos los marcados minutos, Adella, de nuevo en la cama, angustiada y vomitaba otra vez. Aquel ritmo extenuante se prolongó hasta la madrugada cuando Adella, exhausta, pudo al fin quedarse dormida.

A la mañana siguiente, primer día de octubre, Friedrich despertó sobresaltado nada más percibir que Adella no estaba a su lado. Extrañado, se levantó y percibió un fuerte olor a huevos fritos subir por las escaleras. Bajó a la cocina y se sorprendió al ver a Adella tan enérgica y repuesta preparando el desayuno.

—¡Hola! —exclamó Konradin nada más verle.

Adella miró directamente hacia la puerta. Esbozó una gran sonrisa y le invitó a entrar.

—Buenos días.

—Buenos son, o al menos lo parece —comentó Friedrich acercándose a ella. La besó en la frente y descubrió su inexistente fiebre. Sonrió aliviado.

—Estos últimos días he estado alicaída, pero es por el embarazo y el estrés. Cuando estaba en *Schokolade Gold* también atravesé momentos similares —le contó ella.

Friedrich la miró escandalizado.

—¿Sufriste un cólico en mi ausencia? ¡Herr Kesler no me lo dijo!

—Porque fue muy breve, insignificante, Fritz, nada en comparación al de anoche, te lo prometo. Lo que pasó ayer fue que durante el bombardeo me tensé demasiado, pero ahora estoy mucho mejor, créeme —insistió ella.

—No me quedaré tranquilo hasta que sea Gerber quien me lo diga —
repuso él a la defensiva.

Adella hizo un mohín al ver como Friedrich le requisaba su plato de
huevos fritos.

—Comida ligera, Adella. Estás embarazada, recuérdalo.

Adella puso una mueca de fastidio. Sabía que él tenía razón.

Al atardecer, Adella fue directa al baño para asearse. Se enjabonó
detenidamente la cara y se cepilló los dientes. Luego, se metió en la bañera y,
nada más sentir el liviano chorro de agua tibia correr por su cuerpo, se
relajó. Masajeándose desde los senos hasta los muslos, la joven disfrutó del
contacto de la espuma sobre su piel. Al concluir el baño, se ajustó al cuerpo
una toalla blanca y empezó a contornear su embarazo. Sonrió. Había sentido
una patadita. Adella se acarició el vientre y, de repente, anheló las manos de
Friedrich. Se mordió los labios con lascivia ante un ligero cosquilleo. Había
esperado demasiado. Comenzaba a dejar ser dueña de sí y, con nuevos
calores, salió del baño. Caminó sigilosamente por el pasillo cuando escuchó
a Friedrich renegar con el niño en una especie de lucha por convencerle de
que era la hora de dormir. Adella se asomó por el hueco de la puerta de la
antigua habitación de Marlis y los espío. Vio como Konradin emitía un
quejido lastimero mientras trepaba hasta la cama. Friedrich lo agradeció
llamándole «buen hombrecito» y, luego, tras sacudirle la dorada cabecita, le
deseó las buenas noches.

—Cuéntame un cuento —exigió Konradin de repente.

Friedrich se quedó paralizado, como si hubiese recibido la orden más
peligrosa del mundo. Adella se llevó la mano a la boca en un intento por
contener la risa. Dejó de lado su ardiente deseo por Friedrich y,
acomodándose mejor en el marco de la puerta, disfrutó de la escena.
Friedrich se sentó lentamente en la cama. Miró a Konradin varias veces, de
rejojo, estupefacto.

—No conozco ninguno —confesó.

Konradin se incorporó rápidamente hasta sentarse a su lado. El niño
parecía totalmente asombrado.

—¿Nunca te han contado uno? —quiso saber, como si su negativa
justificase su terrible desconocimiento.

Friedrich se cruzó de brazos.

—No, nunca. ¿Tú sabes alguno?

El niño asintió.

—Entonces, ¿por qué no me lo cuentas tú a mí? —le preguntó.

Konradin se alegró. Nunca le había contado un cuento a nadie y, teniendo la ocasión, le hizo una seña a Friedrich para que se tumbase a su lado. Friedrich dudó, pero al ver la ilusión del niño por querer protagonizar un relato, accedió. Adella se conmovió. Verlos tan unidos, tan tranquilos y sin ningún tipo de miedo o aprensión, le hacía sentirse orgullosa.

Konradin inició su relato favorito; un burro, un perro, un gato y un gallo, cuatro animales de granja que, habiendo escapado de sus respectivos hogares tras conocer su fatídico destino a mano de sus propios dueños, se conocen y juntos deciden emprender el camino hacia a Bremen; ciudad liberal y popular por su acogida y simpatía hacia los extranjeros. Sin embargo, durante el trayecto, deben enfrentarse a unos bandidos. Friedrich, atento, reconoció al momento el cuento. ¿Cómo podría ignorar a los hermanos Grimm? Atento al desenlace, porque nunca lo había conocido, Konradin empezó a adormecerse. Pero ¿cómo acababa el cuento? Deseó saberlo, pero ni siquiera el niño lo sabía. Antes de cerrar los ojos, llegó a pronunciar que el burro, el perro, el gato y el gallo siguieron su camino, superado el peligro, pero, ¿llegaron a su destino? Una inefable curiosidad azotó a Friedrich. Aquel cuento le supo identificativo. En ese cuento, parecía haber algún tipo de respuesta a su futuro incierto. Pero, viéndolo a su vez absurdo, se desquitó de semejantes pensamientos y arrojó al niño con las sábanas. Al salir del dormitorio, se encontró con Adella en el pasillo. Ella le sonreía. Friedrich, intuyendo lo que quería, le devolvió el gesto con ironía y trató de esquivarla cuando ella, ágil en reflejos, le cerró el paso. Alzó las manos y agarró una de las suyas. La condujo hasta su boca de fresa y empezó a besársela.

—Ve a la cama —dijo Friedrich con frialdad.

—Desde luego —ronroneó insinuante.

—Es hora de dormir —recalcó él, sacándole las manos de un tirón.

—Lo haré cuando me permitas darte las gracias por todo lo que estás haciendo. Eres un ángel.

—Sí, un ángel caído. Vete a dormir, Della, no estoy de humor.

—Ven conmigo —suplicó ella.

Friedrich quiso negarse, por el bien de ambos. Miró fijamente su cuerpo, cubierto por una pequeña toalla, e inevitablemente sus instintos carnales despertaron pese a querer evitarlo.

—No vamos a hacerlo. Debes reponerte —dijo rotundo. Ella se molestó.

—¡Estoy bien! ¡Mírame!

Y, con un leve movimiento de sus brazos, la toalla se deslizó por su cuerpo hasta caer al suelo, liberando así una apetecible y blanquecina piel desnuda. Él apartó la mirada.

—¡Mírame! —suplicó Adella.

—Como sigas gritando vas a despertar a todo el vecindario, o peor aún, a Konradin, ¿tienes idea de lo que me ha costado dormirlo? —chistó Friedrich —. Estás estupenda Adella, pero no pienso tocarte.

—Por favor —rogó.

—Vístete. Hace frío y no estás en condiciones de resfriarte. Ve si quieres a mi habitación. Yo estaré en la de Bauer —la ignoró Friedrich.

—No me lo puedo creer, ¿es necesario todo esto? —replicó dolida por el rechazo.

Friedrich frunció el ceño y, sin dejar de mirarla a los ojos, se inclinó y agarró la toalla del suelo. Se la tendió y en cuanto ella la agarró, Friedrich se volvió y comenzó a retirarse.

—¡Te vas a arrepentir! —exclamó ella en un intento por llamar su atención. Friedrich torció la cabeza y, girando sobre sus talones, la miró desafiante.

—Más me arrepentiría si te causo algún daño en tu estado, *Fräulein* —expuso altivo.

Ella se carcajeó ante el doble sentido y, guiándose por el brillo de los ojos platinos, deslizó una mano hasta su entrepierna, dándole un indecente pero sugerente apretón que le hizo estremecer. Friedrich trató de contener la respiración, pero el flujo sanguíneo se intensificó hasta doler.

—Tiene razón, teniente. Pero yo también puedo ser dañina. Le deseo... —susurró aferrándose más a él—... Le deseo muy buenas noches —agregó fogosamente, recreándose en cada palabra mientras apretaba su recién erección.

Friedrich resopló, maldiciendo en silencio su provocación y mirando enfadado cómo ella se salía con la suya al dejarle con el calentón. Inmediatamente, se encerró en el lavabo donde ni siquiera en su soledad pudo saciar su necesidad. Frustrado, fue a la habitación de Bauer e intentó dormirse sin éxito. Comenzó a impacientarse. Se moría por poseerla. Adella tenía razón. Se estaba arrepintiendo. Exaltado conforme estaba, se levantó y

agarró la cajetilla que siempre le acompañaba. Comenzó a fumar a fin de disminuir su sed de sexo. Cuando su último cigarrillo se consumió, optó por beber.

Adella, que tampoco había podido pegar ojo, escuchó las pisadas de Friedrich en el pasillo y, esperanzada por tenerle de vuelta, se levantó y se pegó a la puerta. Sin embargo, Friedrich pasó de largo. Adella contuvo la respiración. Giró con cuidado el pomo y aguzó el oído. Escuchó el sonido de la vitrina del salón abrirse. Supuso en el acto lo que Friedrich estaba haciendo. Rápidamente, la joven se dirigió a la habitación de Bauer donde, sentándose en los pies de la cama y habiendo encendido una vela, le esperó. Friedrich no se hizo de rogar. Nada más entrar, se sorprendió al ver el reflejo de un ángel que, al trasluz de la llama, dejaba entrever su voluminosa y delicada figura. Ella sonreía, comenzando a desprenderse de su camisión azul. Él trató de resistirse.

—Fritz, por favor... Te necesito...

—Yo también, pero debemos ser razonables. No podemos en tu estado.

—¿Quién lo dice? Gerber ni siquiera comentó nada al respecto.

—Regresa a mi habitación, por favor —le pidió Friedrich antes de dar un nuevo trago al morapio que llevaba en la mano.

—Quiero estar contigo... Quiero que me hagas el amor —exigió.

Friedrich frunció el ceño. Resopló.

—No sabes lo que dices.

—Lo único que sé es que te deseo como nunca.

—No quiero hacerte daño.

—¡Ya me lo estás haciendo! ¡Te necesito y tú también me necesitas! —exclamó ella rompiendo a llorar.

—Dellita, por favor, no llores. Debes descansar. En breve sabremos los resultados de tu analítica y...

—¡A la mierda los análisis! ¡Te quiero aquí y ahora! ¿Qué pasa? ¿Ya no te gusta? —gimoteó frunciendo el ceño y arrugando toda la cara.

—¡Por supuesto que me gustas! Sobre todo con esa cara de pasa cuando te enfadas, pero no quiero hacerte daño —insistió.

—¿Y cómo sabes que me lo vas a hacer? Si no probamos no lo sabremos —espetó pasando del dolor al enojo.

—Tu cuerpo está experimentando cambios y temo por ti.

—No temas porque...

—¡No digas que estás bien porque no lo estás! Hace un día estabas prácticamente moribunda en cama y vomitando lo que ni siquiera habías tomado. Es imposible que en menos de veinticuatro horas estés recuperada. ¡Sé razonable y ponte en mi situación! O mejor dicho, ¡en la tuya propia!

Aquellas palabras, tan directas y francas, le sentaron como un balde de agua helada. Adella bajó la mirada sumamente avergonzada y se tragó las lágrimas. Se levantó de la cama y se dispuso a irse cuando Friedrich, cerrando los ojos y nada más sentirla pasar por su lado, la tomó inesperadamente de la mano.

—Al mínimo quejido da por hecho que te encerraré en el cuchitril y no volveré a tocarte hasta que nazca el bebé —refunfuñó.

Adella, cambiando rápidamente la expresión de su cara, sintió una corriente eléctrica sacudirle por la espalda. Miró efusiva a su amado y tolerante oficial y, sin desperdiciar un solo instante, se puso de puntillas y le mordió la boca. Friedrich, permitiendo que la botella se estrellase contra el suelo y derramase su contenido, la sostuvo entre sus brazos y la llevó a su habitación. Ella había ganado, pero él también. Cuantísimo la había deseado.

Minutos después, yacía uno junto al otro en la cama de Friedrich. Este la acomodó sobre él y la miró detenidamente, embelesado. La tenue luz de la vela iluminó sus despampanantes y distinguidas formas en combinación con aquel pícaro, pero dulzón, rostro de ángel aniñado. Friedrich se aturdió ante semejante belleza. Deslizó sus dedos por toda su piel. Estaba radiante. No podía engañarse. Se incorporó lentamente y la besó hasta que ambos se dolieron, hasta que ambos se perdieron.

—No hay final... No es importante... —susurró ella, cayendo rendida sobre el pecho masculino.

—¿Cómo dices?

—El cuento... No tiene un final cerrado... ¿Sabes por qué? —Él negó con la cabeza, aguardando la respuesta —. Porque lo importante no es saber si los peregrinos llegaron a su destino, sino que allá donde anduvieron fueron libres para siempre —aclaró antes de quedarse dormida.

Friedrich se sintió aliviado. Algo en él le advirtió que en el extraordinario himno de la libertad, su vida quedaría reflejada en la esencia de aquella historia.

Y sonrió. Sonrió dichoso. Sonrió tan fuerte que, por un momento, se contagió de la más pura esperanza.

Capítulo 46

Friedrich despertó tras un estridente sonido. Se estiró con lentitud y se aseguró de que Adella dormía. En efecto. Ella seguía sumergida en un profundo sueño. Friedrich retiró los brazos de su alrededor y trató de acomodarla cuando ella misma se giró dándole la espalda. Él sonrió. Observó durante unos segundos su silueta desembocar en unas definidas caderas y una oleada de calor volvió a hervirle la sangre. Sin lugar a duda, la muchacha había cobrado color y tenía mejor aspecto. Siguió admirándola unos segundos más cuando volvió a oír el timbre romper el silencio. Alguien llamaba a la puerta. Extrañado por no esperar visitas, se vistió con agilidad y bajó al rellano. Nada más reconocer a Gerber por la mirilla, tensó la mandíbula. Abrió la puerta. El doctor Gerber traía un semblante serio, haciendo entrever que no traía noticias buenas.

Sentados frente a frente en el salón, ambos hombres mantuvieron una fugaz pero vital conversación. Ansioso, Friedrich exigió más explicaciones en cuanto terminó de leer el informe.

—Dígame que no será el final.

—El pronóstico no es bueno. Hay escasas posibilidades —comentó Gerber.

—¿Y las que hay? ¿No son suficientes? Tiene que hacer algo. Debe haber una solución —clamó Friedrich.

—La evolución es la clave. Yo solo trato de ser contundente y advertirte de los riesgos. No quiero darte esperanzas Friedrich, esta enfermedad puede acabar con ella y el bebé.

Friedrich cerró los puños, se levantó y golpeó furioso la mesa presidencial de la sala. Gerber, sentado en uno de los sillones, se removió sumamente incómodo, incapaz de atreverse a alegar algo más. Comprendía el estado de Friedrich, su rabia, su furia, su desamparo. También su desilusión, miedo y espanto. Todos sus sueños estaban rompiéndose. Consciente de ello, Gerber optó por acercarse al joven. Llevó una mano a su hombro y trató de reconfortarle.

—Seguiré haciéndole análisis y trataré su caso con extrema atención.

Friedrich permaneció mudo, desazonado, con un nudo en la garganta. No podía hablar, no quería hablar, solo quería estar solo.

—Volveré el lunes —comunicó Gerber antes de marcharse.

Pero Friedrich ni se inmutó. Permaneció totalmente abstraído, ausente, con la mirada perdida y un frío sudor en la frente. Su mundo estaba desplomándose. Sus fuerzas estaban fallándole. Sufrió en silencio, lloró en silencio. Todas sus esperanzas habían desaparecido. No podría escapar, no habría oportunidad. ¿Y ella? ¿Qué haría cuando lo supiera? Temeroso al imaginárselo, Friedrich se dejó absorber en un abismo de alcoholismo. Nunca supo por cuánto tiempo estuvo sentado en el diván isabelino, aquel que tantos recuerdos le traía. Nunca supo cuántas copas consumió como tampoco supo en qué momento Adella despertó y le miraba asustada desde la puerta del salón.

Ajena a la visita del médico, Adella había despertado sola y feliz entre sábanas de seda. Una sonrisa burlona tiñó de picardía su mirada al recordar dónde estaba y qué había hecho durante la noche. Adella no pudo evitar reírse. Se sentía dichosa, pletórica. Haber consumado su amor con Friedrich la había colmado de fuerzas. Nada ni nadie podría arruinar su felicidad. Miró el reloj sobre la mesita de noche y descubrió lo tarde que era. El sol pegaba fuerte aquel último sábado de septiembre. La joven se estiró. Seguro que Friedrich no la había despertado antes porque quería que descansase lo suficiente. Esa noche repetirían, estaba convencida. Con aquellos pensamientos, Adella se levantó de la cama, decidida a buscarle. Bajó directamente a la cocina y encontró a Konradin devorando una caja de galletas. Adella se extrañó al ver la despensa abierta y montones de cajas con frutas y verduras tiradas por el suelo. Era evidente que el niño se había buscado su propio desayuno sin depender de nadie. Adella empezó a intuir que algo fallaba. Y vio confirmadas sus sospechas en cuanto entró al salón y encontró a Friedrich rodeado de botellas en el diván.

—Friedrich, ¿qué te pasa? —preguntó ella, zarandeándole.

Friedrich se agitó. Se incorporó con demasiado ímpetu y agarró de inmediato un sobre blanco sobre la mesa para impedir que ella lo viera.

—¿Estás bien? —repitió Adella.

—Sí, tan solo un poco cansado... —respondió apático.

Y al ver que no agregaba nada más, la joven insistió en entablar

conversación.

—¿Por qué has estado bebiendo tanto? ¿Qué ocurre? ¿Qué es ese sobre? — Él se volvió a mirarla, incapaz de contarle la verdad.

—Me quedan dos días de permiso.

Creuyendo que el motivo de su desazón era ése, Adella se conmovió.

—Pronto nos iremos a Suiza y estaremos juntos, al margen de la guerra. Además, ahora estamos solos. Todavía disponemos de cuarenta y ocho horas para nosotros.

—El niño está en la cocina —exclamó rápidamente Friedrich, en un intento por desviar la atención.

—Sí, ya lo he visto, muy entretenido por cierto... Tranquilo, no vamos a hacerlo ahora. Solo quería que supieras que te amo con todo mi corazón y anoche me hiciste la mujer más feliz del mundo.

Friedrich asintió en parte complacido. Sin embargo, no mostró ningún signo de afecto. En vez de eso, se pegó aún más a un extremo del diván y besó a uno de sus licores.

—Todo irá bien, Fritz. Y ahora, por favor, deja de beber —le pidió ella.

Él asintió con ganas de llorar y ella salió del salón. A solas, ella se compadeció de Friedrich. El pobre estaba mal por el asalto, por la carta de su padre, la salud de ella y su retorno a Neuengamme, por no hablar de la futura partida a Suiza. Se avecinaban grandes cambios y era imposible obviarlos. Una inmensa presión recaía sobre ellos. Adella respiró hondo. Pensar aquello no le llevaba a ningún lado salvo al borde de la desesperación y la angustia, y ella no quería dejarse arrastrar por ellas. Con la mejor de las sonrisas, decidió ser optimista.

El resto del día transcurrió despacio. En ocasiones se apreciaba barullo en la calle y el paso de tanques. Adella no se atrevió a asomarse por la ventana. Ni siquiera Friedrich lo hizo. El alemán se mantuvo fiel a su botella hasta pasado el mediodía. Solo entonces, un tanto aturdido, se acercó a Adella y la abrazó. Ella le miró con ternura. Friedrich sorbió con fuerza su nariz, detalle que Adella no pasó por alto. Friedrich estaba distinto. Había cambiado su semblante de la noche a la mañana y ella no era tonta. Algo ocurría y Friedrich lo ocultaba. Con prudencia, la joven pensó en la mejor manera de extraerle información; pero él, lejos de ser comunicativo, se mostró huraño y esquivo.

—Papá está triste porque el cuento no tenía final —aseguró Konradin mientras entraba en el salón.

Al oírle, Friedrich se conmovió. «*Papá*». Le había llamado «*papá*». Esa palabra y ese significado le turbaron. Miró a Adella un tanto azorado, con lágrimas en sus ojos plata. El pequeño había dado con la respuesta al problema. No había solución. No había final.

—Ve a tu habitación. Voy a hablar con papá —dijo Adella enternecida por el detalle.

Konradin hizo un mohín pero, al verla alzar el dedo en señal de advertencia, corrió escaleras arriba en el menor tiempo posible, convencido que su carrera sería premiada con chocolate.

—¿Qué ocurre, Friedrich?

—Estoy cansado...

—Estás ocultándome algo. ¿Qué es?

—¡Nada! —exclamó él.

—¿Crees que soy idiota? Dime lo que pasa. —Friedrich la miró dolido.

—Temo no llegar a Suiza y temo que te pase algo... —articuló al fin.

—Lo conseguiremos. Es cuestión de paciencia. Tu propio padre lo dijo, la paciencia será la clave de nuestra libertad —expuso sonriente.

Friedrich frunció el ceño, apretó los labios hasta hacer de ellos una fina línea y se tragó la pena. Fingió relajarse en su presencia.

—Tienes razón... Yo... Perdóname. Siento demasiada presión sobre mí... —se disculpó desalentado, tanto, que Adella creyó que lo había consolado.

—Lo sé, y por eso mismo lo mejor es que no te agobies, no es la mejor solución. Si nos estresamos, será peor —dijo ella tomándole de las manos.

Cerró los ojos y aspiró su fragancia. Seguía oliendo a vino y a tabaco. Adella resopló, e ignorando aquel olor, hundió la cabeza en su pecho.

—Te quiero —ronroneó Adella, recuperando las ganas de sonreír.

—Yo también te quiero —siseó él, recuperando las ganas de llorar.

—No discutamos más —suplicó ella levantando la cara.

Él sonreía con una mezcla de cariño y tristeza. Llevó las manos a sus mejillas y la acarició.

—Es lo que menos deseo en el mundo.

Y se abrazaron con el abultado estómago por el medio. De repente, ambos percibieron un insólito movimiento. El bebé se alegraba de aquel gesto y pataleaba desde dentro. Friedrich y Adella se miraron enternecidos.

Al caer la noche, Adella buscó a Friedrich. Él estaba en el diván, fumando.

En cuanto lo vio, se acercó con una sonrisa juguetona que no tardó en desaparecer cuando Friedrich rechazó la insinuación.

—Pensé que te gustó lo de anoche —protestó ella.

—Créeme que me gustó... Pero no puedo. No quiero volver a hacerte daño.

—¡Ni siquiera me quejé!

Al ver que Friedrich prefería el silencio como forma de diálogo, Adella se resignó.

—Me voy a la cama. Será lo mejor.

—Sí... Será lo mejor... —le oyó murmurar mientras daba otra calada al cigarro.

Nada más salir de la sala, sus ojos se aguaron. Subió las escaleras con la convicción de que aquella era la mejor opción. En cuanto entró en la habitación de Friedrich, descubrió en el escritorio, el sobre blanco que a Friedrich tanto le había alterado. Curiosa por saber qué le habrían notificado sus superiores en Neuengamme, agarró la misiva. Sorprendida, reconoció en el acto el cuño medicinal y la firma del doctor Gerber. Leyó el documento y supo cuál era la verdadera razón de la agitada conducta de Friedrich. El corazón le dio un vuelco. Contuvo las lágrimas. Gerber debía habérsela entregado esa misma mañana, cuando ella dormía. Sí, aquello explicaba por qué Friedrich llevaba bebiendo desde horas tempranas. Abrumada, trató de imaginar qué efectos podría tener la enfermedad diagnosticada. Realmente la desconocía, pero ahí estaba. Memorizó el nombre: eclampsia. Debía hablar con Gerber.

De repente, oyendo los pasos de Friedrich y como acto reflejo, Adella guardó la carta dentro del sobre y se acostó en la cama. Fingió estar dormida. No quería hablar, no quería ni siquiera mirarle. Tan solo abrazarle en la oscuridad. Necesitaba su calor, su apoyo, su cariño. Friedrich no tardó en acostarse a su lado, y, en silencio, la abrazó.

El penúltimo día de permiso amaneció siendo un sábado frío y nublado. En la calle podían apreciarse gritos y disparos. Adella, sentada en el borde de la cama desde el alba, se mantuvo quieta, familiarizada con los disturbios. Permaneció en silencio. Se sentía confusa. Había despertado con el corazón agitado, como si hubiese sido pisoteado. Comenzó poco a poco a fatigarse. Volvió a recostarse en la cama y, dándole la espalda a Friedrich, cerró sus ojos aguados. Nada más oírla respirar entrecortadamente, Friedrich descubrió

su estado. La volvió a envolver entre sus brazos.

—Adella, has tenido una pesadilla, pero todo está bien, estoy aquí contigo —siseó en su oído.

Ella se estremeció al oír su voz ronca. Volteó la cara, quedando centímetros de su boca. Le miró a los ojos y se perdió en ellos, deseando decirle que no era una pesadilla lo que la había asustado, sino la realidad.

—Dime la verdad... ¿Voy a morir? —preguntó con la voz queda.

Friedrich se tensó y la soltó de inmediato. Ambos siguieron mirándose fijamente. Ella, expectante, escrutó cada uno de sus movimientos. Friedrich frunció el ceño. Miró fugazmente el sobre en el escritorio y comprendió que había leído el informe de Gerber.

—No debiste quedar embarazada. Esto ha sido un error... mi culpa... —masculló secamente.

—No has contestado a mi pregunta —espetó ella ignorando el rudo comentario. Friedrich la miró fríamente a los ojos.

—Ha sido mi culpa—repitió.

—¡Deja de decir eso! Esto... —dijo señalándose el vientre — es lo mejor que podía ocurrirme contigo —agregó.

—Si algo malo te pasa, no me lo perdonaré nunca.

—¡Quiero hablar con Gerber! —exigió ella.

—Mañana podrás hacerlo.

—¿Por qué no me lo dijiste antes?! —recriminó.

—¿Cómo debía hacerlo? ¿Cómo le dices a la persona que amas que se está muriendo?! —dijo con zozobra.

—Me muero... —susurró ella, respirando muy deprisa, sintiendo un nudo de espinas en el pecho.

Friedrich negó con la cabeza, también respirando entrecortadamente.

—No, no digas eso. El embarazo te está afectando pero todavía podemos hacer algo al respecto.

—¿Cómo qué? ¿Tendrías que haberme despertado cuando Gerber estuvo aquí!

—¿Qué importa eso? ¡Te he dicho que mañana podrás verle!

Adella se sorbió la nariz. Desvió la mirada y se levantó de la cama. Salió de la habitación sin decir palabra y Friedrich, frustrado, fue tras ella. Cuando salió al pasillo, la encontró apoyada en la pared, sollozando con más fuerza.

Friedrich trató de consolarla cuando, nuevamente, Adella perdió el conocimiento.

—Nunca me perdonaré esto... Nunca... —repetía Friedrich.

Su voz se escuchaba en la lejanía al igual que el eco de golpes secos. Un pinchazo. Un bramido. Rabia. Todo era oscuridad. Ella se sentía flotar en un oscuro abismo. Aturdida, su corazón se agitó. Trató de gritar, pero su voz no emergía. Exasperada, Adella se convulsionó. Siguió rodando en la oscuridad con una intensa sensación de vacío en su pecho. Se ahogaba. Se caía. Se perdía.

Un nuevo pinchazo sacudió su cuerpo. Adella se sintió eléctrica. Pudo al fin gritar. Pudo al fin ver como clareaba la oscuridad. El dolor en su cuerpo persistía pero la luz aparecía. Tomó una bocanada de aire y, al hacerlo, recuperó la conciencia.

—¡Adella! —la llamó Friedrich.

Se arrodilló a su lado y la tomó de la mano. La apretó con fuerza. La joven había despertado y miraba desorientada a todos lados.

—Déjale espacio, Friedrich. Sigue teniendo fiebre —declaró una voz familiar.

Adella giró la cabeza, todavía con los ojos entrecerrados, y reconoció a Gerber. El doctor le colocó un algodón en uno de sus brazos y restregó un líquido. Luego, con un extraño aparato, fue midiéndole la tensión.

—¿Qué día es hoy?

—Domingo —respondió el doctor.

Adella meditó. La última vez que pestañeó era sábado por la mañana. ¿De verdad había estado un día entero inconsciente?

En cuanto el doctor Gerber se retiró, la joven se incorporó con lentitud. Su malestar comenzaba a disminuir. Miró insistente a Gerber, exigiendo una explicación.

—Friedrich me ha contado lo que ha pasado. Él debió haber hablado contigo antes, pero no se sentía preparado. Imagino que tendrás muchas dudas.

Adella asintió con los ojos empañados.

—¿Qué es la eclampsia? —preguntó, captando por primera vez la fatal sonoridad de la palabra.

Gerber detectó el miedo en sus ojos y se reconoció a sí mismo lo difícil

que le resultaría ser franco con ella. Tomó aire, pensando en palabras adecuadas. Nunca, en sus más de cuarenta años ejerciendo la medicina, se había sentido tan cohibido.

—Es una enfermedad motivada por la hipertensión elevada, y es, desgraciadamente, una de las causas de la muerte materna.

—Dios mío... —susurró Adella con los ojos desorbitados.

—La eclampsia es la última fase de una preeclampsia mal tratada, suele aparecer después de la vigésima semana de gestación—añadió el doctor.

Friedrich, atento a todo cuanto decía, cerró los puños con rabia, sintiéndose un perfecto impotente por no haber evitado la desgracia.

—Debió darse cuenta antes, Gerber, ¡debió haberlo hecho! —gruñó.

Adella tembló. Presa de lágrimas, su vista volvió a nublársele. Llevó sus manos a los ojos y las restregó con fuerza. Cerró los ojos. Cuando los abrió, vio con más nitidez.

—Esta enfermedad es tan repentina como imprevisible. Cuando realicé los primeros análisis, Adella no presentaba ningún indicio de preeclampsia, pero esas pruebas se realizaron con pocas semanas de gestación. Piensa en el tiempo que transcurrió antes de la segunda analítica. ¡Meses! Por el amor de Dios, Friedrich, ¡estuve meses sin poder controlarla debidamente y Adella desarrolló la enfermedad durante ese tiempo! —se defendió el médico.

Friedrich volvió a abrir la boca, dispuesto a discutir aquello cuando cayó en cuenta del vital detalle. Gerber tenía razón. Todo tenía sentido. Se negó a aceptarlo. No quería asumirlo. Mientras estaba en Sachsenhausen, Adella, oculta en una pequeña chocolatería de Hamburgo, iba incubando latentemente la desgracia.

—Por favor, doctor, dígame qué me pasa, yo no entiendo y tengo miedo.

Gerber se volvió hacia la asustadiza joven. La miró atribulado.

—La eclampsia provoca espasmos en el útero, y provoca la falta de oxígeno al feto, causándole a la madre desvanecimientos. Nuestros estudios han observado que las mujeres embarazadas por primera vez, y teniendo antecedentes genéticos con diabetes, hipertensión o cualquier patología renal, son más propensas a padecer esta enfermedad.

—Mi madre... Ella murió cuando me tuvo a mí... —dedujo Adella.

Sintiendo la intensa mirada de Friedrich helarle la sangre, se atrevió a preguntar con lágrimas en los ojos por la vida de la criatura, augurando un trágico final.

—Lo idóneo sería alumbrar al bebé, solo entonces la enfermedad desaparecería —dijo Gerber, midiendo delicadamente sus palabras. Adella frunció el ceño.

—Pero solo estoy de seis meses, no puedo dar a luz. El bebé no sobreviviría...

—¡Y ahí dentro tampoco lo hará! ¡Maldita sea! —vociferó Friedrich, completamente encolerizado.

Adella contuvo el llanto. Gerber, apenado, la tocó por el hombro.

—Lamento mucho decirte esto, Adella, pero hay que interrumpir tu embarazo.

—¿Qué está diciendo?! ¡Mi bebé no puede nacer aún! ¡Tiene que haber otra solución!

Friedrich se estremeció al oírla hablar así. No soportaba ser el causante de la desdicha, no soportaba haberle arruinado la vida. Comenzó a temblar. Se dirigió hacia el armario y, con desesperación, empezó a propinarse trompicones contra la madera.

—¡La culpa es mía!

—¡Friedrich, por favor! No es tu culpa... Ninguno sabíamos que esto sucedería —exclamó Adella.

—Debimos tener en cuenta la muerte de tu madre —aseveró.

—¡Ni siquiera sé si padecía lo mismo que yo! ¡Podría haber sido otra cosa! —gritó ella a la defensiva.

Friedrich emitió una risa cínica, nerviosa. Sus labios le temblaban. Apartó a Gerber de un indecente empujón y se enfrentó a Adella.

—No hace falta ser muy listo para deducir que si un familiar directo padece una enfermedad, su descendencia sufrirá lo mismo —reafirmó.

Enjugándose las lágrimas, Adella le contradijo.

—¡No necesariamente! Puede que mi madre padeciese eclampsia, pero ¿quién dice que podría ser hereditario en el sentido estricto de la palabra? ¡Imagina que yo hubiese sido una excepción y...!

—No voy a imaginar nada porque, a diferencia de ti, yo vivo en la realidad, ¡en nuestra maldita y jodida realidad! ¡Podríamos haber evitado todo esto!

El rostro de Adella enrojeció, pero no de dolor, sino de rabia. Arqueando la espalda y fulminando al oficial con la mirada, la joven no dudó en

levantarse de la cama.

—¿Me estás culpando? ¡Contéstame! ¡¿Me culpas a mí?! ¡No tienes derecho a echarme esto en cara! ¡Yo no sé si mi madre padecía eclampsia! ¡Esto es una suposición! Tal vez debimos acudir a Gerber antes, pero el problema no hubiera estado en tener relaciones, ¡sino en el embarazo! —sentenció con su acento suizo.

Friedrich, sarcástico, asintió lentamente.

—¡Buena reflexión, Adella! ¡Magnífica! —respondió—. Ahora dime, ¿cómo diablos se queda una mujer embarazada? ¡Necesita sexo! ¡Justo lo que yo te di y ahora, por mi culpa, vas a morir!

—*Halt den Mund!* —bramó Adella antes de propinarle a Friedrich una sonora bofetada.

Gerber, que se había mantenido expectante a la discusión, se tensó al ver el violento gesto de la muchacha. Se mantuvo rígido, atónito ante el duelo de miradas que la pareja se procesaba cuando se sintió doblemente abrumado nada más Friedrich la agarró por la nuca para besarla con vehemencia. Adella se mantuvo inmóvil, dejándole hacer. Palideció.

—Por favor... Eres lo único que me queda. No puedo perderte. Por favor, Adella, no nos mates... —sollozó él.

«*No nos mates* ». Aquellas lastimeras palabras, teñidas de melancolía, la derrumbaron. Sus manos rodearon la fornida espalda.

—¿Quieres matarme en vida? Yo no podría estar sin ti... Yo me moriría sin ti...

Adella inclinó la cabeza. Se abrazó más a Friedrich, Él la besó en la cabeza.

—No moriré, Fritz... Ni tú, ni yo, ni nuestro bebé —susurró contundente.

Friedrich resopló ante la cabezonería. Se apartó ligeramente de ella y la miró con desaprobación. Adella, en cambio, le miró con aflicción. Se sentía culpable pero también lo suficientemente fuerte para sobrellevar el desafío. Acarició sus suaves mejillas y le juró que nunca le dejaría. Dejándose cautivar por el brillo de sus ojos, Friedrich sintió apaciguarse. Se volvió a un turulato doctor y se disculpó por lo recién presenciado, aguardando al mismo tiempo, a que pudiera ayudarlos. Gerber recobró la compostura. Miró a ambos jóvenes, especialmente a la muchacha.

—En mi trayectoria, pocas veces he practicado un aborto. Nunca quise

tratar semejante atrocidad. Pero, por desgracia, hay ocasiones en las que es la mejor opción...

—¿Insinúa que debo...? —preguntó Adella con espanto.

—Sería lo ideal pero... Tal vez habría otra alternativa.

—Pero si el bebé nace, la matará, usted mismo lo dijo —interrumpió Friedrich.

Gerber alzó la mano pidiendo silencio.

—Dije que la eclampsia era letal en el noventa por cien de los casos, pero si se trata minuciosamente, se puede prolongar el embarazo hasta el final. Son escasas las probabilidades, pero Adella podría sobrevivir al parto.

Al oírlo, Adella sonrió de oreja a oreja y miró a Friedrich. Este se mantenía atónito mirando a Gerber.

—¿Por qué no lo dijo antes doctor? —preguntó.

—Porque no me gusta dar falsas esperanzas. Adella ha decidido continuar, y correrá muchos riesgos.

—Pero podría ganar. Todavía hay esperanza —repuso ella.

—Son tiempos difíciles, Adella, no solo por la guerra, sino por el avance medicinal. La eclampsia es un apatología muy compleja de tratar. Sin embargo, hay ciertos fármacos que podrían ralentizar su desarrollo.

—¿Cuáles? —preguntó Friedrich.

—Principalmente, anticonvulsivos. Suministrándolos, las convulsiones desaparecerán. También tendríamos que combatir contra la hipertensión arterial. Si lo logramos, la gestación seguiría su curso natural, pero el peligro seguirá presente.

—Es un riesgo que estoy dispuesta a correr —aseveró Adella.

Friedrich esbozó media sonrisa. Reprimió sus ganas de llorar y la tomó de la mano, demostrándole que respetaría su decisión porque, en lo más profundo de su corazón, también quería que su hijo naciera.

—Lo estamos —concluyó rotundo. Jamás la dejaría.

No había tiempo que perder. Gerber reuniría las medicinas pertinentes en el menor tiempo posible. Antes de marcharse, Gerber le prohibió cualquier tipo de actividad agitada, una dieta muy equilibrada y reposo. Antes de retirarse, y tan curioso como siempre, Gerber la miró fijamente.

—No eres alemana —observó.

—No señor, no lo soy —confirmó Adella.

Y al ver que no decía nada más, Gerber supo que no debía insistir. Un tanto azorado por su curiosidad, la tomó suavemente de la mano y se despidió.

Friedrich le acompañó a la salida, agradeciéndole toda su dedicación. Gerber le palmeó con cariño paterno filial su hombro, transmitiéndole complicidad, y se marchó.

Una vez a solas, ambos jóvenes se miraron en silencio. Ella no tenía nada más que decir, y él, aunque conteniendo sus ganas por entablar un debate, fingió que tampoco. Adella salió de la habitación con la excusa de ir al lavabo. Una vez sola con su reflejo en el espejo, se escrutó con ganas de llorar. Había logrado su cometido, pero lejos de sentirse orgullosa, temió las consecuencias de su decisión. En el fondo tenía miedo, no por ella, sino por Friedrich, Konradin y el bebé por nacer. Apretó los puños hasta clavarse las uñas y reprimió el llanto. Se lavó la cara y salió al pasillo.

—Gracias al cielo que Konradin sigue durmiendo... Gritaste demasiado —dijo Friedrich.

Ella se sobresaltó al oír su voz. Se giró a mirarle y, para cuando quiso percatarse, él ya estaba a su lado, tomándola, sin ninguna clase de delicadeza, por el brazo.

—Es hora de dormir, bastante mal has causado.

—¿Cómo puedes decir eso?

—Mal interno, miedo, horror, como quieras llamarlo, Adella Kinderman, pero estás poniendo mi salud en riesgo también —expuso hastiado.

—Los dos buscamos soluciones a este problema, y hemos dado con una opción. Sé positivo, por favor, voy a tener un tratamiento —insistió ella con el ceño fruncido, queriendo endurecer su expresión a fin de transmitir seguridad.

Friedrich estiró su espalda, ganando así más altura. Pero ella, lejos de sentirse intimidada, le apartó y se dirigió al dormitorio. Él la siguió.

—¿Y si tu cuerpo rechaza los fármacos? Estás embarazada —dijo temeroso. Ella se detuvo en seco, haciéndole casi estampar contra su espalda.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—No es conveniente en tu estado.

—Gerber se ocupará de suministrarme la dosis apropiada, para algo es médico y sabe lo que hace —exclamó indignada.

—*Ssshhh*, no te alteres —le chistó Friedrich.

—Entonces deja de poner trabas, así no me siento apoyada.

—No puedo evitarlo.

—¡Pues tendrás que hacerlo! Confía en mí, confía en Gerber. ¡Tienes que darnos una oportunidad! ¿Confías en mí? —preguntó ella.

—Confío en ti.

—Entonces, no tengas miedo. Yo dejaré de tenerlo si me apoyas en esto.

Y en mitad de la oscuridad, bajo la única luz de sus miradas, ambos unieron sus corazones en abrazo que les hizo creer una vez más en la esperanza.

Capítulo 47

Octubre de 1942.

El día 5 de octubre había llegado. El permiso había expirado. Friedrich, apesadumbrado, jamás olvidaría su reincorporación al campo después de tantos meses sin pisar aquellas pantanosas tierras.

Desde primera hora de la madrugada, habiéndose asegurado de que Adella estaba bien, aguardó impaciente a Gustav Krupp. Este se presentó con un minuto de retraso. Nada más verse, Friedrich inclinó levemente la cabeza y subió al coche dando un portazo. Gustav Krupp le miró de soslayo por el retrovisor. Al ver que el altivo oficial se mantenía en silencio, decidió entablar conversación. Nunca lo había hecho y a que, por protocolo, era irreverente que un conductor le dirigiera primeramente la palabra a un militar como él. Otra vez, la envidia de Gustav Krupp fue en aumento, y, lejos de dejarse acobardar, asaltó a preguntas al oficial, mostrando interés por su estancia en Sachsenhausen, luego, preguntándole por su regreso a Hamburgo. Friedrich, cauto en todo momento, comentó su entusiasmo por haber regresado. Gustav Krupp volvió a mirarle fugazmente por el retrovisor. Instintivamente, Friedrich realizó el mismo gesto, encontrándose con su mirada. Al instante, ambos hombres apartaron la mirada, sintiéndose irremediabilmente incómodos. Ambos eran conscientes de la tensión que crecía entre ellos, especialmente Gustav Krupp quien, posando su vista al frente, puso una mueca de animosidad, más convencido que nunca de que aquel teniente ocultaba algo. Friedrich frunció el ceño y, ajeno a sus pensamientos, se removió asqueado en su asiento. Minutos después, nada más se detuvo el coche frente a la entrada de Neuengamme, Friedrich bajó con rapidez sin ni siquiera despedirse.

—Ya veremos si giras la cara cuando Neumann te dirija la palabra, maldito niño —espetó Gustav Krupp viéndole marchar hacia la comitiva que le aguardaba.

Los camaradas con los que compartía la sección administrativa no dudaron en darle la bienvenida con un improvisado cóctel en el vestíbulo. Friedrich

alzó su copa con media sonrisa y dejó a sus compatriotas elogiar su misión cumplida. Neumann no dudó en salir de su fastuoso despacho para recibirle. Nada más verle, Friedrich se puso firme pero rehusó saludarle con el brazo en alto. El coronel, ensimismado con el pequeño jolgorio, ignoró la falta de cortesía y palmeó con estima su hombro, apartándole ligeramente del resto de los oficiales. Lo llevó fuera de la sala. Quería hablarle en privado. A medida que se adentraban por los pasillos, Neumann fue informándole de los nuevos sucesos del campo.

El más destacable fue la retirada del comandante Martin Weiss y la llegada de su relevo, Max Pauly, como dirigente nuevo, y su anhelo por conocerle. Friedrich tensó la mandíbula. Lo que menos deseaba era que su popularidad entre los más jóvenes sobresaliese más que de costumbre. Sabía a la perfección que, a cuanta más fama, más estaría en el punto de mira.

El coronel Neumann, altivo y seguro en sus andares, encaminó a Friedrich hasta el despacho de Pauly. Cuando se detuvieron, Neumann le miró orgulloso indicándole con la mirada que llamase. Friedrich comprendió la razón por la cual había sido abducido de su fiesta privada. Contuvo la respiración, sintiéndose desanimado por conocer al nuevo comandante. Esbozó sus comisuras y forzó una perfecta sonrisa. No tenía opción. Con un refinado movimiento de nudillos, Kießling golpeó la puerta. Segundos después, una potente voz le concedió permiso para entrar.

—Buenos días caballeros, ¿a qué debo su visita? —saludó afable el hombre rubio y pulcramente ataviado en un uniforme gris. Se mantuvo expectante sobre la silla presidencial. Aquel despacho era ostentoso, muchísimo más que el de Neumann. Friedrich detectó el poder, pero ni la brillante madera caoba del mobiliario o el oro rebosando en cada rincón como parte del decorado, llamó su atención. Frente a él tenía su vivo reflejo envejecido. Aquel tal Max Pauly tenía cierto parecido con su persona y, por un momento, no pudo evitar imaginarse siendo su sucesor. Atormentado con tan solo pensarlo, Friedrich contuvo una pequeña arcada de la impresión. Nunca se había sentido tan amedrentado y Max Pauly, ajeno a su disgusto, sonrió de oreja a oreja al deducir la identidad de aquel distinguido porte. Se inclinó levemente hacia delante para escrutarle.

—¿Es él?

Neumann, tras Friedrich, asintió.

—*Herr Kommandant*, permítame presentarle al *Obersturmführer* Friedrich Kießling en persona —confirmó.

Al oír su nombre, Pauly se levantó expresamente para recibirle. Le tendió la mano y, cuando lo tuvo lo bastante cerca, le invitó a sentarse junto a Neumann, en las sillas frente a su mesa.

—Tengo magníficas referencias de usted, magníficas. Me complace tenerle de vuelta en Neuengamme.

—El gusto es mío, *Herr Kommandant* —dijo educado.

—Hace pocos días, recibimos un comunicado de Hans Loritz. Está muy satisfecho con su labor llevada a cabo en Sachsenhausen —intervino Neumann.

—Solo cumplo con mi deber —repuso Friedrich modesto, tratando de restarse méritos.

Pauly lo escrutó con más detalle, admitiéndose a sí mismo que, frente a él, tenía a una magnífica pieza, una joven y brillante promesa.

—Cumple como pocos a su edad. Si no es indiscreción, ¿qué edad tiene? —preguntó el comandante.

—El mes que viene cumpliré veintidós, *Herr Kommandant*.

—Recuerdo que yo a su edad no tenía ni la mitad de logros que usted. Pero eran otros tiempos, mucho más funestos. No sé qué hubiera sido de Alemania sin la llegada de nuestro *Führer* —comentó acomodándose en la silla de terciopelo.

Y sin dejar de mirarle, le tendió una arqueta de puros Grenzmark de primerísima calidad. Friedrich tomó un rollizo veguero y, sosteniendo el tallo, agradeció la cortesía del comandante en cuanto este le prestó su mechero de metal.

—No inhale demasiado fuerte, *Obersturmführer* —le aconsejó Pauly al verle toser.

Friedrich, quien por costumbre solía fumar simples cigarrillos, comprendió que lo que tenía en boca era material de otra categoría. Contuvo la respiración unos segundos y apaciguó la tos. Algo avergonzado, depositó el habano sobre el cenicero.

—Disculpen, no acostumbro a tomar semejante tabaco —se excusó con una tímida sonrisa.

—Ya se acostumbrará, *Obersturmführer*, al fin y al cabo, los mejores

siempre lo hacemos —aseveró con complicidad.

Friedrich asintió, simulando agrado. Degustó el sabor amargo amargo y se juró no volver a consumir un Grenzmark en su vida. Al cabo de un rato, cuando Pauly terminó de relatarle su experiencia, pasó a explicarle la razón por la cual tenía verdaderas ganas de conocerle. Le habló seriamente, poniéndole al corriente, de los nuevos planes y cambios referentes a la mejora de las instalaciones de Neuengamme. El departamento principal de las SS había sido ampliado, por lo que, el comandante le sugirió a Friedrich la posibilidad de adquirir una opulenta villa junto al campo de manera que no dependiera de su chófer para su traslado cada mañana. Durante un momento, Friedrich lo meditó. Pensó en la alegría que le supondría no ver la cara de Gustav Krupp, pero, pensando en Adella, descartó la idea.

—Agradezco su tentativa propuesta, pero preferiría establecerme en Hamburgo. Me gusta vivir en ambiente urbano; además, resido en un barrio acomodado y disfruto mi soledad allí.

—¿Soledad? Eso suena un tanto huraño *Obersturmführer*, pero le entiendo perfectamente. En ocasiones la soledad es el único consuelo. ¿Sabe? Si no estuviera casado y no tuviera hijos, recurriría con frecuencia a los más solitarios montes, ¿sabe? Yo me crié en un espacio rural precioso —expuso Pauly sin perder la sonrisa.

—Yo prefiero la ciudad.

—Usted es berlinés, ¿verdad? ¿Cómo es que acabó aquí? —preguntó el comandante.

—Supongo que así lo quiso el destino, y he de decir que no me arrepiento de estar aquí —dijo.

Tanto Pauly como Neumann sonrieron orgullosos al oír su respuesta. Con sutileza, el comandante desvió el tema de conversación, retomando la reunión a lo laboral. Pauly le detalló sucesos del campo, haciendo hincapié en la evolución de los subcampos, y en la deportación de todos los judíos del campo a Auschwitz para su exterminio. Friedrich, ocultando su consternación e incomodidad, permaneció firme escuchando todo cuanto decía.

Desde la llegada de Max Pauly, a comienzos de septiembre, los prisioneros de guerra soviéticos fueron sometidos a construir una cámara de gas que fue inaugurada con ellos mismos como las primeras víctimas. Tras conocer el proceso del homicidio, Friedrich se revolvió sobre la silla. Al oír el

estrepitoso sonido de la silla presencial arrastrarse sobre el suelo, Friedrich cobró la compostura, tensando derechamente su espalda y levantándose a la vez que sus superiores. Ambos siguieron hablando animadamente cuando de repente, Pauly volvió a dirigirse a él.

—Mañana por la noche me reuniré con mis mejores hombres en mi villa. Será una agradable velada, y me gustaría contar con usted —dijo el comandante.

Por un momento, Friedrich no supo qué responder. Carraspeó con ligereza y, tras verse en un compromiso, aceptó con un ligero taconazo.

—Por supuesto, *Herr Kommandant*. Será un honor.

Y antes de retirarse, el comandante retomó la palabra.

—Hay alguien que se alegrará de verle.

—¿Quién? —preguntó extrañado.

Por un momento, creyó que Bauer había regresado y, poniendo una mueca de espanto, comenzó a inquietarse.

—Espero que no le moleste, Kießling, confié a Laska al comandante —explicó Neumann.

Friedrich suspiró aliviado.

—Mis hijos se empeñaron en cuidarla nada más verla, pero no se apure, mañana podrá llevársela si así lo desea —alegó Pauly.

—No creo que sea buena idea llevármela —dijo para su sorpresa.

—¿Está seguro? La perra es suya.

—Sí, insisto. Su villa es mucho más grande y está mejor equipada, además, sus hijos se pondrán muy contentos. Pueden quedársela, considérela mi obsequio por su llegada al campo, *Herr Kommandant*.

—Es un gesto muy considerado, *Obersturmführer*. Mis hijos se lo agradecerán toda la vida —exclamó riendo.

A diferencia de Friedrich, Neumann no tardó en sumarse a la risa del comandante con tal de complacerle. Cuando aminoró la carcajada, Friedrich hizo un leve asentimiento con la cabeza y, girando sobre sus talones, salió precipitado hacia uno de los patios. Allí, angustiado, y sabiéndose solo, sacó su cajetilla del bolsillo de su abrigo y fumó con ahínco, como siempre hacía para calmar sus nervios.

Esa misma noche Friedrich le contó a Adella sobre la reunión del comandante. En un principio, la joven le miró con desaprobación, exigiéndole

con la mirada que no acudiese a la velada. Sin embargo, aceptó que fuese. Él le prometió que se retiraría lo antes posible. Desafortunadamente, su retirada se hizo de rogar, y cuando tuvo la ocasión, fue como menos la deseaba. Friedrich Kießling no olvidaría aquella comprometida cena.

Al atardecer, Friedrich aguardaba nuevamente con impaciencia a Gustav Krupp para que le llevase a la villa la cual, se hallaba a dos kilómetros de distancia del campo. Se trataba de un viejo caserío mandado a reconstruir por orden Pauly para que su familia gozase de comodidades al margen de las fechorías de Neuengamme.

A medida que el coche se movía por la estrecha carretera, Friedrich se giraba entretanto y contemplaba atribulado como el sol naranja se encogía en el oeste. Cuando miró al frente, divisó la villa y su inmenso jardín por el cual el comandante paseaba y conversaba animadamente con varios oficiales. Con la intención de ser visto por el señor del lugar, Gustav Krupp tiró de la palanca, frenó de golpe, y antes de que el Friedrich se percatase, se colocó junto a su puerta para abrísela.

—¡Bienvenido a mi rústica villa, *Obersturmführer*! —saludó Pauly acercándose a la entrada.

Friedrich se puso firme, dio un leve taconazo y, nuevamente, rehusó a levantar el brazo. Pauly y su séquito obviaron el detalle para admirar su distinguido porte y el solemne coche con el que había descendido. Eufórico conforme estaba, el comandante decidió invitar a Gustav Krupp. Friedrich frunció el ceño, no quería a Gustav allí. Sin embargo, consciente de que el acontecimiento se celebraba en una vivienda ajena, comprendió que, por muy incómodo que le resultase, no debía contradecir la afabilidad del comandante. Gustav Krupp, por su parte, sonrió triunfante. Asistir a aquella velada era sinónimo de prometedoras confidencias.

Ajeno a su maquiavélico plan, Friedrich se dejó querer enseguida por la enérgica mujer del comandante. *Frau* Pauly era, sin duda, una de las pocas esposas de oficiales más simpáticas que había conocido. De mediana estatura y cabello cenizo como el suyo, *Frau* Pauly y sus vivarachos ojos pardos desprendían un espléndido carisma. A Friedrich le sorprendió lo entrañablemente encantadora y familiar que se mostraba en el trato con todo aquel que pisaba la estancia.

La velada tuvo lugar en la terraza del primer piso la cual había sido

adornada con banderines del Partido además de una congregación de oficiales, mayoritariamente desconocidos para Friedrich. Friedrich saludó cortésmente a cada uno de los presentes. Luego, pasó a contemplar todo a su alrededor. Desde la mesa acristalada, cubierta de selectos manjares, hasta las esquinas de las barandillas del balcón donde rebosaban tastos de rosas y lavandas. Ensimismado con las plantas, el teniente no se percató del instante en el que una gallarda pero imperiosa fémica penetraba en la terraza. Perfectamente acicalada y enfundada en una falda ajustada y una guerrera sin insignias, la mujer recibió una bienvenida silenciosa por parte de los impresionados compatriotas que admiraron su singular belleza.

—Caballeros, permítanme que les presente a *Fräulein* Christel Rattmann. Llegó esta mañana desde Stutthof, el campo que presidí antes de mi traslado, y se quedará en Neuengamme ejerciendo como guardiana —anunció el comandante.

Todos los presentes, exceptuando *Frau* Pauly y los dos retoños que sostenía en cada mano, lanzaron una ovación por la joven rubia que sonreía a cada uno de los comensales. Friedrich se volteó curioso y descubrió a la que, en tiempos lejanos, hubiera sido la mujer de sus sueños. Una alemana de pura cepa, aria hasta las venas, tan rubia y bella, capaz de hacer suspirar a cualquiera.

Carraspeó ligeramente y escrutó a la extraordinaria criatura pulular entre los oficiales, estrechándoles las manos y elogiándoles por sus galones. Cuando le llegó su turno, Friedrich contempló un tanto embelesado aquellos ojos verdes que inspiraban magnetismo a la par que desconfianza, una extraña mezcla que no le dejó indiferente. Ella, ajena a la deficiente impresión que le había causado, vio en él todo cuanto siempre había deseado en un hombre; dinero, belleza y poder. Aquel apuesto teniente de ojos grises debía ser suyo. Le tendió gustosamente la mano. Nada más sentir sus labios besarle el dorso de la mano, la guardiana sintió un cosquilleo treparle hasta la garganta. Seguidamente de un delicado taconazo, la joven sintió ruborizarse como nunca había hecho, bajando levemente la mirada, delatándose ante *Frau* Pauly, quien, pletórica al ver la posibilidad de quitarse del medio a aquella mosquita muerta que alababa en exceso a su marido, decidió encarnar a Cupido aquella noche para emparejarla con Kießling.

Nada más concluyeron las presentaciones, la anfitriona mandó llamar a la nodriza para que acostase a los niños. Cuando los hijos del comandante se

retiraron, lo hicieron dichosos tras saber por boca del mismísimo teniente Kießling que les regalaba a Laska. *Frau* Pauly también agradeció el detalle, y tras declararse amante de los animales, se las ingenió para sentar lo más cerca posible al teniente de la guardiana. Sentándoles uno enfrente al otro, *Frau* Pauly se acomodó junto a Friedrich, hablándole de meras banalidades, y Christel, sentada frente a su flechazo, escuchaba atenta la conversación. Un tanto recelosa, se sorprendió a la par que maravilló cuando *Frau* Pauly la integró en la conversación cuando comenzaba a hablar sobre la importancia de crear una familia cuando se es joven. Al momento, habiendo hecho un breve lazo de unión, la mujer del comandante giró la cabeza con discreción, concediendo así intimidad a los jóvenes mientras le reía alguna gracia al marido, sentado a su otro lado, presidiendo la mesa.

A medida que se servían los primeros platos, Friedrich conoció los particulares gustos de Christel Rattmann, siendo estos la caza, los aviones y la guardia. En poco tiempo, demostró ser una mujer tan seria como estricta, insistiendo en la importancia del orden sobre cualquier cosa. Mientras hablaba, Friedrich se vio reflejado en un recuerdo lejano, cuando él mismo se comportaba como aquella frívola dama. La despampanante mujer curvada que lo devoraba con la mirada era la ejemplificación de la soberbia. Bastaba con oírla hablar. Minuciosa y partidaria de la segregación y la permanencia de la raza aria sobre las demás, aquella rubia de rostro celestial era cruel. Bajo sus bonitos ojos verdes habitaba el reflejo del demonio residente en su alma y, a diferencia del resto de comensales que escuchaban fascinados su discurso, Friedrich frunció el ceño, cambiando radicalmente su semblante por uno siniestro. ¡Y pensar que solía compartir aquellas estúpidas ideas! Bajó la cabeza un tanto avergonzado de sí mismo y miró de refilón a la mujer del comandante, bien derecha a su lado. Tras un receso de palabras, *Frau* Pauly aprovechó para iniciar la conversación que, no solo a ella, sino a Gustav Krupp, alimaña sentada en un extremo de la mesa, le interesaba.

—Dígame, teniente Kießling, ¿está usted prometido?

La mayoría de los comensales no prestaron atención a su respuesta, a diferencia de Gustav Krupp y Christel Rattmann.

—Me temo que no, *Frau* Pauly —mintió.

—¿Cómo es eso posible? Con su buena reputación y encanto debería estar casado —dijo asombrada.

Friedrich se inclinó en reconocimiento por el cumplido y, encogiéndose de hombros, miró su plato, un jugoso rodaballo en salsa tártara pescado aquella misma mañana.

—Tal vez ese acontecimiento llegue antes de lo pueda imaginar —insinuó la anfitriona mirando a Christel.

A la severa guardiana se le iluminaron los ojos. Friedrich lo notó y, maldiciendo el comprometedor momento que la esposa del comandante había causado, se tragó su desagrado junto a un buen trozo de pescado. Levantó la vista al frente y sonrió educadamente.

—Eso mismo es lo que suelo decirle a Christel. Ella también es soltera. Qué casualidad, ¿verdad? —agregó.

El comandante carraspeó ligeramente, percatándose de las intenciones de su esposa. Esta, consciente, mantuvo las formas.

—Aunque, tal vez, sea pronto para pensar en un compromiso —añadió azorada.

—No crea, a mis veinticuatro años me gustaría formar una familia —exclamó Christel, temerosa ante el posible desenlace de la conversación.

—Yo, por el contrario, a mis veintiún años, solo pienso en el trabajo. Pretendo adquirir la máxima experiencia posible para ser, en el día de mañana, un viejo general con victorias que contar.

Ante el comentario, el resto de los oficiales no dudaron en apoyarle a diferencia de Christel y *Frau Pauly*. Friedrich, astuto, prosiguió hablando.

—Opino que antes de sentar cabeza y formar una familia, es necesario dedicarse a la mejora del país, más aún en estos tiempos. Yo no querría que mis hijos naciesen en medio del desorden de una guerra, por eso me abstengo del compromiso.

La anfitriona, lejos de desistir, miró con los ojos desorbitados al joven.

—Es usted tan aplicado, teniente. Muchos deberían seguir sus pasos. A Christel, por ejemplo, le vendría bien un poco de disciplina —dijo descaradamente.

—Käthe, por favor —intervino el comandante, queriendo evitar un tema tratado con anterioridad.

La aludida se limpió cuidadosamente los labios con una servilleta de lino. Ella también sabía hacia dónde iba enfocado aquel comentario. No era la primera vez que lo había dicho. Y es que, *Frau Pauly* sabía de su estrecha relación con su marido. Como respuesta, la atacó con segundas por donde

sabía que más le dolería.

—Neuengamme parece un lugar modernizado. Me enorgullece ser la primera guardiana elegida por el comandante. No creo que haga las cosas tan mal en mi trabajo.

El resto de los comensales captaron el reproche femenino y el amargo ambiente que eso conllevaba, y se removieron con sutileza sobre las sillas. Uno de ellos, quizá el más experto, alzó su copa de Borgoña y propuso un brindis por el primer mes de estancia del comandante, el regreso de Friedrich y la llegada de la guardiana. Después de chasquear las copas, el chófer, que se había mantenido expectante a la sombra, inició otro tipo de tertulia. Interesándose en la guardiana rubia, preguntó desde cuándo se admitían mujeres centinelas en los campos de concentración puesto que, por muy moderno que Neuengamme fuera en cuanto a instalaciones, no había ni una sola mujer controlando el sector. Christel, viendo una oportunidad de alardeo y defensa de la mujer en cualquier desempeño laboral, comenzó diciendo que desde hacía poco tiempo las féminas habían sido admitidas, igualando en disciplina a sus bárbaros compañeros. Manifestó que ella, junto a una cuadrilla de jóvenes guardianas, había ingresado en el campo Stutthof gracias a Max Pauly, y que allí había desempeñado importantes labores como la contabilidad administrativa, llegando a ser la secretaria personal del comandante.

—Una mujer puede hacer las cosas tan bien, o incluso mejor, que un hombre —expresó con pasión.

—Las mujeres no deben mandar —la enfrentó un oficial entrado en años.

—Porque sabéis que tendríais las de perder —replicó ella desafiante, dando un buen trago a su copa.

Friedrich entrecerró los ojos, visualizando por un momento a su morenita. Adella también hubiera defendido de similar modo la figura de la mujer. Pero sabía que ella jamás se manifestaría de manera grotesca. Adella... Pensó en ella y se angustió. ¿Cómo se encontraría en aquellos momentos? Se sintió culpable solo con pensarlo. Miró su reloj dorado que relucía bajo la oscura manga derecha de su uniforme y aguardó la mejor ocasión para marcharse.

—Entonces, ¿se quedará en Neuengamme? —le preguntó el coronel Neumann a Christel con una sonrisa.

—Si el comandante Pauly lo permite, así será.

—Y así va a ser —concluyó este, pese a la mirada infeliz de su mujer.

—¿Y dónde se hospedará? —preguntó intrigado un oficial, también joven, que admiraba atontado el generoso busto de la guardiana.

—Eso mismo quisiera saber yo —dijo *Frau Pauly* con retintín.

El comandante puso los ojos en blanco y, viéndose nuevamente en un aprieto, no se le ocurrió otra cosa que lanzarle la pelota al teniente.

—Kießling, si no le parece descabellado, ¿vive usted solo?

—Sí, pero no creo que a la señorita le resulte cómoda la estancia. Mi residencia está lejos del campo y...

—No se preocupe por eso, teniente —se apresuró a decir la guardiana.

Friedrich palideció, quedándose mudo ante su reacción. Trató de idear otra estrategia. Ya solo le faltaba eso, ¡si Christel descubría a Adella sería el colmo de los colmos! Se mantuvo derecho en la silla y, justo cuando sonreía por saber cómo darle la negativa, la mujer del comandante echó a perder sus planes.

—En ese caso, y si a usted no le supone ningún inconveniente, podría acogerla hasta que ella obtuviera su propia residencia en el campo. Mi marido planea ampliar las barracas de los guardias.

Y se hizo el silencio en la terraza bajo la tímida luna menguada que, cobijada entre espesas nubes, desaparecía de sus vistas, queriéndose fugar de la desdicha. Friedrich bebió el último trago a su copa de Borgoña y miró un tanto incómodo a la que había creído una encantadora señora.

—Verá usted, *Frau Pauly*, no dispongo de servicio para atender las necesidades de la señorita.

—¿Ah, no? Creo recordar que tenía dos empleadas trabajando para usted —intervino Neumann para la desgracia de Friedrich y la alegría de Gustav Krupp.

El teniente carraspeó con ligereza y negó con la cabeza.

—Me temo que no, mi coronel, una de ellas murió víctima de un bombardeo.

—¡Cielo santo! ¡Eso es horrible! —exclamó *Frau Pauly* frunciendo la boca en forma de o.

—¿Cuál de las dos? ¿La vieja o la judía? —sondeó Gustav Krupp con malicia.

—¿Una judía? ¿Tienes una judía bajo tu techo? —vociferó de mal agrado la guardiana, tuteándole, sintiendo perder su respeto hacia él.

—¡No tengo a nadie! Marlis murió víctima de un bombardeo y la judía fue deportada. Bajo mi techo habito yo y preferiría seguir estando solo —bramó con ira, amedrentando a la repelente señorita.

Gustav Krupp, presenciando la insólita escena, no pudo reprimir una sonora carcajada interpretada para el resto de los presentes como síntoma de la embriaguez. Neumann, también eufórico, también se carcajeó, acompañando así al chófer mientras exigía con la mano más vino al camarero. El resto de los oficiales, azorados por la tensión creciente, imitaron al coronel y solicitaron hasta cinco rondas de copas. Christel, por el contrario, miró atónita el duro semblante de Friedrich. Aquel gallardo hombre, de porte autoritario, la había rechazado, despreciado, humillado... la había mirado con auténtica repulsión, como si la indecente fuera ella.

—Les ruego que me dispensen. He bebido demasiado y no me siento bien —dijo Friedrich en un intento por recuperar la compostura.

Los comensales, comenzando a abstraerse en diversos temas de conversación a fin de olvidar el percance, le miraron automáticamente. El comandante, apurado, se levantó enseguida.

—Disculpe la intromisión de mi mujer, *Obersturmführer*. Es comprensible que no se sienta cómodo, pero una retirada no sería lo idóneo. Esta es también su fiesta y, además, todavía no ha probado el segundo plato. Quédese y relájese. Si le supone inconveniente acoger a *Fräulein* Rattmann, yo mismo me ocuparé de ese asunto.

Christel dio una pataleta bajo la mesa, y Gustav Krupp, por el contrario, bebió más de la cuenta. La declaración de Friedrich, tan rotunda y severa no era otra cosa que su futura condena. Friedrich mentía y aquello era tan cierto como el aire que respiraba. Sonrió mientras daba el último trago a la copa y, dejándose llevar por el placer que el alcohol mellaba en su cuerpo, no tardó en entonar junto al resto de los oficiales el *Marschiert in Feindesland* mientras alzaba su copa en sucesivos brindis y carcajadas. Friedrich era el único oficial que se mantenía malhumorado. Transcurrida una hora, momento culminante de jolgorio, supo que debía retirarse. Se acercó a Gustav Krupp y, colocando con violencia la mano sobre su hombro, le exigió que le entregase la llave del coche.

Gustav Krupp vaciló, e impaciente, déspota y colérico, Friedrich le agarró por el cuello de la camisa y le repitió la orden. Gustav Krupp maldijo para sus

adentros, pero obedeció al acto. Llevó la mano al bolsillo del pantalón y, sin ni siquiera haber sacado la llave, Friedrich se la arrancó prácticamente de la mano. Ambos hombres se miraron con odio.

—No hace falta que me lleves, borracho de mierda —espetó Friedrich en un susurro.

Gustav Krupp le miró un tanto afligido y, antes de poder pronunciarse, Friedrich inició su retirada. Se despidió cortésmente de *Frau* Pauly tendiéndole la mano y dando un ligero taconazo.

—Lamento haberle molestado —dijo ella verdaderamente arrepentida.

—No ha sido nada, señora. Les agradezco a usted y a su marido el detalle que han tenido conmigo al invitarme. Ha sido una entretenida velada.

Frau Pauly quedó satisfecha ante tan diplomática conducta. Luego, el teniente giró la cabeza y alzó con cierta abulia el brazo, despidiéndose formalmente del resto de comensales. El comandante, aún cuerdo, le devolvió el gesto con una gran sonrisa y volvió al ataque con la bebida. Por último, Friedrich miró a Christel. Esta se mantenía de brazos cruzados. Friedrich realizó una inclinación de cabeza, y se despidió de ella con frialdad. Luego, sabiéndose libre, huyó de la terraza y caminó hacia la salida. A media caminata, unos ladridos a su espalda le sobresaltaron.

—¡Laska! —exclamó al reconocer a su compañera de cuatro patas.

El animal, que vagaba libremente por el jardín, había detectado el olor de Friedrich y, en sus propios pensamientos, se preguntó cuándo habría llegado y por qué no lo había descubierto antes. Corrió hasta él, saltándole, lamiéndole la cara. Friedrich sonrió y miró cómo sus brillantes ojos perrunos parecían alegrarse. Permaneció arrodillado unos minutos en el suelo, acariciando su hocico hasta que percibió con más intensidad los cánticos de los lobos uniformados desde la terraza. Resopló. Debía retirarse. Su amiga perruna lo intuyó al verle incorporarse y, con pequeños gruñidos, le mordisqueó la pierna a fin de evitar que se fuera. Friedrich trató de zafarse de ella.

—Sé buena chica. Volveré pronto —dijo arrastrándola consigo.

—Yo tampoco te dejaría ir, teniente —exclamó una fiera voz.

Friedrich tragó ligeramente saliva. «¡*La que faltaba!*» Pensó. Se volvió sin perder la sonrisa y se encaró contra aquella mujer.

—Veo que a ti también te gusta arrastrarte. ¿No has tenido suficiente? —la enfrentó con sarcasmo, tuteándola también.

—No vengo a discutir. De hecho, venía a disculparme —reconoció.
Friedrich contuvo la respiración.

—Se te ve muy aplicado en tu trabajo, eso es admirable —prosiguió ella.

—Gracias.

—Me preguntaba, ya que vas a coger el coche, si podías acercarme a la entrada del campo. Me alojaré en una de esas barracas para hombres —pidió ella un tanto apenada, esperando su compasión para que, en el último momento, la llevase a su casa.

—Por supuesto, en cuanto me libere de esta preciosidad —exclamó encorvándose hacia el animal.

Trató de apartar a Laska sin éxito. Impacientándose, Christel Rattmann acertó el momento con un ágil movimiento. Agarró su pequeña Luger y, disparando al aire, el animal quedó traspuesto, mirando asustado a todas direcciones. Experta en ahuyentar a todo cuanto se interpusiera en su camino, Christel agarró unas piedras del suelo y las arrojó hacia un extremo del jardín, despistándola. El animal, inocente ante la táctica, corrió hacia las piedras, concediéndoles el tiempo preciso para salir de la villa. Friedrich la miró estupefacto. Para cuando ambos se encaminaron por el sendero en busca del coche, el animal, desilusionado, regresaba a la verja cerrada, siguiendo con la mirada las huellas de Friedrich y ladrando y gimiendo al último rastro de su sombra.

—Eso ha sido implacable —musitó el teniente adentrándose en el vehículo negro.

Ocupó el asiento de Gustav Krupp y aguardó a que su acompañante se sentase a su lado. Cuando así lo hizo, arrancó el motor y aceleró la marcha, guiándose por la luz del coche. Agradeció que el campo no estuviera lejos. En cuestión de minutos, Friedrich se detuvo frente a las torretas de la entrada presididas por dos guardias que miraban curiosos al coche recién llegado.

—*Gute Nacht, Fräulein* —se despidió Friedrich secamente.

La guardiana le miró frustrada, esperando algún tipo de acercamiento. Indignada ante la negativa, Christel Rattmann detestó la frialdad del teniente. Bajó del coche dando un portazo. Friedrich, sonriendo maliciosamente, giró el volante y recorrió los quince kilómetros que lo separaban de Adella.

Capítulo 48

Cuando el teniente Kießling bajó del Volkswagen, percibió un aire fantasmagórico rugiendo por el vecindario y, sin saber por qué, un escalofrío le recorrió la espalda. Había más tranquilidad que de costumbre. Desquitándose de aquellas observaciones, caminó hacia la morada. Cuando entró, todo estaba a oscuras. Guiándose en la oscuridad, llegó al salón donde una repentina luz le sorprendió. Con un candelabro en mano, Adella le miraba seriamente en medio del salón. Friedrich esbozó una tímida sonrisa. Ella estaba demacrada. Friedrich tragó saliva, sintiéndose un canalla por la tardanza. Como primer impulso a su consuelo, la abrazó con cuidado. Ella apenas correspondió al gesto. En vez de eso, depositó el candelabro sobre la mesa e inspiró con fuerza su esencia. Azorada, le apartó bruscamente. Friedrich la miró sin comprender y ella, frunciendo el ceño, advirtió el perfume femenino en su abrigo. Friedrich dobló las comisuras de sus labios y le explicó lo sucedido. Adella trató de controlar sus celos, queriendo creer en su palabra. Él insistió, detallándole todo cuanto había pasado. Le habló de *Frau* Pauly, de sus hijos, de sus camaradas ebrios cantando himnos, y la repelente *Fräulein* que había querido seducirlo sin éxito. Adella torció el gesto y dio la vuelta, no queriendo escuchar más. Pero él insistió. Se acercó a su oído y comenzó a mimarlo, a mordisquearlo mientras le aseguraba que nada había pasado ni pasaría. Deslizó sus manos hasta su cintura y girándola, pasó a besarle el cuello. Adella lo sintió un tanto beodo, febril. Aquel no era buen momento. Resopló y le sonrió con tristeza. Él se inclinó y la besó moderadamente en los labios. Segundos después, ella se apartó y, volteándose, se encaminó hacia la habitación. Sus ojos le escocían, otra vez su visión se rompía. Pestañeó varias veces y, para cuando quiso darse cuenta, ya le tenía de pie a su lado, sosteniéndola en brazos. Sí. Confiaba en él. La mirada de arrepentimiento revelaba su profundo sufrimiento. Ambos se acostaron juntos, en silencio, perdiéndose en el brillo magnético de sus respectivas miradas. Adella jamás cerró los ojos mientras el mar de plata le bañaba el alma. Respiró tranquila, dichosa. Consciente del cambio, Friedrich volvió a besarla.

Esta vez lenta, apasionadamente. Luego, entre caricias, ambos, víctimas del cansancio, se durmieron.

El tiempo en Hamburgo cada vez empeoraba. Un frío glacial presagiaba un terrible invierno de lluvias y nevadas. El doctor Gerber, prudente en el tratamiento de Adella, trataba de asegurarse siempre de su estado, temiendo que al más leve resfrío, su salud empeorase. Sin embargo, y también cautelosa, Adella se protegía de las bajas temperaturas al permanecer en los lugares más cálidos de la casa, como la habitación de Bauer.

Consciente de ello, Friedrich se ocupó de equipar de la mejor manera posible la estancia, y los fármacos que Gerber suministró lograron disminuir la hipertensión arterial a un nivel aceptable. Aquel fue sin duda un gran avance, la joven madre dejó de padecer punzantes. Viendo los resultados, Friedrich halló algo de paz. Ver a su amada más colorida le alentaba a seguir adelante con el plan. Había comenzado a reunir dinero y tantear las mejores escalas para la partida directa a Suiza. No obstante, debido a la enfermedad, meditó la posibilidad de abandono antes de lo previsto para huir con ella. Hizo cálculos. Si todo iba bien, al mes siguiente, noviembre, estarían en Basilea. Luego, una vez allí, ya pensarían qué hacer para seguir con el tratamiento y cómo subsistir sin ser descubiertos. Friedrich sabía de antemano que sería reiteradamente buscado por el Estado, y aquello le inquietaba.

El blanquecino humo en su despacho no tardó en convertirse en neblina. Friedrich no cesó en inhalar y exhalar, como si no hubiera otro remedio para apaciguar sus nervios. Desde el comienzo de la reconstrucción de las barracas de la tropa, la atmósfera del campo estaba muy agitada. Al hecho se le sumó las constantes insinuaciones de Christel, apareciendo cada vez que tenía ocasión en su despacho. Solía presentarse al final del día, con las manos enrojecidas tras haber golpeado, según ella, a los reos más rebeldes. Friedrich fingía interés, fingía escucharla, respondiéndole siempre con monosílabos tras tenderle cigarrillos. La guardiana los aceptaba gustosamente, creyendo iniciar un coqueteo formal. Él, a sabiendas de jugar con sus sentimientos, se entretenía. La joven era su pasatiempo. Friedrich la observaba fumar, caminar sugerentemente e incluso su provocativa manera de cruzar las piernas cuando se sentaba frente a él. Ella verdaderamente se esforzaba por llamar su atención, ignorando así al resto de oficiales que, sintiendo envidia de Kießling, no tardaron en rumorear contra su persona.

—Será eficaz trabajando pero oculta algo. ¡Pensadlo! Vive solo, rechaza a

una mujer follable hasta las trancas y está siempre encerrado en su despacho. Creo, camaradas, que a nuestro *Herr Obersturmführer* solo se la pone dura una buena como esta —insinuó Rudolf Koenig a sus compañeros de guardia mientras se llevaba la mano a la entrepierna.

Boris Gärtner, el pelirrojo del clan y el más recatado, miró con repulsión el obsceno gesto de su colega a diferencia de Eugen Schneider y Karl Vogel, quienes asintieron efusivamente entre risas, apoyando la teoría.

—*Fräulein* Rattmann suele merodear a menudo por su despacho, quizá ahí hagan *cosas nazis*^[111] —opinó Eugen Schneider haciendo un juego de palabras en perfecto doble sentido.

—Cosas nazis, ¿eh? Si eso fuera así, *Fräulein* no saldría con la cara amargada —alegó Karl Vogel.

—Puede que Kießling no sepa menearla. Lo dicho camaradas, a nuestro *Herr Obersturmführer* le van así de grandes —insistió Rudolf Koenig agarrándose una vez más sus partes nobles.

—Entonces que lo echen y me den a mí su puesto, que aquí soy yo el más cuerdo —masculló Boris Gärtner escupiendo al suelo.

—¿Tú el más cuerdo? ¡La única posición en que le sucederías sería en el rango de maricón! —exclamó Rudolf Koenig pateando un charco.

Boris Gärtner frunció el ceño. Trató de esquivar el asalto sin gracia y, completamente con los pantalones grises manchados de barro, maldijo en voz alta. Apretó los puños y, dispuesto a demostrar su lado varonil más bruto y salvaje, se encaró con el primer prisionero que por desgracia pasó por allí.

Las fallidas insinuaciones de Christel a Friedrich se mantuvieron hasta mediados de aquel amargo mes de otoño cuando, debido a las pésimas condiciones de higiene, una severa epidemia de tifus volvió a expandirse por el campo, llevándose la vida de centenares de reos, uniéndose a ellos una joven que, habiendo sido contagiada, moría triste y sola en su barraca.

Tras la muerte de la guardiana, la tensión en Neuengamme empeoró. Max Pauly, incapaz de asumir la ausencia de su amante, dejó de ser el mismo. Se mostró más arisco y estricto, especialmente con Friedrich. Todo se debía por los celos que sentía, pero eso Friedrich jamás lo sabría. Max Pauly había visto en él lo que nunca podría alcanzar; juventud y fortaleza, y, por si fuera poco, pese a haber tenido ocasión de intimar con una gran mujer como lo era Christel, la había rechazado continuamente, haciéndole mucho daño. Aturdido,

el comandante comprendió que la presencia del joven le perjudicaba, y sintiéndose un miserable, el comandante se vio a sí mismo como un desolado prisionero de su trabajo y familia, y, lo peor de todo, la única mujer que le había hecho recuperar buena parte de su felicidad se había desaparecido. Todo había sido una perfecta ilusión. Le había facilitado toda clase de comodidades y ella había jugado con sus sentimientos al encapricharse de aquel teniente.

Max Pauly tomó un habano de la caja. Dio una calada. Detestó más a Friedrich. Debía deshacerse de él cuanto antes, y en menos de tres días, halló la solución a su problema. Ni siquiera le llevó media mañana trazar su plan a través de algunos influyentes contactos. La decisión había sido tomada y Friedrich Kießling no podría negarse.

La noticia le fue comunicada la penúltima semana de octubre, cuando Pauly se reunió con Friedrich en su despacho. Comenzó a discursar sobre la solución final cuando dirigió su atención en el gueto judío de Cracovia. Friedrich carraspeó con sutileza, comenzando a incomodarse. Miró atentamente a Pauly. Este tenía el semblante sonriente, cínico, frío.

—El gueto de Cracovia es uno de los más importantes. Allí se somete a cada individuo a diversos trabajos encomendados para el servicio de nuestras tropas.

—Conozco el funcionamiento de los guetos, *Herr Kommandant*.

Pauly frunció el ceño.

—El incremento de la población obliga a una deportación a fin de reducirla. He aquí la razón por la que le he hecho venir. Quiero que usted dirija la deportación que tendrá lugar el 28 de octubre —expuso el comandante.

Friedrich endureció su expresión. Se mantuvo en silencio, preocupado.

—Los judíos serán deportados a Auschwitz, donde, según tengo entendido, su tío Christoph Bauer reside. Usted será transferido junto a él de manera permanente.

Friedrich, incrédulo a lo que oía, se agitó involuntariamente, comenzando a alterarse y a perder la compostura.

—¿Cómo dice, *Herr Kommandant*?

—Usted es joven y diligente, en Auschwitz podrá ensalzar su expediente.

—Pero mi vida está aquí... —objetó Friedrich—. Con todos mis respetos, *Herr Kommandant*, quiero quedarme en Hamburgo —repuso con firmeza.

Max Pauly, ante la osadía, se levantó de la silla con una amenazante mirada.

—Esto no es una sugerencia, *Obersturmführer*, ¡es una orden!

—*Jawohl, Herr Kommandant*.

—Tenga listo su equipaje. En unos días partirá.

—*Jawohl, Herr Kommandant* —repitió dócilmente.

Adella recordaría siempre aquella mala noticia. Cuando Friedrich le contó que sería transferido permanentemente junto a su tío en Polonia, ella se sintió desfallecer. Aquella separación supondría un terrible problema. Friedrich trató de consolarla, insistiéndole que aquello no sería el final, que nadie les separaría porque él regresaría por ella y rompería todas las reglas.

—No tengo tiempo de preparar nuestra huida esta semana, pero te juro, Adella, que voy a volver. Tú te esconderás y yo volveré por ti. Te prometí que nuestro hijo nacería al margen de la guerra y así será. Solo te pido que tengas un poco más de paciencia. Yo... no tengo palabras para expresar mi vergüenza por hacerte daño con esta decisión, pero es la correcta.

—¡Toda esta mierda podría haberse evitado!

—Escúchame, Della, esto es en parte una ventaja, ¿sabes por qué? Esta misión me beneficiará económicamente, gracias a eso podremos subsistir en Suiza las primeras semanas. Confía en mí, todo irá bien —aseveró Friedrich.

Adella entrecerró los ojos. Se sorbió la nariz y reprimió nuevas lágrimas. Quería creer en él, quería confiar en su palabra. Pero tenía mucho miedo.

—Estas serán tus últimas semanas en Alemania. Te lo prometo.

Adella vaciló. Miró con ojos enrojecidos a los platinos de Friedrich. Estos transmitían una escalofriante contundencia capaz de doblegar a cualquiera.

—¿Y si ocurre algo malo? —inquirió en un susurro.

—Es un riesgo que corremos, al igual que tu embarazo. Yo confío en ti, en tu fortaleza, en tu decisión. Yo la acepto de igual modo que tú aceptas la mía. No tenemos otra opción —dijo muy serio.

La joven contuvo el aliento. Se enjugó los restos de lágrimas y asintió lentamente.

—¿Dónde me escondo? —preguntó. Friedrich esbozó media sonrisa.

—He recibido noticias de Hans... Regresó del frente hace tres días... Creo

que lo mejor será que te quedes con él y con *Frau Lenz*. Ellos te protegerán.

—Iré donde tú digas —convino.

Friedrich agradeció su esfuerzo y la besó con puro cariño.

—Mañana hablaré con Gerber. Él nos ayudará y se asegurará de tu mejoría. Todo saldrá bien, *chocolatita*, te quiero, te quiero como nunca antes un hombre ha querido a una mujer —dijo volviéndola a besar.

—Sí... Todo esto pasará.

—Pasará, ya lo verás. Mañana te ayudaré a empacar tus cosas y lo antes posible te llevaré con los Lenz. Estarás en buenas manos.

A la mañana siguiente, Friedrich telefoneó a Hans. Su amigo era el único con el que podía contar. Tras la llamada, Friedrich visitó a Hans. Poco habían hablado por teléfono y Friedrich prefería detallarle en persona su situación. Nada más verse, cabo con el brazo roto y teniente con el corazón loco, se abrazaron. Hacía demasiado tiempo que no se veían. Hans le invitó a pasar. *Frau Lenz*, al tanto de la visita, no dudó en hinchar sus mejillas a besos, luego, los acomodó en el salón y les sirvió té antes de retirarse.

Al verle cohibido, Hans supo que debía ser él quien iniciase la conversación. Empezó contándole sus vivencias en el frente y cómo había acabado con el brazo roto. La explosión de una mina mientras conducía su sidecar había bastado para lanzarle a él y a su acompañante por los aires. El peso del sidecar había sido el causante de la rotura ósea y debido al fatal accidente, en el que su binomio había muerto en el acto, él había quedado exento de combate, regresando entonces a Hamburgo.

—Debido a esta lesión seré transferido a la compañía administrativa de Neuengamme en unas semanas, supongo que compartiremos oficina —dijo animado.

Friedrich, afligido, negó con la cabeza.

—Me temo que no... Yo... He sido transferido a Auschwitz... Y...

Al verle bajar la mirada, Hans frunció el ceño. Intuía que algo grave ocurría. Conocía bien a Friedrich.

—Friedrich —le llamó seriamente.

El aludido alzó la cabeza y se encontró con unos ojos claros escrutándole.

—Sé por qué has venido y sé que necesitas ayuda. La pregunta es, ¿la aceptarás esta vez?

Hans se acomodó mejor en el sillón, expectante. Aquel berlinés que tenía frente a él era un perfecto orgulloso que solía rechazar ayuda cuando creía que

él mismo era capaz de subsanar sus problemas. No obstante, las cosas habían cambiado. Friedrich apoyó sus codos en las rodillas y las manos en la cara. Mantuvo su vista en el suelo. Su deplorable estado delataba que aquella vez el problema era superior a todas sus fuerzas.

Hans retomó la palabra.

—Tras una intensa semana en el hospital de campaña, llegué a Hamburgo hace tres días. En cuanto llegué a casa abracé muy fuerte a mi madre. Ella, como podrás imaginar, se preocupó por mi brazo y me riñó por no haberle escrito con frecuencia, pero luego me abrazó. Yo estaba muy contento. Le hablé de mi condecoración. También le dije que trabajaría contigo en Neuengamme. Entonces, ella me contó todo lo ocurrido...

Friedrich levantó el rostro, sumamente apurado. Hans se mantenía serio. Friedrich temió que pudiera darle la espalda en aquel momento.

—Nunca podría haberme imaginado que tú, precisamente tú, acabaras enamorándote de una judía y pusieras en peligro a mi madre. ¿Cómo tuviste la indecencia de ocultarla en mi casa? —preguntó con más desazón que cólera.

Friedrich tomó una bocanada de aire y solo cuando sintió sus pulmones cargarse de fuerza, comenzó a pronunciarse.

—No tenía otra opción, el tiempo se agotaba y Bauer quería matarla... No podía permitirlo Hans, la amo más que a nada en el mundo. ¿Qué hubieras hecho tú en mi lugar? Dime, ¡¿qué habrías hecho?! —declaró a la defensiva.

Hans se incorporó del sillón.

—¡Habría desertado sin dudar! Si algo he aprendido en el frente es a ser egoísta, a ver por mí mismo para sobrevivir. He sufrido penurias, he estado solo, he desconfiado de todo y de todos, incluso de mi propio batallón. He sufrido horrores en el frío de las trincheras y dolor y muerte entre los mejores centinelas. Si yo hubiera sido tú, hubiera agarrado a esa mujer de la mano y la hubiera sacado del país. Hubiera tenido lo que quería y sería libre. Mira Friedrich, mi intención no es juzgarte, sino ayudarte, y me alegra que hayas venido —exclamó para su alegría.

—¿Estás dispuesto a hacerlo? ¿Estás dispuesto a ocultar a Adella y a Konradin en mi ausencia?

—Konradin es el primo pequeño de Adella, ¿no? Mi madre me habló de él.

—En efecto... ¿Qué dices? ¿Estás dispuesto a alojarles? Adella está embarazada y...

—¡¿Adella está embarazada?! —intervino la alterada voz de *Frau* Lenz

entrando al salón.

Friedrich creyó ponerse pálido de los nervios. Miró de reojo a su amigo y descubrió como este permanecía atónito.

—De seis meses y medio, para ser exacto —añadió azorado.

—¡Qué fuerte! —exclamó *Frau* Lenz llevándose las manos a la boca.

—Ayudadme, por favor. Adella padece eclampsia, el doctor Daniel Gerber la está tratando pero aun así puede ser letal... Por favor, si alguna vez nos apreciasteis, ayudadnos —suplicó Friedrich.

Frau Lenz se llevó la mano al pecho y sintió latir su corazón más deprisa de lo habitual. Comenzó a conmocionarse, a sentirse afligida por la desesperación de Friedrich. Compadeciéndose de él, *Frau* Lenz le tomó de las manos.

—Que Dios os proteja. Os cedo mi techo. Aquí Adella y el pequeño estarán a salvo.

Friedrich asintió con lágrimas en los ojos.

—¿Eres consciente de lo que estás haciendo? —preguntó Hans sin salir de su asombro.

—Solo quiero elegir mi vida —dijo afligido.

Hans frunció los labios. Se levantó con lentitud del sofá y se acercó a él.

—Entonces, ¿desertarás?

—Sí.

—En ese caso, más te vale ingeniártelas bien para regresar cuanto antes y llevarte a Adella.

Friedrich abrazó a su amigo con auténtica gratitud.

Dos días después, las pertenencias de Adella y las del niño fueron empacadas. Ella, quieta y erguida sobre el diván que tantos fogosos recuerdos le traía, mantuvo su vista al frente, en las tétricas ventanas que enmarcaban una urbe cruel y desolada. Konradin correteaba cerca de ella, jugando a ser noche, a ser sombra, a ser viento. Se le veía tan feliz y risueño. Adella le miró enternecida, pero en cuanto oyó el tintineo de llaves, tanto ella como el niño se pusieron en alerta. Konradin se acercó a Adella y la tomó de inmediato de la mano.

Friedrich entró en el salón con los ojos enrojecidos. Sonrió e inclinó la cabeza hacia la puerta, indicando que había llegado la hora. Adella sabía a qué se refería. Aprovechando la neblina de la tarde y el vacío de las calles, la

pareja se dirigió al coche ubicado en la entrada. Era el viejo BMW del difunto padre de Hans.

Hacia las ocho y media de la tarde, Friedrich estacionó en un solitario y sombrío rincón de la Kampstraße. Con rapidez, Friedrich abrió una de las puertas traseras y ayudó a Adella a descender. Konradin en cambio, bajó sin ayuda y, curioso, admiró la calle desconocida.

Hans, que aguardaba a sus protegidos mirando desde la ventana, le hizo la señal a su madre. Frau Lenz, al verle agitar la mano, bajó rápidamente al portal para recibirlos.

Nada más verse, Adella sonrió a la señora. Se alegraba por verla, y habiéndose asegurado de que ningún vecino anduviera por el rellano, *Frau Lenz* les hizo pasar al interior del portal número nueve de la Kampstraße. Una vez a salvo dentro de la vivienda, Friedrich les agradeció a Frau Lenz y a su hijo, todo lo que estaban haciendo por ellos. Luego, girándose hacia ella besó detenidamente aquellos labios que añoraría. Se despidió de Konradin dándole un abrazo, y, volviendo a besar con fuerza a Adella, salió por la puerta.

A la mañana siguiente, el teniente Kießling se personó en Neuengamme, a su punto de partida. El coronel Neumann le indicaría nuevas consignas antes de la partida antes de su traslado inminente a la estación central de Hamburgo.

Con carpeta en mano, petate en la otra, y dos grandes baúles como equipaje a sus pies, Friedrich aguardó a Gustav Krupp. Cuando este llegó en el flamante Volkswagen, le abrió la puerta y guardó su equipaje en el maletero.

Poco antes del desenlace de su reunión con Neumann, el chófer relevo que se ocuparía de transportar a Friedrich a la estación, llegó a la hora prevista, y unos ligeros golpecitos en la puerta interrumpieron la conversación. El pícaro Rudolf Koenig, guarda destinado a prestar servicio en Neuengamme, asomó por la puerta su despampanante cabeza rubia, tan radiante como el sol, y tanto Neumann como Kießling entrecerraron los ojos ante semejante cabellera.

—Disculpe la interrupción, mi coronel, el chófer acaba de llegar — comentó.

—Perfecto. Es la hora, espero que siga cumpliendo como se espera de usted en Polonia, Kießling.

—Así será —aclaró Friedrich con altivez.

A punto estuvieron de salir cuando, mirando a Rudolf Koenig de soslayo, Neumann recordó algo.

—Koenig, ¿cuántas veces le habré dicho que debería usar casco? Cualquiera día cegará a alguien con ese pelo... A propósito, tráigame a Gärtner, he de hablarle ahora mismo. Será él quien sucederá a Friedrich.

—¿Boris, señor? ¿Habla en serio? —se enrabietó Rudolf Koenig.

—Yo siempre hablo en serio. Gärtner es más cuerdo que Schneider, Vogel y usted.

Friedrich sonrió de oreja a oreja, no pudiendo reprimir una interna carcajada por el descontento de su compañero. No había entablado mucha amistad con él, pero habiendo sido testigo de sus osadías por salirse con la suya junto a sus alocados camaradas, Eugen Schneider y Karl Vogel, sabía que aquel joven de pícara pero entrañable expresión de desenfado poseía un espíritu de vitalidad en contraposición al malhumorado carácter de Boris Gärtner. Sin duda alguna, aquellos cuatro alemanes formaban un cómico séquito capaz de trivializar las estrictas normas de la comandancia.

Despidiéndose de sus camaradas al son de un unísono *Heil Hitler*, Friedrich Kießling, se adentró en otro Volkswagen. El chófer a su disposición parecía más profesional en comparación con el entrometido de Gustav Krupp. Friedrich sonrió, alegrándose de perderle de vista, y no solo a él, sino a Neumann y a Pauly, quien ni siquiera se molestó en salir a despedirle.

Al atardecer, acomodado en la locomotora de la *DR*^[15], Friedrich posó sus ojos en la ventana, contemplando el paisaje. El tren se detuvo en una única ocasión, en una desconocida estación donde tuvo lugar un control. Aguardando a mostrar su documentación, Friedrich sacó un cigarrillo de su pitillera y comenzó a fumar hasta quedarse sin munición. Luego, tras identificarse, volvió a sumergirse en el abatimiento que le aportaba el tétrico paisaje enmarcado por las ventanas del tren. Luego, cansado, se durmió. Después de la medianoche, casi de madrugada, una tormenta le despertó. Friedrich abrió los ojos. Atrás había quedado Alemania. Polonia se presentó ante él como una tierra débil de mayor deterioro. Cuando el tren llegó a la Estación de Radegast, en Łódź, lo hizo casi al atardecer.

Recibido por dos soldados, perfectamente ataviados y uniformados como él, le saludaron con cordialidad y trataron de entablar conversación con él, sin embargo se sorprendieron. El teniente Kießling se mostraba distante y taciturno, y ellos, siendo de menor rango, debieron guardar silencio.

El último trayecto hasta el gueto se realizó en un Mercedes 320 B

Cabriolet, negro y descapotable. A Friedrich le impresionó aquel vehículo. Nunca había viajado en semejante carrocería. Al ver su asombro mientras el aire helado les envolvía el rostro, el soldado copiloto se volteó sonriente y le comentó que el Ministro de Asuntos Exteriores, Joachim von Ribbentrop, era quien había puesto a su disposición semejante auto. También le informó, a medida que avanzaban por la autopista, la situación bélica en Polonia, haciendo hincapié en el estilo de vida de los civiles tras la ocupación. Friedrich escuchaba en silencio, conociendo un poco mejor el país en el que iba a estar. Tras un rato, el vehículo se detuvo ante unos gigantescos muros de piedra.

—Bienvenido al gueto de Cracovia, *Obersturmführer* —exclamó el soldado conductor.

Friedrich asintió con una pequeña sonrisa cuando, de pronto, más soldados, impolutos en sus uniformes grises, se acercaron a recibirle. Entre ellos, Friedrich reconoció al que parecía estar al mando de todos ellos, un oficial no muy entrado en años, pero con un sorprendente historial miliciano. Alto, quizá demasiado, con una fiera sonrisa lobuna y mirada de luna, de ésas que ocultan pensamientos oscuros, el oficial se cuadró ante Friedrich, admirando el porte que este irradiaba.

—Bienvenido a Podgórze, *Obersturmführer* Kießling. Le precede una buena fama, aunque, debo confesar que hasta día de hoy, desconocía su existencia —dijo con malicia, cuadrándose ante él.

Friedrich torció el gesto, indignándose ante su falta de escrúpulos.

—Amon Göth, dirigente del gueto de Cracovia —se presentó.

—Lo sé, *Untersturmführer*. A diferencia de usted, yo sí estoy al tanto de su trayectoria y espero que después de las deportaciones, ascienda a mi rango —espetó Friedrich, humillándolo.

Conociendo a Amon y su temible temperamento, los soldados se sorprendieron al ver que el subteniente no tomaba el desaire en serio.

—Es usted soberbio, me gusta. Aunque espero que no sea el típico bravucón que al primer asalto se caga en los pantalones.

—No soy de esa calaña.

—Bueno es saberlo. En dos días comenzará la gran juerga y para entonces deberá conocer cada rincón del gueto —exclamó.

Sin más dilatación, Amon Göth alzó la mano y uno de los soldados acudió a su llamada.

—Muéstrale la judería, Brühl —ordenó.

—¡A la orden, *Untersturmführer!* —se cuadró el soldado al son de un fuerte taconazo.

Amon Göth ni siquiera le miró. Su vista siguió clavada en el recién llegado. Era joven, y parecía tener miedo de estar allí.

Friedrich trató de no pestañear, de mantener el insólito duelo de miradas hasta que el mismo Göth, en un inesperado arrebato, se carcajeó antes de pasar por su lado pasando por su lado dándole un ligero codazo. Friedrich captó la amenazante indirecta de rivalidad, y reprimiendo sus ganas de propinarle un puñetazo, se tragó el orgullo mientras caminaba bajo la mirada de los soldados. Se detuvo en la entrada, entre las dos garitas custodiadas por esbeltos centinelas. Friedrich torció el gesto, mostrándose firme ante ellos. Clavó su vista en el frente. La entrada del gueto presentaba una llamativa estética arcada. Lo que más llamó su atención fue la inscripción hebrea sobre los arcos.

—Barrio judío —le tradujo Brühl.

Friedrich asintió en silencio y Brühl, alzando su mano en señal de respeto, le cedió el paso. Friedrich se adentró en el recinto y descubrió las calles vacías.

—El toque de queda es a las seis. A partir de esa hora, ningún judío debe permanecer en la calle bajo ningún concepto —dijo colocándose a su lado.

—Parece una zona muy extensa —observó Friedrich tras un silencio.

—Lo es, más de veinticinco calles conforman el gueto, el cual se extiende entre las principales como la Rękawka, Kącik, Lwowska o Traugutta, incluyendo algunas plazas como la Brodzińskiego, Piwna, Nadwiślańska y la Zgody.

—¿Cuántos judíos viven aquí? —le preguntó Friedrich sin salir de su asombro mientras miraba las viejas casas de hasta tres pisos.

—Tres mil quinientos están repartidos en trescientos veinte edificios, tres mil ciento sesenta y siete habitaciones, para ser exacto.

Siguieron el recorrido de la calle hasta su desembocadura en la plaza Zgody. Friedrich observó el lugar. Silencioso, inquietante, gris. Lo único que destacaba era la amarillenta fachada un edificio que hacía esquina. Friedrich se fijó en el nombre que lucía en el letrero de latón de la entrada: «*Bajo el Águila*», una farmacia cuyo propietario, Tadeusz Pankiewicz, polaco católico,

se había negado a abandonar su negocio cuando se cercó el gueto.

Friedrich se mantenía callado mientras Brühl seguía detallándole la composición del lugar. Sin dejar de mirar fijamente a su alrededor, Friedrich se detuvo al advertir algo extraño. Al seguir la trayectoria de su mirada, Brühl dedujo lo que estaba preguntándose y le comentó que las paredes que componían el gueto habían sido construidas al estilo de la Matzevah, simbolizando el destino que los internos correrían. Friedrich se estremeció ante la siniestra ocurrencia y evitó mirar los muros. El camarada Brühl prosiguió con su arenga turística mientras le mostraba las cuatro salidas del gueto.

—El gueto ha sido dividido en dos sectores —dijo de repente—. Los judíos considerados como aptos se concentran en la sección A, mientras que los niños, ancianos y enfermos residen en la sección B.

—¿Quiénes serán deportados?

—Los prescindibles, naturalmente. Gracias al *Judenrat*^[12] contamos con un registro de cada individuo para que determinemos quien es imprescindible en la mano de obra y quien no —explicó—. Ese edificio que ves allí es el Arbeitsamt, sede principal de empleo donde se distribuye a cada individuo apto para el trabajo en factorías externas —indicó señalando un imponente caserón.

—Creí que la posibilidad de acceso al exterior les estaba denegada —puntualizó Friedrich.

—A menos que exista una acreditación especial. Buena parte de los judíos aptos son empleados en factorías externas de munición, como por ejemplo, en la Deutsche Emaillewaren Fabrik, mejor conocida como Emalia.

—¿Quién dirige esa fábrica?

—Oskar Schindler, un preciado empresario asentado en Cracovia. Tal vez tenga ocasión de conocerlo, es un hombre muy respetado —comentó Brühl.

Friedrich asintió en silencio. Caminaron varios metros hacia el norte de la callejuela y, en su desembocadura, el camarada Brühl se volteó.

—¿Tiene alguna pregunta, *Obersturmführer*?

Friedrich dio unos pasos al frente, ignorándole. Parecía absorto. Brühl se sorprendió de su misántropo carácter.

Cuando la noche comenzó a caer y el frío a estremecer, Friedrich fue acompañado por el subteniente Göth y varios soldados a una bonita casa

ubicada a tres kilómetros del gueto. Aquella sería su estancia hasta la deportación.

En cuanto Friedrich entró, quedó impresionado. La casa, pequeña pero bien equipada, se asemejaba a la habitación de un hotel. El retrato de una enojada mujer, vestida propiamente como se espera de alguien de la nobleza, relucía sobre la chimenea, presidiendo el salón. Tapizadas en verde, las paredes hacían juego con los sillones también. Friedrich se acomodó sobre uno sin dejar de admirar aquella acogedora vivienda.

—Se la quitamos a una familia capitalista. Disfrútela Kießling, estos cerdos polacos sabían vivir bien —exclamó Göth con una risotada.

Friedrich asintió con una pequeña sonrisa. Nada más quedarse solo, Friedrich resopló exhausto. Sacó su cajetilla plateada y comenzó a fumar. Se avecinaban días muy duros.

Capítulo 49

Noviembre de 1942. Auschwitz – Birkenau, Polonia.

El cuarto día de noviembre debió haber resultado ser entrañable, pero los ojos plomizos del oficial habían adquirido una tonalidad más grisácea que de costumbre. Estaba desolado, agitado. Ni siquiera el buen tabaco que Rudolf Höss le ofreció nada más verle entrar en su despacho, bastó para aliviar su espanto.

No hacía ni veinticuatro horas que el teniente Kießling había llegado a Birkenau por obra de una inmensa locomotora cuando desde el principio. No había llegado solo. Una congregación de seiscientos ochenta y ocho judíos procedentes del gueto de Cracovia le había acompañado hacinados en vagones de ganado durante seis intensos días de trayecto.

La noche anterior, tres de noviembre, había sido sinónimo del máximo alboroto para Friedrich. Asomado en la ventanilla del exclusivo compartimento reservado para él, no pudo evitar estremecerse nada más sobrepasar la gran puerta de la torre de las tinieblas, tan imponente como siniestra. Luego, tras el parón, una congregación de soldados alemanes se acercó al tren y abrió las compuertas de los vagones, desatando así el disturbio de gritos y disparos. Friedrich permaneció impertérrito en su compartimento, mirando por la ventana cómo numerosos soldados, hijos de la calavera sobre su gorra de plato, con sus oscuros e impolutos uniformes, sosteniendo sus bayonetas, se abalanzaban como fieras a la asustadiza muchedumbre para conducir las a determinados sectores del recinto.

El sol comenzaba a emerger por el horizonte. Desde el ventanal del despacho principal se apreciaba un hedor imposible de ignorar. Friedrich, consciente de lo que se trataba, se abstuvo de hacer cualquier comentario. El comandante del principado, Rudolf Höss, se acomodó sobre su silla con una perturbadora y lasciva sonrisa, e insistió en saber detalles de la deportación. Friedrich trató de ser lo más escueto pero preciso posible, volviendo a revivir las horas más traumáticas de su vida. Relató cómo la deportación, fechada

un helado miércoles 28 de octubre de 1942, había sido muy agitada. Casi rozando las seis de la mañana, el gueto había sido rodeado por miembros de las SS y la *Schutzpolizei*^[13]. Tras un exhaustivo control, comenzó la selección y la separación de sus familiares frente a la Arbeitsamt. Horas después, los seleccionados, seiscientos ochenta y ocho, fue trasladada en camiones hasta la estación de Prokocim para su posterior traslado a Auschwitz.

—Ha hecho un magnífico trabajo responsabilizándose de la deportación, *Obersturmführer* Kießling.

—Solo me limito a cumplir órdenes, *Herr Kommandant* —se excusó Friedrich tratando restarse mérito.

—Resulta admirable que a su edad sea tan eficaz. Su tío no exageraba, aunque esa virtud se lleva en la sangre.

Al oír la sutil mención de Bauer, Friedrich se revolvió disimuladamente sobre la silla, esbozó media sonrisa y contuvo un resoplido, no queriendo delatar su desgana por estar donde estaba.

—Bauer ha colaborado mucho en la mejoría de las instalaciones de Birkenau. Es un magnífico teniente. Tendrá ganas de reencontrarse con él, me imagino. Reside en una villa, cerca del *Kanada*.

—¿El *Kanada*? —se extrañó el joven.

—Así llamamos al área de clasificación de pertenencias cuando tenemos nuevo ingreso. No se apure, le presentaré a sus nuevos camaradas y estos le mostrarán el campo. Le garantizo que en unos días se habrá adaptado.

Friedrich se cuadró con firmeza y se incorporó rápidamente de la silla. Miró al comandante. Le pareció una minúscula y delicada criatura por sus desgarbados movimientos. Con sumisión, el teniente Kießling siguió al comandante Höss hasta la salida del bloque. Caminaron en silencio, entre las barracas de prisioneros. De repente se toparon con una escuadra de estos, demacrados y malolientes, y uniformados con trajes a rayas.

—Pertenece al comando de demolición. Ahora mismo se están dirigiendo al este del campo donde se está construyendo nuevas barracas —explicó el comandante con una mueca de repulsión.

—¿Y nosotros hacia dónde nos dirigimos? —preguntó Friedrich con la intención de desviar el tema.

—Al *Kanada*. El capitán Dunkle le especificará su labor allí. Hemos considerado que será el lugar idóneo para su estancia en Birkenau —contestó,

y tras un silencio añadió —. Me gusta su porte, Kießling, le he tomado simpatía y confío en su profesionalidad. En sus manos está el futuro.

Friedrich puso los ojos en blanco al recordar las palabras de Neumann. Caminó distraído junto a Höss hasta llegar a una parcela vallada del campo donde unas fuertes carcajadas lo sorprendieron. Miró al frente y descubrió en la garita de vigilancia, junto a la barrera bajada de acceso, a un joven guardia de la SS, extremadamente alto, rubio y esbelto, agitar una cajetilla de tabaco ante las narices de otro guardia, de igual presencia, aunque moreno, más bajo y delgado. Por un momento, Friedrich los relacionó con Rudolf Koenig y Eugen Schneider, sus antiguos compañeros en Neuengamme.

—¡Esto no es gracioso, Keil! —protestó el moreno mientras trataba de agarrar la cajetilla.

—Entonces, dime porqué me estoy riendo —exclamaba el que respondía al apelativo de Keil.

—¡Porque eres imbécil! —gruñó el moreno propinándole un puñetazo en el pecho.

A punto estaban de enzarzarse en una pelea cuando, tras el carraspeo del comandante, reprimieron sus impulsos. Ambos guardias, identificando al acto a su superior, se posicionaron en firmes tras un sonoro taconazo, mostrando así sus respetos.

—¿Por qué será que cuando paso por aquí están ustedes dos siempre discutiendo? No se molesten en darme explicaciones, no tengo tiempo para absurdecos. Quiero presentarles al *Obersturmführer* Kießling. Es el sobrino de Bauer y ha venido desde Neuengamme para quedarse en Auschwitz. Será vuestro supervisor, pero antes quiero que le mostréis el sector.

—¡Sus órdenes, *Herr Kommandant*! —exclamaron ambos a la vez.

El comandante Höss se volvió hacia Friedrich y, tras dedicarle una amable sonrisa, se despidió.

—Me encantaría presenciar su reencuentro con Bauer, pero debo regresar a mi oficina. Espero verle pronto, hasta entonces, le deseo una feliz estancia —dijo estrechándole la mano.

Friedrich inclinó la cabeza en señal de respeto y tras un sutil taconazo, se despidió del comandante, quien, dándose por satisfecho, aceleró su paso. Tenía asuntos que atender y no precisamente en su despacho, sino más bien en las profundidades de uno de los sótanos donde se hallaban los calabozos. Allí,

en una de las celdas, habitaba su amante, una prisionera política austríaca.

—No eres muy hablador —observó el soldado rubio, mirándole con sus vivarachos ojos marrones y dedicándole una simpática sonrisa.

Friedrich frunció el ceño ante el exceso de confianza y prolongó su silencio.

—Además de callado eres casi igual de huraño que este —exclamó refiriéndose a su compañero—. ¡Tan solo bromeo! Me llamo Winfred Keil, pero todos me llaman Keil —agregó alegre mientras le tendía la mano a Friedrich, que la aceptó con una leve curvatura en sus labios.

—Yo soy Anton Sturm, formal y educado, justo lo contrario a este mequetrefe. Bienvenido a Birkenau —se presentó el soldado moreno mientras apartaba a Keil para tenderle la mano.

Friedrich la estrechó con firmeza y se fijó en el azul eléctrico, casi violáceo, de sus ojos. Le parecieron sumamente nostálgicos, como si fuesen el océano de infinitas lágrimas, e inevitablemente sintió compasión por él, como si de alguna manera u otra su sufrimiento fuese el suyo.

—¿Te incomoda si te tuteamos? —preguntó Anton también sintiendo complicidad por él.

Friedrich negó automáticamente con la cabeza.

—Tu tío es un buen oficial, desempeña muchas funciones con respecto a la mejora de las instalaciones y sabe mantener el más perfecto orden entre los prisioneros —comentó Anton, creyendo que sus palabras le contentarían.

—Como muchos de los que trabajamos aquí —interrumpió Keil.

—No hables por ti —reprochó Anton antes de volverse al teniente—. Imagino que querrás reunirte con él. Si te parece, podemos mostrarte un poco cómo funcionan las cosas en *Kanada* mientras vamos a la oficina del capitán Dunkle, Bauer suele reunirse siempre con él.

Friedrich asintió con una minúscula, pero cortés sonrisa y aguardó curioso a que sus nuevos compañeros le mostraran el lugar. Keil y Anton se posicionaron a ambos lados de él y, sin bajar la guardia en ningún momento a medida que caminaban por el recinto, comenzaron a detallarle la función del *Kanada*. Friedrich, a medida que escuchaba, analizaba todo a su alrededor. Le llamó la atención la cantidad de maletas, cajas y cestas apiladas por doquier, y la presencia de esbeltas muchachas rebuscando entre los objetos. Todas lucían bordados de estrellas amarillas en sus vestidos, blusas o camisas, además de pañoletas grisáceas cubriéndoles las cabezas. Cuando se acercaron, ellas

revelaron tímidas sonrisas a modo de cordial saludo. Una de ellas, bastante atractiva pese a la delgadez y las ojeras, sostenía un cuaderno e iba anotando lo que el resto de las prisioneras indicaban. Al parecer, estaban llevando a cabo un recuento de cajas repletas de zapatos. Friedrich miró absorto todo el calzado hasta que percibió a Anton alzar más la voz para proseguir con su instrucción.

—En *Kanada* nos ocupamos de la clasificación de los bienes materiales que los deportados llevan consigo hasta que se despojan de sus equipajes una vez llegan al campo. Posteriormente a su clasificación, las pertenencias son transferidas a Berlín.

—El sector cuenta con treinta barracones, quince de ellos como almacenes activos y seis como privados. También contamos con un barracón cocina, otro comedor con duchas y letrinas, una enfermería, y los seis restantes como nuestras oficinas administrativas de contabilidad, distribución y registro de equipajes —añadió Keil, deseoso por compartir protagonismo.

Anton, notando su afán, y queriéndole fastidiar, no dudó en aprovechar la ocasión para humillarle frente a las prisioneras.

—Me enorgullece que sepas contar.

Keil, perdiendo la sonrisa durante unos segundos, no se dejó intimidar, y sonriendo con malicia, le devolvió de la manera más hostil el ataque verbal.

—También sé distinguir colores, a diferencia de otros —luego, volteándose hacia las jóvenes, miró de especial manera a la que estaba llevando el recuento en el cuaderno. La saludó con la mayor amabilidad posible—. Buenos días, Helligkeit, ¿todo en orden?

—Sí, señor —respondió la aludida, rotunda, desviando la mirada para posarla en Anton. Este, con los puños apretados y sin apartar la vista de Keil, se mantuvo rígido, sintiendo la vergüenza crecer por sus venas.

—Será mejor que te deje a solas con el teniente Kießling antes de que me arrepienta de no romperte la cabeza —espetó con rabia.

Y sin ni siquiera despedirse del recién llegado desde Neuengamme, giró sobre sus talones y se alejó de ellos. Extrañado ante lo presenciado, Friedrich advirtió cómo la joven del cuaderno hacía el ademán de seguirle cuando Keil se interpuso en su camino.

—Sigue contando —amonestó sonriente.

Ella entrecerró los ojos y, dando un paso atrás, obedeció no sin antes recriminarle.

—Sin lugar a duda, la estupidez es también incurable —bisbiseó y, dejándole anonadado, se volteó para proseguir con su labor.

Keil, perdiendo definitivamente el humor, retomó la marcha no sin antes dedicarle una última mirada a aquella interna. Esta, desde la distancia, le devolvió la mirada de manera desaprobatoria mientras fruncía el ceño. Friedrich, consciente de aquel extraño ambiente, se alarmó ante el descaro de aquella joven e inmediatamente relacionó su brusca conducta con la de Adella cuando se enfadaba con él.

—¿Quién es? —quiso saber una vez se alejaron lo suficientemente de ellas.

—Mina Helligkeit, una de las *kapos*^[14] —respondió Keil con la vista clavada al frente—. Una muy descarada, por cierto —añadió segundos después para sí.

Friedrich asintió en silencio, preguntándose qué tipo de relación mantenía con ambos guardias. Era evidente que entre los tres saltaban chispas y, por un momento, Friedrich barajó la posibilidad de que ambos guardias se hubieran enamorado de ella.

—Es bonita —comentó astuto. Keil soltó una carcajada.

—Todas las mujeres que trabajan aquí lo son. *Kanada* es la zona más privilegiada del campo. Aquí las mujeres están mejor alimentadas y cuidadas, pueden dejarse crecer el pelo y conservar sus propias ropas —le explicó mientras señalaba con la barbilla a otro séquito de prisioneras.

Friedrich se fijó más en ellas. Todas eran disciplinadas. Cumplían favorablemente con sus quehaceres. Mientras unas colocaban maletas vacías sobre una cuadriga, otras se ocupaban de transportar cajas repletas de objetos al interior de un galpón.

—Son judías —inquirió Friedrich.

—Y son guapas —repuso Keil dedicándoles una pícaro mirada la cual Friedrich no pasó por alto. Aquel SS se desentendía de la posición de ellas y, a juzgar por cómo las trataba, saludándolas e incluso piropeándolas con la mirada, demostraba indiferencia al bordado estrellado en sus prendas.

Al ver que no decía nada, Keil dejó de sonreír, comprendiendo que había sido demasiado sincero con un oficial de mayor rango al que apenas conocía, y temeroso por haber hablado más de la cuenta, le miró expectante. Se sorprendió al ver que él esbozaba una sonrisa, delatando su conformidad por el comentario.

—Lo son —apoyó finalmente.

Keil, volviéndose a relajar, asintió satisfecho y ambos siguieron contemplando a las prisioneras. Las jóvenes, muy pendientes de la pareja de oficiales merodeando frente a ellas, aceleraron sus movimientos, recogiendo y trayendo más cajas a fin de demostrar cuan eficientes eran. Y verdaderamente denotaban serlo a excepción de una, la cual Friedrich descubrió enseguida como la más hermosa de todas. La prisionera en cuestión llevaba un gorrito rosa de lana que destacaba sobre las pañoletas de las demás. Fijándose más en ella, Friedrich se compadeció. A pesar de tener algún que otro mechón oscuro, acaracolado y corto, asomándose bajo su gorrito, Friedrich supo que le hubieron rapado el cabello, y aun así, sus facciones se distinguían por ser y dulces, similares a las de Adella, y al pensar en ella y ver los profundos ojos nostálgicos y negros de aquella prisionera, un sentimiento de suprema culpabilidad le perforó el corazón.

«Pobre mujer» pensó, «*Tan joven y hermosa, y encerrada en un lugar así... Qué sola debe estar, como todas las demás*» se dijo mirando a las demás, esperando hallar signos de abatimiento. Pero se sorprendió al ver que ninguna de ellas parecía afectada, sino concentradas en sus labores, formales y vivaces, justo lo contrario a la joven de los ojos negros, incapaz de disimular su tormento.

—Excelente rendimiento, *Fräuleins*, cuando terminéis, llevad las cajas al galpón B —indicó Keil en tono suave.

Algunas de ellas, sonriéndole con complicidad, asintieron a la orden. Keil aprovechó para dedicarles palabras amables, pero permaneció mudo ante la joven de los ojos negros. Realizó una leve inclinación de cabeza y, haciéndole a Friedrich un gesto con la mano para que le siguiera, prosiguieron con su marcha.

—Como ya he dicho, *Kanada* cuenta con treinta barracones. Los tres primeros que has visto junto a la entrada pertenecen a tres de nuestras oficinas, contiguamente hay tres hileras formadas por cinco almacenes activos donde se lleva a cabo la clasificación de los materiales, y seguidamente, está el galpón cocina, comedor y enfermería. Tras ellos, se encuentran los seis almacenes privados y nuestras tres oficinas restantes.

—¿Por qué les denomináis almacenes activos y privados? —preguntó Friedrich.

—Los almacenes activos son aquellos a los que las chicas pueden acceder a ellos sin autorización. Es allí donde se lleva a cabo la clasificación. Después, tras la división por género y valor, esos materiales se llevan a los privados donde son guardados bajo llave a fin de evitar hurtos. Ningún prisionero tiene acceso allí a menos de que disponga de una acreditación especial, ya sea para limpiar o guardar más material, y cuando alguno entra, siempre hay alguno de nosotros vigilando.

—¿Cuántas mujeres trabajan aquí?

—Hay una plantilla de treinta obreras por almacén activo, 450 mujeres en total; alemanas, polacas, griegas... y más nacionalidades. El grupo de mujeres que acabas de ver, por ejemplo, procede de Eslovaquia —comentó.

—¿Trabajan solo mujeres?

—También hay hombres. Ellos se ocupan de transportar los equipajes apilados en la *Rampa* hasta aquí cuando llegan trenes nuevos... Pero como habrás podido observar, yo no me fijo en ellos —bromeó Keil moviendo las cejas.

Friedrich esbozó media sonrisa ante la lógica.

—Creo que sabré distinguir a la perfección cuáles son nuestras oficinas —observó al ver a lo lejos unos galpones construidos con ladrillo y no con madera a diferencia del resto. Keil, sonriente, señaló uno ellos.

—El despacho de Dunkle está en el bloque cuatro. Debes de estar muy emocionado por reencontrarte con Bauer —dijo Keil un tanto irónico al percibir la notoria desgana de Friedrich.

—Estoy pletórico... —dijo sin ganas.

—¿Sabes qué? Si yo fuera tú, también diría lo mismo.

El teniente Kießling no pudo contener una risa nerviosa que alertó de su llegada a algunos de los SS que vigilaban los exteriores de las oficinas. Tras un cordial saludo por parte de Keil y una breve presentación sobre el recién llegado, los soldados se cuadraron ante Friedrich. No era la primera vez que oían hablar de él. Bauer se había encargado de alardear de sobrino días antes de su llegada.

Con el semblante serio, Friedrich entró en el bloque y siguió en silencio a Keil hasta el despacho del capitán Dunkle, principal directivo del *Kanada*.

—*Herr Hauptsturmführer*^[15] lamento la intromisión, pero debo informarle de que el *Obersturmführer* Kießling está aquí —anunció Keil mientras abría

la puerta de par en par tras haber llamado.

—¡Friedrich! —exclamó la voz de Bauer.

Friedrich cerró los ojos durante un instante, y cuando los abrió, la puerta del despacho estaba totalmente abierta. Los ojos hielo de Bauer se posaron en los grisáceos de su sobrino y, tras unos segundos, el mismo Bauer alzó los brazos para su desconcierto. Friedrich miró a su tío como si fuera un absoluto desconocido. Lo encontró más cambiado, más anciano, con menos pelo y más arrugas. Este se mantuvo con los brazos abiertos, esperando un cordial abrazo. Friedrich vaciló ante su actitud. Nunca, en lo que poseía uso de razón, su tío le había dado un abrazo. Y al ver que no se movía, Bauer, un tanto molesto, acabó por palmearle la espalda. Lo observó. Friedrich también estaba cambiado, más mayor.

—Bienvenido, muchacho, bienvenido. Estábamos hablando precisamente de ti —expresó Bauer introduciéndole a la nueva estancia.

Friedrich miró al frente con curiosidad para encontrarse cara a cara con el exponente más autoritario del sector, el capitán Dunkle, y un joven SS cuyo oscuro uniforme, similar al suyo, lucía menos condecoraciones.

—Retírese, Keil —indicó Dunkle.

—A sus órdenes, *Herr Hauptsturmführer* —respondió Keil, y, tras dedicarle una cómplice mirada a Friedrich y al otro SS que parecía exasperado, cerró la puerta tras de sí.

—Es un placer conocerle, *Obersturmführer* Kießling. Le precede una espléndida reputación —elogió Dunkle.

Friedrich le escrutó. Era el oficial con más galones en su uniforme gris que jamás había visto. Se levantó de su silla, seguido del SS taciturno, y, aproximándose a él, le tendió la mano. Friedrich la estrechó con firmeza y se fijó en su rostro. El capitán Dunkle tenía un aspecto exótico, en absoluto anodino. Sus ojos, pardos y cubiertos por gafas doradas, le resultaron de lo más simpáticos, y su cabello, corto pero abundante, alcanzaba una tonalidad rojiza a juego con el bigote y la perilla.

—Es un honor estar aquí —mintió Friedrich.

Sonriéndole de oreja a oreja por sus modales, el capitán Dunkle tomó a Friedrich por el hombro y, tras señalarle al otro joven uniformado, les presentó.

—Permítame presentarle a nuestro supervisor y jefe de destacamento en los

galpones de clasificación, el cabo Frank Günsche.

Friedrich le tendió cordialmente la mano a diferencia de Frank, quien le miraba desconfiado y despectivo por encima del hombro. Al final, tras un carraspeo de advertencia por parte de Dunkle, Frank le estrechó con desgana la mano. Entonces, teniente y cabo se escudriñaron con rivalidad.

—Mucho gusto —dijo Frank con un deje austriaco, delatando su origen.

—El gusto es mío —respondió Friedrich, rompiendo el decoro al apretarle con extrema fuerza la mano.

Frank le soltó de inmediato y como si de un niño se tratase, buscó la aprobación del capitán Dunkle. Este sonrió satisfecho y Frank se apartó.

—Estoy al corriente de los planes de Höss para usted. Actualmente, Bauer, Günsche y yo, somos quienes más autoridad tenemos sobre el sector, pero debido a su llegada, dividiré los cargos. Resulta insólito a la par que admirable que usted y Günsche, con lo jóvenes que son, tengan el rango que tienen. Son indudablemente magníficos exponentes que unirán fuerzas para supervisar a la tropa y a todos los prisioneros y kapos en *Kanada*. Imagino que ya le habrán informado sobre el funcionamiento del *Kanada*.

—En efecto, *Herr Hauptsturmführer*, estoy al corriente —dijo Friedrich.

—Bueno es saberlo. Hoy mismo puede instalarse en su despacho. A propósito, no lo he pasado por alto. Bauer insistió mucho en organizarle una bienvenida, y habiendo coincidido con su vigésimo segundo aniversario, se debe celebrar una fiesta por todo lo alto.

Sintiéndose abrumado por el recibimiento, Friedrich miró de soslayo a su tío.

—Es un detalle muy considerado, no sé qué decir.

—Tan solo acuda al patio trasero de *Kanada*. Ordenaré que despejen la zona y preparen unas mesas. Esta noche tendremos una agradable velada. Mandaré traer a algunas de nuestras más talentosas prisioneras a fin de hacer de esta noche, una especial, de hecho... —exclamó entusiasmado, luego, recordando algo, se volvió hacia Frank—. Günsche, traiga a la judía que cantó en su cumpleaños, la eslovaca. Recuerdo que tenía una voz muy bonita y al *Obersturmführer* Kießling le gustará oírla.

Sabiendo de quién se trataba y debido a las pésimas circunstancias dadas, Frank Günsche sintió ruborizarse con tan solo recordar el momento exacto en el que, meses atrás, la prisionera en cuestión, Halina Nováková, le cantaba por

su cumpleaños. Rememorar aquel momento le hacía sentir un perfecto desgraciado.

—La jornada concluye a las seis de la tarde para dar paso al pase de revista, el cual suele alargarse. No obstante, hoy me aseguraré de que todo se organice con la mayor rapidez posible para que a las ocho comience la velada. Ahora, Günsche le acompañará a la villa de Bauer para que termine de instalarse —dijo Dunkle.

Friedrich volvió a agradecer sus atenciones y, tras un apático gesto de Günsche con la cabeza, salieron del despacho.

—¿Eres siempre tan desagradable? —le preguntó Friedrich ya a solas.

—Con quien lo merece...—contestó únicamente.

Aquella respuesta desconcertó a Friedrich quien lejos de dejarse intimidar, se colocó frente a Frank.

—No sabes con quién estás hablando.

—No eres más que un oficial de contactos que todo lo que ha logrado ha sido a través ellos —acusó.

Completamente atónito ante la descortesía, Friedrich retrocedió un paso atrás. Sin lugar a duda, se había ganado la antipatía de aquel estúpido cabo, porque eso era; simple y vulgar cabo.

—Mis méritos han sido fruto de mi propia mano, tú en cambio, ¿qué has hecho? ¿Salir de la cuna y convertirte en supervisor de campo? —espetó Friedrich.

Frank Günsche entrecerró sus ojos mar y, encolerizándose más, se le encaró.

—Yo luché en el frente, viendo con mis propios ojos la muerte, me enfrenté a ella por la patria. Hice más de lo que piensas, pero ¿me valió la pena? No tengo ni idea... Lo que sí sé, es que debería haber muerto —gruñó para su sorpresa.

Se fijó más en él. Frank apenas alcanzaba su estatura. En su rostro todavía se manifestaban los restos de una pubertad afectada por acné. Sin embargo, aquel centinela de ojos turquesas y cabello castaño, podía figurar sin desventaja alguna en las revistas gubernamentales en las que se presentaban a tipos racialmente perfectos que el Reich buscaba representar.

Sin saber bien la razón, Friedrich permaneció malhumorado durante el resto del día. Una vez solo en su nueva villa, Friedrich salió al imponente

balcón de la casa y, apoyándose en la barandilla de hierro oxidado, miró el tétrico paisaje. Desde allí se apreciaba la alambrada y, tras ella, las barracas del *Kanada* además de dos de las grandes y largas chimeneas con olor a muerte. Friedrich entrecerró los ojos. Birkenau era el infierno sobre la tierra, o peor aún, el infierno del mismísimo infierno. Aspirándose pesar, rabia y melancolía por doquier, incluso por parte de algunos guardias, el teniente comprendió que no era el único con problemas. Aquello, para su inesperado consuelo, le hizo sentir menos solo. Recordó los preciosos pero defectuosos ojos de Anton Sturm, reflejando impotencia por su minusvalía y dolor por su relación prohibida. También recordó la aflicción de Frank Günsche por desearse la muerte a sí mismo.

Tras lo acordado, Friedrich acudió puntual al patio trasero de *Kanada* donde, destinado a depositar los equipajes antes de ser registrados y distribuidos por el recinto, otros SS y oficiales de rango le aguardaban para celebrar su llegada. Todos ellos sostenían jarras de cerveza y vino mientras esperaban impacientes a que el espectáculo comenzase. Sabían que las flamantes prisioneras griegas, Olga y Kleia, bailarían sobre las mesas. No era la primera vez que lo hacían, y conscientes de la gracia que Dios les hubo otorgado en forma de robustos y definidos cuerpos, no podían sentirse menos que excitados. Por si fuera poco, también se sumaría la divina voz de Halina Nováková. Sin embargo, ajeno a los talentos de esas prometedoras estrellas, Friedrich permaneció abstraído. Sentado junto a Bauer y el capitán Dunkle, observó cómo varias cautivas, vestidas con colores vivos, simulando una forzada elegancia para alegrar la vista de los presentes, servían bandejas de canapés con distintas mermeladas y fiambres. Completamente asombrado, Friedrich no dejó de cuestionarse cómo era posible que en un lugar como aquel siniestro patio se hubiera convertido en una perfecta platea de espectáculos y juergas en tan pocas horas.

Miró a su izquierda y localizó a Keil conversando con tres prisioneras. Ellas parecían conmovidas e incluso preocupadas por el morado que este presentaba en el ojo. Instintivamente, Friedrich buscó a Anton con la mirada y lo halló hablando con dos oficiales, con copa en mano y en la otra un cigarro. Parecía relajado e incluso embelesado mientras miraba a su kapo preferida servirles más vino.

Tras un chasquido de luces, habiéndose ajustado la iluminación de los focos sobre el patio, comenzó el retumbante sonido de los tambores y flautas

por parte de una orquesta de prisioneros, las dos bailarinas griegas aparecieron. Acicaladas en ceñidas blusas negras y floreadas faldas apenas cubriéndoles las bragas, comenzaron a bailotear de manera grotesca ante el público nazi que ya comenzaba a vitorearlas con euforia, especialmente Keil, quien, olvidando malhumor tras su pugna con Anton, se sumó al jolgorio y bebió y bebió mientras perseguía a una de las griegas para bailar con ella. Abrumado ante semejante espectáculo, Friedrich, azorado, bajó la cabeza y admiró el suelo embarrado hasta que las bailarinas concluyeron su danza. Entonces, la luz blanca de uno de los focos se posó en una espigada figura cuya voz angelical destacó entre la música. Rápidamente, y al igual que el resto de sus camaradas, Friedrich se cuadró al oír el Sieg Heil Viktoria y posó sus ojos en la hermosísima muchacha de oscuro cabello cortísimo que entonaba el patriótico himno. ¡Era la judía eslovaca de los ojos negros! Sorprendido por su dulce voz, Friedrich sintió contagiarse de un gran pesar. ¿Cómo podían obligarla a cantar aquella pieza? A punto estaba de interrumpirla para liberarla de semejante calvario cuando ella misma, atragantándose con las palabras, reveló en sus ojos centenares de lágrimas. Su voz no tardó en ahogarse al mismo tiempo que la música dejaba de sonar. Ella, abochornada, carraspeó con ligereza y se concentró en volver a entonar aquel himno alemán. Keil y Anton, pendientes de ella, empezaron a cantar el estribillo a fin de avivar la velada y evitar así que la tensión se acentuase. Segundos después, el resto de los oficiales se unieron al coro improvisado y mediante sucesivos brindis, fueron alzando sus jarras y brazos al ritmo de la música. Al terminar la canción, la judía eslovaca, ataviada en un sugerente vestido negro para la ocasión, miró tímidamente a Friedrich y le cantó el feliz cumpleaños. El teniente se mantuvo absorto durante un momento mientras rememoraba su cumpleaños anterior en compañía de Adella... ¡Cuántísimo la extrañaba! Recobró la compostura y se sorprendió por un instante al visualizar en la judía eslovaca el rostro de la suiza. Automáticamente, llevándose la mano a la boca, le lanzó un beso furtivo y la joven pareció sonrojarse. Siguió cantándole y, justo cuando estaba a punto de acabar, Friedrich oyó la intromisión de un estridente sonido. Miró de refilón la procedencia e identificó a Frank Günsche levantándose de su silla para retirarse, no sin antes pasar frente a la judía eslovaca y admirarla de cerca. Ella apartó despectivamente la cabeza, disgustándole hasta el punto de obligarle a aminorar su marcha y desaparecer entre los presentes.

Semanas más tarde, el teniente Kießling ya se había acostumbrado al frenético y agitado ritmo del *Kanada* al igual que a las permanentes guasas de Winfred Keil y sus flirteos con las prisioneras. Su conducta era claramente la de un canalla, pero, sorprendentemente, pese a su carácter mujeriego, no dejaba de ser un caballero. Jamás las agredía, acosaba o denigraba. En más de una ocasión, y por supuesto a escondidas, Friedrich lo había descubierto dejando a un lado sus convicciones ideológicas para brindar arrumacos a alguna de ellas. Después, tomándolas de la mano, las llevaba a algún almacén privado donde, transcurrido un rato, la prisionera salía complacida por la atención masculina recibida y con el temor de ser descubierta. Keil, en cambio, reaparecía sumamente tranquilo, y como si nada hubiera ocurrido, hacía su ronda rutinaria mientras fumaba cigarros postcoitales. Friedrich admiró a la par que envidió su ingenio y soltura para salirse con la suya sin ser arrestado por sus frescuras.

También tuvo el placer de confraternizar con el melancólico pero magnético Anton Sturm. En alguna de sus conversaciones, mientras patrullaban a altas horas de la noche, este le había confiado su anhelo por convertirse en pintor nada más terminase la guerra pero que, lamentablemente, aquel sería un sueño imposible debido a su daltonismo. Entonces, como si de un hermano a otro se tratase, Friedrich le palmeaba el hombro, le tendía su cajetilla de tabaco y, mirando hacia las estrellas, le decía que la constancia de perseguir un sueño hasta alcanzarlo pese a los obstáculos, habitaba en el corazón de quien verdaderamente creía en sí mismo. Esto se lo decía mientras pensaba en Adella y en vivir con ella al margen de la guerra, y Anton, consciente de que un potente sentimiento le impulsaba a pensar de aquella alentadora manera, sintió contagiarse de su fuerza, y, agradeciéndole su compañía, se excusaba con retirarse a dormir. Pero ambos sabían que eso no ocurría. Anton, camuflado entre las sombras de la noche, iba a una solitaria zona del campo donde Mina le aguardaba para hacerle ver el color de las estrellas.

Y pese a entablar amistad con más centinelas, e incluso con alguno de los contables en las oficinas administrativas, como el tímido y reservado Oswald Grünewald, con quien menos simpatizó fue con Frank Günsche hasta que, en una fría noche de nevada a finales de noviembre, descubrió su pesar.

Tras haber concluido su jornada en la oficina, Friedrich abrió su cajetilla y comprobó horrorizado la ausencia de cigarrillos. Preguntándole a Oswald si tenía alguno, se vio sumido en una frustración ante la negativa. Sin embargo,

siguiendo su consejo de buscar a Keil y pedirle cualquier tipo de cigarro, Friedrich salió precipitadamente al exterior. Afuera habían comenzado a caer los primeros copos de nieve y por un momento, olvidó los cigarrillos para caminar en sigilo, costumbre adquirida en su instrucción militar, sin rumbo ni destino, buscando soledad. Viendo el ocaso perecer por el horizonte, decidió ocultarse entre las sombras de los barracones de clasificación. Necesitaba estar solo. La cabeza le iba a estallar. Su estancia allí le saturaba. Llevándose las manos los bolsillos como instinto de buscar abrigo, recordó su cajetilla vacía. Resopló por lo bajinis. Debía encontrar a Keil. Retomó la marcha. ¿Dónde diablos estaría? Friedrich tanteó el terreno. Todo estaba silencioso e iluminado por los reflectores de las torres de vigilancia, salvo en algunas zonas donde la luz no atinaba a alumbrar. Nadie parecía merodear en la oscuridad. No se oía nada. Era evidente que la jornada de las prisioneras también había concluido. Friedrich se acercó a una ventana con la esperanza de encontrar a Keil, pero se encontró con una de las *kapos* pasando revista a la plantilla de mujeres de aquel galpón. Minutos después, Friedrich identificó las risas ebrias de Anton y Keil a lo lejos y, dichoso por el hallazgo, se dispuso a guiarse hasta ellos cuando, sin preverlo, un golpe seco llamó su atención. Automáticamente, giró sobre sus talones, alarmado. Unos gimoteos le sacaron de su propósito, e ignorando las risas, se guió por su oído hasta llegar a una zona prácticamente oscura. Tan solo el brillar de la luna iluminaba aquel espacio entre dos barracones, e intrigado conforme estaba, se acercó para ver de quiénes se trataba. Incredulo al reconocer la voz de Frank Günsche, Friedrich mantuvo su sigilo y permaneció oculto en la oscuridad, quedando estupefacto al presenciar su desesperado ruego por ser perdonado mientras acorralaba a una prisionera contra la pared de uno de los barracones. Entrecerrando los ojos, Friedrich identificó a la muchacha. Se trataba de la judía eslovaca que había cantado en su fiesta de cumpleaños. Atónito frente a la inaudita escena, espizó la conversación.

—Por favor, Halina, tienes que escucharme. Me vi en una comprometida situación, ¿qué esperabas que hiciera? —aseguraba Frank mientras le amordazaba la boca con la mano.

La susodicha mantuvo la cabeza inclinada con el fin de no dirigirle la mirada. Ante el desaire, Frank la zarandeó con rabia y la sostuvo por el mentón, obligándola a mirarle. Halina trató de zafarse, pero él, con su fuerza, la inmovilizó.

—¡No debes tratarme así! Maldita sea, ¡mírame cuando te hable! — exclamó perdiendo la paciencia.

Se apartó un poco de Halina, y esta, manteniendo su silencio, realizó un abrupto movimiento.

—¡No te muevas! —exigió él volviéndola a acorralar —. Debes entenderlo, no tenía otra opción. Por favor, te ruego que me perdones — suplicó mientras llevaba sus manos a las mejillas de Halina. Ella le apartó.

—Eres tú quien no entiende. Ni siquiera deberíamos estar aquí —espetó con un sutil deje eslovaco al hablar en alemán.

—No quiero hacerte daño, Halina... Tú... tú me incitas a querer estar a tu lado, y es desconcertante no poder ignorar estos sentimientos. Sé que vivir aquí es un infierno, pero quiero protegerte.

—¿Protegerme? ¿Tú a mí? ¿Por qué ibas tú a querer protegerme?

— ¡Porque te quiero y no soportaría verte destruida! —confesó para su desdicha.

Halina, también afligida, suspiró, y presa de la rabia y la desazón, le enfrentó.

—Eres un maldito egoísta, un desgraciado sin escrúpulos y una bestia. ¿Cómo te atreves a decir que no soportarías verme destruida cuando lo único que haces es destruir otras vidas, destruyendo así la mía? ¿No te das cuenta? Nada de lo que digas o hagas podrá cambiar eso. Dices que tienes sentimientos, no lo negaré, pero eres quien eres y perteneces a donde perteneces, y aunque acabe esta estúpida guerra, y por mucho que quieras, jamás podrás borrar tu pasado. Eres un asesino, un monstruo, y yo nunca estaría contigo. ¡Nunca!

Frank, afectado por las palabras de Halina, cerró los ojos y, al abrirlos, sintió un cúmulo de lágrimas nublarle la vista. Ella, también con los ojos vidriosos, comenzó a temblar de impotencia cuando de repente, tras un nuevo zarandeo, sintió los labios de Frank destrozarle los suyos en un fogoso beso de desazón, ira y deseo. Halina sollozó con fuerza. Al oírla, Frank separó sus labios de los de ella, y apoyó su frente sobre la suya, respirando su pena. Ella, abrumada, estuvo a punto de propinarle una bofetada cuando el martilleo propio de un arma se hizo eco entre el silencio.

—Así que de eso se trataba... —puntualizó Friedrich descubriéndose frente a ellos.

Como instinto ante la posible amenaza, Frank se apartó inmediatamente de Halina dándole un empujón que terminó con su caída al suelo. Sin dejar de apuntar a Frank con su Luger, Friedrich se aproximó a la judía eslovaca y le tendió su mano derecha. Ella, vacilante, la aceptó. Una vez de pie a su lado, Friedrich comprobó que no había sufrido ningún daño. Sin embargo, sabía que la joven estaba destrozada por dentro. Halina trató de excusarse con pequeños monosílabos cuando Friedrich, compasivo, le pidió silencio. No necesitaba ninguna explicación.

—Siguen pasando revista en tu barracón, regresa junto a las demás y no temas, no diré nada —prometió.

Enjugándose las lágrimas de sus ojos oscuros, Halina asintió agradecida y confió en su palabra mientras corría y se alejaba de ellos. Una vez a solas, el teniente se volteó a la espera de alguna clase de clemencia. El cabo, completamente acobardado, todavía con visibles lágrimas en sus ojos, respiró hondo y se mantuvo inmóvil.

—Podría hacer que te arrestasen por esto, e incluso podría ocuparme de que jamás volvieras a verla... Pero sería como si me traicionase a mí mismo y no podría consentirlo. No eres el único con este problema, Frank, y espero que al final, pase lo que pase, tengas suerte y puedas estar con ella —dijo para su sorpresa, bajando el arma.

—¿Tú?

—Sí, y no me arrepiento de ello —confesó.

Frank, con la respiración entrecortada por la inédita emoción que le suponía oír semejante revelación, contempló con ojos vidriosos como Friedrich, aquel a quien había creído una amenaza, un rival dispuesto a degradarle e incluso arrebatarse a Halina, no era más que otra víctima del sistema, y, a partir de aquel momento, las diferencias que ambos se habían profesado mutuamente se rompieron. Ambos eran reflejos de ellos mismos.

Capítulo 30

Neuengamme, Hamburgo. Diciembre de 1942.

—¿Usted hizo qué?!

La voz del coronel Neumann retumbó por su despacho. Gustav Krupp, ovillándose en la silla, temió ensordar. Tras un fuerte puñetazo a la mesa presidencial, Neumann retomó la conversación.

—¿Me está diciendo que asaltó la propiedad de un oficial sin autorización alguna?!

—Dos veces, para ser exacto... —siseó gesticulando con los dedos, completamente azorado por confesar lo que llevaba ocultando desde hacía tiempo. Gustav Krupp se vio por un momento en peligro. ¿Habría obrado mal? No. De ninguna manera. Había hablado. Había hecho lo que debía hacer.

—¿Cómo ha osado?

—Quería probar que Kießling violó la Ley de la Protección de la Sangre Alemana y el Honor Germano —acusó con pasión, deleitándose con el significado de aquellas palabras.

—No puede ser verdad... ¿Es consciente de lo que está diciendo?

—¡Lo soy! Y puedo afirmar que su idolatrado teniente, además de retozar con esa judía, la ha dejó embarazada. ¡Tengo pruebas!

—¿Qué pruebas?!

—No las llevo encima, pero puede usted mismo venir conmigo y comprobar lo que le digo. Asalté la vivienda de Friedrich hace tres meses, pero tenía una buena razón para hacerlo, ¡debía asegurarme de que no era una conjetura errónea! Y descubrí que, en efecto, ocultaba a una judía. Inspeccioné su vivienda y hallé dos pruebas.

—¿Cuáles?! —exigió saber Neumann perdiendo la paciencia.

Gustav Krupp, levantando las cejas y prolongando su silencio, gozó como nunca su momento de máximo protagonismo.

—Encontré ropa de mujer y el parche de una estrella de David. Pero no fue eso lo que más me alarmó, sino el hecho de que cuando Friedrich regresó de

Sachsenhausen, no denunció el allanamiento pese a los destrozos que causó. ¿Cree usted que esa conducta va acorde con la de un oficial de rango, digno y honrado?

—*Mein Gott...* —articuló Neuman ante la coherente reflexión.

—Se trata de su criada judía, ¿no está muerta como nos hizo creer! Esa judía está viva. Se llama Adella Schulze y está embarazada —siguió acusando.

—¿Espere un momento, Krupp! ¿Cómo puede saberlo?

—Porque en esta segunda ocasión, hallé los partes médicos, fechados y sellados, en los que figura su estado.

Neumann se dejó caer en su silla, completamente escandalizado. ¿Cómo había podido confiar ciegamente en Friedrich? Aquella misma mañana, 14 de diciembre, reuniéndose con el comandante, Klaus Neumann y Gustav Krupp blasfemaron contra el teniente Kießling.

Un día después, la Gestapo, acompañada por Gustav Krupp, allanó la vivienda de Friedrich y localizó los partes médicos en los que, efectivamente, figuraba el embarazo de Adella Schulze. Tras ver los papeles, Max Pauly decidió obrar con extrema discreción.

—¿Desde cuándo sospecha que Friedrich mantenía relaciones con una judía? —le interrogó al chófer.

—Verá usted, *Herr Kommandant...*

—¡Apúrese en hablar! —espetó secamente, detestando el suspense.

—Hace dos años, cuando regresó de una misión en la frontera de Gartz, el *Obersturmführer* Bauer y yo le aguardábamos en la estación, y, entonces, cuando llegó, Bauer le dijo algo que no pude pasar por alto.

—¿El qué?

—Le insinuó que tal vez se estaría preguntando por cómo habría estado su *zorra judía* durante el tiempo que estuvo recluido en Gartz.

—¿Y solo por ese comentario dedujo que existía un idilio?

—Friedrich fue siempre muy disciplinado, no era normal que Bauer hiciera aquel tipo de comentario —exclamó rotundo.

—Apoyo la acusación, *Herr Kommandant*, yo también fui testigo de un inusual acontecimiento, ocurrido hace también dos años... —intervino el coronel Neumann.

—¿Qué acontecimiento?

Neumann rememoró el suceso y relató todo cuanto recordaba de aquella noche de abril de 1940. Recordaba el instante en el que, estando con algunos de sus hombres, incluido el Bauer, descubrían a una desolada muchacha en medio de la calle. Aquella indefensa jovencita no era otra que la misma chocolatera de la cual Friedrich se había enamorado, ¡Bauer se lo había comentado! Y aquella noche ella llevaba la estrella... Aseveró el coronel.

—¿Cómo es posible que hayan tardado dos años en descubrir todo este circo? ¡Es inaudito! ¡Intolerable! —bramó el comandante.

—Friedrich es un perfecto engañador, un liante e impostor —achacó Gustav Krupp.

Max Pauly, disgustado por lo recién sabido, miró de reojo al chivato entusiasmado, y luego a Neumann.

—¿Quién es esa judía? ¿De dónde salió?! —farfulló.

—Se llama Adella Schulze y trabajaba en una chocolatería —confirmó el coronel.

—¿Eso es todo?! ¡Por el amor de Dios! ¡Necesitamos saber más!

—Trabajaba para Bauer y Friedrich —se apresuró a decir el chófer.

—No entiendo nada, ¿pero no era chocolatera?

—Friedrich debió conocerla cuando trabajaba en la chocolatería, luego la empleó en su vivienda —dedujo Gustav.

—¡Esta sandez es imperdonable! ¿Bauer está al corriente del asunto?

—Por supuesto, *Herr Kommandant*. Bauer sabía de la muchacha, pero, al igual que yo, creíamos que estaba muerta. Friedrich aseguró que lo estaba —comentó el chófer sin dejar de recordar aquella intensa velada en la villa del comandante. Este, advirtiendo en el mismo detalle, sonrió con malicia.

—Así que nuestro querido *Obersturmführer* ha estado burlándose de todos nosotros durante todo este tiempo... Debe gustarle mucho jugar...—musitó para sí y, tras un incómodo silencio, se apartó de su mesa presidencial para mirar a través de su ventanal.

El paisaje era frío, gris, demasiado tétrico para su gusto. Tras una maquiavélica carcajada, se volvió hacia sus expectantes camaradas y, sin dejar de sonír, pronunció:

—Si Kießling quiere jugar, jugaremos todos juntos y lo lamentará. ¡Neumann! —llamó el comandante.

—*Herr Kommandant?*

—¡Traiga a esa judía!

—Pero nadie conoce su paradero, Friedrich debió ocultarla ahora que está en Auschwitz —le informó.

Max Pauly dio un repentino puñetazo a la mesa y volvió a reírse para su sorpresa.

—Todo un caballero... Infame astucia de un alemán indigno de serlo... Irónico, ¿verdad? Pero, señores, tenemos una pista —aseveró señalando el otro nombre que aparecía en los partes—. El doctor Daniel Gerber es el único que puede guiarnos hasta la chica.

Tres días después.

Un trueno ensordecedor despertó a Adella Kinderman. Era la madrugada del viernes 18 de diciembre de 1942. Asustada, se incorporó de la cama y miró hacia la ventana. A través de las cortinas perladas se apreciaba un triste amanecer nublado. La joven resopló aliviada. Había temido la posibilidad de que aquel estruendo fuese el inicio de un improviso bombardeo. Respiró hondo y, al hacerlo, volvió a sentir un dolor punzante en el vientre. El doctor Gerber debía haber acudido el día anterior a verla, como cada jueves. Pero, no lo había hecho y, tratando de calmarse, Adella pensó que tal vez le hubiera surgido un imprevisto con algún paciente. Se acurrucó mejor en la cama y se arropó entre las sábanas. Sentía frío al igual que un inmenso vacío. Las semanas iban pasando, y con ellas los meses, y seguía sin noticias de Friedrich. Volvió a suspirar, angustiada. El embarazo estaba complicándose, así lo había dictaminado Gerber la semana anterior. Se llevó la mano al vientre nada más percibir una patadita. Sonrió con aflicción. Lástima que Friedrich se estuviera perdiendo aquellas pataditas... Aquella sensación era maravillosa, sin embargo, una punzante arcada la atacaba tras aquellos movimientos. Comenzaba primero por un ligero mareo que acababa con un

leve desvanecimiento. *Frau* Lenz, muy pendiente de Adella en todo momento, trataba de cuidarla lo mejor posible. Colocándole paños húmedos sobre la frente, la joven sentía su angustia aliviarse. Entonces, *Frau* Lenz le dedicaba palabras dulces y la animaba. Lejos habían quedado aquellos días de recelo y prejuicios. Adella era una mujer. Hans también había aprendido a verla con ojos fraternales.

Unos pasos se hicieron notar por el pasillo y, con cuidado, la puerta del dormitorio se abrió. Apareció Pauline junto a *Frau* Lenz. Asombrada, Adella se apresuró a mirar el reloj de cuco sobre el escritorio. El atardecer había caído sobre Hamburgo y ni siquiera se había percatado del paso del tiempo. Pauline se sentó en un extremo de la cama y miró a su amiga con una gran sonrisa. Solía visitarla dos o tres veces por semana, cuando no había demasiada actividad en *Schokolade Gold* y *Herr* Kesler podía prescindir de ella. A veces le traía bombones para amenizar las visitas. *Frau* Lenz, agradecida, apreciaba aquel detalle y, cuando Hans llegaba al apartamento y se la cruzaba por el pasillo, queriendo recuperar el tiempo perdido, la invitaba a cenar a algún restaurante, pero ella rehusaba, y él insistía hasta convencerla. Luego, cuando acompañaba a la chocolatería, él se despedía dándole un beso, logrando ablandar su corazón. Al principio, Pauline se mantenía reticente. En el pasado mantuvo un intenso coqueteo con Hans, pero le había visto en numerosas ocasiones salir con otras chicas y temía convertirse en una más. Ambos se distanciaron y a él lo enviaron al frente donde, en sus noches de penuria, y sin que nadie lo supiera, Hans lloraba al recordar, no solo a su madre, sino a la única mujer que le transmitía paz y estabilidad. Aquella mujer era Pauline.

Otra de las razones por las que Pauline quería mantenerse distanciada de Hans, era porque ambos tenían en común amistades peligrosas. Conocían la relación del oficial y la chocolatera y, como testigos, sabían que no debían dejarse ver muy a menudo en público por protección a no ser acusados como cómplices en caso de que se descubriera el secreto de Friedrich y Adella. Sin embargo, el amor acabó ganando y Hans y Pauline decidieron casarse después de la guerra.

Pauline le mostró el anillo a Adella. Ni hacía ni dos días que lo había recibido y ya comenzaba a fantasear con la idea de convertirse en la nueva *Frau* Lenz. Adella sonreía, mirando dichosa cómo su mejor amiga había encontrado el amor de su vida en el también mejor amigo de Friedrich. El

hecho le parecía maravilloso e, inevitablemente, se cuestionó cuándo tendría su anillo propio, sin esvásticas ni marcas como el de aquel fallido intento de pedirle matrimonio en *Planten un Blomen*. De momento se conformaba con el corazón de oro. Aquella joya, con sus iniciales grabadas, había sido el regalo material que Friedrich le había regalado. Sonrió para sus adentros y, justo cuando sentía relajarse en el coloquio femenino, Hans llegó a la vivienda con la cara teñida de espanto. Algo había pasado.

Poco antes del resurgimiento el alba, Hans Lenz, recuperado de su lesión e incorporado al trabajo, se hubo levantado fiel a la hora acordada para llegar puntual a Neuengamme. La delegación del campo le había concedido ciertos privilegios en los que figuraba la adquisición de un flamante Maybach SW 38 azul oscuro con runas plateadas de las SS en ambas puertas. Hans se sentía orgulloso de aquel coche. Era básicamente su razón por la que se motivaba a levantarse cada mañana. Gustaba de bajar la ventanilla y sentir las ráfagas de aire que aquella maravilla sobre ruedas le obsequiaba gracias a su velocidad, haciéndole sentir como un pájaro volando hacia la libertad. Todos los días, cuando salía del apartamento y saludaba al *Spitzel*^[16], Hans encendía motores y conducía por las avenidas hasta llegar a la autopista. El recorrido era atractivo. El paisaje urbano, triste y deteriorado por los bombardeos, seguía manteniendo cierto encanto. Al poco rato, la urbe daba paso a las vistas naturales, repletas de arboledas. Aquel momento era uno muy placentero. Y aquella mañana de viernes, creyendo que su jornada transcurriría como cualquier otro día, se llevó una amarga sorpresa. Nada más entrar en su bloque administrativo, se encontró a un irreconocible camarada Rudolf Koenig. El alemán más rubio de la historia de la humanidad, no sonreía ni iniciaba su característico ritual de guasas. Aquel día estaba serio, completamente tenso. Extrañado, Hans intuyó que algo malo ocurría.

—Espero que no te hayan confiscado las postales —trató de bromear Hans, haciendo alusión a las frondosas instantáneas de mujeres desnudas que habitaban su taquilla.

Y al ver que Rudolf Koenig seguía sin reaccionar como era habitual en él, carcajeándose y asegurando que eso nunca sucedería, Hans se preocupó de verdad.

—¿Qué ocurre, Rudolf?

Los ojos azules de Rudolf Koenig se posaron en los de Hans Lenz y,

mirándole con desconcierto le dijo:

—Pauly y Neumann han descubierto que Friedrich ha estado liado con una judía, dejándola incluso embarazada.

—¿¡Qué!?! —interrumpió Hans alterándose por el inesperado descubrimiento.

—Lo que oyes, ¡Friedrich Kießling! Al parecer no era maricón como creíamos —añadió Rudolf Koenig.

—Yo nunca creí que lo fuese.

—Entonces, ¿sabías que estaba viéndose con una judía? —se sorprendió.

—¡Por supuesto que no! Sé exactamente lo mismo que tú —mintió.

Inquieto por los severos problemas que se avecinaban, Hans temió por la vida de sus amigos, ¡pero también por la suya y la de Pauline! Trató de serenarse, de mantener la compostura. No debía bajo ningún concepto delatarse.

—¿Qué medidas se van a tomar? Friedrich ni siquiera está aquí, ¿cuándo regresará? —preguntó.

Rudolf Koenig se encogió de hombros.

—Pregúntale a Boris, siendo su interino, estará mejor informado.

—¿Dónde está?

—En las celdas. Por lo que Eugen me ha dicho, la Gestapo y Gustav Krupp registraron la vivienda de Friedrich hace unos días y encontraron partes médicos en los que figuraba el nombre de esa chica, una tal Adella, y su estado —comentó.

Llevándose las manos a la frente, Hans dio un paso atrás. Resopló y logró articular un *Mein Gott* sin dejar de mirar a Rudolf Koenig.

—¿Quién es Gustav Krupp?

—Era el chófer de Friedrich y Bauer.

—¿Y desde cuándo un chófer forma parte de un registro? —quiso saber Hans.

—Desde que descubrió los hechos. Fue él quien supo del idilio antes que nadie.

—¿Y la chica? ¿Se sabe dónde está? —preguntó apurado. Rudolf Koenig se encogió de hombros.

—Nadie lo sabe, pero localizaron a un tal Gerber, el médico que asistía el embarazo, él era cómplice de la relación —dijo únicamente.

Al oír la mención de aquel apellido, Hans sintió ponerse pálido. ¡Daniel Gerber era la única persona que podía delatarles! Si confesaba, tanto él, como su madre, Pauline y *Herr Kesler*, se verían en graves problemas.

—¿Ha hablado? —preguntó alterado.

—¿Cómo quieres que lo sepa? No soy yo quien hace los interrogatorios, pero te diré algo, si abre la boca y revela nombres, el castigo será peor que la muerte —exclamó Rudolf Koenig.

—¿Puede haber algo peor que la muerte?

—Te recuerdo que aquí tenemos métodos para ralentizarla mientras te retuerces... Esto es una mierda, Hans, y, honestamente, temo por Friedrich y por esa chica —expresó sincero.

Por un momento, Hans vio en Rudolf Koenig un apoyo, una especie de esperanza que, dada su desesperación, quería aceptar. Pero no podía pedirle ayuda. No podía hacerle cómplice. Debía actuar con precaución. Abrumado por verse solo en un abismal problema, salió de la oficina dispuesto a averiguar lo que Gerber podría haber confesado.

Intrigado por verle tan asustado, Rudolf Koenig desatendió su puesto para seguirle y enterarse de lo que estaba pasando. A pocos metros del bloque administrativo central del campo, junto a la alambrada de espino, se hallaba el búnker de castigo donde los prisioneros solían perder sus vidas. Ambos guardias se adentraron rápidamente y bajaron por los estrechos escalones de acceso al sótano donde se hallaban los calabozos. Con la respiración fatigada, Hans y Rudolf escucharon un fuerte estruendo. Un disparo. Segundos después, una puerta blindada se abrió estrepitosamente y Eugen Schneider y Karl Vogel emergían de ella cargando un cuerpo inmóvil y ensangrentado. Hans, horrorizado, comprobó como aquel excelente médico había dejado para siempre aquel nefasto mundo de terror y miseria. Abrumado, contuvo una arcada. Si Gerber había confesado y lo veían a él ahora, sería demasiado tarde para huir. Completamente atemorizado, Hans vio emerger al coronel Neumann de la sala, ignorando por completo la presencia de Hans y Rudolf. Cuando el coronel pasó por su lado, Hans reprimió otra violenta arcada. Comenzó a fatigarse, con alivio, con conmoción. Hans no había sido delatado. Gerber se había sacrificado por salvarles.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó de repente alguien.

Se trataba de Boris Gärtner, el interino de Friedrich. El hombretón, frío y

serio, terminó de enfundar su *Walther P38*^[17] y aguardó una respuesta por parte de los visitantes.

—Lenz y yo queríamos asegurarnos de que hacías bien tu trabajo —espetó burlonamente Rudolf Koenig.

Boris Gärtner resopló en un intento por mantener la paciencia y no causar más barullo. Sin embargo, decidió amenazarle haciendo el amago de extraer nuevamente su pistola.

—Puedo volarte esa cabeza de paja radiactiva ahora mismo para demostrártelo.

—¿Son ciertos los rumores? ¿Friedrich ha estado con una judía? —interrumpió Hans.

Boris Gärtner miró a Hans y lo descubrió alterado, completamente disgustado.

—Sí. El cadáver que habéis visto era el médico que atendía el embarazo de la judía.

—¿Os ha dicho dónde está la chica? —preguntó.

—No.

—Y ahora mucho menos lo hará... —intervino Rudolf Koenig con una sarcástica sonrisa.

Perdiendo la paciencia, Boris Gärtner trató de asir su arma cuando Hans, indignado por la inoportuna hostilidad que ambos se profesaban, se interpuso entre ellos.

—¡Dejad vuestras estúpidas diferencias para luego! Friedrich era amigo mío y quiero saber qué le pasará.

—Pauly se ocupará de que lo transfieran aquí la semana que viene. Ese desgraciado pagará sentencia con su vida —exclamó Boris Gärtner. Luego, tras una mirada desafiante a Rudolf Koenig, el pelirrojo dio por concluida la conversación y se retiró.

Con la información conseguida, Hans Lenz no volvió a pronunciarse durante el resto del día. Efectuó sus labores encomendadas, y, cuando su jornada concluyó, se montó en su Maybach y condujo rápidamente hasta llegar a la ciudad. Debía obrar deprisa. El corazón le latía desmesuradamente a medida que abría la puerta y se adentraba por el pasillo. Podía escuchar las risas de Pauline y Adella. Entró sin llamar, sin formalidades. No había tiempo. Debía ser directo.

—Tengo noticias... —habló tras unos segundos de silencio—. Friedrich regresará a Hamburgo la semana que viene...

Adella, ajena a lo que estaba ocurriendo, rió feliz mientras se abrazaba a su Pauline.

—Eso es muy buena noticia, y más a vísperas de la Navidad —exclamó *Frau Lenz*.

Pero Hans no sonreía, y aquel detalle fue lo que alertó enseguida a las tres mujeres.

—¿Qué es lo que va mal, Hans? —preguntó Adella.

—No sé cómo decir esto pero... Han descubierto tu relación con Friedrich y... No volveremos a ver al doctor Gerber...

Adella creyó cerrar los ojos durante un instante para asimilar la fatídica noticia, pero cuando los abrió, habían transcurrido horas. Seguía en la cama, bañada en sudor y lágrimas. El corazón le dolía y el alma se le partía. Respiró fatigada, volviendo a la lucidez. *Frau Lenz*, de pie a su lado, humedecía su frente con paños mientras que la abanicaba. Adella miró desorientada a su alrededor, incapaz de comprender lo sucedido. Todo su cuerpo temblaba. *Frau Lenz*, furiosa, recriminaba la actitud osada de su hijo, insistiéndole en que no debería haberle dicho nada, que Adella estaba demasiado delicada, pero Hans se defendía, diciendo que ella más que nadie debía saberlo.

—Friedrich no sabe la que le espera si regresa, pero os ayudaré a salir de Alemania antes de que os detengan —prometió mirando a Adella.

—¡Cielo Santo! ¿Y a dónde irán si Europa entera está en guerra? —se preocupó *Frau Lenz*.

—Suiza es territorio neutral.

—¡Eso es una locura, Hans! ¡Mírala! ¡Está embarazada y enferma! —exclamó Pauline.

—Aquí no pueden quedarse, Pauline, su vida está en juego.

Adella suspiró, no quería oírlos discutir, mucho menos por ella. Levantó la mano con cuidado y atrajo su atención. Con un esfuerzo sobrehumano, la joven se incorporó se la cama, luchando por tener presencia, por mantener las formas y la paciencia. Debía ahora más que nunca, conservar la calma. Las circunstancias no eran precisamente las mejores a su favor, sin embargo, todavía jugaban con ventaja.

Días después. Auschwitz – Birkenau, Polonia.

Aquella tarde de domingo, a cuatro días de la Nochebuena, Friedrich había detectado cierta nostalgia por parte de algunos de sus compañeros, especialmente en Frank Günsche. Conocía la razón de su sufrimiento. El amor y la soledad iban ligados. No obstante, su propia pena cesó aquella tarde en cuanto recibió un comunicado concediéndole permiso para regresar a Hamburgo por navidades. Friedrich creyó que la suerte estaba a su favor. Conscientes de su partida, Frank, Anton y Keil, improvisaron un fugaz encuentro en la puerta trasera de una de las barracas para la guardia. Allí le despidieron entre vodka y tabaco filipino, cortesía de Keil.

—No sé cómo te las ingenias para conseguirlo, y además del bueno — degustó Friedrich dando una calada al fino cilindro.

—Keil es especialista en cuanto a chanchullos se refiere además de prostituirse con las prisioneras, y esa es su recompensa; tabaco para sobrellevar los días —dijo Anton, provocándole.

Keil emitió una carcajada.

—Bueno, no soy el único. Hay chicas aquí que acceden a echar un polvo con tal de sobrevivir un día más, ¿o acaso tu querida *kapo* no lo hace?

Friedrich sintió ahogarse. Contuvo la tos y exhaló el humo del cigarro. Anton era un provocador, pero Keil le superaba.

—Mina no es como el resto... Y yo tampoco —masculló Anton.

—Por supuesto, la melancólica poeta y el frustrado pintor daltónico, tal para cual —ironizó Keil.

Friedrich y Frank percibieron la irritación de Anton acrecentándose. Las manos le temblaban al igual que sus labios. El cigarrillo no tardó en caérsele de la boca. Atentos a cualquier gesto que desencadenara la disputa, Frank se apresuró a interponerse como el ejemplo más desgraciado, logrando subsanar parte de la tensión presente.

—Al menos eres el único con suerte, Anton. La tienes siempre que quieres... —comentó con amargura.

Friedrich suspiró. Keil y Anton le miraron de reojo. Friedrich permaneció impassible. No les había revelado su relación con Adella, a excepción de a Frank, y sin embargo intuían que él también tenía en mente y corazón a una muchacha desventurada. Reinó el silencio. Siguieron fumando mientras admiraban el ocaso descender por el cielo nublado. Al primer claro de la

luna, Anton se retiró en silencio. Miró a sus compañeros y, tras darle a Friedrich un amistoso abrazo de despedida, empujó sutilmente a Keil, recordándole que tenían una conversación pendiente. Keil resopló. Sabía a la perfección que aquel palique concluiría en moretones como la mayoría de las veces. Transcurrido un rato, él también se despidió de Friedrich con otro abrazo.

—Supongo que esta será la última noche que te vea por aquí... —dedujo Frank una vez solos.

—Así es. Al amanecer partiré hacia Dresden y desde allí a Berlín. Llegaré a Hamburgo el martes por la tarde —comentó.

Frank resopló. Posó sus ojos también en el frente y, con fuertes caladas, volvió a recuperar el habla.

—Debes estar muy contento.

—En realidad estoy preocupado, se avecinan grandes cambios —predijo.

—Pero estarás con ella —le animó Frank.

Friedrich dio por concluida su colilla y la pisoteó con su bota.

—Precisamente ella es la que me preocupa.

—No entiendo, creí que estaba a salvo.

—No exactamente... Ella está enferma —reveló obviando su embarazo.

—Lo siento.

—Yo lo siento más.

Frank arrojó también su colilla y, un tanto cohibido por lo recién sabido, trató de animar a su amigo.

—Estoy convencido de que todo mejorará. Tienes suerte, Kießling. Tú y Anton la tenéis. De Keil no puedo decir lo mismo porque va de flor en flor, pero vosotros dos desafiáis doblemente al peligro al estar con ellas... Ojalá pudiera hacer lo mismo.

Friedrich rememoró la discusión que Frank había mantenido con la judía eslovaca de los ojos negros. Él le había hecho muchísimo daño y estaba muy arrepentido, ¿nunca podría merecer su perdón? Difícil de prever. El odio que Halina sentía hacia Frank parecía superar el amor que él sentía por ella. Sin lugar a duda, la relación de Frank Günsche y Halina Nováková estaba más que condenada.

—Ayer cometiste un error, pero hoy lo reconoces y mañana todo cambiará. Te deseo mucha suerte, Frank, y pase lo que pase, tanto si la tienes al final como si no, nunca traiciones a tu corazón, porque si lo haces te arrepentirás

para toda la vida —expresó con sabiduría.

Frank y Friedrich se levantaron al unísono de los escalones. Con aquella conclusión, supieron que había llegado la hora de despedirse. Teniente y cabo se abrazaron, deseándose mutuamente la mejor de las suertes.

Capítulo 31

Martes, 22 de diciembre de 1942. Hamburgo, Alemania.

Hans Lenz miró nuevamente su dorado reloj de mano. Trató de mantener la calma. Nada podía salir mal. Calculó otra vez los minutos, las distancias, lo repensó todo antes de descender del viejo coche de su padre. Vestido de paisano, Hans Lenz caminó decidido hasta la estación ferroviaria de Bahrenfeld, en Altona. Sabía de antemano que el tren desde Berlín, en el cual se hallaba Friedrich, se detendría allí antes de finalizar su trayecto en la Estación Central de Hamburgo donde la Gestapo aguardaba para arrestarlo.

Fingió ser un simple lugareño con intención de ir a visitar la capital, y tras mostrarle al burócrata encargado de la venta de billetes una documentación falsa, compró un billete a Hamburgo y, tras pasar un control, Hans se alejó de los soldados y se acercó al andén. Rezó por reencontrarse con él. Una locomotora negra comenzaba a apreciarse por el horizonte. Volviendo a comprobar la hora, Hans supo que aquel tren era el esperado. Cuando estuvo lo bastante cerca, la inmensa locomotora redujo la velocidad entre el humo blanquecino que desprendía y, tras un desagradable chirrido sobre los raíles, se detuvo. Bajo la atenta mirada de algunos soldados, comenzaron a descender varios pasajeros cuyo destino era Altona. Hans respiró hondo, luchando por no impacientarse. Cuando tuvo ocasión de subir al tren, comenzó a buscar ansiosamente a su amigo. Caminó con rapidez por los pasillos de los vagones hasta identificar los compartimentos reservados para los oficiales. El corazón le dio un vuelco. Sin preámbulos, Hans siguió caminando y mirando cada compartimento acristalado. No se detuvo hasta que, por fin, después de haber visto a desconocidos uniformados, dio con el oficial que estaba buscando.

Friedrich estaba sentado junto a la ventana. Encorvado de manera extraña. Sentía dolor en las piernas. El viaje había sido largo y estaba cansado. Apoyó su brazo en la repisa bajo la ventana y permitió que el sueño comenzase a vencerle. A punto estaba de hacerlo cuando escuchó inesperadamente la puerta de su compartimento abrirse.

—¿Hans? ¿Qué haces aquí? —preguntó sorprendido.

—Tienes que bajar del tren —dijo este nada más cerrar el compartimento. La fugaz sonrisa de Friedrich desapareció al acto.

—¿Por qué? ¿Qué ocurre?

—No preguntes y hazlo, no hay tiempo que perder. Te espero en la salida.

—Pero parte de mis pertenencias están en el vagón de...

—¡Olvídate de ellas y baja inmediatamente! ¡No hay tiempo! —repitió nervioso antes de salir del compartimento.

Incrédulo y alarmado, Friedrich obedeció. Agarró su petate donde guardaba lo imprescindible; documentación, dinero y tabaco, y, fingiendo serenidad, bajó del tren. Afuera el sol brillaba con fuerza, y mezclándose entre los pasajeros del andén, no le resultó difícil llegar hasta la salida de la estación. Miró hacia la izquierda y luego hacia la derecha. Ni rastro de Hans. Extrañado, permaneció unos segundos parado hasta que divisó el viejo coche de *Herr Lenz* detenerse frente a él.

—Sube —le ordenó Hans abriéndole desde dentro.

—¿Por qué has hecho esto? —preguntó Friedrich en cuanto cerró la puerta.

—Para salvarte la vida —aclaró Hans antes de pisar el acelerador.

Aquella respuesta desconcertó a Friedrich, quien, sospechando la razón, comenzó a inquietarse.

—Dime que ella está bien —rogó.

Hans le miró por el rabillo del ojo y pisó con más fuerza el acelerador. Recorrieron algunas calles del pueblo antes de introducirse por los senderos del campo.

—Ella está bien, pero la situación en Neuengamme no...

—¿Qué quieres decir?

—Han descubierto lo vuestro y van a ir a por vosotros —reveló.

Friedrich, abrumado, resopló. Hizo el ademán de sacar su cajetilla cuando su amigo se lo impidió.

—Ni se te ocurra fumar en este coche, no quiero broncas con mi madre.

—¡Joder! —protestó Friedrich golpeando su petate.

—Estás casi a salvo, nadie sabe que estás conmigo.

—¿Cómo diablos se han enterado?! —preguntó alterado.

—Gustav Krupp te denunció, y Neumann y Pauly abrieron una investigación contra ti. La Gestapo registró tu casa y encontró los partes médicos en los que

figura el embarazo de Adella —exclamó Hans girando bruscamente el volante.

Friedrich tembló de cólera. Maldijo mil veces a su entrometido chófer.

—Juro que cuando vea a ese desgraciado le haré arrepentirse de haber nacido.

Hans volvió a torcer el volante y frenó en seco. Se volvió hacia él.

—No, no lo harás porque no volverás a verle. No puedes volver a Neuengamme, ¡ni siquiera cuando llegemos a Hamburgo podrás salir a la calle! Estarás en busca y captura en cuando descubran tu desaparición, pero estarás en mi casa hasta que os consiga nueva documentación. Solo entonces, podrás salir, ¡y lo harás para irte definitivamente de Alemania!

Completamente furioso, Friedrich apretó los puños y contuvo un fuerte alarido atrapado bajo su pecho. Hans percibió su rabia y retomó la marcha. Condujo despacio. Después de varios kilómetros, llegaron a Hamburgo, y poco antes de penetrar en la Kampstraße, Hans aparcó en un solitario callejón.

—Será mejor que te quites el uniforme si no quieres llamar la atención del *Spitzel*.

—¿Qué? — preguntó atónito.

—Nadie debe reconocerte, nadie debe saber que estás aquí. Si cualquier vecino te ve con el uniforme se interesará por ti, especialmente el *Spitzel*. Ese cabrón da partes continuamente a la Gestapo—expuso.

—Creo que llamaré más la atención si voy desnudo porque toda mi ropa es reglamentaria —bufó Friedrich.

—Cálmate, ya había pensado en eso —exclamó Hans girándose.

Alargó su mano y agarró del asiento trasero, un zurrón de cuero con ropa dentro. Sacó unos pantalones grises y una camisa azul y se la entregó a Friedrich. Este, crispado, aceptó las prendas y, con agilidad, se desvistió y vistió en el coche. Minutos después, Friedrich arrojó de mala manera su uniforme en el zurrón de Hans. Solo entonces, el vehículo volvió a ponerse en marcha, y cuando Hans penetró en su calle, miró atentamente a todas direcciones.

—Me has hecho cambiar para nada —protestó Friedrich al ver la calle vacía.

Hans estacionó lo más cerca posible a su portal y, dándole un codazo, reprendió su actitud.

—Lo he hecho por prevención. Si alguien te hubiera visto en uniforme, ten

por seguro que no hubieras durado ni veinticuatro horas bajo mi protección.

—Lo siento... —se disculpó avergonzado.

—Tranquilo, entiendo que te sientas así —le animó Hans.

Friedrich sonrió a medias y, tras una seña de su amigo, ambos bajaron del vehículo. Con rapidez, Hans introdujo la llave y le cedió el paso a su acompañante. Una vez dentro del portal, Friedrich se sintió más tranquilo. Subió rápidamente las escaleras junto a Hans y, al llegar al tercer piso, aguardó impaciente a que este abriera la última puerta. Cuando así lo hizo, se precipitó al interior, sabiéndose a salvo. Hans cerró la puerta tras de sí y, mirándole con complicidad, le señaló con la cabeza dónde se encontraba ella.

Apoyada y en pie junto a la ventana, Adella suspiraba. *Frau* Lenz, sentada en una silla, había tratado de pasar el tiempo cosiendo, pero lo único que había conseguido era dormirse al igual que Konradin, quien disfrutaba de la comodidad de la cama hasta que de pronto se oyeron unos pasos. Adella sintió el corazón encogersele, víctima de la emoción. Había permanecido todo el día preocupada, pero tenía el presentimiento de que Hans lo podría conseguir. Y lo había hecho. Cuando la puerta del dormitorio se abrió y Friedrich apareció, comprobó que estaba en lo cierto. Con lágrimas en los ojos, la joven lanzó una exclamación, advirtiéndole de su llegada. Friedrich, feliz, corrió a abrazarla. La besó en la cabeza, en la frente, en los párpados, bajó por sus mejillas y finalmente llegó a sus labios.

—Temía no volver a verte —gimoteó ella.

—Aquí estoy, y esta vez para siempre. He desertado —exclamó él sin poder dejar de besarla.

Frau Lenz, que hasta aquel momento dormía plácidamente con un tenue ronquido, despertó sobresaltada al oír la euforia. Se levantó rápidamente de la silla y se acercó a Friedrich para darle un abrazo. Con instinto de madre, *Frau* Lenz escrutó a Friedrich y, pese a encontrarlo más delgado y demacrado, lo sintió más vivo que nunca. Konradin no tardó en sumarse al cálido recibimiento con otro abrazo.

Aquella noche apenas se durmió en el apartamento. Mientras *Frau* Lenz servía té, Hans les relataba a Friedrich y Adella los últimos sucesos.

—Gerber no confesó en ningún momento el paradero de Adella, tampoco facilitó ningún nombre. Gracias a él todavía estáis a salvo. Lamentablemente, Gerber fue condenado y fusilado por encubrimiento.

Al saber que Gerber había dado su vida por salvar la de ellos, Friedrich,

conmocionado, se sintió culpable por el desarrollo de los nefastos acontecimientos.

—No debería haber ocurrido, ¡podría haberse evitado! —exclamó.

—Eso no puedes preverlo, Friedrich, especialmente si alguien ajeno se mete de por medio —puntualizó Hans.

—Maldito Krupp hijo de...

—¡No te dejes cegar por la ira! Piensa en tu libertad —trató de animarle.

Friedrich se levantó bruscamente del sillón y, queriendo buscar soledad, salió del salón. Caminó por el pasillo, con las manos en los bolsillos. Comenzó a respirar entrecortadamente mientras las lágrimas asomaban por sus ojos grises.

Hans trató de seguirle, pero Pauline le agarró del brazo. Adella le agradeció el gesto a su amiga con la mirada y salió al pasillo. Lo encontró con los brazos apoyados en la pared. Friedrich lloraba. Lloraba por la exorbitante presión, por sus crímenes cometidos, por las desgracias que aquellos tiempos en guerra brindaban. Lloraba por Adella, por la enfermedad de ella. Lloraba ante el temor de perder lo que tenía y por lo que ya había perdido.

—Fritz —siseó ella, colocándole la mano en su hombro.

—Soy un monstruo... —articuló él sin ni siquiera mirarla.

Adella le miró afligida. Agarrándole por los brazos, consiguió que se volviera hacia ella.

—No lo eres.

—Sí lo soy... He hecho cosas horribles, he visto cosas monstruosas... He estado ahí... He sido un cómplice, ¡he sido uno más!

—También fuiste una víctima, Fritz, estabas obligado a hacer lo que hiciste y a ver lo que viste, pero has desertado, ¡te estás liberando!

—¡Nunca me liberaré de la culpa, Adella! Aunque traicione gustosamente a este régimen de mierda, siempre arrastraré conmigo el peso del mal que he causado... ¿Cómo pude caer tan bajo? Esto es una pesadilla, ¡una locura! Un puro engaño... Todas esas banderas, himnos y emblemas, no son más que falacias, el camino al abismo, a la derrota...

—Fritz, por favor, escúchame, por mucho que te lamente no vas a cambiar el pasado, pero sí el futuro. ¡Estarás conmigo! ¡Estaremos juntos! — exclamó sujetándole el rostro con las manos.

Friedrich la miró con desazón y trató de zafarse. Quiso voltearse, pero Adella lo sujetó fuertemente por el cuello de la camisa. Alzó su mano y la

llevó hasta el corazón de Friedrich.

—Late por mí. No eres un monstruo Fritz, si lo fueras no hablarías como estás haciendo—dijo contundente. Él trató de desviar la mirada, pero ella, llevando su mano hacia su mentón, se lo impidió —. Si fueras un monstruo, jamás me hubieras aceptado, ni tampoco hubieras adoptado a Konradin... Sé que esto es difícil Fritz, pero nos tenemos el uno al otro, y yo jamás estaría al lado de un monstruo —añadió.

Friedrich, reconfortado por sus palabras, trató de contener las lágrimas sin éxito. Respiró entrecortadamente y, antes de darse cuenta, Adella lo había arrastrado hacia sus labios.

—Te amo —susurró él.

Disimulando una fugaz sonrisa, Rudolf Koenig terminó de registrar el último compartimento y bajó airoso del vagón. Afuera, en el andén, el coronel Neumann y Gustav Krupp discutían con el maquinista y un funcionario administrativo de la estación.

—Ni rastro de él, *Oberführer*^[18], el tren está despejado —anunció Rudolf Koenig.

—¿Cómo es posible? ¡Su equipaje está aquí! —bramó Neumann señalando dos baúles.

—Pues Friedrich no está, *Oberführer* .

—No puede ser, ¡me dieron parte de que subió al tren! —aseguró Neumann, encarándose con el maquinista.

De repente, varios miembros de la Gestapo junto a algunos soldados de Neuengamme, descendieron del ferrocarril y se unieron a la conversación.

—El tren está desalojado, *Oberführer* —aseveró Eugen Schneider.

Neumann frunció el ceño. Volvió a mirar encolerizado al maquinista.

—Tal vez bajase en alguna estación antes de llegar a Hamburgo —sugirió este, intimidado frente al séquito de hombres uniformados.

—¿Qué?

—Este tren realizaba algunas paradas, el hombre al que buscan debió bajar antes de llegar a Hamburgo —dedujo el maquinista.

—¡Apuesto cien marcos a que ese desgraciado ha desertado! —exclamó Gustav Krupp.

—¡Esto es inadmisibile! Exijo un informe de las estaciones de paso en las

que este tren ha ido parando. ¡Si ese malnacido ha desertado no escapará de mis manos! —barbulló Neumann.

Una hora después, Friedrich Kießling pasó a estar en busca y captura.

Al día siguiente, un tormentoso miércoles, Hans se quedó perplejo al llegar a Neuengamme. Varios coches de la Gestapo estaban estacionados en la entrada del campo. Después de acceder a la oficina, Hans miró con arrobó como muchos de sus compañeros aguardaban la llegada del coronel Neumann y el comandante Pauly.

—¿Qué sucede? —le preguntó a Rudolf Koenig.

—¿No te has enterado? Anoche se dio parte en la radio. Nuestro querido teniente está en busca y captura.

—Ayer fuimos con Neumann y Krupp a la estación donde la Gestapo planeaba emboscarlo, pero Friedrich no apareció —intervino Eugen Schneider.

Hans, atónito, fingió asombrarse.

—¿Se sabe dónde está?

—Si lo supiéramos yo podría estar tranquilito en mi despacho con mis postales —exclamó Rudolf.

—Cerdo, eso es lo que mejor sabes hacer —interrumpió Boris Gärtner.

Rudolf le miró furioso.

—También se me da bien esto —dijo antes de patear su entrepierna.

—*Du Arschloch!* —gritó Boris retorciéndose de dolor.

Karl Vogel se interpuso entre ellos.

—¡Ya basta! Neumann y Pauly están a punto de llegar, y será mejor que os comportéis porque seremos interrogados

—¿Nosotros? —se exaltó el apuesto Eugen.

—Efectivamente —concluyó la voz del comandante entrando en la sala.

Al reconocerle, todos los centinelas presentes juntaron sus talones al unísono posicionándose en firmes.

—Todos conocíais a Friedrich Kießling y vais a ser parte de la investigación —dijo Neumann.

Ninguno de los guardias se atrevió a decir palabra, únicamente aguardaron pacientes a ser interrogados. Cuando le llegó el turno a Hans, acudió a la llamada casi temblando. Tragó saliva y cuando un miembro de la Gestapo le abrió la puerta, entró en una pequeña sala decorada únicamente por un

reflector, una mesa y dos sillas.

—Siéntese, Lenz —pidió el comandante.

Hans obedeció al acto y se sentó frente al comandante. La hosca expresión de Pauly le removió las entrañas al igual que el coronel Neumann, detrás de él, y dos agentes de la Schutzstaffel custodiando la puerta de la sala.

—Como ya sabrá, la deserción de Kießling no es un secreto. Hace semanas abrimos una investigación y se descubrieron graves negligencias, no solo el encubrimiento hacia una mujer judía y la cohabitación con esta, sino también el hurto de dinero del Estado —aseveró.

Hans abrió la boca, víctima de la absoluta sorpresa.

—No puedo creerlo... —dijo finalmente.

—Usted era muy amigo de Friedrich. ¿Alguna vez le mencionó sus discrepancias con el Partido?

—No, *Herr Kommandant*. Sé exactamente, o incluso menos, de lo que ustedes saben.

El comandante le miró fijamente, aguardando algún indicio que delatase la mentira.

—¿Cree que Friedrich haya podido conchabarse con alguien para huir?

—No lo sé, *Herr Kommandant*.

—Es una gran casualidad que Friedrich haya desaparecido. Es obvio que alguien de este entorno, a sabiendas de su llegada, le advirtiera para que no llegase a Hamburgo, ¿no le parece, Lenz?

Hans frunció el ceño, descifrando la estrategia del comandante por ponerle a prueba, pero, hábil como era, le sostuvo la mirada a Pauly, y lejos de dejarse intimidar, se irguió más sobre su silla y respondió:

—Lo que me parece, es que esto es una vergüenza, una injuria hacia todos, especialmente hacia mí, que he sido su amigo durante muchos años. Ojalá supiera dónde está para volarle yo mismo la cabeza, ¡a él y a esa perra judía que lo ha envenenado!

Aquellas palabras, tan teñidas de rabia y aspereza, hubieran sido como un balde de agua helada si Friedrich las hubiera escuchado. Sin embargo, Neumann y Pauly, todavía un tanto recelosos, se dieron por satisfechos.

—Gracias por su declaración, Lenz, puede retirarse —le despidió el comandante levantándose de la silla.

Hans le imitó. Tras un fuerte taconazo, giró sobre sus talones y salió de la

estancia con la respiración contenida. En cuanto se supo completamente solo, sintió una fuerte arcada. Tuvo que encerrarse en un pequeño lavabo donde se lavó la cara. Desconocía cuál sería el siguiente movimiento perjudicial y aquello lo perturbaba. Cuando llegó al apartamento, agarró violentamente a Friedrich por los hombros, exigiéndole una explicación.

—¡Pauly asegura que robaste dinero!

—Pauly y su séquito de mierda miente. No he robado absolutamente nada. ¿De verdad dudas de mí, Hans? Soy, pese a todo, un hombre honrado —se defendió.

—No sé si la palabra honradez es el calificativo que mejor te define ahora mismo. ¡Has causado muchos problemas! Los interrogatorios en Neuengamme se van a prolongar. Pauly está convencido de que te chivaron de lo que sucedería si volvías a Hamburgo y que por eso desertaste antes de llegar —replicó Hans.

Friedrich, exasperado, hizo un gesto de fastidio.

—Y ese alguien eres tú, y ya te han interrogado y has quedado impune, así que relájate.

—¿Relajarme? ¡Eso es precisamente lo que no puedo hacer! Se avecina más problemas, Friedrich, ¡y de los graves! Temo que si la Schutzstaffel sigue indagando, nos descubran.

—Eso no ocurrirá porque Adella y yo habremos salido de Alemania.

—Reza para que así sea, reza para que pueda conseguir documentación, porque con la que se ha montado, será imposible.

—¿Va todo bien? —interrumpió la voz de Pauline. Hans se giró a mirarla con cariño.

—Todo en orden, *meine Liebe*. Puedes estar tranquila.

—¿Así que ella puede estarlo pero tú no? No seas ridículo Hans, ella tiene derecho a saberlo —exclamó Friedrich para el descontento de su amigo.

—¿Saber qué?

—Estoy oficialmente en busca y captura, y toda Alemania sabe de mi infracción. Se me acusa de deshonor a la sangre alemana, corrupción y desertión. Me han investigado y se sospecha que tengo más cómplices, pero no temas, nadie os descubrirá porque Hans me conseguirá papeles mañana mismo y tanto Adella, como el crío y yo, no volveremos a causar problemas —declaró con sorna.

Pauline se llevó las manos a la boca, completamente escandalizada.

—Hay mil formas de decir las cosas —espetó Hans dándole un codazo.

—He optado por la más directa —aseguró Friedrich con frialdad.

Hans entrecerró los ojos, dispuesto a discutir, no obstante, comprendió que no valía la pena. Friedrich tenía razón. Miró al suelo y permaneció pensativo durante unos segundos. Conseguir documentación y visados no sería tarea fácil. Resopló. Pauline, que desde hacía algunas noches pernoctaba en su apartamento, le tomó de la mano y le consoló.

—Puedes hacerlo. Confío en ti. No hay mucho tiempo, pero todavía no está todo perdido.

Capítulo 32

Jueves, 24 de diciembre de 1942.

Helmuth Weigel había sido condecorado en numerosas ocasiones. Era un destacado capitán de las SS que desde antes de la guerra ejercía como detective. Cuando el caso del teniente Kießling llegó al gabinete que dirigía, se interesó de inmediato.

Habiendo realizado numerosas gestiones, y volviéndose a disculpar telefónicamente con su bella amante vienesa por no pasar la Nochebuena junto a ella, Helmuth compensó el desaire al enviarle a su único hijo, militante, a casa. La mujer lo agradeció en tan señaladas fechas.

Amanecía cuando bajó del mayestático Mercedes 770 K. Lo hizo solemnemente, dispuesto a llevar a cabo la minuciosa pesquisa hasta encontrar al desertor. Embutido en su gabardina de piel marrón, Helmuth entró en el departamento de investigación al final de la Domstraße, junto al canal Nikolaifleet, donde el coronel Neumann le aguardaba con impaciencia.

Friedrich llevaba despierto desde el alba. Se sentó en una silla y miró al frente. Colgado en la pared, el cuco de madera, obsequio del difunto *Herr Lenz* a su mujer, presidía la habitación. Todavía no eran las diez de la mañana cuando escuchó a *Frau Lenz* colocar platos sobre la mesa de la cocina. Estaba preparándole el desayuno a Adella. Minutos después, sus sofocos le alertaron. *Frau Lenz* salió precipitadamente de la habitación de Adella en busca de Friedrich. Nada más verlo, se abalanzó sobre él y le advirtió de lo que ocurría. Adella tenía convulsiones y apenas respiraba. Friedrich entró en la habitación y vio a Konradin asustado en un extremo y a Pauline tratando de sujetar a la afectada.

—Debemos avisar a algún médico —alertó ella.

—Si lo hacemos, nos descubrirán —dijo Friedrich tratando de mantener la calma.

Sabía cómo tratar el problema. Gerber se lo había explicado. Sentándose en un extremo de la cama, Friedrich sostuvo a Adella entre sus brazos y la recostó suavemente hacia un lado sin dejar de hablarle al oído, confortándola.

Adella luchó por serenarse, por ganar el control de su cuerpo. Comenzó a toser. Sintió las manos de Friedrich desabrocharle su camión. Solo entonces, pudo tomar una buena bocanada de aire. Siguió temblando. Friedrich le acomodó la cabeza sobre la almohada. Ella, mareada, lo agradeció, y al cabo de unos minutos, logró serenarse, desvaneciéndose poco después.

Cuando despertó, descubrió a Friedrich a su lado, sonriéndole más con los ojos que con la boca.

—¿Qué ha pasado? —preguntó saboreándose un paladar amargo.

—Una pequeña crisis. Pero todo está bien, ha sido leve —contestó él con delicadeza. Adella tragó saliva. Le escocía la garganta.

—¿Cómo está? —preguntó Hans, asomándose por la puerta. Friedrich se volvió a su amigo y, sonriéndole, señaló a Adella con la cabeza.

—Pregúntale a ella. Ha despertado —anunció.

Hans suspiró aliviado. Se acercó contempló maravillado a la joven. Adella estaba pálida, pero al menos su respiración tenía un ritmo normal.

—¿Puedes venir un momento? —le pidió a Friedrich.

Este asintió. Besó las manos de Adella y salió. Hans, con el semblante serio, cerró la puerta.

—Las medicinas de Gerber escasean...

—¿Podrías conseguir más?

—¿Yo? ¿Cómo?

—Di que son para tu madre, ¡yo qué sé, Hans! Yo no puedo hacer nada.

—Todavía tenemos provisiones. Es cuestión de organizarnos.

—Antes de que se agoten, estaremos en Suiza —aseveró Friedrich—.

Desde allí nos buscaremos la vida.

—No creo que funcione...

—¿Qué otra alternativa tengo?!

—No lo sé.

—Tú límitate a conseguir los papeles lo antes posible —insistió Friedrich.

—¿Y qué me dices de los pasajes? Dudo mucho que haya trenes con destinación directa a Suiza. ¿A qué parte vais a ir?

Friedrich vaciló a la hora de revelar su destino.

—No lo sé, Hans... Tal vez nos marchemos de Europa cuando nazca el bebé...

—Pero necesitas un itinerario claro, ¡no puedes improvisarlo! Adella está enferma, te recuerdo —exclamó Hans.

—Soy consciente Hans, y no estoy improvisando nada ya que, como dices, desde aquí no habrá ningún tren que vaya directo a Suiza, y si los hay, cosa que dudo debido a la distancia y la escasez de combustible, no me arriesgaré a tomarlo sabiendo que será el primero que la Gestapo registre. A estas alturas, Neumann y Pauly deben haber descubierto que Adella es suiza. Lo mejor es hacer transbordos hasta llegar a la frontera —expuso con astucia.

Hans contuvo la respiración. Friedrich tenía razón.

—Consigue pasajes para Frankfurt —decidió al fin.

—Pero Frankfurt...—inquirió Hans.

—¡Donde sea pero cerca de la frontera!

Hans resopló. Lo que Friedrich exigía sería muy complicado de llevar a cabo, pero lo intentaría. Aquella noche, tras discretas gestiones, Hans aprovechó sus días de permiso para organizar su misión. Durante la hora de la cena, parecía relajado, casi confiado. *Frau* Lenz terminaba de poner la mesa en el salón iluminado por grandes velas. Pese a la escasez de alimentos, aquella Nochebuena tenían la suerte de degustar un delicioso Karpfen con crema de champiñones, patatas asadas y pan blanco. De postre, unas deliciosas Plätzchen de chocolate en forma de corazón horneadas por Pauline. Antes de cenar, todos guardaron un minuto de silencio por los seres queridos que estaban y no estaban con ellos en aquella noche. Pauline y Adella pensaron en *Herr* Kesler, quien, pese a agradecer la invitación de Hans por ir a cenar con ellos, prefirió visitar a una anciana tía con delicada salud que vivía a las afueras.

Al acabar el sencillo manjar, mientras Pauline depositaba el plato de las Plätzchen sobre la mesa, Adella miró fijamente a Friedrich. Había algo de él que ansiaba por saber. Cuando este le devolvió el gesto, se interesó de inmediato por su estado.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó.

—Mejor —contestó ella escuetamente.

—Esta mañana nos habías asustado mucho —intervino Pauline, terminando de obsequiar a Konradin con una ración extra de corazones de chocolate.

—Yo también me había asustado —dijo Adella sin apartar la mirada de Friedrich.

Pauline siguió hablando, pero Adella había dejado de escucharla. En vez de eso, sin ni siquiera esperar a que callara, formuló la pregunta más incómoda que podía haber realizado en aquella velada.

—¿Has estado robando dinero?

Friedrich, molesto, guardó silencio por un momento. Era evidente que había oído la conversación. Resopló.

—¡Por supuesto que no!

—¿Por qué te acusan de ello?

—Porque los imbéciles que tratan de dar con nuestro paradero quieren fomentar el odio hacia mi persona.

—No creo que este sea el tema más apropiado para hablar, mucho menos delante del niño —interrumpió *Frau Lenz*. Pero Konradin, inocente, permanecía absorto devorando las galletas.

—Estoy preocupada...

—¡Y no eres la única, Adella! Sobre mí recae una responsabilidad mayor —espetó Friedrich.

Adella bajó la mirada. Sin ni siquiera haber probado una galleta, se levantó de la silla y, agradeciéndole a *Frau Lenz* y a Pauline la maravillosa cena, se retiró. Friedrich, molesto, ni siquiera trató de impedirselo cuando, minutos después, se arrepintió de no haberlo hecho. *Frau Lenz*, Hans y Pauline le miraron seriamente. Resopló. Fue tras ella.

—Della... Perdóname, no quería hablarte así, ni mucho menos quería que las cosas salieran como han salido... —se disculpó.

Adella, de pie junto a la cama, dándole la espalda, exclamó:

—A veces desearía no haber nacido. ¡No quiero ser tu problema!

—No, Adella, tú no eres mi problema, mi problema son Pauly y sus hombres. Tú eres la llave a mi libertad, mi fuerza y debilidad, ¿recuerdas? Lo único que necesitamos es abrir la puerta adecuada para salir de aquí. ¡Y estamos al borde de lograrlo! En menos de un mes estaremos en Suiza. No olvides estas palabras —aseveró él mientras la abrazaba por la espalda.

Ella vaciló. Se volvió con lentitud y le miró fijamente. Él permanecía serio, tenso, con los ojos adoloridos por el lamento interno.

—Un mes. Solo un mes, y te prometo que todo habrá mejorado. Te quiero, Adella, te quiero como nunca nadie ha querido a alguien.

Ella sonrió entre lágrimas. Respiró su esencia. Otoño. El perfume de las hojas caídas, de los atardeceres y la calidez. Así era él, embriagador, magnético, dulcemente melancólico pero a su vez alentador. Confió en su palabra otra vez. Siempre lo haría.

El comandante Pauly concluyó su cena familiar demasiado pronto. Se había citado con el coronel Neumann y el capitán y detective Helmuth Weigel en el despacho de su residencia. Al acabar el exquisito Weihnachtsgans, se levantó de la mesa sin ni siquiera degustar las Plätzchen que con ilusión hubieron moldeado sus hijos aquella tarde de Nochebuena.

—Adella Schulze, de ascendencia judía y originaria de Suiza. Su cantón todavía no ha sido identificado —reveló Helmuth depositando una carpeta sobre la mesa.

—¿Una suiza? —preguntó el comandante mientras hojeaba sorprendido los papeles.

—De los pies a la cabeza. Adella emigró a Alemania en el treinta y ocho. Se hizo pasar por católica y berlinesa, y se estableció en Hamburgo donde engañó a su patrono para que la emplease.

—¿Nombre?

—Egmont Kesler, fundador y propietario de *Schokolade Gold*, chocolatería ubicada en el número 31 de la Brüderstraße. Cuenta con otra empleada más, Pauline Müller. Ambos, oriundos de Hamburgo, conviven en un apartamento anexo al bajo —indicó mientras le tendía una misiva de la Gestapo.

El comandante rasgó el sobre y leyó los datos de los sospechosos. Frunció el ceño. Miró de soslayo a Helmuth. Había hecho un buen trabajo.

—El *Obersturmführer* Christoph Bauer ha accedido a colaborar con nosotros. Él desconocía la existencia de la judía hasta hoy. Por lo que ha declarado, Friedrich le engañó haciéndole creer que Adella había muerto. Pero, no se agiten caballeros, es cuestión de días que Friedrich y Adella caigan en nuestras manos.

Aquellas palabras, firmes y severas, sirvieron como mensaje esperanzador para el comandante. Neumann, por el contrario, se sintió deslucido ante la precisión que el detective Weigel mostraba.

—Adella pudo ocultar su condición de judía hasta abril de 1940.

—Tenía constancia de eso —comentó el comandante con retintín mientras miraba a Neumann. Este contuvo un bufido. Pauly prosiguió.

—Es vergonzoso que un oficial de las SS haya utilizado su listeza para quebrantar la ley más preciada de la sangre.

—Efectivamente, *Herr Kommandant*, es un insulto inigualable. Pero toda

ruin acción tiene su peor castigo —dijo Helmuth.

Sin añadir nada más, se tomó la libertad de encenderse un cigarrillo y, entre la fumarada, declaró con extrema rotundidad que todavía no había nacido naturaleza avispada, por muy procaz y taimada que fuera, capaz de escapársele.

Capítulo 33

Sábado, 26 de diciembre de 1942.

La respetable vida del teniente Bauer cambió radicalmente. Conociéndose la negligencia de su sobrino, Bauer se convirtió en la comidilla de burla y desprecio. Muchos, a la sombra, en tardes de tertulia miliciana, afirmaban que Bauer tenía la culpa, que no había tenido suficiente control sobre su sobrino y que por eso no había evitado aquel idilio.

Bauer, tratando siempre de mantener el porte firme, se cuadraba frente a sus superiores, inteniendo excusarse de cualquier culpa. Fue interrogado por diversas entidades. Bauer fue preciso. Testificó todo cuanto sabía de Adella Schulze y del niño. Recluido durante días en una sala de interrogatorios del *Bloque II* en Auschwitz, Bauer se sintió miserable. La culpa, sin duda, la tenía el imbécil de su sobrino. Juró vengarse.

Con la certeza de la procedencia de la joven, Helmuth Weigel aprovechó sus contactos para interferir en los horarios ferroviarios de manera que aquellos trenes con destinaciones directas a Suiza se anularon, y la sede central de la Gestapo, difundió una imagen del desertor. Si en aquel entonces había alguien que jamás hubiera visto el rostro de Friedrich Kießling, no tardaría en hacerlo.

La misma mañana del *Zweite Weihnachtsfeiertag*, el 26 de diciembre, Hans aprovechó la festividad de la ocasión para concluir su misión. Muchos de sus camaradas tenían el día de permiso a excepción de él y otros tantos. Tan solo precisaba del sello que acreditaría autenticidad a aquellos documentos. No fue hasta pasado el mediodía cuando se permitió descansar un minuto en la silla. Había sido un proceso duro. En dos ocasiones estuvo a punto de ser descubierto por algún camarada suyo que entraba al archivo anexo al despacho más privado del campo. Hans contenía la respiración. Si alguien abría la puerta, estaría perdido. Aquel despacho era una zona restringida donde se guardaban misivas secretas, fichas de tropa, e incluso cartillas de

civiles. Hans requisó tres de ellas. Las manipuló durante largo rato hasta que consiguió crear los papeles de Friedrich, Adella y Konradin. Satisfecho con el resultado, logró salir del habitáculo sin ser visto. Orgulloso de su labor, Hans sabía que en sus manos tenía la libertad de su amigo, y, sin embargo, la sonrisa le duró poco. Disponiéndose a retirarse de Neuengamme, reconoció la silueta espigada y pelirroja de Pauline entrar en el cuartel general. No iba sola, dos agentes de la Gestapo la escoltaban y, tras ella, *Herr Kesler*, acompañado también de dos agentes. Hans se estremeció. ¿Habrían sido descubiertos? Angustiado por el temor de que Pauline corriera la misma suerte que Gerber, Hans caminó decidido hacia ella cuando, esta misma, con la mirada, se lo negó. Hans quedó indeciso. Pauline ladeó la cabeza con una leve sonrisa, revelándole que todo seguía en orden, que ni Friedrich ni Adella habían sido descubiertos y que aquello, sería solo un interrogatorio.

Pauline comenzó a inquietarse en cuanto Hans desapareció de su vista. No sabía cómo se desarrollaría el interrogatorio ni tampoco lo que la Gestapo conocía de ella. Miró de soslayo a *Herr Kesler*. Este, incapaz de articular palabra por los nervios, miraba al frente con la mirada perdida. Había sido una mañana muy agitada. Tanto él como ella, habían sido sorprendidos en la chocolatería por varios miembros de la Gestapo. Intuyendo la razón por la que eran detenidos, *Herr Kesler* pensó en Colette, su difunta esposa francesa, y le rogó fuerzas. Debía actuar con normalidad, fingiendo incluso querer colaborar con el hallazgo de Adella y Friedrich. Pauline, intuyendo el plan de su jefe, obró de la misma manera. Ambos apenas pudieron hablar, apenas pudieron concretar un argumento sólido y firme que no pusiera en evidencia posibles contradicciones. Separados poco después de llegar al campo, fueron interrogados en diferentes salas. Conscientes de que no debían ser escuetos en el trato, *Herr Kesler* y Pauline, recurrieron a la mentira que, en su día, le juraron a Adella.

—Adella Schulze trabajaba para mí. Ella llegó de Berlín en el treinta y ocho. Era una excelente chocolatera, por eso la contraté. Pero en ningún momento supe que era judía hasta que el teniente Bauer lo descubrió — aseveró *Herr Kesler*, sentado frente al comandante Pauly, Helmuth Weigel y dos agentes de la Gestapo.

—¿Cuándo descubrió el ultraje? —preguntó el comandante.

—Hace dos años.

—¿Manténía una relación con Friedrich Kießling antes de eso? —indagó Helmuth Weigel.

Herr Kesler meditó durante unas milésimas de segundo su respuesta.

—Sí, ellos llevaban meses viéndose, pero no sabría decirle la fecha exacta...

—¿Cuándo se conocieron?

—Poco después del inicio de la guerra.

Helmuth Weigel tomó nota. Volvió a levantar la vista y escrutó al sospechoso.

—¿Cómo descubrió que Adella era judía?

—Todo ocurrió de forma imprevista. Una noche, el teniente Bauer y Friedrich llegaron con ella a la chocolatería, acusándola de judía, y ella misma confesó frente a mí que lo era. Yo quedé perplejo, no supe cómo reaccionar.

—Y sobornó al teniente Bauer con una prima considerable para que no se la llevaran, ¿verdad? —sondeó Helmuth Weigel.

Herr Kesler contuvo la respiración. El corazón le latía desmesuradamente. Era consciente de que Bauer había testificado antes que él y, al desconocer lo que habría podido decir, se sintió en desventaja.

—En un principio, cuando supe de su condición, me negué a aceptarlo porque, pese a tener la obligación moral de despedirla, no quería perderla. Adella era una magnífica chocolatera—expuso al final.

—¿Y luego? —preguntó el comandante.

—El teniente Bauer y Friedrich se la llevaron.

Helmuth Weigel asintió lentamente con la cabeza y salió repentinamente de la sala. *Herr Kesler* tragó saliva. El comandante, crispado, ordenó a los agentes que le encerrasen en una de las celdas hasta nuevo aviso.

El detective Weigel caminó a grandes e imponentes zancadas por el pasillo, y sin pedir permiso, abrió la puerta de la sala número siete. Allí, iluminada con un potente reflector, se hallaba una joven pelirroja un poco más mayor que Adella.

—*Fräulein Müller* nos estaba diciendo que conoció a Adella en el treinta y ocho. Nos ha asegurado que llegó desde Berlín y que buscaba trabajo en Hamburgo. También nos ha contado que eran buenas amigas pero que Adella jamás le contó que era judía —resumió el coronel Neumann.

—¿Qué clase de amiga es capaz de ocultar algo así? —preguntó Helmuth con una cínica sonrisa.

—Tan solo una judía rastrera...—espetó la pelirroja.

Helmuth perdió la sonrisa. Miró fijamente el duro semblante de la joven y se acercó a ella.

—¿Por qué será que no me creo que usted no conociera su secreto? —preguntó con malicia, buscando intimidarla.

No obstante, Pauline no se dejó avasallar. Miró de la misma manera al detective y le sostuvo la mirada.

—Tal vez porque usted quiere ver lo que quiere ver. Adella y yo éramos amigas, pero perdí toda clase de afecto hacia ella el día en el que fue arrestada —dijo rotunda.

—Imagino que no sabrá dónde se aloja ahora —insinuó Weigel.

—No. No sé dónde está, si es que acaso sigue viva.

—Hábleme de la relación de Adella y Friedrich, y sea lo más precisa posible, *Fräulein* —exigió.

—¿Qué puedo decirles que ya no sepan? Adella conoció a Friedrich en la chocolatería y poco después comenzaron a verse a escondidas. Yo lo sé porque ella me lo contaba, pero se lo ocultaba a *Herr Kesler*.

—¿Por qué?

—*Herr Kesler* no permitía que Adella desalojara la cocina. Sin embargo, ella siempre encontraba la manera de verse con Friedrich.

—Gracias, *Fräulein*, es todo por hoy.

—¿Por hoy? ¿Acaso me van a encerrar?

—Supone usted bien. Tenemos mucho de qué hablar —dijo chasqueando un dedo.

Inmediatamente, los agentes de la Gestapo, embutidos en sudados y apretados uniformes grises, se aproximaron a la joven y, tomándola de los brazos, la alzaron de la silla. Pauline trató de zafarse. Presa de los nervios, comenzó a estresarse y a rogar que la soltasen. Tanto Neumann como Weigel hicieron caso omiso.

En cuanto la joven desapareció, ambos oficiales se miraron con la expresión dura, era evidente que los interrogatorios no habían dado los frutos deseados.

—Esa pelirroja es de armas tomar, ¿cree que sea inocente? —preguntó Neumann.

Helmuth Weigel se encendió un cigarro antes de responder.

—Al igual que su patrono, no creo que estén siendo del todo sinceros.

—Acabarán hablando... —aseveró Neumann.

—Bauer también me interesa.

—¿Bauer?

—Bauer está metido en este asunto.

—¿Qué pretende hacer?

—Justicia —espetó.

Hans Lenz entró angustiado en su apartamento de la Kampstraße. Friedrich, al verle agitado, no dudó en preguntarle qué había pasado.

—*Herr* Kesler y Pauline han sido arrestados —reveló.

Friedrich puso una mueca de espanto, respiró hondo varias veces y el sentimiento de culpabilidad le perforó.

—Temo por ellos, Friedrich, por ellos y nosotros. Estamos jugando, no con fuego, sino con el infierno entero. Neumann y Pauly cuentan con un buen detective.

—¡Es solo un interrogatorio! En dos días serán puestos en libertad, ya verás. Nadie sabe que están relacionados con mi desaparición.

Hans, afligido y sin ánimo de seguir hablando, se llevó la mano al bolsillo derecho de su abrigo negro bajo la atena mirada de Friedrich y extrajo un sobre con el cuño de las SS. Se lo tendió. Friedrich, ansioso, lo abrió rápidamente. Extrajo una de las cartillas.

—Wilhelm Fieseler, nacido en 1920 en el cantón de Uri, capital Altdorf, Suiza...—leyó en voz alta.

No pudo evitar sentirse aliviado en cuanto releyó las dos cartillas restantes. A partir de aquel momento, Adella pasaría a llamarse Holdine Fieseler, la bella esposa embarazada de Wilhelm, y Konradin como Konrad, siendo el hijo primogénito de ambos.

Adella, ajena a lo sucedido con *Herr* Kesler y Pauline, sonrió al ver las cartillas.

—Son espléndidas —elogió.

—Es imposible que detecten su ilegitimidad —corroboró Hans.

—Ahora tan solo queda conseguir los pasajes de tren para Frankfurt.

—Me ocuparé de eso mañana.

Friedrich sonrió con gratitud, su amigo estaba corriendo un riesgo letal pero se mantenía leal a su amistad.

A la mañana siguiente, bien temprano, ingeniándose las nuevamente, Hans regresó al apartamento con las manos llenas de dicha. Adella tuvo que sentarse en uno de los sillones del salón. Estaba tan entusiasmada que las piernas le temblaron. Friedrich abrazó a su amigo.

—El tren saldrá el martes que viene, 29 de diciembre, a las dos de la tarde en el andén número siete —comentó.

—¡Maravilloso! —exclamó Adella.

Y a dos días del viaje, Friedrich comenzó a preparar los equipajes bajo la eufórica mirada de Adella, quien no cesaba en reír y sonreír al saber que recuperaría su anterior vida y se reuniría con su abuela. Con tan solo pensar en ella, sentía los ojos humedecerse. Habían pasado demasiado tiempo sin verla y confió que, pese a haber transcurrido dos años y medio desde la última misiva con dinero que logró enviarle, su abuela se hubiera recuperado. ¿Qué diría cuando conociese a Friedrich? ¿Y a Konradin? Decidió no agitarse con tantas preguntas. Un ligero mareo comenzaba a angustiarla. Respiró hondo. Salió del dormitorio para servirse de un vaso de agua cuando, al pasar por la puerta del salón, escuchó a Friedrich y a *Frau* Lenz consolar a Hans. Curiosa, aguzó el oído. En cuanto Friedrich pronunció que *Herr* Kesler y Pauline serían liberados, no pudo contener una arcada. Asustada, Adella irrumpió en la estancia. Miró con espanto a Friedrich y comenzó a temblar. Ante su posible crisis, Friedrich reaccionó al acto. La sostuvo entre sus brazos y, recostándola sobre el sofá, trató de calmarla, de repetirle una y otra vez que nada malo estaba ocurriendo, que tan solo, por obiedad y por haber trabajado con ella, *Herr* Kesler y Pauline debían prestar testimonio frente a la policía. Nada más. Adella contuvo la respiración. *Frau* Lenz se apresuró en traerle un vaso de agua y unos paños mojados para humedecerle la frente. El sofoco no tardó en disminuir.

—Antes de irnos, nos despediremos de ellos y cuando acabe la guerra volveremos a verlos —aseveró Friedrich, consolándola mientras acariciaba sus manos.

Aquella noche, en silencio, Adella veló por *Herr* Kesler y Pauline, deseando con el corazón que fuesen liberados. Acurrucándose entre las sábanas, sintió los brazos de Friedrich rodearle por la espalda. Con una tímida media sonrisa, percibió su respiración en la nuca. La encontró ligera,

acompañada. Trató de contagiarse de aquella calma. No obstante, el corazón le latía descontroladamente. Al notarlo, Friedrich la movió despacio hasta tenerla cara a cara.

—Tranquilízate. Vamos a conseguirlo, y *Herr* Kesler y Pauline también. Sabes que no existe ninguna prueba que evidencie que ellos sabían de tu condición antes que yo. Esa es nuestra gran ventaja.

Asintiendo lentamente con la cabeza, Adella se aferró más a él.

—Concéntrate en este momento, en estos efímeros segundos. Son nuestros. Solo nuestros —susurró Friedrich sin dejar de acariciarle el alma con la mirada.

Adella hizo un esfuerzo por sobreponerse y tratar de aplacar su inquietud. Con Friedrich a su lado, cogiéndole de las manos, se sentía segura, quería y necesitaba sentirse así. Quería creer en la esperanza y en que todavía no habían perdido la batalla. Friedrich siguió mirándola intensamente, estremeciéndola, hipnotizándola. Se acercó a sus labios. Antes de besarlos, se detuvo.

—No te preocupes —le dijo.

Y ella, desesperada por aferrarse esa pequeña esperanza, creyó nuevamente en su palabra.

Capítulo 34

Martes, 29 de diciembre de 1942.

Los interrogatorios se prolongaron dos días más. Tras emplear diferentes tácticas psicológicas para derrumbarles, Helmuth Weigel creyó dar con la estrategia perfecta. Sin embargo, su empeño por evidenciar contradicciones fracasaron.

«Hábleme del niño, Konradin, ¿cómo llegó a la custodia de Adella?» les preguntó Weigel individualmente.

«El niño era un primo de Adella. Sus padres, de Berlín, murieron repentinamente y una conocida de ellos y de Adella, vino expresamente hasta Hamburgo para traérselo... Eso fue lo único que nos dijo...» aseguraron Pauline y Herr Kesler, a lo que Helmuth contraatacaba diciendo que aquello no podía ser cierto ya que Adella era suiza. Todo había sido una argucia. Herr Kesler fingió desprecio, Pauline consternación. No obstante, ambos alegaron una y otra vez que jamás tuvieron constancia de que Adella fuese suiza y, para colmo judía, hasta que el teniente Bauer y Kießling lo descubrieron.

Después de dos noches en sus respectivas celdas, ambos fueron finalmente liberados.

Hans Lenz sintió su piel erizarse en cuanto vio a Herr Kesler y a Pauline escoltados por un agente de la Gestapo. En cuanto la pelirroja reconoció a Hans, le guiñó disimuladamente el ojo. Este, comprendiendo que habían quedado impunes, sonrió con discreción y les siguió con la mirada hasta que salieron por la puerta. Luego, acercándose a una ventana, visualizó cómo Herr Kesler y Pauline eran introducidos en un coche oscuro. Inmediatamente, miró el reloj de su muñeca. Pasaban de las once. Pese a acordar verse con Friedrich a la una, Hans no pudo contenerse ni un minuto más. Se dirigió al pequeño despacho de Rudolf Koenig y, encontrándolo lanzando dardos a una diana colgada en la puerta, esquivó un proyectil con gracia.

—¡Demonios, Lenz! ¿A caso no sabes llamar? Podría haberte sacado un ojo —exclamó.

—¿Y tú no sabes pasar el tiempo de otra manera?

Rudolf, con el ceño fruncido ante la reprimenda, olvidó su partida solitaria y aguardó a saber lo que Hans quería decirle. Cuando este cerró la puerta, se aproximó a su mesa y declaró sin más:

—Si alguien pregunta por mí, cúbreme las espaldas. Voy a salir.

—¿Salir? ¿En turno de guardia? Estás loco, ¿a dónde quieres ir?

—No preguntes y asegúrate de hacerlo bien —insistió.

—Esto te costará tres paquetes de gomas.

—¿Tres?! —se escandalizó Hans.

Rudolf asintió. Desde hacía pocos días había conocido en el puerto a una bonita alemana y, pese a haberla visto en un par de ocasiones, el rubio más rubio del mundo entero no tardaría en beneficiársela.

—Ya sé cómo pasaré el tiempo a partir de ahora —comentó con picardía.

Hans rodó los ojos, completamente exasperado ante la procacidad de Rudolf Koenig.

—Más te vale encubrirme bien —replicó.

—Más te vale conseguirme las gomas.

Hans sonrió a medias. Salió de la oficina y se dirigió hacia el patio exterior donde estaba aparcado su Maybach SW38. No tardó en llegar al corazón de Hamburgo.

Descendió del vehículo sobre las doce y media del mediodía y camino ágil hacia el portal número 9. Caminó tan deprisa que olvidó por completo la presencia del *Spitzel*. Este, en la acera de enfrente, consultó su reloj. Curioso ante el impropio regreso de Lenz, miró fijamente el edificio como si pudiera ver a través de sus ladrillos.

—Creo que fingiré ser mudo —exclamó Friedrich perdiendo la paciencia. Adella contuvo la risa.

—Vamos Fritz, no es difícil imitar mi acento, es cuestión de práctica. Tan solo tienes que acentuar un poco más las palabras y, a ser posible, emplear diminutivos. En Suiza son muy habituales.

—Una forma muy ñoña de habla —opinó Friedrich.

—Te queda como anillo al dedo —bromeó ella. Friedrich resopló.

—Es más fácil decirlo que hacerlo. No puedo imitarte, Della, hablas como si estuvieras cantando.

—Sé que el *Schweizerdeutsch* es complejo, pero no te preocupes Fritz, yo misma como suiza tendría problemas para comunicarme con otro suizo de diferente región. Por ello, recurriría al *Hochdeutsch* —expuso con dulzura.

Friedrich la miraba serio pero con ternura condescendiente. Aquella mujer tan hermosa, a la víspera de convertirse en madre, se había propuesto a conciencia la misión de hacer de él un perfecto suizo, y él ponía su empeño por ser un lúcido pupilo. Sabía que, en buena parte, su supervivencia dependería de ello. Con gesto pícaro, Friedrich alzó la mano izquierda y la colocó en la nuca de Adella. Se dispuso a besarla cuando la puerta de la entrada se abrió con brusquedad. Como acto reflejo, la pareja se alarmó. Frente a ellos, Hans Lenz, fatigado y nervioso, pero sonriendo.

—¡*Herr* Kesler y Pauline han sido liberados! —exclamó para la alegría de ambos—. Y vosotros dos debéis marcharos ya —añadió.

—Todavía no pasa de la una —advirtió Friedrich.

—Pensé que Adella querría despedirse de ellos.

—¡Por supuesto! Debo agradecerles todo lo que han hecho por nosotros —intervino ella con los ojos brillantes.

—¡De ninguna manera! No debemos dejarnos ver, puede ser peligroso —exclamó Friedrich.

Hans resopló, Adella protestó, y Friedrich, una vez más, cedió.

Habiéndose despedido de *Frau* Lenz con un cálido y largo abrazo, Friedrich y Adella anhelaron que la suerte que ella les deseaba se hiciese realidad. Ataviados en ropas sencillas, la pareja y el niño, siguiendo a Hans, también vestido de paisano, bajaron las escaleras hasta llegar al portal donde, por orden de este, le aguardaron hasta que regresase con el coche de su padre.

El jovencito Steffen Ankläger se frotó los ojos a fin de comprobar lo que estaba viendo. Ocultándose mejor entre las sombras de un callejón cercano, el *Spitzel* observó al detalle como Hans arrancaba un coche viejo para estacionarlo frente a su portal. Segundos después, una familia emergía rápidamente de allí y se introducía en el vehículo. Steffen Ankläger sonrió con malicia. Su descubrimiento le valdría un buen aumento de sueldo.

A través de la ventanilla, Adella miró por última vez la fachada turquesa del número 31 de la *Brüderstraße*. Su corazón latía desmesuradamente.

Friedrich, sentado a su lado, le acarició suavemente la mano. Adella sonrió pese a tener los ojos bañados en lágrimas. Hans, que había salido del coche, regresó segundos después con *Herr Kesler* y Pauline. Nada más verlos, Adella deslizó el manillar y bajó la ventanilla.

—Prométeme que tendrás cuidado y que cuando acabe esta maldita guerra vendrás a verme para presentarme a tu hijo —dijo *Herr Kesler* acariciándole las mejillas.

Incapaz de pronunciarse, Adella asintió únicamente sin dejar de llorar.

—Cuídate mucho Della —gimoteó la pelirroja.

—Cuídala —exigió *Herr Kesler* mirando a Friedrich.

Friedrich asintió firmemente con la cabeza y, articulando un rotundo «*siempre*», le tendió la mano en señal de juramento y respeto, no solo hacia Adella, sino hacia ellos mismos. *Herr Kesler*, conmovido por la tensión del momento, aceptó la mano que salía a través de la ventanilla. Adella se sintió muy orgullosa al presenciar ese gesto frente a su cara porque en aquel contacto, la desafección de ambos hombres desaparecía para siempre.

Konradin, sentado en medio de los adultos, no dudó en inclinarse también hacia la ventanilla. *Herr Kesler* le miró enternecido y, al igual que Pauline, no dudó en revolverle el cabello y besárselo.

—Nunca mi gratitud será suficiente por todo lo que habéis hecho —logró articular Adella con la voz queda, con una feliz e insólita pena.

—Si la situación hubiera sido a la inversa, sé que tú hubieras hecho lo mismo —dijo *Herr Kesler*.

Adella sonrió. Asintió. Sí, lo hubiera hecho.

—Gracias por ser la hermana que nunca tuve, Pauline —dijo volviéndose a Pauline.

La pelirroja bajó la mirada con un terrible dolor trepándole hasta el pecho y corazón. Adella sacó también las manos por la ventanilla y atrapó las de ella. Volvieron a mirarse y no hubo necesidad de pronunciarse más. Con aquella intensa y efímera mirada entablaron un vínculo que quedaría grabado para la eternidad. Adella sonrió. Añoraría aquellos ojos verdes, esos ojos color esperanza que tanto consuelo le hubieron brindado. Luego, mirando a su patrono, Adella le tuteó por primera vez.

—Has sido un padre para mí.

—Y tú la hija más terca, desobediente y encantadora que podía tener. Te quiero, Della, y te deseo lo mejor en esta vida.

Herr Kesler besó con fuerza su frente. Adella cerró los ojos para llevarse a lo más hondo aquel recuerdo cuando una ráfaga de aire la sobresaltó. Los volvió a a brir, sintiéndose renacer nada más ver las figuras de *Herr Kesler* y Pauline encogerse a medida que el coche se alejaba. Conmociónada, miró al frente, a su nueva vida. Notó la mano amada posarse en su rodilla.

—Volveremos a verlos —prometió Friedrich.

—¿Cuándo? —preguntó Konradin con los ojos llorosos.

—Cuando nazca tu hermanito o hermanita —dijo haciendo del término un diminutivo.

Adella captó su indicio de hablar el *Schweizerdeutsch*. Le miró con una gran sonrisa correspondida.

Minutos después, Hans se introdujo en el aparcamiento de la estación. Cuando estacionó, todos permanecieron en silencio. Había llegado el crucial momento. Frente a ellos, la imponente Hamburg Hauptbahnhof, decorada con una inmensa esvástica dorada sobre la fachada principal. Friedrich y Adella admiraron el mayestático reloj de la única torre que presidía el lugar. Las dos menos cuarto.

—Ha llegado el momento —dijo Hans.

Tras un nuevo silencio, Hans se volvió a mirar a Adella con una burlona sonrisa.

—Sigue haciéndolo feliz, Della, lo merece.

Adella se hizo la ofendida.

—No dudes de ello, Hans Lenz. Gracias por todo —dijo mirándole con ternura.

Hans, conmovido, asintió una sola vez.

—¿Cómo podré agradecerte lo que has hecho? —preguntó su mejor amigo.

Hans miró a Friedrich. Antes de hablar, estiró las comisuras de sus labios hasta dolerle, odiando despedirle.

—Marchándote cuanto antes.

Ambos hombres, casi hermanos, enseriaron. Se miraron con intensidad, tratando de concentrarse en llevarse aquel visceral momento al corazón. La despedida fue culminada con un estrechón fuerte de manos. Luego, todo sucedió muy rápido. La pareja salió del coche con agilidad y Hans visualizó por el espejo retrovisor el momento exacto en el que su mejor amigo se volvía una única vez antes de penetrar en la estación.

La suerte estaba echada. Sin vuelta atrás, Friedrich y Adella caminaron hacia delante, hacia su libertad. Presentándose ante un joven burócrata ocupado de revisar la documentación y los billetes, Friedrich, rotundo y serio, le entregó las cartillas de identificación. Adella, tras él, se aferró a Konradin y, pese a sentir pánico, luchó por mantener su sonrisa. El revisor hojeó detenidamente los papeles y, tras escrutar el rostro de Friedrich, pasó a contemplar a la mujer embarazada que le acompañaba. Ella, cobrando desparpajo, se adelantó un paso, sostuvo la mirada y liberando su acento suizo, le embelesó.

—¿Todo bien? Hemos venido a Alemania para visitar a unos familiares.

—Sí, *Frau* Fieseler, todo en orden —respondió devolviéndoles las cartillas.

Friedrich las recogió gustosamente y las guardó en su macuto.

—Andén número nueve, todo recto y luego a la izquierda —les indicó cediéndoles el paso.

—Vamos, Holdine —exclamó Friedrich con una pícaro sonrisa.

Adella agarró a Konradin de la mano y juntos caminaron rápidamente hasta llegar al andén. Segundos después, cuando entraron en su compartimento asignado, un fuerte resoplido ferroviario hizo vibrar los raíles. El tren con destinación Frankfurt comenzó a surcar la madera de las vías, cobrando a cada segundo más velocidad. En poco tiempo, el paisaje urbano se transformó en uno rural. Aparecieron colinas descoloridas, terrenos de secano y algún que otro bosque mustio y malsano. Adella aprovechó la ventaja de tener un compartimento propio para reanudar las clases de cultura suiza. Friedrich, atento, trataba de asimilar sus explicaciones cuando el tren se detuvo de repente. Adella, inquieta, se revolvió en su asiento. Friedrich, en cambio, intuyendo lo que iba a pasar, abrió despacio la puerta del compartimento y asomó la cabeza. No le llevó medio segundo identificar a dos policías entrando en el vagón. Volviendo a cerrar la puerta, le indicó a Adella que fingiese estar dormida cara a la ventana para evitar que su embarazo pudiera llamarles la atención. Al cabo de unos minutos, uno de los policías abrió el compartimento sin ni siquiera llamar. Friedrich, con el crío en brazos, dejó de relatarle el único cuento que sabía gracias a él, y, fingiendo indiferencia por su presencia, se mantuvo relatándole al niño la historia de *los músicos de Bremen* mientras le tendía al agente las cartillas de identidad. El agente, un

hombre serio y mayor, las examinó detenidamente. Luego observó unos instantes a la chica. Ella dormía plácidamente apoyada en la ventana. Luego pasó a escrutar al demacrado y delgado rostro del suizo, se las devolvió no sin antes fijarse en sus ojos grises, centellantes como la plata, y rodeados de leves ojeras violáceas, posible fruto del estrés e insomnio. Aquella mirada cansada, además de su delgadez y el cabello ligeramente despeinado y crecido hasta la mitad de su cuello, bastaron para confirmarle que aquel joven de aspecto un tanto bohemio, no compartía ningún rasgo, a excepción de los ojos, con el distinguido del teniente Kießling.

—Gracias, *Herr* Fieseler. Buen viaje —dijo antes de salir del compartimento.

Minutos después, cuando el tren reanudó su marcha, Friedrich y Adella resoplaron.

—Esto no le conviene a mis nervios —protestó él, sacándose del bolsillo su preciada cajetilla de plata.

Sin cavilaciones, comenzó a fumar, disminuyendo así su ansiedad. Adella, todavía agitada por la breve inspección, comenzó a temblar. Habían tenido suerte pero ¿por cuánto tiempo más? Ante la intensa incertidumbre, sintió convulsionarse. Friedrich, consciente, apagó el cigarro y se apresuró a sentarse a su lado. Tomándola de la mano, trató de tranquilizarla.

—Estamos en la mitad del camino. Ten fe, Della, no la pierdas. Todo saldrá de acuerdo con nuestro plan.

Adella tomó una bocanada de aire, volviendo a sentir su cuerpo contraerse. Contuvo la respiración pero empezó a fatigarse, a llorar a causa del esfuerzo. Friedrich la abrazó cuidadosamente, acostándola sobre su regazo. Ella se dejó hacer y, al cabo de un rato, comenzó a relajarse gracias a las caricias que Friedrich le otorgaba.

El reloj marcó las nueve de la noche cuando el convoy se internó en un laberinto de entrecruzadas vías minutos antes de llegar a la Estación Central de Frankfurt. Adella, que durante la última hora había alternado admirar a Friedrich y Konradin dormir abrazados a la par que al nevado paisaje que enmarcaba la ventana, se incorporó de su asiento para despertarles. Friedrich, un tanto desorientado los primeros segundos, espabiló en cuanto sintió los motores del convoy apagarse. Cargando al crío en un brazo y al macuto en el otro, salió del compartimento después de que Adella lo hiciera.

Apenas nevaba cuando salieron de la estación, pero el viento era glacial a

medida que la noche avanzaba. Friedrich miró a su alrededor. Todo estaba a oscuras. Al igual que sucedía en cualquier ciudad alemana a determinada hora, en Frankfurt se cumplía febrilmente el decreto *Verdunkelung*, la medida de protección ante bombardeos enemigos en la que quedaba prohibido cualquier tipo de iluminación al caer la noche, a excepción de las tenues linternas permitidas a los viandantes. Friedrich encendió la suya y vislumbró a una pareja sentada en un banco cercano. Decidido, se dirigió a ellos y, poniendo en práctica su nuevo acento, les preguntó por algún hostel donde resguardarse. Guiándose por las calles, la pareja y el niño llegaron a la plaza de la Kaiserstraße. Poco después de golpear la puerta de la casa número 11, una señora mayor emergió tras ella y, habiendo analizado a los que serían sus huéspedes, les cedió el paso. Cobrándoles por adelantado, guió a aquella familia suiza hasta el primer piso del hostel donde, deteniéndose frente a la puerta 7, introdujo una pequeña llave en la cerradura oxidada. Nada más abrirse la puerta, la señora se la entregó a Friedrich y les deseó que pasasen una buena noche. Desafortunadamente, a Adella le costó conciliar el sueño. A pesar de tener los ojos cerrados, la joven seguía despierta, tratando de respirar a un ritmo normal. Se mordió los labios, reprimiendo un quejido, y condujo sus manos como instinto al vientre henchido. Acalorada conforme estaba, se levantó despacio y se dirigió al pequeño lavabo de aquel cuarto. Humedeciéndose la cara con agua fría, sintió su sofoco disminuir. Poco rato después, regresó a la cama donde Friedrich y Konradin seguían dormidos, completamente tranquilos. Y solo con aquella bendita estampa, Adella, más tranquila, pudo al fin cerrar los ojos y quedarse dormida.

Capítulo 35

El auge de la tormenta despertó a Adella con un ensordecedor trueno. Asustada, comenzó a sentir frío. Vislumbró una franja de luz bajo las cortinas e intuyó que debía estar amaneciendo. Se incorporó con lentitud y descubrió la ausencia de Friedrich. ¿Dónde estaba? Un tanto alerta, Adella se levantó y se acercó a la ventana. Desplegó las cortinas amarillentas y miró hacia la plaza. Llovía a cántaros y pocos autos circulaban, al igual que pocos transeúntes a aquellas horas. Con la vista clavada en los relámpagos que a cada tanto iluminaban la metrópoli, no escuchó el momento en el que alguien giraba la llave.

—¡Della!

La voz amada irrumpió sus pensamientos. Sobresaltada, Adella se volvió. Ahí estaba él, empapado, irresistible, con la ropa ceñida al cuerpo y la sonrisa de oreja a oreja. Traía buenas noticias. Dirigió la mano al bolsillo de su gabardina y sacó tres billetes.

—Friburgo —dijo tendiéndoselos.

Asombrada por el poco tiempo que había necesitado para conseguirlos, los observó detenidamente.

—El tren sale esta noche a las tres. Llegaremos a Friburgo sobre las seis de la mañana.

Al caer la noche, la pareja comenzó a prepararse para la partida. A las dos y cuarto de la madrugada, abandonaron el hostel y recorrieron la calle solitaria, apreciando en ella un viento fantasmagórico helándoles la espalda. Afortunadamente la estación no quedaba lejos y el aguacero se desató cuando ya estaban del tren, el cual, por fortuna, no fue registrado por la policía.

Al amanecer, maravillándose del azul añil del cielo, se sonrieron al oír unos altavoces anunciando la entrada del convoy a uno de los andenes de la Estación Central de Friburgo. Friedrich se levantó rápidamente. Adella trató de imitarle pero un fuerte mareo la hizo tambalearse hasta hacerla caer sobre el asiento mullido. Friedrich, alarmado, se sentó un momento junto a ella, advirtiéndole en ella un aspecto macilento. Automáticamente, colocó su mano

izquierda en la sudorosa frente de ella y descubrió horrorizado la presencia de la fiebre. Automáticamente, rebuscó en su macuto los fármacos.

—No tenemos muchas medicinas, Fritz. Ahorrémoslas para cuando sean realmente necesarias —dijo ella volviéndose a incorporar.

Friedrich la miró con desaprobación.

—Pero ¿tú te estás viendo? Apenas puedes sostenerte en pie —recriminó.

Adella hizo un gesto de fastidio y se levantó desgarbadamente para agarrar su maleta y abrir el compartimento. Friedrich la observó con el ceño fruncido, y antes de salir del compartimento, se llevó la mano al bolsillo de su abrigo. Extrajo un sobre y contó el dinero. Comenzaba a escasear. Sin decirle nada, Friedrich mantuvo el porte sereno. Tras cargar nuevamente a Konradin en un brazo y en el otro su macuto, salió del compartimento. Friedrich la veía caminar. Adella hacía un sobresfuerzo por mantenerse erguida, pero al bajar del tren y a medida que caminaba por la estación, comenzó a ralentizar sus pasos. El fuerte dolor de cabeza la depauperó y la fatiga se acrecentó. Una arcada. Adella la contuvo. Se detuvo. Miró con arrobo a Friedrich. Este, agitó ligeramente al niño en sus brazos hasta despertarlo y cuando así lo hizo, lo depositó en el suelo para que caminase solo. Konradin, somnoliento y cansado, miró a Friedrich y, agarrándose al asa de la maleta que acababa de quitarle a Adella, caminó junto a él.

—Estamos a setenta kilómetros de Basilea, ¿sabes lo que eso significa? Hemos recorrido más de la mitad del camino. Resiste un poco más, lo estamos consiguiendo —la animó.

Adella esbozó una media sonrisa y, tratando de soportar su malestar, trató de caminar erguida cuando dio un traspie. Friedrich la sujetó al acto, y, sin soltarla, la guió hasta la salida. Una vez fuera de la estación, Adella arqueó involuntariamente su espalda al sentir el punzante dolor que la consumía. Friedrich miró hacia la izquierda, luego hacia la derecha. Comenzó a inquietarse. Temía por ella. Con cuidado, la sujetó por los hombros y la sentó en un escalón. Se sentó a su lado, y, limpiándole el sudor de la frente, la acarició mientras pensaba algún remedio para aliviarla. Deslizó el macuto por su hombro y, abriéndolo, buscó los fármacos. Adella trató de impedirse lo nuevamente.

—Estoy bien. Solo necesito descansar.

—Deja de decir que estás bien. Estás temblando y tienes fiebre —exclamó él perdiendo la paciencia.

Completamente conturbado, Friedrich no se percató del momento exacto en el que un viandante se acercó a ellos. Cuando detectó unas botas raídas en su campo de visión, se alzó a la defensiva como acto reflejo y descubrió a un hombre bajo de vestimenta sencilla pero gomosa.

—Disculpen mi intromisión, pero no he podido evitar fijarme en ustedes —dijo con un deje demasiado marcado, muy sureño.

Friedrich escrutó al hombre. Era de mediana edad, bajo, un tanto rollizo, con poco pelo moreno, y unos grandes y vivarachos ojos oscuros. En absoluto respondía al típico arquetipo nórdico. Dedujo que debía tratarse de un extranjero.

—¿Quién es usted? —preguntó desconfiado.

—Me llamo Manuel y soy español, pero vivo en Alemania desde hace algunos años. Mi mujer y yo tenemos una granja en Schallstadt y solemos venir a Friburgo para vender nuestros productos —se presentó sin perder la sonrisa.

Pese al dolor, Adella consiguió levantarse con la ayuda de Friedrich. Miró a Manuel con curiosidad y le devolvió la sonrisa.

—No quisiera molestarla, *Fräulein*, tan solo ayudarla. He visto que está embarazada y parece que no se encuentra bien. Mi mujer es enfermera.

Nada más saberlo, Friedrich, desesperado, se apresuró a pedirle ayuda.

—¿Podríamos verla? Mi mujer sale de cuentas en unos días.

—Por supuesto. Es más, si precisan un lugar donde pasar la noche, pueden quedarse en mi granja —se ofreció.

Friedrich se extrañó a ante la hospitalidad del español. ¿A caso sería cierto lo que se decía de ellos, que su sangre latina les otorgaba un carácter cálido y servicial? Friedrich no pudo evitar asombrarse cuando Manuel le tendió la mano. Antes de estrechársela, Adella se adelantó y aceptó su ayuda.

—Muchas gracias, señor...

—Llámeme Manuel, por favor, y el gusto es mío, *Fräulein*...

—Holdine, me llamo Holdine, y él es mi marido Wilhelm, y nuestro hijo Konrad.

Manuel hizo un cordial asentimiento de cabeza cuando Friedrich le estrechó la mano. Luego, miró con cariño al niño. Se compadeció de la desgracia que le había tocado vivir en sus años más tiernos. Apiadándose de la familia al completo, se propuso a protegerla.

Schallstadt se encontraba a diez kilómetros de Friburgo. El trayecto hasta

allí no fue largo y Adella lo agradeció. Habiendo atravesado desérticas carreteras y largas callejuelas, Manuel se introdujo en un estrecho sendero de secano que desembocaba en un solitario caserío cuya empedrada fachada gris y tejado naranja, lo convertían en una estancia acogedora. Nada más descender de la furgoneta, Manuel guió a sus huéspedes al interior del caserón. La destartalada vivienda, pese a su amplitud, denotaba ser un humilde hogar. La mayoría de los arcaicos muebles de caoba lucían ajados y carcomidos al igual que las deterioradas paredes agrietadas. Aun así, la vivienda desprendía calidez, tal vez por las llamaradas en la chimenea o el olor a canela y a madera. Adella miró fascinada a su alrededor. Al cabo de unos segundos, y tras haber exclamado algo en español, totalmente incomprensible a los oídos de la pareja, se apreciaron unos acelerados pasos bajar por la escalera. Frente a ellos apareció una asombrada mujer rubia mirando con temor a los forasteros. Se trataba de Agnes, la mujer de Manuel, graciosamente más alta que él. Lo más característico en ella era su generoso busto, sus ojos azules, reflejando serenidad, y su preciosa sonrisa blanca pese a la carencia de un colmillo.

Cuando Agnes vio a Adella no necesitó ninguna explicación por parte de su marido acerca de porqué había decidido acogerles. De inmediato, acomodó a la joven en una habitación. Una vez asentada, Agnes le tomó la tensión. Demasiado alta, por lo que, le facilitó unas pastillas y la obligó a tumbarse en la cama. Un tanto cohibida, Adella obedeció. Agnes comenzó a preguntarle acerca de sus malestares, y cuando supo la enfermedad que padecía, abrió mucho los ojos. Miró de reojo al apuesto joven apoyado en la pared que las miraba en silencio. Aquel hombre tenía la misma expresión de miedo que ella.

—Os aconsejo que no os marchéis hasta que nazca el bebé —sugirió Agnes una vez se hubo dormido Adella.

Friedrich, que habitaba en el salón, fumándose su cigarrillo de la medianoche, se volvió hacia ella y le agradeció la atención.

—Gracias por su hospitalidad —dijo forzando el acento suizo. Agnes sonrió a medias.

—Mi marido me ha comentado que ustedes son suizos y que habían venido a Alemania para visitar a unos familiares.

—Así es.

—Va a ser un parto difícil —comentó ella cambiando de tema. Friedrich, dando una última calada, apagó el cigarrillo.

—Solo deseo que nada malo ocurra.

—Muchas mujeres hubieran abortado con su enfermedad, pero ella ha persistido y la ha soportado hasta el final. Es una chica fuerte.

Friedrich sonrió levemente.

—Haré todo cuanto esté en mi mano por ayudarla —aseveró Agnes.

—Se lo agradezco.

—Y yo le agradezco su confianza, no debe ser fácil confiar en estos tiempos —dijo con segundas.

Friedrich entrecerró los ojos. Agnes sonreía con el destello propio de latentes lágrimas en los ojos. Parecía conmovida. Se dispuso a preguntarle porqué era tan sensible y entregada con unos desconocidos como ellos cuando Manuel irrumpió en la estancia. El español traía consigo dos copas y una botella de brandy para compartir con él. Agnes aprovechó aquel momento para ir a ver a Adella.

Tras una breve y amena velada de tragos y confesiones, Manuel vio en Friedrich un perfecto confidente y le contó la razón por la que residía en Alemania. Oriundo de Málaga, se vio en la obligación de exiliarse de España debido a la dictadura. Sin embargo, y a pesar de añorar su tierra natal, vivía feliz con Agnes en Alemania.

—Si me hubiera quedado en España, me hubieran fusilado por republicano... —dijo un tanto ebrio, alternando su idioma con el alemán.

Friedrich le miró conmovido. Manuel, pese a querer mantener siempre el buen humor, delataba en su mirada un alma triste y cansada.

—Gracias por ayudarnos, *Herr* Manuel. Ha sido un placer conocerle —dijo Friedrich tras su último trago, hablando con lentitud para que Manuel pudiera entenderle.

—El gusto ha sido mío. Usted y su mujer son jóvenes, están comenzando a vivir, por no hablar de la criatura que está por nacer.

Friedrich se despidió deseándole las buenas noches y regresó junto a Adella. Ella y el crío ya dormían plácidamente. Sin perder la sonrisa por el placer que suponía verla tranquila, Friedrich se tumbó despacio en la cama, cuidándose de no emitir ninguna clase de ruido para no despertarlos. Una vez acomodado, admiró a Adella desde cerca y sintió una inmensa felicidad.

Capítulo 36

El último día del aciago año de 1942 se presentó nublado, triste y apagado. Los pájaros habían dejado de cantar al igual que el gallo de la granja sobre el tejado. Tan solo el cacareo de las gallinas y el balido de las ovejas clamando por comida era lo único que anunciaba la rutina de un nuevo monótono día. Sin embargo, aquel jueves, las cosas cambiaron. Embarazada de ocho meses, Adella despertó bruscamente al sentir el dolor más intenso que en su vida había padecido. Angustiada, se removió en la cama con la mala fortuna de caer al suelo. Tras el estrépito, tanto Friedrich como Konradin se despertaron. El niño al ver a su madre retorciéndose de dolor en el suelo, se asustó y, al igual que Friedrich, saltó de la cama para ayudarla. Segundos después, apareció Agnes envuelta en una bata de lino lila. A juzgar por sus ojeras, parecía no haber dormido en toda la noche. Cuando vio a Adella no dudó en abalanzarse prácticamente sobre ella y, con la ayuda de Friedrich, la tumbó en la cama. Adella temblaba y gemía a la par que tosía y se retorcía. Agnes llevó su mano a la frente y confirmó sus sospechas. La joven tenía demasiada fiebre. Consciente de que Adella podía estresarse más, le pidió a Friedrich que se retirase con el niño. Una vez a solas, la enfermera la analizó detenidamente. El golpe parecía no haber dañado al feto, pero su salud empeoraba por momentos y, al cabo de unos minutos, la joven perdió el conocimiento y no lo recuperó hasta poco después de la caída del crepúsculo.

Friedrich, sentado en la cama, le sujetaba la mano. De vez en cuando le susurraba un «*te quiero* » o un «*te adoro*» al oído mientras le acariciaba y besaba las manos. Cuando Adella despertó se sintió aturdida. Agnes estaba en compañía de desconocida mujer de bata blanca que le colocaba paños mojados sobre todo el cuerpo. La fiebre había cedido a diferencia de los escalofríos. Adella volvió a sentir una violenta puñalada clavársele en el vientre. Inmovilizada por el dolor, trató de disimularlo dedicándole una sonrisa a Friedrich. Él seguía a su lado, arropándola entre sus brazos. Ambos se miraron con cariño, y a punto estuvieron de besarse cuando una nueva y fuerte contracción, seguida de un grito desgarrador, la obligó a apartarse. De

manera involuntaria, Adella se revolvió en los brazos de Friedrich al sentir un torrente de agua ardiente correrle por las piernas. Agnes y la mujer de la bata blanca reaccionaron de inmediato. Separaron a la pareja. Friedrich, dispuesto a colaborar, cedió cuando Agnes le hizo salir de la habitación. Adella se estremeció al verle marchar. ¿Qué estaba pasando? Ni siquiera habían pasado cinco minutos cuando se sentía volar en un cielo azul y ahora se veía desterrada de su propio paraíso para caer en un oscuro abismo. El dolor se intensificó y Adella rompió a llorar. Agnes la sujetó por los brazos y la recostó sobre la cama intentando calmarla.

—El bebé está en camino y nosotras estaremos contigo.

—No temas, Holdine, estás en buenas manos. Soy la doctora Schäfer, soy amiga de Agnes, y nos ocuparemos de que el parto sea un éxito —se presentó la mujer de la bata blanca.

Adella asintió con esfuerzo y tras una nueva contracción, volvió a gritar despavoridamente. Afuera, en el pasillo, aguardaban Manuel, Konradin y Friedrich. Este último con la vista clavada al frente, en la puerta, en su pomo y la madera. No se le escapó detalle alguno de aquella pieza. No podía dejar de mirarla como tampoco podía dejar de odiarla por ser la barrera que le separaba de ella. Manuel, sin saber bien qué decirle, se limitó a palmearle la espalda y a ofrecerle tabaco e incluso un trago del mejor vino de la hacienda, pero Friedrich rechazó el ofrecimiento. Manuel, sintiéndose apurado, decidió llevarse al niño a fin de que al menos este no oyera los gritos. Le preparó la cena y le dejó escuchar música en la radio. Horas después, cuando ya no había forma de distraerle, regresó con el niño al rellano donde al final de las escaleras se hallaba la inmóvil figura de Friedrich frente a la puerta. La noche había caído, las horas habían transcurrido y nada nuevo había ocurrido. Sino todo lo contrario. Los gritos y lamentos de Adella persistían. Konradin, al oírla nuevamente llorar, se asustó. No sabía qué era lo que estaba ocurriendo. Entonces, Friedrich se volteó a mirarle y, tratando de no derrumbarse, se hizo cargo de él. Manuel sonrió compasivo y se ocupó de acomodarles en otro habitáculo. Transcurrido un rato, Konradin se distraía dibujando en un pequeño cuaderno que Manuel le había dado. Friedrich, en silencio, le miraba sonriente al descubrir que Konradin compartía la misma característica que él al ser zurdo.

—¿Por qué llora mamá? —preguntó Konradin.

—Porque tiene muchas ganas de que nazca el bebé —respondió Friedrich tumbándose en la cama.

—¿Y cuándo va a nacer?

—Mañana.

—¿Y falta mucho para mañana?

—Un poco.

—¿Cuánto es un poco?

—Cuando cierres los ojos, te duermas, y luego despiertes —contestó Friedrich en un intento por no perder la paciencia.

Konradin le miró indeciso. No sabía cómo interpretar sus palabras, pero como Friedrich era mayor, supuso que tendría la razón.

—Cuando nazca el bebé, ¿podremos ir a buscar a Laska? —preguntó de repente. Friedrich esbozó una nostálgica sonrisa al recordarla.

—Laska vive en una casa muy grande y es feliz allí.

—Pero mamá dijo que un señor cuidaría de ella hasta que el bebé naciera, y luego volvería con nosotros —protestó Konradin, dejando de dibujar.

—Bueno, el bebé todavía no ha nacido. Por cierto, no me has dicho qué te gustaría que fuera, ¿un niño o una niña? —preguntó desviando su atención hacia otro tema.

—¡Un niño! —se decidió al acto.

Friedrich valoró la respuesta. Hasta aquel momento no había pensado detenidamente en el sexo del bebé, y, por un momento, también deseó que fuese un varón. No obstante, la idea de tener a una pequeña Adellita en brazos no le desagradó. Resopló. Acunó a Konradin en cuanto este comenzó a sentir sueño y, pese a tener ganas de llorar, retuvo el impulso, tratando de mantenerse lo más sereno posible para no agitar al pequeño. Al cabo de unos minutos, y para su alivio, Konradin se quedó dormido.

Pese al analgésico inyectado, Adella sintió sus entrañas desgarrarse. El dolor era desconcertante. Cerró los puños y estiró la sábana, cada vez más ensangrentada, que la cubría. Otra contracción. Volvió a empujar, a luchar, poniendo todas sus fuerzas por llevar a cabo aquel esfuerzo sobrehumano. Había dejado de gritar, pero no podía parar de llorar. Su cuerpo entero se retorció y aquella horrible sensación era una letal agonía para las pocas fuerzas que le quedaban. Con la visión completamente borrosa y cada vez más

ennegrecida, Adella trató de controlar la respiración, de concentrarse por seguir empujando hasta el final. Sin embargo, algo salió mal. Dejándose absorber por su propio abismo de malestar, le escuchó decir a la doctora que la placenta se desprendía, que el bebé se moría. Asustada, Adella trató de no perder la conciencia, de cobrar nuevamente sus fuerzas. Entonces, ocurrió algo extraordinario. Se trataba de la esencia de la más rotunda fortaleza; la esperanza. Adella jamás la perdió. Aquel bebé, fruto de un amor consumado en tiempos de odio, guerra y miseria, debía nacer, debía vivir, debía ser el milagro que destronase a la incongruencia del hombre. Abrió los ojos con brusquedad y volvió a empujar, a aguantar, a sangrar. El bebé debía nacer, debía salvarse. Tras profirió un último alarido, Adella sintió un enorme peso abandonar su cuerpo. Pestañeó varias veces, sintiendo un profundo alivio. Su respiración no tardó en estabilizarse. Entrecerró los ojos mirando a su alrededor y visualizó a doctora Schäfer acunando un pequeño bulto ensangrentado. Segundos después, un potente llanto inundó la estancia. Adella, orgullosa, derramó incontables lágrimas de felicidad. Apenas podía ver con claridad, pero podía escuchar mejor que nadie y sabía que el bebé estaba vivo. ¡Lo había conseguido!

—¡Enhorabuena, Holdine! Es una niña preciosa, morenita como tú — anunció Agnes.

Y tras unos momentos de ovación por parte de las comadronas, Agnes se ocupó de lavar a la criatura, mientras que la doctora Schäfer se ocupó de atender a Adella. La joven madre se relajó. Respiró hondo y siguió llorando de alegría. Una niña. Su niña. ¡La niña de Friedrich! ¿Qué diría él cuando la viera?

Cuando Agnes se acercó a la cama con la niña en brazos, por fin limpia y cubierta en paños, Adella, todavía con lágrimas en los ojos, se incorporó para recibir a su hija. Nada más tenerla en sus brazos, parpadeó varias veces a fin de conseguir que su visión cobrase nitidez. Por lo que pudo ver, la niña le pareció preciosa. Tenía una suave matita de cabello negro cubriéndole medio cráneo y unos ojos grises que ya miraban con fiereza al mundo, tal cual como los de su padre.

—Friederike... —susurró acunándola, poco antes de dejarse vencer por el cansancio.

A las cinco menos cuarto de la madrugada del primer día del año 1943,

Friedrich se despertó exaltado, completamente emocionado. Pese a haber sufrido una noche de pesadillas, sabía que aquello no había sido una ilusión, ningún sueño o alucinación. Realmente un bebé había llorado. ¡Su bebé le había despertado! Adella lo había logrado.

Se levantó rápidamente de la cama y salió precipitado al pasillo. Acrecentando más su sonrisa, subió a trompicones los escalones. Sin embargo, toda su alegría desapareció en cuanto divisó a Manuel y Agnes con la expresión seria, teñida de conmoción y tristeza. Por un momento fue incapaz de descifrar qué habría ocurrido. Fue entonces cuando, curioso, se volvió hacia la puerta entreabierta del dormitorio y descubrió parte del lecho ensangrentado. Antes de entrar, Agnes se acercó a él y, colocándole una mano en el hombro, le comentó que Adella había perdido mucha sangre. Con el corazón temblándole, Friedrich dejó de escucharla y empujó sutilmente la puerta y vio a su amada inmóvil sobre la cama. Temeroso, se acercó y comprobó horrorizado como la cara angelical de Adella lucía inexpresiva, marchita. En un primer momento, sintiendo un profundo dolor en toda su alma, fue incapaz de reaccionar. Tan solo se limitó a arrodillarse a su lado para acariciar su cuerpo helado. Entonces, palpando esa piel gélida y blanca, centenares de lágrimas comenzaron a acumularse en sus ojos plata. De repente, oyó al bebé gimotear. Asombrado, Friedrich se volvió hacia la doctora Schäfer. No se había dado cuenta de su presencia hasta aquel instante y, con las piernas temblándole por la conmoción, se levantó. La doctora, a diferencia de Agnes, se mantenía sonriente mientras le mostraba a la niña. Completamente anonadado, Friedrich la tomó entre sus brazos, y observándola con gran curiosidad, descubrió que criatura había heredado sus ojos grises. Sin lugar a duda, Friederike era el regalo más preciado que Adella podía darle. Sonrió con dolor al saber que el nombre escogido para su hija había sido la versión femenina del suyo. Aquel había sido un detalle maravilloso. Conmocionado por las sensaciones de felicidad y tristeza que sentía, Friedrich rompió a llorar. Friederike, un tanto adormecida, se revolvió en sus brazos y no tardó en imitar a su padre. Ambos lloraron sin aparente consuelo cuando, de repente, comprendieron que no estaban solos. Se tenían el uno al otro.

Capítulo 37

Domingo, 10 de enero de 1943.

Los rayos del sol emergiendo por el horizonte revelaron aquel día como uno prometedor. Friedrich se sentía pletórico. Creía en la suerte más que nunca, en la felicidad y esperanza como medios de lograr un sueño, y aquel domingo era el día de lograrlo.

Nada más oír a su hija reír ante las carantoñas de Konradin, se volteó hacia su familia y allí estaba ella, luciendo más hermosa que nunca. Friedrich se acercó a Adella y, aprovechando un descuido de los pequeños, la besó febrilmente en los labios, fue un leve contacto, pero lo suficientemente alentador para dar inicio a su nueva vida. Interrumpiendo la magia del momento, Manuel llamó a la puerta. El español traía buenas noticias. Tras un pequeño percance con la furgoneta, el motor había sido reparado y ya estaba preparado para la partida. Friedrich miró como Adella tomaba en brazos a la pequeña Fritzi, y se colocaba junto a él.

—Muchas gracias por todo, sin usted y su marido, no lo hubiera conseguido —dijo Adella al despedirse de Agnes.

—Sois extraordinarios. Friedrich y Adella, un hombre y una mujer, sin etiquetas ni barreras. Ojalá el mundo vea que pese al odio y los prejuicios, la fuerza del amor prevalecerá, dándoos la libertad —dijo sorprendiéndoles.

—No temáis, no os delataremos —prometió Manuel.

—¿Cómo lo supieron? —preguntó Friedrich.

—Manuel os reconoció, por eso os trajo aquí, para ayudaros. No obstante, tienes un pésimo acento suizo, y Friederike es un nombre muy honorífico —comentó Agnes sin dejar de sonreír.

Friedrich y Adella también sonrieron, con ojos vidriosos, reflejando una gratitud eterna por el trato brindado. Tras un sincero abrazo, Agnes les entregó una cesta con manzanas, pan y mermelada para que calmasen su apetito durante el resto del viaje. Fue un detalle muy considerado.

La granja fue haciéndose más pequeña a medida que la furgoneta se alejaba y, antes de lo que esperaban, las tejas anaranjadas de la modesta granja desaparecieron en el horizonte.

Durante el trayecto a Basilea, y por petición de Adella, Manuel trató de enseñarle conocimientos básicos de español mientras que Friedrich, disfrutando del paisaje, acunaba a Fritz. Sintiendo afortunado, recordó el momento en el que, habiéndolo dado todo por perdido, el destino le había dado una nueva oportunidad.

Fueron instantes que parecieron eternidades. Yo lloré. Lloré creyendo que no habría consuelo para el insufrible dolor que estaba sintiendo. Pero entonces, la vi a ella, tan pequeña, tan blanquita... En cuanto la tuve en brazos, hallé sentimientos encontrados, confusos, pero, sorprendentemente reconfortantes. Aquella niña representaba la unión y la victoria contra el odio y la rabia. Ella era la prueba irrefutable de que el amor y la esperanza eran posibles. No estaba solo. La tenía a ella. Friederike...

Entonces la voz de terciopelo, llamándome por mi nombre, con una dulzura imposible de igualar, me sobresaltó. Adella no me había dejado. ¡Había despertado! ¡Vivía y seguía a mi lado! No comprendí lo que estaba pasando. Entonces, la doctora Schäfer y Agnes me lo contaron. Yo ni siquiera las había escuchado. Estaba tan centrado en Adella que no quise hacerlo... Pero ahí estaba. La verdad. Adella no había muerto. Su gran esfuerzo por traer a nuestra hija al mundo la había extenuado, llevándola al desvanecimiento.

Me reí y lloré al mismo tiempo junto a ellas. Los amores más grandes de mi vida.

El viaje duró una hora y media. Manuel, ingenioso a la hora de proteger a sus refugiados, había estudiado el itinerario más discreto y carente de controles. No obstante, sabía que el problema les aguardaría al llegar a la frontera, donde no podrían atravesarla sin que los soldados les retuvieran. Una vez cerca de la zona, Manuel concluyó la breve lección de español que había comenzado a enseñarle a Adella para que esta despertase a Friedrich. Ya se veía en la lejanía, tras pasando la garita de control, las montañas suizas. Adella, temerosa y emocionada, sintió su corazón latir en la garganta. Se avecinaba el momento más tenso del plan. También visiblemente agitado,

Friedrich sintió una minúscula gota de sudor deslizarse sobre su frente. Se limpió automáticamente y, entregándole la niña a Adella, le pidió a Manuel que retomase la marcha. De manera ágil, Friedrich saltó hacia delante, colocándose en el asiento del copiloto, y aguardó el momento en el que uno de los soldados alzaba el brazo para que se detuviera el coche. Friedrich respiró hondo, le dedicó una última y cómplice mirada a Adella y bajó la ventanilla. Miró de arriba abajo al soldado. Este, solemne les exigió su documentación y el permiso de conducción de Manuel. Adella, sentada atrás con sus hijos, contuvo la respiración cuando el soldado levantaba la mirada para escrutarla. Adella pestañeó, e incluso sonrió, queriendo mostrar la máxima tranquilidad posible. El soldado la miró fijamente, reconociéndose a sí mismo lo bella que era aquella mujer que le sonreía. Se apenó al saberla casada. Finalmente, tras unos minutos, el soldado le devolvió a Friedrich las cartillas y se retiró para concederles el paso. Manuel pisó con fuerza el acelerador y la furgoneta se introdujo por nuevos senderos, mucho más verdes y sanos, evidenciando la ausencia de la guerra. Estaban en Suiza. Un aire fresco con aroma a campo, golpeó los rostros de Friedrich y Adella. ¡Eran libres! Un país devastado quedaba tras ellos. Ambos jóvenes tomaron una profunda bocanada de aire y disfrutaron aquella indescriptible pero real sensación de paz y serenidad de quien se sabe vencedor.

Minutos después, la Barfüsserplatz, una de las plazas más elegantes del casco antiguo de la ciudad, quedó frente a ellos. Friedrich la miró asombrado. Aquella plaza contaba con numerosos rieles de tranvía y acogedoras cafeterías. Lo mejor era la calma que se respiraba por doquier, algo insólito para él, quien, acostumbrado al ritmo de la guerra, la paz de Basilea le asombraba. Por indicación de Adella, Manuel detuvo la furgoneta frente a una parada de tranvía. Friedrich y Adella le agradecieron todo cuanto había hecho por ellos, y Manuel, tan cercano como de costumbre, les abrazó, deseándoles la mejor de las suertes.

Adella miró un tanto apenada como la furgoneta se alejaba. Friedrich, a su lado, también miró fijamente al horizonte. Respiraron aliviados. No podían ser más felices. Una vez solos, Adella giró sobre sí, admirando y reconociendo aquellas largas callejuelas compuestas de sofisticados edificios de ladrillos y madera. Decantándose por una avenida y, tomando a Friedrich de la mano, caminó a paso seguro. Friedrich, sorprendido, se dejó perder por aquellas calles repletas de vehículos, tranvías y bicicletas, y a

medida que se adentraban por la Falknerstraße, comprobaba anonadado como los negocios suizos parecían ser sinónimos de prosperidad. Basilea no tenía punto de comparación con Hamburgo, ni mucho menos con Berlín. Aquella tierra se presentaba como productiva y buena. Friedrich sintió enamorarse de ella. Permaneció absorto en sus pensamientos cuando, de repente, vio a Adella detenerse frente al número 4, una casa con una inmensa puerta y numerosas ventanas de madera.

—Es aquí... —anunció visiblemente nerviosa. Friedrich se acercó a su oído y le dijo:

—¿Y a qué esperas? —la animó.

Adella, emocionada, se volteó hacia él. Depositó con cuidado a Fritzi en sus brazos y respiró hondo. Todavía no asimilaba dónde estaba. Había pasado demasiado tiempo desde la última vez que había visto aquella casa blanca. Abrió la portezuela con cuidado y se adentró en aquel jardín bien cuidado y floreado. Se acercó al porche. Friedrich, siguiéndola detrás, miró con curiosidad los rosales recién regados, las margaritas recién plantadas y el césped recién cortado.

—Buenos días, ¿les puedo ayudar en algo? —preguntó alguien.

Adella, sorprendida, buscó la procedencia de la voz y encontró a un hombre de cabello anaranjado como el sol del ocaso, ojos castaños, y ataviado en una indumentaria de trabajo. A juzgar por su peto verde, algo envejecido y embarrado, intuyó que debía tratarse de un jardinero.

—Disculpe, ¿quién es usted? —preguntó.

—Soy Paul Weiß, trabajo para *Frau* Kinderman, ¿es usted su nieta? —respondió mientras contemplaba a la mujer morena.

El corazón de Adella latió con rapidez. Emocionada conforme estaba, asintió al acto. El jardinero le sonrió e inmediatamente depositó las tenazas que portaba en el suelo. Se dirigió hacia ellos y sacó una llave del bolsillo. Abrió la puerta de la estancia y sin cavilar entró. Sabía a la perfección de la existencia de Adella y se dirigió al salón para informarle a su patrona de lo sucedido.

Mientras esperaba, Adella comenzó a recordar su infancia en aquella casa. Aquella vivienda que la vio crecer seguía intacta, con el olor propio de la lavanda, el perfume preferido de su abuela. Posó sus ojos en la vieja escalera de madera que tenía enfrente, en la gran alfombra azul que la cubría y en la barandilla algo roída. Se oyeron pasos. Adella contuvo el aliento y miró

fijamente la puerta del salón. Reapareció Paul, solo que esta vez lo hizo acompañado por *Frau* Stein, la vecina que se comprometió a cuidar de la anciana hasta su regreso, y una distinguida señora bien vestida. Adella sonrió con miles de lágrimas en los ojos. Su abuela, agarrando el brazo de *Frau* Stein y caminando con la ayuda de un cayado, miró con curiosidad a la pareja. Por un momento permaneció confusa, luego, al reconocer aquellos ojos tan dulces y sinceros supo que aquello no era un sueño, ¡su nieta había regresado!

—¡Mi Della! —exclamó abriendo los brazos.

Adella corrió hacia ella y la abrazó con fuerza. Ambas comenzaron a llorar.

—Mi niña, mi dulce Adellita, temía que no volvieras.

—Estoy aquí, y no volveré a marcharme —gimoteó la joven.

Al separarse, la anciana analizó a su nieta, encontrándola más delgada, adulta y cansada. Luego, posó su vista en el apuesto joven que la acompañaba.

—Permíteme presentarte a Friedrich, mi prometido, y nuestros hijos; Konradin y Friederike —declaró Adella sin perder la sonrisa.

Para Doris Kinderman, enterarse de que Adella había tenido hijos fuera del matrimonio le supuso un acontecimiento un tanto polémico. Estaba convencida de que aquello no era lo correcto. Sin embargo, terminó aceptándolo por amor a su nieta, pues ella, pese a todo, ya era una mujer adulta, con la vida por delante, y se notaba que el apuesto joven que la acompañaba estaba enamorado de ella. Bastaba con fijarse en su mirada, en cómo sus ojos plata se derretían con tan solo mirarla. Además, ambos estaban prometidos y, según Adella, él era judío, hecho que bastó para que dejase a un lado sus convicciones. Friedrich no fue menos, habiéndole hecho gracia la situación, colaboró en reforzar aquella aseveración, y en numerosas ocasiones le repetía a *Frau* Kinderman que la razón por la que no había podido casarse antes con su nieta era debido a la guerra. Ante aquel lógico argumento, la anciana le creía, agradeciendo así su protección, y Friedrich, a sabiendas de que para poder casarse con Adella debía ultimar ciertos detalles, aceptó convertirse al judaísmo como también aceptó un apellido judío. Y así fue como Friedrich Kießling, aquel que en su día fue un distinguido oficial de las SS, pasó a convertirse en Friedrich Kissinger, un modesto judío suizo, originario de Basilea.

Cuando corrió la voz del regreso de la nieta de Doris Kinderman, los conocidos más cercanos de la familia no dudaron en ir visitarla. Todos recordaban a una inocente e intrépida jovencita, que, con ganas de comerse al mundo, partía a otro país a trabajar, y ahora, años después, regresaba con la madurez y experiencia sosteniéndola de las manos. Atrás había quedado aquella ingenua chiquilla. Ahora Adella tenía una familia e iba a casarse. Con respecto a los niños, la pareja se ocupó de hacer los trámites pertinentes. Decidieron que en el registro, Konradin figurase como un primo lejano de Friedrich ya que, habiendo nacido mucho antes de que ellos se conocieran, no podían simular que fuese su hijo. No obstante, fue bautizado con el apellido Kissinger.

Semanas después de haber finalizado el papeleo, Friedrich consiguió un puesto de trabajo en una fábrica de tejas. Su buena constitución física, sus ganas de trabajar y carisma le permitieron destacar entre los obreros y, en poco tiempo, fue ascendido a contable. Adella, en cambio, se ocupó del mantenimiento del hogar y la crianza de los niños.

Paul Weiß, el jardinero y confidente de *Frau* Kinderman, era austriaco de nacimiento. Antes de la guerra había estudiado medicina, pero debido a su discrepancia con el régimen fascista, huyó del país. Aquel comportamiento, de emprender una aventura e ir contra las normas, se asemejaba al de Adella, y precisamente por ello, Paul la admiraba. Veía en ella a una gran mujer. Adella, por su parte, también sentía afecto por él. Paul, de cierta manera, le recordaba a Pauline, no solo por la versión masculina del nombre o por su cabello pelirrojo, sino por sus modales, tan racionales y pacíficos. Era tan ingenioso que, a veces, le daba la sensación de que estaba demasiado adelantado para aquel tiempo.

—¿Tengo motivos para estar celoso? —preguntó Friedrich un día al volver de la fábrica.

—Los celos habitan en una relación tóxica de desconfianza, y creo que la nuestra está más que sana —contestó Adella.

A Friedrich aquella respuesta le tranquilizó y jamás volvió a mirar con antipatía a Paul, hecho que permitió que ambos fueran buenos amigos.

Un atardecer de primavera, a finales de mayo y a vísperas del verano, nada más conseguir que los pequeños se durmieran, Friedrich y Adella salieron al jardín tomados de la mano, disfrutando del viento ligeramente helado. Adella hundió su cabeza en el pecho de Friedrich y aspiró su olor a

otoño que tanto le gustaba. Él, acariciándole el cabello oscuro y sosteniéndola entre sus brazos, se sintió el hombre más feliz del mundo.

—Nunca imaginé que viviría un momento así, ni que sentiría lo que siento, ni que tendría lo que tengo.

—Mereces lo mejor, Fritz —ronroneó Adella.

—Lo mejor ya lo tengo.

Y ambos se besaron apasionadamente en los labios.

Capítulo 38

Meses después de su desaparición, el caso del teniente Friedrich Kießling y la chocolatera Adella Schulze, fue cerrado pese al gran descontento de Helmuth Weigel.

La misma mañana en la que todo se dio por perdido fue la misma en la que, convencido del paradero de los fugitivos, Helmuth contactó con la embajada Suiza y denunció a Adella Schulze, achacándola de judía usurpadora que había corrompido a un miembro de las SS, incitándole a la malversación de los propios bienes del Estado Alemán. Inmediatamente, las autoridades suizas trataron de localizar a la susodicha en cuestión, sin embargo, un inesperado descubrimiento bastó para colapsar la investigación. Resultó una verdadera sorpresa hallar en diferentes cantones a veintisiete jóvenes cuyo nombre y apellido correspondía al de la chocolatera, sin embargo, ninguna de ellas poseía un origen judío, por lo que, se dedujo al instante que aquella judía había utilizado un apellido falso para infiltrarse en Alemania. Tal vez incluso ni siquiera se llamaba Adella. Ante aquel vital dilema, las autoridades supieron que jamás podrían localizarla. Aquella judía había obrado con astucia y había conseguido burlarles... Su rastro y el de Friedrich se habían perdido definitivamente, y Helmuth, completamente crispado, se enzarzó contra Bauer, acusándole como único cómplice de la relación. Bauer fue degradado y condenado a prisión. Y no fue el único encarcelado. Tras haber mancillado el nombre de Friedrich, Helmuth descubrió al verdadero autor de la malversación de fondos. Gustav Krupp, el pérfido chófer que había tratado de optar a una vida mejor se había aprovechado de la situación. Sin embargo, Gustav Krupp no duró ni veinticuatro horas entre rejas porque se suicidó al seccionarse las venas, muriendo solo en su celda.

Al tanto de la situación, Hans Lenz deseó en muchas ocasiones poder contactar con Friedrich. Quería contarle todo lo que había vivido. Pero sabía que aquello, de momento, no podía ser. Había corrido demasiados riesgos al enfrentarse al *Spitzel* y ahora, estando en peligro, debía huir del país junto a su amada Pauline.

Capítulo 39

Diciembre de 1943.

Parecía que había sido ayer, un caluroso día del verano del 43, el más esperado por Friedrich y Adella. Ataviado en un sencillo pero elegante traje azul oscuro con corbata y gemelos plateados, Friedrich le agradeció a Paul Weiß su ayuda con la organización de su boda. La noche anterior a la ceremonia, no muy lejos de la casa de su prometida, Friedrich permaneció en el apartamento de Paul donde ambos conversaron hasta tarde. Al día siguiente, al alba, Friedrich lucía un sofisticado frac y desprendía un exquisito perfume, y con su cabello castaño bien limpio y engominado, se vio a sí mismo como un sugestivo actor de los años dorados de Hollywood.

Hacia las nueve de la mañana, con el corazón latiéndole con mucha fuerza, Friedrich miró el edificio de ladrillo rojizo frente al coche. Paul le palmeó cariñosamente el hombro y, tras haber estacionado, bromeó con que todavía no era demasiado tarde para fugarse. Friedrich sonrió y alegó que no habría otro día que más desease en su vida. Minutos después, el joven se adentraba en el Registro Civil y, nervioso, aguardó impaciente a la novia.

Al igual que él, Adella apenas había podido concebir el sueño aquella noche de verano. La ilusión, el calor y los nervios se lo habían impedido. Cuando la luz se apagó, la joven trató de dormirse pero su mente continuó despierta. Comenzó a recordar lo vivido los últimos años; La primera vez que se cruzó con aquellos ojos plateados, el primer roce de manos, el primer beso... Todo. Desde lo bueno hasta lo malo. Friedrich la había debilitado pero también fortalecido. Y tras visualizar su preciosa sonrisa, creyó cerrar los ojos durante un minuto, cuando, al abrirlos, descubrió los rayos del sol filtrándose por la ventana.

Ataviada en un vestido blanco largo hasta las rodillas, Adella vio su reflejo de novia en el espejo de su habitación. No era un vestido voluminoso, sino más bien todo lo contrario. Un modesto vestido de talle ajustado por una cinta que ensalzaba la atrayente forma de sus caderas. De pronto, se sobresaltó. Su respiración se había agitado. Katharina, su mejor amiga de infancia, le había

apretado de un tirón el nudo del lazo que envolvía su cintura. Ambas comenzaron a reírse como niñas ante la situación. De repente, unos golpecitos llamaron a la puerta. Konradin, luciendo un espléndido trajecito negro a medida para la ocasión, anunció la llegada de Paul. La hora había llegado. Después de haber dejado a Friedrich en el Registro, el jardinero de *Frau* Kinderman regresaba a por la novia.

De camino a la instauración, Adella olvidó sus nervios. No había motivo para sentirlos. Tan solo debía sentir emoción, su sueño iba a cumplirse, la suerte estaba siendo generosa. Ya no había miedos, ni rencores, ni anhelos. Nunca más volvería a esconderse y jamás volvería a contenerse.

En cuanto se reencontraron, Friedrich deslizó su mirada por la escultural figura que aquel vestido blanco dibujaba. Sonrió insinuante. La tomó de la mano y se la besó con galantería. Ella se sonrojó como si fuera la primera vez. Luego, con precisión, se adentraron en la sala entrelazando sus dedos.

La ceremonia fue discreta e íntima, tan solo *Frau* Kinderman, con sus nietos, más Paul y Katharina, como los testigos, acudieron al evento. Así lo prefirió la pareja. Una hora después quedó sellado de manera oficial que aquel caluroso día de verano, domingo, 22 de agosto de 1943, Friedrich Kissinger contraía matrimonio con Adella Kinderman. Los ojos plata se clavaron en los avellana, y tomándola suavemente por el talle, la besó con auténtica ternura.

Cuando salieron de la instauración, orgullosos y felices, el matrimonio Kissinger posó para un fotógrafo que contrataron, disfrutando plenamente de aquel momento que quedaría como eterno recuerdo en forma de instantáneas en blanco y negro. Luego pasearon juntos, solos por la ciudad, ella con su vestido y él con su frac, ambos sublimes.

Hacia el mediodía, regresaron a la casa de Adella. Nada más oírlos llegar, *Frau* Kinderman les condujo al jardín donde una mesa repleta de dulces típicos de Suiza, les aguardaba. Y fue allí donde entre rosales, lavanda, y en compañía de sus seres más queridos, Friedrich y Adella festejaron su día.

Al anochecer, cuando todos se hubieron retirado y los niños se durmieron, el matrimonio caminó en silencio por el jardín, bajo la luna radiante y las estrellas despampanantes. La noche era hermosa, y aprovechando el escenario que tenían, Friedrich llevó su mano a la espalda de ella y la invitó a bailar. Tras varios minutos, ella cerró los ojos y, apoyándose en su pecho, disfrutó oyendo los latidos del corazón de Friedrich. Se abrazó a él y lloró en silencio.

Se sentía viva pero abatida al mismo tiempo. Aquel había sido uno de los mejores días de su vida y, aunque por fin estuviera de vuelta en casa, sana y salva, no podía evitar pensar en quiénes habían dejado atrás. Friedrich, consciente de ello, la sostuvo por los hombros y, obligándola a que le mirase, le recordó que todo había salido acorde a como tenía que salir, que tanto él y ella se habían sacrificado por estar juntos y, al final, tras haber soportado mucho dolor, odio y tensión, habían conseguido ser lo que realmente querían ser: un hombre y una mujer, sin etiquetas ni barreras. Adella sonrió. Tenía razón. Debían vivir el presente. Sin embargo, la nostalgia nunca llegó a desaparecer.

Días después del casamiento, se difundió la noticia de que una serie de terribles bombardeos había devastado la ciudad de Hamburgo. Angustiada, Adella se mantuvo absorta pensando en *Herr Kesler*, *Pauline*, *Frau Lenz* y *Hans*, deseando que nada malo les hubiese ocurrido. También al tanto de la situación, Friedrich trató de ser lo más optimista posible. Insistía una y otra vez con que no se debía temer lo peor porque no se sabía con certeza lo que verdaderamente les habría podido ocurrir. Ante la lógica, Adella se tranquilizaba y, tan abrumada como se sentía, se aferraba a cualquier tipo de esperanza.

Meses después del fatídico atentado, Adella supo gracias a Friedrich, quien trataba de conocer siempre el último parte de guerra, que Hamburgo comenzaba a renacer de sus cenizas y el Eje a flaquear. La guerra no duraría mucho más.

La Navidad de 1943 resultó ser la más tranquila de las que Friedrich recordaba. Habiendo conseguido dejar de fumar, Friedrich hallaba paz y sosiego cada vez que miraba a su esposa. Esta, envuelta en un vestido rojo de pana, estaba reluciente con su recién embarazo. Cargaba en brazos a la pequeña Fritzi y bailoteaba con Konradin en el salón mientras *Frau Kinderman*, sentada en uno de los sillones, cosía peucos de lana para sus bisnietos. Cuando Fritzi lució por primera vez los peucos rosas, Friedrich se vio en la tentación de achuchar a su hija. La pequeña reía a carcajada pura y se revolvía juguetona entre sus brazos. Konradin no tardó en sumarse al ataque. Adella, apoyada en el marco de la puerta, disfrutaba viéndolos y, al final, se unía a ellos. Por fin los cuatro, tranquilos y, aunque el mundo continuase en guerra, ellos se mantenían lejos de ella. Friedrich jamás se arrepentiría de haber perdido su nacionalidad, su apellido, su estatus, sino más bien todo lo

contrario. No podía evitar sentir orgullo. Había vencido su propia batalla y había obtenido la mejor recompensa de todas; la libertad de amar sin ser juzgado. Adella le dedicó una cómplice mirada. Sin embargo, con la llegada del nuevo año, y pese a haber tratado de evitarlo, Adella perdió al bebé tras volver a sufrir los síntomas de la eclampsia. Después de la desgracia, Adella se vio envuelta en una gran tristeza. Friedrich, también afligido, decidió hacer algo extraordinario para devolverle la felicidad.

Habiendo ahorrado una buena suma de dinero gracias a su empleo en la fábrica, Friedrich diseñó un proyecto autónomo. Tras un año de asesoramientos, y siempre paciente a la hora de tomar las mejores decisiones, el plan llegó al éxito en agosto del 44. Un año después de haber contraído matrimonio con Adella, Friedrich se presentó frente a ella con un ramo de rosas rosas y un sobre de color verde. Ella lo miró sorprendida. Dejó el libro que leía sobre la mesa y, acercándose a él, tomó las rosas.

—Verde, color de la esperanza —dijo él en cuanto Adella agarró el sobre.

Al leer las primeras líneas de aquella misiva, lanzó una exclamación. Adella abrió los brazos y derrumbó a Friedrich de un empujón. Ambos cayeron al suelo, riéndose y abrazándose, entre pétalos y besos.

Capítulo 40

La paz, el fin de la contienda y el amor entre luces y tinieblas.

Suiza había sido bombardeada en alguna ocasión durante el último año de la guerra. El gobierno suizo denunció los atentados. Tras exigir una indemnización, los daños fueron subsanados, y sin embargo, el 4 de marzo de 1945, Suiza volvió a ser accidentalmente bombardeada por la aviación americana.

Ocultada bajo una mesa con sus hijos, Adella temió que Suiza tomase represalias y se prolongase la guerra, no obstante la neutralidad se mantuvo, y aunque el Estado fuera nuevamente indemnizado y los daños resarcidos, el dolor en la memoria de los civiles no aminoró. El ataque había sido devastador, pero Friedrich y Adella sobrevivieron. Desgraciadamente, *Frau Kinderman* no tuvo la misma suerte.

Tras el duro golpe, la vivienda fue restaurada aunque Adella tardó en superar lo ocurrido. Taciturna y abatida, la joven halló paz consigo misma dentro de la cocina, elaborando chocolate. Adella recordó que, pese a la desgracia, seguía siendo afortunada. Recordó aquel sobre color esperanza, su contenido, el documento que hacía realidad el sueño de Friedrich por convertirla en la propietaria de una pequeña chocolatería, similar a la de Hamburgo, y conseguir que su pasión fuese nuevamente su profesión.

Después del atentado a Basilea, ocurrió lo extraordinario, el milagro que todos deseaban; la paz, el fin de la contienda. Aquel día, 8 de mayo de 1945, una semana después del suicidio del *Führer*, Alemania firmaba su capitulación. El mundo entero celebró el desenlace de la guerra. Y decidido a emprender su propio camino y ejercer como médico, Paul Weiß, les agradeció a Adella y Friedrich todo cuanto habían hecho por él, y pletórico, pudo regresar a su tierra natal; Viena.

Aquel junio de 1945, Adella tuvo una crucial ocurrencia que desencadenó la severa trifulca. Empeñada en buscar al *Herr Kesler*, *Frau Lenz*, Pauline y

Hans, logró convencer a Friedrich para visitar Hamburgo durante unos días. Dos años después de no haber pisado suelo alemán, el joven no pudo evitar sentirse incómodo y nervioso ante el temor de ser reconocido, no obstante, y para su ventaja, él estaba muy cambiado. Su rostro, más maduro, la ligera barba y el cabello oscurecido, más sus ropas holgadas, no concedían ni por asomo aquel semblante de militar fiero, pulcro y arrogante.

Después de dejarle los niños a Katharina y volver a adoptar las identidades de Wilhelm y Holdine, la pareja llegó a un Hamburgo completamente devastado. Tras una intensa investigación, la Cruz Roja les facilitó la información que precisaban. Para Adella, enterarse de que *Herr Kesler* había sido víctima de un bombardeo, fue un golpe muy duro. ¿Pero qué había sucedido con *Frau Lenz*, Hans y Pauline? Nadie lo supo.

Completamente devastada, Adella deseó volver a Suiza cuanto antes. El paisaje carbonizado de aquella ciudad que en su día había brillado por su esplendor y modernismo la consumió de pena. Friedrich, también dolido, consiguió rápidamente los billetes de vuelta a Basilea. Sin embargo, nunca llegaron a la estación. Aquella mañana, Friedrich recordó algo. Su preciado joyero musical seguía en la morada. Decidió rescatarlo. Adella, consciente de lo que aquel objeto significaba para él, le acompañó. Durante el camino, a ambos les costó reconocer las calles. La mayoría de los edificios estaban derruidos. No obstante, Adella identificó el número 31 de la *Brüderstraße*. *Schokolade Gold* ya no existía. Tan solo las coloridas baldosas, rosas y turquesas, delataban lo que en su día hubo sido una chocolatería. Adella se sorbió la nariz. Friedrich la abrazó. Tras unos momentos en silencio, ambos se tomaron de las manos y siguieron caminando.

Para su sorpresa, la morada seguía en pie aunque agrietada y con algunas paredes derruidas. Los ojos de Friedrich se posaron en cada grieta, en cada herida de aquella casa tan odiosa y a su vez amada. Dio un paso hacia delante. Se acercó a la puerta. De un fuerte empujón consiguió abrirla. Oscuridad. Polvo. Abandono. La elegancia de aquella estancia había desaparecido. Friedrich se guió por la luz del exterior. Las baldosas de madera crujían estrepitosamente bajo sus pies. Adella, tras él, miró conmocionada a su alrededor. Demasiados recuerdos, demasiados sentimientos. Miró el viejo diván del salón. Seguía intacto. Pasó la mano por la tela.

—Adella... —murmuró Friedrich.

Adella se volvió y, perdiendo su tímida sonrisa al ver su amarga expresión,

se acercó. Él sostenía entre sus manos los restos de un objeto ennegrecido... Era el joyero, ennegrecido, completamente quemado y destrozado.

—Lo lamento muchísimo —dijo afligida.

Friedrich cerró los ojos. Sus manos temblaron de rabia. Finalmente resopló. Resignado, dejó caer al suelo los restos de aquel objeto y miró a Adella. Ella le abrazó. Hundió la cabeza en su brazo cuando una sombra tras él la alarmó.

—Yo no lo lamento en absoluto —dijo una tercera voz.

Friedrich y Adella reconocieron aquella voz. Se volvieron enseguida y unos pasos se hicieron eco entre el silencio. Ahí estaba él, emergiendo de entre las sombras, como el mismísimo diablo.

—Pero ¿qué ven mis ojos? El *Obersturmführer* Kießling y su zorra judía han regresado.

La cara de Friedrich debió ser otro reflejo del demonio porque, por un momento, el mismo Bauer se sintió intimidado. Adella, temblando de miedo, le agarró de la mano. Al ver el detalle, Bauer recobró fortaleza, puso una mueca de asco y, sin dejar de mirarlos, añadió:

—Cuando supe de tu traición no pude creerlo. Tuve que regresar para comprobar con mis propios ojos que lo que se decía era cierto... Y lo era, desde luego que lo era.

Friedrich se adelantó un paso, dispuesto a encarársele. Bauer sonrió con malicia.

—¿Qué podía esperar? Eres el vivo retrato de la deshonra. ¿Sabes? Durante un tiempo confié en ti, pero luego me di cuenta de que pese a todo, eres el hijo de un puto traidor.

—¡No digas nada en contra de mi padre!

Silencio. Ambos alemanes se escrutaron con odio. Friedrich descubrió que su tío estaba muy cambiado. Ya no lucía sus impecables uniformes, sino todo lo contrario, ropas sucias y raídas. Pero lo que más le impresionó fueron sus ojos hielo rodeados de terribles ojeras e incluso cicatrices.

—Por tu culpa he estado dos años en prisión, asumiendo las consecuencias de tu indecencia —espetó con rencor.

—Mi indecencia fue dejarme persuadir por tu régimen de mierda.

Bauer entrecerró los ojos, se aproximó todavía más a su sobrino.

—Recuerda que pese a todo fuiste quien fuiste. Podrás desertar, huir y

esconderte como una rata, pero siempre tendrás esa marca.

—La marca que más me avergüenza es llevar parte de tu sangre —espetó escupiéndole a la cara.

Bauer trató de dominar su cólera. Se limpió la mejilla con la manga de su camisa y, sin dejar de mirarle, le dedicó la mejor de sus sonrisas.

—Eres un malnacido, Friedrich Kießling, debí matarte como a tu padre.

Adella lanzó una exclamación. Se llevó las manos a la boca y, con lágrimas en los ojos, miró a Friedrich. Este se mantenía rígido, incapaz de asimilar la confesión.

—Tú... —articuló.

—Sí, Friedrich, yo maté a tu padre. ¿De verdad creíste que fue un judío? Tu padre era peor que ellos, un verdadero canalla que osó mancillar la memoria de tu madre —reveló.

Friedrich tembló como nunca había hecho. Miró con odio extremo a su tío y, sin dudarlo, se abalanzó sobre él. Adella gritó horrorizada al ver a ambos hombres propinarse una brutal paliza. Trató de separarles sin éxito. Bauer, todavía ágil en reflejos, la golpeó fuertemente en la cabeza, arrojándola al suelo. Friedrich, consternado, le agarró por el cuello y lo apartó de ella. Tras un puñetazo, logró derribarle, obligándole a yacer bocarriba. Friedrich hizo el ademán de sacar su Luger cuando recordó que ya no disponía de su arma reglamentaria. Bauer, en cambio, aprovechando su descuido, se abalanzó sobre él y, estampándolo contra el suelo, le apuntó con su pistola.

—Quien no combate en este mundo de la eterna lucha por la supervivencia de la patria, no es digno de vivir —bramó antes de dispararle en el pecho.

Friedrich sintió que el mundo se paralizaba. Por una facción de segundo rememoró cuanto hubo vivido en su vida y, de repente, todo oscureció.

Tras el eco de la bala, Adella, presa del pánico y la rabia, se levantó como instinto de defensa y, armándose de valor, se enzarzó contra Bauer. Entre fuertes alaridos, consiguió arrebatarse la Luger de las manos y, sin cavilar ni un solo instante, disparó contra él, haciéndole caer de bruces contra el suelo con un torrente rojizo brotándole de la frente. Estaba muerto. Adella, con las manos y la cara ensangrentadas, se conmocionó. Comenzó a temblar y dejó caer el arma al suelo. Miró a Friedrich. Él, también temblando, le devolvió la mirada.

—¡Friedrich! —le llamó ella entre lágrimas.

Se arrodilló a su lado. Su camisa estaba teñida de rojo. La desabrochó a toda velocidad y miró su herida. Su pectoral derecho estaba perforado. Asustada, trató de detener la hemorragia pero Friedrich, sujetándola de las manos, la retuvo. Negó con la cabeza, con la esperanza perdida. Adella también negó con la cabeza, no queriendo aceptar que aquel fuese su final. Enjugándose las lágrimas, se levantó y salió corriendo de la morada en busca de ayuda. Miró a todas direcciones y en cuanto identificó a un séquito de soldados, corrió hacia ellos. Los cuatro hombres, uniformados con una divisa de la bandera británica en los hombros de sus guerreras, la miraron extrañados. Uno de ellos, el más joven, dio un paso al frente y gracias a su conocimiento del alemán pudo comunicarse con ella. Adella trató de ser concisa. Relató los hechos. Su marido y ella habían sufrido el ataque de un hombre armado. El soldado tradujo sus palabras e, inmediatamente, el resto de la escuadra reaccionó. Entraron en la vivienda abandonada y hallaron a dos hombres en el suelo. Uno de ellos, el más mayor, yacía muerto, el otro, en cambio, estaba malherido. Se arrodillaron a su lado e intentaron reanimarle. Friedrich, medio aturdido, se alarmó en cuanto identificó la divisa inglesa. Estos también lo hicieron en cuanto descubrieron el tatuaje de las minúsculas runas junto a su grupo sanguíneo cerca de la axila. El tatuaje, una *O+* bien definida, era minúsculo pero lo bastante significativo para advertirles de su origen.

—¡Un SS! —advirtió uno de los ingleses en su idioma.

Los demás se posicionaron al acto. Desenfundaron armas y apuntaron al herido. Adella, incrédula, se apresuró a interponerse entre los soldados y su marido. El soldado que sabía hablar alemán la miró con seriedad y le dijo que ese tatuaje era la marca de la vergüenza, la huella del delito. Adella trató de defenderle. Aseveró e insistió que, pese a que Friedrich hubiera sido soldado, había desertado debido a sus discrepancias con el régimen e incluso se había casado con ella, una judía. El británico, asombrado, tradujo a sus camaradas lo que Adella afirmaba. La escuadra comenzó a barbullar y ella a impacientarse al no entender lo que aquellos hombres en su idioma decían. Miraban con repulsión a Friedrich y discutían entre ellos. Era evidente que iban a decidir su destino. Adella temió lo peor. Como instinto de protección, se acurrucó junto a él y trató de reanimarle, susurrándole que pronto se recuperaría. Pero Friedrich no le creía. Suspiró con dificultad y su visión se

nubló, un fuerte mareo le asaltó y comenzó a desvanecerse en los brazos de Adella. Ella gritó mientras agitaba el cuerpo de Friedrich y miraba a los ingleses.

Uno de ellos, el que parecía tener más poder sobre el resto, alegó algo en tono rotundo y se acercó a Friedrich. Se arrodilló a su lado y, de repente, sacando de un bolsillo de su guerrera una navaja, tomó con precisión el brazo de Friedrich y le rajó la piel, desprendiéndole definitivamente de aquel tatuaje. Friedrich profirió un bramido. Adella, atónita, le abrazó con fuerza, reconfortándole. Estremecido de dolor, Friedrich miró al británico y con un leve asentimiento de cabeza le agradeció su gesto. Luego, completamente exhausto, se desvaneció. Adella gritó su nombre y el británico, tomándole del pulso, exigió a sus camaradas que colaborasen. Dos ellos se acercaron. Limpiaron lo mejor que pudieron la herida del brazo y cargaron el cuerpo de Friedrich para salir de la morada. El otro, el que había identificado el tatuaje, se mantuvo firme, desafiante, mirando con odio a su superior. Este también le miraba de la misma manera y pareció advertirle de algo que Adella jamás entendió. El aludido bajó la cabeza y sin volver a decir palabra, siguió a su escuadra. Adella no fue menos, caminó rápidamente junto a ellos.

—Límpiate —le dijo el británico que hablaba alemán.

Adella reaccionó. Hasta aquel momento no había reparado de quién era la sangre sobre su piel. Con tan solo recordar lo sucedido, la joven volvió a temblar. Había matado a un ser humano cruel y despiadado, ¡lo había matado! ¿A caso había obrado bien? ¡Por supuesto! O era él o eran ellos. Miles de sensaciones la agitaron. No podía definir su estado. Miró a Friedrich. Miró la sangre. Miró a los ingleses. Se detuvo. ¿Cómo había podido llegar a ese extremo? Miró las ruinas bajo sus pies y con lágrimas y arcadas de histeria y espanto, se desvaneció.

El repelente pero confortador olor medicinal la avivó. Abrió los ojos y el color blanco la cegó. ¿Dónde estaba? Se incorporó de golpe y un dolor de cabeza la estremeció. Cerró los ojos y mantuvo la compostura. Entonces lo recordó. Se había desmayado. Abrió nuevamente los ojos y vislumbró las sombras y las formas. Estaba tendida en una camilla, en un hospital de campaña, rodeada de enfermos y de heridos. Miró a su alrededor. Ni rastro de Friedrich. Se levantó y comenzó a buscarle en cada camilla. En cuanto vio a una de las enfermeras, se aproximó a ella.

—Por favor, ayúdeme a encontrar a mi marido, se llama Wilhelm, ¡Wilhelm

Fieseler! —exclamó agitada.

La enfermera la miró de arriba abajo y la reconoció.

—A usted la trajeron unos soldados ingleses, ¿verdad? Aguarde, avisaré al doctor.

Y antes de que pudiera decir algo, Adella vio como la enfermera desaparecía entre unas cortinas. Hizo el ademán de seguirla cuando, de repente, un hombre de bata blanca ensangrentada, se interpuso ante ella.

—¿Holdine Fieseler?

—Sí, señor, soy yo. ¿Dónde está mi marido?

Aguardó una respuesta que no pareció llegar. Adella indagó en sus ojos en busca de algún gesto delatador. Al final el doctor resopló y, tomándola por el hombro, la condujo hacia las cortinas donde, antes de correrlas, la retuvo.

—Su marido está en estado crítico. Hemos podido extraerle la bala, pero padece un neumotórax en el pulmón derecho.

—¿Se recuperará? —preguntó temerosa.

El doctor la miró atribulado. Demasiadas veces oía esa pregunta y demasiadas eran las negativas que había dado.

—Seré franco con usted, hay pocas probabilidades.

—Pero usted es médico, seguro que puede hacer algo más... —gimoteó ella.

—Estoy haciendo todo cuanto está en mi mano —Adella trató de contener las lágrimas.

—Lléveme con él, por favor —suplicó.

El doctor asintió sin decir palabra y apartando las cortinas, le cedió el paso. Adella caminó indecisa, mirando a todos lados. Pudo localizar a Friedrich al final de la sala. Una enfermera trataba de cambiarle el vendaje que cubría todo su pecho. Se aproximó con lágrimas en los ojos. Friedrich yacía con los ojos cerrados, completamente inmóvil mientras la enfermera retiraba el apósito ensangrentado. Al ver a la joven, la sanitaria se apresuró en concluir su labor para concederle intimidad. Adella lo agradeció y se acercó a la camilla. Friedrich permanecía inconsciente, estaba pálido y grandes ojeras cárdenas contorneaban sus ojos. La joven se arrodilló ante él y, cuidadosamente, le tomó de la mano. Comenzó a besársela despacio.

—Perdóneme... Todo esto ha sido culpa mía... —sollozó.

Miró su rostro. Pese a estar lívido seguía siendo atractivo. Se acercó a él y

apoyó su rostro en su mejilla. Permaneció abrazada a él hasta que apreció su voz ronca llamándola.

—Della...

—Estoy aquí, *meine Liebe*, estoy aquí —susurró acariciándole las mejillas.

Él trató de imitarla, pero un terrible dolor le impidió moverse. Contuvo la respiración. Soportó el espasmo.

—Prométeme que seguirás adelante... —logró articular.

—¿Es esto una despedida? —preguntó ella con la voz queda. Friedrich la miró fijamente.

—Es una promesa.

Adella contuvo la respiración. A cada latido, más le dolía el corazón. Se fijó en los ojos plata, más brillantes que nunca, y sin dejar de mirarle, sintió como Friedrich la tomaba de las manos.

—Prométeme que nunca olvidarás lo mucho que te amo, siempre unidos por esto —dijo mientras se las llevaba hasta su corazón.

Luego, tiró de sus manos y las condujo hasta sus labios. Las besó suavemente, despacio, degustando aquellos segundos, llevándoselos hasta la memoria más profunda donde seguirían juntos para la eternidad. Adella contuvo un sollozo. Volvió a acurrucarse a su lado. Ambos cerraron los ojos y permanecieron abrazados, sintiéndose palpitar.

El ocaso centelló por el horizonte cuando Adella volvió a despertar. En el pabellón reinaba un sepulcral silencio. Se acomodó mejor junto a Friedrich y le acarició el pecho vendado con sumo cuidado. Fue entonces cuando se percató de lo frío que estaba. Alarmada, le miró espantada. Tocó su rostro, también gélido, marchito como una rosa que aun sin vida lucía hermosa. Temerosa, Adella inclinó rápidamente la cabeza y descubrió que bajo ese pecho no existía corazón alguno, ni rastro del amor, y si acaso seguía habiéndolo, habitaba en un nivel trascendental. Adella sintió ahogarse. Cerró los ojos y hundió la cabeza en su cuello, llorando así en silencio, creyendo por momentos que su corazón parpadeaba. Cuando eso ocurría, Adella caía en la ensoñación de que él volvía con una sonrisa y la abrazaba con fuerza, consolándola. Entonces, antes de poder besarle, despertaba entre lágrimas amargas de una falsa felicidad producida por una ilusión. Miró a Friedrich. Él mantenía una expresión tranquila, incluso podía detectarse una discreta sonrisa altanera, muy propia de él. Entonces, Adella comprendió que aunque muriese,

en su corazón y recuerdo seguiría viviendo para siempre. Y tras habérselo prometido, supo que debía ser fuerte y seguir adelante, por él, por sus hijos, y por ella misma. Besó los labios helados una última vez.

Epílogo

Basilea, Suiza. Verano de 2012.

El corazón lo tengo prácticamente en la garganta. Me late tan rápido que parece haber perforado mi pecho. Siento como si realmente hubiese viajado al pasado. Esta historia me ha marcado demasiado... Vaya... ¿Por qué ha callado? ¿Por qué no dice nada más? ¡Necesito más! Estoy tan absorta con lo recién sabido, que no me percaté de que ya no estamos solas. La anciana se aleja de la barra y se dirige a la puerta. De repente escucho mi nombre. Me vuelvo. He reconocido esa voz. Ahí está él. Max me mira con sus preciosos ojos grises y yo me derrito. ¡Me ha traído rosas rosas! Tal cual Friedrich hizo con Adella en su día. Salto del taburete y corro a reencontrarme con él.

Mientras me entrega las rosas, se disculpa por nuestra discusión de antes y por haberme dejado sola en la calle. ¡Ya ni me acordaba! He estado tan absorta escuchando la historia de Adella y Friedrich, que me he olvidado del tiempo y del espacio. Max me acaricia la mejilla. Aguarda mi reacción. Yo no sé qué decir. Me siento muy agradecida. La historia de Adella me ha marcado. Tanta lucha, tanto amor, tanto sufrimiento y pasión... Todo valió la pena y el amor que siento por Max también lo vale. Entonces reacciono. Estiro mis brazos y abrazo a mi chico como nunca he hecho. Al separarnos, él hace el ademán de besarme, pero se contiene y mira al frente. Le imité. Me voltee y veo a la anciana sonreírnos con una entrañable sonrisa. Max le dice algo que no entiendo. En ese momento me juro mil veces que no regresaré a España hasta tener un nivel decente de alemán... Por lo que puedo deducir, Max querrá abonarle el batido que me ha servido la señora, pero al instante intuyo que no es eso. Lo sé por su sonrisa. Max le está hablando de mí. Ha dicho mi nombre. La anciana asiente de manera cómplice y desaparece tras una puerta. Miro sin comprender. Max me sonrío de forma especial.

—Ya veo que has conocido a mi bisabuela.

¡¿Ha dicho su bisabuela?!

—¿Tu bisabuela?

Max asiente. Yo flipo. De repente, se abre la puerta y aparece nuevamente la viejita. Esta vez no lo hace sola. Un anciano de abundante cabello plateado y bastón le acompaña. En cuanto ve a Max le saluda efusivamente. Mi chico se acerca a él y le abraza.

Segundos después, el anciano me mira de reojo y, con una pícaro sonrisa, le pregunta algo que no entiendo. Max asiente y me llama. Obedezco. Deposito las rosas en la barra y me acerco. Intuyo que Max me presentará a esta pareja de abuelitos. Me dispongo a estrecharle la mano al anciano cuando sus ojos grises como el acero me paralizan. Una emoción disfrazada de escalofrío recorre mi espalda. Miro la señora y profundizo en sus ojos color chocolate. Ella me guiña un ojo. Entonces todo cobra sentido. Sé quiénes son y Adella Kinderman y Friedrich Kießling también saben quién soy yo.

Una hora después me hallo arropada con la calidez propia que las buenas familias saben brindar. El corazón no deja de latirme con fuerza. A sus noventa y un años, el ingenio y desparpajo de Adella se mantienen en su línea. Es una señora extraordinaria, toda ella irradia dulzura y un haz angelical. Es muy cariñosa. Me ha dado un abrazo tan sincero que he llorado como una magdalena, pero ella me ha secado las lágrimas enseguida y me ha regalado una caja de bombones de la marca Schokolade Gold, que es como se llama su pequeña chocolatería. También me ha contado el resto de la historia que me faltaba por conocer; Friedrich no murió, sino que entró en una especie de trance donde su corazón, turbado, apenas latía. Pero había sobrevivido y ambos habían regresado a Basilea donde pudieron vivir en paz con sus hijos. Pienso en ellos y caigo en la cuenta. Sonríe. Días atrás hube conocido a Konradin y Friederike, los abuelos de Max, que al no estar emparentados acabaron casándose. Pienso con detenimiento en Konradin. ¿Cómo hubo reaccionado cuando supo de su origen? La única pista que tengo es que pese a todo decidió conservar el apellido original de Friedrich como suyo propio. Por eso Max, al igual que su padre, se apellida Kießling. Me dispongo a preguntarle a Adella al respecto pero me contengo. Quienes deben contarme esa historia son Konradin y Fritzi. Finalmente le pregunto cómo sabía desde el principio que yo era la novia de Max. Adella se ríe con una risa de cascabel, suave y melodiosa. Desvía su mirada hacia un rincón del mostrador. Yo sigo la trayectoria y descubro junto a otros marcos de fotos, uno en el que estamos Max y yo abrazados. No puedo evitar reírme. Adella es magnífica. Por su forma de mirarme y hablarme, sé que me entiende mejor que nadie. De

repente, oímos un ruido. Es Max que se ha levantado de la silla. Le miro a él y luego miro a Friedrich. El anciano mueve las cejas de manera burlona, descubriendo ante mí una mirada jovial, brillante. Sus ojos grises, aunque fríos, son encantadores y muy expresivos. Es un yayo adorable. Todavía conserva bajo sus arrugas el rastro de lo que en su día fue un rostro extremadamente atractivo. De repente, Max interrumpe mis observaciones al colocarse frente a mí. Me mira y sonrío con cierta timidez. Yo noto que el corazón se me detiene. ¿A caso ha llegado el momento de...? Max se arrodilla y abre su puño. Un anillo de oro sobre su palma. Sí. Ha llegado el momento... Me llevo las manos a la boca y empiezo a llorar como la boba sensible que soy. Sin preámbulos, le digo que sí y salto sobre él. Los dos caemos de bruces al suelo y nos reímos como tontos. Por Dios... Menuda escenita estamos montando. Los ancianos se divierten y aplauden. Ahora entiendo por qué Adella me ha contado su historia. A sabiendas de la intención de Max, ha querido transmitirme la esencia más pura del amor, contándome su propia historia para ayudarme a afrontar mejor la vida, y más ahora que voy a dejar atrás mi país para casarme y vivir en Suiza.

Al llegar el crepúsculo basiliense, de cielo naranja y azul marino, Max y yo nos despedimos de Friedrich y Adella. Les abrazo con auténtica ternura. Friedrich tiene un olor curioso. Me recuerda a las hojas frescas por la lluvia en otoño. Adella, en cambio, huele a chocolate. Les agradezco su compañía y ellos me agradecen haberle hecho sentar cabeza a su bisnieto. Noto que me sonrojo. Les doy la mano y me despido. Volveremos a vernos pronto.

Una vez solos, Max pasa su brazo por mi hombro y entre rosas y bombones caminamos por la calle. Estamos muy enamorados, como Friedrich y Adella. Miro mi anillo. Es de oro y en el engaste brilla una esmeralda verde. Vuelvo a sonreír, ¡la cara se me va a agrietar de tanto hacerlo! Pero no puedo evitarlo. Sé que el color verde es muy importante para mi familia nórdica porque simboliza la esperanza de luchar y superar los obstáculos de la vida por el amor y la libertad como recompensa. Beso a Max y degusto sus labios como nunca había hecho. Son deliciosos como el *chocolate en tiempos de guerra*.

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, y muy en especial, quiero dar las gracias a mis padres por su incondicional amor, apoyo y paciencia. Os llevo eternamente en el alma.

Gracias también a aquellas personas que creyeron en mí y me brindaron ayuda cuando más lo necesité, especialmente Raquel Sánchez, a quien admiro por nuestras charlas sin reloj y nuestras risas sin control. A David Turpin por nuestros bailes tras los ventanales pero sobre todo por demostrarme que la amistad no se mide con el tiempo sino con ese sentimiento capaz de vincular a personas desde el primer momento. A mi hermana chilena, Verónica Paz Alcalde Lorca, por estar a mi lado desde mucho antes del desarrollo de esta novela, ejemplificando así que la distancia no es obstáculo ni excusa para entablar un lazo de hermandad.

Una mención y agradecimiento especial a Kleia Piquer por abrirme su corazón y enseñarme la extraordinaria magia en su interior, a Carolina Guillén por ser sinónimo de fortaleza e inspiración, y a Rafa Cañamero, el indiscutible mejor poeta que podría haber conocido y que forma parte del corazón de Friedrich y Adella.

Muchas gracias también a mi editora, Verónica Martínez, por su dedicación y afecto, y por brindarme la oportunidad de ser parte del equipo de Group Edition World.

Masivas gracias al lector por hacer de este sueño una realidad.

Y en último lugar, siendo en este caso menos especial, a quien trató de entorpecer mi trabajo. Gracias a ello he agudizado mi sentido de la perseverancia e ingenio, y desde aquí le digo al aludido que su veneno fue inmune a mi brío.

Lo he conseguido.

Miriam N. R.





Miriam Najm Ródenas (Valencia, 1994)

Escritora nata, comenzó a escribir sus primeros relatos a la edad de 4 años además de poesías y obras inéditas durante su infancia y adolescencia. Actualmente cursa sus estudios superiores de Interpretación Textual en la escuela superior de Arte Dramático de Valencia.

Apasionada del teatro, la literatura e historia, ha dedicado numerosas horas de estudio e investigación independiente sobre la Segunda Guerra Mundial y el nazismo en todas sus vertientes. Chocolate en tiempos de guerra es su primera novela publicada en la que se refleja la fuerza del amor como la más portentosa de todas a la hora de sobrevivir a las más terribles adversidades.

[1] En alemán significa —Chocolate Dorado—.

[2] «**Führer**» Palabra germana que significa líder. En este contexto se refiere a Adolf Hitler, canciller de Alemania desde 1933 a 1945.

[3] «**NaPoLa**» abreviatura de “National Politische Erziehungsanstalt” (Establecimiento de Educación Nacional-Política) eran escuelas de educación nazi creadas en 1933 donde se preparaba a una selecta minoría de alumnos entre los 10 y los 18 años para convertirlos en soldados y/o políticos que pudiesen desempeñar todo tipo de actividades en el servicio público.

[4] «**SS-Scharführer**» rango de las Waffen-SS equivalente a sargento primero.

[5] «**SS- Untersturmführer** » rango de las Waffen-SS equivalente a subteniente.

[6] «**SA-Rottenführer** » equivale a cabo de las SA.

[7] «**Parabellum P08**» conocida popularmente como «Luger», fue una de las pistolas empleadas por el ejército alemán durante la Primera y Segunda Guerra Mundial.

[8] «**SS-Obersturmführer**» rango de las Waffen-SS equivalente a teniente.

[9] «**OrPo**» abreviatura de Ordnungspolizei, (Policía del Orden Público) fue una organización policial que ejercía su fuerza como unidad urbana durante la Alemania Nazi. Coloquialmente eran conocidos como «Grüne Polizei» (policía verde) debido al color de sus uniformes.

[10] «**Arbeit Macht Frei**» Traducible como “El trabajo libera” o “El trabajo te hará libre”, fue el lema durante el régimen nazi emplazado sobre los accesos a diversos campos de concentración. La frase sugiere que el trabajo liberará a los prisioneros mediante su muerte, pero a su vez sugiere que el genocidio llevado a cabo por los nazis les liberará de todos aquellos a quienes consideraban opositores del régimen.

[11] «**Hacer cosas nazis**» expresión actual y coloquial que significa “hacer cosas pícaras, desmesuradas y atrevidas”. En este contexto de doble sentido se refiere al ámbito sexual.

[15] «**DR**» siglas de “Deutsche Reichsbahn”, fue una antigua compañía nacional de ferrocarriles alemana creada en 1920. Desempeñó un importante papel durante la Segunda Guerra Mundial al constituir un elemento básico del transporte de tropas y municiones.

[12] «**Judenrat**» nombre que recibían los consejos judíos establecidos en los guetos por orden de los nazis cuya función era implementar la política de estos en sus comunidades.

[13] «**Schutzpolizei**», conocida como Schupo, fue una unidad policiaca responsable de varias masacres contra la población civil polaca y las comunidades judías recluidas en los guetos durante la Segunda Guerra Mundial.

[14] «**Kapo**» prisionero de un campo de concentración seleccionado por las autoridades alemanas del recinto, cuya función consistía en supervisar al resto de prisioneros en los destacamentos de trabajos forzados. El kapo tenía por lo tanto un poder casi omnímodo sobre los demás reclusos.

[15] «**SS- Hauptsturmführer**» rango de las Waffen-SS equivalente a capitán

[16] «**Spitzel**» persona que durante la ocupación nazi se encargaba de vigilar y controlar el orden público de una vecindad con el fin de advertir a las autoridades de cualquier movimiento negligente.

[17] «**Walther P38**» fue una de las pistolas más preciadas del ejército alemán cuyo fin era sustituir a la Parabellum P08 (Luger).

[18] «**SS- Oberführer** » rango de las Waffen-SS equivalente a coronel mayor.